

MANUEL
FLORES
MORA

contratapa

Edición facsimilar - Apéndice con contratapas de **MARCHA**

Mi me co





Pese a no ser esta nota una de las "contratapas" nos ha parecido legítimo publicarla desde que creemos que marcó un hito en el periodismo nacional.

En efecto, como el lector recordará, periodistas de JAQUE habían obtenido testimonio de médicos actuantes en la autopsia al Dr. Roslik que encargara su viuda.

Y, cumpliendo con su deber, habían denunciado la muerte por torturas del médico de San Javier.

A partir de entonces, y al tiempo que las fuentes se cerraban, JAQUE buscaba afanosamente obtener pruebas. Algún día contaremos la historia de esas peripecias. Digamos simplemente que para todos

estaba claro que si vencíamos íbamos a romper la impunidad en la tortura que era el modo de acabarla. También estaba claro que si no lográbamos probar los hechos entonces no sólo perdíamos la batalla de la dignidad del país sino que además, el régimen se lanzaba sobre nuestro semanario con toda su fuerza.

En esa situación Flores Mora, ejerciendo la poderosa fuerza ética de su don de persuasión, llegó hasta leer el expediente completo del caso y a copiar parte de las conclusiones.

Al publicar la descripción de las autopsias con las mismas palabras que en ellas constaban, el régimen supo que ya no podía frenar la verdad. Y, de algún modo, se acabó con un tiempo de oprobio.

Roslik, muerte violenta por múltiples causas y lesiones

La forma como se manejan en el país algunos de los problemas que mayor angustia provocan a la gente, repercute de manera frustrante en el trabajo de los que tenemos como deber inexcusable, informar a la opinión.

Omitir el deber de informar sobre lo que se sabe que es verdad, constituye no sólo una traición a la ética del oficio, sino también a la buena fe general y a la credibilidad de la opinión pública en los medios informativos. Particularmente cuando lo que se informa, además de cierto, no solamente no provoca ni aumenta daños, sino que tranquilizando a esa opinión, coadyuva al procesamiento de las cosas, tal y como debe ser en cualquier sociedad civilizada.

Las precedentes consideraciones sirvan de preámbulo suficiente para lo que publicamos a continuación, resumiendo lo que, según fuentes absolutamente fidedignas, es el pronunciamiento de los médicos que han emitido juicio, tras las diferentes autopsias, con relación a las causas que determinaron la muerte del Dr. Roslik, en dependencias militares del Departamento de Río Negro.

¿Hubo 3a. autopsia?

Empecemos por aclarar al lector que existe un matiz equivocado en esa constante referencia a una tercera autopsia, que ha ganado la calle, y expliquemos qué es realmente lo que ha habido.

En primer término, y casi inmediatamente después del deceso, se realizó aquella primera autopsia en la cual se habló de "paro cardio-respiratorio" sin señales de violencia. Dicha autopsia tal vez no merezca ni el nombre de tal. Baste decir que, según ha trascendido de manera indubitable, al realizarla no se estudió el corazón, con lo cual el resultado cae por su base. Y en cuanto a que no hubo violencias, fotografías posteriores adjuntas al protocolo, así como la visión ocular de muchos otros facultativos, mostró estigmas o señales de violencia en el cuerpo, concretamente una en la región torácica inferior derecha, a la altura del hígado y que coincide con lesiones internas a dicho nivel.

La segunda autopsia fue la cumplida en Paysandú a pedido de la señora de Roslik.

Lo tercero no fue una autopsia sino la extracción de algunas muestras de tejido para lo cual debió exhumarse el cuerpo, pasados ya varios días. Se hizo por disposición del juez y no arrojó resultados mayores por ese mismo apuntado paso de muchos días.

Por fin, y como culminación de todo lo anterior, existe un estudio no del cuerpo pero sí de todos los elementos anteriores, realizado en Montevideo, con participación de médicos experimentados y algunos incluso vinculados durante muchos años a la enseñanza en

la propia Facultad. Bien: este informe final, ya en manos de la Justicia Militar, no deja lugar a dudas. Abarca muchas páginas y arriba a conclusiones muy precisas, ilustrativas y demostrativas todas ellas de una primera conclusión lapidaria que establece: la muerte del Dr. Roslik fue una muerte violenta, y violenta por múltiples causas.

Es decir, no fué "sin violencia" como dijo la primera autopsia y como lo recogió el comunicado oficial.

Entró sano.

Hay un primer elemento que es necesario subrayar y que lo hacen todos los informes. El Dr. Roslik era un hombre sano, sano entró al lugar donde murió y nada surge, en los exámenes de su cuerpo, que indique enfermedad o causa anterior que justifique el deceso. Tampoco tenía traumatismos en la piel. Más: el propio autor de la primera autopsia señala que lo revisó al entrar al lugar de detención y luego por dos veces, durante ese breve y eterno día de interrogatorio y de muerte, y que en todas las tres oportunidades estaba en perfecto estado. Hasta que fué llamado nuevamente y lo vio caído de bruces en el suelo, por el famoso "paro cardio-respiratorio". Trató de reanimarlo pero se le murió cinco minutos después.

En la segunda autopsia, además, le abrieron y examinaron cuidadosamente el corazón y el resultado es absoluto: normal y sano.

Estigmas exteriores.

El cadáver, según pudo comprobarse en esa segunda autopsia —esa sí hecha con seriedad— tiene distintas huellas exteriores. Algunas, sin embargo, no indican necesariamente malos tratos, como las que aparecen en el esternón, que pudieran deberse a las maniobras en busca de reanimación.

No así con otras marcas, como una en la muñeca derecha, que indica una ligadura muy cruel en ese sitio, y que no existe en la muñeca izquierda.

O con un gran hematoma bajo el omóplato derecho y otro en la base del hemitorax derecho. Allí hay señales indudables de un golpe durísimo...

Lesiones internas.

A una de esas hematomas exteriores, en la espalda, corresponde además una equimosis sobre el lado interno.

El hígado.

Desesperantemente, toda la conciencia del Uruguay ha recibido, apesadumbrada, noticias a veces confirmatorias y a veces contradictorias, sobre lo encontrado por los autopsistas sucesivos en el hígado del desdichado médico de San Javier.

La verdad es la que sigue: en la primera autopsia, quienes la hicieron dijeron no haber encontrado, inicialmente señales de hemorragia, la que habría afluído abundantemente al cortar el órgano o desprenderlo.

En la segunda autopsia, los facultativos dan la medida incluso de la ruptura exterior del hígado.

La conclusión final, comparando materiales, es, por supuesto muy clara y la proporcionamos tal como obra en nuestro poder. Hay que distinguir entre el tejido noble del hígado propiamente dicho y la cápsula que lo envuelve. Que hubo ruptura del primero, no cabe duda, por la hemorragia comprobada por todos y reconocida ya en la primera autopsia. Lo que no se habría producido es ruptura de la cápsula o tejido que envuelve al hígado. Cuando el primer autopsista lo cortó, entonces saltó la sangre que, formando una gran ampolla, se había acumulado o colectado entre el hígado mismo y la cápsula.

Pero como elemento definitivo: esta ruptura por golpe violento del hígado, coincide con las equimosis internas de la parte costal y con el hematoma que hay en la piel, en la parte exterior. ¿Cabén dudas?

Se piensa que había como un litro de sangre allí. Y esto explicaría incluso lo débiles que son las manchas cadavéricas (depósitos de sangre en las partes bajas del cuerpo, según la posición en que repose), que se producen luego. En el caso, la sangre había sido convocada por las lesiones internas, lo que explica asimismo el otro término que se maneja: anemia aguda.

Agreguemos que en la segunda autopsia se habla además de un desgarramiento en la cara superior del lóbulo derecho del hígado, con lesión más profunda que continúa el desgarramiento en el interior del órgano.

Pulmones.

El pulmón derecho contenía, por lo menos en su tercera parte, un líquido extraño. Se nos informa que esa expresión, "líquido extraño", es la que usan los autopsistas en el caso. Se trata de un líquido maloliente, grisáceo, que además de estar en el pulmón, estaba también en el estómago, donde había también una cantidad importante. Los pulmones estaban, al tacto, duros. Es decir que por la misma agresión sufrida, no eran como naturalmente tienen que ser, órganos mucho más blandos.

Para quienes no somos médicos es una verdadera proeza, que tratamos de cumplir sin embargo, establecer algunas cosas. Pero es que son muy importantes. La opinión médica es muy clara, en el caso, en el sentido de que corresponde hablar de asfixia. Pero no porque así lo determine inexorablemente la presencia de ese líquido en los pulmones, sino además por otras cosas que lo confirman de las cuales cumplo con el mandato

moral de poner las que pude recoger en la cabeza, y si hay algún error terminológico médico, me excuso. Lo que no hay, estése cierto, es error informativo ni error moral.

Bien: en los restos del desdichado Dr. Roslik se comprobaron además las llamadas "equimosis asfícticas de Tardieu", ¿se dice así? creo recordar que en la pleura y en el pericardio, que son síntomas de asfixia. Y si no es así, que públicamente se me desmienta o corrija.

También hay subfusiones hemorrágicas peribronquiales y perivasculares a nivel del pulmón. Ignoro lo que quiera ello decir, pero se me informa que todo junto constituye un cuadro muy claro y completo.

Asfixia.

A todo lo dicho, siempre en el orden de que queda probado que, entre otras causas de muerte, estuvo la asfixia, cabe agregar otras cosas que también conducen a esa conclusión. Son, por ejemplo, la congestión de las meninges, del encéfalo y del riñón. Y la presencia de equimosis bajo la mucosa del estómago.

No hay tampoco duda ninguna de que el ingreso del líquido se operó en vida, porque es a fondo, es decir, supone una maniobra de aspiración que excluye toda posibilidad de que se trate de algo póstumo.

Hubo edema pulmonar agudo.

Riñones.

Aparte de ese golpe brutal del lado derecho, en la parte baja, hubo también probadamente otro muy duro del lado izquierdo. A ese nivel hay una equimosis importante del lado de adentro, y en los músculos de la zona, visible también en la grasa que rodea al pulmón.

Conclusiones.

Durante todos estos días, el país —por momentos agredido por la pérdida general de confianza ante algunos hechos— ha interpretado con desconfianza esa tercera autopsia que, a la manera del "bueno" en un juego, viniera a operar un desempate exculpatorio.

Publicar lo que publicamos hace bien al país. Lo desconfía. Por supuesto que hubo algo inaceptable, como esa primera autopsia que omitió lo imposible de omitir y falseó la verdad.

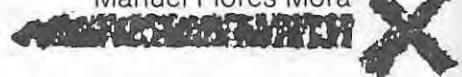
Pero después, en otra autopsia y en posteriores actuaciones, ha habido médicos que han estado a la altura de la Nación que le dio sus estudios y sus títulos. Médicos que han estado del lado de la verdad y del honor.

El país debe saberlo. Más allá de cualquier otra consideración legítima, así como los periodistas hemos cumplido con nuestro deber, antes, con gallardía, hubo médicos que cumplieron limpia y estrictamente con el suyo.

Una última constancia: lo que digo no comprende en modo alguno a la Comisión Uruguaya para los Derechos Humanos, que tengo el honor de integrar. Debo consignar, sin embargo, que si no la integrara tal vez no habría recibido esta información que poseo.

Y que como no es mía, sino de todos, a todos la dejó entregada. Para el mejor servicio de la República.

Manuel Flores Mora



Argentina:

El final de un tiempo de humillaciones

Si tuviéramos que descodificar el sistema de señales con el que la historia se anticipa a la imperfecta comprensión, siempre tardía, de los hombres, diríamos que tres grandes mensajes preanunciaron -hasta para las entendederas más cerradas- lo inexorable del gran triunfo radical que acaba de sacudir hasta sus últimos ejes el itinerario político y hasta el mapa central de la Argentina. Tres hechos y con ellos, a ellos agregado y a ellos integrado, una acusación y un rescate de que fue autor Alfonsín.

Podrá decirse, en efecto, que más que un triunfo radical, lo que testimoniaron las urnas fue una clamorosa derrota peronista. Tal vez. En todo caso, esa derrota no se cayó encima de un distraído que la usufructúa sin mérito. Por el contrario, casi podría probarse que el derumbe electoral justicialista fue organizado con sabiduría, con puntería meticulosa, por la inteligencia y el instinto de Raúl Alfonsín.

Los tres hechos a que nos referimos inicialmente son, como la imagería de un relato borgiano, en primer término, la noche que Lorenzo Miguel -hombre sin apellidos, nomenclatura propulsada a puro vocablo de pila- llegó para la gloria al lugar de la asamblea y la muchedumbre le vetó la palabra con silbidos.

Ese acto de limpieza ejemplar, en que el homicidio político no viene de los adversarios sino de los propios compañeros, preanuncia el absoluto divorcio entre la base peronista y las cúpulas que controlaban el partido.

En inmediato lugar, como hecho segundo, está la torpe autoproyección del poco después incinerado Herminio Iglesias, quemando en Avellaneda, entre carcajadas de borrachos, un ataúd y coronas fúnebres donde se suponía descansaba el cadáver simbólico de Alfonsín.

Por último, como tercer hecho significativo, debemos rescatar el intercambio de insultos entre Alfonsín y el mencionado Iglesias, que algunos calificaron, con error, como error del radical. Las urnas proclamaron después que Alfonsín sabía lo que hacía.

Manta de silbidos

Es sabido que, como condición de su aluviónico torrente sentimental populista, el justicialismo no fue nunca demasiado exigente con sus líderes.

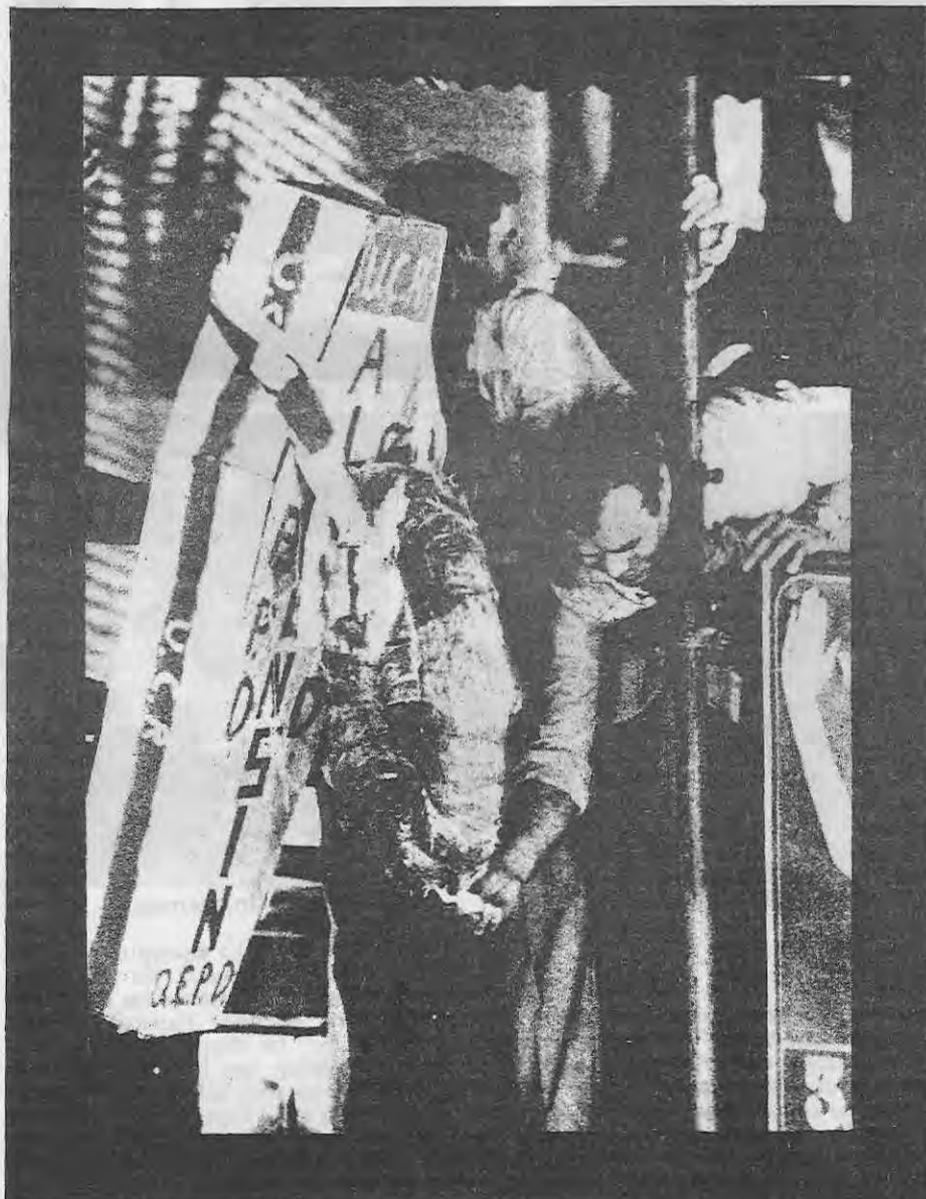
Abrigados entre el poderío electoral de los históricos jefes -Perón, Evita- y la incontrastable fuerza numérica del correspondiente electorado, el peronismo no solamente se lo permitió todo. Además proclamó de modo permanente su voluntad de todo permitirle.

Sospecho, por ejemplo, que no existe en la entera redondez del planeta ni en el completo curso de la historia humana, otro ejemplo de la adhesión proclamada entre insultos. Y recuerdo -siempre me golpeó como la atrocidad política mayor- aquella leyenda que manos anónimas y devotas sembraban por los muros de Buenos Aires hace algunas décadas, con el trazo enérgico de las brochas gruesas.

"P... y ladrón queremos a Perón"

La leyenda no decía por supuesto "P..." Así venía la adhesión a Juan Domingo. Aunque fuera "P..." aunque fuera "ladrón", "queremos a Perón".

La otra confesión definitiva de aquel vendaval que terminaba siempre con "las patas en la fuente" de la Plaza de Mayo, no dirigía su agravio directamente contra el Jefe. Lo hacía, en la boca de la multitud, insultando a la propia multitud:



Tranquilo, Pocho no tengas chucho No somos machos, pero somos muchos.

La cuarteta era para la antología del insulto. Trata a Perón de cobarde y a sus seguidores, que coreaban la cuarteta, de otro tanto y de poco viriles.

Cuando en el último gran acto de la Plaza de Mayo, pocos meses antes de morir, Perón echó de la plaza su extrema izquierda, ésta se marchó cantando aquello de "Somos unos b..., votamos a una muerta, a una p... y a un cornudo". Los guerrilleros se insultaban a sí mismos, pero sobre todo a Perón y a sus dos esposas, la muerta y la viva.

Evidentemente, la muchedumbre peronista no tiene piel sensible.

Nada permitía por consiguiente suponer un especial rechazo moral para quien como Lorenzo Miguel ha sido peronista de todas las horas. Lorenzo, el que iba en el mismo avión que condujo a Isabel Perón presa hacia el Sur, como que estaba junto a ella en la Casa Rosada cuando fue destituida en 1976. Lorenzo Miguel, el que fuera preso por los militares. Lorenzo Miguel, el duro. Lorenzo Miguel, cacique definitivo de la incontrastable Unión Obrera Metalúrgica y, llevado por ella y por su propia habilidad, jefe supremo y permanente de las 62 organizaciones sindicales.

El peronismo es fuerza política, fuerza sindical. Su poder político, muerto Perón, descansa en su poder sindical. Pues bien, si en lo político el candidato a Presidente fue Luder y a Vice, Bittel, en lo partidario, el sindicalismo desplazaba a los dos. Así -anulada la Presidencia del Partido por designación de la viuda que resolvió no sacar ni su silencio ni su persona de los balnearios españoles- la primera vicepresidencia adquiere la jerarquía de cargo máximo. Para ella se designó a Miguel.

Pocos días antes de las elecciones, en el gran acto de Vélez, sin embargo, tiene lugar el episodio conocido. La multitud no permite que Lorenzo Miguel hable. Sin previo concierto, ante su sola presencia, comienza la rechifla. Intenta hacerse oír. No lo dejan. Interviene su adversario sindical Ubaldini ("Para un peronista nada hay mejor

había muerto. La mayoría votadora no se resigna a ser estafada, manipulada, usufructuada y representada por un gangster.

Ya no somos machos, ni muchos. Por lo menos, no somos los suficientes.

No es bonzo

Herminio Iglesias es alguien requemado. Pero no tiene vocación de bonzo. Cuando en su "querida Avellaneda" y entre sus "queridos amigos" -para Herminio no existe Avellaneda a secas ni amigos sin previa adjetivación- arrimó el fósforo, no fue a su propio cuerpo sino al fingido atúd de Raúl Alfonsín.

Borges ha escrito prolongadamente sobre "el guarango" como personaje lamentable de los subsuelos sociales argentinos. La quemazón "en bulto", como decían los españoles antiguos, del candidato radical por Herminio Iglesias da para todo un psicoanálisis del fuego y de la purificación. Para toda una transferencia por admiración y deseo de liberarse del adversario a quien se rinde el homenaje inconsciente de proclamarle el deseo de que se transforme en humo.

En todo caso -como en la parábola de Hawthorne, que casualmente también Borges comenta- los que recurren a la llama sólo logran quemar las cosas combustibles. Y hay en este mundo -el deseo de decencia o de dignidad, por ejemplo- valores innumerables sobre los cuales poco y nada puec'e el fuego.

Alfonsín elige a Herminio

Cualquiera sabe de las andanzas y de la fama inquebrantada de Herminio Iglesias, candidato a Gobernador de Buenos Aires por el peronismo. Director supremo del juego clandestino en la provincia, dicen; gangster de su trata de blancas o de su comercio de drogas, dicen. No podemos asegurar que lo sea, sí que lo dicen. Este candidato, que como vecino de Avellaneda será muy querido, como mujer de César hubiera impedido la consumación del imperio.

En todo caso, Alfonsín lo eligió a él para el intercambio de adjetivos. Alfonsín no enfrentó a Luder así, ni Armendáriz -candidato radical a gobernador- buscó a Iglesias. Fue entre Alfonsín e Iglesias. Iglesias trataba a Alfonsín como de hombre de las multinacionales. Le dijo gusano y gorila y mal nacido. Alfonsín se limitó a tocarlo como "aprendiz de Hitler". Pero el efecto estaba dado. No el de Iglesias, contrafigura de Alfonsín. Sino el de Alfonsín, contrafigura de la guaranguería corrompida y de la patota ensobrecida.

En todo caso, como cuando acusó al sindicalismo peronista de haberse aliado con los militares -y muchos observadores gritaron que había cometido un error- Raúl Alfonsín, con R. y con A., como la República Argentina, sabía de lo que estaba hablando.

Había echado a andar dos rayos de luz: uno sobre la corrupción peronista, otro sobre su origen en un golpe militar y su capacidad de entendimiento con el régimen.

Lo demás está dado por la palabra que más pronunció Alfonsín durante toda la campaña. La palabra... decencia.

Una nación acorralada por la humillación no podía votar por un señor con apellido suizo y cara de relojero.

Si la candidatura de Herminio Iglesias o la Jefatura de Lorenzo Miguel son la radiografía anticipada de la demolición justicialista, la lúcida campaña de R.A. vale por el retrato hablado de la aspiración de dignidad de la República Argentina.



Manuel Flores Mora

que otro peronista", dice) pero la multitud lo refuta. "¡Que se vaya!" ruge el estadio. Hasta que Miguel se va.

Al otro día de las elecciones, dos fuerzas peronistas le pasan a Lorenzo y a "la patota" (así la llaman) la cuenta del desastre. Por un lado Luder y Bittel, candidatos políticos. Por el otro Ubaldini y la CGT, que éste controla, también lo acusan. Reclaman, desde todos lados, su alejamiento. Sí, pero luego de haber caminado de algún modo todos juntos, aceptándose en la alianza electoral.

Sin embargo, el 17 de octubre la historia había emitido su señal. El viejo tiempo de la irresponsabilidad moral,



El hombre es el mensaje

Aunque se trasmite por cacerolas

La politización de la cacerola no es un hecho aislado ni aparece solo en la constelación de las nuevas maneras protestarias.

Hay toda una filosofía de la exteriorización incontenible que ha comenzado a entretejer los nuevos con los viejos símbolos. "Para que me oigas mejor", parece ser el motivo, en esa especie de revés del cuento, en que Caperucita habla al lobo, y que toma de la publicidad consumista, modos y maneras para trasladarlos al reclamo social, filosófico o político.

Todo empezó en Vietnam

La primera noticia que conservo se hunde en aquel tiempo de la guerra de Vietnam. En Vietnam se moría (me refiero al punto de vista occidental), pero sobre todo se desfoliaba y se mataba. Se desfoliaba: es decir, se arrojaban específicos parecidos a los de uso agrícola contra malezas, para hacer caer todas las hojas de la selva y poder ametrallar fácilmente a los vietnamitas escondidos. Y se mataba.

Hay que decirlo ahora porque en aquellos tiempos tan cercanos que parecen tan lejanos —cuán grande fue el deseo de olvidarlos que va están lejanos— desfoliar era todavía más grave que matar. Simplemente porque matar era viejo y desfoliar, como el napalm, era nuevo.

Matar era como la cola resignada y oscura de la cometa luminosa que se llama guerra y que se hacía —todavía y desde siempre— con charangas al aire y con banderas y estandartes de color llamativo. (Y ahora se reproduce en plástico, en la escala exacta de 1/32, para que jueguen los pequeños). Morir es lo grave. No matar. En la palabra "matar" la muerte tiene mango y el que muere es enemigo. La muerte del enemigo es menos muerte, como que se trasmuta en vida propia. Y porque, ya se sabe, el enemigo no es persona, como decían Max Scheller y los nazis.

Y como nosotros, el resto de los hombres, que no lo decimos pero que lo sentimos un poco allá en el fondo en penumbra —tal vez por eso un poco tenebroso— de nuestras almas. O mejor: no nosotros, pero sí el nazi chiquitito que "durmiendo y volando" como decía Neruda de la golondrina que hay en tus ojos, habita en el fondo de cada ser humano, en esta incompleta, luminosa y en algunos ratos sórdida etapa presente de nuestra evolución hacia los ángeles.

Max Scheller, por entonces, estaba muerto, y además no integraba el cuerpo expedicionario, así que la frase no fue suya. Pero alguien observó, con toda evidencia, que el único vietnamita bueno era el vietnamita muerto. Y se entregó a la tarea de hacerlos buenos, facilitada porque los vietnamitas eran amarillos y la gente, no, que tanto simplificaba el tiro.

Esto no era muy trágico. Al fin, era muy claro que los vietnamitas estaban dispuestos a morir, de modo que era una resolución tomada por ellos. Lo terrible era el uso de los desfoliantes. Primero porque era nuevo y, en el fondo, toda novedad es verdaderamente terrible. Y segundo, porque en la medida en que se parecen a los insecticidas y a los específicos para la sanidad de los cultivos, ahora aplicados a la aniquilación de los seres humanos, suponían algo como la hormiguización de los hombres.



De la mano por la paz.



Haciéndose los muertos en Hiroshima.



El desnudo como protesta.



Protesta de bailarinas.



En calzoncillos.

reclamando uniformes.

Senos al aire

Hasta aquella guerra de Vietnam, los países habían tenido la costumbre de desplegar las banderas al aire y también las campanas. Por Vietnam, comenzó lo de echar al aire los senos femeninos.

Cuando una nueva generación se crispó negándose a poner la firma moral debajo de aquella guerra insostenible, empezaron las grandes manifestaciones protestatarias.

Un día —también nos marcó para siempre, como antes la guerra de España— la prensa nos advirtió que eran 200.000 los muchachos que habían desfilado, grandes avenidas de Washington hacia arriba, por delante de la Casa Blanca, por delante del Capitolio, por delante de la idea que los norteamericanos tenían de sí mismos, denunciando los genocidios y los forestadidos. Y reclamando que no los mandaran más a matar a nadie en parte alguna. Pedían la paz para nosotros y para nuestros adversarios. La paz para los hombres de buena voluntad y también para los de voluntad comunista.

Cuando un país ha inscripto a la Nación en la organización de los boy-scouts, como es el caso de los EE.UU., aquello era terrible. Particularmente por un hecho: las muchachas de aquel desfile desfilaban con los senos al aire. Todos los senos: los infantiles, los grandes, los tipo Mae West, los de conejita "Playboy", los esmirriados y los túrgidos, los con forma de cuerno de caza, los periformes, los blancos y los negros.

Pero no como en los pornofilmes, ni como los "topless" de balneario, ni como los streap-tease. No: aquel desnudamiento de senos era distinto. Creo que fue el gran poeta Novalis el que observó que el seno es la simple glándula mamaria pero transportada al terreno ético.

Los senos al aire de aquella manifestación eran la protesta de la especie a través de lo femenino sagrado y eterno contra la matanza y la muerte.

Eran como el seno de la Virgen María en las tablas medievales, sacado a pedido del Arcángel Miguel, para interceder ante Dios hijo un día amamantado por ella, y conmovido de modo que perdonara a las almas en el juicio.

Siguen variantes

Ha pasado mucho tiempo de aquello. Pasó ya de moda, desde aquel día, lo de manifestar con carteles. En estos meses hemos catalogado algunas de las modas y maneras de la manifestación y la protesta, que van desde aquellos pechos de mujer hasta estas cacerolas actuales, donde retumba la voluntad del pueblo.

Hemos visto así a funcionarios de Nueva Delhi protestar, pidiendo mejores uniformes, y para ello desfilando en calzoncillos por las avenidas de la capital de la India.

Hemos visto a las estudiantes de la Escuela de Danza de Río de Janeiro desfilando con pasos de baile, y pasar bailando frente al Palacio de Guanabara, en procura de un mejor presupuesto y locales de enseñanza.

Hemos visto a japoneses manifestar en las calles de Hiroshima, en cada aniversario de la bomba, tirándose al suelo como si estuvieran muertos.

Hemos visto a nudistas, paseando con una sombrilla como único ropaje, en España, pidiendo se legalice el nudismo.

Hemos visto a millares y millares de alemanes occidentales manifestar contra el armamento atómico, forjando cadenas humanas —"people chain"— de kilómetros y kilómetros entre Stuttgart y Neu-Ulm; entre tal base militar y tal otra, entre tal y cual Embajada o cuartel general.

Hemos visto mujeres desfilando encadenadas y encadenadas ser llevadas presas en Gran Bretaña.

Hemos visto, por fin, a chilenos morir, con la cacerola en la mano, golpeándolas y retumbándolas en demanda de democracia contra Pinochet.

Hasta que han llegado las cacerolas a Uruguay.

Mensaje

La presente nota no intenta ni remotamente ser una nota original. Intenta simplemente hacer que todos coincidamos en una reflexión. La del título.

Los que inventaron la publicidad (o los que como el canadiense Marshall MacLuhan le pusieron, teorificantes, el mango) sostienen que el mensaje es el medio.

Puede ser que ello ocurra con la televisión.

Con los senos femeninos como con las cacerolas, no. Por supuesto que ambos —senos y cacerolas— valen por sí mismos. Más tal vez que la entera electrónica de la que la televisión es parte sólo.

Pero no son mensaje. Son medio, sólo medio. A través de ellos, el mensaje sigue siendo el ser humano.

El hombre y la mujer con su insaciable avidez de paz, de libertad, de dignidad.



Manuel Flores Mora

En la muerte de Angel Rama

¿Qué tienes, Uruguay, con tus hijos?

Más que hablar sobre Angel, tal vez lo mejor sea poner nosotros solamente las lágrimas y dejar que Angel, sin saberlo, hable de sí mismo.

Digo sin saberlo porque tengo aquí, en las manos, su primera y última carta a JAQUE, su carta a Manuel Flores Silva. No sospeché siquiera, pobre Angel, que esa carta afable, familiar, abierta a los cuatro vientos para él interminables de la amistad, de la alegría generosa y del trabajo, iba a estar pocos días después sacudiéndose, mojada de llanto como una bandera bajo la lluvia, en este tercer número del semanario, que en los dos anteriores tuvo el honor de encabezarse con el nombre de Rama la lista de sus corresponsales en el extranjero. "Corresponsales: Angel Rama (París)..."

Hay ahora algo como terrible en ese último párrafo de la carta, con su "sobreviviré" y su "no me moriré sin..."

Han pasado quizás un par de meses desde que pregunté a Manolo si no había pensado en escribirle a Rama, anunciándole la salida del semanario.

- Ya le escribí.
- ¿Ya le escribiste?
- Ya me contestó.

Vinieron después los días ajetreados de la aparición, el directo torbellino con el naufragio definitivo de la hora de almorzar o de dormir, en el farrago del trabajo. No leí siquiera aquella carta.

Hasta que este domingo 27 —al fin de esa mañana que los amigos de Angel pasamos llamándonos por teléfono en la desesperación de la noticia—, cuando llegué a JAQUE, Manolo me entrega en silencio un papelito que tiene una fotografía adentro. Son la carta de Angel y la cara de Angel en su nueva casa de París, donde había resucitado de los marthysmos que lo expulsaron de los Estados Unidos.

"París, 24 de..."

Por supuesto que lo que sigue es un extracto:

"París, 24 de octubre de 1983.

"Querido Manolo, vos eras el que me faltaba, pues cuando supe que estabas metido en política y eras profesor de literatura, dije: "este es de los míos" (e in petto pensé que ya sabía lo que te esperaba y que sin embargo serías feliz con todo eso). Ya sabrás que he patentado la tesis de que a nuestra generación los hijos le han salido mejor que los libros, aunque no sospeché que harían de memoria viva cuando al país, como a Macondo, le cayera la peste del olvido.

"Desde luego que contás conmigo (y con Marta) para tus listas de colaboradores, aunque eso te va a costar el visado gringo y te vas a perder el fascinante New York. Te mando astuto testimonio de cómo voy sorteando el "estrage del tiempo en la mejilla", que decía el padre Machado, a manera de tarjeta de presentación. (No le creas a tu viejo, yo soy el más joven de la generación, junto con la Pocha.)

"no morirme sin pasear de nuevo por Montevideo liberado..."

"Aunque desde lejos no puedo apreciar las sutiles diferencias entre el 80 y el 83, sí sé medir las que van de... otros amigos, a ti y tu generación, y eso es causa suficiente para justificar una nueva publicación. El buen Martí le llamó 'los pinos nuevos' y nos enseñó a apostar a la obligada renovación forestal. ¡Crecza, m'hijo y que Dios lo haga un santo!, como decían los viejos gau-

chos. Y cuidese del hacha, agregó yo." "Decime cuántas páginas necesitás y no te pregunto con qué periodicidad..."

La carta sigue, por supuesto, pero en estas líneas ya está Angel definido, con su alegría por la generación de "los pinos nuevos" y la arrasadora simpatía del "decime cuántas páginas necesitás", o del "desde luego contá conmigo (y con Marta)".

Había que transcribirlo, entre otras cosas porque es la directa referencia a lo

"He patentado la tesis de que a nuestra generación los hijos le han salido mejor que los libros"

que ahora se ve que hemos perdido y con nosotros los lectores de JAQUE. Pero además, porque está todo él en ese ademán de recibir las empresas ajenas y apuntarlas como propias.

El final de la carta va más lejos y no sé de nadie que pueda leerla ahora sin estremecimiento.

"Espero sobrevivir todos los años que pueda en la decadente Europa escribiendo todos los libros latinoamericanos que debo y me debo, pero no morirme sin pasear de nuevo por Montevideo liberado, lo que dará motivo a charlotear, ¡pero de literatura! Escribo un libro ácido sobre los intelectuales (¡qué raza me ha tocado!) y preparo un volumen colectivo sobre Felisberto y contraté con el Fondo un manual de historia de la literatura uruguaya, que es improbable que llegue a escribir."

"Ojalá llegue el día en que la revista se pueda titular Jaque-mate aunque parezca algo folklórico. Un saludo para todos los amigos, y un abrazo para ti de, Angel Rama"

"Mamá falleció hoy..."

Isabel Gilbert —Angel la llamaba su mejor y más fiel corresponsal en Uruguay— me recuerda un episodio que cobra ahora toda su dimensión y, como si dijéramos, se cierra sobre sí mismo y

cierra esa parte de Angel ahora terminada para siempre, entrelazándola con la tierra de España.

Es la historia de Tierra sin mapa, el precioso libro juvenil en el cual Rama recoge, tal como los recibió en su niñez montevideana, los recuerdos infantiles de la Galicia natal de su madre.

"Un día —dice— puse un minucioso mapa sobre sus rodillas para que su índice, con la uña áspera, lo recorriese mostrándome los pueblos, los campos y los ríos de que me hablaba. Pero levantando los ojos azorados por encima de sus lentes de carey, dijo: 'No, no es así. Mira, el molino está yendo para el lado de Seaya y el río corre...', y cerró el atlas para no abrirlo más."

Llegó por fin un día en que Rama, ya hombre, pudo viajar a España. Nada más hermoso ni triste que esa llegada, que hubiera arrancado llanto a Rosalía de Castro o al viril Valle Inclán. Rama la cuenta: "Para mí también esa tierra se haría realidad, saldría de la niebla del recuerdo infantil, sería una tierra concreta que pisar, una casa donde vivir, la misma de su infancia, y podría ir hasta el molino y vería el río, el monte, la capilla de Santa Marta. Antes de partir ya llevaba pensada una larga carta fechada en Traba de Bergantiñas, que comenzaría así. Mamá, desde tu casa te escribo..."

"El barco entraba lentamente en la ría de Vigo. No había amarrado aún cuando el camarero puso en mis manos un telegrama azul, con letras blancas pegadas, que comenzaba: 'Mamá falleció hoy...'. No fui yo, fue mi madre muerta lo que descendió en tierra gallega."

Los párrafos precedentes corresponden a las últimas páginas de Tierra sin mapa, páginas magistrales a las que habrá que volver una y otra vez porque cuentan, sin duda alguna, como algunas de las más hondas y mejores que se hayan escrito nunca en nuestro suelo.

Aparte de su emoción humana y su excelencia literaria, esas páginas retratan mejor que nada al uruguayo y al gallego que era Angel, con toda su ternura y su profundo sentimiento de la tierra.

Hay algo de mueca y también algo de caricia en que habiendo ido de Estados Unidos a Francia, y viajando de Francia hacia Colombia, Angel y sus huesos hayan buscado, para abandonar el mundo, un pedazo de tierra española.

Cuando en aquella tierra española bajaron —él y la noticia de la muerte de su madre—, dijo que por la voz de ella había conocido una tierra donde los objetos no tenían peso. Caminando Galicia, descubriría que "el peso de las cosas era ahora el de la pena". ¡Pobre Angel! Angel, que explicaba su convicción democrática y social por haber nacido en el Uruguay y ser hijo de gallegos pobres. Angel que soñaba con "no me moriré sin caminar por Montevideo libre, hablando de literatura".

Hablando de su madre, de su hija y de sí mismo, refirió la "sangre de una infancia que a través de todos permanece". Dijo que "para ella la tierra no alcanza y por eso cava en la memoria el acceso a otra en que seguir corriendo bajo el sol y la lluvia".

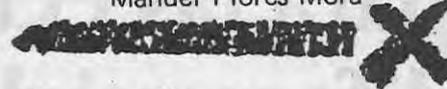
Y agregó esto aún: "Cuando ya no queda tierra, o es poca y cierta la que nos espera, esta otra se extiende largamente ante nosotros".

En ella, Angel, habremos de encontrarnos un día "desayunados todos", como decía Vallejo. Te podremos decir entonces lo que seguramente sabías pero tanto nos duele ahora no haber dicho: el orgullo uruguayo que tenemos de ti.

Angel: cuando uno piensa en algunas de las almas más valiosas nacidas en esta tierra y las sabe deambulando sin patria, porque alguien les vetó el pasaporte, les prohíbe la entrada o las tranca entre rejas, una pregunta con el corazón sublevado la pregunta que titula estas lágrimas: Uruguay, ¿qué tienes con tus hijos?

En este reencuentro sobrecogedor donde te estamos mirando el alma, sin haberte podido mirar la cara, algo hay sin embargo cristalino. Un país no son sus malos hijos. Ni sus hijos equivocados. El problema de Uruguay no es contigo. Uruguay, Angel, tierra sin mapa de nuestra juventud de amistad y libertad, no tiene otra cara que la tuya. Perdónalo ¡y defiéndelo!

Manuel Flores Mora



Sepultura en Bogotá

El cable siguiente ilustra sobre lo que los uruguayos no podemos mirar sin amargura. El exilio se prolonga más allá de la muerte:

Bogotá, 28 de noviembre (DPA). Los restos mortales de la crítica de arte colomboargentina Marta Traba y de su esposo, el ensayista uruguayo Angel Rama, serán sepultados en Bogotá, informaron en esta capital fuente de la familia.

La señora Traba recibió hace pocos meses la ciudadanía colombiana gracias a la intervención directa del presidente colombiano Belisario Betancur.

Un vocero de la familia señaló que una vez que se logre la identificación de los cadáveres y las autoridades españolas den el permiso de salida, los cuerpos de los dos escritores serán trasladados a Bogotá para su sepelio.



Paris, 24 de octubre de 1983

Querido Manolo, vos eras el que me faltaba, pues cuando supe que estabas metido en política y eras profesor de literatura, dije, "este es de los míos" (e in petto pensé que ya sabía lo que te esperaba y que sin embargo serías feliz con todo eso). Ya sabrás que he patentado la tesis de que a nuestra generación los hijos le han salido mejor que los libros, aunque no sospeché que harían de memoria viva cuando al país, como a Macondo, le cayera la peste del olvido. Espero sobrevivir todos los años que pueda en la decadente Europa escribiendo todos los libros latinoamericanos que debo y me debo, pero no morirme sin pasear de nuevo por Montevideo liberado, lo que dará motivo a charlotear ¡pero de literatura! Escribo un libro ácido sobre los intelectuales (¡qué raza me ha tocado!) y preparo un volumen colectivo sobre Felisberto y contraté con el Fondo un manual de historia de la literatura uruguaya, que es improbable que llegue a escribir."



La inconfundible firma de Rama, al pie del párrafo donde, inconscientemente, alude por tres veces a la muerte: "Espero sobrevivir", "no morirme sin..." y "es improbable que llegue a escribir"





Paseo Colón abajo...

Argentina: se jubiló la arrogancia



Esta nota se escribe cuando ya los locutores anuncian, con ese dramatismo que los locutores suelen usar hasta para decir buen día, la remisión a la justicia, por Alfonsín, de todos los integrantes de las Juntas Militares que anarquizaron, descoyuntaron, entregaron, fundieron, torturaron y humillaron, desde 1976 a la Argentina...

El nuevo Presidente, que asimismo promueve la persecución penal de los dirigentes de la subversión y que ha convocado al Parlamento para que apruebe en sesiones extraordinarias proyectos que penen el golpe y la tortura, camina —puede verse— en el cumplimiento de sus compromisos. Y en la observancia de los reclamos morales más hondos de su pueblo. Esta nota se atiene, sin embargo, a una etapa anterior. Es una nota no sobre los hechos sino sobre las palabras.

Siempre creí equivocado reclamar hechos y no palabras. Lo que hay que pedir son hechos y palabras que concuerden. Los hechos son la consumación de las palabras, pero las palabras son las que iluminan y humanizan a los hechos.

Hubo palabras singulares en este caudillo civil durante el día singular en que asumió el gobierno. Sentimos que no deben, sin mengua de la comprensión de la realidad, pasar sin comentario.

“Humilde servidor”

A mí por lo menos me sorprendió. Pienso que a todos. Me refiero a aquel momento del balcón del Cabildo en que, enfáticamente, puso el tono que se usa para decir “tenemos la bomba atómica” y dijo ser “el más humilde servidor de los argentinos”.

“La Argentina pudo comprobar hasta qué punto el quebrantamiento de los derechos del pueblo a elegir sus gobernantes implicó siempre entrega de porciones de soberanía al extranjero, desocupación, miseria, inmoralidad, dependencia, improvisación, falta de libertades públicas, violencia y desorden”.

Me parece ver a Raúl Alfonsín, como recogido sobre el momentáneo silencio de la multitud y sobre el eje del propio pensamiento. Raúl Alfonsín —genio y figura de orador verdadero, veterano dominador del oficio de desplegar la propia y la ajena verdad consustanciadas frente a un auditorio siempre renovado, esto es, político nato, doctorado en el arte de comunicarse con el hombre y con la mujer comunes para de ellos recibir y a ellos dar ese último sentir de lo justo colectivo que se llama política— asumía su más alto destino ciudadano. Ser el primero. Esto es, el primer servidor de los demás.

Lo dijo además hacia esa plaza de Mayo cuya memoria retiene los ecos de la voz de Perón y los aspavientos de la voz de Galtieri. La plaza hacia la cual hablaron todos los salvadores y que ahora recibía la de ese hombre común. Como si dijéramos, y de ahí el profundo sentido de las palabras de Alfonsín, quedaban clausurados los tiempos de soberbia.

Se jubilaba la arrogancia.

Se daba la baja a los enfoques presuntuosos.

Se inauguraba esa hermana gemela de la decencia que se llama modestia.

Y como la guitarra del tango (al fin y al cabo estamos en el Río de la Plata) ingresaba definitivamente al ropero esa vanidad destructiva de los que creen que por hablar más fuerte, o por insultar desde la fuerza, o por ignorar el matiz de opinión, o por arrancar la cabeza al que disiente, tienen derecho a mirarse en el espejo como si fueran San Martín. Y exigen un acatamiento sin matices.

Es curioso: siempre que la arrogancia se entroniza en algún sitio es menester que venga después la humildad de la gente común a reconstruir, como con la Alemania de Hitler, el Japón de Yamamoto o la Argentina de los sucesivos generales, la trama destrozada de la vida.

Hay que decirlo, porque la arrogancia ha sido de algún modo la epidemia común de la mayoría de los gobiernos de facto de la América Latina. En ella hay que buscar una de las causas principales del fracaso rotundo que uniformiza hasta extremos de vértigo la gestión de estos gobiernos.

La historia (y la memoria popular con sus refranes) recogerán este tiempo en que el poder fue expropiado por gente que no estaba capacitada para conducirlo. Y recordará cómo lo ejercieron de manera absoluta, dictaminando las verdades, agravando todo pensamiento o sentimiento diferente al que ellos mismos proclamaban, sin escuchar más voces que las del aplauso. Hasta terminar con los descalabradores resultados conocidos de deuda externa más grande que la geografía, caída de salario hasta menos del piso, desocupación por muchedumbres, ruina hasta del agro, retroceso de la enseñanza, menosprecio para todas las manifestaciones de la cultura excepto la física, destartalamiento de las industrias, emigración de cerebros multiplicada y proliferación de bancos y capitales extranjeros, entre otras surtidas calamidades.

Como antípoda de todo eso, este Alfonsín, que se proclama sin ambages no salvador ni conductor sino mero servidor humilde de los demás, es algo así como la restauración refrescante de las evidencias del sentido común. Ese que no advirtieron ninguno de los altos jefes entorheados que ahora el servidor humilde remite a la justicia. El sentido común que coloca la dignidad del gobernante en el mismo lugar que la dignidad del gobernado, identificación sin la cual la democracia no existe.

Y la dignidad del gobernante tampoco.

Inseguridad nacional

Los otros dos párrafos sobre los que quisiera detenerme se vinculan con la seguridad, uno, y con la información el otro.

Si vamos a hablar de democracia y si cumplimos el deber de recordar su clima (y su esencia) a las generaciones uruguayas llegadas a la preocupación colectiva en los últimos años, es menester iniciar desde ya el análisis en profundidad de lo que significan estos conceptos.

De alguna manera las generaciones del presente, más que a la confrontación de las ideas, a lo que asisten muchas veces es a las batallas de la guerra psicológica, en las cuales hasta los giros de palabras están elegidos para dar por sentado lo que habría que empezar por demostrar y generalmente no es demostrable por la simple razón de no ser cierto. Es casi cruel, por ejemplo, recordar

ahora que el proceso que se cerró cuando Bignone abandonó, el pasado sábado, la Casa Rosada, se llamaba... “Proceso de Reconstrucción Nacional” (!). Es espantoso. Pero es así. Durante años, los comunicados oficiales aplastaron las almas y las orejas de un país entero. “Reconstrucción Nacional”. Los políticos corruptos habían deshecho la Argentina y en nombre de la teoría o doctrina o como se la llame de “la seguridad nacional”, las fuerzas armadas habían venido a “reconstruir la nación”. Y a salvarla.

De ahí que las palabras actuales de Alfonsín asuman un sentido vertical definitivo. No son contraargumentos que se oponen a argumentos. Son como lápidas que liquidan un proceso y restauran —¡por fin!— el piso mental por donde desplazarse, llamando a las cosas por su nombre.

No es necesario reproducir los juicios de Alfonsín sobre esa “teoría de la seguridad nacional”, derramada, Pentágono abajo, hacia los cuatro bordes de la América Latina. Ajena al genio mismo de la raza,

divorciada de todas las tradiciones jurídicas en que se asientan las libertades colectivas, esta teoría de la seguridad ha sido objeto de condena definitiva en la palabra del presidente constitucional argentino. Que empezó por recordarnos que jamás la gente de su país había vivido tan insegura y con menos seguridad que durante el tiempo en que imperó la doctrina de la seguridad. Y que no había otra seguridad nacional defendible fuera de la que reposa sobre la libertad y seguridad individuales de cada ser humano.

Verdades oficialistas

El tercer concepto que queríamos destacar de estas palabras inaugurales de Raúl Alfonsín es el relativo a que su gobierno “cumplirá con la obligación constitucional de informar al pueblo sobre lo que ocurre en el país”, y que “el cum-

“Nunca hubo menos seguridad que bajo el imperio de la llamada doctrina de la seguridad nacional...”

plimiento de esa obligación implica que la oficialización de la mentira, de los secretos inútiles y de las verdades a medias, ha terminado.

Nunca se insistirá suficientemente en estos puntos. Curiosamente los gobiernos de facto —en América del Sur prácticamente todos— se extienden sobre las ventajas de la libertad económica irrestricta, saltándose todo lo que esa pseudo libertad implica de renunciamiento a ejercer fundamentales derechos de defensa económica nacional. Pero postergan y condicionan, interminablemente, la libertad fundamental de enterarse, de saber, de preguntar, averiguar e informar.

Cuando la democracia es puesta entre paréntesis, la ciudadanía —única dueña de sus propios destinos irrenun-

ciables— es colocada bajo la tutela auto-proclamada de quienes deciden por sí mismos dirigirla y gobernarla. Esto es: la voluntad popular deja de ser, como lo quieren todos los textos constitucionales democráticos, fuente de poder.

Pero hay más: la generalidad, y a veces la totalidad de las gentes que no participan del gobierno, pierden esenciales contactos con la información.

La suma de los datos y cifras económicos y financieros que, bajo un régimen democrático, se vierten, vía parlamentaria y vía prensa libre, en el conocimiento de la opinión general, pasa a ser sustituida por la que brinda el propio gobierno.

Me parece impecable la precisión verbal del propio Alfonsín cuando señala que ese es el momento en que los institutos dejan de ser oficiales para ser oficialistas.

En adelante, en la República Argentina, la gente tendrá derecho a conocer realmente todas las cifras de la vida colectiva, desde el número de desocupados a las reales reservas del banco central. Desde los precios que se pagan efectivamente por la carne que se exporta hasta la cifra real de los sueldos de cada categoría humana. Desde los casos de polio o de sarampión que se detectan hasta el número de presos y ubicación personal de cada uno.

Desde lo que se gasta en locomoción oficial, o en whisky en las recepciones, hasta el destino de los fondos recaudados para los planes de vivienda, los entes jubilatorios o los servicios públicos administrados por el Estado. Lo que se gasta en armas y lo que se gasta en remedios. Lo que se paga, lo que no se paga, lo que se recauda, lo que se evade, lo que se manipula y lo que se evapora.

¿Hay alguien que no entienda que ahí, y sólo a partir de ahí, comienzan la democracia, la capacidad de libre decisión de la democracia y el contralor de los agentes de gobierno por parte de la conciencia democrática de un país?

Paseo Colón

Ha sido notoria la decisión de Alfonsín de no dejar participar en las ceremonias de la trasmisión de mando, a los ex presidente militares. Ni Lanusse ni Onganía ni Videla. Ni Viola ni Levingstone ni Galtieri.

El único que de alguna manera participó fue el saliente Bignone, encargado de traspasar a Alfonsín los atributos del mando. Bignone no quedó privado de asistencia, pero quedó huérfano de abrazo.

“La oficialización de la mentira, de los secretos inútiles y de las verdades a medias ha terminado en la Argentina”.

Terminada esa limitada participación, debió retirarse de la Casa Rosada. Obviamente no salió de la misma por la puerta grande.

Esta nota termina reparando que tampoco salió por la puerta chica. Es decir, por la más o menos anónima que da al costado sur y que era la prevista. Al golpe de vista, Bignone salió de la Casa Rosada (y de la historia) como un evaporado. Estaba, y un momento después, no estaba.

La verdad es que razones de seguridad —de doctrina de seguridad, diríamos— aconsejaron sacarlo por un tercer postigo, pequeño, que da a Paseo Colón. Si. Donde van los que tienen perdida la fe...

Los hombres, se sabe, nos apiadamos a veces.

Pero la historia nunca.



Manuel Flores Mora





Uruguay de ayer y de mañana

Derecho patrio: sin censura previa

Es una costumbre que tomé allá por los años setenta y pocos, cuando pasó lo que pasó y parecía que la República ya no era la República (y no era, no más). Me refiero a la costumbre de caerme por la Biblioteca Nacional.

Pertenezco a la generación del Café Metro, que otros llamaron mal, generación del 45. En realidad no era una generación sino, más módicamente, una barra. Cuando la tradujeron a culturología aquello sonaba demasiado a muchachos y a esquina. Nos ortega-gassetizaron con lo de generación. Y como lo temporal lleva a lo temporal, terminamos con fecha, como los vinos. Nos transformaron en el 45, cifra que en todos lados es calibre de Colt, pero que aquí en Uruguay pasó a ser un hito, hasta ahora he sabido por qué, de historia de cultura.

En política, pertenezco a la generación batllista del 55, que fue la que llegó a la Cámara de Diputados empujada por el ademán de Luis Batlle. Eran, claro está, otros tiempos. Tiempos que el que los vivió, lo sabe. Y el que no los vivió no puede imaginarlos. Tiempos sin censura.

Me acuerdo, para dar una cualquiera idea, de cuando vinieron por entonces, con sus entonces flamantes (y ya entonces multinacionales) recetas, los primeros delegados del Fondo Monetario Internacional. Llegaron como suelen llegar (como a tantos otros lugares, como a aquí mismo tantas veces después). Traían los trajes de alpaca, la presunción y los portafolios. Traían zapatos de norteamericano y camisas de norteamericano. Y alma no de norteamericano sino de adulón de norteamericano.

El titular del Poder Ejecutivo era Luis Batlle. Los echó del país.

Es decir: el gobierno los recibió con cortesía, los invitó a comer, los hospedó. Y los escuchó.

Cuando los escuchó, los echó. Uno a veces se revuelve y busca con la mirada, alrededor, ese Uruguay de 1945 o 1955, Café Metro o luisismo. Busca ese Uruguay y no lo ve. Es terrible porque, a la manera de los que, abandonando los cohetes espaciales pasean por el espacio interestelar, la sensación se vincula con la pesantez. Primero, con lo horrible de no pesar, uno, nada. Segundo, con lo más horrible de no tener ni arriba ni abajo, que es lo único peor que no tener pies ni cabeza. Sólo que la falta de pesantez astronáutica es meramente física. Aquel que busca su país con la mirada y no lo encuentra, padece en cambio la falta de pesantez espiritual. Peor que la muerte térmica.

Realidades

Lo de que el país no esté, por fortuna, es sólo un mini-infierno metafísico ilusorio. Una especie de contra-alucinación estrafalaria. El país está siempre. Y cuando parece que no está, simplemente es que está ahí, no visible y mejorando todavía.

Yo voy a la Biblioteca Nacional porque ahí el país no falta nunca. Si se me permitiera el malgusto de un coloquialismo cafetero, diría que el país "para" en la Biblioteca Nacional. Desde siempre, como no imaginó Larrañaga pero sí lo intuyó Artigas.

Esta mañana estuve en JAQUE. Después en la Biblioteca Nacional. Me pregunto: esto que estoy escribiendo ahora mismo ¿llegará al lector?

¿Qué pasará finalmente esta semana con los semanarios de este país?

Es notorio que estos semanarios de hoy, que son además el mañana, están en su mayoría hechos, redactados, escritos, titulados, sufridos, diagramados, peleados, acertados, equivocados y estrechados por hombres jóvenes.

Cuando yo tenía la edad que ellos

tienen, sentía que todos los hombres eran mis hermanos.

Cuando se tiene el doble, la mitad de los hombres son nuestros hermanos. La otra mitad hay que sentirla como si fueran nuestros hijos. Si no, es porque se ha vivido mal. Yo no he vivido mal.

En la calle, en la Biblioteca, en cualquier parte, hombres jóvenes me han preguntado, hoy, qué pienso. He visto en sus ojos lo mismo que seguramente hay en los míos, cuando miro alrededor y no encuentro al país. No me pregun-

I, el lector curioso encontrará el texto completo de lo que aquel glorioso cuerpo constituyente y legislativo aprobó en materia de libertades para la prensa (y para todos los habitantes del país).

Dice así: "Montevideo, Junio 3 de 1829.

"La H.A.G.C. y L., etc.,
"Art. 1o. - Todo ciudadano puede por medio de la prensa publicar libremente sus ideas sobre cualquier materia sin previa censura."

El artículo siguiente establece la responsabilidad a posteriori por los abusos que se cometan de la libertad de imprenta. Es decir, que ya tenemos la estructura acabada de lo que el Derecho Patrio y toda la tradición jurídica oriental (constituciones incluso) considerarán pieza maestra del orden uruguayo.

La expresión es libre, no hay censura previa y sólo eventualmente, por abuso, responsabilidad posterior. Y para que la responsabilización no obre a modo de codo que borra lo que el derecho escribió con la mano, el resto de esa ley de 1829 organiza de modo prolijo la ma-

He aquí, para los tiempos, el Decreto de Don Frutos:

"Número 11. Montevideo, Noviembre 17 de 1838.

"RESTABLECE LA ILIMITADA LIBERTAD DE IMPRENTA.

"El General en Jefe del Ejército Constitucional.

"La absoluta libertad de opinar, y de publicar las opiniones, debe ser un derecho tan sagrado como la libertad y seguridad de las personas. Las producciones de la imprenta libre son el freno de los malos mandatarios, la recompensa mejor de los que gobiernan bien, y el vehículo más seguro para derramar la ilustración y educar a los pueblos.

"Pero este derecho inestimable vendría a ser ilusorio, si los que han de ejercerle conservan el menor recelo de que la autoridad puede reprimirle, ó manifestar siquiera algún desagrado, por el uso que de él se haga.

"En fuerza de estas consideraciones, para manifestar á la República que deseo oír libremente la voz de la opinión; que, contando con ella, no puedo temer ataque alguno; y que no deseo otro juez, ni otro defensor de mis actos que la conciencia del Pueblo, por cuyo bien trabajo; recomendando á su ilustración y buen sentido la moderación y templanza en el uso de la imprenta, decreto:

"Art. 1o. - La libertad absoluta é ilimitada de la imprenta es también uno de mis principios fundamentales. Todo individuo puede usar de ella, sin restricción alguna.

"Art. 2o. - Los particulares, que se creyesen ofendidos, por producciones de la prensa, tendrán expeditos los medios de vindicación, que la ley del país establece.

"3o. - Los ataques de cualquier género que se dirijan por la imprenta, sea contra mi persona, las de mis secretarios, ó contra los actos administrativos, no quedan sujetos á responsabilidad alguna; y para asegurar esta declaración, yo y mis secretarios, renunciemos, mientras yo esté en el mando, la protección de la ley actual, y todo otro medio de vindicación.

4o. - Circúlese, publíquese, y dese al Registro.- (Firmado: RIVERA.

Santiago Vázquez - Enrique Martínez.

Homenaje

Miro a mi alrededor. Quisiera imaginar la tarde en que Don Frutos rubricó este decreto. Era un hombre bondadoso y alegre. Veintiañero, había vencido a los porteños en la Batalla de Guayabo y librado el territorio nacional, a órdenes de Artigas.

Después venció en Rincón, conquistó las Misiones. Un año y un mes más tarde de este decreto, infligiría al ejército invasor de Echagüe, enviado por Rosas, la derrota de Cagancha.

Rivera era el tipo de hombre y de gobernante sin miedo. En la absoluta seguridad que tenía de sí mismo y de lo que había llamado pocos días antes, "el pueblo de mi nacimiento, de mis recuerdos, de mis afecciones", esto es, el pueblo oriental, sabía y sentía que la máxima libertad era asimismo la máxima seguridad.

El Decreto que hemos transcrito tiene otra particularidad que queremos subrayar: está firmado por dos militares y un jurista. Todos saben quien fue Rivera (¿saben?), general y caudillo, que vivió enterverado con la gente y adorado por ésta. El otro; Enrique Martínez, fue asimismo una figura notable. General uruguayo, general argentino, general chileno, peruano, etc. Cruzó Los Andes con San Martín. Peleó en Chacabuco, en Cancha Rayada, en Maipú. Fue general de Bolívar y de Sucre. Fue Jefe del ejército patriota del Perú. De regreso, fue con Rivera vencedor en Cagancha.

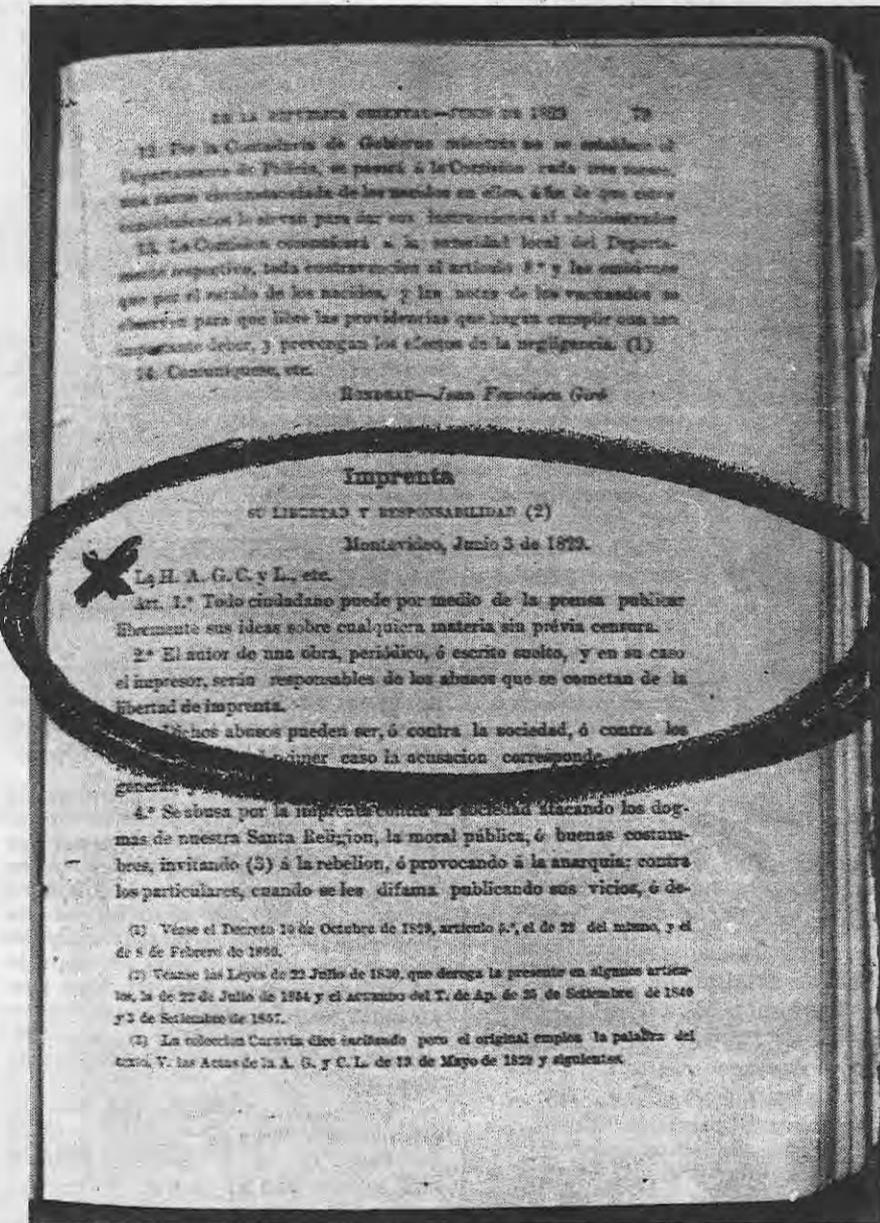
Estos hombres de espada notables firman junto con el gran jurista Santiago Vázquez, cuya actuación en la Constituyente está relacionada precisamente con algunas memorables frases que dijo defendiendo la libertad de prensa.

En esta hora triste de nuestra tierra, levanto el corazón hacia estas grandes presencias. Son el Uruguay verdadero.

El que crea que son el pasado se equivoca. No lo son. Son el mañana.

Saludémoslo con la emoción sin lágrimas, esa tan honda: la emoción de la fe.

Manuel Flores Mora



tan a mí. Le preguntan al tiempo. Mi visita a la Biblioteca Nacional no ha sido hoy, por tanto, en nombre propio. He ido por todos.

H. G. Wells, el inglés formidable, cuenta la historia del hombre que viajó al futuro. Al volver, supo que no había sido un sueño porque había traído algo del futuro: una flor.

De la Biblioteca Nacional esta mañana, a manera de flor, traje algunos párrafos. Traje dos líneas aprobadas por la H.A.G.C. y L. el 3 de junio de 1829. Traje un Decreto que firmaron Rivera, Vázquez y Enrique Martínez el 17 de noviembre de 1838.

H.A.G.C. y L.

Antes de que se inventaran ESMA-CO y ANCAP, antes que SODRE, SE-PLACODI, AFE o IMAGRO, uruguayos escribieron en cabezales de papeles ilustres la sigla impronunciable HAGCyL.

HAGCyL quiere decir Honorable Asamblea General Constituyente y Legislativa. Casi nada. Fue, como quien dice, la que fundó la República. Y redactó la primera Constitución de país independiente.

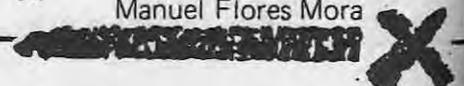
En la Colección Legislativa, Tomo

nera de hacer efectiva esa responsabilidad, en juicio por jurados (y no por funcionarios ni gobierno).

Trece meses después la ley es objeto de algunas modificaciones de detalle. Pero el sistema sigue enteramente en pie. Es la ley de 22 de julio de 1830, que luce al pie la firma y la adhesión de Juan Antonio Lavalleja, El Libertador. Pero Libertador no sólo para la ex-Avenida Agraciada. Ni tampoco sólo por el desembarco de 1825. Libertador por su defensa de las libertades, entre ellas esta básica de emitir libremente el pensamiento.

Rivera renuncia a la ley

Han pasado casi diez años cuando, el 17 de noviembre de 1838, Fructuoso Rivera, que ocupa ahora por segunda vez el gobierno, resuelve (son sus palabras), "restablecer la ilimitada libertad de imprenta". Se trata de un notable decreto por el cual, manteniéndose la ley, el gobernante renuncia, para sí y para sus ministros, a ejercer por todo su mandato las acciones de responsabilidad por publicaciones vinculadas con su gobierno. Ni que decir que estamos tocando la más alta y más noble tradición nacional en la materia.



Deformar a lo héroes ¿no es vilipendio?

¡Quién me iba a decir a mí, grumete epigonal en la estela de los galones de Rivera y de Batlle, que iba a terminar ejerciendo con indignada piedad la defensa de Juan Antonio Lavalleja!

Desde que le levantaron al pobre, en la Plaza de los Bomberos, esa contrahecha figura con sable en mano sin carabina a la espalda, que aprieta los dientes, cabezona y mal proporcionada, creo que he estado esperando, casi hora por hora, que saliera algún lavallejista a romper, profestando, alguna lanza en favor del Jefe de los Treinta y Tres. Alguien del tipo del ilustre Don Eduardo de Salterain y Herrera, autor del mejor libro, creo, sobre Juan Antonio. O alguien, por lo menos, como Aníbal Barrios Pintos, mi amigo, o como mi viejo y entrañable Claudito Williman, para citar a dos anticolorados de toda la vida. Pero nada. Nadie.

Al ensayar ahora estas defensas me siento un poco, pues, como el gran Macedonio Fernández, cuando mandó al banquete la legendaria tarjeta excusatoria: "Como el amigo a quien pedí que faltara por mí, a último momento me comunica que no puede hacerlo, me veo en la necesidad de faltar personalmente..."

Así, a mi pesar, salgo personalmente a defender al Brigadier General Juan Antonio Lavalleja, figura y héroe central del cuadro sobre la arena, con juramento, pintado por Juan Manuel de Blanes. Y también personaje protagónico de "La Leyenda Patria" de Don Juan Zorrilla de San Martín y, por si fuera poco, jefe además del desembarco del 19 de abril de 1825. Lo hago porque este último "homenaje" del proceso, enfundando el rostro del hombre de Sarandí en los inflacionarios billetes de cinco millones de pesos viejos, con arrasamiento de toda posible verosimilitud fisonómica del héroe, constituye un golpe respecto del cual el prócer tiene un evidente derecho a que lo socorran protestando. Es lo que intento, entre otras reflexiones, acometer en esta nota.

Búsqueda de abuelos

Está en la naturaleza de las cosas que aquellos movimientos que carecen de raíces o de justificaciones profundas en la historia, las busquen ávidamente. Como lo está también que aquellos movimientos que carecen de porvenir intenten inventárselo, o predeterminarlo, y busquen hacia atrás apoyos en que afirmarse, como para tomar impulso en el salto hacia la posteridad que les está radicalmente negada.

El proceso que desde 1973 manda en nuestro país no ha sido naturalmente ajeno al fenómeno que describimos. A propósito del mismo demostró además, desde sus horas iniciales, la limitada vinculación que mantiene con algunas de las características claves del espíritu nacional. Así por ejemplo cuando rompió con homenajes el casi piadoso silencio que los orientales consagrábamos al recuerdo decreciente del Coronel Lorenzo Latorre. O cuando sobrepuso concursos, exaltaciones y monumentos a la



Doña Ana Monterroso aconsejó proverbialmente a su marido, que exageraba la humildad, aquello de "¡Date corte, Juan Antonio!"

En la estatua de la Plaza Artola, Lavalleja ignora la recomendación. El que la sigue, en cambio, es el caballo, que irradia imponencia y vanidad. En un cuento de Paco, un caballo se transforma en enorme bagre. ¿Este es el caballo de Lavalleja o el bagre de "Rodríguez"?

información ínfima que, para bien de Francisco Solano López, los orientales teníamos de Francisco Solano López.

Sin hablar de Leonardo Olivera, glorioso caudillo patrio del Sudeste, cuyas hazañas le valieron en vida el grado de coronel. Y que como coronel fue honrado y recordado por la admiración de los orientales durante más de un siglo. Hasta que vino el proceso y así, de golpe, lo hicieron de un solo plumazo General y Ruta 9. Todo esto de nada sirvió sin embargo a quienes lo promovieron. Latorre que practicó la austeridad, Latorre que no aceptó jamás ser ascendido a General por el régimen del cual era figura dominante, no es apto —era cruel, era irrespetuoso de la voluntad popular, era incomprensivo de la suprapersonal autoridad de la ley— para organizar en torno a la osatura de su personalidad, lo que desde Artigas los orientales consideramos virtudes irrenunciables de un caudillo.

Todos los intentos reivindicativos de otras figuras del pasado, impulsados a partir del proceso y de su visión castrense de la vida colectiva, fracasaron por igual. Como correspondía a la filiación predominantemente blanca y al radical anti-batlismo de las figuras principales del movimiento del 73, los intentos en cuestión se orientaron siempre hacia figuras del Partido Nacional, desde Aparicio Saravia a Leandro Gómez. Cuadra a nuestra lealtad de adversarios subrayar, sin embargo, que la devoción profesada a esas figuras históricas por mayorías blancas innega-

blemente contrarias al proceso, destituyó de sentido los intentos.

Fue entonces, en estos años últimos, que los estrategas histórico-publicitarios del proceso, tomaron la pala para trabajar con la figura de Juan Antonio Lavalleja.

Hay destinos

Ha estado un poco desde siempre (o por lo menos desde que se murió) en el destino de Lavalleja esto de que lo trajeran para apuntalar situaciones de facto.

Hace un siglo y un lustro fue Latorre quien ordenó se inventara la actual versión de los 33 Orientales, obra que el destino reservó al genio, ya que no poético, cuando menos de "public relations" de Juan Zorrilla de San Martín.

Entendámonos: entre otras muchas cosas humanamente notables en que es pródiga la excepcional historia de este retazo de planeta que antes pertenecía a los uruguayos, los acontecimientos de 1825 ocupan un lugar levantado. Algún día habrá que escribir de verdad lo que entonces ocurriera, poniendo cada cosa en su sitio, cada acontecimiento en su fecha, cada hombre en su estatura justa. Tal vez ese día no se hable ya de 33 Orientales — no fueron 33 sino 39 ó 40—, de los cuales orientales eran sólo algunos, mezclados con un francés,

en el Arenal Grande. Desembarcó en la noche y hacia el monte, y no a la luz del día, como corresponde a un oficial que carece de caballos y no quiere regalarse. El Arroyo donde no desembarcó, no se llamaba tampoco la Agraciada sino La Graseada (como quien dice La Charqueada). Y ello por las matanzas de vacas que allí habíanse hecho algún día. La historia de un nombre geográfico instaurado como reconocimiento a una joven "agraciada" se cae sola. La toponimia criolla no tolera palabras difíciles. Hubiera dicho sólo Arroyo de la Linda. O de la China.

Toda esta hojarasca, más propia para transmitir los dudosos ideales estéticos imperantes en 1879 (e infelizmente prolongados en muchos hasta ahora), que para recoger la verdad de la historia, ha cubierto la figura de Juan Antonio Lavalleja.

Con el respeto que el pasado reclama y que el tiempo apisona, digamos una vez que no es servir a la memoria de Lavalleja proclamarlo como "El Libertador". Ese exceso fue meramente generoso o dolido y se ubica en el decreto con que Venancio Flores honró a Lavalleja muerto, el día que murió. Pero no tiene sentido repetirlo a casi siglo y medio de aquella fecha. Lo que hay que decir, en cambio, es que los orientales no tienen en nadie a "el" Libertador. Nos libertaron muchos, y entre los muchos, el primero fue sin duda el



Con los ojitos muy juntos (o muy separados) y con un levísimo estrabismo, montado sobre la nariz inquisidora que seguramente no tuvo, este retrato tiene poco que ver con el marido de Ana Monterroso. Lavalleja no es éste. Este ¿quién es?

varios entrerrianos, algún porteño, algunos paraguayos y también isleños del Paraná sin más patria que el agua y el pajonal lleno de víboras predeterminado por Horacio Quiroga.

Lo que quiero decir es que esa historia de verdad, trasuntará una gesta estupenda, mejor que la difundida a partir de la escuela oficial, por el simple hecho de contener menos bronce y más carne, menos mármol verbal y más deslavado coraje de civiles enredados en la rabia de la libertad irrenunciable.

Esa historia sin embargo no se ha escrito. En su lugar se despliegan los hechos de la versión que cantó Zorrilla y que hacen de Zorrilla, desde el concurso que ganó en 1879 en la Florida, el principal beneficiario de la gloria de la Leyenda Patria. Es el destino de Lavalleja. El estanciero por entonces propietario de la costa donde Blanes los ubica en su cuadro, entusiasmados de inverosímil juramento, conenció al país y al Gobierno que Lavalleja había desembarcado en la Agraciada, en la mañana del 19 de abril.

No desembarcó en la Agraciada sino muchos kilómetros más arriba,

vencedor de Rincón, concertador de la estrategia de Sarandí y reconquistador de las Misiones: Rivera.

La manera de honrar a los muertos que se juzgan grandes, no es, por otra parte, cubrirlos de palabras. Ni vincularlos a los errores de quienes les rinden homenajes. Ni erigir monumentos de dudosa factura. Ni dibujarles caras inventadas en los billetes de banco.

Hay maneras mejores de honrar a los muertos. Entre ellas, la de permitirles descansar en paz.



Manuel Flores Mora



Camps desconcertado

La tortura no paga



Cuando la última guerra europea clausuró sus destrucciones y matanzas, el mundo asistió horrorizado a la revelación de lo que habían sido los crímenes del nazismo contra las poblaciones en general de los países ocupados y contra el pueblo judío, rabiosamente y en especial.

Oprime todavía el horror de lo que fue encontrado. Pudo cabalmente decirse que, pese a conocerse de antemano la raíz repugnante del hitlerismo, la humanidad no había siquiera sospechado la magnitud del genocidio. El mundo se hubiera negado a creer, si hubiera podido, lo que revelaron los campos de concentración. Sólo que no era posible no creer. Ahí estaban las fotografías. Ahí el testimonio de los cadáveres. Ahí los hornos, las montañas de dentaduras, de muertos, de jabones, de lentes, de zapatos. Ahí los ojos, infinitos en el sufrimiento, del monotoncito de sobrevivientes, mirándonos desde detrás de su flacura de cuarenta quilos con el reflejo desconsolado de todas las monstruosidades en las pupilas.

De esto que se está denunciando y comprobando cada mañana en Argentina puede decirse y no puede decirse otro tanto. No puede decirse porque no han sido necesarios ni la libertad ni Alfonsín para saber que había millares y millares de desaparecidos. ¿Cuántos? ¿30.000, como afirman las Madres de Mayo? ¿6.000 como constan en las listas de nombres publicados? ¿Más de 10.000 de cualquier modo como declara opinar el propio Alfonsín?

Lo único que se discute, si es que se discute, es el número. Aparte de esa precisión todos hemos sentido, muy hondo, y desde hace años, que desaparecido era equivalente de torturado y asesinado. Incluso contra la esperanza de que aparecieran en alguna parte algunos de los niños que nunca más fueron vistos o localizados, incluso contra la esperanza de que se descubrieran en alguna cárcel irregular ignorada o en algún cuartel perdido, algunos desaparecidos con vida, nadie ha confiado jamás en el retorno masivo de esos millares de nombres calcinados que algún día fueron -terroristas algunos, inocentes un porcentaje muy elevado- personas de carne y hueso sobre la tierra.

Ello no obstante, un poco también como con el nazismo cuando terminó la guerra, el cuadro -un vasto y horroroso cuadro de crímenes abstractos, donde cada caso concreto se disolvía de algún modo entre los miles y miles de la cifra total- se torna insostenible frente a la información que se detiene en solamente un nombre. Y lo cuenta.

La diferencia es como la que existe entre estar hablando de víboras y que te pongan de golpe enfurecida y viscosa una víbora entre las manos. La diferencia es como la que existe entre saber que los torturados gritan de dolor y sentir, de golpe que el aullido de sufrimiento de un ser individual nos perfora los tímpanos desde la habitación vecina. Es el caso, difundido por todas las agencias, de esa mujer que en las alucinaciones de

la agonía, por un lado llamaba a su madre ("Abrazame, mamá!") y por otro clamaba a su torturador: "Basta, Luis, basta!" El torturador se llamaba Luis Manzanelli. Era, o sigue siendo, cabo en un cuartel de Córdoba. La que no sigue siendo es ella. El tal Luis no cejó en su sádico empeño y la prisionera murió bajo el tormento, según denuncian ahora los familiares a la Justicia y a la opinión pública.

Tu, yo, nosotros...

La agresividad de cualquier anécdota vinculada con la tortura -siempre la misma anécdota, siempre distinta anécdota por el detalle que la individualiza y perfecciona- nos plantea un primer problema a quienes, maniatados por la impotencia que inflige todo incambiable hecho pasado, recibimos cualquier información de este tipo: o nos detenemos en la morbosidad del detalle, interesándonos, o apartamos la vista cerrándonos a su conocimiento por encontrarlo intolerable. Es horrible, porque en cualquiera de ambos casos estamos de alguna manera identificándonos, remotamente, con alguno de los dos personajes: el torturador y su víctima. La morbosidad nos acerca, odiosamente, al primero. No querer saber ni sentir, nos aproxima de alguna manera a aquel que ya está muerto.

Hay un verso de Pablo Neruda que menciona "una botella manando espanto a borbotones".

La imagen no parece excesiva para algunas de las informaciones que, provenientes de Argentina, nos están alcanzando e hiriendo en estos días.

- Aparición de tumbas N.N., y entre los cuerpos que devuelven, los despojos de niños de corta edad con el cráneo agujereado por balazos.

- Confesión de que los prisioneros, presuntos terroristas, luego de salvajemente torturados, eran arrojados al mar desde aviones.



- Para que no fueran posteriormente identificables, un médico les arranca parte de la dentadura, operación que se cumplía sobre los seres vivos.

- Aplicación de picana eléctrica directamente en la vagina de prisioneras embarazadas, a las que se les introducía una cucharita que se ponía en contacto con el feto. De esta manera, el niño no nacido era objeto directo de la descarga y de la tortura. Un miembro del Grupo de Tareas de la Armada indica incluso el nombre o pseudónimo del médico que dirigía esta monstruosidad: Alberti.

El cinturón ecológico de Buenos Aires y parte del relleno de terrenos rescatados al Río de la Plata, está formado con cadáveres de desaparecidos.

Previamente, los cadáveres eran incinerados. Con nafta se rociaba y prendía fuego no solo a los muertos sino a gente que, agonizante o no, todavía estaba viva.

Hemos citado a Neruda. Citemos ahora a don Ramón del Valle-Inclán, que alguna vez declaró haber sentido lo que llamó "Vergüenza zoológica", esto

es, la vergüenza de pertenecer a una especie donde existen individuos capaces de incurrir en monstruosidades de esta laya. Valle-Inclán no tenía in mente episodios del tipo que estamos aludiendo. Pero la "vergüenza zoológica" nos sacude ante el conocimiento de estos desmanes. Los mismos no configuran aquel "tiempo del desprecio", a que se refería André Malraux, autor de una breve novela que lleva ese título y recoge el testimonio de lo que eran las torturas de la Gestapo a sus adversarios políticos, recoge en la expresión el desprecio de los nazis para todos los valores del hombre.

Pero en estos borbotones de espanto que manan de esta botella del horror argentino no cabe hablar solamente de "desprecio" del hombre. Hay más que eso. Hay el culto satánico a lo anti-humano. Hay la complacencia en los anti-valores. Estamos como ante la repugnante exaltación de todo lo que tiene de ferocidad cierta patología que se apodera de ciertos hombres que tendrían que estar retirados de la circulación. Y a los que absurdamente la historia ha otorgado el poder de retirar de la circulación a los otros.

¿Quiénes son?

De ahí la perfección de lo dispuesto en algunos casos concretos por Alfonsín. Y de ahí también la importancia de detenernos sobre el retrato hablado de sí mismo dibujado, sin darse cuenta, por alguno de aquellos responsables que dirigieron este desencadenamiento imperdonable de maldad. Estoy hablando precisamente del General Ramón Camps y de las declaraciones que formuló a algunas revistas europeas sin advertir ni remotamente todo lo que decía con ellas.

Antes sin embargo conviene citar una reflexión de Jacobo Timmerman, el ex-fundador y director de "La Opinión", ahora de vuelta en Buenos Aires. En declaraciones telefónicas realizadas antes de volver, Timmerman dice algunas cosas que, a mi juicio, no han sido suficientemente destacadas, que JAQUE recogió en el número del 20 de enero. Lo que me propongo es analizar la absoluta coincidencia que existe, en un sentido profundo, entre lo que declara Timmerman, que terminó siendo una víctima de las torturas, y lo que declara Camps, que las ordenó y presidió.

Es importante, porque en Camps tenemos un ejemplo concreto y explícito de como es y actúa y por qué actúa la inverosímil mentalidad represiva que produjo los horrores que ahora se contabilizan y comprueban.

"Yo creo - dijo Timmerman por teléfono - que todos los periodistas de la Argentina debieran... denunciarlo a Camps como lo que es, un asesino lunático, paranoico, absurdo, fuera de época".

En otra parte, refiriéndose antes de volver a Camps a otro torturador (el Capitán Beto), Timmerman dice que "posaba de intelectual" y que "sólo una bestia como esa puede entender lo que es intelectual, dar opiniones sobre todos los problemas del mundo aunque su circuito mental recorría una distancia muy pequeña". "Es increíble - señala - la ignorancia de esos seres humanos sobre lo que es la realidad contemporánea, sobre lo que es la cultura de nuestro pueblo y digo cultura en el término antropológico. Su ignorancia es impresionante. Los delirios geopolíticos, politicológicos de Camps, creo que eso es lo que debiera ser tema de entrevista con él. ¿Qué ocurrió? ¿Cuántos mató? No. Eso no. Que exprese sus ideas, que los argentinos se den cuenta de la locura que esta gente tiene en la cabeza".

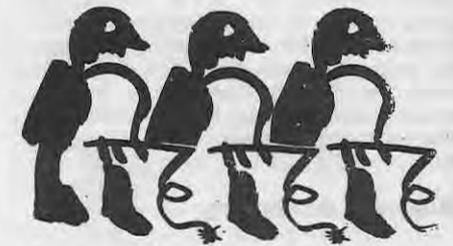
Quiero decir que, horrores e indignaciones aparte, estas frases de Timmerman (persona respecto de la cual man-

tengo todas las reservas que pueden suponerse) me parecen señalar o dirigirse en la dirección más inteligente, porque señalan algo que suele ser olvidado: la debilidad mental, la tardez asesina, que caracteriza a los autores de estas monstruosidades. No se trata, como muchos suponen, de inteligencias perversas. No. Son la negación de la inteligencia. Y en ese sentido creo que cabe hablar de coincidencias entre Timmerman y Camps. Porque Camps, cuando lo dejan hablar no hace sino revelar su ausencia absoluta de nivel intelectual, las limitaciones cerebrales que lo aquejan, la monstruosidad, la simplicidad y el infantilismo en el mal sentido de su carburación. No es sólo un niño malo. Es un niño bobo. Es un bajo coeficiente. Dice cosas de cuyo alcance no es consciente y revela una lombrosiana frialdad para los resultados espantosos de una conducta que, linealmente sigue defendiendo.

Como cuando declara coincidir con "algunas cosas de Hitler", o reconoce y pretende justificar, que ordenó destruir el hilo filiatorio de los niños hijos de prisioneros. O, impávido, se refiere a 5000 muertos en su jurisdicción y bajo su mando, cuando era Jefe de Policía. Se reconoce que cuando se matan cien personas, si entre estos hay subversivos aunque haya también muchos inocentes, el procedimiento es correcto y el objetivo ha sido alcanzado. Y todo esto, así como la condición subversiva de los muertos (que horrorizó a los periodistas del Vaticano, para quienes los muertos, muy teológica y muy humanamente, son primariamente eso, muertos) y la condición subversiva, por el sólo vínculo biológico, de toda madre de subversivo, aparecen en la boca ominosa de este criminal.

Alfonsín, ni que decir, basado sólo en estas declaraciones, ordenó la prisión inmediata del General Camps. Más fino y desconcertado, el diario del Vaticano observó que "en las palabras del general Camps se busca en vano al hombre, quizás detrás del uniforme parece no estar". Es la manera delicada como en el Vaticano denuncian que lo que está es

Ignoramos, claro está, que va a pasar con todo esto. Lo más patético, sin embargo, es que este Camps que así habla, además de la radiografía inaceptable de su propia alma, nos entrega inverosí-



milmente otra cosa. Nos entrega su desconcierto.

Idiota moral, el General Camps no ha entendido nada. Torturó a todo lo que se le puso en frente. Después mató. Después les borró el nombre y eliminó los cadáveres. Y los hijos. Y las madres. Es decir, de acuerdo a su concepción del mundo (o del submundo en que vive), tortura mediante, ganó. Y ahora, ¿cómo es? ¿Por qué lo llevan preso?

Si a mí me encomendaran la tarea de explicárselo, creo que hay una sola. Bajaría la voz y le diría: "Sabe Camps... lo que pasa es que Alfonsín, es triste decirlo, pero es... comunista".

No intentaría siquiera transmitirle eso tan evidente para los demás mortales: la tortura mata a quien la recibe y corrompe a quien la administra. Pero no paga.

Manuel Flores Móra





Batallas ganadas, historias perdidas

En la historia hay cosas que, sin perjuicio de su aspecto, tienen cierta coherencia. A Polonia, por ejemplo, hubo que hacerla de nuevo, porque por encima de ella pasaron, trillándola, los ejércitos soviéticos y alemanes. A Alemania, trillada por las tropas rusas, estadounidenses y británicas, también hubo que re-erigirla. Pero por encima de la Argentina las únicas que desfilaron fueron las fuerzas armadas argentinas. Qué descalabro!

"La tortura no paga" era la escueta afirmación con la que titulábamos (y terminábamos) nuestra nota de la semana pasada. Esta vez queríamos empezar con la misma frase, pero extendida. Y decir -clamar- que la que no paga es la violencia. Ni la subversiva ni la represiva. Ninguna.

Esta no es, por lo demás, una afirmación de filosofía política. Es, me atrevería a decirlo, casi una verdad experimental. Me animaría a demostrarlo. La violencia no es solo maloliente. Además es cortita. Uno puede apretar algo con el pie. Pero no es posible vivir apretado siempre todo debajo de la suela. Hay un día en que el violento y el oprimido tienen que moverse. Entonces, lo apretado se escapa. Y mientras llega ese momento, los prisioneros son los dos. El que está debajo del pie. Y el que no puede mover el pie.

La voluntad de hacer

A Malcom Deas, el notable personaje de Oxford, (Deas es historiador especialista en Colombia pero, por extensión, en todo lo parecido a Colombia que hay de este lado del mundo) debo el conocimiento de algunas anécdotas espléndidas de un general argentino. Asombrado y divertido, Malcolm me las contaba una y otra vez. El General era el General Buzzi, que mandó en Tucumán y que mandó como hay que mandar, es decir, con todo, pero sobre todo, mandando. No faltaba más.

Un día, con los guerrilleros rástrillados, Buzzi resolvió no despedirse de Tucumán sin enriquecer, además, la historia edilicia, la historia de sus árboles y la de sus parques públicos. Como se verá, sólo enriqueció la historia del anecdotario tucumano.

La primer anécdota es cuando llama a un escultor (había uno en Tucumán, parece, que sabía tallar el mármol) y le encargó, así, estatuas. Como en el caso de tantas otras estatuas, el encargo no se detenía en mariconerías estéticas y pavadas. Que fueran de mármol bueno. Y prolijas. "Yo le pongo el mármol". El escultor vacilaba entre el miedo y la tentación del bien pago "full time" para el resto de la existencia. Buzzi quería 200 estatuas para los parques tucumanos.

Cuando el artista confesó que, cincel a 14 horas diarias, podía a lo sumo confeccionar dos estatuas por año, Buzzi (me parece imaginarlo con el gesto del galo, echando la espada sobre la balanza del "Vae Victis!") cortó el nudo gordiano, que como se sabe, también fue cortado con la espada de un Buzzi:

— Oiga ¿cuántos hombres quiere que le ponga?

Espéndonos, también, la segunda anécdota no es con escultor sino con in-

genieros agrónomos, especialistas en forestación. Buzzi quería antes de irse dejar los bosques de Tucumán como quien dice los bosques de Viena. Es decir: prontos para los vales o, por lo menos, para hacer chamamés. Quería dejar a Tucumán rodeado de vegetaciones y a sus oñitos poblados de hojas secas.

Enloquecidos, los forestadores planificaron con entusiasmo y pusieron a punto los planes. Propusieron las especies más precoces para que el General Buzzi pudiera ver la obra.

Cuando le dijeron sin embargo que los árboles tardaban siete años en crecer, Buzzi no quería aceptarlo. Desconsola-

destrucción del país y de todo su aparato industrial y crediticio en que se embarcó Martínez de Hoz, hombre que vendió buzones a los Buzzi y aceptó 200 hombres para hacer 200 estatuas bajo árboles que iban a crecer en, digamos, cuatro años.

Así, en la Argentina -y basta ya de ejemplos- se dio el caso de un gobierno que, para arreglar el mundo, subsidió los viajes al extranjero y propició el veraneo en Blumenau y en Miami de las clases medias. Mientras mataba a chiquilines y chiquilinas, que a los 16 años o a los 24 pudieron creer que Marx tenía razón, y llevar un sobre. Lo digo yo, que no creo que Marx sea la verdad, pero que cuando lo discuto pienso siempre que a lo mejor tengo razón y a lo mejor, no. ¿O no? ¿O acaso soy Buzzi?

Batalla y guerra

La tortura no paga, la violencia tampoco, y lo que quiero decir es que lo que no paga, nunca, es que un hombre se imponga sobre otro o sobre otros, simplemente porque tenga una espada, un garrote, un estado mayor, una bom-

que si la extraigo en un día, etc."). Las fuerzas armadas francesas vencieron (¿cómo se olvida el hecho!) en Argelia. Magníficas en su profesionalidad de alma ciega y de piedad suprimida, pensaron como Menéndez que en la guerra no hay excesos. Y vencieron. Fue una "guerra sucia" que ensució a toda Francia. Pero la ganaron. Y al otro día de ganar la guerra -el vencedor, derrotado, y el vencido, ganador- Francia tuvo que marcharse y reconocer la independencia argelina. Quedó probado así que hay dos cosas banales y sin valor: la violencia y los que ganan con ella.

Todos sabemos aquello de que perder una batalla no es perder una guerra. Los victoriosos fracasos militares de este siglo (Argelia, Viet-Nam, España) nos enseñan que ganar una guerra no es ganar nada, cuando además de la victoria no se tiene la razón.

En España, allá por el tiempo en que yo empecé a detenerme frente a los titulares de los diarios, había un gobierno socialista. Recuerdo el entusiasmo batllista de mi padre, una tarde en el Café Montevideo que quedaba en 18 y Yaguaron, frente a un título de "El Plata" que decía "ESPAÑA: VICTORIA DEL FRENTE POPULAR".

Digo este recuerdo porque se trata de una verdad comprobable o comprobada en el curso de una sola vida humana. Aquellos socialistas de la República Española, cuyos nombres sigo respetando como sinónimos de lucha por la Justicia (Largo Caballero, Fernando de los Ríos, Indalecio Prieto, Besteiro) gobernaban España. Franco les ganó una batalla y todas las batallas. Después les ganó la guerra. Pero les perdió la historia. Sin un tanque ni una bayoneta ni un tiro, -proscriptos, arrasados, encarcelados, fusilados, escupidos y jamás ayudados ni asesorados por el Pentágono- los socialistas son hoy el sólido gobierno de España. En tanto que de Franco (como decía Borges a propósito de Rosas) hablar mal tiene más de piedad que de odio: sirve sólo para dilatar su disolución en el olvido.

Final

El lector, más fino que ninguno, seguramente entenderá hasta mejor que el nota. Pero no busque venenos escondidos ni entrelíneas siniestras. Ni tiros por elevación contra los que gobiernan Uruguay. NO se trata de eso. He de explicarme.

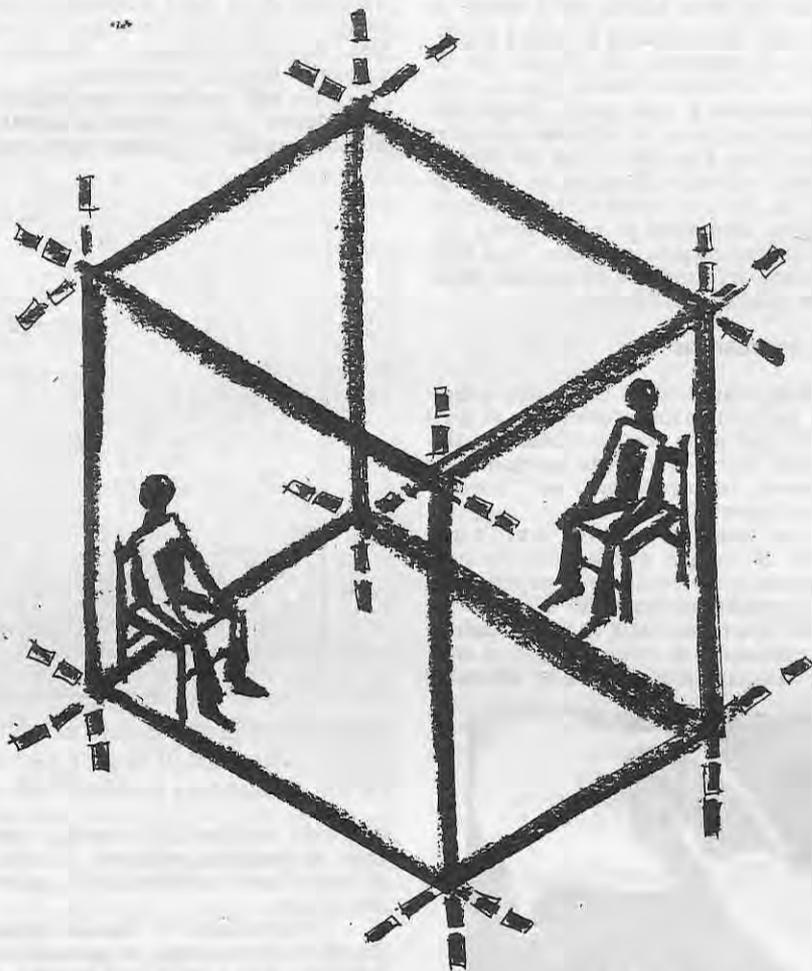
Han caído los militares argentinos. Se les dice criminales porque es visible que muchos lo fueron y porque los más altos de todos (tres Juntas) ordenaron o permitieron los crímenes, que es lo mismo. Se les dice asesinos y se les tiran piedras. Se les lleva ante los tribunales y se les mete presos.

Yo no digo que sí ni que no a todos esos cargos. No digo que no, porque siendo cargos ciertos, no podría negarlos. Y no digo que sí, porque siendo tantos los que los acusan, no se precisa de uno más.

Pero les hago sin embargo otro cargo. Que parecé pavada pero que no es. Digo que les faltó humildad. La humildad, esa imprescindible virtud sin la cual no hay respeto para los otros. Humildad, esa condición que se ejerce no con la espada sino con las orejas.

La falta de humildad es lo que enloquece a los hombres. Júpiter enloquece a los que quiere perder. Quos deus perdere vult prius demeritat, etc. Lo digo para los de allá, los de acá y los de todas partes. Con uniforme o sin él. Sin ofensa.

Manuel Flores Mora



dos los técnicos explicaron que no era mala voluntad. Buzzi seguía inmovilizable.

Por fin, envolviéndolos con su mirada de águila, condescendió y propuso, seguro que le dirían que sí:

— Bien ¿Digamos cuatro años?

El drama de la vida (y de los gobiernos que no aceptan oposición) es que, cuando se entiende de una cosa, no se entiende de otras. Así de simple. Lo cual equivale a decir, de otra manera, que nadie sabe de todo. Cosa que dicha bajo un gobierno de fuerza que no acepta oposición, adquiere, como a todos consta, carácter subversivo.

Por supuesto que las afirmaciones no son subversivas cuando son muy generales. Pero en cuanto abandonan la vaguedad de las nubes, se transforman en revolucionarias.

Así, en la Argentina, era pecado no llamar "Reconstrucción Nacional" a la

ba, una teoría de la seguridad nacional, un retrato del Ché, una concepción revolucionaria de la lucha de clases, ganas de mandar, ignorancia de San Martín o la certeza de que la patria agradecida. No. Un hombre es nada más que un hombre. Y como los hidalgos de Aragón al designar sus reyes, el resto de los hombres podemos decir a cualquier otro aquello de "nos, que valemos tanto como vos y, juntos, más que vos..."

Eso no quiere decir que "nos" seamos mucho. Pero quiere decir que "vos" tampoco. Y sobre todo quiere decir que las guerras, las batallas que nos ganéis o las aniquilaciones que se nos inflijan, son nada.

La tortura, en su concepción táctica moderna, fue inventada por los franceses en Argelia. Y proclamada así. Con la llamada "teoría de la hora" ("Si extraigo del prisionero la información en una hora, esa información será más útil

Niños y ratas

La dieta que arruinará su vida

Leo cada vez que puedo la prensa de Brasil. Yo no sé si Brasil es un país grande. Pero no tengo duda que es un gran país.

A veces, luego de alguna asiduidad en la lectura de "Jornal do Brasil" he llegado a sentir aquello que, sin notarlo, sienten tal vez algunos brasileiros viejos. Esos para los cuales Río, San Luis o la ciudad que sea, son como Madrid para Gomez de la Serna. A saber, no una indefinida sucesión de calles y de casas sino un avatar del mundo, un antiguo ámbito donde una vaga atmósfera inmemorial recoge, entre recuerdos de seres que ya han muerto, anécdotas de familias extinguidas, costumbres, prejuicios, perfiles de políticos, actrices o bohemios, esquinas con sucedidos y formas de mirar la justicia o la injusticia de la vida.

Nunca he tomado un diario brasileiro sin encontrar algún hecho que sea a la vez como la rúbrica de ese gran país trágico y, a la vez, el testimonio de América Latina toda. Lo que quiero decir es que así como hay enfermedades que se ven mejor en una placa contrastada con la ingestión de alguna sustancia que dibuja el recorrido de un órgano, así también, sobre el telón recortado de los acontecimientos brasileiros, es toda América Latina la que, como al trasluz, se comprende mejor.

Echo los ojos sobre diarios cariocas de los últimos días de enero y encuentro, entre muchos otros, dos materiales que, arquitecturados, resumen la política, la cultura, la economía, la tragedia y el hombre.

El primero pertenece a lo que Fructuoso Rivera llamaba "cosas para llorar". Empezaremos por él. Vaya ahí, seco de lágrimas, con las cuales, para que tenga sentido, deberá enriquecerlo el lector.

Dieta co-roída

No es una manija de hombres exaltados ni de periodistas tramposos.

Se trata, por el contrario, de un experimento científico: en la Universidad Federal de Pernambuco fueron tomados lotes de ratas a las cuales se les ha venido administrando una dieta similar a aquella con que se nutren las clases pobres del Nordeste. Resultado: así alimentadas, ha surgido una nueva variedad de ratas enanas, con diferentes grados de disminución según las funciones y los órganos.

El experimento o la investigación ha durado bastante tiempo, como que empezó en 1981, año desde el cual han sido estudiadas más de 300 ratas.

Para ello, el Instituto de Nutrición de la Universidad Federal de Pernambuco comenzó por investigar qué elementos, y en qué proporciones, componían la dieta básica de la población de la llamada "Zona da Mata" pernambucana. Así determinaron que esa dieta básica se constituía con porotos, farinha, batata dulce y una cantidad ínfima de carne.

Observando las debidas proporciones esta alimentación comenzó a suministrarse en el ya indicado año 1981 a

un lote de ratas blancas de raza "sprage dawley".

La profesora Naide Teodosio, coordinadora del Laboratorio de Fisiología de la Nutrición del Instituto informó, en la última semana de enero, los primeros resultados. Las ratas alimentadas con las dietas de los pernambucanos pobres tienen un peso y un desarrollo tres veces inferior al normal. Comparadas a las otras ratas, más que ratas de la misma edad, parecen cachorros de aquéllas.

La observación empírica ya indicaba que la dieta básica del hombre de baja renta del Nordeste lo estaba condenando al enanismo. En el caso de las ratas, ya no quedan dudas. Con un cuerpo pequeño y una cabeza desproporcionada, las ratas así nutridas son ratas enanas. Pese a un hecho que las diferencia de la situación humana, en favor de las ratas. Dada la misma dieta, en efecto, las ratas sometidas al experimento podían comer cuanto quisiesen. Los seres humanos del Nordeste, en cambio, siempre se quedan con hambre.

Más enanismos

Para tranquilidad del lector aclaremos que toda esta información al igual que la que sigue, es prácticamente traducción, en la que nada agregamos ni quitamos, de lo publicado por "Jornal" el 26 de enero último.

Sin perjuicio de las reservas emergentes de lo que pueda determinar la continuación prevista de la experiencia, la Coordinadora Teodosio dice que según lo observado hasta ahora, el diafragma, esencial a la respiración, y el cerebro, resultan mucho menos afectados



La máquina no deja mentir. Estas son las fotos y leyendas que ilustran la noticia que comentamos en esta página, sobre la dieta del Nordeste brasileiro y sus devastadoras consecuencias.

por la mala dieta y por la desnutrición, que el esqueleto.

Mientras que el tamaño del animal se reduce a un tercio, el cerebro experimenta una reducción de solamente un 20 por ciento respecto del normal. El hígado, en cambio, sufre más. Se reduce prácticamente en la misma proporción que el peso y la estatura.

Sobre la base precedente, la Coordinadora quiere creer que quizás en el

Nordeste se esté formando una sub-raza de pigmeos o de enanos pero no de débiles mentales.

Las ratas desnutridas —comunican— aprenden y reaccionan tanto como las otras en los tests que hemos cumplido y pensamos que otro tanto puede acontecer con el ser humano. La dificultad en aprender a asimilar, asociada en principio al nordestino desnutrido, puede estar condicionada mucho más por problemas sociales, estructurales y culturales del área estudiada que por la simple falta de alimentación.

Candidato adivinase

Hablábamos arriba de dos materiales. El primero era éste relativo a la experiencia comida-ratas-hombres del Instituto de Nutrición de la Universidad de Pernambuco.

El segundo tiene también mucho que ver con la pobreza y con el hambre. Pero desde un ángulo distinto. Se trata de declaraciones, o de extractos de declaraciones de un candidato presidencial de otro país, que también se publican en "Jornal do Brasil" y también, como lo hacemos ahora aquí, respetando el suspenso y dilatando adelantar el nombre. Son frases extraídas de discursos de campaña. He aquí las mismas:

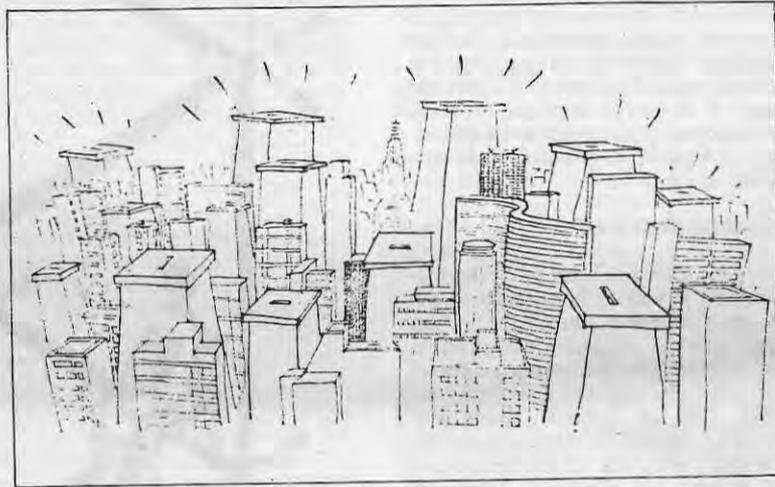
—En esta nación yo veo millares de ciudadanos —una sustancial parte de nuestro pueblo— a quienes hasta hoy les

trabajo de buscar la solución en la pág. 7. Comprendemos que es su deber averiguarlo, sobre todo en un país donde está prohibido hablar de determinadas fórmulas presidenciales. Pero sucede que tenemos interés en manejar la mecánica de esta grandeza sin acortar con precisiones el ejemplo de estas palabras).

Hace algunos días escuchamos los orientales a un nuevo comandante en jefe reiterar los puntos de vista de los sectores que representa. Una vez más oímos que el país había sido reconstruido o poco menos, y salvado de la disolución en la que lo precipitaba la libertad democrática. Oímos que los males económicos venían de la recesión exterior pero (se insinuaba) aquí se habían hecho tan bien las cosas que ese recesión nos golpeaba menos que a otros pueblos similares. ¿Qué pueblos similares? No se decía. Escuchamos, en fin, que va se estaba viendo los "primeros indicios" de la "recuperación económica" (¿Qué indicios? ¿Cuál recuperación?).

Oímos —tuvimos que oír— además que "culpar al gobierno" (por los frutos de la política del gobierno) era "demagógicamente redituable" y que era optar por el camino de "crear situaciones de falsa oposición entre Pueblo y Fuerzas Armadas, como paso previo a la toma del poder por parte del comunismo frenteamplista y convergente."

Qué diferente la posición del candidato presidencial que exponía ante su pueblo el hambre y la miseria imperante



Uno de los grandes caricaturistas de "Jornal do Brasil" es este Chico. Sin título, este dibujo parece representar el sueño de libertad no solamente de los pobladores de Río. Podría ser también Montevideo.

han sido negadas, de acuerdo con los más elementales padrones, lo que podríamos llamar satisfacción de necesidades vitales.

—Veo millones de familias intentando vivir con ingresos tan escasos que el desastre planea sobre sus hogares cada día.

— Existe un altísimo número de personas (en este país) sin educación, recreación y otras oportunidades de mejorarse a sí propios y a sus hijos.

— No es con desesperación que pinto este cuadro. Lo hago para que la esperanza vuelva a esta nación. Y para que la nación, viendo y comprendiendo la injusticia que existe en ella, se decida a pintar otro cuadro.

— Hay quien continúa viviendo bajo condiciones consideradas indecentes por una sociedad supuestamente educada y que tiene los ojos vueltos hacia el pasado.

— Una tercera parte de este país está enferma, con malas viviendas, abandonada, sin asistencia.

¿Quién es el candidato presidencial que ha hecho estas leales, preocupadas y valerosas afirmaciones?

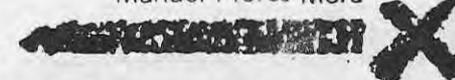
(Si el censor quiere averiguarlo —perdón, lectores— tiene que tomarse el

en su país: Para empezar, ese candidato en realidad estaba buscando la reelección. Esto es: cuando dijo las frases transcriptas, hacía años que estaba ya en la Presidencia. Pero su preocupación, al hablar a su Nación, no era presentar a los adversarios como satanases y a sí mismo como el ángel de la inocencia y el genio de la eficacia salvadora. No. Lo que aquel candidato hacía, con nobleza y honradez política, era desdenar esos aspectos y desplegar frente a su pueblo las verdades dolorosas, convocándolo al trabajo por la justicia.

¿Para qué seguir? Digamos sólo que aquel candidato presidencial no se había asignado tareas providenciales ni hubiera reconocido otra fuente de poder para llegar que la voluntad de sus compatriotas en las urnas. Por eso fue reelegido. Esa vez y otra más. Si no se hubiera muerto seguiría ganando elecciones todavía.

Sus gobernados no tuvieron que recurrir jamás a las cacerolas para manifestar su desacuerdo ni su indignación.

Manuel Flores Mora



Solución al enigma de Contratapa

Las afirmaciones de campaña presidencial que se transcriben en la nota de contratapa, fueron formuladas por el candidato Franklin D. Roosevelt. Fue con dichas en 1936 cuando Roosevelt, presidente desde 1933, se presentaba para un segundo período, que naturalmente le fue otorgado por su pueblo.

"Sentir que once años son nada..."

Ante un nuevo nueve de febrero

El Proceso" de Franz Kafka tiene 219 páginas (Edición PREMIA, mexicana, 1979). El consternado judío checoslovaco que lo escribió puso en las páginas torturadas de esa obra ya eterna, toda la angustia que le pertenecía. Era asimismo la angustia de los hombres de su raza. Angustia de perseguido — ¿quién que es, no es perseguido? — y código para entender la angustia de los hombres de todas las razas y de todas las épocas. Era, más que la denuncia o el análisis, la mera homologación, sobre planos de definitiva vigencia humana, de la incomprendibilidad de cuanto se nos impone infinitamente sin que nos sea explicado por nadie.

El Proceso del Uruguay se mide no por páginas sino por días. Desde aquel 9 de febrero de 1973 van (s.e.u.o.) transcurridos 4.018 días, contando tres años bisiestos.

El Proceso uruguayo, bastante kafkiano, tiene más tomos que el kafkiano. Diez veces más sintético, el joven genio praguense de los ojos de azúcar y las desmesuradas orejas de ratón, era un gran escritor. Sabía por consiguiente lo que no todos saben: poner punto final cuando la cosa está acabada.

Agotado

Así como no sólo se desagotan los aljibes, no sólo se agotan las reservas. También los gobiernos de facto. 4.018 días permiten afirmar que, por lo menos aquí en el Uruguay, lo que ha dado en llamarse Proceso, está agotado. O parado, que es lo mismo.

Pero es casi terrible escuchar a los "hombres del proceso" y comprobar que carecen de la sensación de ese agotamiento. O peor: que sintiendo que la corriente que integran está agotada y exhausta, no son capaces de adecuar a esta evidencia el lenguaje que utilizan. Y no comprenden la incongruencia de recurrir, en las etapas finales, a las sonoridades briosas de la etapa inaugural.

Está en la Biblia (es pena, en la ESEDNA no estudian ni la Biblia ni otros insoslayables textos de literatura clásica) que hay un tiempo para nacer y un tiempo para morir. Tiempo de reír y tiempo de llorar. Tiempo de llegar y tiempo de irse (de una vez por todas). Tiempo de sembrar y tiempo de cosechar (lo que se ha sembrado, claro está, aunque la Biblia no lo diga).

En suma: que el más elemental sentido común aconseja un lenguaje para cada tiempo, adecuado al mismo. No se pueden encarar las horas del divorcio con las palabras de la luna de miel.

Ni utilizar el slogan publicitario de cuando se inauguró una firma para dar cuenta de su presentación a concordato. Es como confundir el bautismo con el requiem fúnebre o cantarle el arrórró a un moribundo.

En los últimos días han salido a la luz pública, con distintas declaraciones, distintos dirigentes del Proceso.

En las palabras de todos ellos subyace el mismo tipo de tesitura mental errónea respecto a la realidad del país: otorgar la "plena" libertad para que la gente decida lo que el Proceso, de antemano, ha decidido que la gente debe

decidir.

De otro modo: una libertad completa, pero para acceder, u homologar o conformarse.

En el discurso del Tte. Gral. Aranco, por ejemplo, hablando en nombre de todo el Proceso dice:

"Aseguramos continuar con honor la tarea iniciada en 1973, transfiriendo el Gobierno a ciudadanos que, con devoción patriótica, garanticen la defensa de los principios democrático-republicanos".

Por supuesto que así será. Pero, Señor General, ¿"devoción patriótica" a juicio de quién?

¿La elección va a ser como nosotros, los semanarios, con censura?

Un civil no diría jamás, esas palabras. Pero no porque no nos importe el patriotismo, en el que los pechos cubiertos con camisas, buzos, overoles o guardapolvos no damos la derecha a los pechos cubiertos con uniforme. Sino porque el patriotismo es una gran palabra subjetiva, por lo general abusivamente utilizada, que nadie tiene derecho a presumir como presente o ausente en los demás.

La Constitución de este país — todas las Constituciones de este país y las Constituciones de todos los países libres — exigen que para ser Presidente se sea ciudadano natural, o se tenga 35 ó 40 años. Pero en ningún lugar se pone la condición de ser patriota, por la sencilla razón de que no está inventado el patriotómetro capaz de medir ese sentimiento en los demás.

La Constitución lo que sí exige, en cambio, para ser Presidente, es que se obtenga en elecciones libres el voto de la mayoría del país, requisito básico éste que no se cumplió con los Presidentes del proceso, como los señores Dr. Méndez, Dr. Demichelli y Gral. Alvarez.

Parecidas acotaciones merece un párrafo pronunciado por otro jerarca del Proceso, el Vice-Almirante Invidio. Hablando de la posibilidad de desproscripción de alguno de los partidos o corrientes políticas todavía prohibidas el Vice-Almirante dijo que el sentir era, "una vez mantenido el diálogo, buscar soluciones al respecto, y que pueda existir favorablemente, alguna apertura de algún tipo de partido político", que se entienda "con profundo sentido nacionalista".

Cabe aquí para el V.A. Invidio la misma objeción (o pregunta) que para el Tte. Gral. Aranco:

— ¿Profundamente nacionalista por qué, Señor Vice-Almirante? ¿Y nacionalista según el juicio, o a juicio de quién? ¿Quién o quiénes son, en este país, los que se consideran a sí mismos autorizados a juzgar del nacionalismo ajeno y de la profundidad del nacionalismo ajeno y de la ilegitimidad de aquéllos, por ejemplo, a quienes una filosofía determinada induzca a poner los valores humanísticos universales por encima de las limitaciones de los nacionalismos estrechos, que también los hay?

El ejemplo universal

Es tremendamente importante aclarar estas cosas porque tesituras mentales como las indicadas conducen a que la suma de las palabras se resuelva dialécticamente en lo contrario de lo que se dice que se dice.

Ello es el sempiterno resultado de

las verdades oficiales, que se desciende sobre los demás por parte de quienes ocupan el poder.

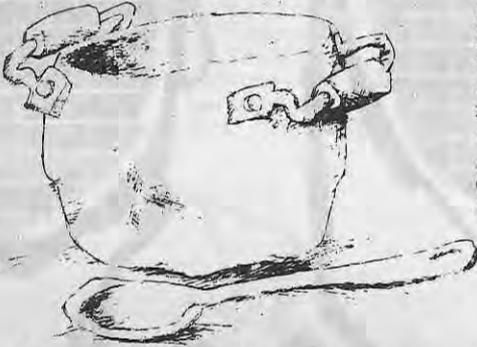
En España, por ejemplo, durante cuarenta años, el gobierno atronó los aires con la palabra "unidad", la palabra "paz" y otras por el estilo. Para gobernar se requería ser muy patriota y muy nacionalista. Franco era el sumo patriota y el sumo nacionalista. Los que no estaban con él eran comunistas, judíos, masones, infiltrados y anti-patrias. Franco además era el salvador de España. Esta, digo, era la verdad oficial. Porque la otra verdad, la verdad de verdad, era que Franco era un viejo miserable y sinvergüenza, fascista hasta los tuétanos, asesino por vocación, opresor por naturaleza y ladrón por añadidura. Y además reaccionario. Y por si fuera poco, bruto. Tan odioso que cuando se murió y lo llevaron al Valle de los Caídos, el cura que estaba a cargo no quería ni por broma recibir el cadáver y hubo que reducir al cura para meterle a Franco en la Iglesia.

¡No! Las verdades oficiales se parecen tanto a la verdad como las coristas del Maipo a la virgen María. El Proceso no lo ha comprendido, pero después de once años ya cumplidos desde aquel 9 de febrero, no se pueden hablar esos lenguajes.

Yo he dado, líneas arriba, el ejemplo de Franco.

Por supuesto que no voy a hablar, aquí, en el Uruguay, de personas.

Sí, en cambio, al hablar del Proceso tengo derecho a referirme al manifiesto fundacional o casi (o a lo que fue indudable y pregonada bandera programática) del Proceso: los Comunicados 4 y 7. Mejor dicho: no sólo tengo derecho y deber de hacerlo, llenando imprescindi-



ble espacio democrático. El Proceso no tendría derecho, después de 11 años de insultos e improperios y proclamaciones de su desprecio (textual) hacia la clase civil política que integro, a impedirme que me refiera a aquellos comunicados.

"Deuda externa opresiva"

Hay que ser realmente muy cruel para sacar todo esto a relucir y nada se gana, en un país ya convencido donde no existen en el momento defensores que se animen a salir a romper lanzas por el Proceso, con insistir mayormente sobre los Comunicados 4 y 7. Si para muestra basta un botón, y a título de simple ejemplo me limitaré a sólo un párrafo del primero de los dos comunicados. El párrafo C del Art. 5 del mismo refiere a la Deuda Externa del país y dice (decía...), así:

"C) Eliminar la deuda externa opresiva, mediante la contención de todos aquellos gastos de carácter superfluo, comenzando por la reducción de todos los viajes al exterior de funcionarios públicos de cualquier índole, salvo que aquellos sean absolutamente indispensables, y la concertación de créditos, sólo para su utilización en inversiones que aseguren un aceptable reembolso".

Pedimos al lector que lea despacio y varias veces este párrafo. Cuatro compromisos tajantes en sólo siete líneas: 1) Eliminar la deuda externa, 2) suprimir gastos superfluos, 3) comenzando por los viajes al exterior, 4) crédito

sólo para inversiones reproductivas.

Piense el lector. Pero sobre todo piense el Proceso, para el cual un país con sus conocidas reservas de oro, una deuda externa de apenas unos 700 millones de dólares merecía el calificativo de "opresiva".

Seis veces más grande la actual deuda externa uruguayo es estimada por CEPAL en dólares 4.250 millones. ¿Cuántas veces la exportación entera anual del país?

Si usáramos el mismo epíteto de "opresiva" para la deuda actual, ¿estaríamos en lo que el Tte. Gral. Aranco llamó "demagógicamente redituable" para "culpar al gobierno"?

Expliquémonos: ¿por qué es demagógico calificar al Proceso y no lo es que el Proceso haya utilizado su fuerza, que impedía respuestas, para calificar la moderadísima deuda externa que recibió y que no ha sabido controlar.

El Tte. Gral. Aranco, en su discurso, dijo que "se estaba utilizando" (no dijo por quiénes y en eso no estuvo bien) "las consecuencias del deterioro resultante de la aguda recesión mundial... a pesar de que el Uruguay, comparativamente con países de similares posibilidades, la está sobrellevando relativamente mejor".

Bien: que se me excuse. En la deuda externa no es así. Entre los 15 países latinoamericanos no exportadores de petróleo, sólo 4 tienen una deuda externa mayor que la nuestra en cifras absolutas: Brasil, Argentina, Colombia y Chile.

Claro que esto es un sólo aspecto. Habría que detenerse en otros índices, como la evolución del producto interno bruto global durante los tres últimos años (digamos, el actual gobierno) comparando el Uruguay con los demás países de América Latina, o la evolución del producto interno por habitante, o la evolución de los precios al consumidor, aquí y en el resto de la región. Invitamos, para no hacer cuestión pública, a los hombres del Proceso a que lean el Boletín oficial de la CEPAL ("Notas, etc., o. 387/388, dic. 1983)."

En latín

Dijimos al comienzo de esta nota que para un proceso detenerse era agotarse. Proceso viene del verbo latino "cedo—cederse—cessus", que quiere decir andar, caminar, progresar. Las combinaciones son muchas. Si se anda con antelación es "anteceder". Si se anda para atrás, es "retroceder". Si se anda delante, es "preceder". Y si se progresa en latín es "procedere". Siempre es andar.

Tengo delante de mí el "Dictionnaire etymologique" de Ernout y Meillet. Me aclara que "la lengua militar" ha empleado este vocablo por oposición a "stare". Es decir, proceso es lo contrario de, meramente, estar. Esto es, de no avanzar.

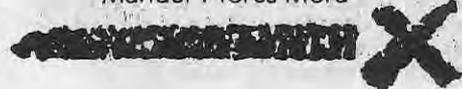
Bien: este gobierno está. Pero, en lo que llamamos Proceso ya no hay proceso. Se agotó.

Permanecen sólo las palabras. La vanidad de las palabras. No es cosa de posar de cultos. Pero la expresión del poeta viene sola: "Las palabras no sirven, son palabras."

Los hombres del proceso podrían citar aquello de Neruda:

"Siento que algo me sigue llamando a sollozos con una triste voz podrida por el tiempo"

Manuel Flores Mora



Murgas y docentes

Hacia el retrato hablado del proceso

en su tiempo, con palabras altas. Lo mismo pudieron hacer Rosas o Latorre. Pero nadie puede evitar que los ojos inexorables de la historia terminen por componer un juicio. Lo habrá para el Proceso como para las fuerzas que a él —en ellas ardorosamente estamos— se han opuesto sin pausa. En ese día posterior, donde no valen las amenazas (y donde, mal que a cualquiera le pese, nadie proscriba a nadie) sólo cuentan razones y virtudes. No la fuerza.

Proceso y cultura

Tanto cuanto las orejas en la cara de Martínez de Hoz o el jopo en la efigie de Reagan, uno de los rasgos principales en el retrato hablado del Proceso es la posición que observa frente a la cultura.

No es fácil definirla. Y además nos movemos con el cuidado de no ser molestos, porque no se trata de agraviar con alfilerazos. Se trata de establecer diagnósticos precisos, para corregir rumbos y para que nunca jamás, por los siglos de los siglos, la República vuelva a verse embarcada en estos andariveles sin salida por donde hoy el Proceso la

Todos los ambientes educativos han vivido varios días desesperados por un decreto, surgido de la lógica interna del Proceso como decíamos líneas arriba, dictado sin echar siquiera una ojeada a la realidad sobre la que provocaría resultados.

Nos referimos a la incompatibilidad declarada para docentes jubilados, de ejercer docencia en Institutos privados.

Es el decreto 12/984 y surgió, según hemos averiguado, directamente de las órbitas de la previsión. Es decir, dictaminó sobre educación sin que a nadie se le ocurriera que había que consultar, por ejemplo, al Ministro de Educación. El decreto, efectivamente, está firmado sólo por Alvarez y por el Coronel Bolentini.

Perfectos en su coherencia y en su lógica, los considerandos mencionan y coordinan artículos del Acto Institucional No. 9 (del Proceso) y lo que dice el numeral 3 del literal B del artículo 70 del mismo con lo preceptuado en su artículo 85, vistos a la luz del artículo 32 del decreto 431/981 (del Proceso). Y lo confrontan con el literal b) del artículo 74 del ya dicho Acto 9.

Luego, armonizando todo lo que ellos mismos han establecido, extraen la conclusión inevitable y, sin mirarla dos veces, la promulgan urbi et orbi: cualquier jubilado de tarea no docente, puede ejercer la docencia. Pero los docentes jubilados, no.

Espantoso, pero es así.

dirse en un solo par de líneas. Y quítese lo desparejo. Porque así es.

Más sensato que su colega de trabajo, el Ministro de Educación que se vio abocado al decreto cuando éste ya regía, se movió de inmediato y consiguió ponerlo en la condición de "suspensión". Esto es, que no se aplique para las clases que empiezan en los próximos días. Pero el decreto sigue en pie. Y su amenaza también.

Repetimos: no hay razón. Pero hay coherencia de lógica interna. Si los jubilados docentes no pueden ejercer la docencia, ¿por qué, vamos a ver, el Ministro de Educación tiene que ser consultado en materia de educación? Basta con el Coronel Bolentini.

Murga del litoral

No tan gráficos tal vez como este decreto, los casos pueden multiplicarse sin tasa. Son una política económica que busca el despegue fundiendo, en su inexorable lógica, a los productores. O la tranquilidad social, aniquilando el salario real. Y la prosperidad, difundiendo las privaciones en la mayoría de la población. O erradicar las teorías extremistas anatematizándolas oralmente, decretándolas ilícitas jurídicamente,



Alguna vez escribimos sobre el retrato hablado del país y dijimos que, para trazarlo, no se requería ser demasiado lince. Bastaba con observar los autorretratos que el país hacía de sí mismo, cada vez que le permitían acceder con alguna libertad a ese supremo pincel que son las urnas.

Son las veces emocionantes en que, sacando la cabeza a través de la amarilla hojarasca de las verdades oficiales, la Nación, como tal, ha extendido impávida y sin miedo la desnuda verdad de su rechazo a todas las afirmaciones y concepciones del Proceso.

Así fue en el plebiscito de noviembre de 1980, cuando sopló sobre el castillo de naipes (naipes marcados) de aquella Constitución que venía con guarnición de candidato.

Así fue también cuando en noviembre de 1982 le dio, desdeñosa, la espalda a quienes resultaron débiles para con el Proceso e ingratos o sordos para con el gran reclamo libertario que subía desde las raíces, pidiendo sitio para el retorno de esa democracia que es el alma del Uruguay y que un 9 de febrero otros metieron adentro del corsé de la "seguridad para el desarrollo" y errores parecidos.

En la contratapa de la semana anterior nos ocupamos, con ayuda de Kafka, de este nuevo nueve de febrero que acaba de cumplirse, con la crueldad de su balance de descalabros, frente a la arrogancia de los que un día, once años atrás, se decretaron elegidos por el dedo de Dios, sin que el pobre Dios hubiera sacado las manos del bolsillo.

Alguien, ahora o cuando sea, tendrá que detenerse a esbozar el retrato hablado del Proceso. A estudiarlo en su forma de carburación, en los objetivos a que tiende, en los valores respecto de los cuales se revela daltónico, y, en fin, en la estructura interna que delata esa dosificación donde hay ingredientes con porcentajes excesivos y, complementariamente, cosas que le faltan. O que no entienden.

Que se dibuje esa cara del Proceso es cosa inevitable. Gaspar de Francia pudo hacer fusilar a quien lo comentó,

lleva, transitando sin más rumbo que su lógica interna.

En puntas de pie, sin agravio, es preciso dejar constancia (hagámoslo dulcemente) de lo terrible que ocurre cuando se confunde la forma con el fondo, la mera apariencia con el objetivo final, o cuando se realizan insensibles transfusiones de sentido, asignándole a la enseñanza, por ejemplo, evitar vaqueros en vez de difundir conocimientos. Entiéndase: vaqueros. No enseñanza de bajo nivel. Esta será la que se imparta, pero lo que importa es sólo que no irrumpa alterando la lisa superficie de lo disciplinado.

El Proceso sonríe, por ejemplo, autosatisfecho, cuando todos los estudiantes tienen pelo corto. Y las chicas no van de pantalones. Pero en este país de pobres, la alpargata en un liceo, es delito. Que haya textos de moral cívica escritos por Craviotto, no.

¿Se precisa más?

Decreto suspenso

Antes, el suspenso era algo que se le ponía a los estudiantes malos.

Ahora es algo que hay que ponerle a los decretos del Coronel Bolentini sobre la docencia.

Como si dijéramos: cualquier jubilado de cualquier cosa puede ejercer la medicina, con tal que no sea médico jubilado de tal.

De otro modo: un peón de tambo, una modista, un peluquero, un diputado, un teniente segundo, un capataz de estancia, un obrero de la construcción, un pescador de altura o una jubilada de servicio doméstico, todos ellos, aunque estén jubilados, pueden dar clases de matemática o de filosofía.

Un profesor jubilado de matemática o de filosofía, no puede.

Así dicho, parece una manera cruel de ridiculizar un acto de gobierno. Una explotación demagógica reutilizable, como diría el Tte. Gral. Aranco. Y seguramente algún partidario del Proceso pensará que estoy exagerando con intencionada mala fe.

Pues no. Simplemente estoy diciendo lo que, en indudable castellano, dice claramente el breve decreto 12/984. He aquí su comienzo cristalino:

"Artículo 1o. - Declárase:

- "a) Que es compatible la percepción de asignación de jubilación generada por servicios no docentes, con el desempeño de actividad remunerada docente en Institutos oficiales o privados;
- "b) Que es incompatible la percepción de asignación de jubilación docente con sueldo de actividad no docente amparada por el mismo órgano que sirve la pasividad;
- "c) La percepción de asignación de jubilación generada por servicios docentes, al amparo de cualquier régimen, es incompatible con el ejercicio de actividad remunerada de la misma naturaleza comprendida en cualquiera de los órganos que integran el sistema de seguridad social".

Aclarando que lo dispuesto es válido para situaciones posteriores a las acumulaciones configuradas antes del 23 de octubre de 1979, digamos que más claro, echarle agua. Y que la única necesidad de leerlo dos veces, proviene de la pésima e innecesariamente duplicada redacción, que hizo un inciso b) y un inciso c) de lo que debió, lisamente, fun-

pero estimulando las situaciones de penuria social que son su mejor caldo de cultivo. Porque la realidad no importa. Importa la disciplina y la coordinación de relojería entre los objetivos internos proclamados.

Nada mejor, para cerrar, que el ejemplo que nos viene desde Paysandú, recogido en las páginas de "El Telégrafo". El Jefe de Policía de aquel Departamento aclara, en declaraciones textuales, por qué prohibió la letra de una murga, que, como todas las murgas de todos los tiempos, contenía alusiones políticas.

El Coronel Costa, que así se llama el Jefe de Policía en cuestión, coordinó la situación que tenía bajo su decisión, no con la realidad sino con el decreto del 2 de agosto. Oigámoslo:

"- Esas letras no las dejo tocar. Que la murga —y yo se los dije a ellos— pueda salir o no pueda salir, esa es decisión de mis superiores. Yo tengo mis superiores y lo voy a canalizar a esa vía. Les dije a los integrantes de las murgas que iba a estudiar las letras y las estudié. Y hay parte de las letras que entiendo son tendencias, y en esas condiciones no pueden ser autorizadas. Porque si los partidos políticos autorizados —que tienen sus convenciones, que están funcionando en estos momentos— no pueden hacer propaganda, menos puede hacerlo una murga, que tiene otra finalidad. No puede ser que los partidos no puedan hacer propaganda, y la murga sí. Eso es distorsionar los objetivos".

Humildemente, confieso no haber leído en mucho tiempo algo tan asombroso.

Es un ejemplo típico de solución por lógica interna. La solución no es liberar a los partidos. Es prohibir la murga.

Por lo menos, esta murga.

Manuel Flores Mora



Proceso y país

Los iguales idiomas distintos

Por dos veces en las últimas contratas de JAQUE nos hemos referido al gran tema (o al gran escollo) de este país, hoy. Gran tema que no es otro que el gran escalón existente entre las mentalidades democráticas, tomando las palabras en el sentido habitual que siempre les dimos los uruguayos, y la mentalidad que inspira los actos del Proceso. Es decir los desenfuegos, las miopías y las arrogancias del Proceso.

Esa mentalidad —esa diferencia de mentalidades entre el país por un lado y el proceso por otro— es lo que mantiene trabada la República. Sobre todo porque el Proceso no sabe, o no termina de comprender, que el país es una verdad permanente y él, el Proceso, apenas un conjunto pasajero de errores.

Con aquella su ironía insuperable, fue Bernard Shaw, creo, quien dijo, a propósito de británicos y de yankees: "una lengua común nos separa".

Lo mismo nos pasa a los uruguayos con el Proceso. Parecería que todos hablamos español. Pero son españoles distintos.

Así la vida pública nacional, ha sido casi desde febrero de 1973, un diálogo de sordos.

Mejor dicho: no diálogo de sordos, sino de sordos con un mudo. Sordos el proceso y sus gobiernos sucesivos, cuya incapacidad para la auto-crítica hace que tomen siempre la disidencia por desplante y el desacuerdo por demagogia subversiva.

Y mudo el país entero, el pueblo todo, que sólo recuperó la posibilidad de expresarse por señas con aquel gran ademán de silencio clamoroso, cuando las urnas del plebiscito de 1980. O el posterior fenómeno de música, con letra tácita, de los caceroleos.

Mentes y murgas

Entender el funcionamiento interno del proceso es un requisito esencial, que todos tenemos que abordar de algún modo, si pretendemos desactivarlo y desarmarlo.

Cerrábamos nuestra nota anterior con un párrafo, extraído entre muchos de las declaraciones del Coronel Costa, Jefe de Policía en Paysandú, explayando su pensamiento sobre algunas murgas y sus letras para el carnaval presente.

Observaba el mencionado Jefe que había letras con alusiones políticas y razonaba que "si a los partidos políticos autorizados, que tienen sus convenciones funcionando", les está actualmente vedado hacer política, "menos puede hacerlo una murga, que tiene otra finalidad". "No puede ser que los partidos no puedan hacer propaganda y la murga, sí. Eso es distorsionar los objetivos".

Antológico, el párrafo, con sus inesperadas asociaciones mentales, mueve inefablemente a la sorpresa o a la risa. Sus comparaciones finales expropian la atención del lector, que por lo mismo no repara en cómo comienza el párrafo en sí mismo.

Hay que verlo, porque supone toda una autorradiografía de la carburación con la que se gobierna. Repitémoslo:

"Esas letras no las dejo tocar. Que la murga —y yo se los dije a ellos— pueda salir o no pueda salir, esa es decisión de mis superiores. Yo tengo mis superiores y lo voy a canalizar a esa vía. Les dije a los integrantes de las murgas que iba a estudiar las letras y las estudié".

No seré yo quien incurra en psiquiatría aficionada. Pero hasta un ciego advierte, casi frase por frase, cómo las obsesiones se acumulan. Hasta el orden, aparentemente fluido, en que las frases se eslabonan, obedece a una estructura

interior tan estricta como previsible.

Empezando por la afirmación ciega de autoridad y poder propios: "Esas letras no las dejo tocar".

Y en seguida, con la misma energía con que viene la imposición de la autoridad hacia abajo, la afirmación del acatamiento hacia arriba: "esa es decisión de mis superiores", "lo voy a canalizar a esa vía".

La ubicación que exculpa, al tiempo que refuerza la cadena de abrigadora disciplina: "Yo tengo mis superiores".

Más el recuerdo de haberlo proclamado todo el tiempo: "y se los dije a ellos". (Como si eso le diera la razón).

Hasta estallar en la victoriosa afirmación corroborativa, del deber proclamado más el anuncio cumplido: "Les dije a los integrantes de las murgas que iba a estudiar las letras y las estudié".

País atónito

El hombre honesto y franco que promulgó estas cosas y emitió estas verdades interiores, sin duda las considera loables y, para él, la quinta esencia de la naturalidad.

Yo pregunto: ¿sospechará siquiera que el resto entero del país, su abrumador porcentaje de civiles y de ciudadanos comunes, abomina ser tratado así?

¿Tendrá idea de que el resto arrasador de los uruguayos —pobres, ricos, remediados, con jubilación, con salud, sin ella, leídos, analfabetos, gordos, barbudos o lampiños, diestros, zurdos, con muletas, luteranos con lentes, con audífono, con suegra, huérfanos, casados, judíos, solteros, creyentes, divorciados, masones, de ojos azules o negros, católicos, de Wanderers o con perro— se asombra de este tono, de este lenguaje y de esta forma de carburar, hacia los subalternos y desde los superiores, obedeciendo pero mandando, y sin saber para qué?

En otras palabras —lo escribo dulcemente, sin agresividad y, casi diría, bajando la voz— ¿sabe el Proceso que los orientales estamos absolutamente hartos de que se nos endilgue este tono de púlpito agrio?

Es curioso: viven abrumándonos con el culto de la orientalidad y hasta con plazas a la orientalidad, desmesuradas de mástil y bandera. Y sin embargo ignoran que una de las características constantes de la orientalidad de toda la vida y de los orientales de siempre, fue desdeñar el formulismo detallado, la disciplina formal, la formalidad excesiva y el reglamentarismo omnícorrectivo.

Ignoran que la austeridad republicana en que se amasó la República, con sus mejores horas y sus mejores hijos, tiene por espinazo y por sustento, ese componente criollo de dignidad y de pobreza, enemigo de todo faroleo, que afirma los valores auténticos sin rebajarlos en la perpetua reiteración oral de excelencias dudosas. Ignoran que Artigas como Rivera o Lavalleja y como todos los grandes conductores de la República, en sus tiempos heroicos (e incluyo, por supuesto, a Melchor Pacheco y a Aparicio Saravia) andaban sin charréteras, vestían como los demás, se cubrían con ponchos comunes y respiraban la igualdad democrática sin andar con zancos por encima del resto de los mortales. Hasta Latorre fue así.

Artigas no hacía retórica cuando resignaba su jefatura diciendo que la autoridad emanaba de los demás. Artigas renunciaba y eran los demás los que le decían "quedáte". Al revés de este gobierno, que todos le decimos que se vaya y él responde "me quedo".

Alguno podrá pensar que estoy refiriendo sólo a meras diferencias de estilo. Pero no es falso que el estilo es el alma.

Hitler y Goethe no era que hablaban un alemán diferente. Eran diferentes. Por eso uno terminó escribiendo el Fausto. Y el otro, incinerando seres humanos.

Cuartel y ágora

Uno de los peores procedimientos a que puede conducir el error, es cuando el que lo comete se niega a reconocerlo. Y persiste en enterrarse. Hace poco, en un discurso que tuvo difusión muy amplia, el Teniente General Aranco hablaba de los que quieren enfrentar al país con las Fuerzas Armadas, y un alto dirigente político colorado contestó que eran los conductores del proceso los que habían cometido ese error.

El Proceso ha causado un enorme daño a la República y a su gente. También a las fuerzas armadas. Las ha dañado porque ha colocado a muchos de sus hombres en cargos para cuyo ejercicio no estaban preparados. Como es el caso de este Jefe de Policía de Paysandú.

Sus palabras lo indican. El Jefe de Policía de Paysandú ("Esas letras no las dejo tocar" y "Yo tengo mis superiores") ignora que el lenguaje del cuartel es uno y el lenguaje ciudadano, otro.

En el cuartel, el oficial es superior y el soldado es subalterno. Se dice "personal subalterno". En el ágora, subalternos no hay. Y los que están abajo, en realidad son los que están arriba. Porque los que están arriba, o son servidores o no son nada.

Con el debido respeto a su persona y a su grado, el señor Jefe de Policía de Paysandú, es nada. Porque nada ha entendido.

Cuando dicen "yo tengo mis superiores" se está refiriendo al escalón jerárquico. A los que están "arriba" de él en el Ministerio o en el Ejército. Por contrapartida, piensa que los de la murga están abajo.

El señor Jefe de Policía de Paysandú no sabe que abajo de un gobernante no hay nadie, que él está no para mandar sino para respetar y para servir a todos. Y que por encima de él, y de los que él llama "mis superiores", están los superiores de todos: el soberano. Y que la murga, que es pueblo, forma parte de ese soberano.

En realidad, el Proceso no le ha hecho ningún perjuicio irreparable ni al pueblo ni a la murga de Paysandú. Uno y otra sobrevivirán al Proceso y cuando pase este carnaval saldrá el sol sobre nuevos días, nuevos cantos y nuevas letras. A quien ha dañado el Proceso es al Jefe de Policía. Lo hizo Jefe de Policía sin que estuviera espiritualmente ubicado para el desempeño de un cargo tan extremadamente fácil pero a la vez tan necesitado de una correcta ubicación. Sin avisarle siquiera que no es que los otros están a sus órdenes, sino que es él el que está al servicio de todos.

Las puertas

Habría más, mucho más para decir. Básicamente, sin embargo, lo que queremos subrayar no es que exista un enfrentamiento entre el proceso y el país. No puede haberlo, porque el país es todo y de su vitalidad poderosa puede decirse que nace cada día. Y seguirá naciendo cuando ya de quienes hoy lo servimos (o lo estorban), no quede nadie. En tanto que el proceso es apenas una instancia agotada, de la cual sólo perdurarán las anécdotas y, ¡ay!, la deuda externa.

Por eso, en vez de enfrentamiento, yo hablaba de escalón. De desnivel.

Adventicio y erróneo, el cúmulo de conceptos con que el Proceso ha cubierto la década, tiene el destino de las hojas secas. Amarillean y no tienen más futuro que el viento.

Pero hay cosas, sin embargo, que es menester contestar. Cosas que, dichas otras veces ya, y reiteradas, es necesario alguna vez detener con la refutación imprescindible.

Todos los diarios del país han publicado una declaración del Tte. General Alvarez en Brasilia, donde refiriéndose a la caída de la legalidad democrática en el país a comienzos de la década del '70, manifiesta: "Se le ha visto a los poderes golpear a la puerta de los cuarteles para que socorrieran a las instituciones".

No fue así. Primero, porque los cuarteles no tienen que socorrer a las instituciones. Su deber meramente es servirlos. Segundo, porque estando como están constitucionalmente los que ocupan los cuarteles, sometidos a los poderes constituidos, éstos no "golpean sus puertas".

En tiempos de legalidad, un Poder Ejecutivo que se dirigía a las Fuerzas Armadas, simplemente impartía órdenes. En la década de los '70, cuando cayeron las instituciones del Poder Judicial nada dijo. Y el Legislativo, lejos de golpear puertas de nadie, vio cómo eran forzadas las suyas.



Manuel Flores Mora

"Y tres que sepan tocar..."

El Proceso, balcón del Olimpo

La anécdota viene a cuento, hablando del Proceso, precisamente en estos días de carnaval, con su reminiscencia de candombe y de llamada. A propósito de cosas de negros, me la contó hace pocas noches un plástico amigo.

Se trata de varios blancos, enamorados de la música tamborilera pero ignorantes de su técnica, que discuten en un café palermitano cuántos tambores o tipos de tambores se requieren para armar el ritmo. Por fin, advierten que el muchachito que está lustrándole los zapatos a uno de ellos, es negro.

-A ver, vos que sos de la raza ¿cuántos tambores se precisan?

La respuesta no se deja esperar.

-Tres. El "chico", el "piano" y el repique. Además...

-¿Además qué?

-Bueno: tres negros que sepan tocar.

Digo que viene a cuento porque es la historia exacta de lo que en la República Oriental el Proceso olvidó. O no supo. Metafóricamente hablando, el Proceso expropió aquí todos los tambores y reclamó para sí la exclusividad de los ritmos. Puso mano en los bombos y repiques. En los "chicos" y en los "pianos". Se metió en el Banco Central, en la filosofía de la enseñanza y en la enseñanza de la filosofía, en la organización de los hospitales, en el comercio exterior y hasta en la Constitución de la República. Prohibió poetas y dictaminó sobre vestidos. Pontificó sobre todo y sobre todo gritó, corrigió, amenazó, criticó y dispuso. Dictó lecciones para dentro y para fuera de fronteras. Insultó y despreció a la clase política que había organizado el civismo del país. Escupió sobre ese civismo y mandó cortar el pelo de todos los estudiantes y recortar el bigote de aquellos que quisieran sacar un pasaporte. Cada hombre que el Proceso designaba para un cargo cualquiera, aunque no conociera ni por la solapa la técnica respectiva, presumía saber más que la Enciclopedia Británica.

En una palabra: el Proceso confisgó las lonjas. Espantó contra la pared a los negros que somos todos aquellos que no vestimos uniforme.

En su arrogancia, empero, omitió lo obvio.

Ignoró que el ritmo no es la obra de los requisados instrumentos, sino de los negros despreciados y que la música no la tocan los que quieren sino los que pueden. O los que saben.

Por eso, once años más tarde, luego de matar a gritos a todos los tamboriles y de prohibir a los negros hasta el tarareo, el único sonido generado por el Proceso ha sido el estrépito de su fracaso.

Su única música, la que en himnos de libertad, se entona algunas noches con acordes de cacerola.

Puentes, no palos

Yo sería muy tonto y estaría en la vereda opuesta de mi deber si, a esta altura de la carrera de la vida nacional, saliera a sembrar odios. O a clavar alfilerazos. O a aumentar la distancia y enfrentamientos que hay entre el Proceso y la República. O, para hablar como un batllista, entre la República y el Proceso.

Por el contrario, lo que intento es tender -humildemente, ayudar a tender- un puente de comprensión entre el Proceso y el país. Digo, entre el País y el proceso.

Está por desollarse todavía el rabo de la redemocratización. (La palabra

es estúpida, porque ese "re" quiere decir "de nuevo", y al uruguayo no hay que redemocratizarlo, porque jamás dejó de ser democrata. En cuanto al Proceso, el "re" está demás también porque democrático no fue nunca: hay que democratizarlo no más sin "re").

Digo que está sin desollar, porque en las próximas horas y semanas habrá que discutirlo todo o casi, para ver si la Nación sale a flote con la libertad verdadera entre las uñas y no con el remedo que nos quisieron endilgar en el '80 y que, con afeites y encaladuras, apenas disimulado vuelve a aparecer en las palabras de muchos dirigentes del Proceso, a quienes se les escapa sin notarlo, como ha ocurrido con el Teniente General Aranco en su discurso de toma de mando o con el Teniente General Alvarez en sus declaraciones de Brasil.

Lo primero que hay que entender, para ello, es que el Proceso tiene una naturaleza anómala y una estructura mental, si así puede decirse, enteramente distinta a todo lo que ha significado el pensamiento de este país desde que Zabaia desembarcó los primeros gallegos y canarios en la baldía bahía del Monte VI.

Es evidente (y patético) que los hombres del Proceso no tienen la menor idea de lo que es el alma de la Nación. Aunque no se les perdonen otras cosas, esta incapacidad hay, por lo menos, que comprenderla.

Sería en cambio imperdonable que los demás -el político que tiene que lidiarlos y el pueblo que tiene que empujar a los políticos y apoyarles la gestión- no comprendieran que están tratando una gente distinta, con una mentalidad simplificada hasta lo desesperante y una trasmutación de valores donde una limitada cantidad de fichas mentales da lugar a un número también limitado de combinaciones infranqueables. Hasta la dicción es distinta, según nos hemos hartado de comprobarlo, desde ese silencio absorto y dolorido a partir del cual hemos escuchado durante once años, cuanto discurso han querido enjaretarnos, sin preguntarse jamás lo que pensábamos.

Reitero que no estoy aquí hablando -es obvio- de las FF.AA., institución y como tal impersonal y fuera de juicio, sino del Proceso, expresión política ésta sí, donde militares y civiles (los civiles subordinados, claro), le han construido al país estas desdichas que el país quiere de cualquier modo sacudirse de encima, porque les encuentra el gusto estremecido de las pesadillas, terror nocturno.

Paralogismos

En tres notas anteriores hemos, en puntas de pie, introducido al lector, y nosotros con él, en el tema. Vimos así, en expresiones del V/A Invidio y el Tte. Gral. Aranco, cómo los conceptos y palabras se deslizaban hacia la proclamación casi victoriosa, y siempre inadvertida, de exactamente lo contrario de lo que entendían decir. (Por ejemplo, dar entera libertad de elección al pueblo, pero para que el pueblo eligiera necesariamente lo que ellos entienden potable aunque el pueblo no lo crea así). Nos remitimos a esas notas anteriores porque, así dicho, el resumen de cualquiera de ellas en un párrafo puede pecar de inconvincente. O parecer mero afán de molestar, cuando no es así. Nos mueve, por el contrario, el deseo de subrayar una forma gravemente equivocada de razonar (o mejor, de no razonar), persistiendo en "razón" que ya está claro que no le-

nian, y dando por sentadas cosas que no son exactas (como esa de que estamos mejor que otros países o ya saliendo de la crisis) o acusando, en el borde del insulto a todos los que piensan diferente y que son, como se sabe, la abrumadora mayoría de la opinión pública interior y exterior.

Vimos el error (segunda nota) de regirse por esa "lógica interna" de miembros del Proceso, que los lleva, como ocurrió en el ridículo decreto sobre jubilaciones docentes e incompatibilidades, a armonizar algunos artículos dictados por ellos mismos para proqueir resultados absolutamente disparatados en la realidad, sin siquiera advertirlo.

Y vimos (tercera nota), lo que era actuar con lógica de disciplina militar respecto de gobernados, confundiendo a miembros de una murga con subalternos.

Es casi penoso que todo esto -la pública manera de razonar de hombres que han expropiado el timón del Estado, y que al razonar revelan limitaciones mentales tan graves en su forma de argumentar y de decidir- ocurra en la tierra de Vaz Ferreira. Aquel que enseñó la duda (palabra fecunda cuyo contenido el Proceso parece ignorar). Y que nos habló de paralogismos. Paralogismo es la palabra justa, porque viene de "para", desviación, y de "logos", discurso.

Paralogismo es la palabra justa asimismo porque esta forma de razonar desviadamente del Proceso, es la que conduce, por falsa y deficiente ubicación mental, a los descalabrantes resultados que señalan, en todas partes por donde pasó, la fracasada gestión de los hombres del Proceso. Sólo que Vaz Ferreira nos hablaba de los "paralogismos de falsa oposición". Y estos no lo son porque aquí la oposición entre país y proceso no es falsa. Es real. Es visible, comprobable y tangible, como una madera o una piedra.

Estoy hablando sin embargo de Vaz Ferreira y me pregunto: ¿cuál de los hombres decisivos del Proceso, de los que han mandado férreamente, despreciando a todos, durante estos años, tiene noticia de Vaz Ferreira?

¿Lo habrá leído alguno?

Delirios y absolutos

No es lo mismo pero quizás arroje luz recoger algunas de las observaciones, de diagnóstico helado, con que Timerman, en su libro "Preso sin nombre, celda sin número", cuenta lo que fueron algunas de las carburaciones militares argentinas. Y particularmente los procesos por los cuales "al convertir el odio en fantasía", la mente "se ve arrastrada a alucinaciones políticas, cuyo alcance puede parecer inaceptable a una mentalidad lógica, racionalista, moderna".

"Estas alucinaciones políticas determinan cursos de acción que pueden llevar a situaciones de violencia inexploradas y aparentemente imposibles en el mundo contemporáneo". Así pasó, y vaya si pasó, en Argentina.

Por descontado que los de aquí y los de allá, tan parecidos en tantas cosas, son asimismo tan marcadamente diferentes en muchas otras. Todo parecido puede resultar innecesariamente confuso y molesto. Pero lo que quiero sí decir, rescatando una verdad permanente y evidente que Timerman encontró al nivel de su propia carne y de su propio sufrimiento de torturado y preso, es ese concepto básico de "alucinación".

No hay dos alucinaciones iguales y, por fortuna, la alucinación tomó, en esta orilla, un camino diferente al atroz de la orilla vecina. Pero el mecanismo final no difiere en su etiología.

El delirio (otra palabra justa utilizada por Timerman y que me perdona el fraternal amigo Daniel Gil y todos cuantos, mucho más que yo, dominan ese terreno de la psiquiatría en que yo ignoro todo) adopta en este lado un parecido sentido de omnipotencia onnipotente. Como si en vez de estar formado por semidioses, el Proceso no sólo dictamina inapelablemente lo que dispone que ocurra aquí y ahora sino que, haciendo del tiempo también "personal subalterno", ordena y dispone lo que ocurrirá en el futuro.

De ahí los verbos, de ahí las inve-

rosímiles formulaciones verbales, de ahí ese hablar por catilinarias, decretando comportamientos históricos y dándole órdenes hasta a las oías (despreciadas) del mar. ¡Bien!

Hegel, creo, hablaba también de estos vicios mentales, y para referir a esta postulación de las cosas como si se estuviese hablando desde un balcón del Olimpo hacia el patio de los tiempos utilizaba la expresión "delirio de presunción".

Para ilustrar con un ejemplo claro lo que es este vicio de pensamiento y expresión podríamos, Vaz Ferreira mediante, tomar algunos de los innumerables casos con que a diario se nos ha latigueado durante los once largos años que llevamos de paralogismo corrido y uniformado. Pero no sería elegante elegir, como hicimos con el ejemplo de la murga, un coronel del interior. Preferimos ir a la ocasional cabeza del Proceso y deternos sobre un vértigo que las agencias internacionales han atribuido al propio Alvarez. Y nada menos que en el país de la fineza y del matiz, para mayor arrugamiento estremecido de nuestro nacional sentido de autocrítica.

Allá, en las tierras relativas de Brasilia, donde todos los hombres son más inteligentes que la realidad y donde cada personaje público tiene, como es sabido, una circunvolución cerebral suplementaria que lo torna más sutil que los hombres de otras tierras u otras razas, allí justamente, nuestro Teniente General (él dice de los periodistas uruguayos "mis periodistas", de modo que los periodistas estamos habilitados para llamarlo "nuestro Teniente General"), dejó caer, inaccesible a matices, dudas o precauciones de humildad, la aseveración tajante de que "la democracia liberal no volverá nunca más a Uruguay".

Bien. Si usted dice.

Me detengo porque es el caso típico del hegeliano "delirio de presunción" o del timermaniano "delirio y alucinación política". Consiste en sobreponerse al destino y lugar del hombre dentro del cosmos, para sentenciar lo que necesariamente ocurrirá, basándose en el argumento supremo del "se lo digo yo".

Menos castrense y nada Procesal, el humilde ex-senador que escribe estas líneas ignora lo que dirá el futuro. No sé si dentro de cincuenta años este país será una democracia liberal (¡qué maravilla!) o no. Quiero creer, por amor a la raza, que no será una dictadura militar (sería espantoso). A lo mejor somos un régimen comunista. Más: si la dictadura militar se alarga, seguramente terminamos en el comunismo que fomentan.

Pero aunque de eso no sé nada, en cambio, sí, algo sé. Sé que los que creen posible darle órdenes al porvenir incurren en un delirio parecido, diría Borges, a los que intentan amonedar el viento sin cara.

Hablar como dicen las agencias noticiosas que lo hizo el Teniente General Alvarez en Brasil, vaticinando que "nunca volverá al Uruguay la democracia liberal" es un delirio parecido, valga Borges, a tejer una cuerda de arena.

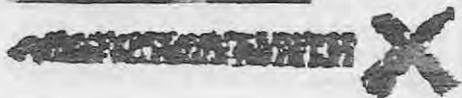
¿Se acuerdan de Franco, que creía dejar "atado y bien atado" el porvenir de España?

El porvenir es un personaje, ay, que no puede ser preso. Ni torturado. Ni fusilado. El porvenir, qué desesperante, es un personaje que corre delante y nunca se alcanza.

Uruguay tiene hoy un problema muy grave en frente de sí: entenderse con gentes que no han entendido ni estas ni otras simples verdades.



Manuel Flores Mora





Craviotexto

1 kilo 480 gramos de Moral Cívica

El lector, si es memorioso, recordará que estas notas sobre el Proceso empezaron a propósito de un propósito. Se trataba de aquel decreto esdrújulo por el cual se establecía un régimen de cuya aplicación resultaba que los docentes jubilados no podían ejercer la docencia, pero, por ejemplo, los almaceneros jubilados sí podían.

El dislate era tan evidente que el propio Ejecutivo, automoderándose, desanduvo el camino y resolvió postergar la aplicación de lo inaplicable.

Algo quedó, sin embargo, como atragantado, porque la amenaza de un absurdo concreto removió para mucha gente -me incluyo- el tema vasto y preocupante del enorme daño inferido a la juventud de este país por el Proceso. Es decir, a aquellos que han tenido que cursar estudios en nuestras escuelas, liceos o facultades, a lo largo de los once años transcurridos desde el quebrantamiento del régimen constitucional.

Volver sobre el tema es la obligada continuación de las notas anteriores. En ellas hemos, no digo ya analizado pero sí, incursionado en la mentalidad misma del Proceso. Y señalado algunas de sus principales limitaciones. Sus errores y sus paralogismos, la excesiva simplificación con que somete las zonas más complejas de la realidad colectiva a una esquematización deformada, esquematización que está hecha de invidencias, de tirrias, de obsesiones y de metas tan ilusorias como menguadas. Todo ello envuelto en esa suerte de seguridad desafiante que las invidencias determinan.

Antes de finalizar esta nota volveré a consignar por qué escribimos, con referencia a estas cosas, estas cosas.

Educación moral y cívica

Si antes pedí perdón a los psiquiatras y psicólogos por invadirlos, empecé haciéndolo aquí con los pedagogos. No se precisa serlo para saber que en el Uruguay de siempre, o de antes -aquel "corrupto según la afirmación atrevida que por veces reiteran algunas largas lenguas- la enseñanza se erigía sobre el respeto para el niño.

La comprensión de esta frase cae, claro está, fuera del límite autotrazado por la filosofía entera del Proceso. Para el viejo Uruguay de Varela y de Batlle, es sin embargo una frase esencial como cristalina.

Así como el hombre no es para el Estado, sino, al revés, el Estado para el hombre, así también el niño no es para la educación sino la educación para el niño. Y con ella, todos los que en ella viven y de ella viven.

Un niño no es un pedazo de plastilina para que la dudosa razón reaccionaria de un Proceso que presume saber todo y de todo, se ensaye y le imprima la forma que se la antoja.

Un niño, cada niño y cada hombre o mujer individuales son -por lo menos según esa tradición greco-judeo-arábigo-cristiana que, bajo el nombre de Civilización Occidental, tanto se invoca- depositarios de una partícula de Dios.

No se forma a los hombres. Los hombres y mujeres se forman a sí mismos y a lo sumo, los forma la atmósfera de la cultura a la que pertenecen. La educación simplemente los sirve, acercándose en puntas de pie y con ternura a eso que mañana será hombre, para arrimarle alguna información, algún ejemplo, alguna positiva emoción, algún nivel de frescura y gratificación, algún hábito de dicción o de higiene. Y a lo sumo, la práctica inicial de la convivencia igualitaria en el respeto, en la paz y en la libertad.

Donde el primer objeto de respeto y el primer sujeto de la libertad es, por descontado, el propio niño.

Todo eso -arquitectura de ideales y costumbres que configuraban los usos democráticos y humanistas del laicismo

-era la escuela de aquel gran país uruguayo en que nació el "país corrupto", con la tradición espiritualista que mi partido tanto defendió. Todo eso eran los bancos en que me senté, niño, y que niños vivieron, décadas más tarde, mis hijos, nuestros hijos, y los hijos, por descontado, de nuestros adversarios.

Todo eso es lo que a partir de 1973, el Proceso, con la ceguera del elefante en el bazar, arrasando valores cuya existencia no sospechaba (y que, en todo caso, no tenía capacidad para entender) espantó a golpes de regatón. Tal vez hayan pasado cosas así en Roma, cuando entraron los visigodos. Es la historia del vencedor -¡ay de los vencedores!- que se instala sobre pueblos más cultos, cuyos valores no comprende y, daltónico para los cuales, sólo sabe imponer sustituciones retrogradantes que no tienen otra autoridad que la fuerza.

Así como los hospitales se basan en la enfermedad, es sabido que el proceso se basa en el comunismo. Ve comunistas en todas partes donde lo insinúa esa gran Teoría de la Seguridad, cuyo arco se levantó en Viet-Nam y desciende en Panamá para desde allí, pentagónicamente, irradiarse.

Con un chiste ya viejo, decía Verdguer que a cierta altura de la vida todo lo que nos gusta, engorda o es pecado. Glosándolo, podríamos decir que, para el Proceso, todo lo que no entiende es comunismo. (A lo largo de la historia de esa idea, pocos homenajes tan grandes le han sido rendidos al comunismo como éste, obsesivo, que la tributa este Proceso con sus sospechas hasta de Freud y de Einstein).

Más corto: el Proceso arrasó en este país con aquella divina tradición vareliana y batllista de nuestras escuelas y liceos. A la manera de la solterona mal pensada que pone en todas las conductas ajenas el sexo que derraman sus propios ojos, el Proceso encuentra infiltración y caldos de cultivo hasta en la tiza, para taponear la primera y pasteurizar los segundos, prevenir disidencias y asegurarse que en el futuro no habría ningún oriental que piense diferente a otro oriental (y todos piensen igual que el Proceso) el Proceso, en fin se ocupó de la Enseñanza. ¡Dios!

Craviotto escritor

Tengo delante de mí el mamotreto "Lecturas de apoyo para profesores y alumnos -EDUCACION MORAL Y CIVICA- 1o. y 2o. año Ciclo Básico" de que es autor (ya veremos hasta dónde) el Dr. Wilson Craviotto Casas, según se indica en la tapa.

Lo de mamotreto no es despectivo sino estrictamente definitorio. Antes de la tortura de leerlo, sus destinatarios deben sobrelevar la de portarlo. El formato es inverosímil: 22 cms. de ancho por 34 de alto. Le pido a Sergio, encargado de Tráfico de JAQUE que baje con el libraco y me lo haga pesar en la tienda vecina. Vuelve con el dato. El libro de Craviotto pesa... 1 kilo 480 gramos! ¡Casi kilo y medio de educación moral y cívica!

¡Pobres estudiantes!

Se trata, por lo demás, no de un pecado personal sino colectivo y estatal. Como lo subraya el escudo y la referencia a Ministerio y Conae, de una publicación oficial. Pero a mimeógrafo. De partida, hemos retrogradado hasta en la técnica. No lo imprimieron en tipos de madera del siglo XVI porque aquí no existen. Pero eligieron la forma más vieja y menos funcional posible. Exteriormente. El contenido en cambio es anterior a Guttemberg. Medieval pero no siglo XII. Antes. Alta Edad Media. Edad Oscura. Más que oscura, negra.

El libro, que carece hasta de índice, tiene una primera parte, única que escribió Craviotto, de exactamente 54 líneas. Ni una más, excepto la firma, 55 líneas.

La segunda parte del libro son 24 páginas apaisadas que transcriben los "principios rectores" de la asignatura y el "informe sobre la estructura de los programas" de la misma.

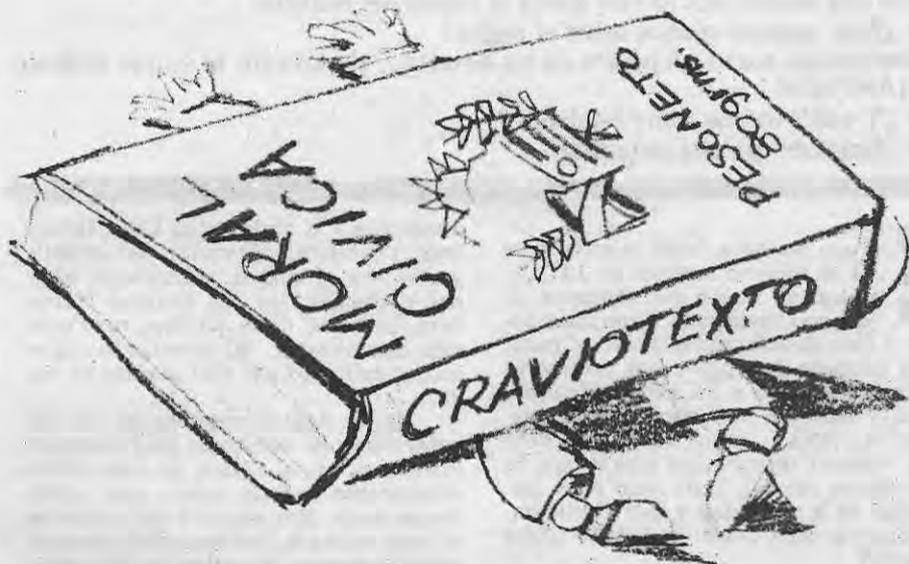
Sigue la Bibliografía (preparada por Craviotto) y luego una selección de transcripciones, algunas

Sigue la Bibliografía (preparada por Craviotto) y luego una selección de transcripciones que sería injusto llamar cajón de turco. Por lo menos hay que aclarar que no se trata de un turco cualquiera sino de un turco premiado con el Gorila de Oro del certamen mundial de turcos reaccionarios.

Las transcripciones abarcan desde cuentos sacados de "CORAZON" de Edmundo de Amicis (V. gr. "El pequeño escribiente florentino"), acompañados de la inefable constancia "editado en Buenos Aires en 1971", tal vez para que los patrones no se den cuenta que se saquea un libro del siglo pasado. Hasta pedazos de aquella cacofónica "Comisión de Homenaje del Sesquicentenario de los Hechos Históricos de 1825", cuyos bautizadores olvidaron que todos los hechos de 1825 son históricos aunque no se diga, y que lo que se homenajea no es nunca el sesquicentenario sino lo sesquicentenario

de Horacio Quiroga. Nada de nada. Nada de nadie. Pero, no faltaba más, los Actos Institucionales de este proceso, sí.

Y para terminación, ni qué decir, el texto completo de una pieza indignante: la Circular N. 1432 de 1976, que establece en 22 siniestros artículos las normas de comportamiento de los estudiantes. (Uno las lee y se pregunta qué idea tienen de un muchacho o una muchacha los que implantaron este reglamento para robots, a los que se obliga a "adquirir y demostrar conciencia de estudiante sincero", "actuar con seriedad, lealtad y personalidad en los trabajos escritos" (?). Machaconas, fatuas, totalitarias, las normas de este reglamento desrespetan definitivamente al muchacho (recuérdese lo que del respeto decíamos líneas arriba) pero establecen sí que "el educando" debe "observar el debido respeto a las Autoridades del Liceo (con mayúscula), los Profesores, los Funcionarios Docentes y Administrativos y los del Personal de Servicios Auxiliares, atendiendo de inmediato las indicaciones que se le formulen". Ese "de inmediato" es impagable y pinta del todo la psicología del que hizo la norma. Analizar los 22 artículos daría para varias crónicas. No lo haremos.



zado. (Los sesquicentenarios no se homenajean, se celebran; los hechos históricos tampoco se homenajean, se conmemoran).

En total el cuerpo del texto de Craviotto, o Craviotexto, o Craviotetro, está formado por unos 120 ó 130 artículos ajenos. De otro modo, que el procedimiento seguido para componer el libro es aquel que el ilustre teórico de la Historia que enseñaba en la Universidad de Oxford, el Prof. Robin Collinwood, llamaba "de las tijeras". Mire el lector qué fino que se lo digo.

En el caso, de las dos hojas de la tijera, una es poco inteligente y la otra, además, de extrema derecha. Corto: del centenar y pico de artículos transcritos, más de 35 son de un gallego llamado Eugenio Frutos, que en la España de Franco (1969) y en la Edit. Doncel sacó un anterior mamotreto contra la niñez y juventud llamado "Convivencia Humana". Siguen, barajadas claro, 22 transcripciones de Don Arturo Carbonell Debali, 13 del Prof. Carlos Lacalle y ya estamos en casi 70 artículos. Casi 80 con los cuentos de "Corazón". Además, 4 artículos imponentes de aquel gran imponente que fue Francisco Bauzá. Más el "SI" de Kipling, y 3 Romances de una señora que firma "Isis" (?), 11 transcripciones de la Comisión del Sesquicentenario, 8 de otro español de apellido Poveda Ariño y 5 de un tercer hispano a quien a veces llama Efrén Borrajo, otras Borrajo Cruz y otra, en fin, Borrajo Dacruz. Más 22 páginas con todas las normas legales y decretos sobre símbolos patrios, a lo largo de siglo y medio.

"Haz lo que yo digo..."

El libro se cierra con el texto completo de los Actos Institucionales del Proceso. Entiéndase bien: las Instrucciones del año XIII, no. La declaratoria de la Florida, no. El pensamiento de Justino Jiménez sobre Derechos Humanos, no. Nada de Espínola. Nada

Pero digamos por ejemplo, que se crea el "deber" de delatar (Art. 1o., inc. 11) y que hay 7 artículos con sanciones y 12 sobre el procedimiento para aplicarlas.

Con algunas perlas que, ellas sí, superan todo lo imaginable en la materia. Nos referimos al art. 2do., Inciso 1, que tiene 4 prohibiciones, marcadas de la a) a la d).

En la última se declara prohibido e ilícito (ambas cosas, de acuerdo al encabezamiento del numeral) "colocar avisos, dibujos, emblemas, insignias, carteles, imágenes, leyendas escritas o grabadas, arrojar volantes o cualquier otra clase de actividad o propaganda política gremial... o contraria a la moral y a las buenas costumbres, en los Establecimientos de Educación". Como puede verse, lo político gremial y lo contrario a la moral y buenas costumbres, para los pedagogos del Proceso, son... sinónimos.

Más notable aun, lo de la prohibición y declaración de ilicitud de la letra a). Excede todo lo concebible. En efecto, allí se les prohíbe de modo terminante a los alumnos de liceo "atentar contra la Constitución".

¡Ya saben, niños! Pelo corto, nada de vaqueros. No fumar. No meterse los dedos en la nariz y... no dar golpes de Estado!

Me parece supremo.



Manuel Flores Mora

Craviotexto (II) Patria, Familia, Propiedad, Craviotto, Fascismo y Enseñanza

Leyendo el Craviotexto se levanta en mi memoria el recuerdo de una página del inolvidable Wimpi. Es aquella en que cuenta de uno que contaba un cuento en un boliche. Narrador desde las entrañas, se había adueñado de la atención de todos. Pero el cuento -la gloria de tener a los demás colgados de su relato- se había adueñado de él.

Contaba de un negro que, en tren de pelear por la vida, echaba mano de las boleadoras.

- Y el negro agarró con una mano una de las bolas (hizo una pausa y recorrió a la audiencia con la vista), y con otra mano, otra de las bolas... (nueva pausa, cerciorándose de que todos los ojos estuviesen pendientes de sus labios) Y con otra mano, otra de las bolas.

Una voz asombrada lo taló desde el fondo del boliche:

- ¿Pero cuántas manos tenía el negro?

Descendido como un pájaro de un hondazo, el narrador se volvió furioso:

- ¡Avirigüe!

- ¿Y qué's lo que estoy haciendo?

- ¡Entonce pa' qué pregunta!

El que no haya leído nuestra nota en el número anterior de JAQUE quizás no sepa a qué aludimos diciendo Craviotexto. Queremos decir el libro de Educación Moral y Cívica, con Lecturas de Apoyo para profesores y alumnos de 1o. y 2o. año de Ciclo Básico editado por el Consejo de Secundaria y/o CONAE. Autor de ese libro es el Dr. Wilson Craviotto (así dice la tapa de la edición oficial), hasta hace poco Inspector en la enseñanza y, por añadidura, Consejero del Consejo de Estado (sigue siendo).

En la página dedicada (nada menos) que a la Batalla de Sarandí, transcribiendo materiales extraídos (nada menos) que del libro "Los principales hechos históricos de 1825" publicado en Montevideo por la Comisión Nacional del Sesquicentenario, estampa (Craviotto), dos líneas sorprendentes, que atribuye al Coronel Ramón de Cáceres, en sus famosas Memorias:

Lavalleya había convenido "en no dar cargas en lo sucesivo sino con sable en mano y lanza en ristre".

Suponiendo que donde dice "ristre" en realidad lo que quiso decir fue "ristre", digamos -para lectores menos expertos en lanzas que el Coronel Ramón de Cáceres o que el Inspector Craviotto- que "ristre" era aquella piccita de la armadura donde se apoyaba la lanza, al ponerla horizontal y apuntarla hacia adelante. Ahora no se usa, pero tanto el ristre como el resto de la armadura se llevaban mucho en los tiempos en que se inventaron las concepciones pedagógicas que Craviotto propugna. Bueno: lo que se apoyaba en el ristre era la parte trasera del asta de la lanza, asta que se sostenía con la mano. Mano que, dentro de la concepción sesquicentaria de la pelea, agarraba además el sable, según Craviotto. Como, no sé. A menos que, en la concepción craviotextica del combate, los soldados de Lavalleya tengan tres manos, como el negro de Wimpi.

Yo me inclino ante este enfoque pluralista, no en vano surgió en el corazón del Proceso; pluralismo de meter pluralmente la mano en todo: lanza, sable, enseñanza, Vilardebó, Banco Hipotecario, flotación del dólar, reglamentación de la huelga, filtro de candidatos para directivas de clubes de bochas, cooperativas de vivienda, forestación por Tourreilles y venga lo que viniera, que para eso, que lo diga Bolentini, los que saben, saben de todo. ¿O no?

Patria, Familia, Propiedad

Cuando en la República Argentina

asesinaron a la diplomática Elena Holmberg, los militares iniciaron una investigación, en la cual se acumularon páginas y páginas. Un día Enrique Holmberg, hermano de la víctima, tuvo ocasión de revisarlas. "El expediente -dijo- está constituido por 400 páginas de nada".

De los textos promovidos por las autoridades de enseñanza del Proceso en materia de Moral Cívica, no cabe desdichadamente decir la misma cosa. Ojalá fueran nada. Son reacción químicamente pura enlatada. Por eso resulta imprescindible ingresar al contenido del craviotexto y comentarlo.

En los Principios Rectores de la Asignatura que el craviotexto recoge ad integrum, se empieza por la Patria y se sigue por la Familia.

Pienso en todos los hombres y mujeres nacidos sobre este suelo que sirvieron con sacrificio al país, desde los tiempos de Artigas y antes aún. Digo el país y no la Patria (al igual que los batllistas hemos dicho siempre la República y no la Patria), no porque la amemos menos que nadie, sino al revés. Y porque "la Patria", así, con mayúscula, me promueve una suerte de pudor. Diría que los más hondos sentimientos yacen en el corazón del hombre cabal para sentirse y no para cacarearse.

Pienso digo en todos los hombres y mujeres que sirvieron a esta tierra y a esta nación, sin necesidad de Procesos ni Craviotto, de Conaen ni de mamotretos verboborrálicos, con mayúsculas que sólo sirven para sembrar dudas, a la manera de las que siembran aquéllos que viven proclamando la honestidad que los honestos no mencionan.

Así, en los primeros siete párrafos del Principio Rector de la Asignatura Educación Moral y Cívica se habla reiterativamente, del "culto a la tradición patria" y de "I 1) Capacitar al educando en el cabal conocimiento de su patria", "I 2) Exaltar en el alumno el amor por la patria y la decisión activa de defenderla", "I 1A) ... la conmemoración reflexiva de las fechas patrias", "I 2A) de los deberes hacia la patria", "I 2E) Actos de conmemoración patria basados en..." y "I 2F) actividades de ayuda social... en los cuales practique y concrete el sentimiento y la conciencia activa de la patria".

Cualquier observador inteligente advertirá los peligros de estos principios, y cómo en ellos el fanatismo, invocando aparentemente al sentimiento más noble, se ha deslizado ya por las pendientes de la filosofía del evidente fascismo. Detengamos la atención sobre las últimas líneas en negrita. Según ellas, las actividades de ayuda social no se inspiran,

como sería ético y lógico, en un sentimiento de solidaridad humana o de fraternidad para con el prójimo. La ayuda se dirige a "concretar... la conciencia activa de la patria". Hay un sólo paso de ahí a decir que si el núcleo ayudado no es compatriota, en vez de ayudarlo hay que abrir fuego de ametralladora. Con "conciencia activa de la patria".

¿Qué es esto de "conciencia activa de la patria" cuando se colabora con otros. Es sencillamente suprimir al "otro", a la persona del otro, y cambiarlo, fascistísimamente, por una entidad transpersonal, a la que mal se le da el nombre de patria, porque por lo menos aquí, en el Uruguay, la patria fue siempre otra cosa que ese fanatismo.

La patria uruguaya no fue nunca la patria minúscula, xenófoba, amarillenta de resentimiento nacionalista. Patria y humanidad fueron, por el contrario, términos conciliables siempre para los uruguayos de verdad, criados a la sombra de Artigas y no de estos Procesos.

Con idéntico desafuero y desenfoque son seguidamente tratados el Principio Rector II ("una libertad respetuosa y noblemente orientada, etc.") y nada de libertad a secas) o el Principio Rector III ("formar el carácter en base a los principios morales del honor, la dignidad y el patriotismo"). Hasta llegar a los desenfoques pedagógicos realmente muy graves del Principio Rector IV y último, ordenando que "el alumno valore el papel de la familia como célula viva del cuerpo social" (y olvidando que ello equivale, para el niño sin familia o con familia rota, a la valorización y macrodimensionamiento de su propia desdicha).

Trás de los Principios Rectores el craviotexto incluye seguidamente el "Informe sobre la estructura de los programas, etc.", y ahí sí el disparatado de la insensatez y falta total de competencia, se desboca. Aparecen frases como:

"Se parte de las dos comunidades en que está inserto el educando y que tienen un valor de encuadre y conducción de la personalidad según conceptos morales: la familia y la patria (unidad 1)".

18 INFORMACIÓN MIERCOLES 21 DE MARZO DE 1984 19

CRAVIOTTO: LA ENSEÑANZA DEL PAIS NO ESTA TAN BIEN COMO MUCHA GENTE DICE

Debemos encontrar una solución al problema de los profesores que más de cinco años de antigüedad a las escuelas que se eliminan... (text truncated)

Aquí no se desmiente a nadie

La libertad, concepto inmediato, es tomada también, con un sentido fascista. En la jerga política es habitual utilizar la palabra "fascista" como proyectil de terrorismo verbal, como adjetivo reprobatorio para enlodar a un adversario. Aquí utilizo el vocablo "fascista" no como adjetivo sino con alcance definitorio sustantivo. Hay fascismo, en efecto, cuando se dice que "De esta manera se llega al tema de 'La libertad' en la Unidad III, con lo cual se vuelve bajo otra perspectiva, a la integración de la persona en la comunidad". "No se trata ya de las comunidades fundantes (la familia y la patria) sino de las comunidades derivadas".

Fascismo, como puede verse, porque la libertad no es concebida como la entiende secularmente la mejor tradición filosófica occidental, esto es, como libertad para el florecimiento del ser humano. Florecimiento espiritual, moral, social y físico, donde el hombre y sus derechos inalienables son el fin último, porque el hombre es partícula de Dios y nada hay por encima de él con derecho a imponerse desde fuera. Fascismo porque la libertad que aquí se maneja es el concepto restringido y totalitario de la libertad de la hormiga, libre sólo para integrarse en una comunidad derivada, como si fuera ya poca horma de zapato la totalitaria concepción de esa patria y esa familia como comunidades fundan-

tes. Dicho sea todo, sin detenernos en la jerga pretenciosa de estas concepciones más que fundantes, fundidoras y sin fundillos.

Si quieren hablar de patria, por una vez, hablemos. Para decir que la patria, nuestra patria, suelta lágrimas de indignación y de vergüenza cuando se ve invocada por estas mentalidades que, profanándola, se han creído dueñas de venir a pontificar, retrogradando lo que fue la suprema libertad sin la cual no existiría esa misma patria que estos teorizadores ni conocen ni sienten.

Propiedad, Familia, Trabajo

No hay sitio para hilvanar todo este insensato zurdido de reacciones medievales. Digamos sí que una simple lectura de sus materiales, arroja todavía más luz sobre las concepciones transpersonalistas que lo animan. A veces es casi una confesión. Como cuando dicen, siempre a propósito de la libertad, que uno de los planos es "el referente a la libertad social", casi en seguida que "se derivará hacia la noción de lazo jurídico para culminar, por aproximaciones sucesivas a lo largo de los tres años, en la noción del Estado". Y que "la Unidad IV pasa al estudio concreto del Estado uruguayo..." y "Se complementa con el tema del 'Trabajo Nacional'".

Es sencillamente espantoso pero la tal Unidad IV empieza a tratar el Estado uruguayo con las palabras siguientes: "Servicios que brinda: Defensa y Policía".

Siento no tener espacio. Dos líneas más adelante viene este otro disparate, donde lo retrógrado va más atrás todavía de la Edad Media y arrasa hasta con la orden franciscana y sus ideales de pobreza: "La propiedad privada como derecho y como deber". Niños, sabed: la propiedad privada es... ¡y a deber!

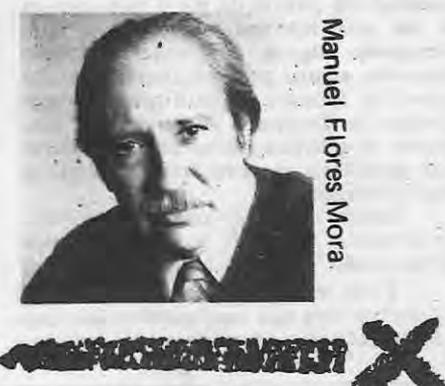
¡Pobres niños! Entre las "actividades a realizar por el alumno", así obligado a amar la Patria activamente, a orientar su libertad hacia la integración y defender la propiedad como un deber, está además, "hacer un cuadro de ascen-

... (text truncated)

dientes de la familia, determinando la nacionalidad".

¿Qué queda ya de la escuela vareliana y del respeto y la igualdad de los niños? ¿Qué pondrá, en ese papel, el niño hijo de la prostituta, o el del padre desconocido? ¿Linda manera de servir a la Patria ésta de demoler a unos niños delante de sí mismos y de otros!

Con perdón sea dicho lo que no tenemos derecho de callar. Craviotto, ex-Inspector de enseñanza, es además Consejero de Estado. Para enseñar medicina, conviene ser médico. Bueno: para enseñar moral cívica, conviene no ser consejero de estado.



Manuel Flores Mora



Las ánimas del purgatorio

No sé cómo explicarme, pero es así: hace algunas semanas, después de muchos años de presidio, soltaron a José Luis Massera. Pocos días más tarde, ¿habrá quién no lo sepa?, volvían a abrirse las puertas de la cárcel para que saliese, también tras una reclusión de muchos años, Liber Seregni.

Ha de ser, digo yo, una maldición de estructuras del espíritu, pero no me es posible festejar estas cosas sin pensar en aquellos que al cerrarse la puerta, quedaron de aquel lado.

Lo que trato de atreverme a escribir es que durante todos estos días me despierto cada mañana con caras de seres humanos en la mente. Algunas que he visto alguna vez. Otras, indefinidas tras las rejas, afrontadas al martirio de condenas mayores o menores. Esta contratapa de hoy procura transmitir lo que siento que esas caras se esfuerzan por decirme. O que me impulsan y reclaman que diga, no en su nombre sino en el mío, a otros.

En la plaza de Artola

Déjame hacer, lector, que el tema es arduo. Y perdona que yendo hacia otro lado —ya verás tú por qué— empiece desde otra punta.

Cito de memoria y no podría precisar en páginas de qué memorialista lo leí. Tal vez el Licenciado Peralta. Tal vez el hijo del Presidente Pereira. En uno de ambos fue, sin duda, aunque no me acuerde ahora ni en qué año ocurrió el hecho a que aludo.

Estoy hablando de la última ejecución que tuvo lugar en Montevideo. Quiero decir, la última vez que se cumplió una pena de muerte impuesta a un delincuente común por la justicia ordinaria, como resultado de un proceso regular. Fue en el siglo pasado, por supuesto, y la escena —casi diría, la estampa— exhala ese perfume inocente y terrible que tuvo la autenticidad, con negras sirviendo chocolate, de nuestros padres. (En algún lugar escribí alguna vez que Montevideo, antes de ser este amasijo de cárnica y deacrílico, fue una ciudad de jacarandá y de mármol, de caoba y de plata. En aquel Montevideo fue).

(De los reos se decía, desde la noche anterior, que estaban "en capilla". Las ejecuciones se cumplían en la Plaza de Artola, hoy de los Treinta y Tres. En ella, un día de la Guerra Grande, por espía fue fusilado el mismo Artola, vasco que allí tenía su comercio de tambo. Y de noticias. El hombre que prestaría por más de un siglo su nombre a la plaza, inauguró también su destino, ocasional, de cadalso).

(La calle Carlos Roxlo se llamaba entonces Piedad. Un chiste clásico que alguna vez oí contar a mi abuela materna, hablaba del condenado a muerte que, camino de la Plaza Artola imploraba desesperado "¡No me lleven, por piedad!". Y el sargento imperturbable le contestaba "No. Te llevaremos por Minas o por —otro nombre de calle de entonces— Daymán". Así como yo no digo Dr. Herrera ni Batlle y Ordóñez, por Larrañaga o por Propios, ni Fernández Crespo por Sierra, así mi abuela no decía Roxlo ni Juan Carlos Gómez. Decía Piedad. Decía Cámaras).

El día de esa última ejecución a la que ahora me refiero pasaron cosas extraordinarias. En primer lugar, se trataba de una ejecución doble. Los reos eran dos asesinos de unos españoles en Durazno. (Citar de memoria es, en el fondo, la más esencial manera de citar, porque no cito lo que Peralta o Pereira escribieron sino lo que escribieron bien, esto es, lo que quedó impreso en mí del cuadro que trazaron sus plumas fidedignas y, por tanto, susceptibles de detalles inocuos).

Les vendaron los ojos y se les fusiló sentados, en el ángulo de la plaza

donde hoy hacen esquina Magallanes y 18. Allí, donde está el kiosco y entonces había sólo tierra. Enfundados en trajes oscuros, con la barba de días —el más empedernido y añoso, con la cara torva; el otro, lloroso— cada uno fue atado a una silla común. Un poco antes de la descarga ocurrió lo que esa noche, y por días, Montevideo entero comentaría sin cesar: el más viejo de los condenados pidió confesión y el sacerdote que lo oyó, habló luego con el oficial. La ejecución fue suspendida por un rato, y finalmente cumplida, luego que el público apeñuscado e intrigado, vio al oficial acercarse para hablar también, en voz baja, con el reo.

Después de las descargas y ya con las cabezas de los reos tronchadas sobre el pecho, se supo lo confesado: un nunca resuelto crimen anterior, que había sido imputado a un inocente.

Hay como un canto de afirmación del hombre en la actitud de este asesino que más allá de la esperanza, con la muerte asestada en la boca de los fusiles, no se desentendió todavía de la vida. Y sin lágrimas, entrega la libertad para otro hombre en la piedad de una acción casi póstuma. No quiero hacer literatura. Pero sentadito allí en la silla (el diminutivo es el que hubiera usado Paco) nada tiene que ver con su vida de crápula. Purificado por la resignación, ha quedado en nada más que un hombre. ¿Puede acaso un hombre no ser bueno?

Penachos, pregón

Otras cosas extraordinarias e inusuales pasaron en aquella que sería la última ejecución pública en Montevideo. Hijos de la llanura y la llaneza, una de las cosas mejores que hemos tenido siempre los orientales ha sido —se sabe— el desprecio de los boatos y la solemnidad. Abominar de todo ello es casi como una prenda de salud espiritual de la Nación.

Sólo que toda muerte es solemne. Y entre todas, la muerte de un hombre a manos del resto de los hombres, se hace solemne hasta el espanto. Dostormaldades enmarcaron y precedieron, pues, la ejecución.

La primera fue una escolta, vestida con los penachos y luminosos uniformes de gala. Primera en llegar delante de la pequeña multitud congregada desde temprano, la escolta estaba formada por soldados de a pie comandados por un oficial a caballo. El caballo sería el más resplandeciente de la guarnición. Ante la admiración general, el oficial quiso exhibir los escarceos y el animal, parándose de manos, lo tiró al suelo. Por un instante pareció que entre lo condenado a morir esa tarde estaba también la prestancia del oficial. Pero (se llamaba Olave creo), la recuperó de un salto, enhorquetándose al bravo animal y sometiéndolo a la maestría de su rienda.

Lo más terrible de aquella tarde, sin embargo —intelectualmente terrible— fue el pregón. Recordado y revivido desde el fondo de la memoria colonial española, se trajeron un pregonero y un pregón. Precediendo la ejecución, el pregonero gritó por tres veces, algo que repugna a la esencia de la orientabilidad (pido perdón por palabra tan fea pero a lo que me quiero referir es al alma de todos nosotros, tal como la tuvimos desde siempre).

"¡Pena de la vida al que pida por el reo!": ése era el pregón.

Me pregunto si las ejecuciones en la plaza se suprimieron hace un siglo para no matar más gente o para no oír más este pregón. Hermoso como Drácula, cautivante como todo lo terrible, identifica la piedad con el crimen.

Los ingleses nos enseñaron a cultivar un permanente horror por la barbarie de la inquisición española.

A.S. Tuberville ("The Spanish Inquisition", Oxford, 1932, trad. y ed. por Fondo de Cultura) nos enseña, que "la Inquisición española, igual que la medieval, consideraba el hecho de incurrir en sospecha como delito y lo castigaba en proporción a su gravedad...".

Así como se castigaba atrocemente la herejía, atrocemente se castigaba también, según Tuberville, la "ayuda a los herejes y la sospecha de herejía".

Henry Kamen, Profesor de Warwick, Gran Bretaña, en su tanto más notable "The Spanish Inquisition" (1965), reproduce la carta de un clérigo a Roma: "Nadie se atreva a hablar en favor del Arzobispo Carranza...", preso por la Inquisición. "Ningún español se atrevería a absolver al Arzobispo por muy inocente que lo creyera...".

Si por un inocente no se puede pedir, ¡cuánto menos por un culpable! Por eso, al que pida por el reo, "¡pena de la vida!". Pedir por el culpable es ser culpable.

El razonamiento es bien claro: ¿qué mayor herejía que pedir por un hereje?

Esta identificación inaceptable del pregón no regía ya, claro está, cuando mataron a los dos que dije en la Plaza de Artola. Allí fue teatro. Pero había regido antes, en el tiempo inquisitorial de la Colonia.

Y rigió después. Ha regido —todos lo sabemos— en el Uruguay hace diez años. Pregunto: ¿acaso no fue así?

Hay que contestar que sí, porque uno de los trazos de este tiempo terrible que nos ha tocado vivir, ha sido el preciso naufragio de conquistas humanas y jurídicas que eran esencia de la vida.

Aquel absolutismo identificador de todo lo reprimible por opuesto al orden del Poder espiritual y político dominantes, fue contestado en Europa recién con la filosofía iluminada del Siglo XVIII, que sólo los ignorantes o los idiotas no valoran en toda su liberadora potencia. Ninguna visión posterior autoriza a menospreciar esa profunda revolución mental que nos protege. De ella salieron Jefferson y la Revolución Americana. De ella salió la gran Revolución Francesa. De ella también, Artigas. Es sencillamente muy triste tener que repetir ahora, como novedades, estas evidencias.

Animas del purgatorio

Desde adentro de ese pregón salvaje, surge un recuerdo infantil que me excuso, asimismo, por contar. Yo tendría unos siete años y andaba en vías de mi primera comunión, habitando ese



mundo feliz donde todo lo cierto era cierto de la misma manera segura y recortada.

Un día descubrí las oraciones "por las ánimas del purgatorio". Pocas cosas a lo largo de la vida me han parecido tan fantásticas. Me exaltaba aquello de poder rezar un avemaría y alcanzar de ese modo el alivio para alguna de aquellas ánimas sufrientes. La exaltación no duró mucho porque casi enseguida caí en una inevitable evidencia: mucho más urgente era rezar por las ánimas del infierno, que estaban condenadas a una pena sin fin. La santa mujer que en mi barrio nos preparaba en catecismo tuvo

entonces que explicarme que no era posible.

No quiero agrandar nada. Pero fue una de las más desgarradoras experiencias: enterarme que si se rezaba por un condenado al infierno, sólo se conseguía agravar sus sufrimientos. Notificarme, en suma, que había seres cuyo destino, para la eternidad, podía ser empeorado. Mitigado, jamás. Comprender, en suma, que había una irreductible crueldad en la base del orden universal.

No sé por qué, más allá de toda razón, la idea de aquellas ánimas se funde ahora con estas caras de presos que se me aparecen cada mañana en la cabeza. La de Raúl Sendic, por ejemplo.

De Seregni fui, por mucho tiempo, compañero de partido (es notorio su origen de colorado y de batlista). Con Massera, ¿quién no lo sabe?, fuimos compañeros de Parlamento.

De Raúl Sendic fui compañero de clase, en aquella vieja Facultad de Derecho de Grompone y de Couture, a la que entramos un mismo día de marzo, hace ahora cuarenta y dos años. Más: compañero de pago, como que los Sendic, igual que los Flores, son de Flores.

Cuando en 1930 mi familia se fundió, mi padre vino a Montevideo y administraba un campo ajeno en Santa Lucía. Era de franceses. Se llamaba Estancia Aguada.

Para capataz, mi padre trajo de Flores, a uno de los Sendic: Alfredo. Ahora que hace tantos años que los dos están muertos, yo digo que vivieron trabajando y que recuerdo, muy niño, el campo triste y largo de la tarde a través de la puerta de la cocina de la estancia Aguada, mientras mi padre y Sendic hablaban de trabajos. Sendic usaba una faja negra en la cintura.

Cualquiera se da cuenta que estoy intentando escribir esta nota con los huesos. No para nadie, ni para mí siquiera, sino para lo que justifica que a veces pasemos por la tierra. Vallejo hablaba de hombres de huesos fidedignos. Y Bergamín conversaba con el propio esqueleto, él, esqueleto puro. Por lo mismo, como Quevedo según Borges, debo hacerlo sin concesión alguna al sentimentalismo.

Digo: nunca vi nadie a quien le creciera más pelo ni con tanta fuerza en la cabeza como a aquel Sendic que entró conmigo a clase de Panchito del Campo. No sé su cara de hoy, porque hubo un balazo que le atravesó la mandíbula. Recuerdo la de entonces.

El 9 de abril del año último, un convencional de la CBI pidió la amnistía total en la Convención del Batllismo. Era un día que yo no tenía voz y no pensaba hablar. Lo hice para apoyar aquella idea. Digo: yo no soy dueño del fondo de mi alma. En el fondo de mi alma, algo no reposará en paz hasta que no haya salido a la calle el último preso político o como se le quiera decir, de esta tierra.

Hace algunos días, cuando soltaron a Seregni, el país recibió por la boca de Seregni las más eficaces palabras de distensión y de paz. Las precisaba. La libertad de Massera no ha traído problemas al Uruguay. Al revés. Muchos presos han salido a la libertad. Cada uno de ellos, de algún modo, fue una herida que se cerró, en todo o en parte.

No sé cómo decirlo, pero yo no estoy pidiendo por Sendic. Estoy pidiendo por mi país y por su paz. Por todos: por las ánimas del purgatorio y por las ánimas del infierno. Por las del penal de Libertad y Punta Rieles y donde sea. Pido por la Amnistía porque la precisa la República, dueña de entrar sin rémoras en el futuro que reclama.

Claro sí, también estoy pidiendo por Sendic.



Manuel Flores Mora





Homenaje a los caídos en la lucha contra la sedición

**1973 y 1904:
Cómo terminar
una guerra**

En la misma mañana en que este ejemplar de JAQUE salga a la calle, se cumple un homenaje a los caídos en la lucha contra la sedición. El lugar es la llamada Plaza de la Nacionalidad Oriental y la convocatoria ha dicho hasta por televisión que "es un honor concurrir".

Respetuosamente, por mi parte voy a declinar tal honor. Quiero decir que no asistiré, por descontento, a ese homenaje.

Esta nota, de respeto para con la mayoría de los seres humanos caídos en esa lucha —y de modo más general para con todos los seres humanos caídos en cualquier clase de lucha al servicio de los propios ideales libremente abrazados— tiene por objeto explicar por qué no iré y, de hecho, por qué no he ido nunca, ni podría ir, a ninguno de los homenajes tributados por el Proceso durante todos estos años a esas víctimas.

El intento de explicación puede tener un doble interés. Para la inmensa mayoría que desecha estas ceremonias, porque podrá comparar sus razones con las mías, progresando con profundidad crítica hacia el conocimiento de las motivaciones mayoritarias en el Uruguay del presente. Para la minoría organizadora y asistente porque —después de tantos años de incomunicación engendrada por el miedo que ha inspirado— tendrá oportunidad de aquilatar, limpia y razonablemente expuestos, los argumentos de quienes rechazamos las invitaciones que formula.

Caído en el deber

Recuerdo con precisión la circunstancia en que perdió la vida, al comienzo de todos estos horrores, un agente de policía seccional cuyo nombre, creo, era Garay y que fue cronológicamente uno de los primeros en la lista de caídos.

Cincuentón, lo asaltaron junto con otra gente. Un comando tupamaro intentó desarmarlo y él se opuso. En la dignidad de su modestia se negó a entregar aquel viejo revólver que, como solía suceder en aquel tiempo, tal vez no tenía ni siquiera completa su carga de balas. Lo había recibido no para dejárselo sacar por el primero que lo atropellara. Garay se resistió y resistirse le costó la vida. Matarlo fue una estupidez y fue también un odioso crimen.

(Es conocida la configuración ideológica a partir de la cual se cometen —y se cometieron concretamente— estas penosas hazañas. Para quienes lo mataron, Garay no era un hombre. Era apenas el símbolo de una sociedad que juzgaban opresiva, era el engranaje del aparato coactivo que sostenía según ellos la injusticia. Era otros etcéteras de esta laya. Despreciando la vida de Garay, y a Garay, y matándolo, la sedición postulaba así que "el que está del otro lado es enemigo" y que "el enemigo no es persona". Proclamaba en suma, con sangriento delirio, una espantosa falacia que, de retorno, sufrió luego sobre su propio cuerpo).

Si se tratara de un homenaje a Garay —o a los muchos que como Garay, en parecidas o diferentes circunstancias, entregaron la vida por no ceder ante la pura fuerza— yo asistiría con gusto.

¡Pobre Garay! Recuerdo ahora una contratapa como ésta que escribí hace más de treinta años en "Marcha" sobre la vida diaria, las 24 horas de privación y sacrificio que componían y componen la normal peripecia de un guardiacivil,

abocado a todas las penurias y peligros. Garay era uno de esos. Ante él me inclino.

Pero es obvio que si murió por su deber, no murió en cambio por el Proceso. No murió, por ejemplo, para que Aparicio Méndez inaugurara años después, la costumbre de ocupar la Presidencia sin haber sido legítimamente elegido por los uruguayos. Ni para que la democracia fuera congelada entre los paréntesis arbitrarios de una interminable década. Ni para que hombres oficialistas que no son legisladores ni representan la voluntad de pueblo alguno, jueguen a los diputados cobrando sueldo como diputados en el Palacio de los diputados.

Mido las palabras que utilizo, porque la delicada materia que trato obliga a afinar la palabra y ser preciso en los conceptos. Así vistas las cosas —como irrefutablemente las veo— no puedo asistir a este homenaje porque el sentido con que el Proceso lo realiza, no está bien. Esa es la primera razón.

Memoria y tiempo

Este homenaje a los caídos, como todo homenaje, es un acto de recuerdo y de memoria. Un acto, por consiguiente, en el tiempo.

Mi segunda razón para no apoyar la ceremonia de hoy está vinculada con motivos de tiempo y de memoria. Y con la general actitud frente a los mismos.

También en este tipo de cosas, el Proceso —que sigue patéticamente sin entender lo que es el sentimiento de la Nación— mantiene una radical, abismática diferencia con el resto de los orientales.

El país quiere mirar hacia adelante y el Proceso quiere expropiarle los ojos y clavárselos allá atrás, inmovilizándolo en los sucesos anteriores al 73. Lo demuestra con este mismo homenaje de hoy y con los esfuerzos caros y constantes de una propaganda encaminada a que no sean olvidados los hechos luctuosos que alcanzaron su climax en el 72. No en balde han erigido un lema con la frase que dice que "los pueblos que olvidan su pasado se condenan a vivirlo dos veces".

(Los publicitarios que trabajan para el Proceso seguramente ignoran que el autor de esta frase es el filósofo Georges Santayana, que se escandalizaría del uso que le dan).

Bueno: tranquilicémosnos todos porque el país no olvida. ¿Cómo olvidar, si un país o una nación son precisamente un acto de memoria? ¿Qué otra cosa, si no?

Sólo que el Proceso, interesadamente, recuerda mal. Y los orientales, bien.

Por lo mismo que no lo olvidaremos nunca, esperamos no volver a vivir ni la ruptura de la Constitución, ni el cierre del Parlamento, ni los actos institucionales, ni las proscripciones, los cierres de diarios, el miedo generalizado, las verdades oficiales asfixiándonos desde los medios masivos de comunicación, la caída vertical de los niveles de vida y tantas, tantas otras cosas.

Descanse sin cuidado Georges Santayana. Los agentes publicitarios podrán robarle frases. Pero la nacionalidad oriental no olvidará lo que ha sufrido ni aquello a que ha asistido como sufrimiento en el mundo. Recuerda el nazismo, el fascismo, la guerra de España y las desparticiones de la Argentina y de todas partes donde la haya habido. Recuerda

a Somoza y a Batista. Recuerda muy claramente lo que es un país donde los Derechos Humanos son separados de las garantías jurídicas formales con que únicamente el régimen democrático de derecho los ampara.

Aunque se pongan reflectores sobre el año 72 y penumbra sobre todo lo que vino después, hay una decisiva e inquebrantable voluntad nacional de no vivir dos veces ni el 72 ni el 73. Ni el 74 ni el 75 ni el 76 ni el 77... ¿Es necesario seguir?

Derechos póstumos

El fenómeno tiene sin embargo implicaciones más profundas porque esta posición antinatural del Proceso que se dirige a mantener la memoria del país detenida sobre el recuerdo de un puñado de víctimas, lastima el menos conversado pero no menos impresionante tema del derecho de los muertos.

Hay formas y formas del recuerdo. A veces se recuerda a la gente para honrarla. A veces, para usarla. En la mitad, está el derecho supremo de la gente al olvido. Y a que se le olvide.

Siempre he sentido una suerte de rechazo en ese homenaje cuestionable que consiste en embalsamar los cadáveres. Todo hombre, pienso, está asistido del derecho a que su cuerpo vuelva al polvo. A que lo que tiene de tierra se haga planta, se haga aire, se haga agua, nube, leña. Todo ser un día vivo tiene derecho a volver a integrar la indiscriminada totalidad del universo. Y ya que le está negada la posibilidad de seguir siendo él mismo, a que se le conceda la de ser, lucreciamente, todo lo demás. Por ese humano y físico derecho a la desintegración liberadora, —no quedando en cartón— me he espantado siempre de las momias y de todo lo embalsamado, se trate de Ramsés, se trate de Lenin o de una ardilla.

De la misma manera, el alma y el nombre de cualquier ser humano están asistidos del derecho a ser borrados de la pasión y de las interesadas contiendas de los hombres. El derecho a que después de la muerte se le permita pasar. El derecho a que nadie lo tome de rehén para una memoria combativa.

Un muerto tiene derecho, en fin, a que el dolor de su martirio, confundido con el de todos los martirios, pase naturalmente a disolverse —como su carne o sus huesos bajo el pasto— en el fondo del alma colectiva. Para no ser más prenda de enfrentamientos. Para transformarse como cuadra a la naturaleza de las cosas, en parte indefinida de esa nostalgia y dulzura en muchedumbre que se llama identidad nacional. Esto es: nada más que el cimiento de viento y de palpitación espirituales sin el cual un pueblo carece de nobleza y de raíces.

Vienen estas reflexiones además a cuento porque asimismo el acto de esta mañana está convocado, como dije, en la llamada Plaza de la Nacionalidad Oriental.

Orientales, se sabe, somos todos. En mi caso y dada la humildad que me obliga, aceptaría clases casi de cualquier cosa. Menos de orientalidad. Más que ninguno, pero menos que nadie.

Bien: la nacionalidad oriental de esa plaza no es la mía. No puedo imaginar siquiera una nacionalidad impuesta por una parte de la nación al resto, como con uno de esos moldes para arena que se venden para juego de los niños en la playa.

Mi nacionalidad no usó nunca esa bandera de tamaño desafortunado, porque yo pertenezco a una tradición, tal vez un poco arisca, de gente que podía matarse a lanzazos pero que, cuando terminaba la pelea, estiraba la mano para ayudar a levantarse al caído. Yo soy de nacionalidad oriental. Pero no de los orientales del 9 de febrero sino, perdón, de los orientales de Cagancha.

Por los derechos de los muertos, pues, y por la nacionalidad de la Plaza, he expuesto aquí la tercera y la cuarta razones para no apoyar este homenaje.

Hay otra todavía sin embargo, la quinta, que expondré.

Bajo la lluvia mansa

Lo que voy a contar me ha conmovido siempre. Recuerdo cuánto me sacudió la primera vez que lo lei, en una tarde de Biblioteca Nacional en que

tuve que cerrar los diarios viejos y salir a caminar por esas calles.

Vuelvo ahora a emocionarme al escribirlo.

La guerra de 1904 terminó, como se sabe, con una absoluta victoria militar del Gobierno que encabezaba Batlle y Ordóñez. Pero no pudo concebirse como una victoria de unos sobre otros. Habían triunfado en aquella guerra algunas cosas. Pero no algunas gentes.

El primero en adelantarse a proclamarlo fue, naturalmente, Batlle, con aquel discurso de grandeza en el cual, tras rendir homenaje a los caídos de su bando y del bando opuesto, se refiere a estos últimos como a los que pudieron estar extraviados "en el no siempre claro camino del deber".

Hasta aquí todo esto es conocido, por lo menos de mi generación. El lector recordará asimismo aquella desdichada afirmación de hace pocos años del Tte. Gral. Luis Queirolo, proclamando con arrogancia que "no se le pedían cuentas a los vencedores".

Con mucho más grandeza, Batlle entendió lo contrario. A los vencidos es a quienes no se les pide cuentas. Los que vencen son los que tienen que presentarlas sobre las razones, primero, y sobre el uso, después, de la victoria. Una victoria sólo puede concebirse cabalmente como una responsabilidad.

La fraternidad para los adversarios no excusaba, sin embargo, la falta de reconocimiento a los ciudadanos que, armas en mano, habían peleado a favor del Gobierno. En función de las formas tal como eran entonces concebidas, se organizó un desfile de todas las tropas, las cuales presentarían armas al Presidente de la República.

Llegó el día y el tiempo no acompañó. O quizás acompañó mejor la sobria y melancólica ceremonia. No hubo sol. Una lluvia persistente y menuda envolvió a la ciudad y a la tarde.

Batlle, con todo su gobierno, se había enfundado el frac y presidía la ceremonia con la banda de los colores nacionales sobre el pecho. Y comenzó, lento y emocionado, aquel desfile de hombres de cara seria que al pasar frente a la tribuna presentaban las armas y el rostro sin palabras al jefe de la causa que habían llevado a la victoria.

Primer detalle: en la formación se había respetado, dejándolos vacíos, el lugar de los muertos. Pasaron así, imponentes en su sobriedad, batallones sin sus jefes y compañías sin sus capitanes, con agujeros en sus filas. La muchedumbre, en cada caso, se pasaba en silencio el nombre de los muertos. "Es el coronel tal..." "Es el alférez cual..."

¡Ah! ¡Viejo Uruguay bendito, republicano y sin fanfarrias!

Lo que todavía me estremece es lo que pasaba en seguida. En efecto: la tropa, después de saludar a Batlle y a la tribuna, caminaba un trecho más... y se disolvía. ¡Sí! Cada cual para su casa.

Por tácito decreto de los vencedores de la guerra del 4, la guerra del 4 había terminado. En la esquina el "Farewell to arms". Adiós a las armas. Y al uniforme. De vuelta a la patria en camisa, en overol, en bombacha. De nuevo al pico, a la pala, al tintero o al mostrador de la oficina o de la tienda. A la paz y al trabajo.

Sea ese mi mensaje para Garay y todos los Garay de este tiempo. Mi respeto hacia ellos. A los que fueron pueblo y vienen del mismo vientre dolorido que el resto del pueblo.

Como quien pone una flor sobre una tumba, quiero decirles sólo: La muerte del combatiente no fue en vano porque la guerra ha terminado.

La guerra ha terminado.



Manuel Flores Mora



Roslik y un clamor:

Las voces del silencio

Defender el voto de sus corazones es la primera virtud de los hombres.

José Artigas

No se engañe nadie. Voy a comenzar hablando de historia española antigua. Pero en realidad, de lo que tengo llena el alma apiadada es de la actual historia del Uruguay.

Algunos uruguayos decimos Semana de Turismo. Otros decimos Semana Santa.

Para Vladimir Roslik, médico, no fue ninguna de las dos cosas. Si las golpeamos contra su suerte, cualquiera de las dos palabras—turismo, santa— producen una chispa como de insoponible sarcasmo. Para él, en todo caso, Semana Póstuma, como que el alba del mismo lunes que empezó, no esas sino todas las palabras se rompían en la boca de los que tenían que darle la noticia a su viuda.

Que me perdone Dios, pero que me entienda el lector. Yo no estoy haciendo ahora literatura. No estoy usando a Roslik para hacer literatura. Más bien, lo que intento es usar la literatura para decir, por lo menos, esa porción de la verdad que tenemos el irrecusable deber de subrayar.

Santo Niño de La Guardia

¿Algunos entre quienes nos leen recuerdan algo, o algo les dice, esto del Santo Niño de La Guardia?

La Guardia es un poblacho de Toledo y el horrendo episodio del Santo Niño tiene fecha en 1491, un año antes del descubrimiento de América, bajo el Reinado de Isabel la Católica. Seguramente no fue ajeno a las medidas posteriores de dicha Reina y de su marido contra los judíos. Se trata de un infanticidio ritual, entre muchos de que está colmada la historia española y europea.

El llamado Santo Niño de La Guardia fue crucificado (no había ángel, parece). La minuciosa investigación cumplida en la época condujo a la plena confesión de los culpables. (Eran doce, aunque de ellos en realidad judíos, sólo seis. El resto eran conversos, es decir, ex judíos que habían conservado sin embargo, falsamente convertidos, el hereje corazón empedernido).

El suplicio del niño cristiano no se limitó a la crucifixión. Además le extrajeron, a cuchillo y en vida, el corazón que utilizaron para no sé qué horrendo conjuro destinado a la "destrucción" de la cristiandad y la imposición universal de la religión de Moisés.

Veintitrés años antes del episodio de La Guardia había ocurrido algo similar en Sepúlveda, una pequeña ciudad de la provincia de Segovia. (Sepúlveda queda al norte de Pedraza. La conocí en 1977 y la recuerdo como uno de esos preciosos burgos de piedra tejida de muga y de tiempo, donde hasta las caras de algunas gentes parecen caídas desde páginas del Arcipreste: pueblos por los cuales ingresaríamos a tiempos de Edad Media si no nos lo molestara de pronto, brotando desde la curva estrecha del callejón, un automóvil deportivo conducido por una sueca al viento).

En Sepúlveda, cuando otro infanticidio ritual allí descubierto en 1468, el obispo de Segovia, Juan Arias Dávila, impulsó también las investigaciones hasta el fin. Del obispo Arias Dávila no puede siquiera decirse que haya sido cruel. Apenas justiciero y, con algunos reos, hasta piadoso. De los 16 judíos culpables, sólo hizo en efecto quemar vivos a la mitad. A los otros, se limitó con hacerlos ahorcar. Pese a las confesiones completas, registradas en todos sus detalles y por fortuna para la Historia, por funcionarios que tomaron nota hasta de las palabras precisas con que

cada confesión se formuló.

"... atrocidades de esta suerte fueron comunes en Europa antes y después de esa época". (*)

"Las historias de esta clase eran legión y se decía que casos similares ocurridos en todo el país fueron las razones para el estallido de alzamientos populares contra los judíos". (**)

Pasaron casi 300 años después de esos horrores, hasta que en pleno siglo XVIII, comunidades judías de Europa comparecieron con un extraño pedido ante el Cardenal católico Ganganelli, en Roma. (Ganganelli fue Papa más tarde. Revistió como Clemente XIV).

Las comunidades judías pidieron de Ganganelli ordenara una investigación exhaustiva de estos santos niños crucificados y ritualmente descorazonados, recurriendo a la prolija papelería de los archivos eclesiásticos y tribunales del Santo Oficio.

Roma accedió. La investigación honra a aquel Papa y a la Iglesia. Sus resultados fueron publicados en 1729, por los mismos años en que Zavala estaba fundando Montevideo. No aportaron márgenes para la duda. Lo único probado fue que a lo largo de los tiempos nadie, jamás, había presentado nada que pudiera parecerse a una prueba de ningún infanticidio ritual, por judíos ni por nadie, en ninguna parte de España o de Europa. (!)

Los reos habían confesado siempre, luego de detenidos. Pero como observó casi cinco siglos después un gran historiador, el británico Henry Charles Lea, "en ninguna parte se había comprobado nunca la desaparición de ningún niño" que coincidiera con los infanticidios investigados. "Jamás tampoco se habían encontrado restos en los sitios donde se dijera que habían sido enterrados" los pequeños cadáveres. Esto es: los procedimientos inquisitoriales generaban confesiones perfectas. Olvidaron, sin embargo, establecer el apellido del niño muerto. En parte alguna un padre o una madre habían denunciado el secuestro de la inocente y tierna víctima.

Uno piensa en los judíos que fueron quemados vivos en unas y otras ocasiones y el sabor erizante del hielo nos corre por la espalda.

Tortura y dictadura riman

¿Cómo fueron posibles estos espantosos?

La España en que esto ocurría no era un país salvaje. Por el contrario, se trataba de una de las naciones más cultas y, sin duda, la más liberal de toda Europa.

Es importantísimo precisarlo y por ello me detengo. Esa España suplicadora de judíos inocentes era el país del que Erasmo, vanguardia intelectual del mundo de esos días, decía que:

"En España los estudios liberales han llegado a florecer tanto en el curso de pocos años, que son la admiración y sirven de modelo a las naciones más cultivadas de Europa".

Era la España que venía, con el inmenso aporte de su cultura griega, árabe y judía, desde las bibliotecas de Alfonso el Sabio, y antes de Abderrmán III, y antes todavía de San Isidoro de Sevilla. Era la gran España del pluralismo racial, cultural, religioso, con el Toledo donde las tres vertientes habían convivido y estudiado en paz. La España, en suma, de donde nace y crecerá poco después el nunca más igualado en parte alguna Siglo de Oro.

(Observe desde ya el lector otra constante: siempre los tiempos de agresión salvaje irrumpen y se adueñan de naciones en que hubo previamente los mayores florecimientos espirituales. Es casi para darle la razón al viejo Jung, en su ensayo sobre la guerra

del 14).

¿Qué pasó allí?

Pasó que el Estado optó por una religión y una filosofía política oficiales y excluyentes, y encontró que para seguridad de las mismas había que extirpar las opuestas.

Pasó que para ello estableció una justicia especial, que vino a sustituir a la justicia ordinaria. Es decir: privó a las gentes de sus jueces naturales.

Pasó que para defender y afianzar esa dictadura ideológica, dicha justicia no ordinaria, recurrió a la perfección de la tortura.

Vinieron los "tiempos difíciles, en que no se puede ni hablar ni callarse sin peligro", como escribió el gran español y gran humanista Juan Luis Vives, en carta al propio Erasmo.

Decretado lo anterior, eran ya inevitables las confesiones perfectas y los sacrificios inocentes. La tortura siempre conduce a eso. Lo observó, magistralmente, un siglo más tarde otro holandés tan grande como Erasmo: Grocio.

Padre del derecho internacional y uno de los juristas mayores de todos los tiempos, Grocio observó para siempre que la tortura no es un modo de averiguar la verdad sino de cimentar lo falso. "Los que soportan la tortura mienten. Y aquellos que no la pueden soportar mienten también", dijo en el siglo XVII.

Digo que me emociona porque nada me emociona tanto como la inteligencia cuando va entrelazada con la nobleza humana. Es lo más alto que pueda dar el hombre. Eso era Grocio. O Grotius. Su verdadero nombre en holandés era Hugo van Groot.



Justicia especial

La justicia especial—justicia eclesiástica o inquisitorial en el siglo XV, justicia militar en los días presentes—tiene una característica sobre la que vale la pena asimismo detenerse.

La confusión en que se basan quienes la postulan, es la necesidad de una justicia especializada. Esto es: teólogos o curas para el "delito" de herejía, militares para el delito de sedición.

El error—a mi juicio por lo menos—es que "especializada" no es lo contrario sino un complemento de la justicia ordinaria, como la justicia de menores, por ejemplo. Justicia especial, desdichadamente, es otra cosa.

Ha pasado como clásica a la historia del derecho, la furiosa afirmación con que el Tigre Clemenceau, (también llamado "Padre de la Victoria" militar de Francia en 1918) fustigaba a la Justicia Militar francesa. "La justicia militar se parece a la justicia—decía— como las bandas militares se parecen a la música".

Aunque médico, el gran Clemenceau no era en vano jefe del Partido Radical, depositario de las grandes tradiciones republicanas de su país. No concebía que el ejercicio eminentemente técnico de la justicia, reservado a especialistas en derecho, se ejerciese por hombres especializados en otras cosas.

No tengo desdichadamente a mi alcance las leyes francesas. Pienso sin embargo—venimos de las mismas vertientes jurídicas—que las que tanto enfurecían a Clemenceau eran disposiciones similares a las que tiene nuestro Código de Organización de los Tribunales Militares. Me refiero, por ejemplo, al artículo 79, donde se establece que para ser Juez Militar de Primera Instancia, "en lo posible" hay que designar militares letrados que sean como mínimo Tenientes Coronales del Ejército o grado equivalente naval o de Fuerza Aérea. Pero que si no se es abogado, hay que ser, como mínimo, Coronel o de grado equivalente.

Esto es: un Coronel que no sea abogado, puede ser Juez Militar de 1ª Instancia. Pero un abogado que no sea Tte. Coronel, no puede serlo. Con lo

cual estamos en lo que decía más arriba: se trata de una justicia especial, pero no de una justicia especializada.

En lo personal, la principal reserva doctrinaria que me merece es la que sigue: siempre creí de esencia de la Justicia, la tercialidad judicial. Una parte de un lado. La otra, enfrente. El juez, tercero y equidistante.

La inquisición condujo a horrores porque de un lado estaba el hereje y del otro la Inquisición. La justicia no era tercera: era la misma Inquisición.

El fenómeno subversivo enfrenta sediciosos y militares. Si la justicia es militar, queda roto el clásico y milenarior principio de que parte y juez no deben coincidir, que se recoge hasta en el viejo modismo o adagio de no ser "juez y parte".

Agravado, como hemos visto, con el hecho decisivo de carecer de especialización. Es decir, de no ser ejercidas por abogados o letrados formados en derecho.

Conclusión

El deseo de condensar otorga apariencia inconexa a esta contratapa. Confío que el lector advertirá las relaciones interiores esenciales entre las cosas comentadas. No puedo sin embargo terminar sin hablar de la muerte de Vladimir Roslik.

Yo estaría ciertamente debajo del nivel de mi deber, si a esta altura de la vida y de las cosas afirmara lo que no puedo probar. Estaría igualmente equivocado, si en la imposibilidad de afirmarlo, lo insinuara.

De ahí al callarse de que hablaba Juan Luis Vives siento que existe un abismo. Parece claro que no es posible prolongar este juego de silencios, donde la convicción va por un lado y las palabras no van, o van por otro.

El gobierno hace mal en ignorar que el país entero da una sola interpretación al episodio Roslik. Nadie hace fe en el comunicado que las vías oficiales difundieron. Nadie cree ni en las armas metidas por San Javier (¿para qué?, dicen todos), ni en los lanchones (¿cuáles lanchones?) ni en la avioneta (qué avioneta?).

Lo que el país ha visto, en cambio, es esa viuda valerosa que nos habla de un cadáver con más de una autopsia. La prueba de que en la primera nadie cree, es que se hayan pedido las demás. ¿Por qué, pues, no se publican los resultados de esas autopsias posteriores?

Un gobierno puede decretar el silencio. Pero ningún gobierno puede evitar que el silencio se pueble de versiones. Una autopsia publicada dice lo que dice. Una autopsia no publicada dice lo que la angustia de la gente le atribuya.

Hace dos días que una incontenible marea de informaciones provenientes de todas partes aluden a una muerte originada en asfixia por inmersión y a la presencia de agua en los pulmones. A hemorragias internas y a extirpación de hígado y de bazo.

Si la autopsia y a quienes la hicieron no establecen eso, hay que desmentir de inmediato esas versiones. Si las confirman, hay una inexcusable obligación de hacerlo público y adoptar las inmediatas medidas legales.

El Proceso ha insistido mil veces en que está donde está porque en 1973, bajo la democracia, se operó un vacío de poder.

¿Este silencio qué marca sino un vacío?

(*) Henry Kamen, "La Inquisición Española", p. 44.
(**) Ibid.



Manuel Flores Mora

Tortura, justicia, derecho

1984: año de la desprocesación oriental

¿Existe la palabra "procesación" que, puesta con la marcha atrás, sería "desprocesación"? ¿O tenemos que morir con la palabra "procesamiento" y, si la queremos reculando, "desprocesamiento"?

No lo sé, aunque pueda jurar que no sólo de gramática vive el hombre, dicho sea con la autoridad de quienes hemos vivido estos años, cuya historia quedará definitivamente escrita como una enorme falta de ortografía en el cuaderno de los tiempos. Años en los que llegamos a pensar (con vergüenza, con lágrimas) que quien pudiera desprocesarnos buen desprocesador sería. Años en que terminamos comprendiendo que nadie desprocesa en cabeza ajena y que al pueblo que no se desprocesa solo, nadie lo desprocesa. Y que la desprocesación empieza por casa, porque aunque no es oro todo lo que se desprocesa, más vale un desprocese en mano que cien volando.

Perdóname, lector. ¿No te das cuenta que la gran novedad de esta contratapa consiste en que quiero decirte en ella lo mismo que ya dije en todas las anteriores?

Una maldita bruja

A propósito de la tortura me extendí, la semana última, sobre su profusa aplicación judicial europea y más concretamente española, a partir del establecimiento de la Inquisición, a finales del siglo XV. Claro: me sentía como incómodo por proporcionar ejemplos tan lejanos. Aunque me pregunto: eso que llamamos Edad Media, ¿está de verdad tan lejos? ¿Habremos realmente salido de ella?

Voy a recoger ahora otro caso judicial ejemplar. Es un caso de hoguera con bruja quemada viva, hoguera cuyas llamas alumbran todavía con su claridad, los tremendos resultados a que conduce renunciar a una justicia imparcial. Es doblemente interesante porque pertenece no sólo a la historia de la superstición y del sadismo, sino también a la historia de la prensa.

Se trata de una publicación alemana de 1587. Es decir, que dentro de tres años habrá de cumplir la casi nada de cuatrocientos años. Editada en el Ducado de Suabia, la distribuían entre sus clientes los famosos banqueros Fugger. Se conserva en la Biblioteca Nacional de Austria. Dice que

"Walpurga Hausmannin, bruja maligna y lasciva, actualmente encadenada y en prisión, luego de minuciosos interrogatorios y torturas, ha confesado sus prácticas de hechicería y admitido ser culpable de las acusaciones que se le formulan."

A lo largo de este comentario me abstendré, por desconfianza, de toda referencia a hechos que puedan haber pasado en nuestro país. Quiero imperiosamente mantenerme en esa claridad de lo objetivo que sólo surge de las cosas cuando estamos fuera de ellas. Pero compare el lector este párrafo con lo que podrían ser un comunicado de las fuerzas de seguridad paraguayas o de la policía de Camps, y encontrará, hace ya cuatro siglos, todos los ingredientes: el presunto delincuente es prolijamente insultado (cosa que jamás hace la justicia ordinaria) y la sentencia, más que un caso aislado, es tomada como confirmación subrayada de la general peligrosidad del delito. Es decir, se refuerza la ejemplaridad de la condena, justificatoria aparente de su extrema crueldad.

El delincuente es presentado (párrafo transcripto y todos los posteriores), no como un ser humano que ha cometido faltas graves, susceptibles de castigo. Sino como alguien decaído de la condición humana, abyecto de toda abyección e indigno de todo tratamiento que no sea feroz. En suma: dejó de ser persona, dejó de ser sujeto de derechos, dejó de ser mirado de otra manera que con odio y asco. Hay como una vaga aureola en los párrafos que se le dedican, donde parece decirse: al que lo defiende, también hay que quemarlo vivo.

Como si estuviéramos ya, cuatro siglos después, en Vietnam o en el Cono Sur.

Los delitos concretos que se le imputan a esta "repugnante" bruja (ya veremos luego cuáles son las penas complementarias de la hoguera a que fue sometida) son, básicamente, cinco:

1) Fornicar con el diablo.

Esa es grave. Walpurga era viuda desde hacía 30 años. Trabajaba en la recolección de la cosecha de trigo de un tal Hans Schlumperger, donde conoció a un bracero apodado Bis im Pfarrhof, a quien impudica sedujo "con amable hablar y gestos".

"Para satisfacer sus deseos, la pareja decidió encontrarse una noche. Sin embargo, cuando Walpurga creyó recibir a su amante en su dormitorio, quien vino no fue él, sino el propio demonio quien disfrazado de Bis im Pfarrhof, cometió el acto de fornicación con ella".

Cuando Walpurga vio las manos de aquel con quien había copulado y observó que no eran humanas se aterrorizó. Pero el demonio volvió a la noche siguiente. Fornicaron y él le prometió ampararla en su pobreza (igual que los comunistas) y ella se le entregó en cuerpo y alma (igual que los comunistas a su partido). Entonces...

"El demonio le infirió una pequeña herida en el hombro izquierdo y le exigió que debía venderle su alma y que, con la sangre que le manaba, firmaría un documento. Acto seguido extrajo una pluma de ave y, como Walpurga no sabía escribir, guió su mano y dejó constancia de que cuando sus pensamientos asumieran carácter piadoso o le entraran deseos de ir a la iglesia, él mismo se lo reclamaría".

Nuevamente, aquí está todo. Está el Fausto. Pero también está la definitiva irrecuperabilidad del ser a extirpar (bruja, sedicioso, marxista o lo que sea). Este es ya un robot sin voluntad. Es decir, no sólo es irrecuperable, sino que además ha sido deshumanizado por una fuerza que lo robotiza definitivamente para el mal. Deshumanizado que ha sido, debe ser por parte nuestra pues parece decir la condena, tratado inhumanamente. No merece humanidad porque no es humano.

2) Volar montada en un palo.

No podía faltar. En el caso de Walpurga volaba junto con su amante diabólico. Pero no en una escoba. Usaban un azadón.

"En tales correrías conoció a un hombre alto, con una barba gris, sentado en una silla como un gran príncipe y ricamente vestido. Este era el Gran Demonio..."

Por supuesto, también fornicó con él (Walpurga no debió ser fea, cuando menos a juicio del demonio. Y de sus jueces).

3) Comer niñitos asados (sic)

La vida alegre de Walpurga, abstracción hecha de su impiedad, era gratificadora. El diablo se había encamotado.

"Como ella no le permitía que la llevara a todas partes, la golpeaba cruelmente".

Pero la vida no era mala.

"Para comer tenía a menudo un buen asado o una criatura inocente, también asada, o un lechoncillo con vino rojo y blanco, pero sin sal. La sal es anatema: tanto para el demonio como para las brujas".

Y mucho ardor.

"Su amante la visitaba en muchos lugares diferentes, a fin de cohabitar con ella, en la calle, por la noche y hasta mientras permanecía en prisión".

¿Qué cosa! Pero hay otro detalle sorprendente: igual que los sediciosos, Walpurga y su amante usaban "alias". El de ella era Hofelin. El de él, Federlin. Nada es realmente nuevo bajo el sol.

4) Matar animales de establo o co-

rral.

"Hofelin (Walpurga) causó la muerte a tres reses de Lienhart Geilen, al caballo de Bruschaüer, a la vaca de Max Petzel, hace dos años y a la vaca de Duri Striegel hace tres años, entre otros".

Hoy diríamos que cometía sabotaje contra la economía.

5) Practicar brujerías

"Walpurga confesó además que todos los años, desde que se vendió al demonio, hace quemar por lo menos uno o dos niños inocentes en el día de San Leonardo. Junto con su diabólico amante y otros compañeros los quemaban y se los comían y usaban sus cabellos y pequeños huesos para practicar la brujería. Los otros niños que ella había matado al nacer no los pudo quemar porque no habían sido bautizados".

Pureza jurídica

Como lo ha dicho muchas veces en Uruguay el Proceso, un régimen político saboteado o atacado por enemigos solapados, necesita reforzar sus mecanismos de seguridad. Requiere dotarse de expedientes especiales de emergencia, para que "no vuelva a ocurrir" que las Walpurgas se coman asados a los niños.

Walpurga no fue entregada al linchamiento. Lejos de ello se la interrogó con meticulosidad y se la juzgó sólo por lo que confesó de su propia boca. Nadie inventó nada. Nadie le atribuyó lo que ella misma no admitiera, como puede verse y se ha visto, entonces y ahora allá, en el pueblo alemán de Dillingen y en todo el Cono Sur.

Averiguados que fueron los hechos por puntuales funcionarios consustanciados con el modo alemán de vida de aquel tiempo, y resueltos a defender la ley y el orden de Alemania, se le aplicó como dice la condena, la norma que correspondía: la Ley Común y el Código Criminal del Emperador Carlos V.

"Debe ser castigada y enviada de la vida a la muerte por medio de la hoguera..."

Además:

"Walpurga fue sentenciada a ser conducida al lugar de la ejecución sentada y atada a una carreta, debiendo ser quemada cinco veces con un hierro al rojo vivo.

"La primera vez, fuera del edificio del Gobierno, será quemada en el seno izquierdo y el brazo derecho. La segunda vez, en la salida de la calle, en el seno derecho. La tercera vez, al llegar al granero en las cercanías del hospital, en el brazo izquierdo... Su mano derecha, se le cortará en el lugar de la ejecución."

Después, la quemaron viva. Para gloria de Dios, homenaje del Emperador y seguridad del Estado y de las gentes.

Justicia Militar aún

Hace apenas unas horas, las Fuerzas Armadas uruguayas han entregado a la consideración de los Partidos, las bases para un plan o acuerdo político con los puntos de vista que sostiene (las FF. AA.), con el objeto de culminar la desprocesación y encauzar el país en el rumbo de la normalidad democrática.

(Tengo que decir que salvo distintos, inadmisibles y no aceptables horrores que contiene, a mi juicio, ese documento incluye un principio o una puerta que puede ser la única que nos saque del pozo. Me refiero a la Asamblea Nacional Constituyente, la cual decidiría en última instancia sobre todo, sin límite ni alzada, y que en la medida en que se la dote de una auténtica extracción popular -y se la respete en sus decisiones soberanas, sin fijarle plazos mínimos, de modo que actúe de inmediato, puede ser una de las más sólidas salidas).

Ateniéndonos a nuestro tema, sin embargo -regularidad, imparcialidad, especialización y garantías de la justicia- limitémonos a decir que ese documento de las FF.AA. insiste en mantener para el futuro la Justicia Militar. Y que ella sea la que juzgue los delitos subversivos o de sedición o terrorismo, y que ella integre "como una rama especializada" el Poder Judicial.

A nuestro entender, aceptar esa propuesta significaría perpetuar en la República un mecanismo destinado a la producción en serie de muy dolorosos errores, para decirlo del modo más medido. Reiteramos todo lo dicho en nuestra nota del viernes anterior. La Justicia

Militar -como la Justicia de la Inquisición en la España de hace tres siglos- no es una Justicia especializada. Apenas, una Justicia especial. Esto es, que "especializarse" supone, después de saber, aprender todavía más de una zona concreta del saber aprendido. Así por ejemplo, alguien que es abogado "se especializa" en una rama de la abogacía. Llamar especializado en cualquier rama del derecho al que, de entrada, no sabe de derecho, es apenas un abuso de palabras.

Recordemos nuestra cita del art. 79 del actual Código de Organización de los Tribunales Militares, donde se dice que los Jueces Militares de Primera Instancia deben ser "en lo posible", militares y abogados. Y que en ese caso, basta que sean Tenientes Coronales. Pero que si no son abogados, deben ser por lo menos Coronales para que se les pueda nombrar jueces.

Me dirijo a quienes redactaron o defienden el principio de la Justicia Militar como "rama especializada" de la Justicia y les pregunto: ¿aceptarían ustedes un principio similar para la medicina y llamarían "medicina especializada integrada a la medicina general" a aquella que ejercieran cirujanos designados sólo "en lo posible" entre militares que fuesen médicos? ¿Aceptarían dejarse intervenir quirúrgicamente por quien, no siendo médico, fuese sin embargo Coronel?

Imagínense por un momento en la camilla, entrando al quirófano para operarse del corazón o del hígado. Imaginen la pregunta y la respuesta: "Dr. ¿usted es médico?" "No. Soy Coronel".

Por supuesto que estoy dirigiendo una muy frontal crítica a la organización de la Justicia Militar en el Uruguay. Bien: sí. Lo hago porque como ciudadano tengo un interés patriótico en el mejoramiento de ese servicio, mejoramiento que aconseja se separen de él importantes cometidos que desempeña hoy. Y que no debe seguir desempeñando porque no está ni remotamente capacitado para ello.

Evaluar prueba

Ignorar lo que digo es condenarse a producir resultados como el juicio de la "bruja" de 1587, de que he hablado más arriba.

Esa condena sólo fue posible por una gruesa falla en la evaluación de la prueba, sobrevalorando el elemento "confesión", cuya admisibilidad está condicionada a cosas que en aquel juicio no se dieron.

Tengo motivos para creer que errores similares -y gravísimos- se han operado sin ir más lejos en San Javier, desde 1980. ¿Y quién sabe en cuántos casos más! Lo digo porque decirlo es mi deber. La evaluación correcta de la prueba es una operación especializada altamente técnica, para la que no estaba preparado aquel antiguo tribunal alemán, ni lo está, sin duda, ninguna Justicia Militar del mundo.

Mientras no miren estas cosas con la humildad habitual en los hombres fuertes, abandonando ese patrimonio de los débiles que se llama arrogancia, los hombres del Proceso no atinarán el rumbo. Uruguay reclama desprocesarse. Mientras la Justicia Militar pueda procesar civiles -solución unánime rechazada por todo el Derecho Penal de Occidente-Uruguay no se habrá desprocesado. Seguirá siendo un país procesado.

Mi hermano Carlos Flores Mora, con un corazón suplementario que usa para reparar en lo que otros miramos sin ver, me arrima una observación con la que quiero cerrar esta contratapa. ¿Te das cuenta -me dice- que Jesús fue un torturado y murió en la tortura?

Es notable. En miles de años, los hombres no han alzado jamás un monumento al juez que mandaba a otros a la hoguera. Centenares de millones de seres, en cambio, veneran la imagen de un suplicado. Y la adoran -en templos, en sus casas y en la cumbre de las montañas- representándola tal como estuvo en la tortura, esto es, en el tormento de una cruz.

¡Ecce homo! Hémos ahí, llorando y esperando, a nosotros los hombres! Benditos seamos todos.

Manuel Flores Mora



Un hombre clausurado para siempre

Un canal, por tres días

Las dramáticas circunstancias de San Javier, con la muerte del Dr. Vladimir Roslik (la más clara de todas las muertes sin aclarar de nuestra historia) confiscaron nuestras últimas contratapas. Para definir la de hoy, el tema, por lo menos, es más liviano. Lo que no quita que su consideración sea también obligatoria: me refiero al cierre de Canal 10 por tres días.

Quiero decir que, como quien cambia de pieza sin salir del caserón, vamos a cambiar de artículo en la Declaración Universal de los Derechos Humanos.

Las últimas notas tenían que ver con el artículo 3, el artículo 5, el artículo 10, el artículo 11. Esta de hoy apenas si se vincula con el artículo 19.

Me explico: el artículo 3 no tiene ni siquiera ese número de líneas. No las precisa. Dice:

"Art. 3.- Todo individuo tiene derecho a la vida, a la libertad y a la seguridad de su persona"

Esto es que, sólo por haber nacido, usted, yo, el otro y, por supuesto, todos los nietos de ruso aquí, en San Javier y en cualquier lado, Roslik incluso, tenemos (tenía) un inalienable derecho a vivir, a ser libres y a la seguridad sin autopsias de nuestros cuerpos y personas. (A Roslik, estos derechos le fueron negados en el Uruguay del proceso, en orden inverso: primero vivió sin seguridad, después perdió la libertad, después la vida). ¡Pobre Roslik!

La Declaración universal de Derechos Humanos fue aprobada el 10 de diciembre de 1948. Uruguayos como Jiménez de Aréchaga participaron en su redacción. Universal quiere decir universal. Es decir, es válida en la totalidad del universo. Hace 35 años que la comunidad de este planeta, pueblos y naciones enteros del mundo, sobre las cenizas humeantes de Hitler, proclamaron y nos reconocieron esos derechos. Esos y los que dice, con menos palabras todavía, el artículo 9.

Apenas más largo que una rociada, el artículo 9 no llega ni a las 9 palabras:

"Art. 9.- Nadie podrá ser arbitrariamente detenido, preso ni desterrado"

No agrega "ni muerto" porque con el Artículo 3 estaba dicho.

En opinión de los pueblos y de las naciones del mundo y de acuerdo con la ley universal vigente, Vladimir Roslik no debió ser arbitrariamente detenido. ¡Pobre Roslik!

Otros derechos le fueron negados además. El del artículo 10 de esa Declaración Universal de los Derechos Humanos:

"Art. 10.- Toda persona tiene derecho, en condiciones de plena igualdad, a ser oído públicamente y con justicia por un tribunal independiente e imparcial, para la determinación de sus derechos y obligaciones o para el examen de cualquier acusación contra ella en materia penal"

¿Cómo hacer para que el espíritu y la letra de estos artículos se graben a fuego en el alma de todos? Habría que mezclarlos con la leche materna. Esto y no las sandeces de los craviotextos es lo que habría que enseñar a cada muchacho en cada liceo y cada escuela: los derechos del otro.

¡Pobre Roslik! Roslik y el artículo 5 de la Declaración Universal:

"Art. 5. Nadie será sometido a

torturas ni a penas o tratos crueles, inhumanos o degradantes".

¡Pobre Roslik!

"Art. 11.- 1.- Toda persona acusada de delito tiene derecho a que se presuma su inocencia mientras no se pruebe su culpabilidad, conforme a la ley y en juicio público, en el que se le hayan asegurado todas las garantías necesarias para su defensa".

De acuerdo con la ley universal vigente sólo hay, por tanto, culpables de culpa probada e inocentes. No hay, como lo dijo en Uruguay una declaración emanada de una autoridad a propósito de Roslik "presuntos subversivos". Hay subversivos probados y hay inocentes. La civilización prohíbe los presuntos culpables. Pero sigue el artículo 11:

"2.- Nadie será condenado por actos u omisiones que en el momento de cometerse no fueron delictivos según el derecho nacional o internacional. Tampoco se impondrá pena más grave que la aplicable en el momento de la comisión del delito".

¡Pobre Roslik!

Roslik se había hecho médico en Moscú, en la Universidad Patricio Lumumba, gracias a una beca obtenida tal vez por su condición de hijo o nieto de ruso. ¿Se acuerdan de Patricio Lumumba? Es otro a quien también mataron. Otro para quien no existió reconocimiento de los artículos 3, 5, 10, 11.

Hay, por fin, otra cosa que tenemos también que subrayar con energía: todo lo que está en la Declaración Universal de Derechos Humanos tiene plena vigencia jurídica en la República Oriental del Uruguay. Los artículos de esa Declaración no son el tímido deseo de una comisión humanitaria de damas. Tampoco el sueño de algunos intelectuales líricos. Tampoco los ideales de un círculo de muchachos exploradores.

Son, en cambio, un compromiso ineludible asumido por este país junto con todos los Estados Miembros de las Naciones Unidas. Porque (lo dicen los pueblos del mundo en el Preámbulo de la Declaración), el "desconocimiento y el menosprecio de los derechos humanos han originado actos de barbarie ultrajantes para la conciencia de la humanidad".

Tan simple como eso.

Ante cámaras

Bajar desde la tragedia de San Javier hasta el cierre, meramente por tres días, de un Canal, parece deslizarse por el absurdo, perdiendo el rumbo de las debidas proporciones.

Esta contratapa no decreta la realidad. La realidad la decreta el Proceso. Esta contratapa ni siquiera la comenta. Meramente la solloza, a veces.

Hace algunos años, los tupamaros metieron unas bombas en el Canal 10. Dos explotaron. De las tres cámaras que tenía el Canal, volaron dos. Eran las siete y media de la mañana.

La cosa daba para la grandilocuencia y el victimismo. Pero en el canal, algunos viejos empleados y técnicos —esos hombres oscuros que hablan poco, que visten zapatos antiguos y pantalones inadecuados y que los visitantes ven venir o salir, tomando o dejando el turno, sin averiguar cómo se llaman— algunos de esos viejos empleados que jamás aparecen en pantalla pero sin los cuales nadie aparecería en la pantalla, retrocedieron dos o tres décadas. Re-

cogieron el viejo espíritu con que se hizo en este país casi todo (con alambre, con un alicate que nunca es realmente del tamaño que se necesita y, a veces, con un poco de cinta aisladora que pega mal). Y a las 5 ó 6 de la tarde de ese día, cuando tenía que salir la señal de ajuste, salió la señal de ajuste. Y cuando tenía que empezar la emisión, empezó la emisión.

Me detengo en todo esto porque siento que con esta inconsulta medida de cerrar por tres días el Canal, el Proceso o quien sea ha pegado un salto cualitativo. Quiero decir: ha ingresado su arbitrio en una zona nueva. Ha mojado un territorio no tocado hasta ahora, llevando por delante otra capa de cosas y otra franja de la uruguayidad.

Digo que aquella vez el canal salió al aire el día mismo del atentado. Gracias a esos viejos empleados que, algunos, tutean a los directores porque ya eran empleados cuando los directores eran chicos. Tipos que con los años nos enteramos que uno era herrero (¡qué absurdo!) o comunista. (¡fijate!) o batllista (¡claro!). Tipos que se llaman Fulano de Tal, pero que cuando se mueren uno lee el aviso fúnebre y no se entera, porque el apellido no dice nada y porque toda la vida los conocimos por pelado tal o petiso cual, ignorando que se llamaran Ismael, Elpidio o José Ignacio.

¿Los militares de este país saben realmente que los que frenaron la sedición son estos hombres, generalmente parcos, que a las tres de cada mañana dicen "chau" y se van a dormir en sus casas, de donde volverán al otro día con el mismo pantalón marrón y la misma incorruptible honradez para vencer todo lo que impide que a las seis comience la emisión de las seis?

Ignorados por el Proceso (y también por los "cantopopu" y también por los intelectuales) estos tipos son, como diría Paco Espinola, la patria. Con minúscula, claro, y traje gris usado, como cuadra a las patrias y a las madres recónditas.

(Sin estos tipos no hubiera habido radiotelefonía en el país, ni periódicos, ni partidos políticos, ni Ministerios ni policía caminera. Sin ellos no marcharían las represas. Cuando los técnicos extranjeros inspeccionan la red telefónica de Montevideo y dicen que es un milagro que todavía funcione, ignoran que el milagro son estos hombres).

Estos tipos no desfilan jamás por la calle. Estos tipos no cantan en festivales. Pero yo recuerdo a Don Antonio Machado. Y a aquel pasaje donde observa que hay dos clases de hombres en todos los sitios: los que viven hablando de las virtudes de la raza. Y los que se limitan a tenerlas.

Retomo el hilo: en los 28 años de vida del Canal 10, es la primera vez que no sale. Salió hasta cuando lo volaron las bombas terroristas. Impedirle salir, por primera vez en su vida, es un triste privilegio del Proceso, con el que éste enriquece el archivo profuso de sus yerros.

En este día vaya pues mi homenaje a todos cuantos en ese Canal, hoy o alguna vez, hayan manipulado alambres, alicates o cintas aisladoras. La patria con minúscula sabe que si la emisión no sale, no es por culpa de ustedes. Ustedes son invictos.

Lo inefable

Rendido el cual homenaje, podemos ahora entrar al Decreto donde el superior gobierno dispone el cierre del Canal por tres días. Ignoro si Jorge De Feo, sorprendido por el documento, habrá tenido paz para sentarse a paladear algunas de las cosas inefables que contiene. Intentaré ayudarlo. Fundamentalmente son tres. Como si dijéramos, una inefabilidad por cada día de clausura.

La primera de ellas está en las líneas iniciales del Considerando 1, cuando se señala que el haber emitido un reportaje al Dr. Hugo Batalla, viola normas.

Me parece notable que no diga que viola una norma jurídica. Dice sólo que dicha emisión "viola las normas gubernativas vigentes...".

Repito que es notable. Supone casi la confesión lexicográfica de que el Derecho poco tiene, que ver y nada. No se dice las normas legales. No se dice la

norma jurídica. Eso no cuenta. Se le escapa al redactor que hay, sólo, gente y gobierno. Esa novedad de "norma gubernativa" (¿qué quiere decir en puridad "norma gubernativa"? me parece notable e inefable, como la expresión de un pudor escondido y simultáneamente, la exaltación de un ego gobernante que se autofirma ante su espejo.

Lo segundo increíble es que la violación haya consistido en irradiar, en Subrayado, un reportaje a Hugo Batalla y en el hecho de que Batalla sea "un ciudadano inhabilitado políticamente", lo cual viola las normas gubernativas "reguladoras de la actividad política nacional e incluso el ordenamiento habilitante para el operar partidario...". Y Ahí, en la necesidad de apoyarse en alguna cosa, menciona junto a la Ley Fundamental No. 2, nada menos que el Decreto del Poder Ejecutivo del 2 de agosto último, que es precisamente, como todos saben, no "el ordenamiento habilitante del operar partidario" sino la suspensión lisa y llana de ese "operar", que queda prohibido. Me parece de antología.

Pero lo mayor no es ahí. Lo mayor es cuando se afirma que, reportando al Dr. Batalla, el Canal 10 ha infringido las disposiciones de la Ley 14.670, que responsabilizan a los canales "las emisiones pudieren perturbar la tranquilidad pública, comprometer la seguridad o el interés públicos". (!)

Hugo Batalla: empezamos nuestra vida política (o por lo menos la parte oratoria de dicha vida) el mismo día. Tu primer discurso y mi primer discurso fueron un 10 de julio (¿era 10 de julio?) en un cine del Cerro. ¿Lo recuerdas, Hugo? Dos discursos nacidos del mismo susto. ¿Te acordás del miedo que sentíamos ante aquellas 200 personas que nos miraban? Todavía recuerdo la frase con que iniciaste tu discurso. Podría declamarlas. ¿Te acordás de Teófilo Collazo, con su traje azul, sentado escuchando en mitad de la platea? ¡Pobre Teófilo! Meses después, cuando quería opinar, le decíamos: "¡Vos calláte, que el 10 de julio eras público!".

Nos separó la vida y cada cual cumplió con su deber en tiendas opuestas sin que nunca nada rozase la amistad. ¿Te acordás la primera vez que te vi, después del golpe de Estado? Habían pasado varios meses y venías con un portafolio negro en la mano. "Ahora soy ejecutivo, me dijiste, porque ser legislativo está prohibido...". Te abracé.

Hugo: ¿te imaginás los terremotos que me inspira leer que tu mera presencia en un Canal, "perturba la tranquilidad pública y compromete la seguridad"? ¿Cómo se puede Hugo gobernar a un país que no se entiende?

Conclusión

Nos ocupamos en una nota anterior de la frase del filósofo Santayana, según la cual los que olvidan el pasado se condenan a vivirlo dos veces. Es frase preferida (y cabalgada) por los publicitarios del Proceso.

Nada tengo contra dicha frase (es espléndida), pero les propongo meditar a veces sobre alguna otra. La literatura es vasta e ilumina campos más dilatados.

Resumo todos los temas, mayores y menores, de esta desprolija contratapa. Permítaseme hacerlo citando la Biblia. Y recordar algo que está en el Libro de Job (4-8): las palabras impecables que a Job dirige Elifaz temanita: "Los que aran la iniquidad y siembran la injusticia, las cosechan".

También los que olviden esta frase se condenan a vivirla.



Manuel Flores Mora





El Proceso habla para un país que ya no existe

En otra parte de este número de JAQUE, el lector encontrará algo más triste que todo lo que pueda recoger una contratapa y que tuve (y cumplí) el deber de escribir. Me refiero a los resultados finales que pueden sacarse de todas las actuaciones médicas cumplidas sobre el llevado, traído y autopsiado cadáver del desdichado Vladimir Roslik. Actuaciones que mantienen abierto el camino de la verdad y, por consiguiente, de la justicia.

Si he descuidado un poco la contratapa, perdonado me sea. Quiero decir que trataré hoy en ella, o continuaré tratando, los mismos temas que todos estos viernes. Ruego que hoy se les lea bajo la luz, si así puede decirse, de esas actuaciones médicas finales y de los resultados definitivos que arrojan.

Hay supremos deberes: para todos los que estamos hoy sobre la tierra uruguaya, el primero es arrancarla de estos horrores. Volver a ser el país donde no había doctrina de la seguridad pero donde se vivía seguros. Dicho sea para con los que integran el proceso y, asimismo, para con los que todavía, en alguna lejana buhardilla de Suecia, sueñan con el crimen de la lucha armada.

Justicia militar

No tengo duda alguna, a esta altura del conocimiento público de los hechos, respecto de las actuaciones de la Justicia Militar en el caso Roslik. Es más: el rumor generalizado habla, en estos momentos, de pronunciamientos que tendrían lugar en poco tiempo. Y que satisfarán a la opinión pública o no, lo cual es otra cosa.

Lo digo porque quiero precisar claramente el sentido del comentario que voy a realizar en el presente subtítulo. Ese comentario no se vincula con el caso Roslik. No es un comentario concreto, que no estoy haciendo, pues, de un caso sometido a la jurisdicción concreta de un Juzgado. Por el contrario, es una consideración de carácter general, vinculada con las mejores soluciones, a las que aspiro, para mi país y para la justicia de mi país.

Bien: en la propuesta que las Fuerzas Armadas han entregado a los Partidos Políticos—esta última, reiterando distintos puntos y hablando incluso de la posibilidad de una Constituyente—se insiste por el Proceso o por las Fuerzas Armadas en mantener a la Justicia Militar, para juzgar los delitos de subversión. Se habla concretamente en la redacción del documento de las Fuerzas Armadas, de que la Justicia Militar actúe como “una justicia especializada”, integrada a la Justicia general del país.

Hemos insistido con argumentos numerosos, desde esta contratapa, contra esta tesis. Y contra la palabra “especializada”. Queremos, recogiendo algunos ejemplos concretos de la realidad de estos días, agregar una consideración nueva. Un argumento más, que nos parece absolutamente decisivo.

Es sabido que la Justicia, cualquier justicia, con toda su majestad, de poco serviría si no contase con la colaboración y el apoyo de la fuerza pública.

Pues bien: esa necesaria y adecuada relación entre la Justicia y la fuerza pública, se da de manera natural y sobre el eje deseable en el plano civil. Allí la policía detiene y somete, dentro de los breves plazos constitucionales—es cuando menos la solución tradicional de nuestra Constitución y de nuestro país y así fue a lo largo de todo este siglo—los detenidos a la Justicia. Los “pasa a Juez”. Y es el Juez quien decide. Si el Juez resuelve mantenerlos incomunicados, la policía los mantiene incomunicados.

Si el Juez les levanta la incomunicación, la policía acata de inmediato. Si el Juez dispone se le mantenga detenido, detenido queda. Si el Juez “dispone” u “ordena” la libertad, la orden es cumplida de inmediato.

El día que llevaron preso a Roslik,



y algunos días antes también, fueron detenidos, en el marco del mismo procedimiento u operativo, otras personas de San Javier. Digamos que el 15 de abril, ese domingo luctuoso de comienzo de Semana Santa en que prendieron a Roslik, estuvieron todos los detenidos, en número de siete, privados de su libertad. E incomunicados, como ocurre.

El día 20 de abril, hará pronto ya un mes, el Juez Militar al cual fueron sometidos los ciudadanos presos, dictó el levantamiento de la incomunicación. Reitero: el 20 de abril.

Si se hubiera tratado de Justicia ordinaria y de policía, el 20 de abril se hubiera levantado efectivamente la incomunicación. Pero en el caso de los detenidos de San Javier, lo que el Juez Militar dispuso no se cumplió. Manifestado a los familiares en el Juzgado, viajaron éstos una y otra vez hasta la dependencia militar donde estaban—y donde algunos de ellos están todavía, a la hora de escribir estas líneas—y no pudieron verlos ni hablarlos.

Es más: el día 7 de mayo el mismo Juez que había levantado la incomunicación, decretó la libertad de cuatro de esos detenidos. Con los reflejos creados por una inveterada práctica de justicia ordinaria, incluso algunos medios de comunicación dijeron que “habían recuperado la libertad”. Pues no.

A mi vista, un recorte del diario “El País” informando que “el pasado sábado fueron puestos en libertad tres” de los detenidos. El Juez había ordenado la libertad de ellos y de otro más, el día 7. Es decir, la orden se cumplió parcialmente cinco días después. Cinco días es un plazo intolerable en todo Occidente, cuando se trata de la libertad de las personas. Pero ese 12 de mayo se pudo comprobar que el levantamiento de la incomunicación no había sido efectivamente cumplido, luego de casi un mes de dictado. En efecto, agrega “El País”: “Recién al ser puestos en libertad, los tres se enteraron de la muerte de Roslik” (!).

Los tres liberados son, siempre según el diario aludido, Chimailov, Marse-

niuk y Smurenko, apellidos todos que parecen de generales de Stalingrado sobre el Volga, vencedores de Hitler, pero que son apenas de pobres nietos de rusos, uruguayos sanjavierinos, orientales con infierno aparte y propio. El cuarto es Jasina. El viejo Jasina, de 72 años, en manos de cuya hija he visto alguna carta conmovedora, dando ánimo desde aden-

llegado al país el 10 de abril pasado, que buscó reatar sus contactos subversivos con la gente de San Javier, que fue objeto de seguimiento y que condujo finalmente a pescar la nidada completa de la célula renacida. Roslik, presunto miembro de ella, había muerto del ya dicho “paro cardio-respiratorio sin señales de violencia”.

En el Uruguay de 1974 o 79, este Comunicado hubiera sido transcripto sin comentarios. Vivíamos del miedo. El miedo no era sólo rusos de San Javier. Todos éramos San Javier. Todos éramos rusos.

Si todos tenemos hoy el deber de ayudar a San Javier es porque todos hemos sido aquí San Javier, lo cual en vez de abochornarnos debe servir para ennoblecernos en la responsabilidad del reconocimiento y en el ejercicio de la solidaridad. Así lo veo y así siento que debo decirlo, mitad como quien se confiesa y mitad como quien lo proclama.

Repito: por aquellos años donde ahora tenemos que colocar la raíz de muchas cosas que debemos rehacer ¿quién hubiera osado contestar el contenido de un comunicado surgido, vía Dinarp, de una Región?

Era el tiempo, para siempre pasado, del Uruguay partido: un Uruguay oral, cuyo aire había sido confiscado por el Gobierno. Y un Uruguay real, que resistía espiritualmente en el silencio, que no creía las “verdades oficiales”, pero que carecía de voz para refutarlas en tono claro.

Bueno: los viejos romanos, fundadores de algunas sabidurías definitivas, sentaron alguna vez aquella verdad profunda del “qui tacet consentire videtur”. Cícalse corregirá la falta de latin que yo cometa. Pero nadie corregirá lo que en aquel viejo latín está dicho: quien calla ante lo que ve, lo consiente.

La vieja leyenda agregaba: “...cuando sabe y puede hablar.”

El silencio del que no puede hablar, no hiere la dignidad del que calla.

El silencio del que puede hablar, lo denigra.

No es bueno para un país que algunos digan una versión y el resto, no creyéndola, deba agachar la cabeza. Es tema que concierne a la dignidad nacional, a la identidad como país, a la salud espiritual de la República.

Ni insulto ni agravio. Ni mucho menos vilipendio. Pero tengo, todos tenemos, el supremo derecho (y también el deber), de decir, cuando no creemos una cosa, que no creemos.

Así como tenemos el deber de consignar públicamente, toda cosa que veamos si ella concierne a la salud y el supremo interés públicos.

Me escriben desde San Javier que no es cierto que, como lo dice el Comunicado, “el pasado 10 de abril se materializó el reingreso al país, procedente de Brasil, de Pires Da Silva”. Y me agregan que “el lunes 9 de abril, todo el día, es decir mañana, tarde y noche, estuvo a la vista y paciencia de toda la población de esta villa”.

Cumplo el deber, para con mis compatriotas orientales nietos de ruso que viven en San Javier, de recoger esa precisión. Para su tranquilidad agreguemos que no deben preocuparse. Porque en realidad, ni nosotros ni nadie ha podido dar crédito a los términos restantes del comunicado aquel, comenzando por el “paro cardio-respiratorio sin señales de violencia”.

Son expresiones—este comunicado, esta propuesta de mantener la Justicia Militar para los civiles—de un Uruguay que ya no existe. El Uruguay del silencio.

Hubo alguna vez países—supimos con terror—donde alguna gente pudo alguna vez recibir el cuerpo de un familiar querido adentro de un ataúd cerrado que no se podía abrir.

Aquel Uruguay ya no existe. La impunidad—por lo menos algunas formas de la impunidad—como lo dijo un editorial reciente de JAQUE, ha muerto. Ahora los cajones se abren. Y las autopsias, aunque no se publiquen, se difunden.

Mi corazón batllista se levanta hacia el viejo grito de la Convención y de Brun: ¡Arriba corazones! ¡Viva la República!

Manuel Flores Mora



“Mejores que el héroe...”

Mlle. de Sommersy, el Acta de Tokio y las Escobas Artigas

En sus prólogos, los clásicos españoles solían dirigirse al “avisado lector”. Avisados creo que no los haya tanto en el mundo como los sufridos lectores de Uruguay. Los lectores de Uruguay no leen para enterarse. Leen para comprobar simplemente que el que escribe también está enterado.

Para ese lector digo —él ya lo sabe— que es imposible sentarse a escribir la contratapa de este número sin que salten sobre uno los detalles del número anterior, con su testimonio doloroso. Digo también —el lector me comprenda y me perdona— que me urge salir de lo espantoso. Y no para escaparle sino para mirarlo desde fuera. Más allá del horror, así lo siento, hay un espacio de serenidad donde la razón que nos asiste (al lector y a nosotros) resplandece más clara todavía. De eso se trata; de tener razón.

Sin ella ¿qué valdríamos?

Léase pues bajo esa luz lo que escribo en esta contratapa, pero agréguese además lo que no pongo. Para que de ese modo nos enteremos todos de lo que ya sabemos.

Mlle. de Sommersy

El que no quiera creerme puede comprobar la cita con sólo consultar el capítulo 36 de la obra que, sobre el Amor, escribiera Stendhal.

Cuenta allí que Mademoiselle de Sommersy engañaba a su amante y que un día éste tuvo la desgracia de sorprenderla in flagranti. Se iniciaron reproches borrascosos ante los cuales la pobre Mlle. de Sommersy insistía en declararse inocente. El otro se enfurecía más indignado porque le negaran lo que con sus ojos había visto.

Deshecha en lágrimas sin consuelo, Mlle. de Sommersy le reprochó con amargura:

— ¡Tú no me amas! ¡Haces más confianza en tus ojos que en lo que yo te digo!

Con amargura parecida, el Proceso y quienes lo conducen vacilan asombrados. Advierten —recién— que el país no los acepta, porque tiene pensamiento propio y no se rige por las instrucciones más o menos lineales con que se ha pretendido formarle otra cabeza. Peor: advierten que la nación está más dispuesta a creer lo que la realidad le indica que lo que se le dice en los comunicados y discursos.

Hay algo como patético y a la vez peligroso en este desencuentro que señala entre la realidad y el Gobierno.

Estas contratas se iniciaron tratando de comprender lo que tenemos frente de nosotros, a saber, la situación desde el ángulo preciso de nuestros oponentes. Intentando descodificar la carburación propia del Proceso, su visión de las cosas, sus obsesiones, sus carencias, la radical limitación de sus puntos de vista.

La semana pasada decíamos que el Proceso sigue hablando para un país evaporado: el Uruguay del miedo. El que todos tuvimos. El que hizo de esta tierra un dilatado San Javier de silencio.

El Proceso sabía, o creía saber lidiar con aquel país, sobre el que descerrajaba como ukases sus comunicados erizados de incontestabilidad. Y al que bañaba cada día de autoritarismo y última palabra.

Alabado sea Alá, ese Uruguay —que hubiera absorbido silenciosamente el Comandado de la División de Ejército III, donde el Dr. Roslik moría sin señales de violencia— ya no existe.

Ahora que expresamos las opiniones que tenemos y no las que tiene el Gobierno, ahora que pedimos lo que

queremos nosotros y no lo que ellos quieren que querramos, los portavoces del Proceso se derriten de asombro.

El Proceso y sus hombres no han sido programados para vivir a la intemperie de la libre discusión popular.

En uso de ella, y contribuyendo a generalizar el conocimiento de algunas filosofías esenciales que no se discuten ya en el mundo, voy seguidamente, por ejemplo, a transcribir conclusiones del Congreso Médico de Tokio.

Un Deber para Médicos

Pienso que es útil difundirlas. Y aunque creo que la enorme mayoría de los médicos del Uruguay no lo requieren, es constructivo sí que la opinión pública lo sepa.

Hace nueve años, tuvo lugar en la capital del Japón la XXIX Asamblea Médica Mundial. Allí, el 10 de octubre de 1975 fue tratado el tema de la participación de médicos en interrogatorios con apremios físicos. Se adoptó la tajante Declaración que se transcribe:

“Todo médico tiene el privilegio de practicar la medicina al servicio de la Humanidad, o de preservar y devolver la salud corporal y mental de todo individuo, sin discriminaciones, de animar a sus pacientes y de aliviar su sufrimiento”.

“El médico observará el mayor respeto por la vida humana y jamás, hará uso de su saber médico de una forma contraria a las leyes humanitarias”.

La Declaración de Tokio se ocupa, entre otras cosas, de la tortura a la que define como:

“... la práctica deliberada, sistemática y desconsiderada de sufrimientos físicos o mentales de parte de una o de varias personas que actúan en nombre propio u obedeciendo órdenes de cualquier tipo de poder, con fines de coaccionar a otra persona para que brinde información o por cualquier otro motivo”.

Seguidamente la Declaración de Tokio establece que:

“1o. El médico no protegerá, no tolerará ni participará en la práctica de la tortura, ni de otras formas o procedimientos crueles, inhumanos o degradantes, cualquiera sea el delito por el que la víctima de tales tratos es objeto de sospecha, acusación o condena, cualesquiera sean las creencias o motivaciones de la víctima y cualquiera que sea la situación, conflicto armado y guerra civil incluídos”.

“2o. El médico no procurará ni locales ni instrumentos ni productos ni conocimientos, sea para facilitar la práctica de la tortura u otras formas de tratamiento cruel, inhumano o degradante, sea para disminuir la capacidad de resistencia de la víctima frente a dicho tratamiento”.

“3o. El médico no asistirá a sesiones de tortura o amenazas de tortura ni a otras formas de tratamiento cruel, inhumano o degradante”.

“4o. El médico debe gozar de una independencia total en cuanto al tratamiento a la persona de la que él es inmediatamente responsable. Su papel fundamental es aliviar el sufrimiento de los demás y ningún otro motivo personal, político, deberá prevalecer sobre aquel”.

¿Por qué publicamos esta Declaración en este momento?

Por una razón muy sencilla. Porque —es pena no tenerlo a mano porque valdría publicarlo también— hay un juramento de Hipócrates que es algo así como el catecismo moral de la más noble profesión conocida por la civilización. Bien: si tendemos una línea entre

el día de Hipócrates y el 10 de octubre de 1975, cuando la Asamblea Médica Mundial aprobó en Tokio la Declaración precedente tenemos la evidencia imponente de lo que ha sido la constante filosófica de la nobleza humana a lo largo de milenios.

Hay una pregunta de aquel personaje del irlandés O'Flaherty, protagonizado por Jean Louis Barrault, que me impactaba por los años cincuenta, desde las secuencias de una película francesa. Veo todavía los pómulos de tartaro y los ojos afiebrados de Barrault preguntando si “Dios existe o si, simplemente, el hombre tiene la divinidad como destino”. Nunca pude encontrar contestación a esa pregunta. De ahí que carezca de valor la tendencia que me inclina a dirigir mi fe hacia la segunda parte de la frase.

Pero quiero decir que Hipócrates y la Declaración de Tokio son igualmente válidos en cualquiera de las dos posibilidades. Y agregar, cuidadosamente, una evidencia: hace pocos días, en Fray Bentos, un médico no respetó ni a Hipócrates ni a la Declaración de Tokio. Perdonado me sea consignarlo.

Portavoz del Proceso

Así como hay verdades enlazadas a la identidad misma de la civilización occidental —y de hecho, a la identidad de cualquier civilización conocida o concebible— hay también cosas sobre las que no es necesaria la comunidad de pareceres. Entre las primeras, éstas del papel de los médicos respecto del resto de los hombres. Entre las segundas, por ejemplo, algunas de las cosas que dijo el viernes pasado en Las Piedras, el Coronel Klever Pampillón.

Voy a referirme a ellas (expresan los puntos de vista del Proceso) con el respeto que constituye nuestro inexorable deber. Pero con la claridad que constituye asimismo nuestro inquebrantable derecho. (No asisto, obviamente a estos actos. Me atenderé por consiguiente, dentro de las versiones no desmentidas de la prensa, a aquellos párrafos que se publicaron entre comillas).

Comenzó el Cnel. Pampillón invocando la inspiración de Artigas. Todos de acuerdo en eso. Pero agregó:

“Y es por eso, que quien hoy les dirige la palabra, no puede entre otras cosas comprender qué se pretende, cuando para los sediciosos que un 18 de mayo hace apenas 12 años, asesinaron salvajemente a 4 orientales por el solo hecho de vestir uniforme, sin darles la menor posibilidad de defensa y llenado de dolor 4 humildes familias, se exija amnistía irrestricta ya”.

La siguiente afirmación del Cnel. Pampillón viene en el vuelo inmediato de su oratoria, cuando tras establecer tan puntualmente lo que declara “no poder comprender”, lo vincula con asambleas “digitadas en su mayoría por sectores minoritarios”... confabulados con quienes mantienen “en Siberia los célebres campos de Gulag” o en Cuba ignominiosas prisiones y campos de concentración.

En tercer lugar, el Cnel. Pampillón pregunta si “se pretende olvidar y que se alimente con sediciosos veteranos las fuerzas de la delincuencia apátrida” para que todo lo pasado resurja en nuestro suelo.

En cuarto lugar, dice que “Debe ser la Justicia, la que en uso de sus facultades que le fueron confiadas, determine cuándo los involucrados pueden retornar al seno de la sociedad”.

Y por último, invocando a Artigas, llama a la unión de todos: pueblo, partidos, gobierno, Fuerzas Armadas, bajo la inspiración de los tradicionales ideales artiguistas.

Pienso que pocos textos oratorios ejemplificarían tan bien lo que afirmamos al comienzo de esta nota. Escrito, diríase, no sé para qué platea interna, el discurso del Cnel. Pampillón no resiste la respuesta. Veamos:

1.- Nadie ha formulado un pedido de “amnistía irrestricta ya” para los que “hace apenas 12 años” (¡oh sentido del tiempo, el del Cnel. Pampillón!) “asesinaron salvajemente a 4 orientales” ¡por sólo vestir uniforme!. Dicho así parece que, más que amnistía para la totalidad de los sediciosos o comunistas presos (incluyendo a algunos que no son ni una cosa ni la otra) lo que se estuviera pi-

diendo fuese amnistía para los que asesinaron militares. La forma como se estructura el párrafo acusatorio por parte del Coronel Pampillón da a entender que uno estuviera justificando la muerte de los 4 soldados, cosa que no está en la cabeza de nadie. Pedir amnistía, Señor Coronel, no supone, después de 12 años, justificar ningún crimen. Supone sólo pedir la aplicación de un instituto universal, aplicado mil veces en la historia de todas las Naciones —e inveteradamente en la nuestra, a partir de Artigas— sin que jamás, por cabeza ninguna, haya cruzado acusar a los que conceden amnistías de simpatizar con los delitos amnistiados. Está claro que si sigue razonando así, el Coronel Pampillón va a seguir “sin poder comprender”. Nada.

2.- La amnistía general fue planteada por primera vez por un convencional de CBI en la Convención del Partido Colorado. El primero en apoyarla, con emoción muy grande, fui yo. La convención Colorado no está “digitada por sectores minoritarios”. Ni estamos los que defendimos la amnistía confabulados con Gulag ni Siberia ni nada. Negar la amnistía en Uruguay invocando Gulag, Señor Coronel, es un despropósito sólo comparable a aquel que negase la clausura de Gulag invocando campos de concentración en Chile.

3.- Nadie olvida nada en el país. Es un hecho. Otro hecho es que hay muchas cosas, de todos lados, que tendremos que olvidar si queremos salir hacia adelante. Pedimos la amnistía por la certeza de que, lejos de alimentar con sediciosos veteranos nuevas subversiones, contribuirá, apaciguando, a establecer la paz a que aspiramos.

4.- “Debe ser la Justicia”, dice el Cnel. Pampillón, la que determine la libertad de cada uno. La Justicia ¿cuál Justicia?

Todos conocen nuestras reservas radicales respecto a la Justicia Militar. Pero incluso refiriéndonos a ella, ¿no es acaso la Justicia que el 20 de abril decretó levantar la incomunicación, por ejemplo, de varios detenidos de San Javier, sin que haya sido posible por ello que sus familiares o sus abogados los viesan? ¿No es acaso la Justicia Militar la que el 7 de mayo decretó la libertad de Basilio Jasina, que sigue preso todavía, a la hora de escribir estas líneas?

El orador de Las Piedras no ha pensado tal vez en los casos de libertades decretadas por la Justicia Militar y no cumplidas después de muchos meses. ¿Será que no conoce ninguno?

Padre Artigas

Si hubiera más espacio, puesto que el discurso de Las Piedras menciona al Padre de la Nacionalidad, nos referiríamos a aquella anécdota tiernamente salvaje del fabricante de escobas. Pasó en los años liminares de la radiotelefonía. Admirador de Artigas, les puso como marca Escobas Artigas. Y entusiasmado con las escobas, desde una radio —creo que en el Tala— irradió, con blasfemia ultraintencional, el aviso que le pareció coloso: “Escobas Artigas... Mejores que el héroe”.

Entre el comisario y el Juez, bajo pena de proceso, tuvieron que explicarle que mejor que el héroe no había nada.

Y no comparo cosas, porque sería innecesariamente molesto. Pero confieso que siempre me parecen ultraintencionales blasfemias las citas a Artigas que no se atienen al espíritu de Artigas.

El Proceso no es coherente con las ideas de Artigas. Debería por consiguiente no citarlo.

Artigas dijo “mi voluntad emana de vosotros y ella cesa por vuestra presencia soberana”. El proceso en cambio dice (decreto de esta semana) que el Poder Ejecutivo es titular del Poder Constituyente (!). El Proceso no se inclina ante “la presencia soberana”. Por el contrario, le recuerda una y otra vez que si el soberano no se amansa y no llega a un acuerdo con el Proceso, no hay ni elecciones, ni presencia soberana, ni voluntad que emana de vosotros ni cosa alguna. Nada.

Como las escobas, el Proceso se cree mejor que el héroe. Por lo menos, así actúa.

Manuel Flores Mora





¿Torturas para siempre?

Los bisontes en el techo de nuestras cuevas

“La persona del hombre es la cosa más noble sobre la tierra”

(Leyes de Partidas, Partida 7, título 1,26)

La medida del hombre —y por consiguiente la de un Semanario, la de una contratapa o la de cualquier cosa que salga de un hombre— está dada por la medida de su deber. Y por la capacidad moral para afrontarlo y cumplirlo.

En cuanto al horror, contrariamente a lo que pueda suponerse, su medida no la fija la capacidad de estremecernos por el espanto, sino la capacidad de adormecernos o insensibilizarnos frente a él. El horror —el horror metafísico, el horror absoluto— es la caída vertiginosa en lo no humano. Esto es, en la muerte.

Muerte no es lo que está después de la vida, cuando la vida se nos acaba y pasamos a fantasma o a recuerdo. O a calle, si por azar fuimos Constituyentes. Hay otra muerte, peor, que es cuando la indiferencia nos incorpora elementos de no humanidad, que se nos integran y que viajan con nosotros a lo largo de la vida, como porciones necrosadas del alma.

Espero que al final de esta nota, unidas las cosas por la coherencia que debo y a que aspiro, se entienda por qué empiezo hablando de este modo.

Hermanos transcharco

Hace ya semanas el noble Ernesto Sábato fue a pedirle a Alfonsín uno o dos meses de prórroga para la Comisión sobre personas desaparecidas que, designado por el segundo, el primero preside. La Comisión tenía un plazo de 180 días y ese plazo vence en este mes de junio que hoy empieza.

Sábato no lo dijo e ignoro si lo pensó pero hemos sacado el cálculo en su nombre: suponiendo que los miembros de la Comisión no hubiesen dormido ni descansado un día ni una hora, y suponiendo que el trámite para registrar las pruebas de una desaparición pueda cumplirse en una sola hora, como el día tiene únicamente 24, en 180 días apenas es posible el registro de 4320 desapariciones. Y Sábato, con su Comisión, ya tiene documentadas y probadas alrededor de 10.000.

“Desapariciones”, se sabe, es el involuntario eufemismo con que se resume una frase sustantiva algo más larga: detenidos sin intervención de la justicia ni de la ley, ni comprobación fehaciente de culpa o de inocencia, condenados y torturados salvajemente hasta la muerte de la inmensa mayoría, por agentes no identificados, en sitios desconocidos, y enterrados anónimamente o anónimamente lanzados al mar, sin constancia escrita de nombre, de culpa o de fecha, ni aviso a los familiares ni a nadie, en forma no obstante justificada por las más altas autoridades militares argentinas, por razones de salvación de la convivencia civilizada en la libertad).

Cuando pide la prórroga, digo, Sábato declara que ya tiene 10.000 desapariciones documentadas y probadas. Además tiene localizados, dice, unos 300 campos clandestinos de detención y de aniquilamiento de personas. (Leyó bien: 300).

La medida del horror, repito, y de la muerte verdadera (que no consiste en morir sino en la capacidad de caminar tranquilos con tal conocimiento instalado adentro de nosotros) se parece a las distancias de la astronomía. ¿1.438.327 años luz son realmente más que 1.294.412 años luz?

¿10.000 muertos bajo torturas, inocentes incluidos, son realmente menos, o más, o lo mismo que 24, que 137 o que 8.268?

Considerado generalmente como hombre humanitario, confieso carecer de emotividad aritmética. O de apiadamiento estadístico.

Cuando, entre esos desaparecidos, me hablan de muchachas de 17 años, o de niños de cuatro o cinco años entre los cadáveres con un tiro en la cabeza, pienso en una sola muchacha o en un solo niño y el horror me estremece.

Me siento como ladrón de tiempo y usurpador de vida, como culpable de haber llegado a viejo sin que nadie me matara a mí, pecador. No es fácil entender a quienes, delante de estos hechos, lo único que se preguntan, avisados, es si Sábato no será comunista.

Hermanos transchouhy

Allá por el año 1975 el Presidente de Brasil (Gral. Geisel) comenzó una política crecientemente enérgica destinada a terminar con el flagelo de la tortura en su país, tan espantoso que hasta el propio Papa Pablo VI había tenido que ocuparse de él.

En 1975, “The Washington Post” denunció que, en un sólo trimestre, más de 680 personas habían sido torturadas en Brasil.

En 1975, una Comisión vinculada a la Iglesia Católica describió el Cuartel General del II Ejército, en San Pablo, como “un enorme local destinado a la tortura, en el que se dispone del más avanzado material y cuyo funcionamiento exige un número creciente de personal, incluyendo verdugos, carceleros, choferes, mecanógrafos, funcionarios para relaciones públicas, médicos, etc.”

A esos años corresponden los casos de Herzog, de Frey Tito, del Dr. Shibata, de Manuel Fiel hijo. No son, en puridad, casos más graves ni peores que cualesquiera otros. Sólo que por esos misterios de la comunicación humana adquirieron relevancia especial. Los que leemos a menudo periódicos de Brasil sabemos que, vuelta a vuelta, retornan cíclicamente estas desgracias y estos nombres en la memoria de sus columnas.

Herzog se llamaba (también) Vladimir y era periodista nombrado. Citado, concurrió a presentarse solo. Al otro día estaba muerto. Su cadáver fue entregado a la familia dentro de un ataúd cerrado que está prohibido abrir.

Frey Tito de Alencar fue también detenido en San Pablo, con otros dominicos como él. Torturado largamente se le dejó en libertad pero la Orden no pudo sacarlo de la depresión profunda a que lo vivido (y padecido) lo mantenía atado. Lo llevaron a Francia. Allí, en un monasterio del Sur, rodeado de todos los cuidados, una mañana salió al huerto y se ahorcó de la rama de un árbol.

Militares aperturistas de Río de Janeiro se alinearon junto a Geisel para desterrar la tortura. Los servicios especiales, entonces, trasladaban secretamente a los detenidos hacia otras regiones del país, para interrogarlos.

La Orden de Abogados hizo pleito al Dr. Harry Shibata (y el sindicato médico de San Pablo lo sancionó), porque había firmado la autopsia de Herzog sin haber visto siquiera el cadáver.

Ante una acusación fiscal, otro año, un juez procesó al célebre Fleury (torturador y jefe de escuadrones de la muerte). A las 24 horas el juez fue separado y Fleury puesto en libertad.

Lo de Manuel Fiel hijo fue en 1976. Era obrero metalúrgico. Cuando murió en el calabozo, el Presidente Geisel destituyó de inmediato al Jefe del III Ejército, Gral. Melo. La impunidad tocaba a su fin.

¿Lloverá siempre?

¿Por qué traigo todo esto? Intentaré decirlo: lo que quiero es hablar ahora de otros árboles, cercanos y lejanos, para apartar los ojos del árbol —un árbol solo— porque siento que es menester tallar el bosque entero.

Alguna vez, creo, escribí que el hombre que pintó el bisonte en el techo de la cueva de Altamira no había solamente pintado un bisonte, sino el entero paisaje de su mundo cazador y con hambre.

Picasso, cuando compuso para los tiempos la barbaridad sin colores de su Guernica, pintaba el genocidio porque el trágico paisaje de sus décadas era, precisamente, el genocidio.

Quiero decir: en nuestro Cono Sur, en nuestra atlántica y pacífica América ibera de errores y de sangre, cada noche nos tendemos en el fondo de una cueva cuyo techo recoge, a veces pintada por la información, a veces por el miedo, la imagen de la tortura.

Durante muchos años de niñez la tortura y los chinos eran conceptos emparentados. Y siempre me asombraba que los chinos tuvieran tan mal concepto de los chinos, como para inferirse esos horrores los unos a los otros.

A la manera de aquellos cadáveres mutilados que las aguas entregaron, hace algunos años, a las playas de Rocha, y en cuyas facciones deformadas un atónito (y complaciente) médico local vió la evidencia de cadáveres “de raza amarilla”, ¿seremos definitivamente todos chinos en este Cono Sur de nuestras lágrimas?

“Lloverá siempre” era el espléndido título de una novela de Denis Molina que nos deslumbraba (sin leerla, claro) años después, cuando a nuestra infancia le habían salido pelos en el mentón y nos sentábamos en las mesas calibre año 45 del Café Metro, en la Plaza Cagancha. ¿Es realmente verdad que “lloverá siempre”?

¿Es el hombre definitivamente carne de picana?

¿No hay seguridad posible para algunos si primero no se le han sacado los ojos a otros? ¿Y cuándo el ojo que se saca a otro es el último ojo? ¿Siempre habrá más? ¿Lloverá siempre el llanto?

Lo que quiero decir y estoy diciendo es que no debemos atarnos a una denuncia. Y que siento que la hora de la denuncia ha pasado. No se puede vivir en la denuncia, porque la denuncia es como la desconsumada etapa del noviazgo, cuyo sentido sólo se consolida cuando se lo trasciende. Es menester llegar a soluciones. Encontrar y consagrar no castigos, que nadie niega y que pueden contribuir a la justicia, pero que no reviven a los muertos. Sino, además, las fórmulas que impidan los desmanes.

Autoridad moral

“Pasando a otra cosa”, como se decía en las formas epistolares de antaño, pido licencia al lector para ocuparme de un párrafo del General Washington Varela, correpondiente al discurso que en nombre del Ejército y en la plaza de ese nombre, pronunció el pasado 18 de mayo.

Refiriéndose a los caídos en la lucha contra la sedición y a los actos del 14 de abril, expresó:

“Les rendimos el homenaje que aquel día, entre otros, no le rindieron las proclamadas comisiones de Derechos Humanos, particularmente aquellas que tienen una manifiesta inclinación discriminatoria a interesarse por delincuentes sediciosos, de lo que son vivos testigos los familiares de sus víctimas, por cuya

suerte nunca se interesaron, por lo que se duda de su autoridad moral, se duda de su auténtica sensibilidad humana y su independencia de motivaciones y fines políticos o ideológicos.”

Bien: integro la Comisión Uruguaya para los Derechos Humanos. Es más: el 14 de abril publiqué una contratapa expresando mis reservas, no respecto de los caídos, sino de algunos enfoques del homenaje que les tributaba el Proceso. En mi insensata soberbia —toda soberbia es insensata— me sentí casi directamente aludido por este párrafo del General Varela. Mortalmente ofendido por ese “se duda” reiterado y esa referencia a “autoridad moral”. Me pareció muy claro que tenía que emitir una respuesta que, sin ser agravante, fuera enérgica, arrastante.

Anoche, a la hora de dormirme, tenía casi por entero formado en la cabeza el proyecto de respuesta. Repetía una constatación parlamentaria que escuché, hace muchos años, a un senador ilustre que ya es muerto. “Tengo la suficiente prudencia para no emitir patentes de autoridad moral”, decía mi proyecto de respuesta. “Pero así como a nadie se las doy, a nadie se las pido. Poca o mucha, la autoridad moral de cada hombre sólo sale de los actos de su propia vida y jamás de los ataques de sus irritados adversarios.”

Por fortuna, esta mañana comprendí que mi contestación debía ser otra. Comprendí que, irritándome, había caído dentro de la irritación del General. Que me había influido. Que el matiz de agresión de sus palabras, me tornaba agresivo. Comprendí finalmente que sus palabras, más que ninguna otra cosa, expresaban su radical desencuentro con todas las motivaciones de mi vida.

Yo no soy Gandhi. Pero pasa que el general se equivoca. La Comisión de Derechos Humanos no ha rendido homenaje a nadie porque tiene una finalidad muy limitada y muy concreta: defender la vigencia de los 30 artículos de la Declaración Universal de 1948 dentro de los límites de la República Oriental del Uruguay, donde se violan a menudo. La omisión de cualquier otra cosa no debe considerarse con sentido político ni indica insensibilidad en ninguno de sus miembros.

Es verdad: jamás me he ocupado de los familiares de los caídos en la lucha por la sedición. Pienso simplemente que el régimen de alguna manera los ampara. Pero si alguno de ellos tuviera problemas, con la misma decisión que a cualquier otro, estaría dispuesto a ayudarlo. Entiéndase: ayudar a mitigar dolores que no es lo mismo que sumarse a homenajes con sentido político, que llevan más agua al molino de quienes los tributan que al de quienes los reciben.

Yo no actúo en la vida para vencer a nadie de mi sensibilidad humana. Es más: ante los horrores que se miran, yo mismo —mucho menos feliz que aquellos que nunca dudan— dudo de tenerla suficiente.

De algo, sin embargo, estoy seguro: mi incapacidad para condenas definitivas y odios irredimibles.

El bote en que estamos todos se llama vida. Es un bote que siempre se hunde.

Como dijo un ruso (no era comunista) llamado Dostoiewski, no se puede vivir, señor General, enteramente sin piedad.

Sobre todo si pensamos que, como decían las viejas (no arcaicas) leyes de Partida, la cosa más noble de la tierra es el hombre. Aunque esté preso.



Manuel Flores Mora



El poder tiene límites

"Estamos entre azul y buenas noches..."
Octavio Paz, "Poemas".

Pienso que es una costumbre lícita ésta de preceder cada contratapa con un epígrafe ilustre. Aquellos que escribimos a la intemperie, tenemos un sacrosanto derecho a poner el cuero bajo la protección de alguna rama. Ella pudo ser, en semanas anteriores, una frase de Artigas o una afirmación sacada de la vieja legislación española de Partidas.

Para la contratapa de hoy, confieso, he vacilado entre un cúmulo de epígrafes distintos. Hasta el domingo, tenía prácticamente elegida, una frase de pedigrée no por siniestro menos actual:

"Las armas más crueles resultan humanitarias si consiguen provocar una victoria rápida"

Adolfo Hitler

Aquel que quiera cerciorar la autocracia no tiene más que consultar esa especie de mini-Korán del nazismo que se llama "Mein Kampf" ("Mi lucha"). Con esa capacidad de acierto literario para lo cínico que tuvo en Hitler uno de sus clásicos mayores, la frase extiende delante de nosotros una evidencia difícil de refutar: si sacando los ojos al adversario se consigue más rápidamente su derrota, sacarlos, los ojos es lo más humanitario (para el que los saca).

Hitler no puede ser adecuadamente comparado al gran Cid Campeador. El Cid, todos lo saben, seguía después de muerto ganando victorias, tanto era el pavor que, enhorquetado en su caballo, su cadáver, atado por sus seguidores al arnés, a los musulmanes infundía. Hitler, en cambio, desde que murió en abril de 1945, batallas no ha ganado. Pero sigue peleando. Aparece por todas partes y en muchas inspira frases, conductas, paredones, tesis, picanas y hasta paros cardio-respiratorios sin violencia. ¡Qué digo! Hasta hace primeras autopistas.

Miopes que somos, hemos escandalizado décadas con la presencia de Klaus Barbie en Bolivia, Eichman en Argentina, Rauch en Chile o el triste viviseccionista Mengele en Paraguay. Sin advertir que por encima de lugartenientes y fronteras, era todo Hitler el trasladado a todo el Cono Sur. Como un Cid que además fuera, por tan campante, un Johny Walkery de sesos obsesionados y ardiente corazón genocida. Con discípulos. Algunas hasta con talento literario, como es el caso, para citar un argentino, del general retirado Ramón Camps.

Camps también brinda, con sus frases, uno, dos, no se cuántos epígrafes, para estas tristes contratapas torturadas con que intento cada viernes servir los Derechos Humanos. O Derechos del Hombre, como solíamos decir cuando yo era chico y la Revolución francesa se llevaba más.

Si para muestra basta un botón, con las frases de Camps alcanza para un chaleco.

Esta, por ejemplo, sobre los detenidos-desaparecidos, brindada a "Siete Días":

"Desaparecieron para que la Argentina no desaparezca".

O esta otra, espléndida para enriquecer el diario íntimo de Drácula:

"Las injusticias, las arbitrariedades y los crímenes concernientes al 'bando del Orden' (que a mí no me constan), son inevitables en una guerra justa".

O esta otra, suprema:

"Los magistrados juzgaron, independientemente y serenamente, bajo la sombra protectora de nuestras bayonetas".

En un reciente número de "L'Express", un artículo de Angelo Rinaldi menciona a "Las tricoteuses (tejedoras) nacionales de lugares comunes". Si hubiera que hacer un craviotexto para una escuela diferencial de jóvenes aspirantes a ingresar en las SS o en la Gestapo, nadie mejor para redactarlo que este tricoteador de los lugares comunes del fascismo que es Camps.

Rinaldi nos recuerda también aquel formidable desprecio con que Baudelaire anatematizó el palabrerío escrito de la pobre George Sand, llamándola "Vache à encre": vaca a tinta, no a leche.

De Camps podríamos decir que es una "vache" a vitriolo. Que desgraciadamente no está sola.

En estas dudas sobre epígrafes yo difundía mi vacilación cuando escuché ya martes, por telenoticiarios, las posiciones últimas del Proceso. Ví entonces dónde estábamos. Y me pronuncié por el insustituible verso de Octavio Paz, que encabeza esta página. "Estamos entre azul y buenas noches...". Así nos dejaron los discursos.

Pocitos que fué

Mi mayor cariño hacia los lectores proviene de su perdón para las digresiones. La que quiero hacer ahora (ya volveré por donde el lector me espera) me lleva hasta el antiguo Pocitos de mis recuerdos, donde nací —que es nada— pero donde viví años de juventud —que es casi todo—. Yo viví en la esquina de Miguel Barreiro con Benito Blanco. Una cuadra más allá, hacia lo que sólo mucho después llamaron Pocitos nuevo, había estado —no llegué a conocerlo— el Arroyo de los Pocitos, que algún día se abrió camino entre yuyales verdes, por donde en tiempos de mi abuelo se

Food", ¡Sea food! Se vé que los garabos de hogaño no terminan como hace medio siglo, sus noches de bacanal con un café con leche y una ensaimada. En Pocitos nadie sabe ya qué cosa es ensaimada. ¡Sea food! Los garabos de hogaño matan el humo de la caña con crab soup y langosta asada, con cocktail de schrimps. Digo, si es que es cierto eso de la "sea food" del ventanal. Para los alérgicos al mar, adentro un cartel nos recuerda que en el Ocean Place, "our hamburgers and chesseburger are the best in town" (sic) Así, con falta de ortografía en "Cheese".

Hay una barriada de París, especie de Chinatown con Choisy, donde proliferan los restaurantes chinos. Se la llama "Hong-Kong-sur-Seine". De ella nos habla un libro para turistas comilonos titulado "L'Asie à Paris".

¿A qué vendrá todo esto?

Voy a explicarme: habrán arrasado "La Rana" pero, tranquilícense todos, la calle Pagola jamás será Massachussets. Los que abran tabernas en Pocitos podrán peinarse como Rebeca la mujer inolvidable. Avenida Brasil, sin embargo, jamás será Dakota.

Así quiero decir: Uruguay será siempre una patria civil. Uruguay será democrático y austero o no será. No haya miedo. Como en el anillo del gran Rey Salomón (en realidad del Rey David, pero inventado por el príncipe Salomón), la historia clama su gran verdad: ESTO HA DE PASAR.

Gritémoslo en silencio y sea esa la silenciosa, clamorosa para adentro respuesta de cada uno de nosotros a las ceremonias y discursos y a la fuerza que se ha autoasignado la función de salvarnos (¿salvarnos?) de nosotros mismos y de nuestra propia libertad. Pasará el Proceso. Pasará el Ocean Place y pasará la doctrina de la seguridad nacional.

Claro que la juventud no volverá. No vuelve el tiempo. Claro que no volveré a entrar en "La Rana". Claro, Dios mío, que nunca más volveré a ver, como en aquellos días casi infantiles de Barreiro y Benito Blanco, la cara de mi madre, recibiendo a la vuelta de un exámen, o besándome cuando ya me dormía.

Pero, no sé si logro hacerme entender, por lo menos el cielo volverá a ser el cielo. Y caminaré una noche cualquiera por Pocitos de ahora, de entonces y mañana, sin que los gritos de nadie me destruyan, en los vidrios de mal inglés, o en las no esperadas ceremonias donde se trasmiten las fuerzas que nos mandan barajadas con los convencimientos que no he de compartir.

Nadie más que nadie

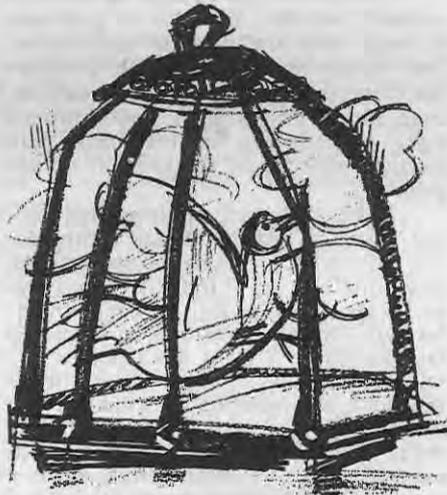
Nadie es más que nadie en este mundo, sólo que la gente parece que se olvida.

Los antiguos cartujos tenían (creo que eran los cartujos y si no tanto da) una calavera sobre la mesa. La vieja e hispánica barbaridad iluminó el sentido de este recuerdo constante, simbolizado en hueso: "Lo que tú eres, yo fui; lo que soy, tú serás".

Nosotros no tenemos calavera ni ermita pero, pienso, basta con mirar cada día la sección de avisos fúnebres del diario para recordar la eterna veracidad del "polvo somos" y del "vanitas vanitatus" y del "sic transit gloria mundi" y cosas de esas. ¿Por qué será, digo yo, que basta que alguien llegue al timón por un rato para que el "complejo de Júpiter" lo asalte?

Viene todo esto a cuenta de la negociación sobre la salida democrática y de los Parquihoteles que parece que nos esperan en el futuro corto plazo. Pues bien: así como en los libros antiguos se ponía un prólogo de presentación que solía titularse "Dos palabras de buena crianza", así quisiera contribuir a este patrio destino con dos palabras de sentido común.

Tal vez ayude a los contendores en este diálogo (este diálogo es así: se libra no entre dialogantes sino entre contendores) recordar que en el mundo



cazaban perdices. En aquella parte y creciendo hacia el este estaba —pobre y divinamente chato— el Barrio de la Mondiola. En su homenaje había un tango y en el tango había una rana. Dicen que el café más hermoso del mundo es el Café Pedrocchi, que está en Padua. Bueno: en la esquina de Benito Blanco (los naturales jamás decimos Juan Benito) y Pagola, había un viejo y legendario boliche, más hermoso que el mismo Pedrocchi; sin duda en homenaje al tango el boliche se llamaba "La Rana".

Era un boliche con fondo y un fondo con tamarises a la sombra de los cuales, casi como un lagarto, solía sestar un hombre. Un día me enteré del nombre del que sesteaba allí. Era... Atahualpa Yupanqui.

Las otras noches, como quien camina por el tiempo, caminé nuevamente ese barrio. Mejor, lo que allí queda. "La Rana" ya no existe. El boliche más cercano a lo que fué "La Rana" se llama, comprobé con terror, "Ocean Place".

Es más: no tiene piso de madera ni aquellas inmemoriales tablas verdes en el mostrador y en las ventanas. No hay que subir una escalera para llegar a él, como en "La Rana" había. En cambio tiene ventanales con vidrios, donde en letras doradas dice: "Pool", "American Breakfast" y también "Snack Bar" (¡qué te parece!) e, increíblemente, "Sea

pasa siempre lo que tiene que pasar y no lo que los empecinados creen que corresponde a su arrogancia detérminar que pase.

Lo primero que hay que admitir —y esto es bueno que se sepa y reconozca con claridad— es que el Proceso se terminó. Terminarse quiere decir que se agotó. Que no da más. Que el país está superado por los problemas que no resolvieron y que para esos problemas, no es siquiera pensable que ni del Proceso ni de ninguno de sus adláteres surja siquiera la sombra de una idea que parezca parecerse a una solución. Esto es así. Los jerarcas podrán afirmar enérgicamente en sus discursos que recibieron el caos y que van a entregar el orden, pero la gente ni lo acepta ni lo cree. No es verdad. Pero además, si lo fuera, tanto da, porque para que les hagan la justicia que creen merecer, faltarían una generación y no es pensable que se queden hasta que esa generación aparezca. Porque si aparece, aparecerá sólo una generación después de que se hayan ido. Además es impensable que incluso esa generación los absuelva.

De modo que por lo menos esto está claro: el proceso se va. Y si no, se va lo mismo. Entendámonos: ignoro si se van este lunes o el 10 de marzo de 1985, o el 17 de julio, o el 7 de agosto. No sé si este año, el que viene o dentro de tres. Pero se van. Así es.

Yo no creo que la vida sea, como cree Guillermo, un cuento contado por un idota, lleno de zumbido y de furia. Creo que el que escribió el libreto de la historia le puso finales inexorables pero la dejó con bolo libre. Los actores pueden cambiar detalles y parlamentos chicos. Del final de la obra, en cambio, nadie se salva. Los actores no opinan.

¿Qué significa todo esto?

Significa que los desgraciados de sobretodo y bufanda que van a las conversaciones nada más que representando la voluntad de la Nación, la tienen ganada. Podrán poner cara de desvalidos y comerse filípicas. Fatigarán lo grisáceo con sus solapas y vestirán cada uno con un desvaído color diferente, desde los azules ajados a los marrones sin gracia.

Como Breno el galo, que tiró la espada en la balanza y dejó escapar su arrogante "Ay de los vencidos", del otro lado les hablarán con límite altanero. Esto sí. Esto no. Aquello para mañana y estotro para nunca. Incluso repetirán lo del General Queirolo, más crecido que el galo Breno, con su "No se le ponen condiciones a los vencedores".

Pero que algo quede claro. Los vestidos de gris no pueden aflojar. Digo más: si aflojaran (digo, es un decir), si las fuerzas políticas mayoritarias se enloquecieran y aceptaran las condiciones del Proceso, bueno, al otro día sus líderes estarían como Pacheco y Gallinal, escribiendo las memorias. Y otros vendrían a ocupar el banquito de decir que no cuando corresponda.

Es terrible que no se comprenda. Yo no sé si pasarán dos años y si morirán, o no, diez políticos.

A la larga, no tengáis duda, Uruguay será Uruguay. Yo, si vivo, iré a tomar un café en "La Rana".

Y los seguidores del Proceso a lo sumo terminarán cantando, como el Sargento español después de la derrota.

"Sólo me queda la sautisfacción de haber ponido los medios en práctica

y haber sejido la táutica del Ministro de Jobernación..."

Sí. Sic transit.



Manuel Flores Mora



El gobierno no tiene quien le escriba

Los barrotes de la mentalidad y la caza de elefantes

Si se me da permiso, quisiera comenzar esta precisa contratapa —escrita un jueves para salir un viernes, antes de un sábado que precederá a un domingo— gritando en voz baja. Como si dijéramos, con un estentóreo susurro.

Gritando, digo, porque las cosas han llegado a un grado de gravedad que exigen que nadie se quede callado. Y en voz baja porque la historia, a diferencia de los niños, no obedece a los gritos. En realidad, la historia odia a los gritones. (Quede claro: no a los que gritan de dolor, que esos no son gritones. Si a los que, olvidando que nadie es más que nadie, gritan para predominar, para sobreponer, para imponer, sobrepujando).

Aquí se ha sufrido mucho, mucho se ha perdido y se ha retrocedido mucho. Es —¿cómo no verlo?— la hora de la humildad.

Hombres y Elefantes

No me refiero al monstruoso hombre-efante ni a la pieza de teatro donde habita y que tuvimos ocasión de ver, con Roberto Jones, en el Notariado. En esta historia, o metáfora, los hombres son cinco y el elefante uno solo. Su autor es el filósofo hindú contemporáneo Siniti Kunar Chatterji. (*)

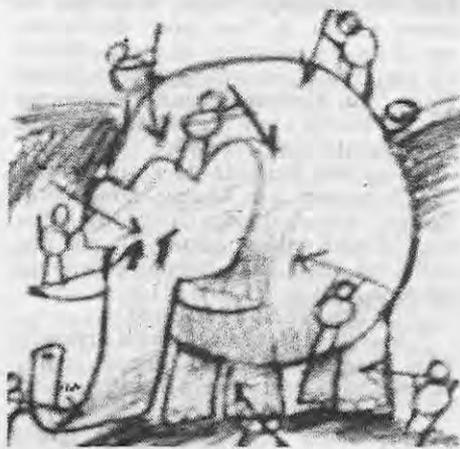
Los cinco hombres son ciegos y tocan a un elefante. Cada uno, claro está, pone las manos en un pedazo diferente. Cada uno queda convencido de haber tocado aquéllo de que lo informan sus manos. Así uno cree que hay una columna, otro una serpiente, otro una piedra pulida, el cuarto una pared y el quinto un cepillo con mango flexible, según que hayan palpado la pata, la trompa, el colmillo, el cuerpo o la cola del elefante.

El elefante representa todos los misterios, todas las opciones, todas las certezas del mundo. Los cinco ciegos nos representan a nosotros, el resto de los ombres.

La parábola termina ahí porque la historia es hindú y porque la sabiduría hindú la liquida en su justo final. Si fuera en Uruguay o en cualquier parte de España o de la América Española la metáfora continuaría con el fusilamiento de los criminales tocadores de columnas a mano de la organización nacional de tocadores de serpientes, unos y otros, a su vez, denostados, escupidos, combatidos y dinamitados por los dueños de la verdad que, como todos saben, sólo tocan paredes o cepillos, bajo un lema común. Para no hablar de los empedernidos tocadores de piedras pulidas o colmillos, que felizmente son pocos, pero que esos sí, no cabe duda, deben ser quemados vivos todos juntos. ¿Me equivoco?

A este altura, claro está, yo sé que el lector lo que quiere es que yo le converse de rinocerontes. Espere. Porque de elefantes tengo otra. Entrañada, porque viene con el recuerdo de uno de los mejores amigos que tuve en este mundo: Guillermo Caprario, aquel uruguayo universal, desconocido de las nuevas generaciones, pero consolémonos, también de las viejas. No era hombre para muchedumbres. Era, como don Arturo Soria —de quien también tengo que escribir otro día— enteramente antimultitudinario, virtud que debemos rescatar recogiendo de los basurales, lustrarla y ponerla nuevamente de moda, so pena de que no haya más Juan Ramón Jiménez o Herreras y Reissig, si no lo hacemos.

Caía cada dos o tres años Caprario por Montevideo y teníamos entonces la buena costumbre —la buena posibilidad juvenil— de dejar todo por la mitad, que no importaba, para sentarnos a oírle. La vez que digo, venía de Africa y había sido enviado —¡gran Caprario!— por las Naciones Unidas para tranquilizar a una



enfurecida y salvaje tribu de pigmeos.

Por supuesto que lo logró (tenía una fabulosa facilidad para los idiomas y debió aprender, sospecho, el idioma pigmeo en pocos días). Después nos contaba aquí en Montevideo, no sus propias hazañas, sino las costumbres de los pigmeos. Y su manera de cazar elefantes. Nos contaba la gloria que era para el mundo pigmeo cazar un elefante. Tumbarlo, carnearlo, repartirlo: ¡una montaña de carne roja!

—El problema para los pigmeos —decía— es el agudísimo olfato del elefante, animal casi sordo que, sin embargo, huele desde lejos a sus enemigos y se enfurece.

Los pigmeos habían descubierto inmemorialmente —¡qué grandes son en todas partes las tradiciones y cultura!— el modo de venir en tropel y acercarse sin ser sentidos al elefante, para acertarle las flechas en los ojos y matarlo. Consistía en embadurnarse con excremento de elefantes, para que los olores del viento no trajesen nada extraño al inocente alerta de los grandes animales. Así, gran lección de la vida que hubiera deslumbrado a Don Antonio Machado, los hombres pequeñitos conquistaban la montaña roja de carne del animal desafortado: por un camino de m...

¡Cruaz y elegante, Caprario hablaba para todos, de pie en la mitad del living, y cuando el animal caía al suelo, los niños aplaudían a Caprario y querían ir a Africa.

Junto ahora los ciegos y los pigmeos, el elefante de los unos y el elefante de los otros. No tengo mérito. Pasa que la enseñanza, simplemente, se nos cae en el hueco de las manos. Dice, primero, que nos juntemos todos. La ceguera no sea tan grande, dice, que nos impida ver que estamos ante el mismo elefante. Adelante, agrega la lección de los pigmeos. Nadie tema, en la viril fraternidad y en la unidad, zambullirse en el barro de los hechos. La historia no desenreda sus hilos en la atmósfera de un quirófano sino en la tierra del patio. Eso sí: aparte el alma.

Cuando en Nueva York periodistas de EE.UU. preguntaron, espantados al Presidente Luis Batlle si realmente se proponía que Uruguay comerciase con China comunista, enfrentó aquellos tiempos de macartismo y contestó que sí.

—¿Y que piensa venderles? —le preguntaron.

La respuesta de Luis Batlle fue inmediata.

—De todo, menos el alma. A nadie. Ni a ciegos ni a pigmeos. Ni a rinocerontes o elefantes.

Relaciones

Ha aparecido este mes en Montevideo una revista para temas del hombre. Se llama "Relaciones" y es un esfuerzo (y un logro) valioso, que alegra. Me capturó, entre otros materiales, un artículo de Jorge Balbis y Gerardo Caetano, titulado "LAS MENTALIDADES —¿Cómo

hacer su historia?—

Yo estoy hablando de otra cosa: como manejarlas, como entenderse con ellas. Es el problema —problema o fractura inconciliable— que tiene planteado este país delante de su destino. Es el problema a que hemos referido otras veces. La inasible mentalidad de este Proceso. (Un terror me recorre: ¿para el Proceso será nuestra mentalidad tan inacceptable como para nosotros, los uruguayos, la del Proceso? Terror, digo, porque pienso que sí).

Balbis y Caetano quieren explicarnos el problema de los encuadramientos mentales, de las estructuras con que la realidad es recogida por algunas civilizaciones o, simplemente, por algunos grupos humanos. Formas de visión o concepción de las cosas que sólo cambian en la larga, muy larga duración y nos entregan "un tiempo frenado", a veces incluso "en el límite de lo inmóvil". Me encanta que citen y sigan citando a Braudel: "Ciertas estructuras están dotadas de tan larga vida que se convierten en elementos estables de una infinidad de generaciones; obstruyen la historia, la entorpecen y por tanto, determinan su transcurrir. (...) Los encuadramientos mentales (por ejemplo) representan prisiones de larga duración". (**)

Es casi una forma de consuelo al que accedemos cuando vemos una cabeza como la de Braudel poderosa describir, con acierto absoluto, una verdad que padecíamos pero no habíamos iluminado tan vivamente.

(Lo que no dice Braudel es que esos encuadramientos mentales —"prisiones de larga duración", que se traducen en "un tiempo frenado"— no sólo comportan freno y barrotes para quien está encuadrado por ellos. Sino, con el mismo rigor y traducido en martirios, para quienes padecen el predominio de los primeros).

Balbis y Caetano se preguntan "cómo hacer la historia de las mentalidades". Es un problema para historiadores. Hay otro más grave todavía: como manejar esas mentalidades, como manipularlas para corregir la historia en la que estamos metidos y de la que tenemos que salir. Puesto que hay que analizar mentalidades, averiguemos pues qué es una mentalidad. Balbis y Caetano citan a Asch: "Una mentalidad es un conjunto coherente de opiniones, sentimientos y actitudes que configuran una modalidad unificada de respuesta ante las diversas sollicitaciones del medio ambiente".

Al pie del artículo se dice que la definición es de Salomón E. Asch. "Psicología Social" (Eudeba, 1962, pág. 518) Bien: sacando que Asch es Solomón y no Salomón, la verdad es que en la página 518 de la obra y edición aludidas, no está la definición. Pero no importa. Porque la definición es muy buena. Es entre trágica e irónica porque marca la distancia que va desde el pensamiento académico a la verdad de la vida. Cuando dice, por ejemplo, que la mentalidad da "respuesta a las sollicitaciones". También, ¡ay!, da respuestas contundentes a lo que no sólo nadie le sollicita, sino que todos se esfuerzan por no preguntarle.

Descuento el perdón de Balbis y Caetano (ya que no puedo pedirselo al ilustre Asch) por la desenfadada familiaridad de estas reflexiones. Entiéndase como una forma de eco. Y al eco, como una forma de homenaje o apoyo. El asunto es que para los que no fatigan bibliotecas, tal vez lo mejor sea un ejemplo.

El pueblo liso (antes decíamos "el estado llano") desde los tiempos de Jesús, ilumina mejor su corazón por medio de parábolas o por lo menos de ejemplos. Veamos uno del tipo de mentalidad que considero más peligroso en los tiempos que corren. Me refiero a la personalidad maniquea, ustedes me entiendan, esa tipo Reagan, que divide el mun-

do en blanco y negro, lo bueno (nosotros) y lo malo (los otros). De ahí a sostener que los otros no integran la raza humana, o que la integran pero sin acceder a los elementales derechos humanos, va un paso. Paso que jamás se omite.

Suele ser un problema de formación y vaya el ejemplo. Lo tomo de la pág. 7 de "El País" de Madrid del 14 de mayo último. El título dice así: "EE.UU. ES LA PRINCIPAL FUENTE DEL MAL, SEGUN EL JEFE DEL PACTO DE VARSOVIA". Ese, digo, es el título. El texto, supremo y avalado por Efe, proviene de Moscú. Reza: "EE.UU. es la principal fuente de mal y la violencia y desea legalizar el gangsterismo político en las relaciones internacionales", afirmó ayer el mariscal soviético Víctor Kulikov, viceministro de Defensa de la URSS y comandante en jefe del Pacto de Varsovia".

La afirmación fue hecha en la publicación "Rusia Soviética", y no sigo la transcripción porque sólo sirve para espantar el sueño, acercando la guerra termonuclear. Las cosas son así.

No Tiene Quien Le Escriba

Hace algunos días leí, no sé ni dónde, una frase aparentemente concebida con el único deseo de hacer reír. Era una definición —¡casi nada!— de la realidad.

"La realidad —decía— es una ilusión producida por un nivel deficiente de alcohol en la sangre".

Formidable como lema para una sociedad de Abstemios Anónimos, pronta a socorrer a gentes aquejadas de falta de sed, la frase, bien mirada, era menos un chiste que la sorpresiva connotación de una evidencia: la realidad no es si no la ilusión o alucinación con la que nos encontramos cuando algo nos impide ver el mundo desde el ángulo de nuestro antojo, de nuestro fanatismo o de nuestra mentalidad de grupo. "Mentalidad grupal", que diría el léxico de los psicólogos sociales.

Mentalidad grupal que, como el alcohol, barre con la realidad. Deja de verla. La anatematiza. O simplemente, como con la salud vital de la invidencia, lo acaba de hacer el Gobierno en Uruguay, la prohíbe. (Es la tercer posible actitud ante el elefante. Ni parcelarlo ni cazarlo: borrarlo).

Prohibido ver, prohibido saber, prohibido comentar, prohibido escribir. Ese animal no existe. No existe el hecho. No existen sus motivaciones. Y mañana no existirán sus consecuencias.

Lo que tengo que decir realmente es duro, pero no desea ser agravio y por consiguiente no lo es. Qútese todo lo que tenga de molesto. Pero subráyese todo lo que tiene de verdad: el Gobierno del Uruguay es débil, tan débil, que no puede afrontar la realidad entera. Por eso, tiene que amputarla.

Carece de fuerza para medirse con la totalidad de la información relativa a la realidad. Decreta por tanto que la realidad, como cosa informable no existe. La realidad, decreta, es una alucinación. Una alucinación subversiva.

La mentalidad del Proceso no le deja más salida que esa. No se puede informar ni escribir porque, por su parte, el Gobierno, desde el ángulo de su mentalidad, no tiene quien le escriba.

El país tiene, claro está. Sólo que el Gobierno no lo permite.

(*) Fernand Braudel — "Las Civilizaciones Actuales", Ed. Tecnos, Madrid, 1966, pag. 33.

(**) Fernand Braudel — "La Historia y las Ciencias Sociales", Alianza, Editorial, Madrid, 1970, pags. 74, 70 y 71.



Manuel Flores Mora



Peregrinar es atentado

Libertad para Wilson Ferreira

"Somos todos demócratas".
General Augusto Pinochet.

Dice Porchia que cuando hay libélulas y estrellas, para las estrellas hay libélulas y para las libélulas, lo que hay son estrellas (*).

Al juzgar el estúpido aforismo para que, al sirva el rapelones, enfrentamientos o situaciones de encrucijadas humanas, recordemos las innumerables veces que se da el no funcionamiento del espejo. Es decir: que vivimos cosas que nada tienen que ver con lo que vive el otro.

Romeo y Julieta no tenían idéntico sino opuesto recuerdo de la noche nupcial, que acabó con el canto de la alondra. Para Julieta esa noche era la memoria de la ardiente fuerza y dulzura de un hombre llegado por la ventana, como hombre por la noche. Para Romeo, en cambio, que no se veía a sí mismo, esa noche fue la alcoba de Julieta, nunca imaginada antes, sus sábanas y senos entre las sábanas, sus sábanas y perfumes de su pelo. A ambos no los une el mismo amor. Son dos amores distintos que se traban para una sola tragedia.

No hubo una batalla de Las Piedras. Hubo dos por lo menos: la que ganó Artigas y la que perdió Posadas. ¿Cómo confundir la solitaria victoria del primero, primera de las armas del pueblo americano, con el recuerdo amargo del combate perdido y la espada entregada, que abochornó la luz en la vida del oficial español?

Lo que me esfuerzo en alumbrar con estas reflexiones es ese tipo de dicotomía que se está dando ahora mismo en este país. Digo esto: lo que pasa no es lo mismo para los militares y para la gente. Casi diría que es como lo contrario. O por lo menos que no tiene nada que ver.

Llamo militares naturalmente a todos aquellos, en actividad o en retiro, que se sienten identificados con lo que dicen los comunicados de Dinarp o apoyan los sermones de Frigerio. Llamo gente (todos somos gente pero quiero decir gente así, a secas) al resto de los que tomamos mate vestidos con ropa desuniforme y nos comen las pulgas intelectuales de la nostalgia y soberbia (son adjetivos que usaba aquel maestro de mil cosas y, además, de adjetivos, llamado Cervantes), que vivimos definitivamente extraviados en vicios como la medicina, la literatura o la fraternidad. En vanidades como el derecho, la lingüística, la producción industrial o el trabajo asalariado. O la plástica. En suma: sin revólver.

Yo sé, porque lo leí no sé en qué decreto, acto o úkase patriótico-castrense de estos años, que es delito enfrentar a militares y civiles. Digo: que está prohibido meter pala para agrandar la zanja que separa a unos de otros y al revés. A mí, en todo caso, en vez de llevarme preso habría que darme premio. Soy, creo, el uruguayo que más ha escrito para explicar a los civiles cómo creo que carburan los militares y a los militares cómo vemos el mundo, con nuestros ojos blanduzcos, los civiles.

El Uruguay, patria curada de todos los espantos, se acalambra de asombro a medida que va conociendo por qué han procesado a Wilson Ferreira Aldunate. Más allá de lo técnico -feliz Ferreira por tener un defensor con la autoridad jurídica y moral del Dr. Rodolfo Canabal- el asombro nace de que el Proceso crea posible exhibir a la faz de las gentes los encadenamientos de una lógica interna que al resto de la República le provoca retorciones conceptuales.

Es el grave problema, no del país, tampoco de Ferreira Aldunate, sí del régimen: camina entre andariveles que a él le parece de convicción suficiente, pero que a la civilidad le provocan espasmos de rechazo, por irracionales o incoherentes. Lo veremos más adelante, al tratar el fundamento del proceso.

El Tte. General Medina ha dicho

que le preocupa que las FF.AA. salgan con bien de todo este tiempo. Nada es más razonable. Pero pregunto: ¿qué es salir bien? ¿Bien a los ojos de los que integran esas mismas FF.AA.? ¿O bien, porque se sale en la dirección y ordenamiento aprobados por el resto de la Nación, que está encima de las FF.AA. y de todos los sectores, individuos y profesiones? Ese es el nudo.

No se puede incidir en el destino de un país que comienza por desconocerse en sus reclamos y en sus justificados mitos últimos. Por eso los civiles sentimos como un insulto que costará mucho tiempo perdonar esa especie de despectivo desinterés en entender al país de que dan involuntaria o voluntaria muestra continua en el Proceso. Como si el país fuera un niño y ellos los encargados de enseñarle a usar de la cuchara, pegándole, sin explicaciones, en la mano.

Lo digo de esta manera directa y clara porque, aparte de mi deber, es mi derecho. Y también mi interés. Sí. Tengo como uruguayo un interés fundamental en que el servicio público llamado Fuerzas Armadas rectifique orientaciones que no conducen a ningún resultado bueno. Lo reclamo.

La visión que no ve

Ejemplo 1

He sido legislador por muchos años. Pero no nace de allí mi reconocimiento al carácter sacrosanto de todo parlamento libre. Me lo enseñaron antes que a leer en el hogar democrático de mi padre. Y me lo volvió a enseñar Secco Ellauri en el Liceo. Y Petit Muñoz en Preparatorios. Y Justino Jiménez y Grompone en la Universidad. Cuando Juan Sin Tierra imponía tributos a su pueblo o lo intentaba, los barones se juntaron para arrancarle la Carta Magna: el sagrado principio general de que nada se puede imponer al pueblo sin que éste, a través de sus representantes legítimos, lo consienta. Rige, ni qué decir, para aquel desdichado Juan Sin Tierra (y Sin Vergüenza) y para todos los Juan-sin-tierras que pudieron venir o vengan adelante.

No voy a contar lo que pasó el 27 de junio de 1973, noche de tanques, noche de lágrimas cívicas. El Parlamento y la Constitución, suertes gemelas, desaparecieron de la realidad. Y el Palacio Legislativo (Batlle y Ordóñez había querido que el Palacio del Parlamento fuese lo más lujoso y valioso del país porque representaba no sólo a la Ley sino a la formación democrática y legítima de esa Ley, que es el más noble y alto tesoro de un pueblo) fue intervenido. Se designó un Coronel para ese cargo.

Muchos meses después, con dolor de dignidad agraviada en las pupilas, un empleado del Poder Legislativo me visitó en mi casa para mostrarme el nuevo papel membretado del Palacio. Decía más o menos así:

División de Ejército I - Poder Legislativo o Palacio Legislativo, no recuerdo ya. Sí: División de Ejército I o Región Militar No. 1. No recuerdo tampoco como se la designaba por entonces. Pero ahí estaba, primero, la repartición militar. Y después, el Poder democrático fundamental de la Nación. Legislativo, como si dijéramos Servicio de Remonta, o Arsenal, o Sanidad Militar. De otro modo: lo que constituía el más alto y justificadamente mítico valor para todas las generaciones sucesivas de orientales (desde que el ciudadano Artigas convocó en Tres Cruces, abril de 1813, a los diputados orientales para que decidiesen sus destinos) era manejado como una dependencia subordinada más, dentro del organograma de una Repartición militar.

Fue ese día cuando comprendí que mi diferencia con todo lo que el Proceso y sus protagonistas representaban no era sólo definitiva (ya lo sabía). Era además vital, de esencia.

Si "subversión" es el acto de "subvertir", trastocando los valores y po-

niendo arriba lo que debe estar debajo y viceversa, creo que no había visto en mi entera vida nada tan subversivo como aquel desaforado membrete en el papel.

Ejemplo 2

No sé si en todas las orquestas del mundo, pero pienso que por lo menos en todas las latinas, suelen existir pequeñas recomendaciones relativas a la puntualidad en los ensayos. Como son lugares donde se rinde culto a esa orientación suprema del hombre que es la música, se comienza, claro está, por respetar civilizadamente a quienes nos la aportan: los músicos. En el idioma que sea, la redacción es más o menos que "se ruega a los señores maestros que integran la orquesta hacerse presentes en el posible dentro de los horarios que se fijan, etc." o "La dirección agradece a los señores músicos no llegar con retraso por cuanto, etc.". Y fórmulas de ese tipo.

Pues bien: un día me encontré a una cuadra de mi casa a una persona con quien me une una muy estrecha y vieja amistad y que forma parte de la Orquesta del SODRE. (¡Músicos del SODRE y pobre SODRE, cuya historia de estos años habrá que pensarse a escribir alguna vez!) Venía esta persona -ya habiendo pasado algunos años desde el 27 de junio del 73- entre llorando y riendo. Y así, riendo (entre lágrimas como en Homero Andrómaca a su hijo cuando la Hepida de Héctor) me contó lo que decía sobre horarios, el cartelito de la Intervención Militar en el SODRE. Era más o menos así: "A orquesta: hora de ensayo: 15 horas. Hora de concentración en el área: 14.45"

Supremo. Otra que Roa.

Wilson : Ejemplo 3

En el Ejemplo Uno se vio que para el que mandó imprimir papel membretado, el Legislativo carecía de aura o halo especiales. En el Ejemplo Dos queda claro que para el que ordenó "concentrarse en el área", Mozart y Chopin, o cuando menos quienes los ejecutaban, no merecen tratamiento más urbano que el reservado a personal subalterno de tropa y civiles en general.

Lo de Wilson, en cambio, no es con la Carta Magna ni con Beethoven. Es con el Derecho.

Al rato de por televidión la prisión, llamada a Canabal por televisión decir, calma y respetuosamente, que los hechos no habían ocurrido. Que el procesamiento se basaba en delitos inexistentes.

Después era la Convención del Partido Nacional -partido que es medio país de hoy y media historia del país de siempre- la que declaraba que los procesados Ferreira "jamás cometieron delito alguno".

Esto no había ocurrido jamás. (Es de esencia de la Justicia ser acatada y reconocida por el sentimiento último de la opinión general, y no estar meramente sostenida por las armas. O por lo que Lanusse llamaba "la soledad de las armas".)

Es más: la otra mitad del país piensa lo mismo que los blancos. Sobre todo cuando trasciende que el procesamiento, entre otros delitos, se basa en que Ferreira ha cometido "Atentado a la Constitución en Grado de Conspiración seguida de Actos Preparatorios".

En este aspecto el Juez Militar recoge el parecer del Fiscal, quien entiende que "la peregrinación del imputado por distintos países del mundo, tratando de crear una situación de que cualquier manera obstaculizará el proceso de restauración de valores nacionales según las metas propuestas y puestas en marcha, en su desarrollo cívico-militar", supone el delito mencionado.

No vamos a entrar en el análisis jurídico. Que delimito el lector a los extractos del escrito de Canabal que se publican en otra página, recordando la inconstitucionalidad de este procesamiento, dictado en ausencia del procesado contra el expreso mandato de la Cons-

titución que prohíbe los juicios criminales en rebeldía.

Pero es enorme esto de considerar atentados a la Constitución lo que en todo caso serían ataques o atentados al proceso cívico-militar, como si éste, al quebrantar la normalidad constitucional, hubiera quedado en el entretanto investido de la jerarquía y majestad normativas supremas propias de la Constitución. Y como si las metas que estableció, al margen de toda consulta a la voluntad del país -que cada vez que ha sido consultado, lo ha repudiado- tuvieran una jerarquía y una validez tales como para que el sólo hecho de enfrentarla constituyera "Atentado a la Constitución".

Es decir: se declara delito "obstaculizar el proceso de restauración de valores nacionales".

Pregunto: ¿qué restauración?
¿De qué valores nacionales?

No estoy desafiando tontamente, con palabras descomedidas, a los que mandan. Al ser leal conmigo mismo y con mi país, soy, indirectamente, leal también para con los que mandan. Confieso y proclamo: no creo (nadie cree en el pueblo) que este Proceso ni este gobierno hayan restaurado nada. Creo en cambio que han herido valores esenciales y muy altos que, cuando vuelva la libertad, los que no integramos el Proceso tendremos que restaurar.

¿Valores nacionales? ¿Alguien puede pensar que los valores nacionales este suelo somos tan omisos y sumisos como para aceptar que los valores nacionales nos los vayan a restaurar dictatorialmente los integrantes de un Proceso que en lo único que ha superado a los demás orientales es en la arrogancia? ¿Y que después de protagonizar, por ineficacia y falta de humildad y preparación, uno de los peores gobiernos de toda nuestra historia, no tiene siquiera la gallardía de reconocerlo y vive echándole la culpa a "la crisis externa"?

No quisiera padecer de soberbia, porque sabe Dios que la soberbia es lo que más desprecio bajo el sol. Entre Manolo y el destino tengo hoy -asombro de lo imprevisible de la vida-, este pedazo de trinchera y contratapa, en la que trato, como un deber, de poner lo mejor de mí, que no es mi odio.

En el tono menor de la solemnidad, levanto ahora la vista hacia la historia entera de lanzados que me separa y que me junta con Ferreira y con los blancos. En ella me afirmo. He oído que cuando Grauert estaba diciendo, en un teatro de Minas, el último discurso de su vida, un montón de blancos vinieron a pararse fuera del teatro, en la vereda de enfrente, para ayudar a los batllistas "si cuadraba".

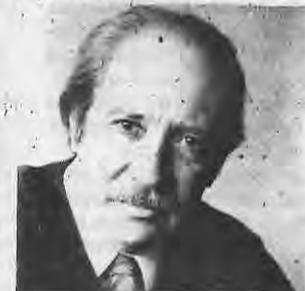
En Quebracho, contra Máximo Santos Marchon juntos lo mejor de la juventud de ambos partidos. Quebracho fue una derrota militar de la que salió la redención de la República, sólo posible a la caída del tirano.

Yo también siento, y sé, que en la conducta de Wilson Ferreira Aldunate no hay delitos. Ni en la de su hijo. Creo que hay honor. Más: sé lo que siente frente a este régimen. Yo también lo siento.

Mi deber es decirlo. Queda dicho.

Añado: los que estamos afuera (¿estamos afuera?) los esperamos porque, todos juntos, tenemos que enfrentar el desafío de mañana: la restauración de los valores nacionales, hoy ofendidos por la falta de libertades democráticas.

Así será.



Manuel Flores Mora

(* Porchia es un poeta argentino que murió no hace mucho, mal conocido por desdicha y que entre otros méritos tuvo el de haber escrito muy poco y muy bien. Y muy humildemente. Cito de memoria y no recuerdo si dijo libélulas o dijo insectos, pero para lo que quiero argüir, tanto da.

Pensamiento prelógico

¿Qué es la democracia, papá?

"Cuando estudiaba con Rabí A'Ki-ba, yo acostumbraba a poner vitriolo en la tinta y él no decía nada. Pero cuando fui a Rabí Isema'el, éste me preguntó: 'Hijo mío, ¿cuál es tu oficio?'. Yo respondí: 'Soy escriba'. Y él me dijo: 'Hijo mío, ten cuidado con tu trabajo porque es la labor de Dios. Si omites una sola letra, o escribes una letra de más, destruirás el mundo'."

(Rabí Meir, en Talmud, Erubin, 13a., citado por S. Sosnowski. "Borges y la Cábala", p. 17)

Pasé el fin de semana en la duda de si poner, para epígrafe de esta contratapa, el precedente párrafo del Rabí Meir o la referencia de Wimpi a la que aludiré enseguida.

Cuando caminan hacia la apertura, el Gobierno y el proceso me hacen acordar un poco a aquel personaje de Wimpi — ¡oh genio de Wimpi! — que se había puesto las botas. Pero al revés, como ocurre a tantos que se ponen las botas. Es decir: con el talón para adelante. Después decía:

— ¡Yo no sé qué me pasa! ¡Quiero dir y vengo!

El Gobierno o, si se quiere, el proceso cívico-militar, andan iguales. Cada vez que hablan, avisan que quieren dirse. Pero cada paso que dan, en vez de dirse se afirman. Y así, barajando el diéndose con el llegando, amagan con el adiós y nos derraman el "Ave María purísima". Sin apearse. Como para confirmar, ¡ah criollos!, que decir adiós no es dirse. Y hablar de apertura, tampoco.

Todo, reclamando que seamos nosotros los que nos bajemos del caballo, como si no fuéramos, al final, los dueños del rancho.

El día que en este país se tipifique como delito el "atentado a la coherencia en el grado de conspiración", el Proceso marcha entero, subsecretarios incluso. Incurso como está in fraganti de "Vilipendio a la fuerza moral del sentido común". Y de "Asistencia" — con agravantes — a la Asociación contra la lógica, la gramática y el sentido natural de lo que se dice en castellano.

¿O no?

Me pongo triste sólo de pensar que algún lector crea que estoy haciendo humorismo. Es que lo digo de verdad. El proceso cívico-militar no es lógico. Es prelógico.

Pensamiento prelógico es aquel, dicho sea sin ofender, donde una mentalidad "acepta sin la menor inquietud incompatibilidades que saltan a la vista" incompatibilidades que el pensamiento lógico "no puede admitir ni por un instante". (*)

Por ejemplo: acusar y procesar por Atentado a la Constitución a quien, en defensa de dicha Constitución ha combatido a los que (para decirlo de algún modo) la desimplantaron y que son ahora precisamente los que acusan y procesan.

O resistir el retorno incondicionado de la democracia plena aduciendo la defensa de la misma. Y sosteniendo impávidamente que para que la democracia sea vigorosa y se defienda, tiene que incluir mecanismos de acentuado color no democrático. Y deshacerse de garantías que constituyen su esencia misma.

O pregonando que la seguridad sólo puede considerarse asentada y establecida bajo un sistema donde todos nos sentimos inseguros, por una inseguridad, sembrada desde arriba.

O invocando de modo permanente el pensamiento de Artigas para justificar modos, ideales, sistemas y objetivos expresa y radicalmente combatidos por Artigas a lo largo de toda su vida y de toda su prédica.

He citado cuatro tópicos: el atentado a la Constitución; el concepto de democracia, la seguridad pública y el pensamiento de Artigas porque, sin ofender a nadie, respetuosamente, me parecen algunos de los más claros

y evidentes ejemplos de este carburar del Proceso, eslabonando ("sin la menor inquietud", como decía Levy-Brühl) incompatibilidades que la lógica, o el pensamiento lógico "no pueden admitir ni por un instante". Y que no constituyen, cuando menos en términos de civilización occidental, pensar verdadero. Esto es, pensamiento lógico.

Ortega y Gasset señalaba que la razón "suplanta la infinita morfología del pensamiento por una sola de sus formas: el pensamiento lógico. Es decir, el pensamiento en que se dan ciertos caracteres: ser idéntico a sí mismo, evitar la contradicción y excluir un tercer término entre lo 'verdadero' y lo 'falso'."

"Todo pensar que no ostenta estos atributos será un pensar fallido, que no consigue ser lo que constitutivamente pretende y que, por tanto, no es auténtico pensar". (**)

Es decir: que naufraga en contradicciones, se desliza entre contrapuestos sentidos dados a las mismas palabras, decaea su rigor y manipula acepciones encontradas de cada término (seguridad o Artigas, democracia o Constitución). "Sin inquietudes".

Al pie de la letra

Por donde, al final, desde Ortega o Ley-Brühl caemos en lo mismo que ya nos había dicho, en el párrafo viejo como la tierra y limpio como una estatua, el venerable Rabí Isema'el: ni letras de menos ni letras de más. No se puede pretender la verdad excluyendo formas elementales del rigor. Atentar contra las



Constituciones trae por tierra a las patrias. Pero atentar contra la lógica "destruye al mundo".

La coherencia es como el aseo del alma. Como el lavarse la cara de la cabeza. No es posible poner a nuestro antojo — o en la pérdida ecuanimidad de la guerra psicológica y sin ética — los conceptos con las patas para arriba. Y variar según la conveniencia el número o, el orden de las letras.

Me cautiva el párrafo del Rabí Meir porque reflota cosas esenciales. Ahora decimos escriba como quien dice lacayo con lapicera. Decimos escriba como si hubiera en el vocablo una filiación prostibularia, parecida a la que se desprende de otras palabras también un poco antiguas, como amanuense o como esbirro. Y también inapelablemente connotadas por servilismo y obscenencia.

Con palabras menos técnicas pero por lo mismo más humanas, el Rabí Isema'el — cuya voz reposada comienza por llamarnos "Hijo mío" — nos recuerda a través de los siglos, para cuando la tentación de poner en la tinta vitriolo nos asalte, que el trabajo del escriba es la labor de dios. (¿No son, al fin y al cabo, todos los trabajos, los trabajos de dios?)

En los tiempos en que yo me estrenaba en la política, corría por las bocas divertidas de los mentideros, una anécdota cuya gracia todavía da perfume.

Tras ganar las elecciones de 1950, Luis Batlle había bajado del poder (en la democracia los hombres vencen y al igual bajan del poder, sin poner condiciones) y marchado a París, como jefe de la delegación uruguaya a una Asamblea de Naciones Unidas. Todavía Nueva York no era sede, todavía no había sido construido el edificio de Naciones Unidas, todavía éramos un poco siglo XIX y París la capital del mundo).

Para reemplazarlo durante las semanas de su ausencia, Don Luis dejó en su diario "ACCION", como administrador, a una persona cuyo apellido no recuerdo. Y como encargado de la página editorial dejó a Eduardo Lezama.

(Hermano de D. Arturo Lezama, que presidió el Consejo Nacional de Gobierno, Eduardo era adorado por la nueva generación del Partido; amigo íntimo de las mocedades de Julio César Grauert, Eduardo es una memoria que venero. Tenía dos vicios a los que sucumbía por turno: los sueños revolucionarios de justicia social y el alcohol. Cada tanto se emborrachaba al mismo tiempo de las dos cosas y no aparecía por su casa ni por lado alguno en varios días).

Al regreso de Luis Batlle aparecieron en los libros y en la caja algunos de esos quebrantos que cuando se investigan empiezan a crecer y no se sabe dónde paran. Hubo que prescindir de ese administrador.

Después Don Luis se puso a leer los editoriales publicados en su ausencia por Lezama y por sus sueños. (Uno, creo, se titulaba "La gloria de Lenin" o algo así). No tuvo que echarlo. Cuando terminó de leer y levantó la vista, Eduardo, con sus debilidades humanas y su botella ideológica, se había ido solo.

Tiempo después, el azar junta en una misma vereda a Lezama y al administrador. El segundo se conmueve y, con esa suprema inocencia de los ladrones, intenta abrazarlo. "¿Qué será de ese diario sin nosotros!"

Es entonces que Lezama, incapaz de herir pero también incapaz de transar o mentir (imagino sus ojos doloridos abajo de su cabecita sin un solo pelo) lo corrige:

—Pará! Que a vos te echaron por números. Y a mí, por letras.

En la lejana juventud de los dos, el diputado Julio César Grauert había conseguido sacar a Lezama de una prisión militar de Perú, a donde lo habían metido sus sueños y lenines.

Del desfalco de letras (en realidad no fué que faltaran letras sino que sobraban), a Lezama lo sacamos nosotros, la muchachada del Partido. Nos reunía los viernes en su casa (de la calle Tarumán, donde Walkiria, su mujer, nos convidaba con café, mientras su hija Varenka (que las dos me perdonen el impudor de estos recuerdos de ternura hacia Eduardo) jugaba a las muñecas. Lezama nos organizó en la famosa y olvidada "Comisión Batllista de Seguridad Social" pero no nos hablaba de Lenin sino de Arena. Nos repetía cada viernes que Arena decía que la más hermosa página del programa de principios del Partido, era esa última, que está en blanco, para que la llene el porvenir.

(Yo me inclino ante la sombra de Eduardo Lezama, que no fue diputado, ni Ministro. Estaba en el tuétano de nuestro Partido. Eran los tiempos de Luis Batlle por el mundo, cuando la libertad se arquitecturaba en torno de nosotros y nuestros adversarios nos acusaban de comunistas-chapa-quinque. Lezama no había leído al Rabí Isema'el. No habiéndolo leído, pecó por demasías. Pero no debemos incurrir tampoco en lo que Eduardo no nos hubiera perdonado: pecar por de menos.)

Lógica prelógica

Si el país es lógico y el proceso, prelógico, hay que pensar que la lógica puede entender a lo prelógico. Lo prelógico en cambio no es capaz de abarcar a la lógica. Así visto, lo lógico es que nos pongamos (todos) prelógicos, como única manera de establecer los planos por

donde circular hacia las soluciones lógicas. ¿Estamos?

Aristóteles, Maquiavelo, Richelieu, Bismarck o Aldo Moro establecen una larga historia de la teoría política. La política es el arte de lo posible, dicen. No. La política, corrigen, es el arte de hacer posible lo necesario.

Aquí lo necesario es la libertad. Lo necesario es la democracia completa. La tarea no es siquiera explicarlo. Es hacerlo posible. Y puesto que la prueba es de fuerza, hay que hacerlo posible por la fuerza. (Fuerza no quiere decir violencia. Cuando digo fuerza no digo fuerza física, no digo fuerza bruta, no digo violencia.)

Hablo de la fuerza del Gandhi, de la fuerza de Artigas, de la fuerza de José Batlle y Ordóñez. Hablo del ningún paso atrás y de la intransigencia en los principios.

Hablo del "con la razón —ya que no con libertad— ni ofendo ni temo". Ni aflojo.

Hablo de la contundencia prelógica de la cacerola pero hablo también de comunicar, prelógicamente, lo que el país civil no ha de entregar.

El proceso ha sentado las cosas en que dice que no está dispuesto a ceder. Pues bien: a la mentalidad organizada sobre la base de mando y de obediencia de una cosmovisión tejida en la estructura de la jerarquía, hay que hacerle sentir que el país es inflexible. Sólo acepto lo que ha constituido el orgullo de su legado histórico. La razón misma de su existencia desde el día aquel en que Artigas reunió a los delegados orientales en una panadería y acordaron —para siempre, mal que pese al Proceso— la autodeterminación soberana (y sin plazas) de la orientalidad.

Bruselas...

En un ejemplar reciente de "L'Express" leo un par de líneas impagables. Y a cuento.

Se trata del fenómeno conocido por el cual la libertad de tarifas aéreas sobre el Atlántico Norte contrasta con los precios concertados de las compañías sobre el Continente europeo y resto del mundo. Como resultado, el mundo sajón se beneficia con pasajes más baratos entre Inglaterra y EE.UU. que entre Inglaterra y puntos mucho más cercanos, como Bélgica.

La anécdota es la del escolar londinense, que pregunta:

—Papá ¿dónde está Bruselas?

El empleado hurga en su memoria (memoria prelógica donde el mapa del mundo ha sido reemplazado por un cuadro de precios de pasajes) y contesta:

—Bueno, hijo... Pienso que en un punto determinado entre Nueva York y Chicago.

Trasladado a nuestro tema, el ejemplo nos daría el niño preguntando a su padre, hombre del proceso:

—Papá ¿qué es la democracia?

—Bueno, hijo... Pienso que un régimen determinado entre el de Pinochet o de Stroessner...

Bien: no. Prefiramos inquebrantablemente la definición del Rabí. Democracia es un régimen al que si se le mueve una letra, en más o en menos, se destruye el mundo.

Por eso, no se le moverá. Ni una letra ni un pelo.



Manuel Flores Mora

(*) L. Levy-Brühl, "Carnets", párrafos 62-63.

(**) José Ortega y Gasset, "Apuntes sobre el pensamiento, su teurgia y su demiurgia", Obras Completas, Tomo V, pág. 527.



Leyendo diarios de Madrid

Uruguay con las penas del estudiante de Praga

En un ejemplar viejo ya de varias semanas de "El País" español, aprendo una historia que me parece suprema. Es la del ciudadano Rodolfo Zornoza Esteban, que una tarde se entera en Madrid que acaba, él mismo, de morir en Francia.

La discusión de si el arte imita a la vida o la vida al arte, cosas ambas igualmente ciertas, pasa a segundo plano frente a ejemplos como este de Zornoza. Aquí arte y vida no se imitan. Tampoco se confunden. Simplemente son una sola y misma cosa. Directamente, como un cuento metafísico escrito por el hado.

Perfil de un Pánico

Confiscada la atención por sus propios terrores, el lector del Cono Sur no sabe muchas veces de esa guerra sucia sobre el sur de Francia, campo de batalla entre el terrorismo terrorista y el terrorismo antiterrorista españoles.

En la ocasión a que aludimos, un poderoso aparato explosivo estalla desmenuzando un automóvil. Los pedazos del automóvil se esparcen hasta a mil metros de distancia. Adentro del vehículo había un hombre, que queda hecho polvo. (Polvo aterrizado, que diría Quevedo, si hubiera vivido hasta este Guernica que no termina más de nuestros días). Pero la policía francesa recoge de entre los fierros, o en algún chiquero a siete cuadras, los documentos de identidad del desintegrado: se llamaba Rodolfo Zornoza Esteban.

En Madrid, Rodolfo Zornoza Esteban (que algún día, claro, polvo será también, pero que todavía trabaja en la Delegación de Industria y habita en el número 9 de la calle de Andorra) recibe la nueva. "El País" no lo dice pero el lector intuye que la sorpresa o protesta de Zornoza Esteban no son tales, sino apenas la máscara de la esperanza que aborda el final de un espanto, filoso como un escalofrío metafísico.

Saberse muerto en Francia y tocarse vivo en Madrid, contemplándose en los espejos insondables de sus cafés, no es solamente un campanazo de surrealismo. Es, además, el punto final de una esdrújula peripecia de pánico que lleva ya dos años.

Con 45 de edad, vacunado probablemente de viruela y otras sorpresas y con su nombre en la guía telefónica, Zornoza Esteban es, además, propietario de un automóvil Simca 1200. Zornoza, como cualquiera, va por la mañana a su empleo, deja el auto en el aparcamiento de la esquina y se mete al trabajo hasta la noche. Después le llega una multa correspondiente a ese día, por exceso de velocidad en una carretera de Zaragoza. O por cruzar, días pasados, una luz roja en Barcelona. O por una doble fila en la Plaza de Cibeles, otra vez, a la hora precisa en que lejos de allí, naufragaba en el romanticismo de un besódromo.

Para no agravar a sus lectores, "El País" omite la innecesaria referencia a las indignaciones barajadas entre los días y las noches de Zornoza, cuya interior sublevación contra el orden mentiroso del mundo, si tuviera escalones, hubiera permitido subir al cielo. Consigna en cambio que Zornoza exigió la fotografía de una de las infracciones por lo menos. (En España, la policía de tránsito carretero tiene radar y helicópteros y cámaras. Lo sé porque me costó la humillación de la vida. Bebe Amézaga me había prestado su coche para ir hasta Cádiz y Ronda y Málaga. Un año después volví a España y me contó de la multa que le había llegado por haberme yo cruzado

la raya amarilla de la carretera en Jaén. Me indigné. Juré que jamás había estado en Jaén. Entre risas, el Bebe me mostró la foto, con su coche y la fecha y la raya amarilla violada con crudeza. Me enteré así que la policía ibera toma fotos y que yo había estado en Jaén).

Cuando Zornoza recibe la fotografía advierte que es su coche. Mejor: un Simca 1200 del mismo año y color que el que posee. Hay una mínima diferencia: una pequeña banda de color en el cristal trasero. Es terrible esa mínima diferencia, porque parece como un lunar naturalizador en la piel de la verosimilitud. En términos de razonamiento científico es una prueba en contra. Pero para Zornoza, que ya tiene bañado en temores mágicos el sentimiento de la identidad, la diferencia de la banda de color en el cristal trasero, confirma más que desmiente los asombros. En efecto, la diferencia sólo prueba que el demonio que le está duplicando la vida de fantasmas, también comete yerros mínimos. Es, diríase, como un demonio humano, y por lo mismo doblemente demoníaco y temible.

Ante la foto, Zornoza debió comprender, muy hondo y sin palabras, que él mismo no era él, sino solamente un ejemplar de él. Que había otros, menos empleados de Industria y grises, que volaban por carreteras de la vida, enfrentando peligros y bebiendo quién sabe qué vinos con chequeras. "El País" no lo dice. Zornoza debió pensar, mirándose con amargura en banales espejos suburbanos, y mirando asimismo su propia timidez y limitaciones de su vida, que él no era siquiera él, sino apenas, el apocado borrador de sí mismo. Debí ser sobrecogedor quedar así, empantanado en los grises, a la espera de la cuenta o la multa que ha de llegar cobrando lo que no se tuvo el coraje de vivir.

Cuando le dijeron que esa tarde había muerto, él, en Francia, Zornoza debe haber sentido lo que sentimos, al ponernos los anteojos, aquellos que padecemos estigmatismo. Debí sentir que las dos visiones repetidas por fin se reducían a una sola. Hay una perpleja crueldad en estar repetido por un espectro con Simca. Pero tendría que ser maravilloso saber que, contra todas las creencias del vulgo, los espectros pueden asimismo, como un Primer Ministro o un prejuicio, ser volados a la dinamita.

En el caso concreto de Zornoza (sólo en su caso personal) no lo creemos liberado. El ejemplar de Madrid ha de estar a estas horas liberado. Pero liberado de vida. No le será fácil sacarse del alma esa muerte francesa donde se le clausuraron para siempre las velocidades de las carreteras.

Uruguay y Conrad Veidt

Lo que ocurre es que Zornoza me hace pensar en Uruguay, que es diferente. Estos dramas de la identidad no son nuevos en la mitológica constelación del pavor interior de los hombres. Si quiere leer algo bueno, lea el lector la gran novela suiza de Max Frisch, "Yo no soy Stiller". Pobre Stiller. ¡Qué iba a ser Stiller!

Hay, en la era paleolítica del cine, una formidable y no superada película que es como el toro de Altamira del celuloide. Hay varias, pero yo estoy pensando en "El Estudiante de Praga", protagonizada por Conrad Veidt. (Cuando recién se inventó el cine, las mujeres no conseguían despegarlo de la vida. Se enamoraban de los actores y como los grandes actores -Valentino o Veidt- se

morían jóvenes, las mujeres iban después a suicidarse con flores sobre sus tumbas. La ingratitud femenina ya no recuerda a Veidt. Pero Veidt le ganó a Valentino casi, creo, por media docena de suicidadas.) En "El Estudiante de Praga" (hay otra versión por Adolph Wolbruck), Veidt, entre Fausto y Zornoza, le vendía al diablo su imagen en el espejo. Era la Praga romántica y decimonónica, sin Simcas pero con duelos estudiantiles a espada. En la bohardilla del estudiante de Praga el espejo no devolvía ya la imagen entregada al infierno por cosas de deudas de juego. El estudiante de Praga tapaba aquel horror (recuerdo cómo me horrorizó) del espejo vacío, tapándolo con su capa de estudiante de Praga. Pero es que autónoma, la imagen después andaba por las calles protagonizando fechorías.

No recuerdo bien el argumento ni el final. Sigo mirando, sin embargo, la escena suprema del amanecer en que Veidt, desafiado o desafiante a un duelo, se dirige al bosque del lance. Está comprometido, por amor, a no matar a su oponente. Llegando, advierte entre los árboles la propia imagen que viene de regreso. El duelo ha tenido lugar. En el césped, partido el pecho por una estocada, el otro hombre está muerto. Veidt contempla, anonadado y oculto entre los árboles, lo que ha ocurrido. Comprende que, por encima de nuestra maldad, está la maldad suelta de nuestra imagen que el demonio maneja.

¿Y por casa?

¿Qué tiene que ver el Uruguay con los espejismos reseñados?

Algún lector exterior puede pensar quizá que aproximar el sentimiento, el dolor de un país, a estas literateces, es manejar absurdos traídos por los pelos. Los uruguayos -estas tristezas, al fin, las escribo para los uruguayos- sabemos de qué hablo. Desde la primera línea, todo uruguayo, preso o suelto, proscripto o desproscripto, residente o exilado en el cabo de la tierra, sabe y siente a qué cosas me refiero.

Sabe de aquella imagen perdida en las planas menores de los periódicos del mundo y perdida también en el reflejo exterior y la vida concreta de nuestra tierra cada día. Sabe -¡ni qué decir!- de su vigencia dentro de nosotros. Uruguay de la libertad, Uruguay de la paz, Uruguay de la lucha permanente por la justicia y la cultura.

I. Puesto que hablamos de "El País" de Madrid, tengo delante de mí un recorte de ese grande y naturalmente cuidadoso periódico de España. El recorte contiene un comentario sobre Uruguay. No puedo transcribir su contenido, ni siquiera su título. Hacerlo costaría sin duda una sanción para JAQUE. El comentario por otra parte, ni siquiera corresponde a "El País" madrileño. Es una transcripción que, en la sección "Revista de la prensa", hace "El País" de un artículo aparecido en "The New York Times" del 12 de junio. No se trata de pasquines. No se trata, siquiera, de prensa partidaria. No es panfleto ni es tampoco expresión de un ángulo político interesado: Son dos entre los diarios de mayor prestigio del planeta. Y tampoco se trata de prensa comunista.

Pues bien, para decirlo (decirlo en puntas de pie, pero decirlo) la imagen que nos devuelven de Uruguay, este Uruguay, es imagen -¡oh, estudiante de Praga!- que no puede aparecer en los

espejos de la buhardilla nacional. Es una demoníaca imagen a la que aquí no se le puede hacer otro eco que el vacío, el silencio. O esta literatura de contratapa.

Una capa cuelga, como en la película venerable, delante del azogue. Con la espada en la mano, otra deambula entre los árboles del parque de los duelos.

II.- Pero no es el problema exterior. Es la nación disociada entre la nación real y verdadera, que aparca en el baldío de la esquina y se mete en el gris sufrimiento del trabajo. Y la otra, grandilocuente y arrogante, que la corrige y la desmiente. Y se cree mejor porque adueñada del volante, devora las carreteras, sin miedo de lo que cuesta la nafta, del mundo.

(Uruguayo: sabes de qué te hablo).

Como hubo dos Zornoza y uno solamente era verdad, así tenemos los dos Uruguay: el que está adentro, estemos donde estemos, opaco como la humildad pero caliente como el llanto. Y el otro. Nuestro Uruguay, el desprolijo Uruguay de las libertades sin arrogancias, orgulloso no de sus edificios militares sino de ese nivel intelectual que lo ponía a la altura de cualquiera cosa del mundo. Y el otro.

Nuestro Uruguay de Artigas y de Don Pepe Batlle. De José Pedro Varela y de Francisco Espínola. El de Onetti -Onetti desorejado que se iba para volver cada vez que quería- y de Torres García o de Quiroga. Y el otro. Este otro que fatiga las carreteras de Zaragoza, para decirlo de algún modo, orgulloso de las velocidades por las que se escapa del espejo que la capa ha tapado, tal vez para no verse, descerebrado y bajo cuya bóveda craneana resuenan las consignas. El otro: deshidratado Uruguay prelógico de las abominaciones y las excelencias, maniqueo y prepotente, que se atiende no a los matices de la razón sino, mejor, como el galo, al seco golpe de los filos arrojados en el platillo de la balanza, para decidirla no hacia lo que sea justo, sino hacia el antojo de eco vano que le sale de la boca bélicamente (vanamente) vencedora.

Quede el tema estrictamente político, el tema libertades y procesos, queden todos los temas del Uruguay versión "The New York Times" o de "El País", para imaginación de los lectores. (El lector que carezca de imaginación puede encontrar esos temas sobre el propio lomo).

Quiero decir, resumiendo, que hay un Uruguay-Zornoza-madrileño que tiene cariño por su madre, paga las cuotas de la heladera y remienda cada noche sus sueños y sus trajes. Otro, que vuela como Zornoza consagrado al porvenir del estallido desmenuzante, que promueve enseñanza fascista en los liceos, vota a Antonio Machado, vota en la UN a favor de la Sudafrica inaceptable del Apartheid y se complace precursor de un mañana en que, so pretexto de anti-comunismo, se coincide con el comunismo en la aniquilación de todas las democracias liberales del orbe.

En Praga los estudiantes usan capa. Plácidamente, ignoran qué cosa sea un poncho patria. Hay un dicho, grosero y sacrosanto como la patria vieja, que dice de cosas innombrables que no se tapan ni con un poncho patria.

Por eso será, digo yo, que tenemos que tapar el espejo con una capa de Praga.



Manuel Flores Mora



Escuchar el pasado

Cuando el porvenir llama a la puerta

"Donde acamparon los ejércitos, nacen las zarzas. Tras las tropas, vienen años de carestía."

Lao Tse, "Tratado del Tao" (c. 30a.)

Mucho antes de Confucio y de Cristo fueron escritas por el inmemorial Lao Tse, en impecables ideogramas chinos de cuidadosa caligrafía, las palabras que, como epígrafe, encabezan esta contratapa. Las estampo -civil de mí y cada día más civil, civil de civilidad y civil de civilización- no para crítica o agravio de milicias. Sino para recordar simplemente, en nuestro Uruguay cuyo futuro dormita sobre la mesa del diálogo entre uniformados y civiles, que las diferencias que distinguen a los unos de los otros son viejas como la desgracia. Milenarias como el andar a pie. Comó la lluvia o como el mundo.

Escribo para contribuir, porque la lámpara de ese diálogo, como la de todos los diálogos de sordos, proyecta sobre la pared la sombra de equívocos terribles. Quiero hacerlo de modo que ayude a comprender lo irreductible, para no dirigirse en el otro, a un otro que no existe. Es un error civil el argumentar a los militares como si fueran civiles de uniforme. Hay asimismo serio error militar en proceder hacia civiles con órdenes y por consignas (que suponen siempre la rigidez de pensamientos consumados), como si fuésemos soldados subordinados a la disciplina. Hay, por fin, el error común a las dos partes: tomar las cosas que pasan en Uruguay como si realmente pasasen en el Uruguay y no en el vasto mundo. Como si fuesen cosas de hoy. Y son cosas de siempre.

Con la frase de Georges Santayana y sin citar a Santayana (le requisaron la frase como quien requisaba un automóvil), DINARP suele decir que los que olvidan el pasado se condenan a vivirlo dos veces. Peor, yo digo, son los que ignoran la partícula de eternidad contenida en el presente. Se condenan a no desenredarlo. Y se ahorcan con él.

Hace 2.400 años no había marxistas ni pentágonos. No había infiltrados ni economía capitalista ni teoría de la seguridad ni dólar en tablita. ¡Qué digo! No había siquiera pugna entre Este y Oeste porque, por lo menos desde el punto de vista de Lao Tse, sólo existía lo que para nosotros es el Este. Pero había civiles y militares.

Lao Tse -el mayor filósofo chino de todos los tiempos- no quería a los segundos. Estos poseían las espadas y Lao Tse ignoraba el sentido de la espada. Le confiscaron por lo tanto el presente.

Civil, Lao Tse poseía en cambio la capacidad de cavilar y de escribir que los militares no tienen. Les expropió, como consecuencia, el futuro.

Pero debió tomar el rumbo del exilio. (Ya había exilio).

Al cruzar la frontera, Lao Tse encontró a un tal Yin Hsi, que comandaba la guarnición más alejada. En las manos de aquel oficial dejó Lao Tse el original muy breve (eran sólo 5.000 ideogramas) de su tratado del Tao. A ello debemos que la posteridad conozca el nombre de Yin Hsi, único que ha perdurado entre cuantos predominaban y desterraban por entonces. También que podamos citar a Lao Tse (*).

Cuando establece, por ejemplo, que:

"Las buenas armas son instrumentos nefastos. Para un caballero el puesto de honor es el de la izquierda, y para un militar, el de la derecha."(**)

"Las armas son instrumentos nefastos e indignos para un caballero; se usan a no poder más. La paz insulsa es superior (mejor). La victoria no es hermosa (buena). Sólo quien goza en el crimen la tiene por hermosa. Los propósitos de los que gozan en el crimen no pueden prevalecer en el mundo."

"Para lo fausto el puesto de honor es la izquierda, y la derecha para lo nefasto. En el ejército el jefe se coloca a la derecha y su segundo, a la izquierda. El mismo rito se sigue en los funerales (entre los llaneros). Quien ha dado muerte a muchos, debe planificar. Para la victoria bélica rige el ritual de los funerales" (c. 31).

"Cuando en el mundo hay Tao, los caballos de guerra se usan para acarreo de estiércol. Cuando falta el Tao, en los arrabales mismos de la ciudad se crían caballos para la guerra" (c. 46) (***)

Puede verse: Lao Tse no amaba la guerra. Tampoco la derecha ni la colocación a la derecha. No gustaba de la victoria. Amaba en cambio la paz insulsa y fausta, donde los caballos acarrear abono para los campos. Asimismo, rechazaba el rito de los funerales.

En el discurso del Tao (en la sintaxis, por así decirlo, de la armonía de los hombres y del universo) Lao Tse repudió el pensamiento prelógico y la intrusión o irrupción de rigidez determinativa que caracteriza a los ejércitos.

Cualquiera puede imaginar lo que hubieran aconsejado Bonaparte, Clausewitz, Moltke o Bismarck, a los interlocutores uniformados del diálogo uruguayo. ¿Qué hubiera en cambio sugerido Lao Tse a la parte civil de ese intercambio? ¿Hay intercambio? ¿De qué?

China no, Uruguay

Lo notable en este pensamiento laotseano de hace ya 2.600 años es la diferencia que establece entre la guerra y los hombres de guerra. A lo largo de la historia humana son innumerables las voces que han abominado de las guerras o la guerra. El análisis y ataques milenarios del filósofo chino van más allá: además de condenar la guerra, critican la condición del guerrero. Y el distinto protocolo, expresivo de una mentalidad y formación diferentes, que lo caracterizan en la paz. Y lo llevan a conducirse como en los rituales funerarios.

Sería lamentable que alguien malinterpretara el alcance de esta contratapa. O se apartase del preciso sentido que busco dar a los conceptos. Quiero decir que este país es mi país. Y que su tranquilidad y su suerte, cuando menos en instancia inmediata, penden del hilo muy delgado de un diálogo entre civiles y castrenses. Bien: desde el arranque, ese diálogo contiene un riesgo considerable de desastre, por la diferencia de mentalidad a que responde cada parte.

Un ejemplo directo servirá mejor que cualquier precavido rodeo para iluminar esa distancia mental entre militares y civiles. Casi elegido al azar, el que quiero ofrecer es del 19 de abril de 1979, fecha en cuyos matutinos un extenso comunicado de la Oficina de Prensa de las Fuerzas Conjuntas (No. 1.045) da cuenta que las mismas "desbarataron una red comunista". El comunicado llena casi la página 9 de "El Día" de esa fecha y recoge, entre hombres y mujeres, las fotografías, nombres y delitos por los cuales se procesa a 48 o 49 personas, constitutivas de "la red clandestina del Partido Comunista".

El uruguayo cualquier recuerda el estilo en que estaban redactados otros comunicados y éste, por el que se acusa a los comunistas de sabotear "el proceso de recuperación nacional en que todos los orientales están empeñados", saboteje con "un sólo objetivo: dificultar, trabar, destruir lo que están construyendo pueblo y Gobierno después de décadas de estancamiento."

Dejemos de lado que no era cierto lo del estancamiento de décadas y olvidemos que durante todo este proceso, jamás hubo identidad de pensamiento ni de esfuerzo entre pueblo y Gobierno. (El Comunicado No. 1.045 dice "pueblo" con minúscula y "Gobierno" con mayúscula.) Dejemos asimismo de lado



que este Gobierno y Proceso, con todas sus mayúsculas, jamás consiguieron integrar a sus planes la voluntad nacional, ni fueron capaces tampoco de estructurar vías conducentes a metas del progreso, ni tenían, finalmente, una mínima legitimidad para lograrlo.

Dejemos todo eso de lado, digo, y limitémonos al párrafo con el que termina el Comunicado No. 1.045:

"Este Comunicado informa a la población, a todos los orientales, de que trabajen en paz, que estudien en paz, que descansen tranquilos, que a pesar de los propósitos subversivos del comunismo, las Fuerzas Conjuntas no cesarán en su misión, que su voluntad es inquebrantable, que no darán paso atrás y que destruirán a quienes se opongan a la pública felicidad".

(No. Al final no dice "Amén". "Amén" era lo que se suponía que teníamos que decir nosotros, "todos los orientales", encargados de trabajar en paz y de descansar tranquilos.) El párrafo es expresivo porque no le falta nada. Ni los errores de idioma castellano, como ese ejemplo lamentable de "dequeísmo" que florece en la undécima palabra. O ese alarde de poderío sin apelación al servicio de las pseudo-verdades no revisables que se derramaban sobre la gente desde arriba, para culminar con la nunca omitida amenaza: "destruirán a quienes...".

Cualquier alumno de primer año de Escuela de Psicología puede diagnosticar y clasificar estos estilos.

Yo no estoy sacando esto a luz para dar manija a nadie (la gente se da manija sola y el gobierno la ayuda) ni para atacar al Proceso. Lo traigo a colación para preguntar simplemente (y contribuir). Los responsables del proceso, ¿tienen acaso idea del daño irreparable que estos modales y arrogancias les han causado? (En algún momento hay que decirlo y siento que ahora, en la recta del diálogo, no puede silenciárselo.)

Cuando dictaminan desde la altura lo que nadie cree, nadie admite ni nadie comparte, ¿advierten la sublevación interior que provocan en la dignidad corazón adentro de los uruguayos?

Después de lo que había ocurrido con las libertades públicas y con el salario real ¿creen efectivamente que lo que la gente necesitaba en 1979 era ser tranquilizada sobre el peligro moscovita?

Mentalidad

En una contratapa anterior, hace algunas semanas, transcribí una definición de "mentalidad" utilizada por quienes escriben y estudian historia contemplando ese ángulo. La tomé de un artículo publicado en el mensuario "Relaciones", donde se la atribuían a Solomón Asch, pero dejé constancia que no la había encontrado en Asch. (Finalmente, pude saber que se trataba de un error de los

autores y que la definición correspondía a un muy atractivo trabajo de la uruguayana Silvia Rodríguez Villamil, cuya lectura recomiendo y cuyas conclusiones, algunas de las cuales no comparto del todo, me gustaría comentar algún día (****).

Yo no sé qué va a pasar en esa mesa de diálogo. Pero sé que diálogo y negociación son vocablos corteses, que todos aceptamos, para arreglar, hablando, las cosas.

Está claro sin embargo que si se trata del país y de las libertades del país, las soluciones a tomar no deben responder ni a la mentalidad ni a las convicciones castrenses. Sino a la mentalidad y convicciones del país, dueño de sí mismo, y representado por delegaciones políticas que tienen detrás el ánimo civil de la República.

La observación, creo, era del periodista Carlos Castelo Branco. Decía, hace mucho, que las Fuerzas Armadas de algunos países de América Latina, cuando resuelven que sea oída la voz de las urnas, intentan que las urnas hablen por ventriloquía. Claro está que en Uruguay no es así.

Pero claro está que en la sintaxis de la armonía general (hacia el Tao, que diría Lao Tse) hay un trozo de aire para cada rama y una rama para cada hoja. El papel del país es gobernarse libremente a sí mismo. El papel de las Fuerzas Armadas no será condicionar, poner límites o negociar esa libertad. El papel de las Fuerzas Armadas es sencillamente la subordinación al poder legítimo. Y poder legítimo aquí no hay otro que el que surja del mandato popular, de donde no han surgido ni el Proceso, ni quienes lo encabezan, ni el actual Gobierno ni los que redactan sus comunicados. Ni ninguna de las ideas de los que aquí, ahora, mandan.

El ideograma chino que representa el Tao está compuesto por otros dos ideogramas: el que simboliza la cabeza y el que simboliza el camino. La cabeza a su vez simboliza el pensamiento, la razón. No la fuerza. La fuerza no otorga razón.

Ha pasado el tiempo de la dureza y de la rigidez.

En la mentalidad del proceso la rigidez y la dureza son méritos. Para el país soberano, en cambio, una y otra son insoportables defectos. Y hace 2.600 años, para el gran Lao Tse también.

"El hombre al nacer es blando y flexible. Al morir, rígido y duro. La dureza y rigidez es muerte. La flexibilidad es vida"

"No deben imponerse al mundo con las armas. Estas fácilmente se vuelven del revés".

Lo estampo porque es mi deber y con la tranquilidad de sentir que estas cosas no ofenden. Sólo podrían molestar a quien odiase la filosofía oriental. O la leal verdad en voz alta.



Manuel Flores Mora

(*) Todas las citas de Lao Tse son extraídas de "Lao Tse / Chuang Tzu - Dos grandes maestros del Taoísmo", edición preparada por Carmelo Elorduy, Ed. Nacional, Madrid, 1977.

(**) La palabra "caballero" utilizada en esta edición dirigida por Carmelo Elorduy no tiene probablemente el valor adjetival que le damos en el uso corriente actual. Refiere probablemente a determinada categoría social (como entre los romanos), de naturaleza civil sin duda y sin duda asimismo, espiritual y colectivamente jerarquizada.

(***) Libro citado, pág. 78.

(****) Silvia Rodríguez Villamil. "Las mentalidades dominantes en Montevideo (1850 - 1900) - 1. La mentalidad criolla tradicional". Banda Oriental, Montevideo, 1968, pág. 18.



Con libertad de prensa no ofendo ni temo

La verdad desde el lado del público

"Sólo el diez por ciento de estos amados hijos rechazaron los últimos sacramentos antes de ser fusilados por nuestros buenos oficiales", declaró un venerable hermano en Mallorca.

Hugh Thomas, "La guerra civil española", Grijalbo, 1979, Tomo I, pág. 286.

En este país, el que sepa lo que va a pasar es porque está mal informado.

La frase, que no fue dicha a propósito de Uruguay sino de Brasil, pertenece, creo, al diputado Herbert Levy, de aquella tierra. Resulta de todos modos tan adecuada al momento actual de los orientales que, con la debida reserva respecto de su autoría, la requiso.

¿Qué va a pasar? Hasta ahora, cuando no estábamos ni en el pasado ni en el futuro, vivíamos en el presente. Podría ser doloroso, venir malensillado, sobrar calabozos o faltar plata. Pero, por lo menos, el presente era el presente.

Con esto de la pre-negociación, nos han inventado ahora algo que obligará, si persiste, hasta a fundar nuevos tiempos para los verbos. Estamos, como quien dice, colgados en la desubicación que vacila entre la tierra y el cielo. En el puro pre-presente, nueva categoría metafísica, especie de cuarta dimensión pero temporal, y dimensión por otra parte no demasiado grande como que no tiene sitio ni para abrir en ella un boquete para que pase, de una buen vez, el régimen democrático. Entero y no por capítulos.

En el interior de las pirámides egipcias, para llegar a las cámaras definitivas—esas donde los faraones momificados navegan, en sarcófagos grandes como lanchones, por las aguas sin olas de la eternidad—había que atravesar antes corredores que cruzaban bajo de puertas muy bajas. El objeto era que nadie pudiera llegar hasta los pies del ataúd supremo sin el tributo reverencial de agacharse primero. ¿Será, digo yo, que la plenitud democrática en este país, antes de pararse tiene que pre-pararse tanto, y no le es dado erguirse con todos los huesos de punta sin previamente reverenciar a los que la conceden?

¿Qué va a pasar aquí? Como sea, adivinar el porvenir no figura entre los derechos humanos. Menos, entre los deberes. Pero carecer de videncia tampoco autoriza a omitirse en la lucha por implantar, en ese invisible futuro, aquellos valores en los cuales se cree. Así, a riesgo incluso de quedarme en pre-contratapa, confieso un muy moderado pre-optimismo de que finalmente se pre-vayan. Y no se pre-queden.

Tal el estado general del tiempo político y aviso a los navegantes al momento de escribir estas líneas. Ahora, al trabajo y al deber:

Doble Fila

El lector dirá si le parece una pavadada.

Tuvo lugar el pasado lunes, a mitad de la tarde. De vuelta a casa, me sorprendió—el cuadro siempre me sorprende y siempre me causa el mismo desagrado— un importante vehículo militar. Se trataba de un camión azul Mercedes Benz, con los números y letra 608 D o algo así. No me lo contaron, repito. Lo ví con mis ojos. En la portezuela, con finas letras, decía FUSEM. Un cuidado toldo, también azul al tono, cubría la caja posterior. Estaba estacionado en doble fila, a la puerta de la conocida pinturería de Constituyente 1490 y tantos. En la dirección, un hombre uniformado. Detrás, en la calzada, otro, las piernas abiertas y un fusil en las manos, como para pegarle un balazo al primero que se ofreciera. Es decir: no con el fusil terciado sino empuñado, una mano en el caño y la otra a la altura del gatillo.

(Digo que me subleva porque se explicaría en un soldado alemán en París ocupado. Esto es porque es una actitud física de intimidante enemistad, que brinda, fusil en mano, no la imagen de una milicia al servicio de la colectividad que le paga, sino a ella contrapuesta y como pronta para agarrarla a tiros).

Adentro de la pinturería (por supuesto que me metí para ver) estaba un tercer hombre uniformado de azul. Muy alto, con una poderosa pistola visible en el cinto y un cinto adornado con numerosas balas.

(En la pinturería, el público parecía no reparar en nada, todos con esa compostura más bien distante, de ojos hacia el vacío, que siempre me recuerda aquel aire entre inocentón y abombado que había en las colas inefables de votantes, cuando el Plebiscito del 80).

Susplicaz de mí, confieso haberme preguntado cuántos millones en pintura fina vendría a buscar aquel camión. Pero casi en seguida el uniformado grandote recibió su pedido: un paquete chiquitito, que por su volumen parecía contener un libro pequeño o dos franckfurters. Y se fue. ¿Saben ustedes qué era? ¡Era medio quilo de nogalina para teñir madera, por un valor total de 109 pesos!

A mis espaldas, una voz femenina hizo suyo el pensamiento de todos: "¡Para esto un camión con tres hombres! ¿Por qué no viene uno solo, a pata como vine yo?"

El que no fuera uruguayo—o el uruguayo que no viviera aquí—preguntaría por qué, cuando hay otras cosas tan graves, me detengo en esto. Bueno: porque para hacer un análisis de sangre no se usa cortar la carótida. Basta, simplemente, un pinchazo en un dedo. En su trivialidad misma, el episodio sirve para ilustrar esa sensación de reino aparte (aparte y además hostil), con que se nos relega a los demás hacia los andurriales sin mayores derechos de la subvida, que ha marcado por todos estos años al Proceso. Es así.

Ayer, en televisión, escuché (con gusto) al Teniente General Buadas hablar de la libertad de prensa (la estoy usando) para decir que, con tal que fuera "dentro de las normas legales y las buenas costumbres" (sic), ateniéndonos al respeto y consideración debidos, se les podía criticar.

Desde adentro de esas normas, que acato, lo que digo es que en el Montevideo lejano de mi infancia, la crónica de costumbres, recogió la imagen del barquillero que convocaba a los chicos con un triángulo de metal. Y la del organito, que molía su música y portaba una co-torría para que sacara el papelito de la suerte.

Bueno: entre las figuras populares del Montevideo de hoy, sin organito ni barquillos, está la imagen de este soldado, saltado desde la culata de un camión que, con uniforme azul o verde, blande el fusil pronto a abrir fuego sobre el tupamaro que se sospecha que somos. De vivir Juan de Dios Filiberto, termina haciéndole un tango.

(Aquello de que toda democracia pasada fue mejor que el Proceso presente, ¿era de Jorge Manrique?).

Amados hijos y perros

No estoy del todo seguro pero creo que fue Ortega y Gasset el que observó, como característica de la derecha, oponerse a las ideas basándose en las creencias.

Glosándolo, diría yo que el fascismo va más allá, basándose en las creencias (abusando de ellas) para oponerse no sólo a las ideas sino, incluso, al testimonio de los ojos.

En esa corriente debemos inscribir la frase, inverosímil, que sirve de acápite a esta contratapa, estampada por alguien orgulloso de que nueve entre diez de

"estos amados hijos", aceptaran los sacramentos "antes de ser fusilados por nuestros buenos oficiales".

En la misma página de Thomas, otra cita nos informa de otro ejemplo glorioso de fanatismo y fascismo, que por supuesto nada tiene que ver con la religión como tal y sólo debe recaer por consiguiente sobre el descarriado religioso que la profirió. La frase pertenece a fray Martí Torrent, que ocupaba el cargo de "limosnero principal de las cárceles de la España de Franco". Autor de un libro sobre los presos, en ese libro estampa Fray Martí:

"Feliz el condenado a muerte, ya que es el único que sabe cuándo ha de morir. Así tiene la mejor oportunidad para poner en orden su alma antes de morir".

¡Fantástico!

Ambas frases tienen una característica común: suponen la reafirmación encantada de la propia creencia. Pero sobre cuero ajeno. "Así qué gracia!", diría Vallejo.

Menos fraile y más militar, el general franquista Mola califica de manera diferente a los del otro campo. Véase:

"Cuando el representante de la Cruz Roja, Dr. Junod, se dirigió a Mola para proponerle un intercambio de prisioneros, el general contestó: "¿Cómo quiere que cambiemos un caballero español por un perro rojo? Si dejo marchar a los prisioneros, mi pueblo me considerará un traidor... Ha llegado usted demasiado tarde, monsieur, estos perros ya han destruido los valores espirituales más gloriosos de nuestra patria".

¿A santo de qué traigo a colación estas citas? Propias de un momento particularmente terrible de la historia de la Madre Patria, hoy, en la España libre y renacida de Juan Carlos y del PSOE, estas citas resultan totalmente anacrónicas. Para nuestra desdicha, no lo son sin embargo sobre este trocito del imperio espiritual español que habitamos. Es más, uniendo con desembarazo la lógica de Fray Martí Torrent y la marcialidad áspera del General Mola, las citas aludidas han sido simbiotizadas y superadas por el consejero de Estado Gabito Barrios. A propósito de la terrible situación que atraviesa Adolfo Wasem Alaniz, ha pedido la palabra en el Consejo y, entre otras afirmaciones que, todas sumadas, configuran el más sutil de sus posibles autorretratos involuntarios, ha maltratado a quienes se ocupan por la suerte de Wasem Alaniz. Ha dicho Gabito Barrios, en efecto:

"Magnífico collar de perlas de este sedicioso (sus delitos), cuya libertad tanto preocupa a tanta gente que no tiene otra cosa de qué ocuparse, parecería. Creo que deberían preocuparse de la angustia de las viudas de los muertos asesinados por este asesino y no del estado de salud de alguien a quien le salió una condena, que va a morir, pero no va a saldar la deuda contraída con la sociedad... Se han olvidado de todos los hechos sangrientos, de todos los asaltos y de todos los crímenes que cometió y fue coautor este tupamaro que tanto interesa a esta gente que, repito, parece que no tuviera otra cosa de qué preocuparse."

Confieso mi turbación, porque si eso puede decirse de los que se ocupan de Wasem Alaniz, ¿qué decir entonces de mí, desdichado, que me estoy ocupando de lo que dijo Gabito?

Dejando subjetividades de lado, digamos, no obstante, que hay acierto y que hay error en las palabras del Conse-

jero. Acierto cuando razona como Fray Martí Torrent ("Feliz el condenado a muerte...!") porque es obvio que si Wasem Alaniz fallece, no cumplirá los 30 años de cárcel más 15 de medidas de seguridad eliminativas que lo rondan, es decir, "no saldrá". ¡Linda manera de no saldar!

Pero error, a nuestro juicio, e injusticia, en muchas otras de las aseveraciones del Consejero, sobre las que no nos detendremos porque coinciden con la postura exteriorizada por un comunicado de DINARP. Y porque queremos contestar ese comunicado.

¿No lo ven?

El comunicado de DINARP apareció en la prensa el 13 de julio y consta fundamentalmente de tres partes. La primera, relativa a una campaña en favor, entre otras cosas, de la libertad de Adolfo Wasem Alaniz. La segunda, historizando toda la actividad subversiva de Wassem, hechos en que participó, homicidios, atentados y cargos que la Justicia Militar consideró probados. La tercera parte, para explicar la enfermedad incurable que padece y el estado terminal de la misma con todos los detalles.

Las partes segunda y tercera se ponen en conocimiento de la población porque "probablemente muchas personas están siendo engañadas en su buena fe respecto de dicho delincuente".

El lector se habrá horrorizado líneas arriba con la cita que hicimos de Mola. En descargo de Mola digamos que fueron palabras en mitad de la guerra y en mitad de los tiros.

El comunicado de DINARP se publica once o doce años después del último de los hechos atribuidos a Wasem Alaniz.

Hay aquí primero un error conceptual. Después un horror humano.

El error conceptual es contestar una vez más, como siempre que se habla de amnistía, que ella supone olvidar lo que fue la sedición. Se insinúa con ello que los partidarios de la amnistía simpatizan con aquella actividad o son débiles frente a la misma. Vaz Ferreira (últimamente lo leen poco, se ve) llamaba a este tipo de exceso, "paralogismo de falsa oposición". Es de una debilidad conceptual que no resiste el análisis menor.

Pero en este caso, además de error, hay horror.

En toda la historia de este país—lo digo frontalmente y frontalmente levanto mi más severa crítica por ello—no se había dado jamás el caso de una autoridad que, por una parte, hiciese público el estado de salud de un hombre desahuciado delante de la muerte. Y que en el mismo documento en que describe con detalle, desesperante para sus familiares—su padre, su madre, su mujer, su hermano, su hijo—esa enfermedad terrible, incluya acusaciones e insultos contra el enfermo que se muere.

Yo no tengo ninguna relación con la campaña que se está haciendo en favor de Wasem Alaniz. Con sus familiares no tengo otra vinculación que la que emerge de mi actividad como miembro de la Comisión Uruguaya de Derechos Humanos. En ese carácter fui visitado y el caluroso sentimiento que nace en esos casos entre hombres de edades e ideas diferentes, pero que se vinculan por un mismo drama, es el que reconozco.

Para protestar por el comunicado de DINARP hago sin embargo abstracción de ello.

Cuando llegue la hora de la amnistía total—esto es, del olvido—los orientales, para salir adelante, tendremos que olvidar también este episodio lamentable.



Manuel Flores Mora



Uruguay hora de la verdad

A petición de parte, con eficacia tardía y parsimonia de desespero, el Proceso cívico-militar ha comenzado, magnánimo, a desmontar alguno de los problemas que inventó.

En junio de 1977, por ejemplo, inventó el Acto Institucional No. 7. La semana pasada, tras sugerencia insistente de Partidos políticos, lo desinventó.

Es el mismo mecanismo del cuento del gurú que recomendaba, a un creyente consternado por disputas, miseria e incompatibilidades familiares, meter una vaca en el comedor. A los pocos días, el creyente volvía desesperado. Además de miseria, ahora había bosta. Multiplicadas, la angustia y la histeria tornaban intolerable la vida. El gurú ponía entonces cara de pagoda y dejaba caer la solución: sacar la vaca. El paciente regresaba reconfortado. Todo, sin vaca, era más llevadero. Este ahora derogado Acto No. 7 viene a ser como la vaca terapéutico-ritual del Proceso cívico-gurú-militar que padecemos. Con una diferencia: el Proceso no se limita a una vaca. Ostenta todo un rodeo de barrabasadas gordas. Decís "hopa, hopa" y te trillan las pezuñas.

En el acto

Un poco con melancolía —esa con que recorremos, antes de abandonarla del todo, las piezas ya sin muebles de una casa que hemos habitado años— anoche visité el Acto Institucional No. 7. Digo, que lo leí. Penetré por su "Visto"; recorrí, largos como corredores, sus considerandos penumbrosos; me perdí por sus artículos. ¿Qué digo! Hasta me detuve a mirar allá abajo el parque en brumas de la vida, a través del ventanal de sus incisos.

Ahora, en el comienzo de esta contratapa, intento apenas transmitir lo que entiendo debe ser, con justicia, el juicio de la historia sobre este Acto Constitucional No. 7, que acaba de fallecer.

El genio de Angel Ganivet resumió, hace ya mucho, el ideal de todos los españoles: llevar en el bolsillo una carta foral de un solo artículo que dijese "Este español está autorizado para hacer lo que le dé la gana".

Bien: el Acto Institucional No. 7, cuyas firmas aparecen encabezadas por la inefable del Dr. Aparicio Méndez (¡Aparicio Méndez!) en realidad, como decir, dice lo mismo que la carta foral de Ganivet, pero especializado. Entendámonos: absolutamente, lo único que dice el Acto Institucional No. 7 es que el Proceso puede hacer, con los empleados públicos y sus derechos, lo que le dé la gana. ¡Pero cómo lo dice! No así no más, sub especie guaranga. Lo dice, sí, pero con jerarquía. En siete apretadísimas páginas (el 7 es un número motivado, cabalístico, casi lunar. Los días de la semana se repiten todos cada 7 días, que es el tiempo que Jehová tardó para hacer el mundo y los mortales tardamos para hacer un semanario). De ese modo, el "hacer lo que le dé la gana", que el lacónico Ganivet expresaba en una escueta línea, el Acto Institucional No. 7 lo dice en un Visto, en un ambulatorio considerando con IX numerales y en 19 artículos, cuyas volutas encierran, con morosa prolijidad, todos los modos posibles de la arbitrariedad gubernativa y del desprecio para los que están abajo.

Lo firman, por último, tres personas (3 es el número de Dante): un Ministro militar que tal vez no comprendió toda la trascendencia de lo que firmaba, un Ministro Civil que firmaba cualquier cosa. Y Aparicio Méndez. (*) Yo lamento que parezca humorismo, cuando lo que quiero decir tiene la seriedad del mundo. Para explanarme, necesito, sin embargo, empezar desde un poco antes. Véase:

Antes del actual Proceso, Uruguay había tenido seis constituciones (1830, 1917, 1934, 1942, 1952 y 1967). Todas ellas extrajeron su legitimidad y validez del soberano pronunciamento popular. Esto es, que sancionando la primera,

cuya histórica jura se cumplió por autoridades y ciudadanía el 18 de Julio de 1830, para cada una de las posteriores hubo un pronunciamento plebiscitario popular. Las fechas de esos plebiscitos fueron las que siguen:

- 25 de noviembre de 1917,
- 19 de abril de 1934,
- 29 de noviembre de 1942,
- 16 de diciembre de 1951, y
- 27 de noviembre de 1966. (**)

De otra manera, que a lo largo de toda nuestra vida como Nación, desde el día humilde y sobrecogedor en que Artigas, dentro de una panadería, nos declaró patria, la Constitución —alta materia "reservada a vosotros"— fue la obra de la voluntad impersonal de la Nación. Hasta que llegó el Proceso. Entonces, con el apoyo de las FF.AA. y acorazados todos dentro de la teoría de la Seguridad, se invitaron los Actos y los Actos institucionales, y con un Ministro Militar y otro civil —el primero carecía de especialización para comprender el alcance de lo que firmaba, el segundo firmaba cualquier cosa— Aparicio Méndez se entregó a la farra constitucionalizadora o institucionalizadora, por "Actos" y "Actas".

(En la Plaza de Cagancha, la Estatua de la Libertad recoge los pedazos de las rotas cadenas, se tapa los ojos con los eslabones y llora).

Otro sí: para el orgullo y para la historia, tenemos que subrayar que, de las seis Constituciones que tuvo este país, ninguna de ellas hubo que ominosamente negociarla con los representantes de la fuerza. Obra de mandatarios populares, fueron directa o indirectamente labor de pueblo solo. Sin pre-diálogo. Sin parquehotelerías. Sin condicionamientos de hombres de armas con "destino manifiesto". Así fué.

En el exacto punto a que han llegado ahora las cosas, mi deber es consignarlo de este modo. Con la diáfana claridad del agua pura. El deber de los que detentan la fuerza, por su parte, es admitirlo. Y acatar al país.

Juristas 7

Una de las muchas conquistas alcanzadas por las Constituciones uruguayas en el tiempo, había sido precisamente el establecimiento de la carrera administrativa para los funcionarios y la inamovilidad de éstos como principio general (Const. de 1967, art. 60). Inamovilidad quiere decir que no se les podía echar, porque tenían derecho al cargo y la carrera.

El ideal ganivetiano, o denunciado por Ganivet, no regía aquí. Ni para el funcionario, sujeto a sus deberes y susceptible de sanciones. Ni para el gobierno, que debía respetar los derechos de carrera del funcionario. Para destituirlo era necesario configurar la causal (ineptitud, omisión o delito) y obtener además la autorización o venia, expresa o tácita, del Senado (art. 168, inc. 10).

Ninguna investigación o sumario sobre irregularidades, omisiones o delitos "se considerará concluida" (decía la Constitución, además) sin que antes el funcionario sea oído y "pueda presentar sus descargos y articular su defensa" (art. 66). Es decir, las garantías eran la regla.

Los derechos del funcionario (fuese cual fuese su pelo político) no se limitaban por otra parte a la inamovilidad, sino que la existencia de una carrera administrativa y de una justicia especializada (el contencioso administrativo) le permitían recurrir ante postergaciones o desconocimiento por parte de la jerarquía.

Por supuesto que en la aplicación práctica de todo esto pudieron cometerse muchas veces injusticias. Pero en bloque, estas grandes conquistas no eran sólo una garantía para el funcionario. Lo eran sobre todo para la libertad del país. Era así posible que la mayoría de los abogados del Banco Central, por ejemplo, o que un muy importante porcentaje del profesorado de Secundaria fueran

frente-amplistas, sin que tuvieran que ocultarlo y sin que eso rompiera el normal y fluido funcionamiento de los servicios. Además, esto no había sido conquista arrancada con movilizaciones. Esto había sido, en el Uruguay de la democracia y del derecho, la evolución normal de la cultura jurídica colectiva.

Bien: cuando bajo este Proceso fue posible introducir cambios en la Constitución sin recurrir a la voluntad popular, a través de simples "Actos institucionales", gente como el Dr. Aparicio Méndez entró, hacha en mano, a derribar principios como quien tala espinillos.

El Acto No. 7 arrasó con los derechos de los funcionarios. Su artículo 1.º establece "la situación de disponibilidad para el personal civil...". La "disponibilidad calificada" emana de un simple acto administrativo, "por razones superiores de interés público o de mejor servicio". Y tiene "carácter discrecional" (art. 3). Es decir, la autoridad la decreta y chau.

Pasado a disponibilidad, el funcionario puede ser redistribuido (recibir otro destino). Transcurrido cierto plazo sin que lo redistribuyan, deja de cobrar y está echado. Así de simple.

En el país se había acabado la seguridad del estado de derecho. Reinaba la inseguridad de la Doctrina de la Seguridad.

Este es el régimen que acaba de fallecer. Mejor dicho, al fallecer el Acto No. 7, desinventado por el Proceso, renace el régimen jurídico constitucional. Sin que nos hayamos dado cabalmente cuenta —esta contratapa quiere contribuir a hacerlo— un numeroso sector de uruguayos han recuperado algunas garantías fundamentales para su vida. ¡Aleluya!

En este aspecto, es como si el país hubiera logrado bajarse de la chanchita y emprender, a pie, el camino de regreso hacia sí mismo.

Frente a ello, pasan a segundo lugar muchos otros comentarios que hubiera deseado hacer al Acto No. 7. Obra de civiles complacientes, poco leales incluso para con el régimen militar al que apoyaban, el Acto No. 7 es una de esas piezas pretenciosas, ampulosas y reiterativas, con las cuales sus autores intentaron sin duda deslumbrar a sus superiores uniformados. Resulta así increíble que para lo poco que dice, gaste 18 innecesarios artículos (cualquier legislador novato advierte, por ejemplo, que sus arts. 1, 2, 3 y 6, pueden fundirse fácilmente en un solo artículo, por lo demás bastante breve. Los arts. 4, 5, 7, 8 y 9 son asimismo susceptibles de articularse en uno solo).

Más grave es el macaneo libre del Considerando, que contenía incluso inexactitudes o faltas a la verdad imperdonables. Establecía, por ejemplo, que en su inc. 6.º, el art. 80 de la Constitución suspende la ciudadanía a los que integran organizaciones que por la violencia o propaganda de violencia, tiendan a destruir las bases de la nacionalidad. Cuando lo que dice la Constitución es otra cosa muy distinta: establece esa suspensión para los extranjeros nacionalizados, pero en ningún caso para los uruguayos naturales.

Mucho más grave todavía: el Acto No. 7 omite decir que esas "bases fundamentales de la Nacionalidad" están definidas por ese mismo artículo 80. Este señala que "se consideran tales... las contenidas en las Secciones I y II de la presente Constitución".

Es decir: que para la Constitución, las bases fundamentales de la nacionalidad son la Sección I de esa misma Constitución, que trata "De la Nación y de su Soberanía" y la Sección II, "Derechos, Deberes y Garantías". Esto es, precisamente las dos Secciones en las cuales entraron con hacha los redactores de los Actos Institucionales.

Es a ellos, por tanto, que habría que pedirles cuentas de conformidad con una interpretación estricta del texto constitucional, por la destrucción, o intento de destrucción, de bases de la nacionalidad, fundamentales desde Artigas.

Los porque

La finalidad que persigo con estas explicaciones (por ellas me excuso ante los muchos que, por dominar estos temas, las encontrarán triviales) son dos.

La primera es que, si el arte de gobernar es el arte de resolver problemas, el Proceso, lo que ha sido en realidad es

el antigobierno o el contra-gobierno. Arrogancias aparte, su principal capacidad ha consistido efectivamente en crear los problemas en los cuales él mismo se enreda, enredándonos a todos y, ahora, legándonoslos.

Por este malhadado Acto No. 7 la democracia heredará así el martirio de miles y miles de destituidos, la interminable discusión de las postergaciones y damnificados y el nivel inadmisiblemente bajo de la enseñanza. (El país le da las gracias por estas hermosuras; entre otros, al Dr. Méndez.)

Ahora mismo —otro ejemplo— el Proceso advierte, ¡después de 12 años! que la Democracia Cristiana no es leninista. (¡Qué contento se va a quedar el Papa!) Al habilitar al Frente Amplio, el trascendente paso de normalización que el Proceso logra, se resume apenas, también, en desinventar un previo e injustificable invento.

Pero el país, su normalidad, su concordia y la imprescindible concertación, siguen constituidos en rehén de una situación política distorsionada por la prisión y procesamiento del Sr. Wilson Ferreira Aldunate.

Por si fueran pocos los conflictos reales, hémos aquí, también en eso, colgados de un problema absolutamente inventado por el Proceso.

La segunda finalidad por la que me he detenido en la muerte del Acto No. 7 es que, si vamos a salir alguna vez de todo esto, lo primero que tenemos que reconstruir (antes aún que la economía o la enseñanza), es esa parte interior de la cabeza donde, debidamente ubicado, el sentido del Derecho permite arquitecturar las relaciones colectivas. Si no lo logramos, cuando se vaya el Proceso, no habremos salido de él. Simplemente el Proceso seremos nosotros.

Adentro del Derecho, bajo el Derecho, todos somos, o podemos llegar a ser, seres humanos. Fuera del Derecho, apenas animales. Reptantes, algunos; carnívoros, otros. Babosos o salvajes, pero animales.

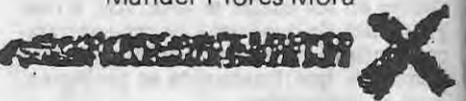
Por supuesto que, al fin, como observó para la eternidad Luis de Camoens, el hombre no es otra cosa que un bicho de la tierra. Pero el único bicho de la tierra capaz de proyectar el cielo dentro de sí, pese a las nubes.

A nosotros cuadra elegir si nos sagramos a la tierra y su mugre con la totalidad de la vida. O si preferimos, puesto que tierra somos y tierra hemos de ser, orientarnos con lo mejor de nosotros, hacia la fraternidad solidaria donde nos levantemos, siquiera sea chapaleando, en procura de una dignidad distinta a la de las lombrices o los topes.

Sólo en el segundo caso, cuando polvo volvamos a ser, podremos decir (como Quevedo dijo y antes de Quevedo, Propertio) que hemos advenido a la calidad de cenizas con sentido. Y que polvo somos. Mas polvo enamorado.

(Perdón).

Manuel Flores Mora



(*) Todas las citas del Acto Institucional y proceso de validación de Constituciones que hago, pueden confirmarse en "Constitución de 1967 y Decretos y Actas Institucionales en Vigor", ed. Barreiro y Ramos, Montevideo, 1982.

(**) Op. cit., págs. 6, 8, 10, 11 y 16.

NOTA: Por justificable traspapelamiento se omitió, en la contratapa de la semana anterior, publicar las notas relativas a las citas que contenía: Una de ellas refería al diálogo entre el Dr. Junod, de la Cruz Roja, y el General Mola. La misma puede consultarse en el libro citado de Hugh Thómas, "La guerra civil española", Grijalbo, Tomo I, pág. 290. La inefable afirmación del fraile Francisco Martí Torrent, limosnero de las cárceles franquistas, está en el libro de éste "Qué me dice usted de los presos" (Alcalá, 1942), transcripta asimismo por H. Thómas, op. cit.

M.F.M.



Rueda libre en el juicio de Wilson preso

En el mismo momento, a quince kilómetros de allí, en las faldas del Pirineo, estaban siendo fusilados cincuenta y seis hombres, que se confesaban en grupos de siete. Pero cuando llegó el turno de los siete últimos, el jefe del escuadrón de Falange encargado de la ejecución dijo: "Coño, matémosles sin confesión. Yo no he comido todavía".

Juan de Iturralde, "El catolicismo y la cruzada de Franco", Vienne, Francia, 1960, Vol. I, pág. 74, citado por Hugh Thomas.

Con su bondad y manga ancha, el lector se ha ganado que yo pueda empezar algunas de estas notas en voz baja, invocándole la mutua amistad y arrimándole la máquina de escribir al oído para susurrarle confidencias.

La primera que tengo para hacerle es muy simple. Estas contratapas se ocupan, como todo periodismo, del presente. Y para ello aluden algunas veces al pasado, cercano y doloroso como la carne viva, que es su antecedente inmediato y del que pugnamos por salir. La justificación moral en que se asientan, sin embargo, es la preocupación del porvenir.

En los aparatos proyectores de cine es posible girar para atrás el mecanismo, de modo que el tiempo de la película retroceda y que la pelota regrese hasta chocar con la raqueta. O que el agua desparramada se rehaga hacia arriba en el aire, juntándose para meterse en el balde.

Pero en la vida eso no ocurre. Tampoco en la historia, que es la forma amuchedumbrada de la vida. Lo que pasó, pasó. Lo hecho, hecho está. Incapaz de retornos, el cadáver sólo puede derivar hacia el esqueleto. Y puesto que nadie puede lavarse la cara, dijo Heráclito, con el agua en la que se zambulló cuando era chico, está claro que el compromiso es con lo que vendrá. Con el mañana que es imprescindible organizar y asegurar. Y respecto del cual la ley suprema tiene que ser forjar un lugar de dignidad para cada uno de los que conforman, sean quienes sean y piensen como piensen, la Nación.

De otro modo: lo primero será respetarnos. Esto tenemos que entenderlo todos, los civiles como los militares, los exilados como los residentes, los políticos, los presos y los sueltos (que a veces estamos imperdonablemente presos de otras cosas), los solteros, los casados y los que con una tabla entre dos ruedas, tirada por un caballito lastimoso, jurtan trapos y papeles en las madrugadas, cuando los ruidos resuenan como campanas en el fondo vacío de la calle.

Es así. El primero que lo vio (y que lo reclamó) en este país se llamaba Artigas, nombre que suele frecuentar las bocas de muchos que lo desmienten en los hechos. Un pueblo tiene dos maneras de vivir: bajo "la veleidat de los hombres", decía Artigas, esto es, bajo gobiernos de facto. O bajo "las garantías del contrato", esto es, bajo una Constitución por nadie impuesta y libremente consentida: estado de Derecho.

Pido ahora al lector que vuelva para atrás y relea el párrafo de Iturralde que sirve de acápite a esta nota. El mismo ilustra un ejemplo muy claro de lo que ocurre cuando las gentes se apartan de la ley, para fijar, amparadas en el predominio de hecho, la norma de lo que tiene que pasar. Al comienzo, las estructuras del Derecho se patean invocando los grandes valores y las salvaciones colectivas.

Se termina luego apurándose en matar a otros con negligencia, porque se hace tarde para la hora del almuerzo.

Confidencias

Lo dicho líneas arriba viene a cuento de lo que trataré de explicar líneas abajo. Antes sin embargo me sea tolerada una segunda confidencia. Bajo todavía un poco más la voz y digo que con esto de Ferreira Aldunate no salgo de mi asombro.

Después de vivir estos años atorillado, como el resto de los orientales, en la platea de todos los espantos, confieso que me pensaba curado de los mismos. Dueño siquiera de no llamarme a sorpresa por nada. Pero la actitud surrealista y esdrújula del Proceso respecto de Ferreira me sume en el carozo de todas las perplejidades.

En las páginas 4 y 5 de esta edición de JAQUE el lector encontrará transcripciones parciales del escrito con el cual el Fiscal Militar de 4to. Turno, Coronel Aviador Jorge Martínez Levaggi, evacua la vista que le fuera conferida de un anterior escrito de la defensa de Wilson Ferreira.

Lo comentaré porque juzgo fundamental que la opinión pública conozca el ángulo mental desde el cual se maneja, por el Fiscal Militar, esta delicada materia vinculada con la libertad del candidato presidencial de uno de los grandes partidos históricos y democráticos de la República.

Además, porque revela una forma de trabajar con las normas de Derecho propia del Proceso y enteramente distinta a la que ha sido tradicional en el país (obviamente, el manejo tradicional era mucho más técnico, científico y afinado).

Tercero, porque todo esto constituye un ejemplo más, contundente como pocos, de esa clase de razonamiento pre-lógico que es una constante en la carburación mental del Proceso y a que me he referido con preocupación en contratapas anteriores.

El Fiscal Militar mencionado solicita del Juez la modificación de los autos de procesamiento de Wilson Ferreira y que se procese, entre otros delitos, por el de "Asociaciones subversivas". La solicitud es gravísima, porque equivale a decir que el candidato presidencial blanco es, lisa y llanamente, un tupamaro. Más grave sin embargo todavía es la cadena de razonamientos que conduce a la conclusión y al pedido mencionados.

(Pido al lector lo mejor de su atención porque siento que estamos, en el centro mismo del drama actual y mental de este país).

Dando absurdamente por descontada la Asistencia de Wilson a la Asociación Subversiva (ya veremos sobre la base de cuáles hechos), el Fiscal parte de un párrafo más o menos impresionante (y asimismo pre-lógico) de Bayardo Bengoa, según el cual varios actos de Asistencia hacen que la asistencia deje de ser tal y se transforme en integración o equivalente.

El primer elemento pre-lógico (absolutamente anticientífico) viene de que hay aquí un deslizamiento de lo cuantitativo a lo cualitativo que rechina, por mucho que se nos entregue vestido por un léxico presuntuoso y pseudo-técnico. Según Bayardo, en efecto, citado por el Fiscal Militar,

"...si la asistencia a la asociación, de accidental, transitoria y momentánea se transforma en consuetudado delinquendi, el asistente, por acción progresiva, habrá pasado a ser socio criminis y el delito configurado por él sería el de asociaciones subversivas".

Esta especie de pasaje de cinturón verde de asistente a cinturón negro de asociado subversivo, integra una pre-lógica donde la acumulación de bagres genera una tararira. Digo que no puede razonarse con semejante ligereza cuando están en juego valores tan altos como la libertad de las personas (altos, por lo

menos para mí y para toda la tradición jurídica y política uruguaya).

Abrigado bajo la dudosa autoridad de esta opinión de Bayardo y de otra correspondiente a otros Profesores y tratadistas nacionales cuya existencia no es tan conocida como la del Profesor Bayardo, el Fiscal Militar (véase pág. 4 de JAQUE), sólo tiene ya que enumerar los distintos presuntos actos de Asistencia de Ferreira al M.L.N. para decretarlo "coasociado" a la Asociación Subversiva mencionada.

Es aquí donde el Fiscal Militar nos entrega otros ejemplos resonantes de razonamiento pre-lógico.

Véase lo que constituye, para el Fiscal Militar, un ejemplo de Asistencia a la Asociación Subversiva:

"...a través de cassettes, cartas manuscritas y mensajes dirigidos a correligionarios y amigos —sobre los que existen variadas muestras en estos antecedentes— el enjuiciado persiguió el objetivo de desquiciar el proceso de reinstitucionalización del país, y por ende, coadyuvando al mantenimiento y desarrollo de la subversión."

Dejemos de lado la incorrección gramatical de ese gerundio ("coadyuvando...") mal usado, después de la conjunción. Y fundamentemos la afirmación de la hilación pre-lógica de las afirmaciones.

El razonamiento del Fiscal Militar se revela incapaz del manejo elemental del silogismo. Procede o carbura así: 1) la actual prédica de WFA es desprestigianate para el proceso de reinstitucionalización propuesto por el Proceso; 2) ese desprestigio conviene a la subversión; 3) por tanto, WFA y su actividad son subversivos.

El viejo Aristóteles y el Santo Tomás de Aquino, caso de renacer, caerían redondos y muertos ante la comprobación de cómo hemos retrocedido hacia atrás de lo que la humanidad tenía claro hace ya dos milenios.

Pre-lógico y pre-silogístico, este razonamiento es como decir: 1) los comunistas chinos combaten a Moscú; 2) Reagan combate a Moscú; 3) Por tanto, Reagan es comunista chino.

No intento ni remotamente molestar a las personas. Pero cumplo el deber patriótico de aniquilar falsos razonamientos. Digo pues, limitándome a esta forma pre-lógica de razonar, que ella es como decir: 1) Mi tía Gregoria odia el caldo de habas; 2) Yo odio el caldo de habas; 3) por tanto, yo soy mi tía Gregoria.

Si las infracciones al pensamiento lógico racional fueran objeto de fiscalización como lo son, por ejemplo, las infracciones de tránsito, pienso que al Fiscal Militar de 4to. Turno habría que retirarle el permiso de conducir.

Ya sin límites

¿Es necesario agregar cómo se multiplica la gravedad de todo esto por la delicadeza de las materias a que se aplica? Utilizar maneras pre-lógicas de discursar cuando se trata de argumentos para la propaganda, ya es muy grave. Mucho más cuando se usan esas maneras para incidir en la libertad de las personas y en la institucionalidad de las Naciones.

Lo que se está reteniendo en prisión, abrumado de acusaciones y de diligencias investigativas, es el candidato presidencial de un partido político sin cuya participación no es siquiera soñable la normalidad democrática del país. Todo ello a golpes de arbitrio, por el desajustado ejercicio de funciones para las cuales no se ha sido preparado. Como cuando, olvidando el viejo e insobornable principio de que todo hombre es inocente mientras no se pruebe lo contrario, se coronan los errores que hemos venido reseñando con afirmaciones como:

"...dado que en este tipo de delito la culpabilidad se imputa a dolo directo, de peligro, debe legalmente

presumirse salvo prueba en contrario que deberá proporcionar precisamente el encausado". Es obvio, que el Fiscal Militar de 4to. Turno no piensa de sí lo que yo pienso. El Fiscal considera que su visión de la ley y la doctrina es más penetrante que la del resto del cuerpo jurídico presente y pasado del país. Señala, por ejemplo, de sí mismo que "considera, con los debidos respetos, que la doctrina nacional sin excepciones, interpretó esta segunda solución del Art. 60 (II), con la mirada puesta" en una hipótesis que, según el Fiscal, no es la que corresponde.

Luego agrega: "Esa pequeña gran inadvertencia de toda la doctrina nacional, al aplicar la solución del derecho italiano sin distinciones, determinó un equívoco..." Es decir: que el Fiscal Militar ha conseguido ver, en este campo, lo que todos los juristas de este país no habían logrado ver (!).

En la pág. 5 de esta edición de JAQUE puede consultarse también el segundo escrito emitido en la misma fecha por el Fiscal.

Antológico, el documento se inclina hacia la investigación no solamente de la actividad de Wilson Ferreira. Tras arrasar con los fueros e inmunidades parlamentarias de que éste estaba investido en aquel tiempo, el Fiscal Militar de 4to. Turno (también en esto innovador frente a toda la doctrina nacional) se cree autorizado a preguntar porque algún partido político libre apoyó hace tres lustros, al Dip. Gutiérrez Ruiz para Presidente. O por qué votaron o no votaron los partidos el desafuero de un legislador.

O para, refiriéndose a hechos ya recientes preguntar, absolutamente excedido en los límites de su potestad, "quién o quiénes tuvieron la idea de reunir firmas para presentar un proyecto de derogación de los actos institucionales al amparo del método de reforma constitucional establecido en el Art. 331 de la Carta vigente" (¿vigente?).

De este modo, ignorando los fueros que amparaban a Ferreira al ocurrir los hechos por los que pregunta, el Fiscal Militar de 4to. Turno insólitamente termina por investigar a los partidos y al Parlamento, tal vez porque no llega a sospechar siquiera los infranqueables límites que la libertad establece hasta para los Fiscales Militares de 4to. Turno.

Tocó esta contratapa a su fin. Durante muchos y ya lejanos años de juventud y política, Ferreira y yo (la frase sobre nuestros enfrentamientos personales le pertenece) "intentamos infructuosamente odiarnos". Fracasamos, claro.

No ser blanco me permite quizás, mejor que a cualquiera de cuantos lo son, advertir (en el tránsito de los hechos históricos y en la desapasionada perspectiva de las décadas) que este Ferreira que espero volver a enfrentar algún día, es o puede ser el más importante de los líderes (sólo son tres, con él) que su Partido ha tenido a lo largo del siglo. Si hoy está preso, en su honor quede dicho, no es por servir a una dictadura. Es por hacerle frente.

Vea el lector en estas líneas, mi contribución y mi homenaje a la lucha de sus correligionarios por devolverle la libertad. En esa lucha hay una parte que es de todos.

Ha de triunfar, a menos que ocurra lo del escuadrón de Falange citado en el acápite o comienzo de esta nota: que el Proceso (metafóricamente, claro) termine por fusilarlo y marcharse a comer.

Si así fuera, así sea. Pero téngase entonces cuando menos la salvaje honestidad mental del jefe falangista. Y que no se hable más de democracia.



Manuel Flores Mora





Fiscalizar al Fiscal

Justicia que mira por debajo de la venda

Y después de hablar bastante, "Yo me lavo —dijo el Juez— como Pilatos, los pies: esto lo hace el Comendante"

José Hernández

Es en el rito de los casamientos religiosos, creo, que se dice, para quien conoce algún impedimento, aquello de "que hable ahora y si no, que se calle para siempre". Es un poco también el adagio de "quien calla, otorga", que los latinos completaban con el "cuando debe y puede hablar".

El negocio es que aquí la Justicia Militar ha terminado transformándose en un resorte de distorsión de la realidad. Quiero decir que entre el país y la libre normalidad de su destino, aparece la Justicia Militar interpuesta. Como una pared. Mejor: como un dique que alterara el curso y doblara la corriente de las cosas, arrojando el agua contra las casas del pueblo.

Es evidente que lo que haya que decir a este respecto, tiene que decirse ahora. Porque se debe y puede hablar. Porque no hay que otorgar. Y porque si no, tendríamos que callarnos para siempre. Y no quiero.

Trauma y venda

Confieso que estoy como traumatado por esos escritos del Fiscal Militar de 4to. Turno, que comenté en la contratapa anterior y que, a mayor abundancia, son demolidos en la presente edición, por el Profesor Adscripto de Derecho Penal, Dr. Fernández, en declaraciones que personalmente le tomé.

En forma inmemorial, el hombre ha representado a la Justicia como una gran presencia encapuchada. Si milenariamente el amor ha sido visto como ciego, la Justicia —que obviamente no lo es— ha sido plasmada con los ojos amordazados.

De otro modo: a través de los tiempos, el hombre ha mirado a la Justicia como un ideal, y el ideal ha sido que ese ideal tuviera tapadas las pupilas para todas las circunstancias comprometedoras y concretas. Como si dijéramos, con solamente abiertos los ojos interiores, hacia ese gran paisaje en el que una balanza insobornable asigna a cada cosa lo que, bajo especie de valor de eternidad, le corresponde.

No se tome, por quienes tienen el puño en el timón, lo que voy a decir, como un agravio. Tómese mejor como un aviso para los navegantes. Entérense como vemos las cosas desta parte, que es el ángulo en la costa de los uruguayos todos, resucitados, sueltos y sembrados al voleo. Bien: lo que sentimos de la Justicia Militar es que bicha.

Lo que sentimos es que, por debajo de la venda, inquiere, hacia este lado chiquito y pasajero de la realidad. Ve entonces que es Ferreira. Y lo refunde.

(Mientras tanto, en el gran paisaje de eternidad, donde campea la balanza mítica, llovizna. Y nada pasa. Para esta Justicia Militar, contingente, jerarquizada y no surgida de aulas de Facultad ninguna, ese paisaje no es un paisaje metafísico ni ético. Es apenas un potrero baldío, donde se aburre algún zapallo y a lo sumo deambula, adormilado, algún perro).

Ei, que dude, lea nuestro reportaje con las declaraciones (y demoliciones) del Profesor Gonzalo D. Fernández y verá allí los fundamentos técnicos que, sin ser catedráticos, todos los orientales barruntábamos: Ferreira Aldunate ha sido, como tantos, objeto de la inconstitucionalidad de ser civil sometido a justicia

militar, pero además (segunda inconstitucionalidad) la de padecer un juicio criminal en rebeldía prohibido en nuestro derecho expresamente. Además se le imputan cuatro delitos de los cuales no cometió ninguno, porque los hechos que se le atribuyen al procesarlo no coinciden con lo que establece la ley al dibujar los delitos. Es decir, que es inocente según la descripción de su conducta hecha por la defensa, sino por el propio Fiscal y la propia Justicia Militares. Con este agravante: de los cuatro delitos que el Fiscal le imputa, dos son incompatibles entre sí: la Asistencia a la Asociación no puede, en efecto, acumularse con la asociación como lo pide el Fiscal. Hacerlo es jurídicamente disparatado porque es como procesar a alguien por lesiones (heridas) graves y por homicidio, aduciendo que la puñalada primero lo hirió en el pecho y sólo después, al partirle el corazón, lo mató.

Así, igualmente —como lo señala con piqueta el Prof. Fernández— en el caso de Ferreira, si la Asistencia (que no existió) llegó a convertirse por reiteración en Asociación, al imputarle lo segundo no se puede ya imputarle lo primero, como el Fiscal lo hace.

Pero, además, este ilícito (que puede ser uno de los dos, pero nunca los dos al mismo tiempo) proviene de una reunión de Ferreira con tupamaros que, en realidad, no tuvo lugar. Pero que si lo hubiera tenido y se hubiera realizado tal y cual como el Fiscal Militar la describe, tampoco sería delito.

Además, le imputan ser subversivo porque mandó cassettes blancas a los blancos e hizo declaraciones surtidas y ásperas contra el Proceso. Lo cual, dicen, convenía a los tupas latentes. Esto equivale a decir que aquí, en esta tierra, para los tupas trabajamos todos, como si la culpa tupamarizante fuera la del lomo que se queja y no la del palo que lo sacude. Y como si pudiera olvidarse que juego tupamarizador, aquí ni Gadafi lo ha hecho más que los ministros de hacienda del Proceso.

Hernández, Unamuno

El adolescente que se enamora siente que está fundando el amor. Y aquel que se va a morir, cree que está inaugurando la muerte. Sería igualmente erróneo pensar que estos trajes de las togas judiciales color yerba comienzan en el remendado Uruguay de nuestras penas.

Los versos ilustres que uso para acápíte y recomendación en sociedad de esto que escribo, pertenecen a la Vuelta del gaucho Martín Fierro. Por estos mismos días, o meses, se cumple el primer siglo transcurrido desde que su barbudo y notable creador los dio a la imprenta.

(Cien años de soledad, como quien dice, nos separan de la lejana Argentina donde, sin pelos en la lapicera, Hernández denunció —no era exactamente justicia Militar, pero era justicia pre-programada, en escalera castrense— que, ante el arbitrio del Comendante, la función jurisdiccional se atenia a lavarse, como Pilatos, los pies. El problema, puede verse, no es de ahora).

(En Uruguay, claro está, todo esto suena extraño, porque antes de perderlo todo en el curso de la década anterior, habíamos cobrado altura en el curso del siglo. Aquel vilipendiado Uruguay de "las libertades formales" y de "la democracia liberal" —vilipendiado por los militares y vilipendiado por el MLN— tuvo siempre muy clara la diferencia que existe entre un sable y un código. Por eso, quizás, mereció en manifestaciones sucesivas, el tributo de respeto que le brindaron hombres tan diferentes como Eisenhower o el Ché Guevara. Des-

dichadamente, en este país (culpa de los políticos que tendremos que corregir ni bien haya parlamento) es delito atacar la fuerza moral de las Fuerzas Armadas, pero no fue ni es delito atacar la fuerza moral de la democracia liberal y representativa que, desde Artigas hasta aquí, nos brindó las únicas conquistas espirituales, sociales, culturales y políticas que hemos tenido y que ningún otro régimen nos ha dado).

Lo de Hernández en Martín Fierro no es una casualidad o coincidencia. Este de la Justicia Militar es un tema que recorre, preocupando a los grandes espíritus, la historia de nuestros pueblos españoles.

Hace no un siglo pero sí ochenta años, la gran alma de Miguel de Unamuno se detenía delante de este tema, en un ensayo sobre "La Patria y el Ejército" al que, con más espacio, he de volver, si puedo, otro día. Notable y noble Don Miguel, que citando al portugués Juan Chagas nos recuerda que "en rigor, en el régimen militar la palabra 'justicia' es una palabra excesiva", porque la formación militar moldea para actuar, no en la justicia, sino en la disciplina y obediencia, sin preguntar si es "con razón o sin ella".

"Los crímenes militares —dice más adelante Don Miguel— no se juzgan, se castigan".

"Nada hay más opuesto al espíritu militar —insiste luego— que el principio del libre examen" y, obviamente, sin libre examen no hay Justicia merecedora de ese nombre.

"Función militar y función judicial son antitéticas" postula Don Miguel en otra página. Y después de analizar finalmente lo que es el fuero militar culmina, en otro lado, que lo "más peligroso es que vayan a él los supuestos delitos contra la patria".

Ay, Don Miguel! ¿Cómo habrá hecho el genio de Unamuno para leer, 80 años antes de que fueran redactados, documentos como estos que ahora nuestro Fiscal Militar de 4º Turno entrega, para las reflexiones de la historia?

Daño espantoso inventan

El Proceso no ha conseguido (ni lo conseguirá) imponer en el país sus puntos de vista sobre el futuro. Pero ha logrado estropearlo, fracturando, por su empecinamiento, nada menos que el frente civil imprescindible para todo gobierno por venir. En eso, el recurso a la Justicia Militar —he aquí el sentido de esta nota— ha sido mecanismo fundamental. Veamos cómo:

I.— Cuando empezó hace dos años la serie de los prediálogos y los diálogos, el Proceso plantó delante del país un artefacto diabólico. Para los tres partidos de la realidad, instaló un catálogo de situaciones disímiles. Un partido desproscripto con candidato desproscripto (colorados). Otro Partido desproscripto con candidato proscripto (blancos). El tercero (Frente), proscriptos Partido y candidato. Durante meses, los partidos superaron con sabiduría y heroísmo este pozo delante de sus pies, esta máquina a propósito para que sucumbiesen en la desconcertación.

II.— Terminan ahora los diálogos en los acuerdos y las variantes no alteran la disparidad. Dos partidos desproscriptos y uno, semi. Pero de los tres candidatos, uno desproscripto. Los otros dos, no: uno libre, el otro preso.

III.— El resultado ha terminado, inevitablemente, en lo que parece ya afianzarse como un enfrentamiento completo entre Partidos, con acusaciones, con rencores, con la ya descomunal fractura de frentes de unidad para el gobierno.

IV.— En los daños que el Proceso le ha provocado al país, había ya mucha cosa que poner. El gobierno que asuma en 1985 verá derramarse encima la presión acumulada por 12 años de inconmensurables desajustes y arrogancia: deuda externa, desmonetización de la enseñanza, salario real en el piso, consumo envilecido, malestar social, desempleo y soliviantamiento generalizado.

Para cargar con ese fardo se requería armonía suprapartidaria y entendimiento entre civiles.

Esto tiene que agradecerle ahora la patria a los estrategas del proceso y a su

endémica miopía: el legado de un suplementario desastre. No han arreglado nada pero han, sí, conseguido complicar y desarreglar algo más: el frente civil.

Y todo porque, prólogo como un niño o como un primitivo, el Proceso cree que el honor radica en no dar el brazo a torcer. Confunden el énfasis con la firmeza. La terquedad con la constancia. A sus tirrias, les otorgan el carácter de verdades reveladas. Y a las etiquetas de sus frascos, les atribuyen la esencialidad del contenido que luego, vacíos, esos frascos no tienen.

Ahito de su palabrerío, una de las principales dictaduras que el proceso ha ejercido es la dictadura oral.

Ha decretado frases como quien decreta normas. Esa por ejemplo de la "seguridad para el desarrollo", mientras muertos de inseguridad —desde la económica y laboral hasta la de los derechos fundamentales— los orientales asistíamos, crucificados y con la voz prohibida, a la involución social más contundente.

En un nuevo alarde de oralidad cruzada con indiscutibilidad, decretaron —la inquina es Biblia— que Ferreira era subversivo. Al servicio de ese dislate, un Fiscal Militar ha producido esos dictámenes a los que líneas arriba refería.

Las únicas victorias alcanzadas por este Proceso —lo decíamos en una nota anterior— era a veces desinventar o desactivar alguno de los artificiales problemas que antes había inventado. Ejemplo, el Acto 7. Ejemplo, este decreto del 2 de agosto, que prohibía la actividad política: especie de cuchillito, con más rango de amenaza que de norma, era un poco liberticida y otro poco perrito que dormía a los pies del poder, despertado o no por éste según la conveniencia sin norma de la hora.

En su inconsecuencia patética, el Proceso decreta pero aplica o no, inventa para desinventar, proscribire pero conversa, no amnistía aunque puede soltar, éste sí pero aquel no.

Cuando en cambio quiere inmovilizar, congelar y consolidar la no desinvencción, utiliza el mecanismo interno de aludir a la Justicia Militar. No importa que Ferreira no tenga delitos. El Proceso se limita a decir que está "en la Justicia Militar y que ésta es independiente".

Como lo de Martín Fierro, pero al revés. Aquí el Proceso es el que se lava, digamos, las manos. "Esto, dice, lo hace el Juez".

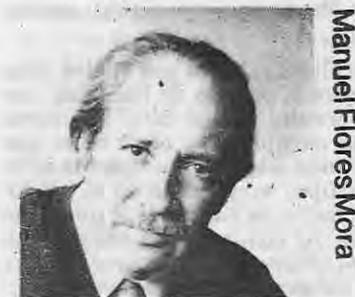
Nuestro Fiscal

Para mejor servicio del Rey y gloria de Dios, Fiscales Militares insuflan ahora esta especie de hongos atómicos de mal manejo y peor conceptualizado palabrerío pseudo-jurídico, que el análisis de los profesores pincha y pone en evidencia. Pero que mientras tanto sirve para cualquier cosa, porque razonando como lo hace el Fiscal no hay aquí nadie que esté libre de marchar esta noche, entre párrafos de Bayardo, hacia galeras.

Yo no lo denuncio. Yo me enojo, no más. Un Fiscal, así sea Militar, no representa, como se sabe, a las FF.AA. Un Fiscal (averigüenlo) representa a la sociedad. Y a mí, por tanto, que la integro.

Alicuota que soy de ese cuerpo social, parte infinitesimal que soy de su patrón, hago llegar a ese Fiscal mi alicuota porcentaje de repudio y de protesta. Eso sí: no me lavo las manos. Cuando leo sus escritos, desesperado de que me representen así, me agobio el alma.

Y como los japoneses derrotados que le pedían perdón al emperador, me inclino avergonzado y le pido perdón a mis muertos. ¡Qué horror!



Manuel Flores Mora



Recortes de diarios, realidad recortada, recortes de la verdad

"Las enojosas y triviales minucias no tienen cabida en mi espíritu, que está capacitado para lo grande: jamás he retenido la diferencia entre una letra y otra. Cierta impaciencia generosa no ha consentido que yo aprendiera a leer."

Palabras de Asterión, en "La casa de Asterión", de Jorge Luis Borges.

No puedo precisar la fecha, que olvidé anotar en el margen. En todo caso no es viejo de muchas semanas. Se trata de un recorte de diario relativo a Karen Ann Quinlan.

(Los recortes de diario constituyen el martirio de mi vida. No sé tirarlos y me cubren como las hojas secas. Siempre me ha sorprendido quien forra con ellos la lata de la basura, porque cada recorte conlleva un mensaje patético, como una punción lumbar en la entraña de la vida y como un ruego para que nos paremos en el drama que intenta transmitirnos con el balbuceo de un código insuficiente. El que hubiera conservado todos los recortes leídos en su vida, tendría escrita la mejor biografía de sí mismo. La esencial: no la de las subjetividades que lo devoraron vanamente por dentro, sino el inventario de sus contactos con la humanidad).

El recorte que ahora digo es de "Jornal do Brasil" y señala desde el título que "Karen Ann Quinlan cumple 30 años mañana y vive hace 8 años sin respirador artificial". El contenido, después de algunas vulgaridades sobre el derecho de morir y cosas de esas, nos reitera, intactos y fecundos, los hechos que todos sabemos: la historia de la muchacha que en 1975 se desmayó en una fiesta, tal vez por sobredosis de algo que, en todo caso, convenía tomar en dosis. Y luego el coma profundo, la imposibilidad de recuperación y la discusión judicial que los padres promovieron para retirarle el respirador que, supuestamente, la mantenía con vida.

¿Seré calificado de obsesivo si confieso que esa historia de Karen la vineo siempre con la democracia uruguaya?

A nuestra democracia —corrupta y obsoleta democracia liberal, decían los golpistas: "farsa de la democracia formal", decían sectores violentistas de la izquierda— le retiraron el respirador en 1973. Para entonces, llevaba ya, la pobre, muchos meses de coma profunda. Por sobredosis de muchísimas cosas ninguna ingerida por deliberada voluntad.

Privada por años de oxígeno y palabra, como Lázaro —o más que Lázaro, porque se levantó sin que nadie le impulsara con el "Levántate y anda" del Evangelio—, la divina democracia contempla ahora, inocente y atónita, las boqueadas del golpismo y la clausura, fronteras adentro, del ademán de toda subversión.

Es como una manera de lección que nos suministra la historia. Es lo que la antigüedad vinculaba con palabras como ánimo y como ánima. Como aliento y como alma. Hábito verdadero de la vida que no nos viene desde fuera, sino desde dentro, fidedigna verdad de la resolución de persistir que nadie nos ingresa porque se levanta, indetenible, con la fuerza de lo recóndito y no debido a nadie.

Un superficial cientificismo puede creer que, como el clavel de ese nombre, los que vivimos, vivimos del aire. Con mayor puntería, los antiguos sabían que no era así. Y por eso, a morirse, le llamaban "entregar el alma".

A la democracia uruguaya la saquearon desde todos lados. Ella no se entregó. Ni entregó nada. Por eso está. Es lo único verdaderamente que, aunque todavía no esté, está.

Vientre se alquiler

El segundo recorte de que quiero ocuparme tiene, si fecha. Es de "Le Matin", de París, del 22 de octubre de 1983. Refiere a cierta anómala actividad, entre filantrópica y comercial, vinculada con la reproducción humana, aunque sobre bases diferentes a la modalidad de la probeta. De por medio, algunos médicos de Marsella. el CECOS (Centre d'Etude et de Conservation du Sperme) y la "Association de Mères d'accueil". El método yuxtapone la atrocidad a la sencillez. Desde hace años, ante casos de maridos estériles, parejas lograban el ansiado hijo por medio de la inseminación artificial, con simiente de un extraño cuyo nombre se ignoraba. Ahora es, también al revés. Ante la esterilidad de la esposa, se utiliza artificialmente el semen del marido en una "madre portadora" ("mères porteuses", "mères d'accueil"). La tarifa coloca el servicio en una retribución de 50.000 francos (post-parto y en 10 cuotas) y la operación responde asimismo al nombre de "Madres de reemplazo" o, más corto, "ventres à louer": vientres de alquiler.

Claro que en Marsella no inventaron nada, porque en Estados Unidos se cuentan por más de 100 los niños nacidos en vientre de paso. Adornado con alguna sajona sanchez del tipo "derecho a crear familia" o "gracias, olvidalo", el precio anda por los 27.000 dólares, 12.000 de los cuales para la arrendadora, digo, la que pone el vientre, también llamada "surrogate mother". En Los Angeles, hay una "Surrogate Parent Foundation" con toda una red de "útero se alquiler", reclutados con avisos clasificados en "Los Angeles Times" y periódicos universitarios. Es más caro porque, no habiendo ley, se complican mucho los minuciosos detalles del contrato privado de "surrogate parenting". Por lo pronto, tiene que firmarlo también el marido de la arrendadora ("artificial surrogate" cocu voluntario) porque, la madre transitoria tiene que ser casada. Que fuera soltera o sola, sería ¡qué maravilla!, inmoral. El contrato incluye desde compromisos de abstinencia sexual mutua entre la "surrogate mother" y su esposo, con garantías específicas (¿cuáles serán?) hasta el sometimiento por la madre transitoria (¿quién dijo que madre hay una sola?) a distintos exámenes físicos y test psicológicos, e incluso normas preestablecidas de vida durante el embarazo (no fumar, no fajarse en ninguno de los sentidos de esta palabra). Por otra parte, los padres receptores se comprometen a recibir el niño así concebido y gestado, sea como sea que salga, incluso no normal, para cerrar con un espantoso detalle el cuadro completo. Todo con todavía un complementario descalabro para añadir: en Marsella, el negocio es manejado por dos médicos. En California el empresario es un ingeniero electrónico. No sé por qué, pero este detalle, en los hechos inocuo, me resulta como una vuelta más de tuerca en el sentido de la grotesca perversidad. O simplemente, del delirio. ¿A ustedes no?

Surrogate democracia

¿El lector me tolera que también en esto traiga la comparación con la realidad política uruguaya?

Hablábamos de esa democracia nacional que después de casi 12 años de desconectado el respirador, aparecía más rozagante y viable de vida que todos los que se alzaron contra ella. Sin incurrir en simetrías comparativas traídas de los pelos, es quizás el momento de agregar que todos los caminos agotados por estériles intentan perpetuarse, siquiera en parte sea, utilizando la pujanza de la matriz democrática para la procreación de lo contrario. Persiguen así, el útero santo para prolongar el sistema del arbitrio. Y usar el vientre de la legalidad

constitucional para engendrar el continuismo.

En esto nadie tiene que llamarse a ofendido, porque en la medida en que se trata de la salud de la nación, el deber es ser claros. Y el derecho de callarse no existe, cuando menos para los que tienen a su alcance un lugar para expresarse.

Proclamo que en este orden de cosas, el menos insoportable momento del Proceso, —al que me sentí opuesto de toda oposición de su hora inicial—, fue sin embargo el primero. Cuando el arbitrio era el arbitrio y cuando la razón de hecho se derramó sobre el país sin pretender ser otra cosa que la que era.

Está por supuesto aquel inefable decreto 464, del 27 de febrero de 1973, en que se fundó la dictadura. El artículo 1° la establece, al voltear la Constitución y disolver, los grandes grupos representativos de la voluntad popular como son la Cámara de Senadores y la de Diputados. De inmediato (casi diría que como, primer acto de la recién nacida dicta-

taron la libertad de España. "Se trataba, dijo, que nadie pudiera después aducir nada contra la validez de esa elección".

Esta simiente de arbitrio que el Proceso deposita en el seno de la democracia futura, borrando dos nombres como los mencionados, de la puja electoral, darán un efecto contrario al que los españoles obtuvieron. Todavía no hemos tenido la elección y ya logran que haya quien la cuestione. Es semilla de arbitrio, reitero, y asimismo semilla de discordia. Es problema artificial deparado al país por ese sector de "fabricantes de crisis" que es el único sector del Proceso que ha funcionado con éxito.

Con otro agravante: ya no es arbitrariedad fundada en el streap-tease de la propia desenfadada franqueza, como en Decreto 464. Ahora la arbitrariedad se fundamenta, no en construcciones jurídicas, claro está, pero viene, sí, vestida de palabras jurídicas, de planteos y pseudo jurídicos manejos, que instalan en el cielo raso de la República, para iluminarla toda de la luz amarilla de la inverosimilitud.

En el acápite de esta nota, Asterión confiesa que jamás ha podido retener la diferencia entre una letra y otra. Que aprendiera a leer no le ha sido, de esa manera, consentido. Aquí, el Proceso no ha conseguido retener jamás la diferencia, abismática, entre lo que puede ser creído y aceptado por la gente y aquello que la gente no cree y no acepta, por muchas citas jurídicas con que las afirmaciones no ciertas se camuflen. Para esto, el Proceso resulta ciego. Claro que, ciegos y todo, los ciegos pueden hacer muchas cosas.

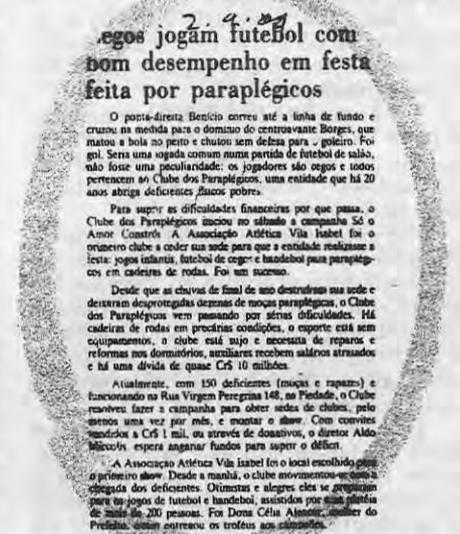
Desenfundo mi último recorte de este día. Es también del "Jornal". Apareció en la edición del 2 de abril de este 1984 que corre, y habla de un partido de fútbol jugado entre ciegos, en la órbita de un club de parapléjicos. El puntero Benicio se corre, juega un centro hacia el centro delantero, que hace gol. Sería, dice "Jornal" una jugada común en un partida de fútbol de salón, si no fuese por una peculiaridad: "os jogadores sao cegos e todos pertencem ao Clube dos Parapléjicos, uma entidade que há 20 anos abriga deficientes físicos pobres." Como se ve, también en Brasil, pasa de todo.

La Asociación Atlética Vila Isabel, agrega, fue la primera en ceder su sede para este tipo de fiesta: "jogos infantis, futebol de cegos e handebol para parapléjicos em cadeiras de rodas. Foi um sucesso."

Lo mismo, cuando menos, puede decirse de la actitud decretada por el Proceso respecto de Ferreira y de Seregni. Hasta ahora "foi um sucesso". Sólo que la historia no termina. Lo que se termina es, sólo, el Proceso. La historia continúa.

Para quien prefiera omitir los recortes y marchar hacia citas más ilustres, hay, en el mismo libro de Borges donde figura la casa de Asterión, otra frase notable. Es el final que al cuento "Emma Zunz" otorga el notable escritor argentino, final aplicable por entero a estas dos señaladas proscripciones y causas en que se fundan:

"Verdadero era el tono de Emma Zunz, verdadero el pudor, verdadero el odio. Verdadero también era el ultraje que había padecido; sólo eran falsas las circunstancias, la hora y uno ó dos nombres propios" (*).
¡Qué más da!



... el artículo 3° del mismo decreto, prohíbe "todo tipo de información, comentario o grabación que, directa o indirectamente... atribuya propósitos dictatoriales al Poder Ejecutivo".

Es importante, porque en realidad, si la dictadura se instala con el artículo 1°, el artículo 3° funda la dicotomía por la que las cosas reales, sabidas por todos, caminan por un lado. Y las pseudo-verdades con fundamentación pseudo-jurídica proclamadas oficial y oralmente, se asientan, indiscutibles, por otro. (Dicotomía de la que no hemos salido del todo ya que, aunque la capacidad de denuncia ha crecido, la de decretar lo irreal desde arriba, está integra).

Como sea, digo, fueron tiempos espantosos pero de alguna veracidad, en que nadie pretendió fecundar la desviación en la matriz de la verdadera (y única) legalidad. Eso vino después, de a poco, cuando se alzaron actos constitucionales, con juristas al servicio del régimen mediante. O como cuando, en octubre y noviembre de 1980, se intentó el ocupamiento, desde adentro, de la legalidad, entregándonos a un régimen hidrocefálico, engendro que el país hizo abortar en la impecable sobriedad del plebiscito.

Es estéril a esta altura reseñar las alternativas posteriores. Sería insincero omitir el reconocimiento de cuánto se ha logrado, hacia la democratización efectiva, con las elecciones de noviembre y la Constituyente, con la plenitud democrática a plazo fijo que se estructura y que recibirá necesariamente la sanción popular. Pero tampoco se pueden callar los elementos de arbitrio que se mantienen, infundados y absolutos, en este período tan difícil que la nación reconoce por delante.

Me refiero a las proscripciones de Ferreira Aldunate y de Seregni. Porque las dos están vestidas de formas insostenibles de derecho. Y porque las dos son indefendibles y de facto.

Fútbol de ciegos.

Hace pocas semanas, era José Luis Cebrían, Director de "El País" de Madrid, quien explicaba a los montevideanos en una mesa redonda en el Club Español, por qué, tras la muerte de Franco, fueron desproscriptos y convocados todos para las elecciones que reimplan-



Manuel Flores Mora

(*) Las dos frases citadas de Borges pueden encontrarse en las páginas 569 y 568 de sus "Obras Completas". Emecé, Buenos Aires, 1974. Son de dos cuentos de "El Aleph".



Suárez expulso

Ejemplos de Ronald Reagan, en la sombra de Alfonso el Sabio

"Rex eris si recte facias: si no facias, non eris" (Rey eres si obras rectamente; si no, no eres).

Norma del Fuero Juzgo, código de los visigodos españoles, siglos V y VI de nuestra era.

Seteientos años se están cumpliendo de la muerte del Rey Alfonso el Sabio, de Castilla, que cerró los ojos (o los abrió del todo sobre el paisaje eterno de los tiempos) en el inverosímil para cualquiera año 1284.

Uno mira lo que es el gobierno hoy en día y mira lo que era y lo que fue un gobierno hace ya siete siglos y se nos caen los ojos. No hacia los tiempos, como a Alfonso, sino hacia la vergüenza.

Valle Inclán observó una vez el comportamiento de un grupo de turistas, en Madrid, y dijo —notablemente— que había sentido nacer dentro de sí una nueva forma de la vergüenza: la vergüenza zoológica. Con Alfonso el Sabio nos asomamos a la tortura de la vergüenza histórico-cronológica. Y al rubor gubernativo por delegación. Uno se ruboriza siete veces cien años, pensando en aquel Rey que llegó alguna vez a empeñar su corona para financiar la continuación de los estudios que realizaban en Toledo los grupos que había reunido de sabios de todas partes. Cuando decimos empeño no usamos una imagen. La empeño no más. La entregó a prestamistas en prenda del dinero que precisaba para financiar, no armaduras, sino pergaminos. No inútiles fraguas de lanzas dispensables o de pasajerías espadas, sino sólo comida, libros, tinta y papel para sapientes.

¿Cómo no inclinarnos emocionados ante la sombra de aquel Rey ilustre? Si Onetti, por ejemplo, hubiera vivido en el siglo XIII, Alfonso no lo tendría desenterrado. Lo tendría sentado escribiendo en la torre más tranquila, alimentado de carne de corza rociada con grappa de las bodegas reales).

Por los años 50 circulaba en los Estados Unidos un chiste a propósito de los que trabajaban en el Departamento de Estado, que Guillermo Caprario me contó alguna vez. Decían que para trabajar en el Departamento de Estado no era estrictamente necesario estar loco. Pero convenía.

Alfonso X, el Sabio, rey de León y de Castilla, probó estruendosamente, hace ya mucho tiempo, que para gobernar puede ser que convenga, pero no es imprescindible ser bruto.

Finísimo poeta, Alfonso fue autor de "Cantigas" que todavía conservan la distinción naciente de una cultura y una literatura españolas que reconocen, en sus versos y en su prosa, dimensión fundadora. A él se debe la Universidad de Salamanca. Además —casi asustado— el código de las Siete Partidas, aquel monumento del derecho que rigió incluso en nuestra tierra hasta la independencia y después. Y que reconocía a los abogados, campeones que son de la defensa de la norma jurídica, "honra de condes en el Reyno".

Debemos asimismo a Alfonso X el Fuero Real, compilación de Derecho Romano que terminó en 1255, también llamada Libro de los Concejos de Castilla. Pero también —no en vano lo conocieron por Sabio— fue astrónomo y fue matemático y, sobre todo, varón peleador por el espíritu. No ganó guerras. Organizó en cambio equipos internacionales para recoger y preservar, escribiéndolo, todo el saber y pensamiento conocidos, desde el ajedrez hasta la alquimia.

El "Libro de Calila y Dimna" es una gloria de apólogos hindúes presuntamente debidos al genio del bramán Pilpay. En el siglo VI fue traducido al hebreo y en el siglo VIII, al árabe; después al siríaco y

al hebreo. En 1261, por orden y por celo de Alfonso el Sabio, fue cuidadosamente vertido, con su torrente cultural, al español recién fundado).

Hago a esta altura —con vallin-clanesco rubor zoológico y recién nacida vergüenza histórico-cronológica— la pregunta que antes decíamos "de los veinte mil pesos". Dime, Rector: ¿crees que Alfonso el Sabio hubiese prohibido a Paco Espinola y a Antonio Machado en los programas de estudio?

¿Castigaría y vetaría Alfonso X la enseñanza de Freud o de Marx, como ocurrió y ocurre en el Uruguay de 1973 y hasta el presente?

Y ya que hablamos de españoles, hispana y medievalmente hablando, oigamos la pregunta de los veinte mil maravedises: ¿Alfonso el Sabio hubiera echado a Suárez?

Por estos días —pienso que todavía estará abierta— se realiza una exposición sobre Alfonso el Sabio en Toledo. En Santa Cruz. ¿Por qué en Toledo? Porque Toledo fue la capital, en el tiempo alfonsi, de la cultura del mundo. Como antes lo había sido Córdoba, en tiempos de Abderramanes.

Bajo el patrocinio alfonsi trabajaron juntos en Toledo judíos y árabes y cristianos. La cultura (y la razón) no son el patrimonio de nacionalidad, de religión o de ideología ninguna. Donde hay un hombre hay un respetable derecho a crear, a pensar, a sentir, a ser como él crea, piense, sienta o sea. Es sagrado. ¿Qué hemos hecho en estos setecientos años de la vida?

"En la 'España ocupada' se casaban unos con otros a menudo, cristianos, judíos y musulmanes". (*)

Así era.

"En Toledo, durante el siglo XIII, la iglesia de Santa María la Blanca era utilizada para el culto por las tres religiones: los cristianos el domingo, los judíos el sábado, los musulmanes el viernes. Cualquiera que fuese su creencia, aquellas gentes se iban convirtiendo en españoles". (**)

¿Por qué será que así como toda involución se asienta en la prepotencia, el fanatismo y la intolerante arrogancia, en cambio la cultura, la tolerancia y el espíritu siempre florecen juntos?

Por veinte mil maravedises: si a la corte del gran Alfonso hubiese llegado con su bordón Adolfo Suárez pidiendo por un preso, hubieran cenado juntos, digo yo, Alfonso, Adolfo y el preso. ¿Qué fiesta para la ávida curiosidad intelectual, artística y humana del gran Alfonso, absorber lo que tuviera que decir el visitante!

Alfonso era sabio pero había cosas que ignoraba. El sentido exacto por ejemplo de la palabra "extranjero", esa con que define a Adolfo Suárez el uruguayo (¿uruguayo?) decreto de expulsión. ¿"Extranjero"? ¿Qué es "extranjero"?, hubiera sido el comentario alfonsi. Preguntemos con él: ¿qué es extranjero?

¿Qué es patria?

Este episodio de Suárez extranjero y expulso, trae a cuento a—quello de que quien tenga tejado de vidrio, no debe tirar piedras a nadie. (Tejado de vidrio, por ejemplo, es el caso del Fiscal Militar Coronel Aviador Martínez Levaggi, que me dirige referencias despectivas porque no soy jurista; de sí mismo, él pensará que lo es. ¿Qué divino! O que denuncia penalmente a ciudadanos porque dice que lo agravian, mientras él distribuye, con el sello oficial de la Fiscalía —¡nunca visto!— cartas insultantes contra la gente. De Ripley)

Me enteré de la expulsión del gran estadista español a bordo de un taxi.

Íbamos en silencio el chofer y yo y la radio dio la noticia. "Ay! Ay! —decía el taximetrista— ¡Qué vergüenza!" Sufriendo a lo perro, el hombre me decía que quedábamos como cafres frente al mundo entero. Era, noble realero (u obrero del volante, que también le dicen) otro caso, a lo Valle-Inclán, de abochornamiento zoológico. Claro: de todo esto el Canciller Maeso y los jefes del Proceso, ni se enteran. Echaron al "extranjero" Suárez y sin duda, mientras el alma nacional hacía una alforza de pesadumbre avergonzada, ellos se sentían enérgicos. Y sobre todo, nacionalistas y patriotas, varonísimos.

¿Qué es ser extranjero? Y qué es no serlo, esto es, ser de la misma patria. Hay que detenerse porque es ahí donde, en el orden conceptual, está el quid del problema.

En el certero artículo de Don Miguel de Unamuno "La Patria y el Ejército", que JAQUE publicó casi entero hace una semana (y cuyo conocimiento debo a ese ilustre compañero de gayolas, galeras y denuncias de fiscal que es el Dr. Rodolfo Canabal) el Rector de Salamanca señalaba los peligros que suponía la administración del patriotismo por parte de los militares. Decía, lo que no es grave pero sí evidente, que sus conceptos de patria no son los mismos nuestros. Decía verdad. Yo, por ejemplo, ni me siento, ni quiero ser, ni definitivamente soy compatriota de muchos de los hombres del Proceso. Como uruguayo, no cedo un tranco de pollo a nadie. Pero me proclamo extranjero de esa patria craviótica, de plazas con charreteras, donde preológicamente y retóricamente, en cada fecha patria, los manidos discursos del Proceso, cubren con su hojarasca de feo brillo una nacionalidad que no fue forjada por gente como la de ese Proceso, sino, todo lo contrario, por anti-Procesales conciencias como las nuestras.

Me parece inadmisibles, así, que, faltos de todo argumento valedero, y tras aporrear durante interminables años a las gentes y espíritu uruguayos, se acuerden de que todos somos hijos de la misma tierra, y nos engloben, nos convoquen y nos aludan, cada vez que un tipo espléndido que nació en otro lado —lo que a nadie hace mejor ni peor— viene para ayudarnos, en su irrefrenable simpatía por el auténtico Uruguay. Que no es el del Proceso sino el nuestro.

Resumo: intento insinuar que simpatizo con Suárez y lo miro como nacido en Pando. Al Canciller Maeso, en cambio, lo más cerca que lo siento es como si hubiera visto la luz en algún poblacho entre la Mongolia exterior y el Turquestán chino. Y ni siquiera. De ahí, hacia el norte, algunos días más de camino, si fuera posible.

Aislacionismo

El otro aspecto asombroso de cómo se conducen las cosas en este gobierno, es esa concepción no revisada de que Uruguay es un compartimiento estanco (¿Se dice así?)

Hace ya décadas, aquel formidable escritor panfletario español, que por desgracia terminó fascista y que se llamaba Ramiro de Maeztu (recuerdo la gracia con la que Bergamín lo contaba), mantuvo no sé con qué escritor católico una polémica sobre el pecado original y su heredabilidad o no heredabilidad. Magistralmente, Maeztu terminó la polémica con una frase lapidaria:

"Usted confunde el pecado original con la sífilis".

Glosando a Maeztu, digamos que este proceso confunde las fronteras políticas con los cercos de ligustro. Creen que un país es lo que eran, antes de este Proceso, los hogares: algo donde de noche no se podía entrar sin permiso de su dueño y de día, sin orden de juez com-

petente.

A lo mejor, piensan, si Suárez no viene las cosas no trascienden. Y no advierten que no hay Adolfos Suárez capaces de proyectar tan largamente la sombra de nuestra oscuridad como ellos mismos. "El País" de Madrid coñentaba horas después que "la apropiada torpeza de sus anfitriones ha prestado (a Suárez) nuevo aliento político". En tanto que ABC, (¡el franquista ABC!) consignaba que "sólo una autocracia agonizante, una dictadura en retirada" puede meterse en "bretas como éstos".

Hay un doble movimiento que el Proceso no comprende: por un lado, sus gaffes son cada vez más grandes; por el otro, el mundo es cada vez más chico. En esto le pasa como le pasó a Reagan en Irlanda, hace semanas.

Parece que en EE.UU. hay unos 40 millones de votantes de ascendencia irlandesa. Un poco para demagogearlos, Reagan fue a hacerse homenajar a Irlanda. Allí cayó, con el pelito negro (como cuando filmaba "Sangre de la pradera" o "Lobos en la noche" y con los dientes lustrados, como en las sonrisas de "Volando hacia tí"). Naturalmente que con Nancy, bien estiradita, a su lado. En el programa de visitas estaba previsto una noche en el pueblo del que salió, cien o más años ha, su abuelo Reagan. Tim Reagan. O Johnny Reagan. O Rosendo Reagan, no sé, carpintero, albañil o algo así, debidamente aprobado por los servicios de propaganda y por el Departamento de Encuestas y Perfil Presidenciales.

El pueblo irlandés de donde salió Aniceto Reagan se llamaba Wallpoyren, o Ballyporem, o cosa por el estilo. (Si algún lector duda, escribame, busco el recorte y lo informo cabalmente). El pueblo tiene 800 habitantes. Pero esa noche, guardaespaldas y brigadas de seguridad irlandesas y norteamericanas mediante, la población ascendió a 3.200 almas. (Igual que pasaba en aquellos poblados de California, cuando caíamos con la Goldwing para filmar "Halcones en celo" o "El precio de la codicia", que la taberna quedaba chica y se agotaba el aguardiente hasta en la tienda de Harry).

Bueno: llegó Reagan a Wallpoyren, o Ballyporem, con el jopo pronto para la televideo y la frase espontánea aprendida de memoria. Pero sobre todo, con el alma enteramente irlandesa, un poco de sed, y agua en la boca pensando en los votos de ascendencia irlandesa de la patria.

Entonces pasó lo horrible. Hete aquí que los malditos habitantes, corrompidos por noticieros e infiltrados por información, esperaban al héroe detrás de un gigantesco y laónico pasacalle: "Ronald: fuera las manos de Nicaragua". "Libertad para El Salvador".

Azorado y con la buena fe golpeada por atrás, Reagan sintió que le habían estafado el maquillaje. Ante aquellos energúmenos (evidentemente incursos en Asistencia y en Asociaciones Subversivas, más Desacato por ofensa y Vulpendingio a la fuerza moral de Irlanda país al que exponían a sufrir represalias), ante aquellos desafortunados, digo, como el Gobierno uruguayo delante de Suárez, Reagan comprendió de pronto la verdad: los habitantes de Wallpoyren eran todos extranjeros.

¡Desdichado Reagan, que no tuvo siquiera ocasión para expulsarlos!

(Tuvo que irse él. La solución no es mala. Piénsela).



Manuel Flores Mora

(*) y (**) John B. Trend, "La civilización de España", Losada, Buenos Aires, 1955, pág. 54.



Pensar para creer

Reflexiones sobre el desguace

"En España, a menudo, se encuentra una gran iglesia, noblemente proyectada en una escala de las mayores proporciones, que luego se ha dejado sin concluir y en ruinas, como si se hubiese desvanecido alguna gran visión".

JOHN B. TREND, "La Civilización de España", Buenos Aires, Losada, 1955, pág. 128.

En un poema célebre, el gran nicaragüense Darío se refiere a "una hazaña del Cid fresca como una rosa". Yo siento ciertamente que las anécdotas de Bergamín y de Carmen Amaya con que quiero encabezar esta contratapa son, al mismo tiempo, frescas como rosas pero vitales y restallantes como claveles. No solamente dan perfume. Se diría, así lo siento, que laten; y que sangre de cuerpo y vivacidad espontánea de alma vibran, como inmortalizando el momento y la sublección mental de que nacieron.

Difíciles de concebir para nuestra confianza en la anglosajona practicidad y desburocratización que de ella nace, lo que quiero revivir es de aquel tiempo, algunos años después de terminadas la guerra civil española y la subsiguiente conflagración universal, cuando la España que el mismo Bergamín bautizó como "España peregrina," —España de intelectuales libres que, escapados de la muerte y de la cárcel, no podían sin embargo habitar la propia tierra— continuaba su movimiento de dispersión por el mundo. En plena guerra fría y ya con las preocupaciones macarthistas martirizando sociedades, españoles que querían ingresar al territorio de los Estados Unidos, así fuera por breves lapsos, encontraban interminables preguntas en formularios que parecían absurdos, justificados sin embargo en prescripciones legales o atajos reglamentarios del gran país.

Se preguntaba a los extranjeros "¿Tiene usted intenciones de matar al Presidente de los Estados Unidos?". Todos, claro, contestaban que no, con lo cual, si posteriormente lo intentaban, el delito de magnicidio, quizás fallado, se añadía al de perjurio, consumado, con repercusiones judiciales que facilitaban no sé qué cosa.

Ignoro cuántas personas, a lo largo de los años, debieron contestar esta pregunta. Dudo sin embargo que nadie haya podido retrucar algo mejor que lo que dijo Carmen Amaya y firmó abajo. Con la gracia y la espontaneidad enteras de la feminidad española, golpeando como la punta del pie de una bailadora en el piso, en el arrebatado arranque de la castañuela:

"¡Hombre! —escribió Carmen Amaya— ¡Ni se me había ocurrido!".

La respuesta de Bergamín que quiero comentar —hubiera podido ser de Góngora o de Quevedo, por la acidez y la justeza; por la perfección en un plano superficial de la forma y por la simultánea hondura de la estocada que traduce— se vincula con otra pregunta: la clásica de "Diga si es usted comunista". Bergamín contestó:

— No. Pero lo que ustedes creen que es ser comunista, eso sí soy.

Ser y creer

Esto de creer no es, ciertamente, como puede pensarse, cosa de tomar a la ligera.

Hace ya muchos años —tantos que ahora, cuando se lo recuerdo, él mismo no recuerda habérmelo contado, lo que me impide localizar la fuente— José Pedro Díaz me contó que, en no sé cuál isla del Pacífico, los naturales creían que el que pisaba la sombra de las tortugas, que eran sagradas, pagaba la profa-

nación con la muerte. No porque los otros naturales lo castigasen, matándolo. Sino simplemente porque la violación de la mágica intangibilidad de la sombra de la tortuga determinaba que el transgresor fuese arrebatado de este mundo por los espíritus que vigilan estas cosas. El asunto es que cuando el que pisaba la sombra era un extranjero que no sabía nada de la verdad terrible, no le pasaba nada. En cambio, si era nativo y creyente, se moría. Esto es: se acostaba para morir. Y se moría. Así de simple.

El caso es espléndido porque ilustra sobre una condición última, no siempre advertida, del hombre y de todos los hombres. En la medida en que nuestra única manera de existir es existir dentro de un sistema de creencias, es necesaria una obstinación moral casi heroica para terminar viendo, siquiera por instantes, las cosas tal como pueden ser vistas desde otro ángulo (o desde otro ser humano).

Hace algunas contratapas citábamos la frase, que supongo de Ortega y Gasset, según la cual es condición de la derecha rechazar las ideas a partir de las creencias. Esto es, refutar el pensamiento y renunciarlo, apoyándose en las creencias (Después de lo que me pasó con José Pedro, me sobrecoge casi pensar que Ortega, de estar vivo, pudiera decir "¡Qué disparate! ¡Yo jamás dije eso!". Pero está muerto. Es decir, enteramente vivo de mensaje, pero muerto de posibilidad de desmentido).

Sin fatigarnos con Platón, o sin fatigar a Platón con nosotros, más o menos todos tenemos idea de qué cosa son las ideas. Y de qué cosa son las creencias. Todos los que alentamos (o creemos alentar) un pensamiento progresista sentimos el halago de la sentencia orteguiana. Como quien dice, viéñe ella desde la autoridad del gran filósofo a marcarnos una superioridad más de nosotros sobre lo que entendemos por derechista, esto es, lo que solemos llamar "reaccionario" y, si nos apuran hacia el lenguaje del coloquio, "facho" no más.

Y bien: si algo hay en la frase de Ortega que sirva realmente para alguna cosa, además de la vana autosatisfacción, es para indicarnos cuáles hombres son realmente de derecha. Sea en la derecha, sea en la izquierda.

(Digo porque decir "ideas" es igual que decir "pensamiento", pero es muy distinto a decir "ideología". Ideología es simplemente una economía de lenguaje con la que referimos a un conjunto de ideas, generalmente armonizadas entre sí, y a veces ni siquiera. Pero que a la manera de una naturaleza muerta o de un animal embalsamado, pueden ser pensadas o no. Más claro: hay gentes que piensan determinadas cosas. Otras —¡cuántas!— que simplemente "creen" en una ideología).

Digo porque, si realmente la gente del Proceso se va y resulta, como parece, que, desamparados de Bolentinis y desasistidos de Givogres tenemos huérfanos que gobernarlos por nosotros mismos, no habrá más remedio que comenzar a meditar sobre estas cosas.

Gauchos y sirenas

Sería hora de pasar hacia adelante, pero no puedo hacerlo sin compartir con el lector dos cosas más, vinculadas con esto de la verdad y la creencia. Una tiene que ver con gauchos. Otra con sirenas. Por gauchos, claro, entendemos un individuo real de nuestros campos. Salteemos la maldad de Macedonio Fernández ("el gaucho es una ficción creada para entretenimiento de los caballos de las estancias...") y atengámonos, si no a Segundo Sombra o a Martín Fierro, por lo menos al aristocrático Güiraldes y al apasionado y azaroso José Hernández. El gaucho existe.

Lo que quiero contar está en un pasaje memorable de ese libro malconocido y peor valorado que es "La Tierra

Purpúrea", donde el notable talento de Guillermo Hudson pintó para siempre su visión de nuestro Uruguay a mediados del pasado siglo. Es el pasaje de nocturno fogón, con tinieblas que apenas retroceden presionadas por la llama mínima de la madera dura. Entre mates, el cerco circular de paisanos, con la noche apoyada en las espaldas, intercambia noticias de almas en pena, de brujerías, de aparecidos y fantasmas. Nadie duda, entre aquellas almas de quebracho, afines a una imaginaria tan sobria como el punteo de un estilo o la pobreza de la vida.

Hasta que le llega el turno a Hudson de contar alguna cosa. Como no quiere mentir, habla del Londres real y cuenta de la iluminación a gas que disputa sus calles a la niebla. ¡Para qué! Delante de tamaños inventos, los gauchos se lo quieren comer.

(¡Sombra de Aristóteles! Los hombres, como el arte, agradecen lo imposible verosímil. Pero no perdonan lo posible inverosímil). (Cuento con gusto este pasaje de Hudson, porque además de suceso uruguayo, y de venir a cuento, es homenaje que tributo a aquel notable escritor que algunos apresurados han resuelto denostar últimamente, vaya a saber bajo la luz de qué celajes).

El caso de las sirenas no es tan ilustrativo y me llega en las páginas de diarios españoles. A comienzos de este mes de agosto y organizado por la Universidad Internacional Menéndez Pelayo, tuvo lugar en Galicia un seminario sobre el reuma, que abarcaba desde su historia y remedios, hasta su influencia en la cultura. Asistieron consiguientemente no sólo médicos, sino también sociólogos, historiadores y escritores. Uno de los últimos habló de las sirenas. De aquellos mitológicos seres que eran centauros de mujer con pescado. Se trata del conocido escritor Gonzalo Torrente Ballester, quien reclamó la intervención del Seminario para salvar la vida de "cinco sirenas que todavía existen en las costas gallegas, pero que estarían en peligro de extinción a causa del reuma y otros males".

Parece que el reuma, en Galicia se trata con remedios surtidos: ortigas, rayos láser, quimioterapia o concurrencia a las aguas santas del santuario de Santa María, en epiléptica y sin embargo naturalmente digerida simbiosis de fabulación celta pre-cristiana, catolicismo medieval y tecnología médica del siglo XXI.

Ante quienes negaron la existencia de las sirenas, Torrente Ballester dijo una cosa que, sostengo puede ser desplegada casi como un estandarte político.

"Las cosas —dijo Torrente Ballester— sólo dejan de existir cuando se deja de creer en ellas".

Aquí y ahora

Lo que quiero decir a mí me resulta clarísimo, pero ignoro si habrá, en mi torpeza, conseguido trasmitirlo al lector. Son verdades que, como la obra de justicia de que hablaba Batlle, se aplican por igual a nosotros y a nuestros adversarios. "A nuestros hijos y a los hijos de nuestros adversarios".

El Proceso —que de ideas siempre anduvo necesitado, esto es, más bien carente— tuvo, cuando menos, la capacidad de concitar al principio la creencia, siquiera sea de quienes lo protagonizaron. Ahora está agotado y se retira porque no hay quien crea en él. Tiene menos suerte que los aparecidos gauchos del cuento de Hudson. ¡Qué digo! Menos éxito que las mismas sirenas arragadas y artrósicas a las que el reuma corroe las articulaciones, entre los crédulos habitantes de las rías bajas de Galicia.

Decía bien Torrente Ballester: las cosas dejan de existir cuando se deja de creer en ellas. Aquí, en el Uruguay tam-

bién dolorido y con muletas, pero no artrósico, de nuestras angustias, el que dejó de existir es el Gobierno. No hay Gobierno porque no creen ya en él ni sus Ministros. (Hay sólo Fuerzas Armadas y por eso los arreglos se hicieron directamente con éstas, para procesar la liquidación de este ya liquidado Proceso. Así fue).

(Eduardo Jiménez de Aréchaga ha dicho que el Fiscal Militar de 4to. Turno, Coronel Aviador Martínez Levaggi, no podía volver a la base y decir "Misión cumplida". Lo mismo cabe sostener de la totalidad de los agentes de este régimen. Ninguno, en ningún lado, ha conseguido conquistar, en ningún Ministerio, en ningún Municipio, en ningún Ente, en ningún Liceo, en ninguna Facultad, en ninguna parte, la mínima aprobación o simpatía de sus conciudadanos. Peor: ni ellos mismos creen ya en su capacidad para triunfar en la empresa. Asistimos así a un como desolado y escorpiónico —¡después de tantas arrogancias!— clavar el aguijón de la falta de creencia en sí mismos, en una suerte de suicidio involuntario y autodemolición inevitable. Por mucho que Asadour —noble y tenaz Asadour!— siga brindándole microfófonos, en la renovada emoción oficialista que ahora tiene, después que lo agraciaron con esa onda de obsecuencia modulada que le tocó. Mercedes onda, porque Asadour (el país lo sabe) ha sido como la ninfa constante de todos los portavoces de la dictadura.

Pero olvidémonos del oficialismo y encaremos la responsabilidad que a nosotros mismos —digo, al país que somos— nos espera.

Hagamos nuestra la frase arriba citada de Ortega y abracemos nuestra fe con nuestro pensamiento y nuestro pensamiento con nuestra fe. Sí, Ortega. Hay que pensar en lo que se cree. Y hay que creer en lo que se piensa.

Una frase de Trend, en el acápite de esta nota, desnuda bajo los ojos de nuestra imaginación la tristeza de una gran iglesia cuya construcción fue abandonada por la mitad, "como si se hubiera desvanecido alguna gran visión". (En los hechos, no recuerdo haber visto nada parecido en España, como no sea el solitario caso de la inconclusa catedral de Alba de Tormes, ofrendada por el Duque a Santa Teresa y que ahí quedó, a la muerte de ambos, como tirada a la vera del río del lazarillo. No puedo leer la frase de Trend sin proyectarla sobre la realidad de Uruguay y sobre la maquette de ese Uruguay de libertad y de cultura, de paz y de bienestar popular, que fue el Uruguay de ayer no más y del que tenemos que pasar largamente hacia adelante en los años por venir.

Hasta ahora, desgraciados desagraciados que somos, hemos ocupado nuestras horas en críticas al Proceso cívico-castrense.

Ha llegado, sospecho, la hora de olvidarnos un poco del presente yerba y de inaugurar otra forma más difícil del coraje. El coraje de mirar hacia nosotros mismos y hacia el porvenir que nos espera, para asegurarnos que ese Uruguay que debemos construir no termine "como una gran visión que se desvanece".

No alcanza con haber representado y alentado la reacción contra este régimen. No alcanza con ser reactivo, porque de lo reactivo termina naciendo lo reaccionario.

A veces pienso que en todo cuanto decimos (y escuchamos) hay demasiada desolación de presente y demasiada rabia de reciente pasado. Y poco de lo que tiene que venir, vinculado con el mañana necesario. ¡Si habrá para hablar! Ya lo haremos.



Manuel Flores Mora



Retrato que retrata a un régimen

En una buena antología de alcurneos, agravios y otras maldades, sostengo, no tiene que faltar la frase con que Churchill aporreo el carisma, dudoso e inabismable, del Primer Ministro Clemente Attle:

— Todos los días —dijo— llega al 10 de Downing Street un automóvil vacío. Se abre la portezuela y baja Mr. Attle.

(Para párvulos menores de 45 años, aclaro que Clemente Attle era jefe del Partido Laborista. En las elecciones inmediatas a la guerra en que Churchill derrotó a Hitler, Attle derrotó a Churchill y lo sustituyó como cabeza de gobierno. 10, Downing Street, según todos saben, o sabían, es la legendaria residencia de los primeros ministros británicos. Churchill a su vez era Churchill hasta cuando no tenía el habano. Mucho más Duque de Malborough que su ilustre antepasado, el duque de Malborough, había nacido (Churchill) en el dilatado palacio que alguna vez visité, al norte de Oxford, palacio en cuyo parque la gratitud de un país y la de un rey, cavaron un desafortunado lago artificial. Y plantaron, como homenaje, por millares, árboles que reproducen la ubicación de los ejércitos en la batalla de Blindheim, sobre el Danubio.) (*)

(Vencedor de Churchill, y por lo tanto de Hitler, de Blindheim, de los franceses, de los bávaros, del lago artificial y de los árboles combatientes, Attle, sietemesino y peladito, usaba una gabardina como la del teniente Columbo, que en el mundo real tal vez lució impécable, pero que en mi memoria se exhibe operariamente arrugada y medio como sindical; Attle ocultaba su penosa ausencia de feudalismo secular detrás de un bigotito ralon; según el párrafo que Maggi dedicó a no sé quien, podía definirse como un puñado de lástima).

(Así fue el hombre que barrió a Churchill para fuera de la política: lo pasó de Primer Ministro a mero escritor de memorias. Pero alguna razón tendría Churchill, con su imprecación del automóvil ocupado de vacío metafísico: cuarenta años más tarde, todos saben quién fue Churchill y nadie quién pobres-diablos fue Attle).

Paredes y Retratos

Dirá con razón el lector a qué viene, en el Uruguay post-conciliar, finiprocesal y pre-democrático de nuestros días, este recuerdo garrafal de un instante de la vida churchillianiana. Se verá: en realidad carece de relación directa con lo que quiero comentar, aunque venga a cuento y circule por los entornos, en tanto y en cuanto ronda el tema de las personalidades, del yo y del no-yo, de las primicias y de los momentos históricos, proyectado contra el vacío, si no de los automóviles, cuando menos del tiempo.

Es asimismo una historia de primeros despachos, como que refiere a generales, a magistraturas y a representación. Estoy hablando de una novedad del Proceso no suficientemente difundida en el conocimiento público y que indica que, no obstante la vejez esencial de todas las represiones que plantea, el Proceso es capaz de generar en la vida administrativa cosas que jamás se habían visto. Me refiero al retrato del Teniente General Gregorio Alvarez, en uniforme creo que de gala y con el pecho cruzado por la banda presidencial, que cuelga en la pared del despacho del Ministro del Interior.

Como es sabido, hubo un tiempo, hace décadas, en que navegué los mares de la actividad pública. Creo haberme sentado —como visitante, claro está— en todos los despachos de Ministro que

existen en el país, salvo los mudados en fechas procesales más recientes. Más: durante algún tiempo, el dios de lo no merecido me instaló como transitorio ocupante de más de uno de esos despachos. Nunca presidí un Ente Autónomo. Pero he tomado café y departido en la Presidencia de todos los Bancos oficiales, de todos los Servicios Comerciales e Industriales del Estado, y de todos los Servicios Descentralizados. Y en la Presidencia del Senado. Y en la de la Cámara baja. Pienso que debe haber alguna ley que lo prescriba, porque salvo el retrato de la señora y de los niños, que algunos erigen módicamente sobre la meseta del escritorio, en la pared, lo que se dice la pared, sólo había el retrato de Artigas, ese con mejillas de leve ictericia pintado por Blanes, en el que el vencedor de Las Piedras ostenta la melancólica hipocondría de un traficante departamental de pieles de carpincho.

Pero digo: retrato en la pared, del despacho ministerial, sólo Artigas. Miento: a veces Rivera y Lavalleja. Y a veces, Rivera o Lavalleja. En 1958, ganaron los blancos y el cuadro se complementó con algún retrato de Manuel Oribe. Recuerdo cuánto me afectó por entonces. Hube de resignarme. Pero todos habían muerto hacía más de cien años.

Quiero decir: de los grandes caudillos nacionales llevados por el fervor de populares mayorías, en un vuelo de urnas hasta los más altos sillones, como Berreta, como Luis Batlle, como Herrera, o Nardone al que fui activamente hostil, o Gestido, jamás un retrato. Mandatarios legitimados por la ley y la voluntad de la nación, ninguno hubiera osado arrostrar el escándalo de ese culto de la personalidad que ni siquiera garantiza tenerla. De Luis Batlle con banda presidencial hubo retratos por millares. Los poníamos en clubes políticos, en periódicos partidarios, en el escritorio y en el living. En una oficina pública jamás.

Como no hay ninguno de la Sra. Thatcher en las Embajadas británicas, ni de Suárez o Felipe González en las de España. Sólo los de la Reina o el Rey en su caso. Y en otras partes, también jefes de Estado legítimos, cosa que sin embargo jamás ocurrió aquí, porque el austero espíritu republicano de esta tierra, que jamás levantó Plazas a las Nacionalidad pero que la sentía muy hondo, siempre rechazó ese tipo de homenajes en vida. (**)

Para colmo, el retrato que refiero y que apareció distraidamente hasta en la prensa, no pende siquiera en un paño libre de pared según se estila. Para horror de elementales principios de civilización decorativa, ha sido colgado, es de suponer que de un clavo vitando, directamente sobre el lambris.

En achaques de retratos y homenajes, confieso que lo que me viene a la mente es aquella vieja historia de un mismo cuadro en dos fechas diferentes y 300 años de distancia una de otra.

El primer momento es en el siglo XVII. Aparece, recién pintado, el cuadro de un hombre orgulloso y con un cartelito explica: "retrato del Excelentísimo Señor Don Fulano de Tal, Duque, Conde, Marqués de...". La retahíla de títulos y dignidades, desde la de Gran Maestre hasta la de Comendador, son tantas que no hay sitio para consignar el nombre del modesto pintor que trazó el cuadro.

La segunda parte ocurre en nuestros días. El mismo cuadro, pero con una lacónica chapita: "Retrato de personaje desconocido, por Rembrandt".

Con su esplendorosa crueldad de

panfletario, Churchill diría cosas como "cuelga de la pared un marco vacío y en él está la cara del Duque, Conde, etc."

Es materia de estilos. Más precavidamente, prefiero recordar aquello de la Constitución de la República según la cual el funcionario existe para la función y no al revés. Igual con las paredes. Los funcionarios están para apuntalarlas, no al revés. Antiguas (y vigentes) concepciones españolas establecen que los hombres somos hijos de nuestras obras. No de nuestros muros. Mucho menos, de los muros de las oficinas del Estado.

Valemos por lo que damos, no por los lambrises que clavos ominosos sacrificquen para cuelgue de nuestras caras.

En tren de refranes, insinúo que si el hábito no hace al monje, el coche oficial no hace al gobernante. La pared tampoco. Y en cuanto al marco dorado, la única con derecho a concederle es la posteridad. O era, por lo menos, en el Uruguay austero y republicano en el que, para nuestro orgullo, nacimos, donde lo dorado se usaba exclusivamente por algunos cielos de crepúsculo. Uruguay de cuya atmósfera espiritual, tan altiva como modesta, no debemos permitir que nadie nos saque.

(Al final, nuestra patria no es el mero territorio que linda, como se sabe, al norte con el Brasil, a la izquierda con el IDI y a la derecha con las Fuerzas Armadas. Nuestra patria es esa atmósfera espiritual a la que aludo, atmósfera sin marcos dorados, dentro de la cual somos todos y fuera de la cual no somos nada).

Borges, tres gotas

Tópicos como el retrato, el rostro, la identidad o personalidad real o nula de la gente, no puede ser tratado sin agregar a los ingredientes media taza de Borges. Tanto ha circulado por la materia que habría de transcribir, casi, sus obras completas. Pero me atenderé a "El Hacedor" y dentro de éste a sólo dos ejemplos, lejano e ilustre uno (Shakespeare), político y más próximo otro (la pareja Eva-Perón).

Lo que intenta decir Shakespeare es que éste, como Dios es a la vez todos y ninguno. "Everything and nothing". Todo y nada. Muchos y nadie.

De ese drama personal el joven Shakespeare sospechó que podía salir "en el ejercicio de un rito elemental de la humanidad" y "se dejó iniciar por Anne Hathaway, durante una larga siesta de junio". No le sirvió de nada. Disimulando "su condición de nadie" marcha a Londres y se hace actor, para representar personalidades de todo tipo, él que no tenía ninguna.

¡Pobre Shakespeare! "Nadie hubo en él; detrás de su rostro (que aun a través de las malas pinturas de la época no se parece a ningún otro)... no había más que un poco de frío".

Me parece admirable, aunque obviamente nada tiene que ver con el tema de esta nota, relativa a un retrato del Teniente General Alvarez y no del bardo del Avon. Nada que ver.

Si, en cambio (no mucho, pero algo) la afirmación de inexistencia vinculada con la pareja de grandes políticos argentinos, a los que Borges no quiere (y yo tampoco).

Una página titulada "El Simulacro" termina afirmando que "tampoco Perón era Perón ni Eva era Eva sino desconocidos o anónimos... que figuraron, para el crédulo amor de los arrabales, una crasa mitología".

Siempre encontré notable esto de "crasa mitología". Crasa quiere decir gorda, espesa. Mitología espesa y gorda pues, erigida para "el crédulo amor" de la multitud de los arrabales. Es notable. Como la afirmación de que nada tienen

que ver los rostros proyectados a distancia con la esencia interior, desconocida, anónima, de Perón o de Eva.

Hasta en eso, sin embargo, la comparación con el tema de esta nota nos muestra desubicado al Proceso uruguayo. El Proceso, efectivamente, intentó también entre nosotros una "crasa mitología", erigiendo delante nuestro una constelación de lugares comunes, donde vaciedades como "seguridad para el desarrollo" terminaron traducándose en vertical aumento de la Deuda Externa para salvataje de carteras incobrables de torpes bancos fundidos. Y donde la "tablita" terminó en tabla de tobogán hacia la ruina de gentes y país. Donde el famoso "orden de la enseñanza" no pasó de obligar al pelo corto, porque el nivel descendió hasta debajo del sótano y los problemas, todos, lejos de mitigarse, se taparon y agravaron hasta el paroxismo.

Esa "crasa mitología", sin embargo, no tenía cabezas ni rostros visibles. La presidía, simplemente, la turnante impersonalidad del Proceso. Quiero decir: que ni en su lógica, o pre-lógica interna, tiene por lo tanto sentido esto de elevar retratos de un general actual hasta la altura donde sólo habían sido colocados, en esta tierra, los retratos de Artigas.

Final

Se dirá que el episodio en sí es de poca importancia. Pudiera ser. En todo caso, es de reveladora importancia sintomática. El estudioso aficionado que soy a los modos mentales del proceso no podía saltarse esta retratización con marco dorado invasora del normalmente intocable lambris de los despachos.

Pero además vale la pena destacar estos hechos porque indican, melancólicamente, para dónde disparan las tendencias interiores de los que nos gobiernan.

¿Puedo todavía fatigar con una nueva cita? Es aquella confidencia de Sartre a Françoise Sagan (la conocí a través de un artículo reciente de Jorge Edwards), en la cual el filósofo confiesa que al perder la vista pensó hasta en suicidarse. Sólo, dijo, que había sido tan hermosa su vida que había adquirido la costumbre de la felicidad. Ciego y todo, confiesa, "seguí siendo feliz por costumbre".

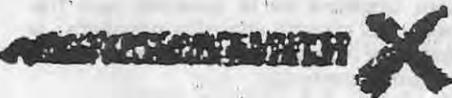
Bueno: a este Proceso y a este Gobierno les pasa lo mismo. Cuando no tienen nada que hacer, hacen macanas. Por costumbre. Por inveterada costumbre.

(Además ya se van. Por fortuna, gane quien gane, no hay peligro ninguno que Sanguinetti, ni Zumarán, ni Crotogini, la emprendan contra el lambris con sus retratos y clavos.)

(Seamos justos: el Proceso les legará otras cosas de qué ocuparse.)



Manuel Flores Mora



(*) La batalla de Blindheim tuvo lugar en agosto de 1704; Blindheim, donde ingleses y austriacos vencieron a franceses y a bávaros, queda en Bavaria; Malborough es el mismo personaje que los españoles llaman Mamburí, protagonista del clásico "Mamburí se fue a la guerra"; el palacio que le regalaron de premio y donde Churchill nació, se llama Blenheim que es lo mismo que Blindheim pero desgermanizado.

(**) Quien quiera ver el retrato a que hago referencia no tiene más que consultar "El País", 11-II-84, pág. 1. Allí, en colores, los Generales Linares Brum y Rapela y el Dr. Alonso. Atrás, en la pared, el retrato del T. Gral. Alvarez.

Paco Espínola dixit

Larga sombra tiene lo arbitrario

Desprecia cuanto ignora

D. Antonio Machado

A mi viejo y buen amigo Carlos Pacheco debo el conocimiento de una respuesta de Paco Espínola, respuesta cuya fragancia tras-pasa el aire de las casi dos décadas que por encima de ella han transcurrido.

Fue por la mitad de los años sesenta. Pacheco integraba el Directorio del SODRE, en cuya radio Paco tenía una audición (*). Una tarde Paco leyó por el micrófono su notable cuento "Rodríguez", aquel en cuyo final el diablo, irritado por no haber logrado impresionar al paisano de ese nombre, lo envuelve en el agravio rotundo de una puteada. Carlos Pacheco, que ese día no había podido sintonizar la audición a tiempo, alcanza a escuchar solamente el final; la voz posesionada y profunda del maestro, resonando de indignación y mordiendo cada una de las letras:

— Te vas a la p... que te parió!

Por el Sodre.

Días más tarde, ya repuesto de la sorpresa, Pacheco se encuentra con Paco y comentan el episodio.

Paco explica entonces que esas palabras no tienen el sentido que la gente cree. Y agrega algo que encuentro notable:

— En este caso sólo tienen valor de interjección.

Paco sobrenatural

Ignoro si las nuevas generaciones guardan, como la mía, idea de la imagen física de Paco Espínola: la que vi por primera vez, imagen sobrenatural de gran escritor, a bordo del tranvía 31 hace más de cuarenta años. Lo bichaba de lejos y no me atrevía a hablarle. Era en la madrugada y me imponía, sobre todo, contra la cabellera y la flacura del traje enteramente negras, el detalle del cuello palomita, que fue uno de los últimos en continuar usando.

(El otro que llevaba cuello palomita, cuando el resto de los uruguayos había dejado de ponerse, era el Dr. Surraco. Eminencia médica, a él se atribuye, en aquel tiempo heroico de la medicina sin ficheros, el caso del paciente al que extirpó un riñón. De tarde va a visitarlo en la cama del hospital y le pregunta cómo está.

— Bien, doctor. Mejor que la otra vez.

— ¿Qué otra vez?

— Cuando me sacó el otro riñón.

Aterrado, el Dr. Surraco sólo alcanzó a comentar, con espanto: "Te maté!". Surraco y Paco son los únicos hombres a quienes vi con cuello palomita y, consiguientemente, con el aire de caricatura fantasmal que ese cuello supone. De Paco, para quien quiera verlo, hay una legendaria fotografía con cuello palomita en la primera edición de "Sombras". Tanto Paco como Surraco, por lo demás, como el Felipe IV del famoso soneto de Manuel Machado, iban por el mundo, por entonces, "siempre de negro hasta los pies vestidos".)

Me pregunto si en aquellos hombres y tiempos, íntimamente convencidos sin duda de la solemnidad de la misión encerrada en sus destinos, el cuello palomita no tenía, también, valor de interjección.

Paco, particularmente, se abusa. En vida podía entrar a la reunión que fuera que la desequilibraba. A los dos segundos, la reunión era una audiencia concedida por Paco a los demás presentes. En esta nota igual. Esta nota tenía, como se verá, otro tema. Pero he citado a Paco y Paco se hace centro de la nota y la desequilibra hacia él.

Yo no resisto ese predominio, claro

está, pero cada vez y son muchas, que la imagen de Paco me cruza por la mente mientras escribo, me cruza en cuitarlo. Nunca me siento suficientemente lúcido para hablar de él en el nivel que debería. Paco era físicamente un bicho. Su presencia física era la de un pájaro que además fuera un príncipe y que además fuera un misterio. La condición de no parecerse a nadie ni a nada, era como el punto de partida físico coherente para una inteligencia también sin comparación posible con otra ninguna.

Tanto que he venido hablando, a propósito del Proceso cívico-militar infligido al país, del pensamiento pre-lógico. Bueno: tampoco Paco pensaba racionalmente. Pero no era pre-lógico. Era post-lógico. No pensaba: iluminaba. Se instalaba en el corazón mismo de lo que comentaba y luego de proferirlo, volvía atrás para reconstruir con lógica sobrepasada pero rigurosa, el camino que no había tenido necesidad de hacer. Por eso resultaba sorprendente.

Un día, leyendo en clase un párrafo de "La Odisea", en la clásica traducción española de Segalá y Estalella, se paró en seco.

"Ta mal", dijo, con aquel habitual fruncimiento de labios que hacía como para ahondar todavía más la resonancia profunda de la voz. Y explicó que donde la traducción decía, o hacía decir a Homero, "la mar violeta", Homero no había colocado aquel adjetivo, que utilizaba sin embargo en muchas otras partes para referirse al color del mar.

Algunos alumnos (Guido Castillo, creo, entre ellos) resolvieron investigar y, sin decir palabra, terminada la clase fueron a despertar a la Sra. Scazzocho, profesora de griego, para comprobarlo. Esta sacó del anaquel la versión griega de "La Odisea", consultó el hexámetro involucrado y confirmó: allí Homero hablaba simplemente del mar, sin adjetivarlo de color.

Después, preguntado Paco cómo lo había sabido, abrumó con la explicación: "Pero botija! Si yo me doy cuenta que allí el adjetivo era una macana, cómo no iba a dar cuenta Homero, que era Homero!". (Lo mejor de la explicación era que nos dejaba fuera. Como se ve, era una explicación directamente entre Homero qu'era Homero y Paco qu'era Paco).

Paco murió, o mejor, la parte de Paco que se murió, murió el 26 de junio de 1973, la misma noche que las libertades y virginidad republicanas que fueron, no el orgullo, sino sencillamente el honor de esta tierra. No vio pues Paco lo que pasó después. No vio, por ejemplo, presa, a su hija Mecha, que acaba de salir en libertad luego de largos años de presidio. En ocasión de esta última circunstancia, que saludo, y también como homenaje a la gran sombra de Paco, es que hemos iniciado con él y con su frase de la puteada interjectiva, esta nota sobre prisiones, libertades, torturas y desrespeto a las normas sagradas del Derecho y a la condición del ser humano, permanente protagonista de ese Derecho.

Inocente, marche preso

Así como aparecen, por ocasiones, casos de meningitis o de rubiola, lo que se está ahora dando es la liberación de inocentes, luego de años de cárcel (a veces dos o tres, a veces ocho) por crímenes que ni remotamente pertenecen, como no sea dentro del parte policial y de la arrancada confesión.

Uruguay, veámoslo, ha estado viviendo en la última década y media, un tiempo de interjecciones. Donde —oh sombra de Paco y su talento— cosas han sido cometidas como con olvido de su terrible sentido y manejando, con irreflexivo valor de interjección, valores que concernían a la dignidad y al dolor, a veces sobrehumano, de los demás. ("Tenía ocho años de pena y apeló..."; ¡Dále doce!)



Es terrible porque cuando las condenas tienen valor de interjección, las interjecciones terminan teniendo el alcance y los efectos de condenas. (Una interjección mantiene preso a Wilson Ferreira. Varias apuntalan la discipulación jurídica del Fiscal Militar de 4to. Turno. Otra interjección confiscó el tesoro de la Caja Notarial. Y así.)

No hay boca más proclive a emitir interjecciones que la boca de la represión. Todo poder de facto tiende a absolutizarse y su primera pragmática es emprenderla contra quien disiente, impidiéndole hablar. Las interjecciones del poder no solamente pueblan el silencio. Se contagian a todas las escaleras y caen por todos los peldaños de la jerarquía. La norma es dictaminar inapelablemente para abajo y pegar desde arriba. Pega el alto, pega el bajo y pega el chiquito.

En menos de diez días salieron ahora a luz, no uno sino cinco casos de inocentes que cumplieron años de cárcel; tres de ellos estaban presos desde 1982 (Rosember Da Silva, presunto homicida de su cuñado; Sergio Correa, que cometió rapina en Uruguay un día que estaba en Buenos Aires, y José Gasco, acusado de matar a su patrona).

El cuarto inocente se llama Mario Abreu. Estuvo tres años y medio en prisión por haber muerto, en un barrio que no conoce, a alguien que nunca vió. Torturado al límite le fueron dictados los detalles sin sentido ("deci que lo mataste con dos balazos", "deci que en un club de bochas", "deci y quedás bien", "deci que estuviste de copas con uno que no te acordás", "deci que, mamados, fueron a la calle Lerena Acevedo"). Mientras tanto, más picana, capucha mugrienta y celda sucia con insoportables olores. Palizas. Y amenazas de someterle la esposa y matar a sus hijos.

Después de la confesión y antes de llevarlo para el Juzgado, para que no se hiciera el loco, nueva sesión de picana, por la patria y por las dudas. Así llegaba dócil ante la majestad de la justicia.

El Ministro del Interior, requerido por la prensa, ha dicho que "habrá que tomar medidas" y que "esto me preocupa como ciudadano".

Señor Ministro, pregunto: ¿Los funcionarios y jefes que actuaron en el caso, han sido sumariados ya? ¿O la preocupación y las medidas son también palabras a la prensa con un mero valor de interjección?

Una suerte de timidez verbal hace que para referencia a estos temas los periodistas hablen de "apremio físico", encantador rodeo tiquismiqui, porque "apremio" viene de apremiar que quiere decir "dar prisa, estrechar, compeler"

como hace el guarda de ómnibus para que pasemos adelante. La palabra que corresponde es tortura con "t". Así: T-O-R-T-U-R-A. No como interjección. Como concepto.

Lo de apremio físico, sin embargo, resulta nada frente al inefable giro verbal utilizado por mi ex-compañero de Facultad, el Dr. Bayardo Bengoa, quien se hace acreedor al Premio Nobel de la lenidad verbal cuando, preguntado por un periodista a qué atribuye éstas "confesiones" de inocentes, dice que "podría existir alguna suerte de gravitaciones sobre la faz síquica que pueden llevar a aceptar como reales hechos que no lo son."

Supremo.

(Incorporo esta palabra "gravitación", que ni Newton hubiera usado con semejante sentido, al archivo de las hipocresías lexicográficas).

El quinto inocente "gravitado" se llama Pedro Dorao, personaje que parece de Paco, peón que estaba en unas caballerizas de Sarandí del Yi, cuidando un caballo para una penca. (Analfabeto, Dorao podría también trabajar en algún cuento de Moróssoli). Era hombre querido en el Chileno, y no en otra parte, porque fuera de allí nadie lo conocía, su humildad sin letras ni sublevaciones, resignada como el atardecer. Lo aprehenden en Durazno y le hacen, en la policía confesar un crimen. Frente al Juez se desdice y hay que soltarlo, por absoluta falta de pruebas. Entonces la policía lo hace reprimir y bajar a Montevideo. Aquí, sin asistencia letrada, se le ablanda del todo. Cuando vuelve, ha confesado aquí y vuelve a confesar allá. Según la policía el móvil fue el robo. ¿Y el dinero? Bueno: después del asesinato, Dorao quemó el dinero y esparció en el viento la ceniza ¡Lindo ladrón! Resultado: ocho años de injusta cárcel, que nadie le reparará ya.

Lo terrible es que los jueces penales recojan estas interjecciones de una policía sin control y las pasen, en limpia letra jurídica, sin la necesaria revisión. Pregunto lo que se ha hecho o se va a hacer, no sólo al Ministro del Interior, sino al Poder Judicial. ¿No hay responsabilidad por este tipo de errores?

(Acaso, como fatigando el cinismo propuso en caso similar reciente el ex-Ministro Julio Espínola, ¿habrá que procesar a estos inocentes por haber incurrido, con sus declaraciones, en simulación de delito?)

Mientras tanto, como tremendas acusaciones contra el espíritu de este Proceso y de este tiempo, ahí están estos cinco o seis casos tirados a la puerta de las sedes policiales y judiciales. (¿Son realmente cinco, sólo cinco, nada más que cinco, las confesiones sobre hechos falsos arrancados en estos años bajo tortura?)

Un verso célebre de Pablo Neruda dice (por supuesto que a una mujer), aquello de que "bajo las huellas de tus pisadas brotan los dulces sapos".

Lo que sigue brotando de las huellas de las pisadas del Proceso, no es dulce. Son engendros monstruosos, como éste que refiero, nunca vistos en la entera historia anterior de la República. (Sin nada, claro, de esa maldita democracia liberal que tantas profecías de que no volverá, ha provocado, con valor de interjecciones despectivas, en los erróneos jefes del Proceso).

Tampoco son sapos lo que brota de la huella de estas pisadas. Son, mejor, como cruces de rinoceronte con genocidio, enriquecidas con gentes de holocausto.

Manuel Flores Mora



(*) El Directorio del SODRE de que formó parte Carlos Pacheco estaba presidido por D. Juan Pivel Devoto. Lo integraban además la Sra. Irene Ramirez de Aguirre Roselló (madre del Dr. Gonzalo Aguirre), D. Santiago Dossetti y el Dr. Cañellas. A Paco le habían quitado un cargo que tenía en la Facultad de Humanidades en el que ganaba 250 pesos viejos, esto es, lo que ahora, veinte años después, son 25 centésimos. El Sodre resolvió contratarlo y le fijó un sueldo mensual de 500 pesos (medio peso de hoy). Paco protestaba porque era mucho y no guardaba a su juicio relación con lo que ganaba en Humanidades. Hubo que desatenderle la protesta.

modigliani

Temas, barro, y denuncias miserias mezcladas

Señor Excelentísimo, mi llanto ya no consiente márgenes ni orilla: inundación será la de mi canto.

Francisco de Quevedo, "Epístola satírica y censoria", de 1624.

Tan simplificados cuanto entusiastas, los orientales nos venimos perdiendo un montón de cosas que sacuden al mundo en estos meses. O que si no lo sacuden, por lo menos le colocan enérgicos alfilerazos de inverosimilitud y humano interés, cortados como de medida para impedirnos olvidar algunas de las grandes peripecias del espíritu.

Me refiero, por ejemplo, a las esculturas originales de Modigliani que Modigliani había tirado al río y que, después de ochenta años o más de limo acumulado, acaban de ser rescatadas en Livorno.

1984 ha visto cumplirse el centenario del nacimiento de este pintor de pescuezos largos pero de vida corta, cuyo recuerdo de alcohol y de miseria vaga todavía por las calles de Montparnasse. Allí murió cuando apenas tenía 36 años. Entre las muchas consecuencias de esa muerte, la leyenda —que siempre esqueletiza las cosas eligiendo, y eligiendo mal, unos pocos detalles tan sólo— ha perpetuado dos: la suba instantánea de la cotización de sus cuadros y el subsiguiente sobrecogedor suicidio de su compañera Jeanne Hébuterne, que se negó a la vida sin Modigliani al lado.

He sentido siempre, confieso, una casi religiosa admiración por los cuadros de Amedeo Modigliani; mejor dicho, por ese único cuadro que pintó decenas y decenas de veces, con distintas o iguales modelos vestidas o desnudas, pero siempre con la misma firmeza esencial de punto final colocado sobre un descubrimiento definitivo. Clásico consagrado a la tristeza de la muerte prematura, por un lado hundía Amedeo la vida en el desorden de drogas y de ajenjo; por el otro, levantaba los pinceles para pintar a esa mujer donde veía repetida la femineidad insondable de todas las mujeres, directamente sobre un lienzo del que no sabemos si es sólo un lienzo o si es la eternidad.

El ser humano que soy ha sentido siempre dos formas de la solidaridad con la persona de este Modigliani: una solidaridad latinoamericana; otra, uruguaya.

La primera, porque elegía para sus borracheras y sus sueños, aquellos mismos enormes cafés del Boulevard de Montparnasse ("Le Dôme", "La Coupole", "La Rotonde") que fueron los cafés de César Vallejo, el gran peruano. Vallejo de heraldos negros, que en ocasiones entraba y en ocasiones sólo bichaba desde fuera, la nariz contra el vidrio, porque no tenía siquiera los vintenes de franco necesarios para traspasar las puertas y sentarse con sus huesos humeros y sus días jueves ante el mármol de una mesa. (Alguna vez, hace ya años, yo he entrado, como a iglesias, a esos cafés, y tomado en ellos, como quien comulga, su típico plato de inimitable sopa de cebolla, erizado de respeto).

Mi otra solidaridad hacia Modigliani es todavía más honda. Modigliani solía llevar en el bolsillo páginas escritas por un montevideano, el más grande de todos: aquel Isidoro Ducasse, que nació en el Montevideo del Sitio Grande, defendido por Joaquín Suárez y asediado por Manuel Oribe. Y que sólo vivió 24

años, pero que escribió "Los cantos de Maldoror" y fundó todo lo que en arte vino después a lo largo de este siglo. Modigliani arrancaba páginas del libro de "Los cantos de Maldoror" y los llevaba, como inspiradores talismanes, encima de su carne.

Debajo del agua

El centenario de un artista de esta índole no podía transcurrir oscuramente. Modigliani, que llegó a París en 1906 y antes a Venecia en 1903, había intentado la escultura, antes aún, en su Livorno natal. El fracaso de sus obras delante de la crítica hizo que, más o menos desesperado, un día arrojase las esculturas al foso de Livorno. Hace aproximadamente dos meses, desde Roma, Juan Arias escribía para "El País" de Madrid sobre esa nunca hasta ahora comprobada leyenda de estatuas en el agua. Y sobre las dos vestales o mujeres que, envejecidas en el culto de Modigliani y de su obra, las habían perseguido a través del barro acumulado, del escepticismo y de las décadas: Vera Durbe, directora del Museo de Arte Moderno de Livorno, y Jeanne, la hija del artista.

El pasado primero de agosto Juan Arias informaba sobre la recuperación de dos de esas estatuas, localizadas por fin en el légamo del foso (o Canal Real) y arrancadas a él: dos trozos irregulares de piedra y en cada uno de ellos esculpida una cara, en esa alargada síntesis absoluta que es como la marca de fábrica de Modigliani (y consiguientemente de todos los que intenten falsificar un Modigliani).

Cinco días antes de esa publicación de Arias, había muerto en París (como su padre) Jeanne Modigliani. Antes, alcanzó a expresar sus dudas sobre la autenticidad de las esculturas recuperadas, como Moisés, de las aguas. Y a reclamar la fiscalización de su autenticidad por una comisión de expertos.

Es notable esta imagen de Jeanne Modigliani (Jeanne como Jeanne Hébuterne, su madre, la suicida de locura y amor). Uno se asoma con avidez a los diarios europeos para espiarle la cara y aprehenderle la imagen. ¡Hija de Modigliani! Le perdonaríamos que apareciese desnuda con tal que tuviese largo el cuello y llenos los ojos con el vacío de la nada abosca, como la mujer-mujeres modelo de su padre.

Pero la vida es más poderosa y fecunda que el arte. El rostro con que Jeanne, al morir, nos tira, como si fuésemos el foso de Livorno, es el de una italiana más ancha y vieja, que diríamos hermana de alguna Ana Magnani de barrio bajo. Por si fuera poco, en todos los diarios de Europa, Jeanne Modigliani envuelve además, sus hombros y sus pechos con una negra mantilla verdulera.

Uruguay Ahora

Libreme Dios, y al lector sobre todo de que yo le inflija comparancias traídas de los pelos. Libreme de vincular a esta altura las piedras y tragedias de Modigliani con las desventuras del Uruguay de nuestros días. Sucede sin embargo que así como hay notas que tienen por tema un Fiscal o una autopsia (o la autopsia mental de un Fiscal), el tema de la nota de hoy es el mundo.

Observa Borges que la definición que Pascal da de la naturaleza es la misma que, antes, Giordano Bruno había dado del Universo, y antes aún, Alain de Lille, de Dios: "una esfera cuyo centro

está en todas partes y la circunferencia en ninguna.

En este mismo momento de lo que yo necesito escribir, por ejemplo, es de esa epidemia de inocentes que las televisiones y prensa diaria nos ha venido entregando, y a la que referí en mi nota anterior. Hombres que a nadie hicieron nada pero a los cuales la policía o quien sea les hizo tales cosas, que terminaron procesados por confesos de crímenes que jamás, ni remotamente, cometieron.

Y que dos años, tres años, ocho años más tarde, un día son puestos en libertad, con esa libertad de beso y final feliz de las películas bobas, ad major gloria de la digestión de todos, después de haber vivido la odisea del calabozo y la picana, de la capucha y del cepo, de la tortura psicológica y de la paliza constante. Torres, Rosemberg Da Silva, Sergio Correa, José Gasco, Mario Abreu y Pedro Dorao son plato demasiado fuerte para menú de sólo un día.

Por supuesto que horrores de este tipo comprometen primariamente la responsabilidad de la policía. Y al honor de la justicia. Después de sabidos, la ausencia de sanción ejemplar o cuando menos de investigación a fondo, son culpa gruesa del Gobierno y omisión de la Corte. Pero, que a todos los niveles no se alce, indignada y reclamante, una conmoción de general protesta, es cosa que se dirige contra la conciencia misma del país. Contra usted y contra mí. Contra cuantos dicen alentar, concertado o desconcertado, el íntimo sentimiento de la justicia y de la dignidad públicas.

Para empezar: si en una escuela cualquiera aparecen piojos en seis cabezas infantiles, la voz de orden es revisar la pelambre de los chiquilines todos.

Bien: si el sistema penal-policiajudicial-represivo uruguayo tolera que hasta seis inocentes sean mantenidos por años entre rejas por virtud de confesiones arrancadas, pregunto: ¿es acaso posible omitir la revisión, siquiera somera, del caso de todo preso en cuya pena la confesión haya operado efectos?

Pregunto: ¿en este país qué es "confesar"?

Uruguay mañana

Temo no encontrar las palabras adecuadas para transmitir, a esta altura, lo que me parece esencial. Véase: durante muchos de estos años (años atroces en que, además, los Contralmirantes Márquez y los Coronales Bolentinis dijeron lo que les vino en boca, siempre con algún Asadour obsecuente que les arriaba el micrófono) la Nación coincidió en el silencio y en el sufrimiento de la ausencia democrática. Fuimos una sola persona y así llegamos al plebiscito del 80 bajo la desgarrada claridad de que había dos bandos enfrentados: por un lado, la patria con sus sagradas tradiciones; por el otro, las militares concepciones del Proceso. Por esa certeza fue que, como en Cagancha, ganó la patria.

Igual que Jeanne y Vera, vestales de Modigliani, era entonces fácil ser todos uno, porque las esculturas estaban en el fondo del foso.

Ahora, en la hora de la libertad, cada corazón toma su rumbo. Con las elecciones rescatadas del agua fangosa que las cubría, ya no hay un propósito común. No hay meta. Hay metas. Una constelación de Uruguays partidarios reemplaza al esencial, vertebral Uruguay que nos sostuvo. Tanto somos países distintos que por todos se reconoce la necesidad de concertarlos. Pero incluso en la puerta de la concertación, muere todo lo que no es partidario, directamente político, orientadamente electoral o ideológico.

Así no hay amnistía, ni Obispos, ni comisiones de derechos humanos ni candidatos a intendente para estos seis rescatados del légamo del foso de la tortura que los obligó a confesar no cometidos crímenes comunes.

Ahi están, sin embargo, esas seis insoportables injusticias, encabezadas por la imagen patética de Pedro Dorao (uno de los seis), que cuidaba un parejero para una penca en alguna caballeriza de Sarandí del Yi. Y que no ha de leer esta nota porque no sabe leer. Pedro Dorao, que le perdió el primer tiempo a la tortura policial, y le ganó el segundo, hasta que lo desempataron con una sobre-dosis de interrogatorio, en esos ocho años a

cerro que ejemplifican lo sublevante de su historia.

Digo esto: 1) Hay de alguna manera que reparar, indemnizar, contemplar a esta gente, porque si hasta ayer fueron las víctimas de la impunidad represiva de un sistema de arbitrariedades no limitadas, ahora que todos sabemos la historia, todos somos responsables de su suerte.

2) Es imprescindible investigar estos casos y separar y sancionar a los culpables. El que arrancó la confesión de Abreu, de Dorao o de Da Silva, no puede seguir ahí, interrogando gente y ejerciendo funciones públicas vinculadas con la libertad y los sacrosantos derechos de los otros. Sería como permitir que un guardián violador continuara en el Consejo del Niño. O que un desfalgador prosiguiera de cajero en el Banco de la República.

3) Es imprescindible asimismo —una golondrina no hará verano pero seis casos seis constituyen epidemia— una revisión general de todos los procesos, para saber cuántos seres humanos están, por sola confesión, bajo condena.

4) Es necesario legislar en materia de tortura. O de "gravitaciones" como dice el Dr. Bayardo Bengoa. El tema de la tortura ha sido inacabable objeto, por años, de denuncias. Pero jamás he visto un proyecto concreto destinado a prevenirlo. Recuerdo —y perdónese— haber planteado personalmente el tema. Lo hice por dos veces, en 1970, en el Senado de la República. Propuse criterios que no lograron aprobación mayor de mis pares de entonces, pero que constituyen —estoy absolutamente seguro— caminos imprescindibles para establecer en la ley la base de castigos efectivos y específicos para los torturadores y sus cómplices.

Adelanto desde ya que voy a volver sobre este tema, porque lo que sostuve en solitario en 1970 desde mi banca, siento que ha sido permanente confirmado por los horrores de los días.

5) Finalmente, es menester introducir algún cambio, supongo, en las normas relativas al régimen legal de la prueba penal. Y anular absolutamente el valor probatorio para la confesión.

Así dicho parece un despropósito. Pero si algo no puede discutirse es que confesión resulta, en incontables y no detectables casos, absoluto sinónimo de tortura. Admitir la confesión es, por tanto, estimular la tortura. Es, indirectamente, aceptarle. Más: es institucionalizar el error judicial. Porque la tortura no conduce a la verdad.

Hace algunos meses cité, en esta misma contratapa, la sentencia luminosa que contra la tortura emitiera, ya a comienzos del siglo XVII, el célebre Grocio:

"Los que soportan la tortura, mienten; los que no son capaces de soportarla, mienten así mismo".

Una centuria larga más tarde, avanzado ya el siglo XVIII, otro notable espíritu decía, en Italia, igual o mejor, la misma cosa. Me refiero al gran Beccaria, que rechazaba así el uso judicial del tormento:

"Es confundir todos los poderes exigir que un hombre sea al mismo tiempo, acusador y acusado, y pretender erigir el dolor en regla de la verdad."

"La tortura, por el contrario, es un medio infalible para absolver al criminal resistente y para condenar al inocente débil."

En la noticia diaria de la degradada situación uruguaya del presente, y en el légamo que cubre el fondo del foso de Livorno, he encontrado los comentarios que en la nota de hoy me he permitido. Mezclados o sin mezclar, unos y otros dan para bastante más.

Como Mac Arthur en Filipinas digo solamente, pues, para despedida, "Volveremos". Sobre estos temas, claro está.

Manuel Flores Mora



Hay que bajarse del caballo

Y tomar, de una vez, la pala

Cuando en 1325 aparecen en la belicosa Europa las primeras referencias sobre las armas de fuego, el Conde Bersanelli minimiza con entera lógica las consecuencias prácticas y duda de la aplicabilidad general del invento. Ningún hombre bien nacido, manifiesta, aceptará la ignominia de matar sus adversarios a distancia.

659 años más tarde —por debajo de la sonrisa que promueve, la frase de Bersanelli acaricia todavía un poco con el estruendo de señorío espiritual que la alumbra por adentro.

Contra lo que un primario escepticismo, nos sugiere, no había error por otra parte en el juicio del Conde. Durante un par de siglos, cuando menos, los hombres bien nacidos adecuaron su conducta a ese juicio, tal vez, sin conocerlo.

Castillo, torre, muertos

Personalmente, como creo que es sabido, no tuve oportunidad de intervenir en ninguna guerra del siglo catorce. Por el que escribe Hernando del Pulgar (que escribe contratapas editadas cerca de 1490 bajo el título de los "Claros Varones de Castilla"), conocemos sin embargo cómo murió, por ejemplo, el noble y grande Jorge Manrique, autor de las famosas Coplas a la muerte de su padre.

A caballo, con la armadura puesta, "el capitán Jorge Manrique se metió con tanta osadía entre los enemigos que, por no ser visto de los suyos para que fuera socorrido, le firieron de muchos golpes. Murió peleando cerca de las puertas del castillo de Garcí-Muñoz, donde acaeció aquella pelea".

Así murió, en 1479, cuando apenas si tenía 39 años, aquel poeta de coplas imperecederas; su épico final muestra cómo, a 150 de la estigmatización de las armas de fuego por el Conde Bersanelli, los hombres de, digamos, amígdalas bien puestas, se daban solamente con hacha, con maza y con gruesa boleadora de hierro erizada de púas aterrantemente unida por gruesa cadena a un mango revoloteable. También con espada y con lanza. Quiero decir: para matar a un hombre había que acercarse hasta la distancia precisa desde la cual el otro pudiera asimismo matar a su matador.

(Durante mucho tiempo me había horrorizado, en la exhibición sin pestañas de los museos y en las páginas espantadas de los libros, la barbarie de las hachas y mazas y boleadoras con púas ominosas. Debo al Conde haber comprendido, al cabo de los años, que esas contundencias manuales eran el reflejo de una cultura éticamente menos bárbara que la de nosotros).

El otro notable testimonio de la participación general en las evidencias expresadas por Bersanelli, y en su perduración secular, es la muerte de Garcilaso de la Vega, poeta tan grande o más o casi tan grande como Manrique. Sesenta años más tarde que éste, también encontró fin a la vida Garcilaso peleando y de armadura, todo de hierro hasta los pies vestido. Fue esto en 1536. Tenía Garcilaso apenas 33 años.

Reitero que no participé en las contiendas de aquel tiempo ni tengo, por consiguiente, idea siquiera remota de dónde quede el castillo de Garcí-Muñoz. Pero he estado, con el corazón condolido, delante de esa torre, trepando a la cual halló la muerte Garcilaso, un día del cual el 14 del mes que viene se cumplirán 448 años.

(Es una torre boba y solitaria, ni más alta ni más ancha que nuestro molino de las Tres Cruces, ahí, entre el Hospital Italiano y el Británico. El lugar se llama Muiy o Le Muiy. Queda en una carretera del sur de Francia, en la ruta que lleva de Aix-en-Provence a Fréjus, en la Costa Azul).

Trepaba Garcilaso por una escalera, al asalto, cuando los defensores le rompieron la cabeza con una piedra. Iban transcurridos ya más de dos siglos desde

la frase de Bersanelli y todavía los hombres sólo eran capaces de matarse de cerca.

Todo esto tiene —o tenía, y debe volver a tener— un sentido profundo sobre la tierra uruguaya. A diferencia de otros pueblos, Uruguay integra la cultura del arma blanca. "Carabina a la espalda y sable en mano" es la frase del día en que fue fundada nuestra libertad. (Acevedo Díaz hace perdurable irrisión de aquel cañonito en Sarandí para salvar a caballo y sumarse a la carga. Cagancha es asimismo jornada de cargas, no de descargas. Algún día habrá que escribir por qué Rivera hizo así, del arma blanca —lanza o sable— doctrina de guerra nacional, aprendida amargamente en la primera derrota de India Muerta y restantes descabros militares del ciclo artiguista (*).

(Es importante —perdón— porque la gente piensa que los que tienen que volver al Uruguay son los exilados. Bien: intento decir que, además de los exilados, debemos volver también los demás. Uruguay, con algunas de las cosas de lo mejor que fue, nos espera).

Resumiendo, con algo que le encantaría y casi ha dicho Borges: aquí, la imagen de la virilidad solitaria y triunfadora no es, como en la América angloparlante, la de dos que se enfrentan separados por muchos metros, con los revólveres colgantes en el flanco, sobre el polvo soleado de una calle de pueblo que el pavor ha dejado baldía. Aquí el arquetipo del coraje está dado por un hombre que en el fondo de un pajonal, como el argentino Martín Fierro, se saca las espaldas y, tras probar en el pelo del cuchillo, hace espaldas en el caballo para esperar solitario a la plural partida de milicos y pelear cuerpo a cuerpo.

Conjugación verbal del país

Un país, como un verbo, puede ser conjugado en pasado, en presente y en futuro. Más: se le puede conjugar asimismo en subjuntivo y en condicional. ("Si Uruguay tuviera 10 millones de habitantes, podría...") ("cuando los uruguayos hayamos aprendido a...").

¡Qué digo! El Proceso intentó vanamente conjugar la República en imperativo: "¡Obedezca!", "¡Cumpla!", "¡Acate!", "¡Córtese el pelo!", "¡Ame a la Patria!", "¡Desarróllese!", "¡Cállese!".

El resto de los uruguayos, en general, conjugamos el pasado añorando o repudiándolo; el presente, desespeándonos; el futuro, con ligereza.

Si darnos cuenta, concebimos vagamente el futuro como el territorio impreciso donde sin duda ninguna nos haremos el santo gusto. Y se cumplirán, por descontento, todas las cosas que deseamos, comenzando por la completa confusión de los que piensan de otro modo.

En esto de los tiempos, en realidad lo que casi no existe es el presente. El presente es como el filo superior del techo de dos aguas. Parece la cima. Y no es nada. Es sólo el cruce.

La vida personal como la historia colectiva es apenas un tránsito por el cual el futuro se transforma en pasado y el pasado tira guías hacia el futuro, intentando preformarlo.

En política, esto es, en el oficio de manejar los intereses públicos y el rumbo colectivo, el pasado es importante por supuesto. No rige la vieja máxima del "dime con quién andas y te diré quién eres". Se anda con quien se puede porque, como de cierto dijo Batlle, política es el arte de hacer el bien trabajando con los malos y los buenos.

Lo definitorio de una política es el porvenir. La máxima debe conjugarse con "dime cómo ves el futuro y te diré quién eres". Y cuán lejos llegarás o no. Nada dibuja mejor a ese Conde Bersanelli que su manera de mirar un mañana donde no concebía la propagación de la alevosía.



Todo esto de los tiempos resulta fundamental, además, porque cada hora comporta una tarea. Hay algo para hacer este mes. Algo para cumplir en este lustro. Algo para construir en esta década.

Si nos colocamos mal en el almaque y utilizamos el año que viene para vengar iniquidades del lustro que pasó, no cambiaremos el lustro que pasó: simplemente, arruinaremos el año que viene.

Lo correcto es conjugar el pasado, superándolo; el presente, construyendo; el futuro, dando cumplimiento a las metas.

Todos, obviamente, tenemos el deber de comprender a las Madres de Mayo. Nuestra acción y actitud deben ser tales, sin embargo, que no nos convirtamos nosotros mismos en Madres de Mayo. Por el contrario, laboremos para que nunca más haya Madres de Mayo.

Un país no puede construir su equilibrio y su paz sobre la base de la impunidad gratuita. Tampoco, hacer de su futuro la tierra de nadie de las expediciones punitivas. El derecho a la represalia no existe en parte alguna, cuando menos desde que se suprimió de la normatividad jurídica la ley del talión. No entenderlo es, de alguna manera, traicionar el futuro por obra del odio traído del pasado. No hay un crimen mayor contra la historia que doblarla, como un mantel, y poner el futuro sobre el pasado, empapándolo de sus manchas, en el intento vano de corregir lo pretérito que salió mal.

Suprimir la violencia no consiste en extirpar la del adversario y regar la que, por propia, creemos justificada. La supresión de la violencia es, como la obra de la justicia, indivisible. Conciérneme a nosotros y a nuestros adversarios. Extirpar la violencia no se agota en renunciar al revólver, a la bomba o al garrote. La violencia está más atrás: hay que erradicarla del alma.

El odio mantenido no es más que un tributo que la víctima sigue pagando al victimario. Esto lo sabía la vieja patria que somos y, por eso, después de 1830, hubo paz espiritual en la sociedad uruguaya. Por eso también, se salió de la Guerra Grande en el 52. Las guerras que sobrevinieron fueron expresión de dificultades políticas, no de ninguna irreconciliable división espiritual entre orientales. Aprendamos así humildemente el país, si queremos rehacerlo.

No estoy preconizando con estas palabras el olvido. Simplemente, digo que tenemos que romper la servidumbre de nuestra alma con los horrores que no tenemos que olvidar.

Hay un país que nace cada día, un país que es inocente de cuanto fue in-

ferido sobre su suelo por unos y por otros. Ese país tiene derecho, como cualquier cosa que nace, a un destino propio completo, no comprometido por ajenos aciertos o errores. Tiene derecho al cien por ciento de su cuota de vida, no hipotecada por nada antes sufrido. Es un deber dejarlo que salga hacia adelante, definitivamente desasido de los odios y de las miserias de ojos a los que el recuerdo de la sangre, inyecta de sangre.

Hace algunos viernes recogimos la frase de un escritor de Galicia que pidió a un congreso de reumatólogos, remedio para las últimas sirenas, supervivientes de antigüedad y en peligro de extinción, por artrosis, en las costas gallegas. "Es que las cosas sólo dejan de existir —se explicó— cuando se deja de creer en ellas".

En tiempos de Manrique o Garcilaso los hidalgos seguían matándose caballerescamente a garrotazos cercanos porque seguían creyendo lo que Bersanelli pensaba, doscientos años antes. Así es.

Quiero decir: si queremos que exista, empecemos a creer en el Uruguay de mañana. Y si no le deseamos los horrores del Uruguay reciente, suprimámoslos en la lista de ingredientes de la receta.

Tenía que aclararlo así, además, porque esta nota —especie de pausa entre otras de la serie— intenta explicar el espíritu de todas. Es con esta concepción que he aborado y abordaré, por ejemplo, a propósito de la prevención de la tortura.

O a propósito —enorme tema— de ese país permanente que está por debajo y más allá de sus partidos, de sus sindicatos, de sus exilados, de sus resistencias interiores, de sus líderes y de las pasiones de su vida colectiva. Uruguay que hay que rescatar y alzar porque debe ser, al mismo tiempo, meta y numen de todas las actividades y organismos señalados.

Pontifiquemos

A los 20 años, por supuesto, la natural preocupación de los hombres es el no retroceder y jamás el paso atrás. Cuando se pasan las tres cuartas partes de la vida, a menos que hayan sido cuartas partes en vano, la única preocupación es, más allá del hacia atrás o hacia adelante, no apartarse por ninguna causa del camino recto.

Las restantes cosas que van enumeradas, o acollaradas, en esta nota, tienen sólo una modesta intención de contribuir a la contribución que los que han vivido debemos a los que van a vivir. Nuestro oficio, nuestra vocación (vivir irrenunciable y vocación a todos exigible) es la de funcionar como pontífices, en el sentido original de la palabra.

Hace pocos días, Fernando Díaz-Plaja, en un artículo sobre su illustre hermano que acaba de morir, Guillermo Díaz-Plaja, nos recordaba en "El País" de Madrid ese sentido originario de la palabra "pontífice": el que hace puentes.

Puentes entre el hombre y el hombre. Puentes entre el que piensa de un modo y el que piensa de otro. Puentes entre el que formuló una idea grande y aquel que todavía la ignora.

Puentes entre el pasado y el futuro. Puentes entre el que sufre y el que puede acudir al sufrimiento ajeno. Puente entre las almas, la cultura, los tiempos y las vidas. Seamos todos pontífices.

En este mundo, del que nadie se lleva nada, nadie vale por lo que es sino por lo que lleva o, para otros, transporta.

Por eso es que todos tenemos que bajarnos del caballo. Y para erigir el puente que nos conduzca al porvenir, tomar la pala.

¡Ya!

Manuel Flores Mora



(*) El lector interesado puede mientras tanto espigar lo que sin duda mucho fue discutido en los fogones de la Independencia, consultando lo que dicen al respecto las Memorias de Ramón de Cáceres. (Biblioteca Nacional, Sala Uruguay, Colección de Folletos de Luis Melián Lafinur, tomo no me acuerdo).



A caballo otorgado, no se le mira el pelo

Uruguay, país sin derecho y sin derecha

"Las Fuerzas Armadas progresivamente van otorgando a la ciudadanía los espacios políticos, como se da en llamar, al área del pleno ejercicio de las potestades institucionales..."

"El Gobierno nacional volverá a ser ejercido por ciudadanos que emerjan de la voluntad soberana del pueblo, voluntad que razonadamente respetarán las Fuerzas Armadas..."

General Guillermo de Nava, hablando el 23 de setiembre último, ante el mausoleo de Artigas. (Los subrayados son nuestros).

Es un aviso que se pasa en una radio local y que, confieso, cuando me lo contaron no lo quería creer. Hasta que lo escuché con mis propios oídos. ¿Lo han escuchado ustedes?

Me refiero a esa propaganda sobre una niña manzana, milagrosa y milagrera, que, dice el aviso, existe en Brasil. En principio, siendo Brasil como es un mundo milagroso y milagrero nada tiene de inverosímil que haya surgido allí una niña isotopa. Lo notable, sin embargo, es el mamarracho de estadios culturales y de capas de geología mental que se confunden y barajan en el comercial aludido.

Comienza con una voz más o menos infantil hablando en portugués en un segundo plano. De inmediato, la locución aconseja visitar a la Menina Santa, "la joven de 17 años que en Brasil realiza curas prodigiosas". Para culminar, sin transiciones, con la textual afirmación, tan sorpresiva como espléndida: "Representante exclusivo en el Uruguay, Sr. Fulano Sánchez, calle Paraguay 1311, teléfonos tales y cuales, 21 al 23".

Lo recojo con devoción, primero porque me parece supremo; segundo, porque las palabras se las lleva el viento y cuando se dicen por radio, también. Las registro para memoria de la ciudad y contribución al perfil en el tiempo de la identidad montevidense. Como testimonio de mi convicción sobre la necesidad de escribir la historia de los despropósitos que por radio se han dicho en este suelo. Dedico esta Menina Santa con sucursal exclusiva a la memoria del Licenciado Peralta; conságrala a Luis Melián Lafinur; encomiéndola a aquel primer enamorado amante de la ciudad que se llamó Manuel Pérez Castellano. Y para constancia, en fin, de que en el evolucionado Montevideo finiprocesal de 1984 los milagros adoptaban estrategias de marketing, con únicos agentes autorizados como las marcas de automóviles o los motores diesel.

Es notable. ¿Tendrá número de RUC esta Menina Santa?

¿Pagará IVA, digo yo?

A su lado, Jesucristo, que multiplicaba los panes y los peces y resucitaba a Lázaro, pero no estaba inscripto en la Impositiva, no pasa de un precursor agreste. Y Santa Teresita de Lisieux, de mera evasivista fiscal: curadora de ciegos carente de libreta, reparadora de paráliticos, pero sin jingle, como la margarita de contrabando.

Es así.

Radio llamada a próxima civilización

Vengo de leer un recién publicado artículo de Einar Barford, removedor de distracciones y estimulador de ideas como todo lo que este mi muy amigo uruguayo-noruego observa o dice. En un rincón de ese artículo, Einar consigna iluminadoramente que Spengler, cuando predijo, en "La Decadencia de Occidente" hace ya sesenta años, el final de

nuestra civilización, "ignoraba que su libro era retrospectivo".

Ya entonces, dice Einar, el mundo había comenzado a cerrarse sobre sí mismo, aniquilándose las distancias entre culturas hacia ese 'punto cero' en que todas, planetariamente, se interpenetran.

Estamos, dice Einar, en "la próxima civilización" que hace cincuenta años Ralph Linton auguraba. "Esa civilización ya existe, invisible, alrededor y dentro de cada uno de nosotros". Sólo falta, observa Einar, que nos asumamos verticalmente como integrantes de la misma, comenzando por construir el nuevo "sentido común" que le será propio, en vez de seguir usando, obsoleto, el sentido común de la época que inauguró Michel de Montaigne y que "Sin que se advirtiera, concluyó alrededor de 1950".

Pero de ese planetario 'punto cero' pregunto: ¿la interpenetración de las culturas es lo que da estas variedades tecnológicas de la eternidad disfrazada de descubrimiento? ¿O será simplemente que los hombres barajamos nuestros detritus en esa zona de la cual toda cultura se repliega, para entregarla al mero predominio de la basura?

"Manosanta" y "representante exclusivo", esto es, dos verbales fórmulas mágicas diferentes, dos supersticiones con distinta fecha, siglo II de sibilas y siglo XX de oquedad irracional, amasado el todo en la inmensa brujería ancestral que como un útero recibe a la humanidad y la acuna en sus pliegues, desde la debilidad de Adán hasta la arruga del espacio curvo de Albert Einstein.

También luminosamente, esta vez en "El País" madrileño, Manuel Vicent escribe sobre un asombro comparable a la Menina fronteriza.

Su caso no es de santas, sino de rameritas triviales. No hay, es obvio, comparación posible por tanto en cuanto a seres. Sí, completa, en el mecanismo aniquilador de milenios. Vicent efectivamente, se ocupa de rameritas tecnificadas mediante el aditamento de la radio llamada.

Véase:

"El marica Poldín también era representante o comisionista de aparatos buscapersonas. Las chicas de alquiler llevan ahora en el bolsillo un pequeño ingenio conectado con el puesto de mando que les permite una gran movilidad dentro de un radio de acción de 25 kilómetros. Ellas pueden estar en el bingo o en la piscina y de pronto el cacharro comienza a emitir señales de walkie-talkie.

- Pi, pi, pi, pi.

- Sí.

- ¿Vanessa? Aquí Mayka.

- Te escucho.

- Acude al hotel Meliá Castilla.

Habitación 611. Te espera un belga cariñoso. Paga con Visa."

Nuestro gran Paco Espinola, que escribió su única novela, "Sombras sobre la tierra", a propósito de hetairas que hoy serían heteróclitas, se hubiera desmayado de humanidad ante este reemplazo del patacón colocado sobre la mesa de luz, por el uso (¿cómo se usan?) de la tarjeta de crédito en el quilombo. Ausente él, yo, en su nombre, me derribo. La patrona que asignaba pupila al cliente, moviendo el abanico desde la mecedora que hasta en García Márquez tiene sitio, ahora opera frente una consola lejana e intercomunicativa. ¿Qué digo! Si hasta el marica Poldín aplica el sistema de venta por comisiones en la representación para putas del cacharro localizador en donde estás, artefacto que en mi inocencia incurable yo creía inventado para médicos zonales.

He dicho Paco. ¿Cómo no decir también Toulouse-Lautrec? ¿Cómo no

decir Discépolo y "Yira-Yira"? No sólo se acabaron los gitanos que iban por el monte solos. También se acabó la clásica percantata de la negra pollera con tajo largo, el pucho con boquilla y la cartera, recostada bajo la quieta luz de un farol. Lo dijo Virgilio: "Troyá fue."

Digo que mi tío Roberto, que se murió vallejianamente un día que Dios no estaba para escuchar tangos, se volvería a morir si renaciera. Su guitarra también.

Incivilizaciones

Si me permitiera levantar, no ya un reparo, sino apenas una duda ante el paisaje expuesto por Barford diría sólo que interpenetrarse no es fundirse en una entidad distinta. Simplemente es confundirse y, muchas veces, confundir.

La mezcla de dos culturas no alcanza a ser, necesariamente, una cultura. La de cien o doscientas, menos. Que ambos podamos tener una idéntica servidumbre visual para el logotipo de la coca-cola no nos acerca demasiado a un chino. Tampoco, el achicamiento del planeta por esa eficacia, más o menos miope, de las comunicaciones; si hay una matanza de bonzos, nos enteramos al rato. La noticia no nos torna menos ignorantes de qué cosa sea Buda.

(A lo largo de estos años hemos visto martirizar y demoler meticulosamente no solo al Líbano sino también a los habitantes del Líbano. Serenamente, dominamos el arte de vivir sin compadecernos del Líbano ni saber qué son o significan sus gentes.)

Quiero decir: coincido en que una civilización ha muerto. Insinúo que seguimos conviviendo con el cadáver, sin que la próxima haya llegado. En suma: que estamos en ninguna. Tapados por montañas de desperdicios de civilización. Pero inciviles.

Y por añadidura, tecnologizados. Confiscados o expropiados por tecnologías de superficie, publicidad y maldigerido marketing-ismo multinacional, casi como nuestros indios lo fueron por collares.

Más claro: el pi-pi-walkie-talkie puede embriagar de frívola modernidad a las desdichadas españolitas de Manuel Vicent; pero no las salva de la inmemorial lastimosa tristeza de su oficio; la oficina y teléfonos de la calle Paraguay no da a la Menina jerarquía de barraca ni altera la crédula simplicidad milenaria de su santiguamiento.

Digo: lo que me desespera de lo nuevo, no es lo nuevo, sino la amarilla palidez arrugada de la gastada vejez completa que se le asoma por entre los hilos de la malla.

Un español del siglo XIV vivía entre españoles del siglo XIV como un inca precolombino vivía entre incas precolombinos. Nosotros vivimos en una suerte de cultural o culturoso cambalache discepoliano, donde la más subrayable premura es poner fecha a lo que se nos cruza por delante o, mejor, averiguar cuál es la verdadera entre las fechas mezcladas que nos exhibe.

Espacios otorgados

El título de esta nota dirige su índice hacia un hecho o dos hechos que caminan por el filo de lo que los brasileros llaman "obvio ululante". Somos un país sin derecho. El viejo adagio latino de "ubi societias, ibi jus" afirma que donde hay sociedad hay derecho. Bueno: hay. Pero no juega. Aquí, desde un lejano día de junio de 1973, lo tenemos sentado en el banco de los suplentes. En su lugar, bajó al cespel la arrogancia, con la camiseta puesta. Así estamos...

En cuanto a que no hay aquí derecha, parece asimismo claro. De los tres partidos que existen, los tres participan en los ideales de la internacional socialista a la que, por esas cosas, Zumarán no

ha podido ir.

El problema sin embargo no lo tengo con el título de esta contratapa sino con las frases del General Guillermo De Nava que, precediéndola, le sirven de acápito y de adorno.

Emitidas hace doce días, ¿a qué siglo, a qué tiempo, a qué etapa cultural y mental, en suma a qué estadio de la civilización pertenecen esos juicios?

Como se sabe, los conceptos no son susceptibles de someterse a la prueba del Carbono 14. Un hueso fósil o un hacha antiluviana pueden ser datados en un punto más o menos preciso del magdalenense o del cuaternario, merced a ese método. Una frase, así sea paleolítica, no.

La fecha debe buscarse según otras aproximaciones y parámetros. Recurrir, lo que se dice, al rigoroso método crítico y operar por descarte.

Una primera tentación es decir que esa frase según la cual las Fuerzas Armadas le otorgan o van otorgando a los ciudadanos libertades paulatinas es una frase de 1973, sólo explicable cuando la dictadura era zapato nuevo y el mundo no había asistido al incansante, plebiscitado y caceroleado repudio casi unánime de los orientales a su respecto.

Esta primera hipótesis debe ser descartada porque el General de Nava vive en este país y le consta que el Proceso — como la civilización de Montaigne — está muerto. No enterrado, pero muerto.

Hace milenios Heráclito observó que nadie se baña dos veces en el mismo Golpe de Estado. Este pobre país, señor General, como la Francia ocupada, empapado a partir de 1973 (y no de agua, sino de sudor de miedo y también de sangre) ha estado 11 años secándose al sol del intimo rechazo y al calor de su añoranza de la libertad. Ahora, ni Parménides lo libra de su heraclitana resolución de que no le reincidan el miserable baño.

Uno estaría tentado, para no discutir, de aceptar eso de "espacios otorgados" y contestar, como Gardel, con un resonante "¡la barra, agradecida!".

Para ser sinceros en el arqueológico esfuerzo de datar la frase, hay que reconocer sin embargo que su fecha mental es anterior a 1813. En efecto: es dudoso que Artigas haya fundado el ejército nacional en 1811 como dice el General de Nava, cuando todavía no había Nación. Pero está claro que a partir de 1813 proclama los derechos del pueblo, no otorgados por nadie porque los tiene de nacimiento y por esencia, más allá de las charreteras y los sables.

Ir hacia atrás nos impone un recorrido largo. Ingresando por la Colonia y leyes de Indias y remontándonos hacia los visigodos, no hay a lo largo de toda la era española un simple asomo de que los ejércitos posean potestades propias, y sean consiguientemente capaces de otorgarlas a nadie. El poder venía del rey, o de Dios, o del pueblo. Los militares — ¡oh, grande tradición de esa Edad Media tanto menos medieval que nosotros! — vivían sometidos a la obediencia al soberano. La única doctrina de la seguridad era la seguridad de que se les cortaría la cabeza, si se sublevaban al pueblo, al rey o a Dios.

Con el general de Nava llegamos a Roma y allí tenemos la sumisión de los militares al emperador. Y antes a la República y al Senado. En Grecia, Pericles nos mira con severidad, recordándonos que la gloria militar es una sola y consiste, acatando a la democracia y a la patria, en morir obedeciendo y no en proteger mandando.

Lo innegable, es que este militar otorgamiento de espacios y libertad a que alude el General de Nava, como su posterior "respeto razonado" a la voluntad soberana del pueblo, no solo es literalmente rotundo. Es, también, por lo menos, muy antiguo.

Mario Silva García me ha hecho llegar páginas de un libro sobre el poder en la Grecia arcaica que quizás contenga la solución del problema. Si la encuentro, lo comunicaré en una próxima. Buen día.

Manuel Flores Mora





Aferrados a intervenir

Fantasmas que no se esfuman

Sólo quedan memorias funerales donde erraron ya sombras de alto ejemplo. Este llano fué plaza, allí fué templo; de todo apenas quedan las señales.

Rodrigo Caro, "A las ruinas de Itálica", 1595

El episodio es realmente notable y, por encima y más allá de cualquier corolario de doctrina o política, vale la pena conocerlo: Abraham Lincoln, formidable presidente de los Estados Unidos, deja su cama en mitad de la noche, movido por un estruendo asordado de sollozos que sacuden el aire en tinieblas de la Casa Blanca.

Recordado hace algunas semanas a propósito de un reciente libro de Hans Holzer(*), el episodio parece un paradigma de literatura fantástica inglesa. Mejor: unas sucesivas imágenes compuestas por Virgilio.

Abraham Lincoln camina atravesando salas y recorre camineros y pasillos, guiado en la oscuridad por el llanto colectivo donde late, angustiada, una causa que ignora. Sin cruzarse con nadie, como si el edificio entero hubiera sido abandonado de todos, excepto los que lloran reunidos, distingue por fin una sala iluminada. En ella, en medio de una guardia de honor de soldados, yace el cadáver que provoca las manifestaciones de pena sin consuelo.

El Presidente Lincoln pregunta quién es el muerto. Dentro de un general crecimiento de sollozos, un soldado le contesta que el muerto es el Presidente Lincoln.

A la mañana siguiente Lincoln cuenta a su mujer y a su secretario el sueño que ha tenido. Pocos días más tarde, en una función de teatro, muere asesinado.

Encuentro el episodio humana y literalmente perfecto, porque comporta las máximas cantidades compatibles y simultáneas, de sentido y de misterio. Es imposible recibirlo sin caminar también nosotros en medio de la oscuridad, conducidos por el gemido ajeno. La maravilla de la sala iluminada en el fondo del corredor, esto es, de la puerta en sombras con la luz y las todavía no conocidas tristes cosas del otro lado, constituye una lección de técnica. El final se cierra como un anillo sobre el destino trágico de Lincoln que es, terriblemente, también nuestro destino.

(Que yo sepa, la versión no recoge detalles relativos a cómo Lincoln iba trajeado. Deduzco, empero, con razonable probabilidad de acierto, que al tirarse de la cama no vestía la tan elegante como desmadejada levita oscura, que empareja su imagen con la flaca y también clásica estampa del rioplatense Bartolomé Mitre. Tampoco puedo concebir a Lincoln, ni siquiera en esas noches de primavera en que los durazneros se cubren de flores, abandonado en cueros, como cualquiera, entre las sábanas de una cama alta y profunda como un carruaje o un sarcófago. Lincoln, digo yo, buscaría el sueño (o el insomnio) en la etiqueta íntima de algún camisón inmemorial, tal vez blanco o a rayas. Con camisón por tanto debió vivir la escena que refiero, asomando por arriba la nuez que subía y bajaba al compás de los tragos de saliva con que marcaba la incompreensión de los contemporáneos. Oh gran Lincoln que condujo hacia la desesclavitud su gran nación, un poco con la naturalidad con que se lleva la conciencia y otro poco con el desgaire con que se lleva una bufanda vieja).

El otro elemento fantasmante del episodio consiste en que ocurre en la Casa Blanca. Siempre he sentido envidia por los que mueren en la misma casa en que nacieron. Y, por consiguiente, lástima de los que padecen el tramo cronológico vano de las residencias presidenciales, cuyas cuatrienales pa-

redes de hotel impersonal las convierte casi en casas de cita de la Historia, con el destino casual del huésped temporario. A quien parecen decir 'no te mueras aquí', 'no somos tuyas'.

Doblan Campanas

Fue a mediados del siglo XVII cuando el profuso predicador John Donne profirió aquel "no preguntes por quién doblan a muerto las campanas: doblan por tí", aludiendo innecesariamente a que la suerte final de cualquier hombre es igual a la de todos los restantes.

Esto es Lincoln preguntando quién es el muerto, que es Lincoln, parece todavía mejor, porque Lincoln era un ser humano concreto en tanto que ese "tú" o ese "tí" de Donne no pasa de una simple abstracción que apunta a cualquier hombre y a ninguno.

Los fantasmas del velorio de un Presidente apareciéndose premonitoriamente en una pesadilla del mismo Presidente no son, por otra parte, los únicos.

El poder, todo poder está rodeado de fantasmas: espectros del porvenir, espíritus del pasado y alucinaciones oriundas de los más diferentes delirios pueblan por lo general la insania de los hombres. Constituyendo el poder, como sin duda constituye una de las mayores insanías que aqueja al ser humano, es casi inevitable que un coro de fantasmas titile como estrellas, o como boyas intermitentes, en los perímetros de su ámbito.

Se sabe que la mecedora de la Casa Blanca donde acostumbraba a mecerse el gran Presidente Monroe tiene la costumbre de mecerse, de cuando en cuando, sola. Digo: no sé si la mecedora, como dicen, pero que Monroe se mece, no hay duda. Basta para saberlo con mirar en dirección de Nicaragua.

Centro América a su vez (no preguntes por quién doblan las campanas ni tampoco dónde está Centro América ni quiénes son sus hijos) tira desde todas sus piedras con ánimas, con aparecidos y con visiones de ultratumba contra la Casa Blanca. Ya he contado de cuando Reagan por ejemplo, visitó no hace mucho la República de Irlanda, donde la Universidad de Galway le otorgó el título de Doctor 'honoris causa'.

El fantasma del asesinado arzobispo de San Salvador Arnulfo Romero fue también a dar vueltas junto a Reagan por Irlanda. (Arnulfo Romero era fraterno amigo de Eamon Casey, Obispo de Galway. Fue asistiendo precisamente el segundo a las exequias del primero que pudo ver cómo los soldados en San Salvador abrían fuego contra la multitud).

También por esos días fue vista por Irlanda el ánima de la monja Donovan. (Además de ser una de las cuatro monjas asesinadas por escuadrones en El Salvador, la hermana Donovan era...irlandesa).

Un rato antes de la ceremonia de otorgamiento del doctorado a Ronald Reagan, en la plaza de Galway se juntó una mínima multitud de otros doctores 'honoris causa' de la misma Universidad. Como protesta, quemaron allí públicamente sus diplomas. (**)

Un fantasma recorre América

Esta nota podría simplemente terminar en las líneas que preceden si no tuviéramos otro ejemplo y otra filiación de fantasmas, cuya reciente aparición no solo nos tiene sumidos en la perplejidad sino que, lo sentimos, obliga a que expresemos desde ya, con claridad, nuestra reserva.

Nos referimos al llamado Foro Latinoamericano de Defensa recientemente cumplido en Buenos Aires, del cual el pasado número de JAQUE brindó alguna necesaria información, pero cuya Declaración final, dirigida "A los Pueblos, Gobiernos y Fuerzas Armadas

de Latinoamérica" incluye puntos de vista que no se pueden aceptar.

Pienso — e intentaré explicarlo en esta nota — que también aquí los fantasmas tomaron las cartas en sus manos, las barajaron y las dieron.

Digamos desde ya, por otra parte, que muchas de las cosas que se declaran o denuncian en la Declaración de referencia pueden ser compartidas sin esfuerzo. Más: recogen en cierto modo lo que configura el sentimiento común respecto de las agresiones que padecen nuestros pueblos y países.

Nuestra reserva y disidencia y resistencia están limitadas fundamentalmente al contenido de las propuestas concretas que la Declaración incluye en su numeral 3, titulado "Proponemos a las Fuerzas Armadas".

Empecemos por la completa transcripción de ese numeral, que dice así:

"Este foro ante la realidad que describimos y denunciemos precedentemente considera que la concreción de nuestro destino histórico impone desarrollar un proyecto de liberación nacional y latinoamericana que nos libre de la situación de opresión en que se encuentran nuestros países como fruto de la dependencia externa y la dominación interna con su secuela de miseria y muerte para nuestros pueblos.

"Este proyecto debe superar el sistema capitalista implantando de acuerdo a la realidad de cada país, con plena autonomía frente a los centros de poder foráneos, un nuevo al servicio del hombre y su plena realización dentro del más absoluto respeto a los valores de libertad y justicia social.

"La realización de esta tarea liberadora corresponde a los pueblos como depositarios únicos de la soberanía. Atento a ello proponemos a las Fuerzas Armadas:

"a) que recogiendo al legado histórico de nuestros liberadores y próceres asuman un rol militante unidos con nuestros pueblos en la lucha por la liberación de nuestros países.

"b) que identifiquen a nuestro principal enemigo actual: el imperialismo estadounidense, a sus aliados en la comisión Trilateral, a sus satélites privilegiados y a las oligarquías nativas.

"c) que abandonen la Doctrina de la Seguridad Nacional, ajena a los intereses de nuestros países y nuestros pueblos.

"d) que adopten como garantía del Proyecto de Liberación Nacional y Latinoamericano una doctrina de Defensa Nacional y Latinoamericana integral, con una fundamental participación popular.

"e) que evolucionen en doctrina y organización para poder enfrentar al enemigo agresor a través de las nuevas formas de lucha que surjan de la Unidad Pueblo-Fuerzas Armadas."

Por supuesto que todos estamos de acuerdo en el reclamo de liberación del primer párrafo. Podemos asimismo convenir (es evidente) la necesidad de superar el sistema capitalista y sus dolores, aunque para ser francos y honrados, al sustituir ese sistema por "uno nuevo", como se dice, convendría definir el nuevo con precisión mayor. Por supuesto que la tarea corresponde a pueblos y solamente a pueblos, como indica el párrafo tercero.

Es a partir de ahí que el pensamiento de este Foro no se entiende. O es gravísimo.

¿Qué es eso del 'rol militante' que, propone que asuman las FF.AA. (en la letra a)? ¿No estábamos acaso todos de acuerdo en que la democracia supone el gobierno por los mandatarios que el

pueblo elija, con el definitivo (y completo) retorno de los militares a su tarea profesional para cumplirla, como manda la ley, en la absoluta subordinación al gobierno civil y sin meterse en política?

¿Qué es eso de la letra b) donde los militares saldrán a identificar enemigos imperialistas y a sentar teoría y posición sobre la Comisión Trilateral, los satélites privilegiados, las oligarquías o los Estados Unidos?

Pero además y todavía: ¿qué es eso de la letra d) sobre "una doctrina de Defensa Nacional y Latinoamericana integral con una fundamental participación popular?"

¿Pero qué es? ¿De qué se habla? ¿De una concertación intersectorial, con PIT y Fucvam, con partidos colorado y blanco y FA y cívicos en el Estado Mayor, y ASCEEP y la Federación Rural para una doctrina de Defensa?

¿Qué es eso de "Unidad Pueblo-Fuerzas Armadas de la letra e)?"

El fantasma que se ha enredado en estos cables del Foro, hay que decirlo claro, es el viejo fantasma del militarismo. El que cree en el papel mesiánico o, si se quiere, semi-mesiánico o asociadamente-mesiánico de las FF.AA. en el devenir y formulación nacionales. Por progresista que parezca, esto es sencillamente confusión y reacción, se advierte o no.

Resulta imperativo proclamar con energía que luego de doce años de padecer la gravitación de militares de determinado signo, el pueblo soberano (que no necesita la unidad de nadie y sólo el respeto y acatamiento de todos) no está dispuesto a padecer la gravitación de militares de signo opuesto.

Esto es lo que no parecen haber advertido quienes redactaron este numeral 3 de la Declaración del Foro.

La política exterior del país, sus metas, su estrategia, su proceder ante las dificultades y en las negociaciones de cada hora, son materia reservada al gobierno legítimo. Este no precisa tutelas de "Unidad". Ni Cosenas al revés.

Aquí, o vuelven la democracia y el derecho, con todos en el molde, o estamos perdidos.

¿O se supone que cuando el Ejecutivo realice y el parlamento apruebe un acuerdo exterior habrá que ver si coincide con la Doctrina de Defensa del "nuevo" Ejército?

¿Resulta acaso que lo que creíamos el final definitivo del partido de facto es sólo un cambio de arco, donde tendremos que sufrir ahora tutelas de contrario signo, tirando para el otro lado?

No queremos reabrir la discusión sobre lo que pasó aquí hace doce años. Pero aquellos que según la Declaración se definen a sí mismos como "Nosotros, latinoamericanos que optamos por la profesión militar como forma de servir a nuestros pueblos" tienen claramente que saber que, en la tierra uruguayaya, el pueblo soberano no quiere militares de derecha ni de izquierda opinando de política. La implícita teoría de defensa nacional de este pueblo empieza por defenderse férreamente de eso.

El libro de Hans Holzer — sospecho que un poco best-seller y un poco bobada — con que empecé esta nota no menciona sólo a Lincoln entre los fantasmas de la Casa Blanca. También a la mujer de Madison, Dolley Madison, que allí moró a comienzos del Siglo XIX. Cien años después de muerta, su alada figura de larga falda y pelo con peineta se presentó a una cuadrilla de obreros que iban a desmontar la vieja rosaleda que ella amó. Mrs. Madison los hizo desistir.

La tierna estupidez de esta leyenda por lo menos resulta inofensiva. No así, en cambio, la de estos fantasmas con espuelas que se han presentado en el Foro, tratando de hacer desistir a las cuadrillas populares que intentan desmontar las viejas dictaduras y restablecer la libertad civil sobre este suelo.

Perdón. Pero sépase.

(**) Especial de Ruiz de Elvira en "El País" de Madrid, 3|VI|84, pág. 5

(*) Servicios Especiales de EFE en "El País" de Montevideo, 20|IX|84, pág. 2

Manuel Flores Mora



Los pavimentos retro-deslizantes

Política de soluciones aerostáticas

Sólo cuando algo ha sido pensado, cae debajo de nuestro poder. Y sólo cuando están sometidas las cosas elementales, podemos adelantarnos hacia las más complejas.

Ortega y Gasset, "Meditaciones del Quijote"

En una conversación con Einar Barford, trae éste a colación un pasaje de la vida de Parry recogido por Ortega y Gasset. Parry, cuyo nombre el gran Ortega escribe mal (escribe: Parny), es sin duda el marino inglés William Edward Parry, muerto en 1855, que se hizo famoso tratando de llegar, sin llegar, al Polo Norte.

En uno de sus infinitos intentos, el ilustre explorador ártico azuza los perros valerosos hacia el norte. Vuelan todos (perros, trineos, hombres de caras curtidas enmarcadas en los cubrecabezas de piel) por la estepa blanquísima, a través del aire helado y como quebradizo.

Ortega, en su sintética referencia, no lo dice. Pero a la manera de lo que él mismo señala que sucede con la prosa de Cervantes, hay como un halo que surge de su párrafo, en que uno visualiza lo que Ortega no describe. Es casi posible así tocar la alegría del explorador. Imaginar lo que es, en esa existencia obsesiva por el casi erótico deseo de alcanzar el polo norte, caminar más ligero que el frío y sentir, entre la nieve desnudada que levantan los patines de cada trineo, desfilar los kilómetros hacia atrás, en la velocidad conquistadora de distancias que lo acerca a la mítica meta jamás alcanzada de nadie. Casi se escucha el sonido con que los delgados látigos debieron chasquear en el aire, sobre las corajudas orejas de los perros, animándolos a correr más ligero sobre el despejado hielo del piso cubierto de uniformante nieve.

A la noche, al levantar la tienda que lo preservará de la muerte por congelación, el famoso explorador resuelve robar un cuarto de hora al reposo para medir lo conquistado. Toma sus instrumentos y verifica, en las estrellas congeladas que sostienen el firmamento azul, la posición a que ha llegado. Advierte entonces sorprendido que se encuentra mucho más al sur que en la mañana. Durante todo el día, comprende, no ha hecho sino correr en dirección al norte sobre el lomo de un témpano inmenso que la corriente oceánica arrastra hacia el sur. (*)

El episodio es ligeramente atroz y no por que el témpano evoque aquel ejemplo de vagón de ferrocarril al que se echa mano cada vez que se intenta explicar, para la muchedumbre de los que sabemos poco, la einsteniana teoría de la relatividad.

La imperceptible atrocidad está en la entraña misma del episodio. Un pasaje famoso de Hegel en la Introducción de la "Fenomenología del Espíritu", dice que el fruto "refuta" a la flor. Esto es, que la borra y reemplaza. La afirmación de Hegel es aceptable fácilmente porque lo que señala figura, al fin y al cabo, en la naturaleza de las cosas. Como si dijéramos, sigue la dirección de la flecha de la vida.

Este cuento del capitán Parry, en cambio, con el piso que se desplaza hacia atrás, abarca levemente, lo espantoso.

Nos avisa que la tierra puede retractarse el camino; que la marcha puede ser refutada por la huella.

Apólogo que denuncia la falsedad hasta en la candidez jamás hollada del blanco de la nieve, lo primero que aconseja es averiguar el anclaje de lo que muchas veces suponemos estable, sólo porque lo tenemos debajo de las suelas. (Hombres al fin, creemos avanzar únicamente porque corremos).

Políticamente no solo es un poco dramático sino, además, absolutamente oportuno. Parecería que Ortega, cuando lo recogió en 1914, hubiera tenido en mente este Uruguay de fin de siglo XX, donde estamos todos latigando trineos y azuzando perros hacia adelante. Pero sin advertir muchas veces cómo se nos desplaza el alma apasionada hacia ancestrales territorios que teníamos por abandonados hace décadas.

12 años en globo

La antología de la desubicación, o de los que caminan en sentido contrario al que suponen, o de los que simplemente no saben dónde están, incluye algunos otros ejemplos famosos. Yo escribí alguna vez a propósito de aquel notable cuento de los que se perdieron en un globo aerostático.

A esta también Ortega la titularía "parábola". Son dos sportmen del tiempo aquel en que los sportmen usaban medias con rombos de colores y bombachudos de tweed abotonados bajo la rodilla. Anteriores a Santos Dumont y al aeroplano; anteriores ni qué decir, al ala Delta con que ahora nos asombran las imágenes de la televisión, los sportmen con vocación voladora acostumbraban en tiempos de Julio Verne, cabalgar canastillas de mimbre, orladas con bolsas de arena, que colgaban de aerostáticos globos periformes, enteramente diseñados bajo las concepciones del "art nouveau".

Imagine el lector dos tipos de éstos, complementados con cascos de corcho, con pipas de madera de cerezo, con cantimploras de whisky, brújulas, sextantes y cartografía. Imagine además lo que los tipos no imaginaron: una corriente de aire poderosa que los arranca del previsto itinerario y los zangolotea primero hacia el mar, después hacia la montaña, después por encima de los bosques hacia la confusión completa donde terminan sin saber dónde diablos se encuentran ni hacia dónde dirigirse para salvar aquello que don Manuel de Falla llamaba, lacónicamente, la vida breve. Desesperados ven acercarse la noche y, adentro de la noche, los osos puestos por la naturaleza en el bosque para devorar a los idiotas que caen del cielo.

Así están cuando de pronto advierten entre los árboles crepusculares un sendero, y en el sendero una aldeana que camina despreocupadamente. Acortando cuerdas, largando gas y timoneando saponcios, tratan desesperadamente de llamar su atención y colocarse al alcance de la voz. Por fin, consiguen vociferarle la pregunta de "¿Dónde estamos?"

Pero cuando la aldeana sorprendida les grita la contestación, no consiguen oirla porque una racha de viento los aleja. Vuelta a los desesperos, tratando de arrimarse, con peligro de los árboles, al camino, mientras la aldeana corre hacia ellos por el sendero, para no romper el contacto en medio de la noche

creciente. Por fin, ante la pregunta gritada y regridada, y antes que el viento los arranque definitivamente en un torbellino hacia la altura, consiguen oír la respuesta que, con las piernas abiertas y haciendo bocina con las manos, la colaborativa aldeana les envía:

— ¡Están en un globooo!
(A lo largo del tiempo he revisado una y otra vez este chiste y siempre lo he encontrado supremo. E insólito. Si no hubiera sido formulado por Pitágoras, el teorema de Pitágoras hubiera constituido fatalmente el no muy posterior descubrimiento de otro hombre. Pero esta aldeana que reúne en su cabeza la vulgaridad con el misterio, la simpleza de la inmediatez con el vuelo de lo imprevisible, me parece un hallazgo digno de la cabeza de Dante. Desde el punto de vista político contiene más enseñanza que la Enciclopedia Británica).

¡Sí! Ya sé que la presente campaña electoral en nuestra tierra no se hace con cascos de corcho ni entre sportmen. Ya sé que nadie usa pantalones de golf y pantorrillas con rombos. ¡Ay! Desgraciadamente muchos, incluso, han zarpado sin brújula y, de modo general, cabe afirmar que hasta ha sido olvidado el uso del sextante. Es evidente sin embargo que la nota principal está dada por el número creciente de los que se desplazan en globo y, por si fuera poco, han arrojado por la borda todo el lastre.

Múltiple ejemplo

Y no me diga que no el lector, sin pensarlo. Piense por ejemplo en todos los que anuncian que estatizarán la banca, sin otra relación de verosimilitud con la materia que las cuerdas de cáñamo propagandístico con que penden de la esfera repleta de gas del no meditado sueño respectivo.

Piense en los que hablan de que "no hay que pagar la deuda externa", sin advertir que se están balanceando en la barquilla o canastilla del despropósito, separados del suelo y boyando a través de los aires y las rachas.

Con candor pregunto: ¿es posible nacionalizar o estatizar —cualquiera de ambas cosas—, el City Bank o el Banco de Boston? No pregunto ya si es bueno o si conviene. Pregunto apenas si es posible. ¿Uruguay puede nacionalizar o estatizar el Banco do Brasil, el Banco Real o el Banco de Santander?

Ortega y Gasset —perdone el lector que continúe citándolo pero ocurre que Ortega no se acaba— dice de ciertas imaginaciones o imaginaciones que las mismas encontraron su fin con el Renacimiento. Y con Leibniz, que declaró "que la simple posibilidad carece de vigor". Mucho más, si se trata de una simple posibilidad mental.

"Para Aristóteles y la Edad Media —dice Ortega— es posible todo lo que no envuelve en sí contradicción"... "Para Aristóteles es posible el centauro: para nosotros no, porque no lo tolera la biología".

Otro tanto podríamos decir nosotros de este "no pagar la deuda externa", como si hubiera Partidos enteros tarados y traidores, partidarios de pagar lo que se puede no pagar o no hay por qué pagar al extranjero.

Alguna vez hemos dicho del proceso cívico-militar que asoló a este país durante la larga década y pico que termina, que tenía mentalidad pre-lógica. Y que no llegaba al manejo o carburación normal de la razón, a la manera como la razón, suprema herramienta del hombre, es manejada desde la antigua Grecia.

De este proponer como solución para la deuda externa el simple, panfletario y no revisado "repúdiense" y "no se pague", cabe decir simplemente que es pre-renacentista. Anterior a Leibniz y a Galileo. En suma, que es como proponer equilibrar la balanza comercial exportando centauros.

A esta altura, y para prevención completa de equívocos, digamos que nadie debe ver en lo que digo ataque a ninguno de los partidos del arco político uruguayo. Por el contrario, la evidencia nos muestra que en todos los partidos hay hombres responsables y con criterios de seriedad, a los que extiendo mi

respeto. Digo sólo que existen, además, partidarios de la navegación aerostática que complican la vida de los primeros y, en conjunto, dañan la viabilidad de la salida de la nación.

Son los que ponen en el aire la racha panfletaria. Los del radicalismo verbal. Los de las banderas restallantes que carecen de asta. Los maniqueos que asumen auto-designados la totalidad del bien, arrojando su sombra despectiva sobre el resto de los mortales chapaleantes en la cobardía o el error.

Ultimamente ha aparecido una nueva variedad de este tipo de patología. Me refiero a los que toman como preñisa para todo razonamiento la proclamada evidencia a priori de la propia (y por lo demás improbable) "victoria". Los del "ya ganamos". Los que no se refieren a su candidato presidencial como a su candidato presidencial sino que dicen "el Presidente Fulano de Tal va a..." O hablan de su candidato, a la Vicepresidencia expresando que "Fulano, cuando presida el Senado..." Y así.

Estoy hablando de la gente que se sube al tranvía llamado deseo y lo desboca por esos rieles de Dios, sin advertir a quién pisa, ni siquiera que a la postre termina pisándose a sí mismo. Y a sus candidatos. Por la senda de esta obsesión del ganar y el perder, terminan convertidos en el propagandismo de la antidemocracia. La democracia no es el sistema por el que unos ganan y otros pierden, sino apenas la composición para que todos tengan sitio, bajo el sol de las garantías del derecho y de la ley. Si no, no valdría nada.

Aquí, donde todos hemos perdido durante tres lustros de tristeza, si hay alguien que crea que está llamado a "ganar", hay que denunciarlo. ¿Ganar qué? ¿A quién? ¿Ganar qué cosa?

Si alguien tuviera la bondad de permitirme un símil chabacano, diríamos que este pequeño país fue un gran país y hace años que figura en la B. Si volvemos, como su pueblo parece que ha logrado —por encima de sus líderes de todos los partidos— a la superficie, recién habrá comenzado su empate con la historia. A partir de ahí podrá ganar. No ningún Partido: el país. Menos, ningún hombre.

La partida que ha de empezar entonces es sin duda la más larga y dramática de la vida. Si alguien vence será haciéndonos vencer a todos, y recién podrá saberse, no al comienzo, sino dentro de cinco años, cuando la partida termine.

Todo lo demás es globo aerostático. Irresponsabilidad. Temprano retractante. Huella que retrocede. Tiempo inútil.

Hace algunos días, la DINARP emitió una cadena sobre los acontecimientos que ensangrentaron al país hace doce o quince años. Fue ese día que pensé escribir algo con las frases de Ortega sobre Parry y el témpano que viaja hacia el Sur.

Estoy acabando esta contratapa y no he nombrado siquiera a la DINARP, representativa de las opciones publicitarias del gobierno. Lo que pasa es que la DINARP no camina hacia atrás. Simplemente, nunca avanzó.

El paisaje de la realidad nacional es riquísimo. Pero el Proceso y sus órganos portavoces, directamente no lo integran.



Manuel Flores Mora



(*) Ortega y Gasset, "Meditaciones del Quijote", Ed. Revista de Occidente, Madrid 1966, pág. 114, y nota de J. Marías, pág. 304 (También, en pág. 104, la frase que sirve de acápite a la presente contratapa).

Un discurso desde la Presidencia

Humor en la Casa de Gobierno

Señor maestro: haber si le pueden dar una túnica a la Gladiz que no tiene para ir a la escuela si no le dan la túnica nola mando más a la escuela. A los otros que cobran cinación le dan pero a la Gladiz no lean dado ni una túnica si no-le dan no va nunca mas a la escuela ni que vengan a buscarla los maestros y la policia pero si ledan túnica ha a seguir llendo.

José María Firpo. "El Humor en la escuela".

En la perspectiva de la historia de estos años, cada vez que caen mis ojos sobre el notable libro en que José María Firpo, el maestro, recogió los cómicos e imprevisibles vericuetos del error infantil, (*) me pregunto cómo no recogí, a lo largo baldío de este tiempo, los materiales que hoy me permitirían editar "El Humor en el Proceso". Más: uno de los muchos proyectos que me habitan se vincula con la tentación de armar ese libro y editarlo el año que viene, un poco como homenaje a la democracia política, cuando pasadas las tempestades color yerba, ella se reinstale en la República.

El viejo Bergson observó con razón en "La Risa", que la distensión es el presupuesto de la comicidad. Es decir, que nadie se ríe de un chiste si se lo cuentan en el mismo momento en que le pegan un martillazo en un dedo. Pienso que eso nos ha pasado un poco a los orientales en estos años. La demasiada tristeza que impregnaba, como un smog, la atmósfera espiritual de la República, nos hubiera provocado como una mala conciencia si nos hubiéramos reído todo lo que había que reirse de algunas de las descomunales afirmaciones que, olímpicamente, fueron sembradas a los cuatro vientos del conocimiento colectivo.

Ahora que todo, en cierta medida, pertenece al pasado; ahora que un viento como de ventana abierta de par en par refresca la casa moral de los uruguayos, y la renacida libertad de hablar en voz alta hace recular los silencios ominosos en que vivimos tantos años, uno quisiera tener al alcance de la mano siquiera las piezas antológicas de la literatura escrita y oral del Proceso en esos años.

¿Recuerdan, compatriotas, por ejemplo, lo que eran aquellas declaraciones del Contralmirante Márquez a la salida de la Casa de Gobierno? ¿Y Bolentini? ¿Habrá olvidado este país las cosas que llegó a decir el Coronel Bolentini, infiriéndonos primero esa mueca emboscada entre bigotes desde la cual hace saber, antes que nada, el desprecio que le inspiran los demás?

Hace algunos días, en un discurso televisivo, un candidato blanco recordó algunas de las cotas más altas alcanzadas por el Contralmirante en su carrera hacia las estrellas del absurdo. Recordó frases antológicas, en las cuales el marino hace, o intenta, la apología de lo alcanzado por el Proceso. Por ejemplo: "Estábamos al borde del precipicio, pero hemos logrado dar un paso al frente".

O la otra, casi sublime, que tiene todo el alcance de una endoscopia cerebral del Almirante: "Recibimos el país en estado calamitoso, pero pudimos darle un giro de 360 grados".

Pregunto: ¿existe acaso alguna diferencia entre este tipo de superficial carburación y la que ilustran los ejemplos recogidos por Firpo a lo largo de los años, en el disparatado inocente y entreverado de sus alumnos. ¿Hay acaso más gracia en los ejemplos capturados por Firpo que en los proferidos por Márquez?

Se equivoca sin embargo aquél que crea que transcribo a éste último y me detengo en sus mini-chefs-d'oeuvre con mezquino propósito de ridículo. Lo trans-

cribo, primero, porque estas cosas hay que recogerlas en la prensa-crónica escrita, para coadyuvar a la identidad y memoria nacionales, dueñas de conservar cuanto de cierto, bueno o malo, trágico o risible, haya ocurrido en su destino. Además, porque insisto en que algún día habrá que sentarse a estudiar la composición mental interior de quienes han inferido a la República estos dolores. Así como se necesita, para prevención de accidentes, un cabal conocimiento de la cabeza terrorista, así también el interior paisaje mental del golpismo y del autoritarismo debe ser analizado, desmontado, descompuesto en sus partes y comprendido en la fisiología de su resentimiento, de su violentismo de su limitación cultural y de su simpleza intelectual. Debe ser estudiado, aunque más no sea que como un día se estudiaron los mecanismos de la viruela, para mejor prevenirla.

Del Contralmirante Márquez hay en todo caso una pieza cuya existencia quiero recordar aquí, para que si yo no hago ese libro, el que lo haga no la olvide. Me refiero a aquel monumento al disparate que fue el reportaje que concedió nada menos que al diario "Le Monde", una vez que estuvo en París, cuando todavía ejercía el cargo de comandante en Jefe de la marina.

De esa publicación, que daba ganas de llorar, recuerdo el subtítulo que se refiere a "La tortura", donde el periodista le saca el tema en cuestión. "Es entonces —dijo 'Le Monde'— que el Señor Vice Almirante formula una afirmación inaudita. 'Es mentira —dice el Señor Vice-Almirante Márquez— que en mi país el Gobierno haya torturado a todos los habitantes.'" (!)

Claro, se dirá, que esto pasó hace cinco o seis años. Pues bien: lo del Coronel Bolentini está pasando hoy. Este dramático personero de la peor irresponsabilidad e irrespetuosidad del Proceso para con el país, ha fatigado los micrófonos endilgándonos a todos lecciones insensatas y anunciando las campañas cívicas de ese disparate de partido político que dice que fundó. El problema y peripecias del Partido de Bolentini ha llevado más espacio, tinta y ondas en este país que el problema del hambre o la mendicidad infantil. Al final, este tortorelesco candidato metió en la Corte, según los diarios, una fórmula presidencial que encabeza y una lista de senadores con 30 nombres y triple número de suplentes. De ellos, caso sin precedentes en el país, sólo seis refrendaron con su firma su aceptación. Ayer, jueves 25 a horas de vencer el plazo, faltaba todavía la firma de la candidata a Vice-Presidente, mientras el propio Bolentini gritaba por la radio que su partido es "el Partido del pueblo" (!). Ignoro cómo el Proceso permite todo este mamarracho. ¿Y este Coronel fue el que tuvimos que soportar como Ministro del Interior, como Ministro de Trabajo, como impreador público, como Fiscal de orientaciones! ¿Qué lamentable!

Es notorio que el Coronel Bolentini no exhibe un mayor respeto por sí mismo. En este caso, tampoco por los servicios de la Corte Electoral a los que hace perder el tiempo. Ni por el Proceso, al que llena de ridículo. Ni por el país, en general, que merece otra seriedad para todo lo relativo a su proceso de elecciones. Lo grave es que no es sólo el Coronel Bolentini. Son también, sus superiores que le toleran estas desproporcionadas barrabasadas.

Es frente a cosas de este tipo que uno se pregunta si, como en la memorable referencia de lo consignado por aquel alumno de Firpo, no habrá en todo esto alguien "que se pinchó un nervio muy importante, que es el nervio de pensar". Referencia con que termina aquel párrafo que dice que "el cuerpo está lleno de huesos y de espinazos que sellama así

porque en el medio tiene la médula esquiqual". (**)

Discurso de Alvarez

Por supuesto que el discurso del Tte. General Alvarez en Bella Unión es otra cosa: no hay en él, por descontento, aquel no advertir siquiera el alcance de las palabras, que predominó en las históricas intervenciones de Márquez, o la desinhibida frivolidad con que maneja las palabras el líder de la Unión Patriótica.

Este discurso de Bella Unión debe ser tenido en cuenta ahora y contestado desde ya, porque sienta la filosofía por la cual se está, con lenguaje agravante, intentando descalificar la democracia que todavía no hemos conseguido arrancar al Proceso; y porque al mismo tiempo que la descalifica, intenta inadmisiblemente colocarse por encima de la misma, en un papel de vigilancia que ni se le ha pedido, ni le corresponde, ni se le podrá consentir a nadie en modo alguno.

Aquí también hay responsabilidad no sólo de Alvarez sino de todo el Proceso, comenzando por los propios Comandantes y siguiendo por la Junta de Generales. Efectivamente, en la medida en que fueron ellos quienes, sin consultar al país y contra la voluntad del país, lo pusieron en la Presidencia de la República, son ellos los que tienen que exigirle que no continúe insultando a diestra y siniestra, y calificando con ligereza a los Partidos. Todo hombre tiene el deber de respetar a los demás. Pero ese deber es doble en un gobernante. Cuando ese gobernante es un militar y se apoya, como único título, en la fuerza de los demás militares, recurrir al insulto es una actitud sin elegancia ni gallardía, por la que debe ser llamado enérgica e inmediatamente a responsabilidad.

¿Con qué títulos los militares y los gobernantes del Proceso podrán llevar a nadie a los tribunales, acusándolo —como se ha permitido acusarme a mí un atropellado Fiscal Militar de 4to. Turno— del delito de "desacato por ofensa", si son los propios militares gobernantes, al más alto nivel, los que se desacatan frente a la Nación, ofendiendo a líderes de colectividades políticas que cuentan con lo que a ellos les falta, esto es, apoyo popular?

Dice el Tte. General Alvarez, por ejemplo:

"Observamos atónitos cómo líderes de Partidos tradicionales buscan inspiración, rinden cuentas y ofrecen explicaciones, sin rubor ni escrúpulos a la Internacional Socialista en Río de Janeiro. Se integran pues a la organización rectora de la expansión del socialismo en el mundo. Del socialismo internacional y sin patria, al marxismo esclavizante y sin alma, no hay más que un movimiento de ajedrez. El movimiento que se da en el momento oportuno y que significa el jaque mate a la dignidad, libertad y seguridad de los pueblos.

En pocas palabras se pretende utilizar la actual coyuntura nacional para hacer del país una democracia bastarda y someter a su pueblo a formas de vida contrarias a su ideología y tradiciones."

¿Cómo puede Tte. Gral. Alvarez hablar de la "ideología y tradiciones" del Uruguay? ¿O ignora que su Gobierno es, precisamente, en tanto que dictadura y gobierno absolutamente carente de legitimidad democrática, la crasa negación de "la ideología" oriental y de "las tradiciones" nacionales?

¿Quién fué a rendir cuentas y de qué a la Internacional Socialista en Río? ¿Quién fué a dar explicaciones?

¿Y eso de aprovechar para hacer del país una "democracia bastarda" qué es? ¿A quién directamente o concretamente está dirigido ese tremendo agravio?

La Internacional Socialista incluye a los partidos que gobiernan a algunos

de los pueblos más libres y democráticos del mundo (espejo en que debería mirarse el Proceso) como Alemania Occidental, Francia, España, Italia y Portugal, o que los han gobernado, como Suecia o Gran Bretaña. ¿Ese es el peligro que "bastardeará" la futura democracia uruguaya? Y durante estos años del Tte. Gral. Alvarez y del Proceso ¿qué democracia ha habido aquí?

Todavía no hemos logrado reinstalar en el país la auténtica democracia que el Proceso arrasó y ya está, el general puesto en la Presidencia por el Proceso, hablando de ella como "del trastornante sistema creado para el futuro". Y anunciando que "seguiremos (ellos) atentos y vigilantes". Para voltearlo, tal vez, si no les gusta.

Es obvio que una de las primeras tareas de la Democracia naciente, tendrá que ser estar atenta y vigilar con cuidado a estos autodesignados y atentos vigilantes.

Es decir, si queremos realmente salvar la auténtica herencia civilista y libertaria de esta Nación. Dije herencia. En un libro similar a nuestro "Humor en la escuela", la "herencia" aparece definida por un niño español como aquello que hace que, "cuando nuestros abuelos y padres no tuvieron hijos, nosotros no podemos tener descendientes". (***)

Que es, parece, lo que con sus discursos, el Proceso propone para la democracia oriental.



Manuel Flores Mora



(*) "El Humor en la escuela", Montevideo, Arca, 4.ª ed., 1975. La frase que sirve de epígrafe a esta nota figura en la pág. 91.

(**) "El Humor en la escuela", edición cit., pág. 74.

(***) "Antología del Disparate", de Luis Diez Jiménez, Madrid, 1971, pág. 53.

Nota

En otro lugar de esta edición se publica una carta del Coronel Carlos Zufriategui, en la que contesta afirmaciones que hice (y naturalmente mantengo) sobre un llamado Foro de Defensa Latinoamericana cumplido en Buenos Aires y sobre algunas partes de su Declaración Final.

Dejo constancia que, aunque sabía que el Coronel Zufriategui había asistido a aquel Foro, mis juicios, por otra parte generales, no tenían ni la más remota intención de criticarlo o molestarlo. Es más: siento por el Coronel Zufriategui un muy especial respeto, surgido de todo lo que sé de su persona y de su vida, y acrecido por el cautiverio de diez años que le fuera impuesto por la Dictadura. Esta es la primera constancia que me urgía hacer. La segunda se vincula con el elevado tono de su respuesta, que muy especialmente le agradezco. Tampoco yo me propongo polemizar respecto de estos temas. Pero puesto que hay que marcar diferencias de pensamiento, es reconfortante poder hacerlo con la altura que ayude a mostrar cómo se puede disentir en el respeto, discutir en la mutua consideración y salvar, en toda circunstancia, lo que une por encima de lo que separa.

Sin espacio hoy, en próxima edición, intentaré precisar con el mayor cuidado por qué me parecen no compartibles las declaraciones que comenté, del Foro de Defensa de Buenos Aires.





Esta contratapa de hoy empieza con un ruego, que dirijo a mis correligionarios de todos los partidos. Quiero decir, a todos aquellos que, por encima y más allá de concretas diferencias partidarias, alentamos una idéntica convicción sobre los inalienables derechos del ser humano y sobre la dignidad como fundamental componente del espíritu y de la vida. El ruego consiste en que me ayuden a difundir, sobre todo entre la gente joven, aquella hora conmovedora y memorable de Miguel de Unamuno, cuando sin otras armas que su voz y su coraje, se levanta contra uno de los más sanguinarios generales del fascismo, que vivaba a la muerte, rodeado de fanáticos.

(Siempre he sentido por el viejo Unamuno algo más que admiración o que cariño. La fama, por desdicha, apergamina a las figuras. Ser ilustre es una forma de estar embalsamado y de que algo como un cristal de previo aburrimiento esmerilado separe a las mayorías de los desdichados que valieron mucho.)

El legendarario encontronazo entre Unamuno y el General Millán-Astray tiene un valor de permanencia porque representa casi, y sin casi, un drama aún hoy no superado de la raza. Me refiero no al enfrentamiento entre militares e intelectuales sino a otro más hondo: el de los partidarios de la vida y los de la muerte. El enfrentamiento entre los fascistas y los que, en la estela de la larga y fecunda sombra espiritual de almas como Unamuno, estamos del lado de la libertad civil y de la civilización.

Lo que digo es que revivir aquel 12 de octubre de 1936 no es hacer simple pasadología. Por el contrario, es hablar de ahora. Y de mañana mismo. Es además, por eso sirve, poner luz y poner emoción en lo que indefectiblemente tiene que ser el camino verdadero que debemos recorrer. Además, seamos claros, no es tampoco siquiera hablar de España. Es, estrictamente hablar de Uruguay.

Paraninfo en Salamanca.

Rector casi por derecho divino de aquella Universidad de Alfonso el Sabio y de Fray Luis de León, don Miguel de Unamuno presidió el acto académico que, en su paraninfo, se cumplió el primer día de la raza posterior al estallido de la guerra civil española. Participaban el Obispo (que había prestado su Palacio a Franco para que instalase las oficinas de su gobierno, a pocas cuadras de allí) y, entre muchos falangistas y franquistas, el General Millán-Astray. Era nada menos que el mítico fundador de la Legión Extranjera, ese cuerpo sanguinario y mercenario, de vasta actuación colonialista en África. Tétrico combatiente, Millán-Astray había perdido el brazo izquierdo y el ojo derecho, cuya cuenca vacía tapaba con un parche negro. Después de algunas fascineras oratorias de intelectuales fascistas presentes, la concurrencia exaltada hizo restallar, en el sagrado paraninfo de la cultura verdadera, el grito atroz que constituía el lema de la Legión Extranjera de la que Millán-Astray había sido Jefe y Franco, segundo:

— ¡Viva la muerte!

Es emocionante hasta contarlo. Unamuno se pone de pie y un gran silencio hasta de los fascistas precede, por un instante sus palabras. Cualquiera que cierre los ojos puede imaginar al gran vasco allí, solito entre asesinos y energúmenos descontrolados, mirándolos por encima de su barbilla gris, a través de las gafas montadas en su noble nariz de pico de lechuza.

En medio de la concurrencia, falangistas de camisas azules, dirigen el saludo nazi hacia el retrato de Franco que alguien había colgado en la pared. "¡Viva la muerte!" Y habló Unamuno:

"Estáis esperando mis palabras. Me conocéis y sabéis que soy incapaz de permanecer en silencio. A veces, quedarse callado equivale a mentir. Porque el silencio puede ser interpretado como aquiescencia.

(En seguida, y tras una referencia a los desmanes verbales de oradores precedentes, prosigue don Miguel. Pero primero hay una pausa cargada de temores porque, como dice Hugh Thomas, nunca se había pronunciado un discurso como aquel en la España franquista. Sigue Unamuno:)

¿Artiguismo o legión extranjera?

Cuando "quedarse callado equivale a mentir"

"Acabo de oír el necrófilo e insensato grito '¡Viva la muerte!' Y yo, que he pasado mi vida componiendo paradojas, que excitaban la ira de algunos que no las comprendían, he de deciros, como experto en la materia, que esta ridícula paradoja me parece repelente."

"El General Millán-Astray es un inválido. No es preciso que digamos esto con un tono más bajo. Es un inválido de guerra. También lo fue Cervantes. Pero, desgraciadamente, en España hay actualmente demasiados mutilados. Y, si Dios no nos ayuda, pronto habrá muchísimos más. Me atormenta el pensar que el General Millán-Astray pudiera dictar las normas de la psicología de la masa. Un mutilado que carezca de la grandeza espiritual de Cervantes, es de esperar que encuentre un terrible alivio viendo como se multiplican los mutilados a su alrededor".

Cuando digo que Millán-Astray era fascista y que fascistas componían la concurrencia, no digo nada exagerado. Para disipar la duda, hicieron lo que tenían que hacer, como fascistas. Millán-Astray interrumpió a Unamuno gritando "¡Mueran los intelectuales!" y "¡Viva la muerte!". El público, fascista también, atronó el paraninfo coreando y repitiendo ambas barbaridades. Hasta que en una pausa, José María Pemán, que era las dos cosas, esto es, intelectual y fascista, consiguió pasar el comercial de su miserable aullido particular: "¡Abajo los falsos intelectuales! ¡Traidores! (Creo que haber negado tres veces a Cristo como hizo Pedro en la noche del huerto de los olivos, es una mera inofensiva pavada al lado de esto de "¡Traidores!", gritado por un escritor delante de aquel sublime Unamuno, enorme y chiquitito, inermes y cargado con todas las armas de la razón y la moral, pero abandonado, de pie, naufragando entre la furia desatada y la asesina prepotencia de quienes intentaban aplastarlo con los alaridos de la amenaza y la patota).

No sé por qué milagro de la fuerza moral, Unamuno les impuso nuevamente silencio. Y habló:

"Este es el templo de la inteligencia. Y yo soy, su sumo sacerdote. Estáis profanando su sagrado recinto. Venceréis, porque tenéis sobrada fuerza bruta. Pero no convenceréis. Para convencer hay que persuadir. Y para persuadir, necesitaréis algo que os falta: razón y derecho en la lucha."

"Me parece inútil el pedir que penséis en España. He dicho".

El tropel de fascistas amenazó con venirse encima y un ayudante del General Millán-Astray lo encañonó con su ametralladora. Justicia sea hecha: la mujer de Franco, Carmen Polo, allí presente, se puso al lado de Unamuno y le pidió que le diera el brazo. Así salió Unamuno de aquel paraninfo de su verdad y de su gloria. La historia acota el último conmovedor detalle: salió caminando despacio. Unamuno no huye jamás. Lo que simboliza, tampoco. Por eso, triunfa siempre.

Pero había sido, como señala Thomas, "la última vez que Unamuno habló en público". Dos meses y poco después, el 31 de diciembre, destituido y rechazado de todos, prácticamente preso en su casa, se murió. Claro que de pena. (*).

Aquí, ahora

El coraje de Unamuno no es, naturalmente gratuito, como el de cualquier descerebrado amigo de pruebas acrobáticas en un automóvil con precipicios para la serial "Momentos de peligro" o alguna otra estupidez así. El de Unamuno es un coraje encendido de ética, un coraje al servicio del hombre. El coraje que marca para todos, no sólo el

camino del deber sino el de la esperanza.

Digo: es un coraje que nos compromete. Por ejemplo: no es posible conocer ese episodio de la vida de Miguel de Unamuno (episodio actualísimo en el Uruguay de hoy) y quedarse después callado, como si tal cosa, delante de la revista "El Soldado", órgano bimestral del Centro Militar del Uruguay, que ve la luz pública en nuestro Montevideo y que, a mí cuando menos, lo confieso, me pone los pelos de punta cuando detengo los ojos sobre sus páginas.

Estoy hablando — y cumpliendo el deber de denunciar — del número 97, año 9, correspondiente a los meses de julio y agosto de 1974. Otros, no he visto.

Así como yo navego en la estela y veneración de don Miguel de Unamuno, cuyo espíritu aprendí a querer a través de don José Bergamín, a quien también venero, así, digo, la revista "El Soldado" navega en la estela de la, digamos, filosofía de Millán-Astray y en el catecismo de la Legión, aquel cuerpo despiadado con el que Millán-Astray, al fundarlo, alienadamente creía que servía a su país.

En el reverso de la contratapa de ese número 97 de "El Soldado", por ejemplo, figura, bajo el dibujo de un perfil castrense, una sola frase. Está entre comillas y dice así:

"Los camaradas de la legión hacían un juramento mutuo de:

no abandonar las filas sino para recoger una lanza, matar un enemigo o salvar una camarada".

Ese verbo "matar" nos recuerda a aquel "¡Viva la muerte!" legionario. Pero además no viene solo. En el anverso, no de la contratapa sino de la tapa de ese mismo número de "El Soldado", bajo el título de "Re cuerde que:", se establece que "las experiencias obtenidas de las últimas guerras nos dicen que el grueso de las bajas en el campo de batalla, son causadas en el campo de entrenamiento por comandantes..." (A continuación enumera tres causas, de las cuales la tercera dice así:)

"3 — Fracasaron en inculcar a sus soldados el deseo y determinación de cerrar con el enemigo y matarlo".

En los párrafos que preceden, la referencia a la Legión, y, más que ella, el legionario espíritu que trasuntan, resulta levemente espeluznante (lo de "levemente" es un decir) para cualquier mentalidad familiarizada con los grandes temas de la civilización y humanidades. (Algo conozco de la historia de mi país y, naturalmente, de sus muchas glorias militares. Hubo por supuesto en este suelo hombres que honraron a las armas orientales, dentro y fuera de nuestro territorio, combatiendo bajo los pliegues de la bandera nacional y alcanzando una y otra vez la victoria, siempre sobre fuerzas considerablemente superiores en número. En su supremo homenaje digamos, no obstante, que ni los soldados de Artigas en Las Piedras, ni los de Rivera en Cagancha, ni jamás en ninguna parte las milicias orientales, soñaron con matar ni salieron a matar. No los movía el odio sino la pasión de la libertad. Por eso vencían y, después, perdonaban a los vencidos, como en Las Piedras o en Cagancha. Ese es el ejemplo en que deberían mirarse "El Soldado" y quienes lo escriben.)

(La pura tradición de las armas orientales ha sido, en la historia, no inculcar el odio para repartir la muerte y matar al enemigo sino sembrar la libertad para servir a la vida).

Más errores-horrores

Muchas cosas difícilmente aceptables incluye este número de "El Soldado". Me atenderé sin embargo a algunas afirmaciones de un largo artículo que empieza en la página 5 y termina en la página 9. Aclaro que si alguien llega a insinuar que no cito con buena fe, o que las citas no reflejan la filosofía del ar-

tículo, pediré a JAQUE que, como "documento", lo transcriba por entero. Hay que decirlo así, por la tremenda gravedad de esas afirmaciones. Como la que sigue:

"Si en cualquier momento — incluso naturalmente el actual — paráramos el reloj de la Historia, vemos que marca la hora del Ejército, resolviendo crisis políticas del tipo que sean. ¿Por qué el Ejército? ¿Quién autoriza al Ejército para intervenir violentamente en la vida de la nación? Notemos, ante todo, que esa intervención se produce casi siempre no contra las leyes, sino al margen y por encima de las leyes. Se produce por apelativos de una suprema ley moral, que es a la vez la ley íntima del Ejército. Este, por obediencia a Dios y a la Historia, se ve obligado a intervenir."

Más adelante, en libre combinación de macaneo con totalitarismo, y siempre sobre ese momento de "intervención", se agrega esta otra enormidad:

"En los instantes críticos de la vida de una nación cualquiera — sabemos que la nación es un estadio temporal de la vida eterna de la Patria, pero la nación se identifica con la Patria misma — el rumor popular designa el nombre del militar salvador, que nace así de un movimiento plebiscitario más rotundo, contundente, mayoritario, que el de cualquier votación formalista, con jurídicas y asepticas urnas. Y por ello la guerra, cuando surge, tiene el mismo valor de referendo social. La guerra es una plebiscito armado."

Se pregunta en seguida de "¿dónde nace en el Ejército la sensibilidad para captar el momento de actuación?" Y al final del largo párrafo divagante en que intento justificarlo, estampa despropósitos aristocratizantes y descabellados como:

"...que el Ejército es el más tradicional, físicamente de los estamentos sociales: la sangre heredada es un factor esencial del Ejército. La repetición de apellidos en la generación actual respecto de la inmediatamente precedente es superior en el Ejército que en cualquier otra de sus coetáneas corporaciones. Los hombres del Ejército tienen, pues, una gran vinculación con los antepasados; son muy solidarios con ellos y con sus vicisitudes más o menos remotas. En el Ejército late más que en cualquier otro grupo de la sociedad la sangre de épocas pretéritas."

Si para muestra basta un botón, ya tiene el lector con que prenderse todo el chaleco. ¿Es necesario agregar que en una página anterior hay todo un subtítulo sobre "El militar ante la crisis de virilidad" (de la gente)? ¿O que en la última columna llega a sostener, ya en definitiva crisis de delirio, que además el Ejército tiene "un más fino y profundo sentido de la Patria" que, se supone, el resto del cuerpo de la Nación?

El tema da para mucho y siempre es difícil referirse a gentes que evidencian un tan débil sentido crítico y tanta capacidad para la autosatisfacción del no revisado disparate. Pero como todo es demasiado serio, hagamos desde ya, con toda la energía del caso, una afirmación general, otra individual.

La general: estas afirmaciones estampadas en "El Soldado", definidas con propiedad jurídica, tienen todo el alcance de lo subversivo craso, antidemocrático y completo.

La particular: sobre ese "fino y profundo sentido de la Patria", no le doy la derecha a nadie, sean cuales sean los galones que ostente. Y lo que digo por mí, no duden, lo dice de sí mismo cada uno de la inmensa mayoría restante de los orientales. ¡O qué!

Manuel Flores Mora



(*). Las palabras de Unamuno fueron recogidas por Luis Portillo, publicadas en "Horizon" y reproducidas en un libro de Cyril Conolly. Todo ello, como la existencia de otros relatos, por Emilio Salcedo y por el propio Pemán, consta en "La Guerra Civil Española", de Hugh Thomas, de donde lo tomo, Grijalbo, 1979, Tomo II, págs. 548 y 549.



El nazismo y la basurología

Erradicar el golphismo de "El Soldado"

Quiero empezar esta nota con un cuento que me regala, o que le robo a, Mauricio Muller. El cuento viene a cuento porque es un cuento con un nazi y porque los nazis, seres misteriosos que sufrimos pero que no terminamos evidentemente de conocer, son algo que tenemos que descodificar definitivamente algún día, así sea empezando ahora por este cuento, o frase, notable de Mauricio.

Se trata de un nazi con el cual intercambié palabras alguna vez y a quien Mauricio, intelectual y judío, consiguió envolver por algún momento en los pliegues de su conversación, como quien envuelve a una cobra con una red de cazar pájaros. Reubicado momentáneamente en una especie de inocencia mental que es su único y débil vínculo con alguna suerte de normalidad humana, el nazi aprovecha la ocasión, e inolvidablemente, pregunta:

— Usted que es judío, dígame: ¿por qué los judíos tienen un prejuicio tan acentuado contra el anti-semitismo?

Demasiado fina para ser periodística, la pregunta alumbró sobre la naturaleza y simpleza finales de todos los fanáticos, para quienes el propio prejuicio es intercambiable con la verdad revelada, en tanto que la resistencia ajena adquiere la estatura de prejuicio, de traición o de maldad incorregible.

(Después de no sé cuántos, tal vez quince, tal vez veinte o más años, he vuelto a sentarme, mesa de boliche de por medio, con Mauricio Muller que ha regresado al Uruguay.

Es como peligroso esto de reencontrar viejos amigos míticos, personajes al fin del mundo del galgo joven que, como decía Antonio Machado, algún día todos fuimos. Amigos que vienen privilegiados, mas que por lo que son, por lo que evocan. En el caso de Mauricio, sentarme con él es sentarme con aquel caserón de Benito Blanco y Barreiro donde viví mi juventud, al que Mauricio solía venir a cenar a menudo y en la pared de cuyo hall colgaba una reproducción de Picasso con la que un día aparecí bajo del brazo de regalo para mi madre. Sentarme con Mauricio es sentarme con el núcleo reducido (y supremo) de aquellos de la generación del 45 que jamás creímos en la generación del 45, y que escribíamos en "Marcha" porque creíamos en lo que escribíamos y no, por supuesto, porque creyéramos en "Marcha". Reencontrarme con Mauricio es como releer un libro admirado que no se ha vuelto a ojear en treinta años y que puede ahora decepcionar desde la primera línea. Bueno, no. Pese a sus años de Nueva York, de Kenia y de París, este des-desterrado Mauricio tiene la misma luz peculiar de siempre saliendo de la sonrisa y la misma gracia de manejo de un español dominado pero no materno, que lo torna impagable).

Otro nazi

Ese nazi que no se explica el anti-semitismo de los semitas es un poco como la secreta cifra de todos los nazistas. Su inocencia me recuerda la de aquel otro energúmeno recogido por la radiografía de Borges, intelectual asimismo experto en la visión que el fanatismo una y otra vez ha desplegado en su país delante de sus ojos.

El contado por Borges es el caso de aquel nacionalista argentino al que un día el azar de unas vacaciones lo trae al Uruguay. De vuelta en Buenos Aires, lapidariamente comenta:

— Los orientales son realmente encantadores. Claro: yo, como soy de un nacionalismo estrecho, igual los aborrezco cordialmente.

A ese cuento de Borges, que escuché hace más de cuarenta años, debo una insólita experiencia: la de ser mirado como "el otro" inferior y a suprimir. Sensación difícil de degustar para un uruguayo, — porque a los uruguayos la democracia social de Battle y Ordóñez nos otorga la

sensación de una dignidad civil no conocida en el resto de América— esa sensación de ser mirado como miembro de la casta de abajo tenía sabor inverosímil. Un sabor que volví a sentir una vez en Nueva York, cuando con mi aspecto de latino intenté preguntar, en un subterráneo, una dirección a una señora que me creyó portorriqueño y, ahíta de desprecio, se negó a contestarme. Sensación, en fin, que me ha sido dada, como civil incorregible que soy, algunas veces aquí, ante discursos, proclamas, afirmaciones o tesis militares. También, naturalmente, leyendo algunas cosas indignantes que aparecen en las columnas de "El Soldado", revista del Centro Militar.

Como éstas, por ejemplo, correspondientes al número 94, enero y febrero de 1984, en cuya página 48 se publica el "Decálogo del Jefe" (militar, por supuesto). Leed los puntos VII y VIII de ese Decálogo.

Dicen así:

"VII) Cultivaré honestamente la técnica del oficio en la teoría y en la práctica, como una garantía de la tremenda responsabilidad que significa, llegado el caso, disponer de la vida de sus subordinados y muchas veces, hasta de los destinos de la Nación".

"VIII) Por el fin a que está llamada su profesión será un orgulloso de ella y sin pretender privilegios exclusivos, evitará inferiorizarla haciendo profesión de fe civilista".

Vuelvo a citar la gran sombra de Miguel de Unamuno, para empezar diciendo, como él, pero a propósito de lo que estamparé en seguida de aquello de "yo no ofendo: me defiendo".

Ignoro quien sea el inferior que escribió ese desdichado numeral VIII. Sin duda, alguien absolutamente carente de cultura. Civilista, civilismo y civil tienen una misma raíz, la que también campea en la palabra civilización, aparentemente ignorada por estos decalogantes decalogadores a los que el país tendrá que desdecalogizar. El que crea que los que no somos militares somos inferiores a ellos, es absolutamente un alienado. Quien se atreva además a escribirlo y a publicarlo es un subversivo. Sus jefes naturales incurrir en omisión si no le aplican el inmediato y condigno castigo.

Los mayores militares de este siglo, los que ganaron guerras de verdad, los que desafiaron la muerte realmente en los campos de batalla, los que vencieron al ejército alemán técnicamente considerado en su momento el mejor del mundo y compuesto por millones de hombres valerosos y capacitados; los que, en suma, ganaron conflagraciones universales con millones y no decenas de muertos, esos, los realmente grandes como Carlos de Gaulle, Leclerc, Eisenhower (comandante de la victoriosa y mayor expedición militar cumplida jamás en la historia del mundo), Montgomery que venció al gran Rommel, Wavell y Alexander y, por supuesto, MacArthur, capaz de derrotar al castrense Japón pero no de descatar la autoridad legítima de un gobierno civil, esos, sí, hacían diaria profesión de fe civilista. El redactor del decálogo de "El Soldado", que no sé a quién le ganó, ignora el sentido de las palabras que usa. Personalmente, y como civil que soy para mi orgullo, declaro públicamente mi desprecio por ese juicio.

Hay más: el que escribió esas agraviantes palabras sobre lo inferiorizante de la profesión de fe civilista por un militar, está haciéndole un tremendo daño a las propias Fuerzas Armadas. Estas tienen, como tiene el país todo

(pero ellas más todavía), un básico y legítimo interés en borrar el foso entre fuerzas armadas y población civil, ya bastante agrandado por errores castrenses. ¿Habrá manera de causar mayor reacción contra el ejército que esta de publicar desde sus tiendas gremiales, frases insultantes contra los civiles?

(Tal vez, como el nazi del cuento de Mauricio, este decalogador desafortunado se pregunte la razón de mi prejuicio civil contra los anti-civilistas. Son así).

Anti-democracia y basurología

Uno de los más extendidos errores políticos de estas décadas es aquel que tiende a mirar las expresiones del totalitarismo de derecha, directamente como basura de la historia. Es error trágico porque en última instancia supone confundir, terriblemente, lo temible con lo desechable, lo que hay que combatir con lo que basta con tirar a la lata. Como si dijéramos, confundir un tumor maligno con cáscaras de papa o envases usados de cartón. Y creer, con ligereza, que el tacho de los desperdicios puede sustituir a la cirugía o al cobalto.

La basurología, ciencia a la que volveremos en una nota próxima, poco tiene que ver con el nazismo. El nazismo es cosa que tecnológicamente se renueva. Comporta, claro, siempre la misma verdinegra fetidez de furia fundada en impotencia, de odio con esquizofrénica raíz mal teorizada. Pero lo que quiero decir es que el nazismo no es solo desecho de la década del treinta. Hay nazismo en latas nuevas que pululan por los supermercados y vidrieras de todos los comercios pseudo-ideológicos del mundo. Nazismos de derecha y nazismo de izquierda: Somozas o Brigadas Rojas.

La defensa verdadera (y no la careada) del estilo de vida y de la libertad democrática orientales exigen la denuncia decidida de toda formulación amenazante, venga de donde venga, contra el pensamiento jurídico tradicional inalterable de este suelo.

En nuestra contratapa anterior transcribimos párrafos de artículos de "El Soldado" que, a mi juicio, caen directamente en la esfera penal. Suponen apología del delito o incitación a delinquir. Suponen justificar la rebelión, desconocer la vigencia de la norma legal, subvertir (sí, subvertir y subversión) los ámbitos, responsabilidades y potestades de la autoridad pública, otorgando a las FF.AA. facultad ("por encima de la ley") que sólo existen en la cabeza afiebrada de quienes lo proclaman. Todo ello indica con claridad de tomografía computada, la presencia de un brote golphista instalado por lo menos en el Departamento Editorial del Centro Militar, Departamento que preside el Coronel Regino Burgueño, brote tolerado por las autoridades de ese Centro y por las del país.

Yo levanto desde aquí, mi protesta y me dirijo al Comandante en Jefe del Ejército de este desdichado país sin gobierno para solicitar su intervención y me dirijo asimismo al Ministro del Interior; Teniente General Medina y General Rapela. Todos los presupuestos de ubicación política me separan de estos generales blancos, protagonistas del Proceso. Pero prendas no duelen cuando se maneja la verdad y digo que creo firmemente en la honradez con que cualquiera de ambos alienta el camino de democratización de la República.

Si reparan en algunos de los artículos de "El Soldado" que se transcriben en otra parte de esta misma edición de JAQUE, verán algunos de los tremebundos y disparatados planteos internacionales que el delirio instalado en ese Departamento Editorial propugna. Con la mano en el pecho pregunto: ¿es posible admitir que una publicación de militares uruguayos cubra de juicios ligeros y de agravios a gobernantes de países democráticos amigos, tratando a

Mitterrand, a Roosevelt, a Felipe González, a La Madrid y a Raúl Alfonsín como a peones comunistas, como traidores, como cobardes, como idiotas? ¿Es posible admitir tanta insolencia, tanta irresponsabilidad en el desmán, tanto descontrol y auto-suficiencia en la ignorancia?

Si según ustedes Wilson Ferreira expuso el país a represalias porque habló en el Congreso de Washington de lo que todos sabían, ¿qué decir entonces de este deslenguarse sin fronteras contra Jefes de Estados con los cuales la República mantiene centenarias relaciones de respeto?

¿Tiene sentido continuar avanzando en el proceso institucionalizador cuando, a la retaguardia, hay bolsones desde los cuales se proclama impunemente que, cuando lo crean oportuno actuarán (no sé quiénes pero sé que militares, porque es lo que dicen) por encima de la ley para "resolver la crisis"?

Señores generales: este país se espeluzna cuando lee el espantable marmarracho de ese pseudo-poema mal medido llamado "Venceremos", escrito por alguien que no ha sabido vencer su ancestral complacencia con la agresividad y que eligió la vida "negra y punto" y prometió navegar en mares de sangre. "Y navegamos".

Señores generales: ese hombre, que no firma —pero el libro tiene un autor que es el Coronel Regino Burgueño— no dice por otra parte la verdad. Dice que "venceremos". No. No vencerá ni vencerán los que como él alientan lo negro y el mar de sangre.

Puede el señor Coronel sacárselo con un peine fino. No vencerá. No vencerán.

Vencerá la ley. Vencerá la libertad. Vencerá la República.

La sombra de Hitler

He utilizado la palabra nazismo y no quisiera que nadie me sospechara de incurrir en esa frívola velocidad con que algunos —no yo— llaman "fascista" o "facho" al primero que opina diferente. También, como contra todos los demás terrorismos, estoy contra el terrorismo mental y su más despreciable ramificación, el terrorismo verbal.

Quiero con esto decir que cuando he hablado de "nazismo" ha sido sustantivamente. No en términos de adjetivación sino de definición. Tengo, en materiales que "El Soldado" publica, criterios para probarlo. Daré un solo ejemplo (hay otros).

En las páginas 2 y 3 del número 93, noviembre-diciembre de 1983, "El Soldado" publica una colección de despropósitos en que no deja títtere con cabeza y agravia a todo Dios, desde los EE.UU. y Carter hasta Felipe González y la Social Democracia. Se titula "En América Latina el Marxismo se disfraza de Social Democracia" y está reproducido por entero, o casi por entero, en esta misma edición de JAQUE. Véase el último párrafo:

"Llegará el día sin embargo, que sobre las cenizas del capitalismo y de todas las formas de marxismo incluida la Social Democracia, América Latina se pondrá de pie para...instalar un nuevo orden..."

Esto ¿qué es? Ni capitalismo, ni social democracia, ni marxismo ¿qué queda? "Nuevo Orden". La muchachada actual no tiene por qué saberlo. Los generales, yo y demás viejos, sí. ¿Quién hablaba de Nuevo Orden? ¿Quién estaba contra democracia capitalista, y social, y marxismo?

En esa sombra que está ensuciando el muro ¿no reconocen todos acaso el timbre de Adolfo Hitler?



Manuel Flores Mora



La gloria carece de charreteras

Uruguay, civilizada patria de civiles

"Si tienes un buen conocimiento de ti pero no lo tienes del enemigo, por cada victoria que alcances habrás de sufrir también una derrota. Si no tienes un buen conocimiento ni del enemigo ni de ti, perderás todas las batallas. Pero si conoces al enemigo y te conoces a ti mismo, no tienes por qué temer el resultado de cien batallas."

Sun Tzu, "El Arte de la Guerra". (*)

Creo que fue el genio de Oscar Wilde el que dijo que los señores hablan de ideas en tanto que los sirvientes hablan de personas. Quitémosle a la afirmación el barniz clasista aristocrático que la cubre y repitámos, con más aceptable estilo, que las personas que pretenden un nivel de decoro se ocupan de orientaciones y problemas, y que sólo aquéllas que lo han renunciado topan con el límite del comentario meramente personalista.

Lo que quiero con esto decir, al continuar como continuaré en esta nota con algunas rotundidades (llamémoslas así por ahora) estampadas en las columnas de la bimestral revista "El Soldado" y otras publicaciones asimismo correspondientes, como ella, al Departamento Editorial del Centro Militar, es que no existe en nuestro ánimo voluntad de personalización contra los oficiales responsables. Hemos citado, por ejemplo, al Coronel Regino Burgueño, en su condición de Presidente del mencionado Departamento Editorial y autor de un libro publicado por éste o bajo los auspicios de éste, y consiguientemente del Centro Militar. Pero lo hacemos porque no queremos incurrir en aquella, a nuestro juicio, espantosa costumbre de algunos jefes militares del Proceso, que durante años estuvieron profiriendo discursos con insultos contra lo que llamaban "políticos corruptos", sin indicación de nombres. Es decir, sembrando sin gallardía, bleque al voleo. Esa no es la forma como deben hacerse los cargos y por eso hemos dado, con moderación, apenas el nombre del Presidente de la Comisión responsable. No supone ello ataque a persona o a personas. Supone, sí, por supuesto, la dura crítica que corresponde a las ideas y afirmaciones inaceptables que se formulan en lo que por esa Comisión y Departamento Editorial se publica. Y de ahí nadie nos moverá.

Una de las cosas más desagradables ocurridas en este país en estos años, es que hubo gente que, encastillada en la fuerza, dijo lo que se le venía a la boca y estaba prohibido contestarles. Debe entenderse que ese tiempo pasó.

Y abandonar toda esperanza de decir cosas que no tengan la consabida respuesta, cuando ella, más que necesaria, es imprescindible. Por ejemplo, esas enormidades según las cuales los militares son superiores a los demás mortales (¿En qué, digo yo?)

Ejemplos al canto

En la página 191 de su libro ya citado en nuestra nota anterior (**), el Coronel Regino Burgueño pone, como broche final, una fotografía algo vulgar donde aparece, en silueta, la cabeza con casco camuflado de un soldado; abajo, éstas que Homero llamaría "osadas" palabras:

"La patria se ha elevado a la existencia soberana por la virtud de sus hombres de armas, de su fidelidad, y fortaleza, depende su continuidad histórica, así como de su claudicación, la derrota y la esclavitud irremediables".



Como puede verse, el primer problema que plantea en el párrafo es respiratorio. (Uno se pone a leerlo y no sabe donde hacer la pausa. Queda la duda de si hubo una imperdonable errata o si simplemente, la puntuación no es disciplina enseñada con razonable esmero en los cursos de la Academia Militar).

Detalles aparte, lo que importa es reseñar que la afirmación de la frase no es exacta. No es verdad que la patria deba su existencia soberana a sus hombres de armas. La debe, cosa muy distinta, (como ahora deberemos la democracia y la libertad) a la voluntad indomeñable de sus civiles.

(Es un error nefasto esto de oponer hombres de armas a hombres civiles. Pero el que empieza por este peligroso despenadero, con culpable imprevisión, es el que acuñó aquella frase y no yo. Yo me limité a cumplir el deber de contestarla).

Es notorio, por ejemplo, que los hombres de armas, en los años finales de la Patria Vieja, perdieron una tras de otra todas las grandes batallas que empeñaron contra el invasor. Catalán, Tacuarembó, India Muerta, Santa María fueron otros tantos desastres sangrientos, donde el gauchaje civil, heroico y no castrense, entregaba la vida y regaba de sangre la frustrada esperanza libertaria. (Artigas, sin ninguna duda, es el hombre más noble y más grande de toda nuestra historia. Sólo el gran José Batlle y Ordóñez, un siglo más tarde, puede por su nobleza arrimarse a una comparación. Pero Artigas, caudillo y doctrinario, fundador de nacionalidad, protector de pueblos libres, abanderado y adalid de la historia, no gustaba ni de usar uniforme ni de firmar como general. Además, como general, no parece haberse distinguido tampoco; su gloriosa peripecia es un incendio de ideales inapagables, dramatizados por una derrota detrás de otra. Artigas es demasiado grande para que necesite que le inventen dudosas cualidades que no tuvo. Y que sólo sirven para taparle las que, sí, tuvo como nadie).

Todo militar oriental, en vez de entregarse a la autoexaltación del propio orgullo, ganaría tomando nota de que "la patria se ha elevado a la existencia soberana" no por algunos combates, en que los vencedores solían ser gauchos sin uniforme, incapaces hasta de hacer la venia, sino, al revés, por el pueblo alumbrado de voluntad redentora que le dio cuerpo al Exodo. El Exodo sí marca la soberanía de la patria. Pero el Exodo no fue una operación castrense. Al Uruguay lo fundaron allí negros chicos, viejas gordas, estancieros, peones y toda suerte de plebeyos y patricios surtidos, comiendo las mismas tortafritas e intercambiando levitas con chiripases. El quepis que usó Latorre no se conocía en la Patria vieja de 1811 (***)

Coronel: entérese. La patria y su existencia soberana no se deben a los hombres de armas. Salieron, como sale todo lo grande, de aquello que mi viejo profesor de sociología, Lincoln Machado Rivas, llamaba con justeza (y con justicia) la matriz anónima, oscura y dolorida de los pueblos.

Reparación

En el n° 94 de "El Soldado" (enero-febrero 1984) se publica en la pág. 35, un inverosímil artículo titulado, heideggerianamente, "EL SER MILITAR". Desde su primer párrafo, contiene, patéticamente, otra vez la afirmación de la superioridad del militar sobre los demás. Véase:

"El ejercicio de las armas es, entre todas las profesiones, la que exige al que a ella se dedica, un alma más completa y mejor equilibrada; requiere resolución, valor. No hay otra profesión que reúna un conjunto de cualidades como las que conforman el auténtico espíritu militar".

Confieso que me resulta como espantoso. Si el primer párrafo citado (sobre los hombres de armas) venía con tantos errores de puntuación que no se podía leer de un tirón, este otro, proclamante de supuestas excelencias que colocan a la profesión militar por encima de las restantes, lo único que prueba es una gruesa ignorancia de la corrección gramatical. (Repárese en esa rechinante falta de concordancia, cuando dice que "el ejercicio de las armas es...la que exige", etc. ¡Linda superioridad ésta de no hablar bien ni en español!).

El resto del artículo —patético en su transparencia psicológica— contiene, en apenas seis párrafos, nueve referencias distintas a "la inteligencia" (6), a "los inteligentes" (1), al "intelecto" (1) y a la "capacidad intelectual" (1). Su última línea, por ejemplo, dice que "no es posible desligar la inteligencia y los sentimientos en el cúmulo de valores que identifican al espíritu militar".

Odio manejar conceptos robados a los peritos en psicología, pero hasta un niño advierte que tras todo este alarde de pretendida superioridad lo que hay es un indifrazable esfuerzo por reparación del complejo contrario. Se dice creo, que es una formación de reacción. O reactiva. Reitero: si no fuera porque después se lo toman en serio, creyéndose asistidos del derecho a contemplar desde arriba a quienes no viajamos en jeep, sería para mirar púdicamente hacia otro lado. Para contestar alguna cosa, ¿les parece a ustedes que hablemos un poco del caso de Milstein, por ejemplo?

Un mes después de tomar por asalto el gobierno de su patria, un tal Juan Carlos Onganía (que ejercía en su país esa profesión que está por encima de las otras), intervino militarmente las universidades, disolvió las facultades de Sociología y de Psicología y, tal vez para honrar la inteligencia, prohibió la enseñanza de las materias respectivas ¡Qué horror! El mismo día, una guardia de infantería apaleó y detuvo —rompiendo laboratorios— a los despreciables civiles que investigaban en el Hospital Malbrán. Y los destituyó por comunistas. Milstein era uno de estos "comunistas" destituidos. (Curiosamente, el tipo fue contratado ipso facto por el Medical Research Council Laboratory for Molecular Biology, de Londres. Paralelamente, Gran Bretaña —país líder entre los que se oponen al comunismo en el mundo— le concedió la nacionalidad de honor). Bien: el mes pasado, ese peligro argentino del cual nos salvó la inteligencia de los hombres de armas de su país, obtuvo el premio Nobel de Medicina por algunos de sus decisivos trabajos sobre inmunología y desarrollo de los llamados "anticuerpos monoclonales".

De otro modo: cuando a lo mejor dentro de diez años, alguno de los energúmenos que primero apaleó y después destituyó a Milstein tenga un cáncer, a lo mejor consigue salvar la vida gracias a lo que Milstein inventó o va a inventar en adelante. Lo terrible es que el gorila ni

se enterará. Saldrá curado y pensará que la salud se la debe al Estado Mayor. Y si se pecha con otro Milstein por la calle, lo mirará por sobre el hombro. "Cosas para llorar". Como decía Frutos Rivera.

Conclusión.

Esta nota está encabezada por el juicio de un notable guerrero. El tributo de admiración que le brindo dice a las claras que carezco de prejuicio contra los guerreros. Además, me parece tan correcto lo que dice Sun Tzu, que me esfuerzo por conocer a los militares uruguayos. (Fueron ellos, desgraciadamente, los que en pleno delirio y arrogancia de infalibilidades y soberbias, despreciaron intentar conocer al Uruguay. Por eso, como diría Sun Tzu, es que después de ganar las batallas chiquitas, perdieron todas las grandes; entre ellas, la primera de todas: la batalla por conservar el aprecio de sus conciudadanos.

Mirabeau dijo una vez que era mentira que Prusia tuviese un ejército. El ejército prusiano —dijo— se consiguió un país, que es otra cosa.

Siento que los erróneos (y erráneos) conductores militares del Proceso cometieron idéntico error. No sintieron pertenecer al Uruguay. Creyeron que el Uruguay les pertenecía. No supieron que el pueblo era su jefe. Creyeron, atrozmente, que era su subordinado.

Así sufrieron esta aniquilante derrota espiritual que los rodea por todas partes.

Lo digo yo, que votaré con las dos manos al Batllismo en la Lista 89. Y lo dicen todos los demás que votarán todas las otras listas.

Creo en la democracia uruguaya y en el Estado uruguayo. Como todos los Estados del mundo, ese Estado requiere fuerza pública. Pero esa fuerza pública, reconciliada con la nación, debe ser esterilizada de golpismo. Tiene que ser aseptizada de fascismo y de enfoques mentales de arrogancia, que se eslabonan en despropósitos como los que durante tres notas, con párrafos que lo prueban, he demostrado.

Los autores de este misal de misas negras totalitarias, no tienen nada que hacer en la organización oficial del país de Artigas.



Manuel Flores Mora



(*) Sun Tzu fue un legendario guerrero chino del siglo V antes de Cristo, que recogió sus consejos para el Emperador (y Emperadores subsiguientes) en el volumen aludido. Existe una traducción francesa que no conozco y acaba de aparecer otra, por James Clavell (Shogun). La información igual que el párrafo del epígrafe, los recogemos del Informe del Jornal do Brasil del 9 de agosto último.

(**) Cnel. Regino Burgueño, "Guerra no Convencional y Acciones Irregulares", Departamento Editorial General Artigas, Vol. 67, Centro Militar, Montevideo, diciembre de 1983.

(***) Hemos hablado de las batallas de la Patria Vieja. La de Guayabo entusiastamente festejada por Artigas, la ganó Rivera sin uniformes. Como se recordará, antes de atropellar a los porteños de Dorrego, ordenó a los orientales montar en pelo y sacarse toda la ropa. Victoria en cueros, marca el espíritu contrario por antonomasia a la charretera: no fue victoria de militares. Fue de hombres desnudos sobre caballos desnudos. En cuanto a las batallas posteriores a 1825, si bien Rincón y Sarandí fueron maravillosas, no olvidemos que la gran batalla fue en Ituzaingó y que la ganó un general argentino, el deplorable Alvear. Lo decisivo fue, después, la conquista de las Misiones, empresa solitaria y civil, emprendida por Rivera con apenas un puñado de gauchos e indios fieles.



Las brujas salen a cazar

Votar qué, por qué, para qué

El engañar con la verdad es cosa que ha parecido bien...
Lope de Vega

Vaya, para romper la marcha de las palabras de esta nota, última antes de las elecciones nacionales del próximo domingo, la confesión de algunas monotonías que han jalonado todo mi camino de la vida. (Y perdóneseme lo siempre odioso de la primera persona: pero para confesarse no hay otra. Inténtelo y verá que es imposible confesarse con la palabra "tú" o la palabra "ellos").

Entre estas monotonías, la primera es que he votado siempre por Don José Batlle y Ordóñez. La segunda, que no he dejado de proclamarlo siempre a los cuatro vientos del conocimiento de los otros. La tercera, que lo he hecho porque no conozco, en la organización de la vida colectiva, valores más altos que los de la libertad, la justicia y la solidaridad humanas. Y además, porque no me ha resultado jamás aceptable o admisible que la consagración o la defensa de alguno de estos valores, pudiera requerir la renuncia de cualquiera de los otros.

Durante muchos meses, que sumados conforman muchos años, la forma del coraje político en este suelo ha consistido en denunciar la dictadura. El domingo nacerá un nuevo Uruguay. El lunes, por supuesto, la dictadura no se habrá ido (y los lunes que sigan, tampoco; durante años tal vez, seguirá ahí, desactivada pero amenazante, a la espera de una voz, como Lázaro, que le diga el "levántate y anda").

Pero el lunes habrá un nuevo Uruguay. No habrá más retratos hablados, verosímiles o inverosímiles, de la voluntad nacional. Las urnas darán la fotografía de esa voluntad. Y por lo mismo que seremos nosotros mismos los que estaremos marcando el rumbo y el camino, la forma del coraje político consistirá, de ahora en adelante, no en enfrentar a los militares sino en enfrentarnos a nosotros mismos. Enfrentarnos y respetarnos.

No en defendernos de las arrogancias con charreteras sino en precavernos de la propia soberbia. En precaver de nosotros a los otros.

Libertad y fanatismo.

Pienso ahora —veo ahora con claridad y no me explico cómo no fue visible antes con idéntica luz— que la mecánica de la lucha nos ha llevado a combatir en exclusiva los destrozados surgidos desde el poder de facto; y que hemos omitido difundir, dándolas equivocadamente por sabidas, algunas esencias relativas a la libertad democrática, sin cuyo cumplimiento esa libertad no es concebible.

En un libro admirable como casi todo lo suyo, el gran mexicano Octavio Paz dice, a propósito del mundo, de Dostoiévski que es el de "una sociedad enferma de esa corrupción de la religión que llamamos ideología" y agrega que ese mundo "es la prefiguración del nuestro".

En una sociedad que padece el martirio de algunas palabras malentendidas (y donde el vocablo "idea" da lugar a una suerte de sentimiento de superioridad por parte de quien dice sentirla) es medio bueno tomarse a trompadas con las olas del mar, el intento de poner algunas cosas en su sitio. La primera es advertir, por supuesto, el exacto sentido que a la palabra "ideología" otorga Octavio Paz y, consiguientemente, otorgámoslos nosotros al citarlo.

Comencemos no obstante por hacer pie en el juicio del gran mexicano para recordar que así como el fanatismo era, en la tragedia política de siglos pasados, la dolorosa y agresiva patología de lo religioso, así también ahora, el fanatismo es la dolorosa, agresiva y deshumanizada patología de lo ideológico.

Importa subrayarlo, porque la idea jamás sobrevive al fanatismo. No se conoce ningún pez capaz de mantener la vida dentro de agua elevada a una tem-

peratura de mil grados centígrados. Tampoco ninguna idea capaz de pervivir como tal dentro del corazón o la cabeza obnubilados del fanático.

Todas las cosas en que siento que creo, no son, al fin y al cabo, sino cosas sobre cuya verdad me sigo poniendo de acuerdo conmigo mismo, en el auto-diálogo sin el cual sentiría que no soy. O que he perdido mi primera y razonante condición humana.

Notablemente, Octavio Paz observa que el "ideólogo" es "el hombre que ha extirpado la dualidad". "No conversa: demuestra, adoctrina, refuta, convence, condena. Llama a los otros 'camaradas' pero jamás habla con ellos: habla con 'su idea'. Tampoco habla con el 'otro' que todos llevamos dentro. Ni siquiera sospecha que existe: el 'otro' es una fantasía idealista, una superstición pequeña o burguesa.

Octavio Paz concluye esa secuencia con la ilevantable afirmación que me interesa acentuar y subrayar:

"El ideólogo es el mutilado del espíritu."

Y tras recordar el amor de Dostoiévski a los pobres y a los simples, a los humillados y ofendidos, se refiere a la antipatía del novelista ruso por los que se proclaman salvadores de aquéllos, con absurda "pretensión de querer liberar (son palabras del propio Dostoiévski) al hombre de la carga de la libertad".

(Lenin odiaba naturalmente a Dostoiévski, a quien se refería como "archimediocre". "No pierdo el tiempo con esa basura", dijo en otro lado).

"El despotismo ideológico —señala Octavio Paz— es sistemático e impersonal. Pero la ideología, que es inmune a las balas, no lo es a la crítica. Por eso el déspota ideológico no reconoce como forma de expresión, sino el monólogo y el discurso. "soliloquio de profesor sádico y pedante, empuñado en hacer de la sociedad un cuadrado y de cada hombre un triángulo". Y, en suma, de sí mismo, "un tirano convertido en geometra". (*)

Una tarde, hace mucho.

Decía al principio de esta nota que la libertad había constituido, monótonamente, una de las esenciales convicciones de mi vida.

Casi pidiendo disculpas, digo que así es desde hace 52 o 53 años. Exactamente desde una tarde en que sentados los dos en unos bancos bajos, en el guardapatio de una estancia ajena que él administraba en Tupambá, mi padre me explicó lo que quería decir esa palabra. La palabra y su sentido político, en los que he creído desde entonces como en el Santo Grial.

(Yo había leído, no sé dónde la historia del decapitamiento de María Antonieta. Estaba horrorizado por la guillotina y sus historias. Me estremecían de pena los desgraciados que, hacinados en la carreta, marchaban camino del cadalso. En la geométrica estupidez del maniqueísmo donde después he visto caer a tantos hombres grandes, el niño que yo era hablaba con horror de los revolucionarios franceses).

(No podría ahora precisar si aquel día fue de invierno o verano, si llovía o había seca. Pero recuerdo, de esa o de otras tardes, aquel cielo de Tupambá; más alto y más triste del que he conocido después en cualquier otra parte del mundo. Recuerdo su resplandor celeste y rosado, la interminable lejanía del campo y la zoncera sin sentido de la fachada de aquella casa de estancia que daba hacia la nada de los pastizales sin accidentes, porque hacia el camino se iba por la parte de atrás).

(Le pongo ese cielo a aquél diálogo cuyas palabras se han borrado y recuerdo —mi padre era veterinario pero trabajaba en la administración de campos— haber aprendido para siempre aquél día, de su boca, dos valores irrenunciables por igual: la libertad de los seres que la monarquía francesa arrasaba y que aquella gran Revolución

exaltó y propagó; y los derechos de la vida humana, que el Terror ignoró por su parte, también que el relativismo no puede jamás conducir a la idenfición. También que la histórica razón de la Revolución francesa no tiene mejor manera de ser defendida y afirmada, que la de preservarla de excesos y arrogancias).

He hablado en una nota pasada de fascismos de derecha y de fascismos de izquierda. Me ha sido reprochado. No quiero rehuir el pronunciamiento y la insistencia sobre el tema.

Llamo fascismo a todo lo que es imposición del hombre sobre el hombre. A todo lo que es arrasamiento de la opinión o de la condición ajena. A todo lo que significa, desde el signo que sea, llevarse por delante la voluntad de minorías o de mayorías, sin preservarles el núcleo irrenunciable de sus derechos. Hemos vivido once años de martirio, porque desde la derecha fueron desconocidos los sacrosantos derechos de nuestro pueblo. Porque nos taparon con palabras, nos impidieron hablar, nos insultaron por pensar y no nos fue permitido el ejercicio de la libertad con que nacimos.

Declaro con toda la energía de que soy capaz que todo esto carece de sentido si, a partir del próximo lunes, esa libertad no nos resulta respetada desde todos los puntos de la rosa de los vientos.

Hace tres lustros, en este país, algunos atolondrados que habían ingerido de un trago esa fórmula verbal, como quien ingiere una aspirina, comenzaron a demoler la democracia política uruguaya con la idiota referencia a las "libertades formales", carentes de valor porque no aseguraban automáticamente derechos sociales o económicos.

En lo que va desde el 9 de febrero (que muchos de ellos apoyaron) de 1973 hasta el presente, Uruguay supo el valor de esas libertades formales, cuya ausencia floreció en prepotencia, en tortura, en cárceles y en muertes. Son las libertades que no se le respetaron a Roslik. Lo que digo es que el primero que me hable de esas libertades con desprecio me merece el calificativo de fascista, venga del punto cardinal que venga.

Ello me impide y me impedirá siempre votar por ninguna tendencia que no las proclame como esenciales para la vida humana. Como no podría votar tampoco por tendencia alguna que no proclame la paz y la no violencia como elemento fundamental en la seguridad y en el progreso de los pueblos.

Democracia ¿qué es?

Alguna vez Carlitos Real de Azúa me definió, como anatematizándome, de colorado apoplegético. Cuido las palabras con que me refiero a su figura porque después de décadas de separación, tiempo antes de su muerte nos reencontramos, ya que no en la identidad de convicciones (él era herrero apoplegético), sí en el mutuo reconocimiento intelectual civilizado. A Einar Barfod debo la tranquilidad de ese reencuentro.

Proclamo, más allá de apoplegias prescindibles, que soy, sí, colorado batlista definitivo. Batlista de Batlle, de Luis Batlle, de Brum y de Domingo Arena que obviamente no hubieran podido florecer ni florecieron bajo las banderas de Oribe o de Saravia.

He contado aquel día en que aprendí la libertad, hace más de medio siglo y para siempre. Tendría que contar ahora, y no hay sitio, los días de algunos años después, cuando la mesa de mi casa y la pasión de mi padre se estremecían de partidatismo por la República socialista española de la Guerra Civil. Cuando se perdió aquella guerra, los derrotados recorrieron el mundo. Uno de ellos, José Bergamín, fue mi maestro. (Antes, sin embargo, recuerdo un acto multitudinario que llenó el Estadio Centenario, y al que fui junto con Carlos Maggi. Hablaba uno de los más altos y nobles

espíritus políticos de la grande y trágica vencida II República Española, el socialista Indalecio Prieto. Jamás olvidaré su cuerpo voluminoso alzándose en la tribuna ni sus primeras palabras conmovidas, con los brazos abiertos a la noche montevideana: "¡Qué bien se habla a la sombra de Don José Batlle y Ordóñez!")

Para Prieto, como para mí, como para la verdad definitiva de la historia, aquel Batlle a cuya sombra tan bien se hablaba era naturalmente el alma socialista de la justicia entre los hombres, de la lucha para liberación y amparo de los desposeídos y para el establecimiento, sin mengua del fanático respeto a las libertades del hombre, de un régimen donde la explotación diera lugar a la solidaridad. Conquistada en el respeto y en la paz, a través de la persuasión y de la ley.

Un matutino de ayer, jueves 22 de noviembre, recoge entre textuales comillas, afirmaciones pronunciadas por el General Seregini en el curso de un programa político de Carve y le hace decir que, en su concepto, "el régimen cubano es una democracia". El concepto es que el actual gobierno de Cuba está sustentado por el pueblo y allí reina, por consiguiente, una sociedad democrática que se acepta a sí misma.

No escuché esa audición y no puedo dar fe de si Seregini estrictamente dijo o no dijo lo que se le atribuye. Lo recojo, sin embargo, con la debida salvedad, primero porque no es en modo alguno una afirmación que degrade a aquél que la fórmula y, en segundo lugar, porque desde el nivel de respeto que corresponde, resume una tesis desdichadamente extendida que deseo, deliberadamente, refutar.

Es exacto que puede haber tantas democracias como pueblos; y que a cada uno cuadra darse la forma de gobierno que desee. Y que Cuba no tiene por que ceñir su vida a los ideales y a los modos que Uruguay ha entrelazado en la esencia de su nacionalidad. Pero también es cierto que hay caracteres definitivos sin los cuales ningún régimen puede considerarse democrático. El apoyo popular mayoritario (por otra parte sólo posible de comprobar a través de elecciones) no otorga condición de democrático a un régimen. La democracia no es meramente el régimen de gobierno de los más. Es, fundamentalmente, el régimen que asegura las garantías y los derechos de los menos. En nuestro país, por ejemplo, los del Partido del General Seregini, que siendo notoria minoría, no puede ni debe ser desconocido en sus derechos ni en el de todo sus integrantes, como la dictadura lo ha hecho. Y como no lo hará, por cierto, la democracia que amanece sobre la tierra del Uruguay.

Jamás he hecho anti-comunismo. Meramente, no he sido nunca comunista. Siempre me he opuesto a la caza de brujas. Siento ahora que viene el tiempo en que, para glosar la feliz afirmación reciente de un obispo de Brasil, tendremos que oponernos también a que las brujas salgan a cazar. (Están cazando).

No hemos vivido once años de imposición en vano. Desde el lunes, hay que entender que en este país se han terminado las imposiciones, la caza y los terrorismos de todos los signos.

Batlle

Por esto, por todo esto, por lo que en todo esto va enredado y no terminado de expresar, pero se entiende, siempre he votado a Batlle. Esto es: a la lista donde me parecía estar entero Batlle, y más encendido el fuego que alumbraba su irrenunciable, ineludible camino que vendrá.

Este domingo, cuando el deber y la libertad me convoquen, votaré por la Lista 89. Es decir: votaré por Batlle de 1904, de 1912, de 1929, de 1946, de 1954, de 1984 y de 1990.

¡Viva Batlle!

Manuel Flores Mora

(*) Todas las citas corresponden al ensayo "Dostoiévski: el diablo y el ideólogo", en Octavio Paz, "Hombres en su siglo", Biblioteca Seix Barral - Sudamericana - Planeta, Buenos Aires, 1984.



El lecho de dolor, gratificando

Permitaseme comenzar esta nota en el nivel ilustre del gran Borges. Recordar su última entrevista con Delia Elena San Marco. Se separaron en una esquina; después de cruzar la calle, desde la otra vereda Delia le hace señas de adiós. Un río de automóviles los separa ya. Nunca más volvió a verla y algún tiempo después supo que había muerto. ¿Cómo iba yo a saber, dice Borges, que aquel río era el Aqueronte?

Más afortunado que Delia, el 26 de noviembre crucé a través de un río de tránsito para meterme en el Hospital Italiano. Con gratitud, compruebo ahora que ese río era Boulevard Artigas no más. No el irrefragable Aqueronte que ningún ser humano puede atravesar dos veces.

Tal vez (otra vez se me excuse) sea mejor la modestia de citar, espléndida de analfabetismo, la anécdota de aquel gran centre-half uruguayo al que, por su condición de terminar fresco los partidos tras correrlos enteros, llamaban Tres pulmones. Un día un periodista que lo admiraba le preguntó, risueño, si de verdad tenía tres. El gran futbolista contestó, con humildad nobleza, la llana confesión de su verdad.

No. Tengo uno, como todo el mundo.

Es lo que digo de mí. Uno o uno y medio. Como cualquiera.

(En realidad el párrafo de Borges que cité mas arriba tiene otro antológico valor de curiosidad: una distracción del propio Borges que al referirse al griego río de los Infernos lo califica como "el triste, Aqueronte, el insuperable". Insuperable sería aquel río que nadie pudiese cruzar. Del Aqueronte en cambio, así como nadie puede atravesarlo dos veces nadie tampoco puede dejar de atravesarlo una. La condena de superar fatalmente a una vez el Aqueronte pertenece a la desvalida condición humana. Por eso, corrigiendo al escritor ilustre, he preferido utilizar "irrefragable".)

Víspera de Fiestas

Ignoro si el humor es el antídoto de la tristeza o simplemente del mal gusto. Está claro que sirve de velo que nos permite casi hablar de cualquier cosa sin que nos pinchen las aristas. Tres o cuatro días antes de las elecciones desembarca temprano en mi casa Mauricio Muller a quien ya he mencionado. Con hiatos de no vernos hasta por casi tres lustros, la cara de Mauricio son casi cuarenta años de amistad y de referir a la vida a través del vidrio esmerilado de su gracia. Me cuenta por ejemplo de un tipo de esos de última etapa alcohólica que con el primer buche ya están ebrios. Lo llaman Dipsofacto (*).

Luego pasa a materia más grave y con la misma voz (el pobre no tiene otra que esa ligeramente alta que usa para el humor) me confiesa que el día 30 de noviembre le van a operar un ojo. La visión del izquierdo la perdió ya hace muchos años. Ahora tratarán de salvarle el derecho en una operación que compórtase asimismo el riesgo de pérdida. Esta vieja cara amiga es la de un hombre que puede quedar ciego.

Le cuento, por mi parte, que un día antes el 29 de noviembre, me abrirán la caja torácica en un quirófano para desmontar algunos engranajes de imposible reparación con las resecciones consiguientes.

Todo es amenazante y levemente irreal en esa mañana donde pierdo la vista por la ventana sobre el Río de la Plata iluminado por el sol. Mauricio mira también serenamente para afuera. No me atrevo a preguntarle si por esta ventana de quinto piso de Constituyente llega también a ver las aguas del río. Un minuto después lo acicateo con una proposición o un preanuncio:

Este fin de año almorzamos juntos. Si no se puede, alguno de mis hijos te dirá: "Papá dejó estos pesitos para que compraras un bastoncito blanco".

El milagro está hecho: el talento hispano-judaico-centroeuropeo de Mauricio se pone a andar y dice genialidades durante media hora, acotadas por ese mínimo susurro de risa que en él reemplaza a las carcajadas.

El 30 de noviembre ya operado yo, Mauricio entra en mi pieza del Hospital.

Manequito: me opero esta tarde. No te olvides que tenemos que comer a fin de año. (Imposible, Mauricio ha

venido a dar al mismo Hospital Italiano que yo, a sólo un piso de distancia. Esta tarde, efectivamente, le hacen la fase primera de una intervención que será completada el mes que viene.)

Viejo Uruguay

Cariños que no merezco, visitas que reflejan el primer nivel del espectro político de esta tierra, artículos de simpatía en los periódicos de todos los partidos —tristes privilegios tal vez de la edad, como decía Serrato— dieron a mi alojamiento en el H. Italiano un eco que me impide hablar de otra cosa. Quisiera hacerlo a propósito antes que nada de mis médicos. Nada que ver con aquel estereotipado recuadrado de los diarios de antes donde "la señora XX agradece al Dr. Fulano de Tal por lo favores recibidos en su reciente internación". Nada que ver, tampoco, con el recuadrado de "Gracias, Espíritu Santo" (aunque pensándolobien, Gracias, Espíritu Santo).

De mis médicos deberé hablar otro día, porque resumen un ángulo, una esencia, una manera de vivir el Uruguay que no puede dejar de conmover a cualquiera que tenga ojos para verla. Desemboqué, como se sabe en un equipo de los más altos bisturios torácicos del país, comandado por el Profesor José Luis Martínez e integrado entre otros por cirujanos como Juan Chifflet y Roberto Delbene. Pero al Dr. Martínez no llegué el primer día, llegué después de un largo proceso de especialistas que me derivaban a especialistas sin que fuera posible dejar de contraer en cada caso un débito de gratitud ante la eficiencia, el espíritu humanitario y la responsabilidad profesional que casi sin notarlo cada uno de ellos trasuntaba por toda la piel. Era la Medicina de Uruguay, era el viejo Uruguay cuyos médicos, a lo largo de todos estos años no dejaron de trabajar un solo día, el alma vuelta sobre la desdicha ajena.

No tengo espacio para relatar el cúmulo de políticos que me honraron con su visita. Desde Zumarán y Washington Beltrán hasta Jorge Batlle y los cinco diputados por Montevideo de la 85. Desde el Dr. Chiarino hasta el Ingeniero José Luis Massera y desde Germán Delia hasta Perico Zabalza, vinieron también Carlos Manini Ríos y Uruguay Tourné, Hierro Gambardella, Paz Aguirre, Marchesano, Tomás Brenna, Juan Raúl, José Germán Araujo, Sapelli, Pirán y Legnani. Llamaron para enviarme mi abrazo Enrique Rodríguez, Rodney Arismendi, Alba Roballo. Para hacer más aquellas palabras judías de nobleza: Adversarios tengo, enemigos no tengo. En las líneas que restan voy a abarcar a todos en el comentario de sólo dos visitantes. Perdónenme los otros como perdónenme los muchos que he omitido. Mi gratitud va para todos.

Presidente

Julio María Sanguinetti, el Presidente electo de la República me hace el honor de visitarme al día siguiente de su retorno a Montevideo. Ha ido a ver a Wilson y de la casa de éste venido al Hospital.

Sanguinetti descansa un día y rejuvenece un lustro. Hace ahora 31 años, cuando sólo tenía 17 vino acompañando a Alberto Pérez Pérez su coetáneo para ponerse al servicio de la prensa colorada. Subdirector entonces de Acción que dirigía Luis Batlle, me tocó recibirlo.

Es, pienso, de interés nacional conocer algo de las características psicológicas de este hombre con quien he tenido tantos encuentros feroces y estrechos reencuentros en la vida sin dejar de respetarlo siempre.

(En 1970 nos batimos a sable bajo la mirada del Gral. Liber Seregni, Presidente del Tribunal de Honor que decretó el duelo. 1970 no fue hace tres lustros. Fue hace tres siglos. Por años llevé media mano derecha insensible por el sablazo con que me cortó un nervio del antebrazo. La elección del 25 de noviembre último centuplica pienso el valor sentimental de la larga cicatriz que conservo. Por años no nos saludamos. Dos o tres días después del golpe militar de la dictadura alguien me dijo delante de una puerta: "no entres, ahí está Julio". Entré y nos abrazamos. Mientras otros hombres y partidos abrían compases de espera, ofrecían apoyo crítico, pedían confianza para el patriotismo unifor-

mado o reclamaban reconocer la necesidad de la gravitación militar en cualquier futuro gobierno, Julio Sanguinetti como la totalidad de los batllistas empezábamos ese resistencia espiritual, incruenta e indolegable con la que por fin este país desde el nivel de su pasto en el campo y de su asfalto en la ciudad reconquistó las libertades.)

Desde las otras tiendas, sintiendo tal vez que la Presidencia de la redemocratización estaba esperando a Julio, se ha labrado, a todos los niveles, el estereotipo de una no apreciable imagen. En este mundo sin santos, adversarios que tampoco lo son confiaron con destrozarlo por ese método, habitualmente eficaz. Frases como "Este me va a pagar la ley de enseñanza" o "Votarlo es imposible" contenían más que el anuncio del propio propósito, el intento de contagiar y propagar posición similar. Resultado: es Presidente.

Para no mencionar la ferocidad, infelicidad y mendacidad de esa acusación de "continuismo" que le endilgaron y nos endilgaron, generadora de una indignación que produjo para los colorados 50 o 60.000 votos de ecuanimes. Valía tanto como llamar a Alfonsín, p.ej., "continuista de Galtieri".

Hay en Sanguinetti, una condición esencial que se ensimisma y deja como grises, abandonadas al sentido común, las zonas exteriores donde, sin mengua de su talento, a veces sólo se distingue por las cejas.

Después de años de tratarlo se me dieron, con asombro, los reales calibres de Sanguinetti, un día de octubre de 1980. Estábamos en Washington para la más delicada operación política al servicio del "NO". Pero no lo estaban ninguno de aquellos uruguayos con los cuales teníamos que tratar. Tuvimos un día baldío y antes que surgiera de mí, Julio dijo: "Al Museo de Arte Moderno. Entré, como suele pasarme, malhumorado por el estéril móvil de Calder que pende, con grandilocuente mudez, en el primer gran patio. Sin advertirlo debí inferir a Julio la tortura de absorber mis juicios. Frente a un muñeco con sweater sentado en el piso, en representación del "pop art", llegué al climax de lo atrabiliario."

Al almuerzo, entre comentarios sobre política de Uruguay, la voz serena de Julio me metió una primera frase sobre lo que él entendía un sentido más hondo del "pop". El hecho se repitió varias veces en la tarde. Al crepúsculo, mientras charlábamos de bueyes perdidos, la mano de Sanguinetti me indicaba hombres, seres, expresiones de norteamericanos por la calle: "Mirá, de ahí sale el 'pop'." "Mirá: pop!"

Con la luz ya apagada, esa noche advertí con fastidio, y asombro que el que dormía en la pieza de al lado me había cambiado la visión de las cosas. Sin levantar la voz, moderando en mi desmoderación, poniendo la mirada profunda en ancas del más distraído sentido común, Sanguinetti me había hecho entender el arte pop. Nunca apoyé después a Julio, por otras circunstancias, en las luchas internas del Partido. Desde el 3 de Octubre de 1980 jamás dudé sin embargo que llegaría a donde está.

Cuando lo tenía sentado frente a mí, junto a la cama, sereno y seguro en su afectuosa deferencia de siempre, sentí el peso de la carta de triunfo que es este hombre, no para el Batllismo por supuesto sino para el país, sentí que estaba frente a uno de los contados seres que, sin deformarse, ha conseguido, todo lo que se ha asignado como meta. Ahora, en la plena madurez de su eficacia, marcha por otra nueva: enderezar la República. Haya suerte.

También mi compadre Wilson Ferreira Aldunate me hace el honor de visitarme. Por dos veces se acerca a mi habitación del Italiano, la primera de ellas a menos de 24 horas de recuperar su libertad.

Hace más de doce años que no nos vemos, cuando irrumpe en mi pieza. A la alegría de verlo se suman otras: está más lindo, flaco, juvenil, en mangas de una impecable camisa tan blanca como él. Tiene algo de ventarrón espiritual, de ráfaga que ha elegido el exacto lugar hacia donde se dirige. El estado físico impide todo abrazo y mi traqueotomía, que le hable. El compadre aunque lo advierte no perdona. Sentado junto a mi cama sus primeras palabras son:

— Fuiste el más asqueroso e insoportable de todos los legisladores de este país.

Alcanzo a garabatear en un papel: ¡Sólo el segundo!

El resto de los que están en la habitación rien sin entender mucho. Yo trato que la emoción no me empañe los ojos para que este blanco no me goce, porque las que me ha dicho son las palabras de mayor ternura que nadie me podría decir. Y los dos lo sabemos. Es toda la juventud de diputados lo que vuelve con ella. Los viejos días de ardor y de pelea, cuando el gran José Batlle se erguía adentro de mi corazón y me lanzaba contra las reformas cambiarias de estos hijuna grandes hijos de don Manuel Oribe. Debí ser repunante y ahora, ¡figúrense! viene a reconocérmelo al pie de mi cama el jefe de los blancos. Dios lo bendiga.

Se le ha como afinado la cara y el pelo más largo de como se usaba hace tres lustros le acentúa la espiritualidad de la expresión. Tiene más largos los pelos de las cejas: cuando baja el rostro de ojos relampagueantes algo luciferino subraya esa maldad verbal en tangente de humor que es uno de sus más poderosos encantos. (Es verdad lo que me dijo en cartas que intercambiamos hace poco cuando estaba preso en Flores: por años hicimos lo posible por odiarnos. El resultado va a la cuenta de nuestros fracasos de la vida).

Televisión y radios han recogido después en idénticas versiones destellos que me cuenta enseguida sobre su liberación. (El momento, por ejemplo, en que el juez militar, solemne le extiende la mano que él no estrecha. —¿Por qué extraño proceso mental ha llegado Ud. a la peregrina conclusión de que puedo darle la mano?—. —Es que me la dió el primer día", aduce el mal parado juez. —¿Es que entonces yo no lo conocía!").

En ningún lado he visto sin embargo aludido ese trámite final inverosímil en el que debe firmar un papel reconociendo fianza o cosa parecida por tres mil pesos. Me imagino a los Dres. Canabal y Tourné susurrándole que se quede quieto, que no se haga reprocesar por desacato. Wilson se dirige de extremo a extremo de la mesa al juez de la mano baldía de estrechamiento y lo increpa:

— Me embargó el campo me embargó todas las vacas me embargó las ovejas. ¿Ahora todavía quieren tres mil pesos más?

Ahora mientras habla al pie de mi cama con esas intransferibles inflexiones que sólo el gran Espalter es capaz de reproducir siento el poder que ninguna circunstancia formal otorga. Fuera de toda lista, separado de todo cargo, vetado hasta hace pocos días para cualquier magistratura y hasta para el ejercicio del sufragio, lo que tengo aquí a mi lado es al Partido Blanco. Este hombre se sienta en el sillón invisible de Oribe.

Tiene por momentos una velocidad sagacidad mental que me recuerda a aquel otro gran blanco que fue Francisco Espinola. En su segunda visita por ejemplo (ya hablo), es casi mediodía y viene (yo no lo sabía) de hacerse un chequeo en la Española.

Compadre —le digo— no tengo aquí ni una triste ginebra para ofrecerle. Si quiere lo invito con un electrocardiograma.

— Ya tomé —es el sobrepique de la respuesta que supera en humor a la pregunta. Sólo Paco.

Pobre Partido Colorado. ¡Claro mi compadre va a ayudar y a apuntalar al próximo gobierno! Me pregunto qué será mejor: que te pise un ferrocarril o que te ayude mi compadre. Cuando se marcha, en el hondísimo silencio que queda en el lugar en donde estuvo me parece distinguir, casi pulverizable de vieja, aquella copia del pasado siglo, convocadora de fraternidad, que he leído en alguna página de la Biblioteca Nacional:

Depon tu odio partidario, pues cubre una misma losa, la tumba de Leandro Gómez y de Marcelino Sosa.

Así sea.

Manuel Flores Mora

(*) Para menores de 45 años aclaremos que la casi greguería, contrae y unifica la palabra "dipsómano", aquel que tiene tendencia irresistible a la bebida, con la latina locución "ipso facto" que equivale a "de inmediato", ambas antes palabras comunes, en el lejano tiempo en que los libros no mordían y los jóvenes no usaban championes.



El país binario del A, B y C

Viene Graziano Pascale, en nombre de "La Democracia", a tomarme declaraciones. Graziano es hombre expeditivo. Tiene medido cuántas carillas a máquina se necesitan para llenar una página de su semanario y cuánta longitud de cassette para completar ese número de carillas. No viene a interrogarme sobre tal o cual tema. Lo que viene en realidad a pedirme son tantos metros de cassette de declaraciones. (El método es índice de profesionalismo y de talento. Lo salva y me salva de lugares comunes, de cantadas preguntas de actualidad, respuestas prefabricadas y previsible sobre concertación programática y otros tembladerales).

Empezamos con bueyes perdidos. A los pocos minutos estamos en anécdotas de Luis Batlle y de Teófilo Collazo. Testificata de un Uruguay que fué y ya no será, pero sobre cuyo perfil no dispensable debemos construir el Uruguay del porvenir, si queremos que sirva para algo.

(Un país puede plasmarse según Artigas y Montesquieu o en función del Dr. Rosenberg, germánico doctrinario que fue del nazismo: un país puede erigirse bajo la inspiración de los esquemas de Carlos Marx o de conformidad con las concepciones insinuadas por la revista "El Soldado". En suma: puede intentarse organizar la vida a partir de lineamientos mentales. Pero la empresa tiene fallas. Vale tanto como confundir la carne con el corset; configurar no el soutien a partir del seno, sino el seno a partir de las ballenas metálicas del corpiño).

Blancos, Colorados.

La conversación cae hacia la novedad de blancos y de colorados. No sé por qué hay ahora gente —de veinte años, de treinta años y más— que declara no entender "esas cosas". Y que las reprueba y rechaza. Y hasta se siente superior por ello. Como si no entender la realidad y la historia indicara culpa de éstas y otorgara derecho a mirirlas desde arriba. No me refiero a ningún partido político. Estoy hablando de esa tangente como de nueva ola que se afirma, no ya en la ruptura con lo que fué —sería lícito—, sino en su desconocimiento y subsiguiente menosprecio, lo cual no es intelectualmente admisible. (Muerta hace muchas décadas, mi tía Eva no podía ver los duraznos. ¿Pero alguna vez los probaste?, preguntábamos. ¡Jamás! ¿No les digo que no me gustan?).

La realidad de este país fue (es) mayoritariamente blanca y colorada. Graziano parece como que se extraña de mi simpatía por los blancos, contradictoria con mi coloradismo batllista apoplegético. Tengo que explicar que no es posible de un paisaje (físico o espiritual) amar una mitad tan sólo. Tengo que recordar que si no hubiera blancos, no habría colorados. Y si no hubiera colorados, no habría blancos. Insistir en que la condición políticamente superior de este país proviene precisamente de esa naturaleza binaria, dialogal, de su alma última.

(No es verdad que los partidos hayan sido fundados en Carpintería, cuando frente a la divisa blanca de las frutas de Oribe tendidas en batalla, Frutos Rivera mandó cortar de la roja bayeta del forro de los ponchos patria la divisa que terminó finalmente colorada. Ese día de setiembre de Carpintería fue un día verdadero. Pero verdadero como el bautismo. El parto había sido mucho antes. Los partidos tradicionales del Uruguay no son, al fin, sino las dos vertientes sentimentales del artiguismo. Afloran en los fogones del año 17 cuando Oribe y Bauzá abandonan la línea para no aceptar el nombramiento de Rivera

como jefe del Sur).

(Con todo y pese a su poder torrencial de visiones políticas, pasión de libertad y revolución histórica profunda, el artiguismo —la más avanzada expresión de aquel tiempo en la iberoamericana vastedad de los imperios portugués y español— no fue ni partido ni corriente únicos, sino que, plural por esencia reconocía en cada alma humana el espejo del universo. El artiguismo levanta valores y derrumba concepciones preteritas, pero no impone nada como no sea el sagrado principio de la "no imposición").

Desde su nacimiento (no en un pesebre, pero, casi, en una panadería) el Estado Oriental excluye los monólogos. No somos hijos del discurso único. Somos simplemente —eso es Artigas— depositarios de inquebrantables derechos.

El Uruguay es dialéctico por definición de libertad. Así como del protofascismo de Rosas sólo pudieron nacer la ensangrentada paz y el torturado silencio de los sepulcros, de Artigas sólo podía derivar la dicotomía que, cuando se integra, da lugar a un país. A una nación nacida para discutir y dialogar consigo misma. A un pueblo, en fin, libre y de libres.

El Cnel. Latorre —que amaba el orden, la disciplina y la seguridad— poco entendía de estas cosas. Traído por el momentáneo cansancio del caos aparente, resolvió irse de propia voluntad porque, dijo, "los orientales son ingobernables". Somos, como hace cien años, patria donde las dictaduras no se derriban. Se marchan solas, como cuerpos extraños inaceptables por la carne espiritual de la República.

De ahí a ser el territorio de la tolerancia hay sólo un paso. Don Juan Pivel gastó, estos años últimos, algo de su disponibilidad y de su rabia en escribir la historia entreverada de las Amnistías en el Uruguay. Debí ser el más fácil de sus trabajos. ¿Qué es al fin y al cabo nuestra historia sino la historia de nuestras Amnistías? Amnistía (o indulto, o gracia o, según he propuesto, mero vaciamiento de prisiones por motivos de reparación y taponamiento de goteras) tiene en la fisiología de nuestra libertad el simple alcance preclusivo de las exclusas en los canales. Amnistía (con el nombre que se quiera) es sólo el mecanismo para liberarse del pasado, manera de reemprender camino y pasar adelante.

"Los pueblos que olvidan su pasado se condenan a repetirlo. Sí. Y los que son incapaces de olvidarlo, es como si se sentaran al borde del camino, deteniendo los tiempos.

Desvios

Hace ya algunos meses recibí desde Austria una de las cartas más conmovedoras que he leído en mi vida. Me la enviaba Sarandí Cabrera, uruguayo con el que, vaya ahora a saber por qué pasada, nos distanciamos hace más de treinta años. Sarandí que vive en Suecia se encontró en Viena con un "JAQUE" donde yo pedía la libertad de Sendic. Su carta, uno de esos documentos donde el alma humana se entrega al sentimiento de la solidaridad como al mejor de sus espejos, trasunta honduras sólo alcanzables en la irreflexiva transmisión de lo espontáneo. Leo ahora que uno de sus hijos, Daymán Cabrera Sureda, ajeño habitante del Penal de Libertad, ha sido trasladado en peligro de muerte al Hospital Central de las Fuerzas Armadas. La información agrega que tiene el tórax deformado, desviación del corazón, problemas de movilidad en las piernas, insuficiencia respiratoria y desnutrición. Daymán ha sido traído muchas veces al Hospital. Hasta ahora, informan, ha padecido doce neumotórax.

No sé cómo decirlo pero voy a decirlo lo mismo. A riesgo de incurrir en mal gusto y rubores. He salido hace pocos días de un Hospital al que no ingresé por motivos de broma. Durante muchos días vi girar en torno de mí —imagen de exactamente lo contrario que los torturadores— médicos de maravilla, experimentes enfermeras, familiares, amigos y enemigos rodeándome con más solicitud que la que nadie merece. Salir caminando, como salí, era casi la única manera de no defraudarlos. Pienso en Daymán Cabrera. Pienso en los otros siete presos gravemente afectados, según la misma información. Pienso en los varios que ya murieron sin que el rigor de la prisión amenguara esa tensión terrible dentro de la cual no hay remedio que sirva, ni médico que calme, ni mal que no se agrave. Siento vergüenza de estar ahora caminando, escribiendo, viviendo.

En nombre de Sarandí Cabrera y de Maneco Flores, uruguayos encontrados que vivieron treinta años sin saludo, levanto la voz para pedir al Comandante en Jefe del Ejército, Gral. Medina, cuya gestión de estas últimas semanas tanto respeto, la libertad de Daymán Cabrera.

No se trata de extender palabras adversas contra la Justicia Militar, habiendo dicho como dije mis opiniones a ese respecto muchas veces. No se trata de pelear ni atacar, de criticar ni de enjuiciar. Se trata solamente de un destino humano.

En este país, cuyo pueblo soberano ha dicho en la libertad su palabra de urnas, partidos que componen el cien por ciento del espectro político difieren en detalles pero coinciden en la común convicción de que no haya más presos. ¿Qué sentido tiene que esté en peligro la vida de alguien de quien se sabe ya que, si vive, estará libre en dos meses y poco?

A, B y C.

Hace hoy siete días, el viernes anterior, en la casa del diputado electo Roberto Asiaín, ocurrió un accidente. Superado asaiamente por fortuna, en un primer momento fue de esos que vuelcan el corazón como una taza. Una de sus hijas, Ximena, de ocho años, cayó sobre el vidrio de una ventana y pasó al otro lado. Espantosamente se seccionó dos tercios de la nariz.

Un médico vecino envió volando a la niña y su madre hacia el Sindicato de Arenal Grande, donde naturalmente los médicos la atendieron con la solicitud que corresponde, sin perjuicio de algún desentendimiento, a niveles más bajos, contra politizados elementos del personal burocrático.

Arrancado del Hotel Columbia donde estaba ocupado en arreglar el mundo, el padre de la niña se viene como una exhalación hacia el CASMU y mete naturalmente su coche en el estacionamiento de Urgencias. Sobrador y ofendido, aparece entonces un tipo de guardapolvo que le espeta: "Si querés aparcar acá, primero vas a tener que sacar esos papelititos del auto!" (Se refiere, claro, a los Sanguinetti-Tarigos y a los números 85 pegados en los vidrios del auto de Asiaín). El exigente funcionario de CASMU no sospechaba, con su guardapolvo, lo que le depararía la portezuela al abrirse. Al advertir que además de gordo y además de barbudo el que se desdoblaba delante de él era Hulk, no esperó a que la camisa se le rompiera sobre el pecho. Borróse. Para la historia queda, sin embargo, la existencia de un mono con túnica que, en las puertas de urgencia del CASMU, ha restaurado las clasificaciones del proceso en A, B y C: A, ampulistas; B, blancos; C, colorados. Últimos orejones, se nos veda, por la imbecilidad de malos perdedores, hasta los beneficios mutuales.

No voy por supuesto a involucrar ni por asomo al Frente Amplio, colectividad enriquecedora de los ángulos de la vida política nacional, en estos desmanes. Digo, sí, que hay una franja de mentalidades que, desde antes de la elección, por ignorar a este país y por no sentir auténticamente la verdad pluralista final del régimen democrático, le ha emprendido con insoportables agravios contra el Partido Colorado. Digo que no hay colorado en Montevideo que no almacene en su memoria, entre divertida e indignada, algunos de los exabruptos a que esa incalificable tesitura de agresivos, dio lugar. Pienso que las figuras dirigentes del Frente Amplio, entre las cuales cuento con tantos amigos que respeto, harían bien en preservar cierta docencia interna aplacadora para estos desafueros. Durante meses explicaron y convencieron a su militancia que Montevideo "es nuestra y que no podían perder. En las últimas semanas la propaganda frentista pintó imperdonablemente al Batllismo, resistente de doce años de dictadura sin una sola concesión a la misma, como tangente de continuismo. Al Partido de Batlle, co-constructor del NO, como poco menos que un prolongamiento del régimen militar. Vimos así como cualquier chiquilín, con boina y con championes como único armamento político —de esos que confunden una ideología con un look— gritaba "fascistas a los coches con distintivos colorados. (Sin advertir que estaban construyendo su fracaso, se toleró estos desvios porque creyeron que les afianzaba la victoria).

Mis muchos amigos de la cúpula frenteamplista a los que tanto respeto, harían bien en recordar a esa juventud no bien asesorada que los sigue, alguna verdad histórica más profunda. Por ejemplo: Uruguay fue desde el siglo pasado y hasta muy avanzada la década de los sesenta el único país —entiéndase bien el único país— de América Latina donde no existía la tortura política. Ese país era gobernado por el Partido Colorado. En los ocho años que van del 58 al 66, el gobierno fue blanco. Justicia sea hecha, bajo esos gobiernos blancos el respeto de los derechos humanos fue igualmente mantenido en toda plenitud. (Ese país sin tortura, país de libertad respetado por el Che Guevara, era la patria del desarrollo y la justicia sociales por obra del Batllismo).

A fines de los años sesenta comenzó, increíblemente, en este suelo una prúctica despectiva respecto de las "libertades formales surgidas de las concepciones del "derecho burgués". El razonamiento lamentable era así: como había pobres y había ricos, como perduraba la desigualdad económica y los problemas sociales, carecían de valor la libertad electoral y el capítulo de derechos y garantías de la Constitución. Apresurados analfabetos políticos miraron y calificaron con desprecio —ese desprecio que sólo el fanatismo y la ignorancia conducen a su climax— el conjunto de normas y costumbres, imperfecto sin duda, que configuraba la dignidad de la nación. ¿Se volverá a lo mismo?

¿De verdad no se ha aprendido nada? ¿Reiniciamos, con la intolerancia, el ciclo del desprecio?
¿Qué tristeza!



Manuel Flores Mora



Nota: El viernes anterior, al enumerar los médicos que me sacaron del pozo, omití imperdonablemente mencionar al Dr. Sergio Fleginsky entre los bisturios presentes en el quirófano. Tanto a él como al Dr. José Blasiak debo sendas y afortunadas operaciones anteriores y gratitud duradera.



China, sueño de Luis Batlle, más milenaria que comunista

El alma es memoria; el cuerpo, olvido.

José Bergamín

Para mí —para toda una generación de batllistas— no es posible pensar en el comercio con China comunista sin evocar una de las más claras y duras peleas —sueños— de Luis Batlle.

Tiene pues esta nota dos sentidos: primero, de homenaje (y cariño) para aquel gran uruguayo con quien tan malas fueron algunas veces la manijeadada opinión y la República. Segundo, depositar con humildad en las escaleras del Hotel Columbia una sugerencia que aspira a doctorarse de grano de arena, en eso que ahora una novedad lexicográfica llama "participativo".

(Varias cosas tornan actual el tema. El hombre que asumirá la Presidencia de la República en marzo, forjado fue también bajo la sombra de aquel gran tronco. Nació a la política de la vida, como yo y como tantos otros, de la mano de Luis, que empezaba por enseñarnos a pensar. La noche en que lo eligieron Presidente el recuerdo de Sanguinetti se elevó, para emoción de muchos y por supuesto mía, hacia la figura del gran caudillo. Que la nobleza de su gravitación a todos nos ampare).

Juan Carlos, Li Xiannian

A mediados de noviembre, mientras aquí hacíamos sopas de encuestas, el Presidente de China Comunista —país que con mayor propiedad algunos llaman China— visitó España. Lo supe por Félix Bayón que me lo cuenta sin ninguna reserva, a mí, y a quien quiera saberlo, en la página 14 de "El País" de Madrid del viernes 16 de este mes: el título lo dice todo, tanto que a buen entendedor esta nota podría terminar con su transcripción. Es así:

"El Presidente Li Xiannian concluye hoy su visita oficial"

CHINA SOLICITA A ESPAÑA APOYO DIPLOMATICO EN LATINOAMERICA

En el texto Bayón informa:

"El ministro chino de Asuntos Exteriores, Wu Xueqian pidió ayer a su homólogo español Fernando Morán, que España influya sobre los once países de Latinoamérica que aún reconocen al Gobierno de Taiwan, para que establezcan relaciones diplomáticas con Pekín".

Bayón agrega que Morán y Wu Xueqian almorzaron el jueves 15 en el Palacio de Viana y estuvieron casi 4 horas reunidos.

(Proletario y todo, ¿qué habrá sentido, desde la cúspide de la levedad sin peso de su cortesía inmemorial de mínimas sonrisas, el jefe de la cancillería amarilla ante el recordado y severo barroco de esos comedores españoles —"¡se lo digo yo!"— donde camareros con perfil de torero sirven, en la opuesta perfección de esa otra también inmemorial y asimismo suprema etiqueta tajante y solemne de los españoles? ¿Wu en el palacio de Viana, qué cosa!).

Bayón prosigue:

"En la actualidad Pekín no tiene relaciones diplomáticas con los países centroamericanos. Tampoco existen lazos entre el gobierno de China Popular y los de República Dominicana, Bolivia, Paraguay y Uruguay. En ocasiones anteriores, Pekín había sugerido a España que influyera sobre estos países y, según fuentes diplomáticas españolas, las gestiones sólo han sido escuchadas con cierta atención por

Uruguay. La mayor parte de los 11 países latinoamericanos que todavía no reconocen al régimen de Pekín mantienen relaciones con Taiwan, aunque en régimen de acreditación múltiple, sin que sus embajadores residan en la capital, Taipei."

(Luis Batlle murió el 15 julio de 1964. Este artículo de Félix Bayón que parece escrito para darle históricamente la razón, para él llega tarde. Veinte años, cuatro meses y un día tarde. Para el Batllismo, vencedor en su estela, en cambio, llega a tiempo. Exactamente a tiempo).

Fue un día, pienso, de 1956 o 57. No sé si por alguna medida torpe del Departamento de Comercio Exterior de los EE.UU., como ésta de ahora contingenciando la compra de nuestros textiles o como la que adoptó contra el gobierno de Luis Batlle, imponiendo derechos "compensatorios" de hasta 18% contra los tops e hilados de nuestras lanas. Recuerdo, sí, que Luis Batlle llegó temprano a "Acción" y me entregó uno de aquellos artículos que solía escribir al amanecer —entonces el amanecer era para mí, las seis y media imposables de la mañana— y que venían a lápiz, sobre páginas chiquitas y llegaban a 9, a 10, a 15 carillas. Páginas de sintaxis dudosa como la de Santa Teresa, pero de pensamiento político certero, hasta hoy válido.

Ese día inició la prédica que trajo sobre su cabeza la convergencia de sus enemigos de dentro y de fuera: miopía yanqui, intrigas de la Federación LANERA Internacional con sede en Bruselas, exacerbación y subsidio tecnológico externo para una oposición interna que todavía asentaba sus diarios en las barracas de la calle Rondeau. Eran tiempos de guerra fría, cuando mantener lazos con naciones de detrás de la cortina equivalía, si no a escupir sobre los muertos de guerra, sí cuando menos sobre los dividendos de las acciones de los países en que esos muertos habían nacido. Luis Batlle levantó la palabra ahora trivial (aunque jamás observada) de "vender a quien nos compre".

Y, consiguientemente "comprar también a ellos", todo a propósito además de los 800 millones de seres humanos (¿eran entonces 800?) que constituían el mayor mercado virtual subdesarrollado del planeta. Y de todos los países del área socialista.

Mirándolo en la perspectiva de los tiempos, uno se explica cómo aquellas actitudes, insólitas en un planeta de Tercer Mundo adormecido, conjugaron —y conjuraron— contra Luis Batlle aquella campaña unánime de artículos en los diarios de los EE.UU. y Europa, que repetían incansablemente sobre Uruguay y su gobierno "irrealista" y "paternal", las mismas venenosas idioteces que aquí difundía la prensa antibatllista. Habrá que escribir de ello la historia alguna vez, y asombrarse de cómo, los que no participaron en el asedio general, guardaron silencio.

Como "Marcha", o como los partidos menores, llamados de ideas.

Herrera, vendavales y USA.

Es muy difícil reconstruir la estructura o los climas políticos de aquel Uruguay de los años 50. Luis Batlle había dado un impulso rotundo a la industrialización del país y veía el peligro de que ahogasen ahora su obra la actitud discriminatoria de los grandes mercados. (Cuando Sanguinetti, la noche de la elección, habla de la "batalla por la exportación" no profiere lugares comunes; repite fielmente las concepciones que rodearon su nacimiento a la política).

Desde 1951, Uruguay contaba, a la cabeza del Poder Ejecutivo con una máquina infernal: colegiado biparti-

dario. El Consejo Nacional de Gobierno era 9 miembros, 6 de los vencedores dentro del lema más votado y 3 del lema derrotado en la elección. Concretamente, 6 batllistas y 3 blancos herreristas.

Con 80 y tantos años de edad, Herrera vencido 50 años por el Batllismo se sentó en el Consejo en 1955 para reparar el fiasco de su vida aniquilando en vendavales toda posibilidad de gobierno. Nombrar a un portero podía dar lugar a un escándalo. La táctica del vendaval, ensayada ya eficazmente contra el presidente Amézaga, fue llevada esta vez por Herrera a límites de orgía.

Sintaxis, coherencia, sombrero y escrúpulos los colgaba en un perchero antes de cada sesión y, escudado en otogenariedad, en el impropio disparatado y en los millares de blancos que lo seguían como alienados, cuestionaba como negociados cuanto se le cruzara por delante. Gritaba como fundamento de voto, por ejemplo: "¡herido está el pato! ¡va a caer en la laguna!".

Luis Batlle era hombre pobre, que pobre naturalmente murió. Según la escandalosa voz del jefe de los blancos con la que se gratificaban serviles de su séquito, Luis era poco menos que socio de cada una de las industrias cuya acertada gestión de gobierno había ayudado a nacer.

Al resolverse a la batalla contra el bloqueo que intereses norteamericanos y europeos oponían a la manufacturación por Uruguay de sus propias materias primas, Luis Batlle resolvió dirigirse "vender a quien nos compre", al área socialista, empezando por China inacabable y (maosetónica). Ordenó al Ministerio de Relaciones, instruyese al funcionario uruguayo más próximo a Pekín, para que tomase contacto con el gobierno comunista de China y tendiese la primera línea de negociación. Aquella mañana de su primer artículo bendito sobre el tema, el consejero Luis Batlle tenía, pobrecito, tanta idea de quién pudiera ser ese funcionario como la que tenía yo, o como la que pudiese tener Manolillo, el mozo que nos traía café desde "Las Carolinas", ya frío por las 2 cuadras de distancia. El tal funcionario resultó llamarse Naiberg y estar acreditado cónsul en Hong Kong.

¡Para qué! Herrera, y los desgraciados de "El Debate" que no eran otogenarios y que no se animaban a hablar, pero sí a reproducir las palabras de Herrera, organizaron el ciclón. "¡Negociado Naiberg!" No había entonces televisión, donde hoy el jefe colorado hubiera concurrido a exponer su verdad. Había apenas contra las palabras de Herrera reproducidas por toda la gran prensa, el reducido tiraje donde "Acción" ensayaba su indignada respuesta. El vendaval cimbraba las calles. Naiberg tenía hasta nombre sospechoso. ¿De qué "comisiones" se trataba? ¿Dónde estaba el cerebro de la sucia trama económica? ¿Qué se proponía este gobierno ladrón, salteándose las barracas de Rondeau para ir a servir el interés nacional directamente en el vasto plano del mundo? Los incubos, o víctimas de incubos, con championes que descubrieron hace tres viernes al imperialismo, ignoran absolutamente estas batallas. La pelea de Luis por el mercado chino alcanzó su clímax en los EE.UU. Allí fue el consejero Luis Batlle a discutir con los funcionarios de Washington y en la medida de lo posible, con la opinión pública norteamericana, los arrasados derechos de nuestro pequeño país productor, resuelto a defender su trabajo. Y un lugar en el mundo para sus frutos. En la cadena de TV norteamericana periodistas acorralaron al caudillo batllista. "¿Pero qué quiere venderle el Uruguay a los comunistas chinos?". "De todo, menos el alma". Fue para honor de este suelo la respuesta de don Luis.

(En los primeros 10 días de su visita a EE.UU. el consejero Luis Batlle pronunció más de 40 discursos abogando por la causa uruguaya. La noche del

décimo día al levantarse para decir lo mismo al final de una cena de gala, la pechera del frac se le cubrió de sangre y se cayó redondo sobre la mesa. Estuvo 10 ó 15 días más en la tierra de Washington. Pero como fueron en una cama de hospital poco pudo hacer por la República a que quería servir).

(Así, se perdió aquella señera pelea. Es de histórica justicia, a todos respetando, consignar que Luis Batlle no tuvo ni enemigos de grandeza patriótica ni dolorosamente, tampoco, colaboradores dignos de su estatura. Incluye entre ellos al chiquilín que yo era. Y confío en otro, más niño entonces todavía, que ahora llega a la Presidencia del país).

Justificación, aggiornamento

Para muchos, esta historia de casi tres décadas carecerá de justificación, como no sea la sentimental restringida que a algunos pocos nos comprende.

No es así. Primero, porque estamos apenas en el umbral de su posible realización, y segundo, porque, para desgracia, el país ya de algún modo se arquea bajo el martirio de quienes le hablan como ahora mismo ocurre, con un lenguaje viejo de medio siglo, en el más puro léxico de los años 30.

Quiero decir: es asombroso que el planteo del Presidente de China al Gobierno de España haya carecido de eco en Uruguay.

Cuesta creer que no hayan aparecido, a su respecto, editoriales, declaraciones partidarias, discusiones en televisión y cosas así. Después de todo, no todos los días el Presidente del país más grande del orbe le pide al de la Madre Patria, interceda para lograr su reconocimiento —¡su reconocimiento!— por parte de nosotros. Es triste, pero parece que para la mayoría de los uruguayos, la política exterior sigue siendo esa mezcla de invitaciones a cocktails de embajada y encuentros con parlamentarios limítrofes y viajes a Nicaragua.

No es ya Luis Batlle el gran tema. El gran tema es si Uruguay va o no a dirigir su proa hacia la alta mar, como decía Ortega y Gasset de la España de su tiempo. El gran tema es decidir si Uruguay se reinsertará o no en la geografía, en la historia y en el presente de la humanidad, donde China es China y Taipei, apenas, una fábrica de prescindibles bandejas, de bibelots de mal gusto, y de exportación de mano de obra mal pagada.

Parece que no es posible mantener relaciones con ambas, porque China no acepta que Taipei pretenda ser China.

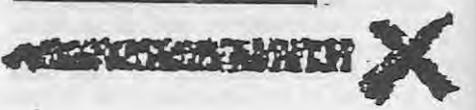
En el curso de los años transcurridos desde la irrupción del nombre de Naiberg en escena, los relojes del tiempo han girado décadas cumplidas. Todas las grandes naciones de América reconocen a Pekín. Uruguay, en la patota-pelotón de cola, mantiene, entre otras tristezas, las mismas tesituras respecto de Pekín que Guatemala o que Honduras, que Dominicana o Paraguay.

Hemos cultivado gratis, por once años largos, el club de los países casi fascistas, como Corea del Sur, como Sudáfrica.

En manos uruguayas está ponerse al día con el almanaque, abandonar el ridículo papel de árbitro asiático, y buscar —dando de paso un triunfo diplomático a España— relaciones con los más de mil millones de seres humanos que pueden comprar toda nuestra lana hecha ropa, todo nuestro cuero hecho zapatos, toda nuestra carne hecha conserva.



Manuel Flores Mora





Sobre héroes y tumbas y alacranes

Modos de la carburación nacional

El hecho real, ocurrió en 1984 en un perdido municipio brasilero, de esos donde la inescrupulosidad y la miseria florecen junto con la inocencia. Me parece supremo no sólo por la patética verdad humana última que devela cuanto por la moraleja que, como una aroma, se desprende de él. Es así:

Una proliferación de tropicales escorpiones determina algunos accidentes fatales en el poblado y le crea una triste fama de peligro. Para combatir esta desgracia, la autoridad local, establece un premio de 100 cruzeiros por cada alacrán muerto que se le entregue. El sistema comienza a funcionar, primero con timidez, luego más fluidamente y, por fin, con catástrofe para el erario, de modo torrencial. Se averigua entonces que los pobladores han instalado en el fondo de cada choza otros tantos criaderos, en el mayor intento de escorpianocultura conocido de la historia humana.

De alguna manera el episodio plantea una suerte de opción de la que nadie queda libre, válida para el desamparado pueblito brasilero pero también para este municipio uruguayo que se extiende, con sus penas y dudas, desde el Chouhy hasta el Cuareim.

¿Cuál es la actitud que corresponde, dentro de una sociedad civilizada, frente a los escorpiones de que nadie se salva?

Alacranes que se levante dentro de nosotros como otros tantos impulsos agresivos, ¿qué debemos hacer? ¿Tratar de exterminarlos? ¿Fundar criaderos? (*)

El Uruguay del fondo

Yo tenía diez años cuando mataron a Julio César Grauert y conservo, casi desde entonces, la impronta imborrable de algunas imágenes vinculadas con aquel sacrificio. Entre ellas, sobrecogedora no sé bien por qué, la actitud de "los blancos independientes de Minas".

(Iban transcurridos unos pocos meses desde la instalación del gobierno de facto del Dr. Gabriel Terra. Desafiando la absoluta prohibición de actividades políticas, Grauert fue con Guichón a realizar un acto en el teatro de Minas. Los batllistas por él convocados asistieron naturalmente armados y, sin duda para evitar un profuso derramamiento de sangre, la policía no quiso interrumpir el acto. Fue el último discurso de Grauert. Detenido en la carretera de retorno, se resistió a balazos y las heridas que sufrió, mal atendidas, le costaron la muerte).

En la leyenda de esa trágica noche de octubre de 1933, los opositores blancos de Minas no asistieron obviamente a la asamblea colorada del teatro. Pero en la vereda a oscuras de enfrente, todos también armados, se fue juntando una pequeña y taciturna muchedumbre de blancos, que hicieron saber a los batllistas del teatro que estaban allí para apoyar en lo que fuese.

Digo que siempre me impresionó esta imagen de hombres que imaginé como Pompilio Barrios (Pompilio Barrios era un íntimo amigo blanco de mi padre). En la medida que contrariaba todo el resto de mi visión histórica del país, había una cosa conmovedora de fraternidad y de fuerza que salía de este silencio resuelto de algunas docenas de orientales anónimos, crecidos en la opuesta vertiente de la patria partidaria y dispuestos allí, con sombreros encasquetados y revólveres en los bolsillos, a la solidaridad que resultase.

Una difundida vulgaridad tiende a exhibir la historia de esta República como un desordenado catálogo de lanzazos entre descontrolados valientes de los dos partidos fundadores. La falsedad de esa visión es obvia. Obvio también que la misma no surge de sus historiadores sino de sus guitarreros. Si el espíritu de la República pudiera ser ins-

cripto totalmente en las elementales dimensiones del alma de Timoteo Aparicio o de Goyo Geta, hubieran tenido entonces razón los constitucionalistas y, ni qué decir, el Coronel Latorre. Además, no existiría Uruguay. En su lugar habría solamente un cementerio o un pozo.

Pero la historia de la Nación y la Nación misma — pueden preguntárselo al Profesor Pivel Devoto — son mucho más y otra cosa. Entre ellas, la historia de las transacciones, las coincidencias, los acuerdos y la intermitente colaboración entre los colorados y los blancos. Para bien y mal.

(El régimen del Dr. Gabriel Terra sólo fue posible porque la mayoría de los blancos, con Herrera, protagóricamente lo apoyaron. La derrota de ese régimen sólo pudo asimismo alcanzarse porque los sectores principistas de los dos partidos coincidieron en una resistencia cívica solamente comparable con la que ahora acaba de terminar con el Proceso de 1973.)

La dialéctica blanca-colorada resume la histórica del país. Es casi aberrante imaginarlos como cosas opuestas, porque la República históricamente, si en algo está cimentada, es en lo que tienen y sienten de común ambos partidos. Y aquellas otras colectividades democráticas que han aparecido después. Y porque ha sido el entendimiento y la unión de todos lo único que en algunas horas terribles de los tiempos permitió la continuidad de la República como tal. (Como ahora mismo).

No es necesario escharcar demasiado para rescatar docenas de episodios que prueban lo que digo. Vayan algunos.

Me explico

El lector avisado advertirá qué me propongo. Enfrentados al Proceso militar, fueron muchas las páginas que destinamos, en el año ya muerto, a analizar los modos del funcionamiento mental de ese Proceso.

Ahora que van a gobernar los Partidos — esto es, el país — no está demás preguntarnos qué cosa son en última instancia esos Partidos y cuál es la naturaleza profunda de la relación que los vincula; en suma, preguntarnos — y contestarnos — cuál es la índole profunda del Uruguay en sí, cómo y de qué manera Uruguay se resuelve a sí mismo en la hora suprema de sus dramas reales. No parece excesivo, al indagarlo, indagar las esencias más viejas: horas aparentemente lejanas que fueron, al fin, como las actuales, sólo pretextos para la reflexión final de la nacionalidad sobre sí misma.

(Me preocupa lo que pueda sentir un lector frente a la dicotomía blanca y colorada sería, al fin, una grosera manera de proscripturarlo uruguayidad al Frente. Ni qué decir que no tengo tal torpeza en la mira; simplemente he arrancado en un tiempo donde el planteo político era diferente. Pero las verdades, grandezas, deberes y peligros que me propongo estudiar, pertenecen a todos, como se verá más adelante).

1868

El 19 de febrero de 1868, con escasas horas de diferencia, fueron asesinados en Montevideo los jefes de los Partidos Colorado y Blanco. Pasado el mediodía, en la calle Rincón cosieron a puñaladas a Venancio Flores. Horas después un coche circulaba hacia el Cabildo con el cadáver, asimismo cosido de puñales, de Bernardo Berro.

En la voluntad del lector está imaginar lo que sería ahora mismo que los blancos y los colorados nos asesinarámos recíprocamente a Sanguinetti y

a Ferreira. Aquel país de 1868 era, sospecho, todavía mejor que éste de ahora. Solamente que su historia, no escrita o mal escrita, ha callado el sentido moral profundo con que la República asimiló tales desmanes y se avergonzó del ancestral desorden que los hacia posibles.

No habían pasado todavía siete años desde aquel día espantoso cuando ya, por encima de pasiones y de lágrimas, movimientos de juventudes blancas y coloradas proclamaban, unidas, la candidatura intelectual y redentora de José Pedro Varela para el gobierno de Montevideo. Confundidos en los sostenedores principales de esta esperanza estaban Eduardo, hijo de Venancio Flores y, asimismo, el hijo de Bernardo Berro. La prensa candorosa de los dos Partidos dirigía a uno y a otro la misma emponzoñada pregunta. "¿Qué diría Don Venancio si viera a su hijo entreverado con los de sus asesinos?" "¿Qué diría el espíritu del Dr. Berro al ver a su hijo colaborando con quienes lo mataron?"

Para su honor sea dicho, pero más sobre de aquella medid, verdadero nivel ético de aquella sociedad, ninguno de los aludidos modificó su rumbo. Integraban con muchos más un movimiento de redención política inaccesible a los odios retrospectivos. Para frenar ese movimiento tuvo que irrumpir en la historia uruguayo el Coronel Lorenzo Latorre, que el 10 de enero de 1875 se llevó a todas las libertades y urnas por delante, iniciando las horas de su sangrienta tiranía.

En el atrio de la catedral, blancos y colorados defendieron la urna contra los balazos del latorrismo. Allí murió el Dr. Francisco Lavandera, que militaba en filas del nacionalismo.

Días después, Latorre mete en la famosa barca Puig a todos los elementos que considera peligrosos y dirigentes blancos y colorados parten hacia el exilio, identificados por el odio de la dictadura militar. (**)

A su regreso, en un breve folleto sobre la necesidad de la concordia, Eduardo Flores escribe aquel erizante párrafo de "Padre adorado, tus hijos hemos ya perdonado a tus asesinos en tu nombre, para que este país tenga caminos".

El militarismo del siglo pasado se funda así sobre resistencia conjunta de juventudes blancas y coloradas. Pero es más: la resistencia de esas juventudes es la que voltea al militarismo, años más tarde. Todos juntos, en efecto, marcharon en la revolución llamada del Quebracho contra la dictadura de Santos, sucesor de Latorre. (José Antonio Mora, mi abuelo, que era blanco, compartió los peligros de la jornada con un amigo, vecino de puerta de la calle Yaguarón, que se llamaba José Batlle y Ordóñez. Ya derrotados, juntos consiguieron un caballo que usaron para sacar a un herido). (***)

Derrota militar absoluta, Quebracho cambió sin embargo la historia del país. A partir de entonces, con las horas ya contadas, se inicia el ocaso de la tiranía de Santos, que poco después abandonaría al mismo tiempo el poder y el país.

Lo que quiero decir con este ramillete de históricos recuerdos es que la dialéctica nacional de los Partidos es algo más que el folklore, dudosamente heroico, de algunas turbulencias a caballo. Me niego a identificar a los Partidos con la pamplina de Arbolito o con la batalla del Sauce. Por supuesto que hay maravillas de coraje físico y moral en algunas páginas de nuestro pasado, y personalidades admirables en el pateón de sus muchos combatientes. Pero hay también falsos héroes, celebrados con décimas, que apenas representan la variedad rural del orillero, cuando no acartonadas presencias, simplemente surgidas de la imaginación de Yamandú Rodríguez o Fernán Silva Valdés.

Es sobrecogedor por supuesto el Exodo del año 11, como lo son Guayabo o aquella vena abierta del gauchaje entregándose a la muerte detrás de Artigas, contra los portugueses que devastaron de hombres nuestra tierra. De muchas revoluciones posteriores, sin embargo, pienso que son apenas como variedades de la excursión fonológica pero en tiempos del candil: desafortunadas romerías, diríanse pic-nics hipertrofiados, sin fecha de clausura, donde el peligro mayor no lo corría el combatiente sino la vaquillona o la gallina que se le cruzaran en el camino.

Balde de agua

Escrito lo que antecede y extasiado mi corazón de conciliatorios patriotismos, leo declaraciones formuladas a "El País" por mi amigo el Senador Carlos Julio Pereyra. A propósito de nacionalización de la banca — materia que evidentemente no figura entre las que el compatriota domina — el periodista lo inquirió sobre si la idea de nacionalizar "no resulta antigua y hasta batllista".

La contestación de Carlos Julio no sólo es desafortunada. Su comienzo es intolerablemente agravante. Dice:

— Nuestro plan no es batllista ya que el batllismo cuidó muy bien de mostrarse amigo de la banca extranjera.

¡El Batllismo amigo de la banca extranjera!

Las propias tesis de conciliación que defiendo me impiden descuidar esta injuria. Por meses he asistido en silencio, como todo el Batllismo, a la prédica sobre nacionalización de la banca con que se exalta la mayoría del Partido Nacional. Parecía pequeño ponerse a contestar lo contestable que contiene.

Tengo por Carlos Julio Pereyra — lo sabe — un particular sentimiento de estima. Por años compartimos bancas parlamentarias donde jamás lo vi más preocupado que yo, o que los míos, por la extranjerización de la banca. Más: cuando Hugo Batalla en Diputados y luego el que suscribe en el Senado, denunciemos esa extranjerización, iniciada bajo gobiernos blancos, propuse que fuera nacionalizada.

Los colorados lo votaron; los blancos y Carlos Julio Pereyra, no.

El actual proyecto blanco de prohibir a la banca extranjera captar e intermediar en el ahorro nativo, no es sino la propuesta colorada que me tocó formular en el año 70, propuesta que el Batllismo integro apoyó y que el Partido Blanco, integro, rechazó.

No quisiera seguir. No quisiera borrar en este final de contratapa la vocación de dialéctica unidad nacional en la que creo y quiero defender. Pero no es posible vivir tirando flores y cosechando injurias de retorno.

El lector es testigo que entrego, sin cargo, cadáveres de alacrán. Sólo pido de Carlos Julio y los suyos que no instalen criaderos.



Manuel Flores Mora



(*) Alacrán y escorpión son palabras que designan, en castellano, al mismo bicho. Sólo que alacrán viene del árabe ("al" — aqrab") y escorpión del latín ("scorpion"). No hay erudición en saberlo; me acabo de enterar por el Diccionario de la Real Academia.

(**) Cascajo de tablas podridas, la barca Puig naufragó por milagro. Luego de imaginables peripecias, desembarcó de los desterrados en La Habana, Cuba, que era el puerto más próximo donde estaba autorizada por Latorre para anclar.

(***) El relato ha sido publicado varias veces en la prensa. Luis Batlle contaba que Don Pepe consideraba al Quebracho como uno de los hitos mayores del espíritu cívico nacional y que hablaba siempre con particular emoción de aquel día.



Tratemos de entendernos

Así como alguna izquierda se inclina, a veces, hacia el terrorismo verbal y la presión intelectual, la ferocidad humorística parece ser, bajo todas las latitudes, un recurso de la derecha.

(Periodista no es aquel que escribe para los otros. Periodista es el que empieza por leer para los demás, aspecto que trato por mi parte de cumplir). En España, con tanto vitriolo como injusticia, el jefe o adalid de las fuerzas conservadoras, Manuel Fraga Iribarne, acaba de proferir lo antologíaco en un debate de las Cortes. Para hacerlo, se detuvo a definir la sardina. Dijo:

Una sardina es una ballena que durante cierto tiempo ha sido administrada por un gobierno socialista.

Buscando para equiparar alguna humorada parecida en algún otro sitio, encuentro en la prensa brasilera la anticipada acusación, proveniente de filas progresistas, contra el próximo y por fortuna seguro gobierno de consentimiento nacional que presidirá Tancredo Neves, candidato que cuenta con el apoyo de todo el arco político del país hermano, sin otra deserción que cierto oficialismo corrompido y salvaje partidario del inaceptable Maluf:

El de Tancredo será un gobierno-violín, instrumento que, como se sabe, se apoya en la izquierda pero se toca con la derecha.

La contestación tancrediana no tarda en hacerse oír:

Peores son los gobiernos-acordeón, esos que primero estiran y después aprietan con las dos manos a la vez.

La jibarización de la ballena, la sardinización de lo cetáceo, el aviolinamiento de la esperanza redentora o la mera acordeonización de las expectativas populares no son sólo sarcasmos de combate. Por el contrario, son riesgos de que ninguna patria está libre. Uruguay, menos que ninguna. Y el convalescente Uruguay de estos días, menos todavía que el Uruguay de antes.

En esto, como en todo, yo creo que la ubicación mental de las gentes constituye la principal prenda de victoria o el primer tobogán hacia el desplome. Por eso me preocupan tanto algunas visiones, algunas formulaciones, algunos apasionados giros en los cuales parece tomar pie y arrancar la vida pública de los días que vendrán. En la historia, la ley es el fracaso y la excepción, la victoria. Quiero decir: fracasar es siempre más fácil que vencer. Ello no debe dar para pesimismo ni autorización, mucho menos, a rendirse. Pero desde el punto de vista colectivo, el error más terrible es convencerse de que cuando hay fracaso, quien fracasa es "el otro". El fracaso es indivisible, como la democracia.

En 1973 alguien derribó, en este suelo, las columnas del templo. Bajo los escombros del techo, hemos gemido todos. Se supone que nadie tiene derecho a ignorar la terrible lección de este tiempo que apenas si termina.

Llama Héctor.

Me llama por teléfono Héctor Rodríguez, a quien hace meses que no veo y cuya vida supongo, con razones, expropiada estos meses pre-electorales por su actividad de frente-amplista. ¡Gran Héctor! Hace ya bastantes meses, cuando recuperó la libertad luego de años de una prisión tan prolongada como injusta, no me dio tiempo para que fuera a saludarlo. Como ahora, su voz juvenil — sólo que entonces llevaba muchos años sin oírse — apareció del otro lado de la línea. Vino él a mi casa, él recién salido y todavía no terminado de familiarizar con la disponibilidad de la luz en las esquinas de la calle. Recuerdo esa visita como un timbre de honor para mí, y como una peculiar alegría, asimismo

Como en los tiempos en que negociábamos en el Ministerio de Trabajo la gran causa de un acuerdo nacional, Héctor, con esa voz que carece de timbres negativos, se dirige rectamente hacia el tema concreto. Yo reñí en una contratapa reciente al episodio del di-

putado batllista al cual le negaban estacionamiento en la urgencia del CASMU porque llevaba distintivos colorados en el parabrisas.

Héctor me llama — ¿qué tendrá que ver Héctor con el CASMU? — para hacerme saber que anduvo averiguando y decirme que ninguno de los dos guardapolvos que controlan ese estacionamiento pertenecen al Frente Amplio. "No te lo digo para una rectificación", me aclara. "Pero quería decirte".

Bueno: si Héctor dice que no son frenteamplistas, no son. Y si no son, Héctor, ¿cómo no rectificarme? ¿Pero Héctor!

Pastorino.

Hace ahora muchos siglos hubo un Presidente que se llamó Gestido y que se murió un 6 de diciembre. Yo quise abandonar el gabinete pero tenía el Presupuesto de Ganadería en la Asamblea General, con todos sus programas — entre ellos, la primera legislación planificada para desarticular el latifundio — y mi deber era quedarme sin abandonar por el medio la tarea.

El Presupuesto se aprobó en el verano. Para entonces habían cambiado muchas cosas. El país estaba transformado en una sola huelga y la soliviantación sindical sólo era comparable a la furia de la sedición naciente o a la dureza patronal y estatal erigidas para enfrentarla. Me ofrecieron el Ministerio de Trabajo y lo acepté. Estuve — estuvimos — 42 días en el cargo. Y pacificamos la República.

Recuerdo que el Ministerio de Trabajo no tenía propiamente ni sede. El despacho de su titular era poco más que una piecita, con una ventana hacia Uruguay y otra hacia Río Branco. Asumí a mediodía y pedí de los desubicados secretarios, primero un café y segundo que me ubicaran a Enrique Pastorino. "¿Búsquenlo donde sea y que venga cuanto antes! Entonces abrieron la puerta y lo hicieron pasar. (Estaba hacia ya horas sentado en la antesala, esperando a que asumiera algún Ministro).

Comunista de mucho cuidado, secretario de conflictos de la CNT, bolche histórico, lujo de dirigentes sindicales, negociador de vuelo primerísimo, Pastorino tenía esa rara capacidad de ser absolutamente leal consigo mismo y a la vez absolutamente leal con su adversario. (¿Qué ha sido, Héctor, de Enrique Pastorino?) En un mes, a conflicto por día, pacificamos el país. Pastorino no llegaba antes que yo hasta el Ministerio, pero nunca más de un cuarto de hora después. (Igual que Monseñor Partelli tenía levemente inflamada la cuenca de los ojos, lo que le daba, como a Partelli, un infantil aspecto de cara sin lavar. Calvo de absoluta calvicie, creo recordarle sin embargo por algún lado de la cara algún mechón de pelo. Y una permanente colilla pendiente de los labios. Hablaba sin mover la boca. Y sólo hablaba para decir cosas. Y las cosas que dijo por esos días, condujeron a que pacificáramos el país).

(Pastorino perteneció a una generación de comunistas a los cuales no se les caía de la boca, la colilla consumida del pucho. Otro era Borché. Otro, Ramón Freire Pisanó).

(Se solucionaron en esos días insolubles conflictos. Recuerdo que el primero fue el Puerto y uno de los últimos ANCAP, donde la huelga se había enquistado en la refinera, en la que no entraba ni el comunismo. Para colmo, el Directorio se negaba a conversar con el sindicato y todas las partes iniciaban su pliego de condiciones con la rendición incondicional del adversario. Yo me senté, como Ministro de Trabajo con el Directorio de ANCAP y exigí que cambiara su actitud. Después, pedí el auto para meterme en la refinera. Supe entonces que la refinera había venido y estaba esperándome en el Ministerio).

Terminamos con un pacto social casi completo, al que apenas negaron su concurso algunos gremios ultras, embarcados ya en revolución del MLN. Pero de

la mediación de la CNT obtuvimos que hasta el campamento de cañeros de Artigas armado junto al Palacio Legislativo aceptara unos vagones de AFE y se volviera para Bella Unión. El Consejo de Ministros aprobó los acuerdos. Y pasamos a la segunda parte: la tripartita.

Allí apareció Héctor Rodríguez, encabezando la delegación trabajadora. El Estado lo representábamos Lanza, Peirano y yo.

Había que enderezar el país y se hacían sacrificios desde todas las partes. Los trabajadores renunciaron a los ajustes salariales periódicos y admitieron uno solo anual. Se planificaron obras conjuntas. Se trabajó como si Héctor fuera Artigas, como si yo fuera Artigas, como si Lanza fuera Artigas.

Héctor: nunca lo he dicho. Pero he tenido dentro de mí por años el convencimiento que por aquellos días evitamos el advenimiento de la dictadura. Impedimos que fuera en 1968. Vino cinco años después, por muchas cosas. Entre otras, porque ni tú, ni Pastorino ni yo, manejábamos ya las cartas. Sé que queda espantoso dicho así y parece evidente que la mera gestión personal no puede detener, como no detuvo, la historia. Pero algo tengo que decir, que proclamar y que gritar: hay modos de relacionamiento, hay lealtades por sobre las diferencias, hay métodos para buscar la fraternidad sin sentimentalismos en el propósito de redención común.

Ahito de desórdenes, borracho de rencores, Uruguay necesita de los viejos ejemplos. Yo no tengo otra contribución que formular que no sea ésta.

Héctor: hace pocas semanas tuve la fortuna de alojarme en un hospital y comprobar, allí, que a esta altura de la vida, soy íntimo amigo de todos mis enemigos. ¿Te das cuenta?

Volviendo a la historia de nuestra Tripartita, una mañana nos separamos para ir a almorzar y a los pocos minutos me citaron de urgencia desde la Casa de Gobierno: Consejo de Ministros. Pregunté para qué. No me lo quisieron decir. Comprendí que habíamos perdido la batalla y que las medidas extraordinarias eran la escoba con que todo aquel formidable esfuerzo sería arrojado a la basura.

(Conseguí que me localizaran a Pastorino y alcancé a hablar con él, algunos minutos, en Tasende, detrás de la Casa de Gobierno. "Pastorino, nunca sospeché que ocurriría esto." "No precisa decirlo. Lo sé." "Pastorino: si no tiene otro lugar donde meterse, vaya y métase en mi casa." "Gracias, Ministro, pero no es necesario." "No me diga Ministro." "Gracias, Maneco, buena suerte". La precisábamos los dos, pero más que nosotros, la República, que no la tuvo).

Una hora más tarde, renunciado como Ministro, agradecí desde la puerta de la Casa de Gobierno la colaboración patriótica de los trabajadores y el trabajo brillante de quienes, como Pastorino o como tú, habían mostrado qué clase de caminos encuentra la República cuando sus hijos se convocan a sí mismos en la buena voluntad. Héctor: no estoy contando esto para halagarme ni halagarte. Lo estoy contando porque todo hombre que ha probado un camino, tiene el deber de hacer el mapa y difundirlo.

"La Hora"

Confieso no salir de mi asombro ante un artículo que me dedican en "La Hora", a propósito de algunas no levantables generalidades que consigné en el anterior editorial de JAUQUE. Nunca supuse que podría ser entendido en un sentido tan diferente a lo que pienso y, sin duda, esta vez no me fueron propicias las palabras con que quise expresarme.

Pienso — perdón, pero se trata de una convicción muy profunda — que todo régimen de facto, en la medida en que coloca a una sociedad más allá de la razón y bajo los dictados exclusivos de la fuerza, arroja, como una enfermedad, un saldo de contagio. Creo que, acabada la dictadura, es menester desinfectar de inevitables virus dictatoriales todo el ambiente. El país que entre todos tenemos que construir surgirá necesariamente del enfrentamiento y de la lucha. Pero creo que tenemos que hacer conciencia de la diferencia abismal entre luchar y arrasarse, entre enfrentarse y llevarse por delante. Y creo que, sin perjuicio de todos los combates y entusias-

mos, la verdad última está dictada por la ley, por el pluralismo y por el respeto a las leyes del juego democrático.

Los redactores de "La Hora" han entendido que defendiendo fórmulas desmovilizadoras de quietismo. Y que cuando digo que todo el progreso conquistado antaño por el país pasó, en última instancia, a través del Parlamento y de la Ley, estoy descalificando como fuerzas motoras de los cambios hacia la justicia, a la muchedumbre que pueda reclamarlas en el periodismo, en el taller, en la plaza o en la calle.

Jamás semejante disparate de entreguismo ha podido pasar por mi cabeza. Los únicos pueblos para los cuales la historia reserva conquistas son aquellos capaces de luchar por lograrlas. ¿Tendré que decir que pertenezco a la tradición de Batlle y Ordóñez? A principios de siglo, cuando los argentinos deportaban anarquistas para Europa, Batlle los hacía bajar en nuestro puerto y les otorgaba residencia. A uno que se pasó inadvertido lo mandó buscar hasta Brasil.

Los blancos lo acusaban de que se dedicaba a la importación de agitadores. Batlle decía que sí y agregaba que el agitador era un elemento imprescindible para la regeneración de cualquier sociedad humana. Eso creía. Eso creo.

PVP, Hugo Cores

El tema es de tan capital importancia que resulta absurdo pretender liquidarlo en una sola nota. Seguiremos hablándolo y discutiendo sin duda. Pero para hacerlo desde ya con la claridad que nos debemos, digamos que lo que tenía en mente al escribir lo que "La Hora" me refuta, eran tesis de otro tipo, como las que ilustran por ejemplo las declaraciones de Hugo Cores en ese mismo número de JAUQUE. Todos mis respetos para Cores, para el PVP y para cualquiera posición sostenida dentro del arco político del país. Es más: no puedo dejar de sentir simpatía personal por esos ojos limpios con que nos mira, lentes en mano, desde la ilustración gráfica del reportaje. Tampoco tengo derecho, sin embargo, a callar que lo creo incurso en el delirio y que creo que, más que caminos de política, los suyos recorren itinerarios casi de la demencia.

Es un error muy grande pensar que aquí hay, por un lado, un pueblo más o menos muerto, de mayorías sumisas. Y por otro, como tábanos sobre el cuero de un caballo, dirigentes iluminados capaces de mostrarle brújulas y bitácoras hacia las revoluciones de la izquierda. Ese sería un planteo de insostenible arrogancia, propia más de pentágonos que de civiles.

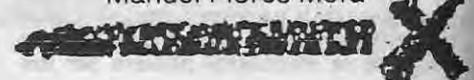
Mientras Cores estaba en el exterior, este país sufrió la penuria, el hambre, la falta de libertad y la humillación de 12 años. Fue el pueblo todo — no sus minorías rectoras, no sus exilados políticos — el que acabó con eso. Y ha dicho su voluntad de libertad y de moderación.

Hugo Cores integra un lema que no resultó vencedor. Dentro de ese lema no está en el lado de la 99, que fue la más fuerte ni siquiera dentro de Democracia Avanzada, que la sigue. Tampoco en la minoría socialista o democristiana. Está en el grupo de menos votos, y dentro de éste, en una división, el PVP, de fuerza muy menguada. Todos mis respetos para las minorías minúsculas, porque al fin mi vida ha sido morir dentro de ellas, defendiendo mi fe.

Pero desde esa posición, a apenas pocas horas de volver al país, Hugo Cores no puede justificarnos nuevamente la violencia, tildar de mecanismo electoral diabólico al sistema que por tres veces permitió al país derrotar la dictadura y denunciar, como malditos, a quienes, hartos de torturas, atropellos y muerte, reclamamos por los valores superiores de la tolerancia y de la paz. Decir que en este país se puede recurrir o no a la violencia vale tanto como decir que se le puede, o no, hacer el juego a la dictadura y al fascismo.

Hugo Cores puede negar a la mayoría abrumadora del pueblo el derecho de expresar la voluntad popular. No puede, sin embargo, adjudicárselo a sí mismo.

Manuel Flores Mora





Sobre la tolerancia y la violencia

La sombra ensangrentada de Arbolito

Ayúdame a ser hombre; no me dejes ser fiera.

Miguel Hernández

En el "Prólogo para franceses" que sirve de espléndido pórtico a "La Rebelión de las Masas", Ortega y Gasset nos recuerda que "el tigre de hoy es idéntico al de hace seis mil años, porque cada tigre tiene que empezar a ser tigre, como si no hubiera habido antes ninguno".

El hombre, en cambio —dice— "no es nunca el primer hombre". Cada hombre comienza a existir a cierta altura o montón de "pretérito acumulado".

La fundamental diferencia entre la bestia y el hombre —son sus palabras— no está tanto en la falta de inteligencia como en la ausencia de memoria de la primera. Al abrir los ojos, la bestia ha olvidado cada mañana casi todo lo vivido el día anterior. La bestia recomienza; sólo el hombre es capaz de continuar.

Por esencia, todo ser humano constituye de alguna manera el fruto de otro humano pasado, en el que se reconoce de alguna manera y con respecto al cual es definible y se define. Nadie puede arrojar ese pasado por la ventana. "El pasado no está ahí y no se ha tomado el trabajo de pasar para que lo neguemos, sino para que lo integremos".

Mala prensa

Siempre he sentido que uno de los problemas culturales o espirituales fundamentales del Uruguay consiste en restaurar su relación con el propio pasado sobre niveles de coherencia.

Daría para detenerse un largo rato pero, tal vez por la misma velocidad con que crecimos, los uruguayos no hemos nunca resuelto enteramente ese problema. Para el uruguayo medio —digo, para la "inteligencia" uruguaya, si así cabe llamarla— la mitad del pasado no es pasado: es presente. (Se maneja como si estuviera ocurriendo, como si un bisturí hubiera amputado toda capacidad de perspectiva). En cuanto a la otra mitad, tiene mala prensa. (Se la juzga sin conocerla y se la condena sin oírla. En suma: se la desprecia y se la ignora, conceptos ambos tal vez que apenas si llegan a sinónimos).

A lo largo de la vida he asistido cuando menos a dos etapas de este fenómeno. En mis tiempos de estudiante, el florecimiento de los que por entonces se complacían en llamarse "partidos de ideas" —socialismo, comunismo, democracia cristiana— generaba una prédica destinada a desconocer, ya que no la gravitación, cuando menos la razón histórica de los partidos tradicionales. ¿Qué diferencia hay entre un blanco y un colorado? —era la presuntuosa pregunta. Se daba por sentado de este modo que éramos casi como simétricas formas de una idéntica ausencia de contenido.

La palabra para simbolizarlo era "trapo". Trapo rojo, trapo blanco, trapo heredado del padre o del abuelo. (Se olvidaba que un trapo, cuando adviene a la categoría de cosa por la que algunos hombres dan la vida, ya no se llama trapo; es bandera).

De esa primera etapa de la mala prensa se pasó a una segunda, cuya deflagración habría que buscarla —pienso— por los años 60. Etapa en la que se embarcó con tanta irresponsabilidad como alegría la mayoría del pensamiento, si así cabe llamarlo, nacional; la misma se resume en una curiosa simbiosis: el acercamiento de las corrientes sen-

timientales saravistas con el pensamiento doctrinario de Marx.

No existe —no conozco— un solo estudio, tesis o trabajo donde la peregrina combinación sea analizada. Pero al modo aquel de Borges que, en vez de escribir un libro, prefería imaginarlo escrito y hacerle directamente la crítica, así grupos crecientes entraron al manejo de estas pseudo-verdades como si tuvieran asidero. En las canciones donde desalambra y seguir a Aparicio se hacían, inverosímilmente, intercambiables, nació una suerte de marxismo-saravismo cuya ausencia de pies y de cabeza no lo ha hecho menos determinante ni existente. Y que todavía asoma sus acordes por la frecuencia modulada o en programas musicales de La Radio; y también en el arbitrario trasfondo de Barrán y Nahum; y asimismo en esa identificación de "convergencia" donde por veces, para perplejidad de toda lógica, ubedismo y castrismo entrelazan pendones y yuxtaponen sus lábaros en aglomeraciones callejeras.

(Todo esto, claro está, carece en el fondo de importancia. Porque una de dos: los uruguayos aprendemos a dialogar con el pasado y entonces toda esa patología de lectura habrá de caerse sola; o no lo aprendemos, en cuyo caso nuevos errores borrarán a los dichos y seguiremos caminando entre tinieblas).

Arbolito y Pamplina

Vienen estas reflexiones a cuento de algunas otras que escribí en semanas anteriores y de una muy valiosa refutación que me dirige, desde "Búsqueda", el Senador Gonzalo Aguirre Ramirez (*).

Dije que no me era posible resumir la dialéctica nacional en el mal gusto de un folklore dudoso. Me niego, agregué, a identificar nuestros Partidos "con la pamplina de Arbolito o con la batalla del Sauce". El Senador Aguirre rechaza la irreverencia de este juicio. He de explicarme.

(Yo no pertenezco a la tradición de Arbolito, sino a la de Tres Arboles. De 1897, en mi casa, la batalla que interminablemente se contaba era Tres Arboles, en cuya primera descarga había muerto de un balazo en la frente el Teniente Irigoyen, novio de mi tía Emilia. Tres Arboles eran las Termópilas de aquel 2do. de Cazadores de Ricardo Flores, arrojado a la leyenda y a la muerte, contra los fusiles de Lamas, por la invidencia encaprichada de Villar).

Sí: tal vez la palabra "pamplina" no sea propia. Pero hay que sustituirla por alguna peor. Arbolito, aprendamos a verlo, no es gloria. Arbolito es la exaltación descompuesta de la barbarie. El respeto profundo que puedan inspirarnos jefes como Justino Muniz o como Aparicio Saravia, para nombrar a ambos generales, o a muchos otros combatientes de esos días, como el prestigioso Basilio Muñoz y tantos más, no alcanza para tapar la eclosión de salvajismo que rigió el comportamiento irracional de Antonio Floricio Saravia, "Chiquito".

Para empezar: la batalla de Arbolito se perdió por los hermanos Saravia el 19 de marzo de 1897. La misma no puede ser encarada sin embargo al margen de los sucesos espantosos del 26 de noviembre de 1896, los cuales, menos de cuatro meses antes, dan la pauta de cómo concebía Chiquito sus relaciones y deberes para con Justino Muniz, el general adversario y su final vencedor.

La tragedia del 26 de noviembre se resume en el asalto por parte de la soldadesca de Chiquito de la casa de comercio del yerno del General Muniz, José Zavala. El suceso no tiene vuelta, porque ausentes Muniz y Zavala, sólo estaban en

esas casas (una peculiar edificación cuyo dueño se llamaba Ramón Mundo), la hija de Muniz, sus hijos chicos y algún dependiente y una señorita González. Además, su hermano Segundo, que sólo tenía 16 años.

Un lugarteniente de Chiquito, llamado Sosa (y conocido por Garras) no contento con sus desplantes en el comercio, intenta penetrar en la casa de familia, lo que la familia de Zavala resiste. Llega en ese momento otro hijo del General Muniz, Alberto. Se traban en lucha y el matón Garras encuentra en el mano a mano la muerte que merecía. Haciendo prevalecer las armas y el número, la partida de Chiquito rodea la casa, mientras el reducido número de integrantes de la familia tranca las puertas y se resiste a tiros.

Llega entonces Chiquito Saravia. Se impone de las novedades y, bajo amenazas, exige que le sea entregado Alberto Muniz, para cobrarse la muerte de Garras. La mujer de Zavala se niega y pese a que Alberto quiere salir y entregarse, la consigna de aquella leona es "o nos salvamos todos o que nos maten a todos".

Perdidos los estribos, Chiquito (la pulpería y comercio han sido ya saqueados por entero), ordena prenderle fuego a las casas. Lo que se cumple. Y entre las risotadas, el salvajismo y el alcohol de los soldados, un par de hombres, dos mujeres y algunos niños se desesperan entre las llamas.

Por fin, atraídos por el humo, se hacen presentes fuerzas de Muniz, ante lo cual los valerosos sitiadores se marchan. Los sitiados se salvan en su mayoría. Uno de ellos, sin embargo, Segundo Muniz, hijo del General, ha perecido quemado dentro del fuego. Tal la hazaña que marca los parámetros de conducta de Antonio Floricio Saravia, alias "Chiquito".

El General Muniz recibe de boca de su hijo Pablo la noticia del atentado y de la horrible muerte de Segundo. "Vea Vd. —dice Pablo Muniz— lo que ha hecho el Partido Nacional".

La respuesta de Justino Muniz es inmediata: "Nada tiene que ver el Partido Nacional con lo que han hecho unos bandidos".

La batalla.

Cuando el 19 de marzo de 1897 tiene lugar la batalla de Arbolito, la victoria parece inclinarse a favor de las huestes de Saravia. Yo no creo que el episodio de la carga puede considerarse separado de la tragedia de cuatro meses antes. En momentos en que vacilan las fuerzas gubernistas comandadas por Muniz, Chiquito resuelve decidir la jornada con una carga y se lanza, sin más, seguido por solo 8 hombres (según Monegal) o por 15 (según Herrera). Es quizás una historia de alcohol, como también lo fue la historia del incendio. Pero es sin duda y asimismo una historia de barbarie y de locura. Muñoz consigue reunir unos 30 lanceros para acompañar la carga. Mariano, hijo de Chiquito, busca asimismo incorporarse. Pero Chiquito ya ha perdido su caballo, y cuando trata de saltar en ancas del caballo de Aquilino Hernandorena, caen todos barridos por las balas.

Mariano Saravia es alcanzado por un tiro. Antonio Apolo lo mira lagrimear y trata de consolarlo: "Pero si no es nada!"

— No lloro por la herida —dice Mariano— Es que mataron a mi padre.

(Tunico Saravia, sobrino de Chiquito y como éste bautizado Antonio Floricio contaba para sus hijos —uno de los cuales, el arquitecto Saravia, acaba de contármelo— que el suicidio y el bochorno estaban en la base de esa carga. También los muy duros reproches que Aparicio habría hecho a Chiquito por la muerte injustificable de Segundo Muniz en el incendio).

(La frivolidad payadora ha sembrado las radios con el mérito discutible del dúctico "Mama, que Dios me haga guapo, como Chiquito Saravia". ¡Ay, no! Que Dios me haga guapo, digo, pero mejor de otro modo).

Sin sitio para seguir, resumo: nada me parecería tan lógico como ver extasiarse de admiración a Chiquito Saravia, si hubiera tenido oportunidad de escuchar a Gonzalo Aguirre por televisión enhebrando argumentos y manejando conceptos con la brillantez que le es propia. Lo que no me entra en la cabeza es el cuadro contrario: Gonzalo Aguirre dedicando su admiración a Chiquito.

Violencias.

Debo detenerme, antes de terminar esta nota, en otro tema. El Sr. Hugo Cores ha enviado a JAQUE varias páginas más o menos agraviantes, con comentarios y con insultos sobre mi persona. JAQUE ni me ha mostrado esas páginas ni está, a lo que parece, dispuesto a publicarlas.

Tengo que decir:
1° — Que no he de seguir a nadie por el camino gratuito de las ofensas personales. (La vida me ha enseñado que cada vez que se acumulan agravios, el conjunto de los mismos suele retratar mejor a aquel que los formula que a aquel que los recibe).

2° — Yo no me ocupo de personas. Me ocupo de ideas, de posiciones y de orientación. Nada que yo diga o que yo escriba debe por tanto ser tomado como afirmaciones contra gentes, sea el Sr. Cores, o sea quien sea.

3° — Hace tres lustros, este pequeño y desdichado país cayó en las pinzas tendidas por dos minorías extremistas: los ultras de izquierda, que se creyeron autorizados a disponer de los destinos futuros de la Nación por el método de la violencia directa, y la de los ultras de derecha, que recogiendo el guante, se quedaron con todo. Durante años de humillación, de dictadura y de tormento, el 95 por ciento restante del país, hemos padecido nuestra falta de preparación de entonces para enfrentar a los unos y a los otros.

4° — No volverá a ocurrir. Si algo debe ser extirpado de todas las cabezas con peine fino, es que se vuelvan a defender banderas de violencia, de acción directa o prepotencia y el resto del país lo consienta callado.

5° — Los blancos, los frenteamplistas, los colorados —los uruguayos todos en suma, unificados por cosas como el espanto que nos provocó un día enterarnos de la muerte de Vladimir Roslik—, hemos dicho abrumadoramente en la urna que queremos tolerancia y paz, cambio pero bajo el derecho, concertación y soluciones. Bien está la movilización, la prédica entusiasta, el debate y la militancia. Pero quien diga que se debe "no insistir en declamar vanamente por paz y tolerancia", o que "la violencia es un aspecto al cual, en la lucha política, se puede recurrir o no", ese no puede esperar a que se le escuche en silencio.

Contestarle con energía no es agraviarlo. Contestarla es simplemente ejercer la legítima defensa. Y además, la defensa popular y nacional.

El que no lo entendió, no entendió nada.



Manuel Flores Mora



(*) Agradezco al Senador Aguirre el amistoso tono de su comentario. También las muchas rectificaciones de detalle que realiza a mi nota. Admitiéndolas en su totalidad, digo sólo que siguen a mi juicio enteramente en pie las tesis generales que me importaba sostener: la historia válida de este país no es la de las turbulencias registradas por las décadas de sus guitarras. Es la de lo construido por ambos Partidos históricos sobre la base de valores complementarios o comunes.

J.C. Grauert, Nin y Silva, Carancho

"El país del que vengo y en que vivo"

En "Meditaciones del Quijote", Ortega nos recuerda las caute- las que era menester adoptar con las estatuas de Demetrios: había que atarlas porque si no, durante la noche, huían de los jardines donde habían sido colocadas.

(Siempre me pareció notable por- que, al fin, qué otra cosa representa una estatua sino la simulación de la vida. Admiramos las que cincelaron algunos griegos precisamente por esa palpitación como de carne que dejaron, temblorosa, sobre el mármol. Esto de los Demetrios va más lejos, tal vez porque, entre todas, no exista palpitación más humana que la de la fuga. Y porque anima desde dentro hasta la misma inmovilidad de la escultura. Parece decirnos que tampoco durante el día las estatuas están muertas; apenas si lo fingen para engañarnos y poder ejecutar después, en la tiniebla, ese ademán supremo de la fuga.)

(Hay más: todo lo que nos huye, no sólo se libera de nosotros; nos libera a nosotros de ello. Cuando algo nos es- capa, es como si nos hubiéramos salvado de ello sin tener que escapar a nuestra vez.)

Algo existe, sin embargo, de que no es posible fugar: uno mismo. Hombre o pueblo, el que escapa de sí, después que escapa advierte que no escapó completo. Uno mismo, hombre o pueblo, debe ser asumido por entero; conservar la ca- pacidad de reflejarse en el espejo de la propia conciencia y de dialogar con los valores que resuman su naturaleza final. En suma: recogerse sobre la propia iden- tidad y para no ser hijo del viento que sopla sino del tiempo en cuyo transcurso alentamos.

Julio C. Grauert

Mis penas me llevan hasta el con- sultorio del Profesor Esteban Nin Vivó, para que me haga el inventario de al- gunos músculos cortados. El gran médico aprovecha para preguntarme por qué dije, en una reciente contratapa, que Julio César Grauert y sus amigos de la carretera de Pando se habían resistido a balazos, cuando la policía les ordenó detenerse.

Nin Vivó es hijo del ilustre Dr. Julio Nin y Silva. Me cuenta la versión de su padre que, llamado aquella misma noche por la familia de Grauert, fue hasta el Hospital de Pando para atenderlo. Le cerraron el paso con una bayoneta en el pecho. Nin y Silva entonces llama por teléfono, desde el mismo Hospital, al Ministro de Salud Pública, Dr. Eduardo Blanco Acevedo. Este, para indignación de Nin y Silva, le confirma la situación, invocando una orden directa de la Presidencia de la República, que impide el paso para asistir a los heridos Nin in- siste pero la contestación es mantenida.

Veinticuatro horas más tarde, trasladados ya al Hospital de Monte- video, el Dr. Nin y Silva y el Dr. Manuel Albo se aprestan a la intervención. Pero Grauert ha sido devorado ya por la gan- grena, que ya le llega a la cabeza, en el síntoma llamado de "cuello pro- consular". Mientras los cirujanos se preparan, Grauert expira sobre la mesa de operaciones.

Consiguen sin embargo salvar al Dr. Juan Francisco Guichón, a quien amputan, me dice el Dr. Nin Vivó, una pierna. Los que han caído en la carretera de Pando son tres: los diputados Grauert y Guichón y el Senador Pablo Ma. Minelli, alcanzados por balazos los dos primeros; Minelli a su vez es víctima de los gases lacrimógenos que hieren sus pulmones de tuberculoso.

A raíz del episodio, el Dr. Nin y Sil- va no volvió a saludar más a Eduardo Blanco Acevedo, actitud que mantuvo durante cuarenta años y de la que sólo declinó poco antes de la muerte de aquel.

(Uno y otro, Nin y Blanco, eran jefes de salas contiguas en el Hospital Pasteur: la 25 y la 27. Por años, se



cruzaron a diario sus caminos. Nin jamás puso los ojos ni se enteró de la presencia de Blanco.)

(El episodio no está completo si omitimos contar que Nin debía la vida a Blanco. Recibido en 1913, el Dr. Nin y Silva se perfeccionó primero en Francia y luego en los Estados Unidos. Para viajar a este segundo país, ya en plena guerra, sacó pasaje en un barco francés, de nombre "Rochembaud". Blanco Acevedo, que era agregado cultural uruguayo en París, se alarmó; Alemania hundía en el Atlántico los barcos franceses y el peligro para Nin, a su juicio, era grande. Como Nin no desistía del viaje, Blanco tomó el pasaje y con ges- tiones personales, logró canjearlo por otro en un barco español. Nin y Silva llegó sano y salvo a Nueva York. Pero el viaje que se proponía hacer en el "Ro- chembaud" no lo hubiera conducido a aquel destino. Fue el último viaje de ese barco, hundido por los alemanes en mitad del océano.)

El inmediato episodio se vincula con el certificado de defunción y la autopsia. El Dr. Nin Vivó recuerda todavía la dis- cusión en voces altas de su padre y de otro gran médico y amigo íntimo de aquél, el Dr. Abel Zamora.

Había que firmar el certificado y Zamora le pedía la firma a Nin.

— ¡Pero Julio!

— ¡Que te lo firme la dictadura!

El Dr. Nin y Silva exigía la autopsia. La familia de Grauert lo designó para que asistiera a la misma en su nombre. (No obstante no haberlo autorizado Nin, las anotaciones que tomó en el curso de la autopsia fueron publicadas en la prensa de Buenos Aires de la época.)

Habla Guichón

El problema de veracidad histórica a precisar está vinculado con la objeción que me hace el Dr. Nin Vivó: Grauert, Guichón y Minelli no se resistieron a balazos. Estaban armados pero no

llegaron o no quisieron hacer uso de sus armas.

Tengo delante de mí, gracias a Nin Vivó, un ejemplar de "El País" del 30 de octubre de 1933, es decir, correspondien- te al cuarto día de ocurrida la tragedia. En su página 5, un brevísimo suelto in- forma de la mejoría del Senador batllista Pablo María Minelli, internado en el Sanatorio Inglés. Termina:

"El doctor Minelli asegura, y jura a las personas que lo visitan, que ni él, ni sus compañeros, dispararon un tiro."

Renán Rodríguez me da, por otra parte, la versión coincidente y detallada de otro de los actores: me cuenta lo que le contó el mismo Guichón, ocho o nueve años después, allá por 1941.

Cuando volvían a Montevideo fueron detenidos por una fuerza policial a cuyo frente estaba el Director de In- vestigaciones de Montevideo, Cavazza. La gente de Cavazza utilizó gases la- crimógenos, pero junto con ella había policías de Pando que lo hicieron con ar- mas de fuego.

Al serles intimado por Cavazza que se dieran presos, Grauert y sus amigos le contestaron que no se entregarían. Vaya y consulte", le dijeron, "porque no nos entregamos".

Cavazza fue a consultar mientras las fuerzas policiales mantenían el cierre de la carretera y los legisladores espe- raban el desenlace. Según Guichón, Cavazza retornó poco después y venía demudado. "Como si la sangre se le hubiera ido toda de la cara". Al llegar, Cavazza gritó una orden y se tiró a la cuneta. La policía abrió fuego y prácticamente fusiló a los legisladores que —la versión de Guichón asimismo lo confirma— no usaron en ningún mo- mento sus armas.

Hasta aquí los hechos, a los cuales, en tanto que hechos, sólo puede exigir- seles la rigurosidad de lo cierto. Lo que encuentro notable, sin embargo, es la humana grandeza, no ya de lo que Guichón atestigua sino de lo que Gui- chón presume y Renán me transmite.

Guichón supuso siempre que la con- sulta de Cavazza había sido realizada a Baldomir, su superior como Jefe de Policía de Montevideo. Descartaba sin embargo que Baldomir le hubiera dado la orden de abrir fuego. Sin duda, era el pensamiento que Guichón exponía en 1941 a Renán, Baldomir debió fastidiar- se por una consulta que le colocaba una no deseada responsabilidad sobre los hombres. Lo más probable es que haya contestado algo como "¡Caramba! ¿Para detener a tres hombres tiene que consul- tarme? ¿No sabe acaso lo que tiene que hacer?" o algo por el estilo.

De como lo interpretara el Jefe de Investigaciones resultó la tragedia cuyo último transcurso no está claro. ¿Por qué esa orden inhumana de no permitir asistencia médica a los heridos?

¿Por qué todo?

El lector se preguntará por qué este prolijo detenimiento en precisar his- tóricos detalles de un episodio cuya luz, por pura que sea, pertenece de algún modo definitivamente a lo pasado. Más lo está quizás el segundo episodio, al que me referiré en seguida, y que tiene por protagonistas a la hija del General Jus- tino Muniz y a Carancho.

Podría simplemente justificar las precisiones en el interés histórico por sí mismo. A nadie se oculta sin embargo que una especie de agua fina recorre todos los avatares de la anécdota. Es como si ningún hecho real pudiera ser desasido del ángulo moral o espiritual con que por algunos fue vivido. Esto es, como si lo primariamente visible, más que los hechos mismos, fuera esa suerte de húmedo destello de alma que nos muestra, no lo que hombres hicieron, sino lo que hombres pensaron de la cosa que estaban haciendo.

Por supuesto que hay barbarie en ese ayer de espanto, donde Grauert es entregado a la gangrena o la lanza de Carancho evoca pulmones ensartados por el odio. Pero digo que por encima, más allá, más arriba, con mayor per- manencia y dictando un mayor com- promiso a todos cuantos vinimos des- pués, está esa resistencia libertaria que caminó a la muerte sin sacar el revólver, esa indignación moral de Nin y Silva in-

quebrantablemente mantenida en una reacción de cuatro décadas. O en esa serenidad sin rencores con la que Guichón busca la más justificable ex- plicación para la conducta de aquel a quien hubiera podido odiar por siempre. "País de que vengo", país de que ve- nimos, una laya de matices finísimos van haciendo de cada cosa un acto ético, se trate de un certificado de defunción, de una autopsia o del adversario apellido que una mujer pronuncia a través de la ventana de una diligencia.

Carancho

El episodio pertenece a una capa más vieja del tiempo nacional y nos llega, naturalmente, a través de la voz de Justino Zavala Muniz. Así dice:

"Una mañana, apenas terminada la guerra de 1904, viajaba entonces en la diligencia mi familia y algunos pa- sajeros. Se había hecho la paz. ¡Por fin la paz! Pero todavía quedaban por los campos de la República algunas par- tidas sueltas de una y otra divisa regresando a sus pagos. La ley to- davía no ejercía su imperio. Lo tengo en los ojos como una fresca imagen: bordeábamos un sendero entre las al- tas colinas. De pronto, sobre una cum- bre, recortándose en el horizonte, cien lanceros gauchos, de divisa blanca o celeste. Alguien pronunció el nombre de quien los comandaba: era Caran- cho, un comandante blanco. El pánico se apoderó de la diligencia. Allí ve- níamos nosotros: la hija de un general enemigo. ¡Tanta sangre derramada entre unos y entre otros! ¡Tanto odio encendido! El temor hizo bajar las ventanillas de la diligencia. Los ji- netes galopaban hacia nosotros hasta rojearnos. Carancho se adelantó y preguntó: "¿Quién viaja ahí?". Al- guien con miedo, quiso disimular nuestro apellido, fatídico apellido en aquella hora. Pero mi madre, levan- tando la ventanilla de la diligencia, contestó: "Aquí viaja una hija de Muniz con sus hijos". Carancho oyó el nombre: echó pie a tierra, se sacó el sombrero y en gesto igual de gallardo sus cien lanceros se quitaron el som-brero. Carancho se adelantó y dijo: "Señora: combatimos contra su padre, pero aquí está esta lanza para escoltarla".

No puedo olvidar esta imagen, ejemplo del país con una u otra divisa. Así comencé a ver con mis ojos de qué país vengo y en el que vivo."

Un país en el tiempo, no en el vien- to.

Por supuesto que hay otras formas posibles de lectura para la realidad.

Ahora mismo, con el ademán esclerosado que comportan todas las reducciones al absurdo, ojos que dicen amar la humanidad, panfletizan el drama nacional, simplifican hasta la esencia de lo esquemático sus perfiles, e ignorando su historia, lo meten, como polvo en un molde, adentro de concep- ciones doctrinarias de esas que después, cuando la realidad las carga, explotan incapaces de contenerla.

Son, y cito de memoria, gentes de otro planeta, al estilo de las que ana- tematizaba Vicente Aleixandre en versos de un poema que ahora no tengo a mano. Son "aquellos que no amaron porque nunca supieron que el polvo no circula ni hace latir la sangre."

Cada cual sabe a lo que sirve y lo que busca. Yo busco el país que fue por- que sé que es el único país que será.

No necesito atarlo cada noche, como hacían con las estatuas de Demetrios. El país de que hablo no huye. Está ahí. Nunca huyó.



Manuel Flores Mora



Verdad, órgano, platerías y carroza

Caminos de frivolidad y de tragedia

Lo importante se sabe, no son las cosas sino lo que pensamos de las cosas. Tratamos lo que tenemos enfrente, incluso a los hechos humanos, no como son sino como creemos o imaginamos que son. Esto es, las cosas de las veces como quisieramos, o como a nuestra pereza espiritual le vendría cómodo que fueran.

300 X 3, nueve siglos

En este 1985, en que se cumplirán los primeros 300 años transcurridos desde el nacimiento de Bach (y también de Haendel, y también de Scarlatti) adquiere estatura de inverosimilitud esa suerte de encontronazos que, desde joven, lo llevaron a cambiar de empleo en muchas ocasiones: la lucha que duró hasta cuando, "kantor" de S. Tomás aquéllos que debieron limitarse a admirarlo se creían autorizados a opinarlo, arrancaba en una queja: durante los servicios religiosos provocaba el estupor de los rebaños con "variaciones sorprendentes y ornamentos inútiles" (*).

La verdad —horrorosa verdad final— que ilustra el episodio es, si bien se la mira, deslumbrante: nadie tiene razón, porque en el fondo, todos la tenemos. Y el inmediato corolario: lo que importa no es "la verdad" que defendamos, sino los procedimientos de que, para defenderla, nos valgamos. (Para la autoridad eclesiástica de Leipzig debió ser espantoso comprobar cómo el órgano apartaba a los fieles de Dios y de Lutero; cómo las notas en cascada levantaban las almas hacia distintos éxtasis; cómo el santo temor del infierno era sustituido por la felicidad suprema e intemporal de otros milagros. La autoridad eclesiástica no sabía simplemente que Bach era Bach. Tenía al unicornio en la caballería, pero lo ignoraba. Tenía al genio de los cisnes entre los pichones de pato ahitos de cerveza, pero no lo sabía. En suma, tenía a la justificación final del órgano sentada en órgano: Bach. Pero era incapaz de sospecharlo).

(Para colmo, dice Horta que dice Bellerman, cuando Bach se sentaba delante del órgano podía pasar cualquier cosa, incluso resultados terroríficos. Una vez se puso a probar un órgano en Cäs-sel: "corría sobre los pedales como si tuviera alas en los pies y hacía resonar el instrumento de tal modo que casi se diría oír la tempestad". El príncipe heredero que pasaba por allí quedó tan estupefacto que sólo atinó a lo único que atinan los príncipes herederos cuando algo los deslumbra: se sacó un anillo del dedo y se lo regaló a Bach).

(Recuerdo ahora cuando hace algunos años, íbamos con mi hija a escuchar aquí al inolvidable Manolo Salsamendi, que cada mediodía se sentaba solo en el órgano del Juan XXIII, en Mercedes y Tristán Narvaja. ¡Maravilloso Manolo! Se sacaba los zapatos de calle y se calzaba los de órgano. No olvidaré jamás aquellos mediodías en que aprendí que, allí, a dos metros, donde nos permitía ubicarnos, el órgano no es un instrumento cuyos sonidos nos lleguen desde fuera sino algo que estalla adentro de nosotros; instrumento que, querámoslo o no, nos rodea por todas partes, nos engloba y hace suyos. Mi aborigen condición de salvajismo musical, lejos de atenuar, agrandaba estas extramusicales proyecciones de la individualidad organizada de aquellos tubos arrasantes).

(Los tres grandes genios de la música universal de cuyo nacimiento se cumplen en el año que corre, los tres siglos, vivieron en países distintos. Scarlatti habitó largamente España y murió en Madrid, pero muy joven conocido, parece, a Haendel en Venecia. Radicado en Londres, Haendel por su parte se nacionalizó inglés. Bach y él habían nacido con menos de un mes de diferencia —Haendel el 23 de febrero, Bach el 21 de marzo— en ciudades tan próximas entre sí —poco más de 100 kilómetros, pero no se conocieron ni

vieron jamás).

La carroza de Mozart

El que las cosas sean no lo que son sino lo que creemos, aparece, de todos modos, mejor ilustrado por la muerte de Mozart y con ese, a manera de lúgubre heraldo, hombre pálido vestido de negro que la precede.

Mi indigenismo musical (al que refiero por última vez) hizo que conociese el episodio a través de los libros de Gabriel Miró, que impecablemente lo relata en unas páginas de "El abuelo del rey". Siempre pensé que no era cierto, que se trataba de un puro desenfadado alarde imaginativo, como si dijéramos, de una confianza de Gabriel Miró para con la sombra de Mozart.

Hace poco, merced a un reportaje de "Le Nouvel Observateur" a Milos Forman, el cineasta checoslovaco que ha filmado "Amadeus" compruebo la veracidad del episodio.

"Una tarde de abatimiento, de tristeza de artista y de pre-destinado —dice Miró— se detuvo bajo las ventanas (de Mozart) una carroza negra. Un hombre pálido, seco, frío, presentóse delante del músico, diciéndole: 'me envía un admirador vuestro, poderoso y desventurado, para que le escribáis un Réquiem'."

Mozart quiere saber quién hace el encargo. No lo logra. El hombre pálido pone cien ducados sobre la mesa y queda en volver, cuatro semanas más tarde, por el Réquiem.

Miró nos entrega un Mozart que se deshace bajo la lámpara, componiendo en la angustia, y que al mirarse una noche al espejo, horrorizado de su demacración, advierte que se asemeja al hombre pálido. "pero ya muerto". Un Mozart que comprende que el Réquiem que le han encargado constituye su propio oficio de difuntos. Un Mozart que teme carecer de fuerzas y al que la pluma escapa de "sus dedos de cera". "Me estoy escribiendo mis funerales". (Miró, que es asimismo un genio, consigna, además, que "parecía que el tiempo se hubiese parado en el cauce de soledad y de silencio de la calleja dormida bajo el crepúsculo", cuando Mozart se asoma a la ventana, espionando el posible retorno de quien ya le pagara cien ducados por enmarcar de gloria de música la, para Mozart, evidencia de la propia aniquilación).

Cuando el hombre pálido y enlutado vuelve, Mozart no ha conseguido terminar el Réquiem. Aquel le otorga cuatro semanas más y deja, resonantes sobre la madera de la mesa, cincuenta otros ducados que son como la propina y asimismo como la tranca echada a la puerta del retorno sobre toda esperanza.

A partir de ahí, la angustia del gran músico y las notas del Réquiem progresan por igual. "Los últimos latidos de su corazón grabaron las notas postre-ras". "Esta vez oyóse en la casa el pesado rodar de la carroza negra. Pero Mozart estaba tendido, lívido, muerto, bajo un manto de crespones..." (**).

Hasta aquí "la verdad", tal cual la vivió (tal cual la agonizó, tal cual la murió) Wolfgang Amadeus Mozart.

Hubo sin embargo otra verdad: el hombre vestido de negro era, por descontento, un sirviente de alguien que, por descontento también, no llegaba siquiera a la categoría de sirviente. Mozart luchó sin duda desesperadamente contra sus propios terrores. Componía el Réquiem y paralelamente se prendía de la alegría de "La flauta mágica", en uno de los episodios de soledad y de angustia más extraños y notables de la historia humana.

El hombre de negro era un criado —imponente y severo como todos los auténticos criados— del despreciable conde Von Walsegg-Stuppach, frívolo aristócrata que solía fingirse compositor. Hacía grandes fiestas en las cuales se estrenaban obras presuntamente compuestas por él; aunque todos los asistentes sabían la verdad, la farsa de felici-



taciones y de aplausos instalaba su vértigo en la aparente elegancia de los derroches del gran tono.

Pregunto: ¿dónde está la verdad? ¿Qué verdad? Porque si el espanto miserable de este Conde resuena como la exactitud del hecho histórico "real", no menos real es que Mozart se murió. (Se supone que de mal de Bright o nefritis crónica, pero asimismo se subraya el origen psíquico del desenlace final, con el horror somatizado y la carroza golpeando sobre su enfermedad en el tiempo parado en el cauce de soledad y silencio de la calleja.

Verdades surtidas

Las verdades, además, ni siquiera son intercambiables: vienen surtidas. Hay verdades de liviandad y hay trágicas verdades. Hay verdades para mí, para tí y verdades para los hijos de nuestros adversarios. Hay verdades que mueren en la esquina y verdades que, como satélites, dan la vuelta al planeta y lo abarcan en el sueño de sus cambiantes estructuras. Galácticas verdades.

Dime tu verdad, podría decirse, y te diré quien eres.

Hace algunas semanas, por ejemplo, una escritora (¿escritora?) argentina de nombre difundido, hizo círculos concéntricos en el asombro de algunos lectores rioplatenses, no enteramente preparados para lo que constituye motivo de preocupación para la aludida escritora. Silvina Bullrich, que así se llama, escribió en un diario de gran tiraje de la vecina orilla —diario naturalmente leído en el verano de Punta del Este, aunque de escasa circulación en Montevideo— un artículo vinculado con la gravitación argentina en ese balneario. Suelta de pluma, la Sra. Bullrich se auto-clasifica como perteneciente a "la clase alta" de la Argentina, aunque al no definir qué cosa deba entenderse por tal "clase alta", quita de debajo de nuestras suelas los parámetros imprescindibles, entregándonos a la libre flotación entre el marxismo y los criterios de la crónica social. Después se ocupa, como de primos con menos roce, de familiares que tiene en el Uruguay y observa, con certeza y definitiva ironía, algo que solía decirle su madre: extraños que son, los parientes uruguayos, ¿viste? te dan el pan sin tostar y además, cuando te sirven el té, no sacan el servicio de platería. (Sic)

(Ay!)

(La Sra. Bullrich alude también a la costumbre uruguaya de comer chorizos y a nuestra clásica condición de "machetes", "cosas ambas muy tristes". digo yo, como diría Marcel Proust, sólo que Proust aplicaba ese adjetivo al "sentir" y al "pensar", "cosas ambas muy tristes", decía. La referencia a los chorizos y a la avaricia prueban apenas

que la Sra. Bullrich no es escritora de genio. De otro modo, habría advertido que lo de no tostar el pan y omitir el servicio de plata, no pueden, en su perfección, ser superados ni complementados con nada. Ché.)

La Sra. Bullrich, los temas que confisan la sagacidad de sus observaciones y, sobre todo, esa garantía de fábrica respecto de que las mismas provienen desde arriba (desde la meseta de la clase a la que, según ella dice o cree, pertenece) nos recuerdan que no sólo hay verdades de toda clase. También toda clase de gentes.

El conde Von Walsegg, por ejemplo, pertenecía a la clase alta. (Asusta pensar en lo que sería la vajilla que sacaban para servir el té en su casa.) El pobre Wolfgang Amadeus, en cambio, ¿me atreveré a decirlo, era de... "medio pelo". Bueno: un poco como todos los músicos. Por lo menos en los tiempos mayores de ese arte, los músicos integraban la servidumbre de las grandes casas. Mozart concretamente llevaba librea en la corte del arzobispo de Salzburgo. y aunque no existe constancia histórica precisa, estoy personalmente convencido que, cuando tomaba té (¡si tomaba!) lo hacía en tazas ordinarias de barro, como la gente (¿gente?) que habita la Paternal.

(Hay una carta, conmovedora carta, en la que el gran Mozart se queja de tener asignado en la mesa un lugar inferior al del ayuda de cámara, aunque se alegra, después de todo, porque está por encima del cocinero.) (***)

Iba a decir ¡Pobre Mozart!. Pero no. ¡Pobre Sra. Bullrich!

Lo bien que se hubiera llevado con el Conde Von Walsegg-Stuppach.

La verdad verdadera

El lector perdonaá las alquimias y mezclas de esta nota. Digamos que la misma es mi versión de "Verano del 85".

Señalar, a propósito de la infinita variedad de la vida, la multiplicidad de las verdades, es la forma más civilizada que he encontrado para afirmar la mía, y protestar por la ajena, no sólo a propósito del pan tostado y de la tetera de plata.

Anuncia la prensa, en un cable desde Asunción, que una importante delegación paraguaya viene a Montevideo para asistir a la inauguración del monumento al Mariscal Francisco Solano López, inauguración, agrega, "que difícilmente podría haberse concretado bajo el futuro Gobierno Constitucional uruguayo".

No tengo nada que agregar, a mi vez. Como no sea insinuar que las inauguraciones que "difícilmente" puedan hacerse bajo la libertad, no deberían intentarse ni consumarse jamás bajo las dictaduras.

Me inclino, con el más vertical respeto, delante del dolor paraguayo, y delante de esa larga tradición de tiranías que jalona la interminable peripeia de su vida. Pero digo que en la República Oriental del Uruguay un homenaje a Francisco Solano López sólo podía hacerse por un régimen así, como el que se está yendo entre nosotros.

Se llama justicia poética.



Manuel Flores Mora

(*) "Bach, tres siglos después", por Luiz Paulo Horta, "J. do Brasil", 8 de enero de 1985.

(**) Espantosamente, el cadáver de Mozart, que tenía apenas 36 años, es conducido por menos de una decena de personas y ni siquiera hasta el cementerio, porque el séquito abandona el ataúd al llegar a las puertas de la ciudad. Su mujer ni siquiera viene de Baden Baden. El despojo de uno de los espíritus más altos que ha producido la humanidad, es arrojado a una fosa común, sin marca alguna. No pudo ser luego encontrado. Hasta por eso y hasta en eso está por encima de nosotros.

(***) Ver artículo de G. David, en "Le Nouvel Observateur".



Encuentros Cercanos del Tercer Tipo

¿Unicamente los destituidos?

Dios es realmente un ser superior. No hay nada ni parecido en el Gobierno Federal.

Millor Fernández

No sé si el autor de la clasificación en encuentros de primero, segundo y tercer tipo es o no Arthur Clarke, astrónomo, británico, autor de libros de divulgación y asimismo de ciencia-ficción como ha dado en llamarse, ignoro por qué, a los que inventan o componen historias de un futuro que se supone cambiado por los progresos (o procesos) de la tecnología. (Nadie dio en denominar autores de Cristo-ficción a los evangelistas ni de esgrima-ficción al autor de "Los Tres Mosqueteros").(*)

Si recuerdo bien, los tres tipos de encuentro se aplican a misterios o inverosimilitudes en orden creciente. Si recuerdo bien, asimismo, el encuentro o misterio típico del primer tipo eran el rayo o el arco-iris, es decir, cosas que aparecieron alguna vez como milagrosas y deslumbrantes para terminar después clarificadas hasta la última hebra de la curiosidad.

El segundo tipo corresponde a cosas todavía no decididas, pero por lo menos, de ser ciertas, justificables por una o más hipótesis, como los platillos voladores.

El tercero, a lo que el hombre sigue sin aclarar en absoluto. Por ejemplo: el hombre.

Lord Russell y yo.

En los párrafos que siguen intentaré explayarme sobre algunas de las perplejidades que me provocan la forma como vienen siendo planteados, entre otros, algunos de los temas sin duda grandes que la República tiene instalados sobre la mesa.

Siempre me hizo gracia aquella precisión que Bertrand Russell hacía a propósito de sí mismo, no sé en cual intento autobiográfico. "Soy Lord Russell —decía más o menos de sí mismo— sexto Lord de mi nombre y tal vez por haber sido educado con ayos, he terminado, a menudo por no entenderme, con mis compatriotas". (Bertrand Russell era partidario poco menos que de rendirse a Hitler. El mal supremo, sostenía, es la guerra; y puesto que con aquel demonio, o se le decía que sí o se iba a la guerra, la única manera de evitar la guerra era decirle que sí).

¿Tengo acaso necesidad de aclarar que mi caso no es el de Russell? Soy hijo del Uruguay igualitario de los treinta y cuarenta. Me eduqué o maleduqué en las mismas aulas, en las mismas ruedas estudiantiles de café, en las mismas playas y en la misma pasión republicana española y anti-fascista de todo el mundo, por entonces. Soy el fruto valeriano y común de una casa como todas las casas, donde faltaban algunos bienes materiales que por entonces faltaban en todas, pero sobraban otros de que asimismo en todas había exceso. Admiré a los mismos jugadores de fútbol que el resto de mi generación. Leí al mismo Aldous Huxley y al mismo Romain Rolland. Fui batllista como todo el mundo y como todo el mundo amigo de comunistas, de socialistas, hasta de blancos.

(Alguna vez he oído decir que todos los sauces que hay en Uruguay son un solo y mismo sauce, reproducido por estacas que se le van sacando desde los tiempos de Pérez Castellano. Al cabo de los años me pregunté si habría más de algún ejemplar de Romain Rolland en aquel Uruguay de los 40, o si todos, sin saberlo leíamos al fin y al cabo los mismos desarmados y manchados tomos del espécimen único).

(Asistíamos en la Facultad a las clases de Grompone o de Couture pero no sospechábamos que jamás veríamos catedráticos de talento o de autoridad parecida. El domingo, por 15 centésimos,

de Amsterdam o de Colombes, mirábamos distraídos a los hermanos Schiaffino o a Gambetta, ignorantes de que no tendríamos nada igual después jamás bajo los ojos. Usábamos los mismos zapatos Funsa, los mismos pantalones de franela gris ordinaria con las mismas rodilleras y a todos nos temblaba de la misma manera la voz al hablar con aquellas chiquilinas absurdas, vestidas hasta las cejas, que nos provocaban ensueños y terror).

(Volviendo a casa, a veces protestábamos porque la comida comenzaba con un plato de croquetas de arroz o de papas. Mucho tiempo después leí —y lloré— en "Automoribundia" del inmenso Ramón Gómez de la Serna, una reflexión o confesión parecida. "Idiota de mí" —decía el gran escritor. "¿Qué mitad de la vida no daría ahora por comer alguna de aquellas celestiales croquetas freidas por mi madre!".)

Me recojo sobre toda la identidad común de valerianos y batllistas uruguayos que somos y que fuimos, y no salgo de mi asombro cuando a veces —me ha ocurrido muchas a lo largo de la vida— de pronto de entender al resto del país, o a sus planteos, y me abrumba la sensación de que alguien —el resto o yo— ha perdido la brújula. Este largo preámbulo es sólo para decir que, siquiera como expresión de independencia espiritual, quiero dejar constancia de mis asombros sobre lo que se recuerda y lo que se olvida a propósito de los destituidos del Proceso. (A mi juicio, claro. Y perdón).

Destituidos.

Una primera enérgica constancia: soy por supuesto partidario de reparar todas las situaciones arbitrarias o de injusticia. Creo que la forma como fue destituida la gente en esta tierra exige que se adopten medidas reparatorias. Pienso que habría que tomar de vuelta a todo el mundo y además, indemnizar a cada uno, por todos los perjuicios experimentados, a causa de la destitución, en estos años.

¿Dónde aparecen, por consiguiente, mis dudas y reservas? En que no entiendo por qué hay que reparar esas situaciones y no todas las similares o peores. Es decir: no entiendo el criterio restrictivo con que algunos proponen indemnizar a los damnificados del Proceso. Veamos.

Los años transcurridos a partir de febrero o de junio de 1973 y fundamentalmente la política administrativa y económica del Proceso causaron daño a la abrumadora mayoría de los habitantes del país. Por supuesto, que se realizaron miles de destituciones contra todo derecho, por ánimo político y sin otro justificativo que una letra C colocada en la certificación de "fe democrática" (que los gobernantes eran los primeros en no alentar).

Eso sin embargo es sólo un aspecto parcial. El desmantelamiento de la industria que tanto habían defendido el Batllismo y los gobiernos democráticos, ¿a cuánta gente dejó sin trabajo? ¿Cuántos miles de trabajadores uruguayos fueron "destituidos" por la política neo-liberal o monetarista que redujo el empleo y desalabró las fronteras para facilitar el ingreso de los intereses extranjeros en la sangría de la economía nacional? Pregunto: ¿para esos no hay reparación ni recuperación del trabajo?

Pero hay más. A aquellos que conservaron el empleo ¿qué les pasó con el salario? ¿Es verdad o no es verdad que vieron reducido en más de la mitad el poder adquisitivo de los sueldos y jornales? ¿Es verdad o no que eso se tradujo en privaciones, en miserias, en juventudes arruinadas por la falta de bienes esenciales, en la ingestión de menos alimentos, en el perjuicio general de vidas y de hogares que pasaron a la amargura y al stress?

¿Cuántos divorcios o separaciones, cuántos hogares rotos ha habido en este

país por la inevitable rotura de ese clima de paz que se genera cuando el hambre golpea, cuando el hombre no trae lo suficiente para comer, cuando la inexorable irritación arruina la niñez de los hijos, la plenitud frustrada de los padres, la tranquilidad de la vejez de los abuelos? Pregunto: se propone tomar o retomar a todos los destituidos. Me parece bien. Pero, para los damnificados por la ruina, prolongada en década, del salario real, ¿nada?

¿Y los jubilados? El hombre que disfrutaba de una pasividad modesta pero de algún modo siquiera parcialmente compensatoria para sus necesidades y que vio aniquilarse hasta concluir en la ridiculez de unos pocos cientos de pesos sus ingresos, ese ¿no tiene reparación? ¿Nadie pide nada para él? ¿Nadie dice "reparación YA"?

Me quedo corto. Es notorio que en este país —JAQUE ha publicado nombres, domicilios, fotografías— hay niños de teta que se murieron de hambre en los brazos de sus madres famélicas. El que no lo sabe es porque no quiere, pero de los chiquitos que ingresan al Pereira Rossell cada jornada, más del 70 por ciento viene con síntomas de desnutrición marcada ("Desnutrición" es una palabra hipócrita. No hay que decir "desnutrición". Hay que decir, a gritos, ¡niños que no comen!).

Pregunto: si esos niños no se organizan en un Sindicato de lactantes y crean una Comisión de Propaganda que pegue carteles en las calles diciendo "Exigimos leche YA!", ¿nadie va a ocuparse de ellos?

Lector: así como se habla a gritos también se puede escribir a gritos. Bien: estoy escribiendo A Gritos. Me parece fantástico que le devuelvan su cargo al Arquitecto Reverdito, y que se "exija YA la reposición de los destituidos" y la reparación o indemnización, como se exige, de todos los profesores de secundaria que perdieron sus grupos y sus horas, o de los médicos que se quedaron afuera de la Facultad, pero pregunto: ¿Ernesto Ché Guevara hubiera empezado por esa punta o por la otra?

¿Cuál hubiera sido la opinión de Artigas? ¿Cuál la del viejo José Batlle y Ordóñez? O acaso, perdón, la gran ley de la redemocratización nacional va a ser que el que no llora no mama, y el que no dé manija que se muera?

No soy comunista. Pero pregunto: ¿la revolución cubana empezó retomando a los echados por Batista? ¿O empezó, como nos consta, por un vaso de leche para cada chiquilín?

Pregunto: ¿qué es la izquierda? ¿qué es la humanidad? ¿qué es la justicia social? ¿qué es el ánimo progresista? ¿La lucha armada sólo?

Termino: si algo de lo que he dicho molesta, me excuso hasta los zócalos. Nada más lejos de mi ánimo que el ofender a hombres, a sindicatos, a movimientos, a dirigentes o partidos. Estoy hablando del drama de un país. Ese país es el mío. Pido, porque tengo derecho para hacerlo, un criterio de más inteligencia y de mayor humanidad que aquellos con los que a diario se nos abrumba.

Concretamente, propongo que se forme, antes que nada, una Comisión de notables de todos los sectores para que haga lo que hay que hacer primero: el inventario del dolor, la orografía de toda la injusticia padecida, el balance de la condición sumergida de cada uno. Y después, pido, propongo, grito, que no se obre con justicia pareja. Lejos de esa justicia, pido como Domingo Arena, una crasa injusticia a favor de los más débiles. Soy nadie. Pero Artigas alguien fue. Esto hay que repararlo de modo que "los más infelices sean los más privilegiados". Y si no, somos tan inmorales como los defensores con ojos abiertos del monetarismo neo-liberal.

¿Quién paga?

Digo pues que primero hay que inventariar el daño hecho y sacar las prioridades y urgencias del socorro. Pero hay otra pregunta básica asimismo, sin la cual el cuadro no es completo: ¿quién paga? Es decir: los sueldos de los miles de destituidos repuestos, y de todo lo demás que haya que indemnizar, ¿a cargo de quién corre?

La ley civil establece que aquel que provoca un daño, lo resarce. Esto es:

rompo tu vidrio, me demandas, pago el vidrio. Pero, los sueldos de los que se retoman ¿quienes los van a pagar? ¿Aparicio Méndez? ¿Los sargentos del 4° de caballería montada? ¿La Comisión de ex-titulares de Seplacodi?

Esto hay que aclararlo de toda claridad porque bueno estaría ahora que, finalmente, los sueldos de las maestras de francés repuestas en sus horas, más la indemnización por los años en que estuvieron sin grupos, tuviera que correr a cargo de los mismos obreros textiles o trabajadores de la construcción que vieron descender hasta menos de la mitad su real salario. O que simplemente, lo perdieron.

En general, ya me parece oír el argumento con que alguna tilingüería (no muy extendida por fortuna), contesta infantilmente estas preguntas: Que pague el latifundio, que pague la banca explotadora.

Bueno: voy a explicar por qué me opongo a eso. Por qué, no. Y también, aspiro a ser claro como la luz del día.

Primero: en materia de latifundio soy partidario, como dice un muy querido amigo, de comenzar la distribución de la tierra y no parar hasta repartir incluso los jardines grandes. Eso sí: lo que ese reparto produzca no puede ser, ligeramente, adjudicado a maestras de canto coral o a auxiliares segundos destituidos por el acto 7. No. Lo que la distribución del latifundio produzca tiene un solo destino moral, filosófica, política y técnicamente admisible: destinarlo por entero (y mucho más porque no va a alcanzar) a las víctimas seculares de ese latifundio. Cuando se hagan trozos de una estancia de diez mil cuadradas, lo que se saque, si se saca, debe ser para escuelas, alimentos, cuartos de baño, semillas, ropas, casas sin vinchucas, sanidad y cultura de los chiquilines cuyos destinos naufragan entre los pastizales o para sus padres, que a los cincuenta años, doblados por las heladas, parece que tuvieran cien.

Segundo: en cuanto a la banca, tengo asimismo posición muy clara. Soy partidario de nacionalizarla y si vamos por ese camino, diferencias menores aparte, no me disgusta que se incluyan hasta los bancos pintados de verde de las plazas. Pero seamos honrados: la banca nacionalizada, no da ganancias; da servicios. Difícil sería concebir una inmoralidad política mayor que perpetuar un régimen anti-patriótico que permita grandes ganancias a los bancos, y consolarse hipócritamente sacando una tajada de esos hurtos para financiar reposiciones o indemnizaciones de auxiliares segundos destituidos. Creo que está muy claro.

Cuando en aquellos años cuarenta estudiábamos en la Facultad de Grompone, nos enseñaban, como diferencia entre Finanzas públicas y privadas que, en tanto que el hombre individual distribuía los ingresos que recibía, el Estado, en cambio, primero asignaba los gastos y luego, detraía o recaudaba los fondos necesarios para solventarlos. Cuarenta años más tarde, hemos aprendido que no sólo los hombres nacen pobres. Las patrias también. Y que cada recurso que se asigna a una cosa, es retirado de alguna manera a otra. Es decir, que financiar es optar.

Por eso, así como reclamo el inventario general de los daños resultantes del Proceso, a cargo de quien sea y con las garantías del caso, propongo asimismo que se enumeren los recursos y se diga de qué cantidades se dispone, de dónde se sacan y quién las paga. Y después, recién después y no YA, se organice racionalmente, con criterios sociales de ética y de justicia, la distribución ordenada de esos fondos. Empezando, reitero, por los más doloridos y más débiles.

Hace mucho, refiriendo a otros temas, el gran Paul Verlaine dijo que "le reste" era literatura. Bueno: con perdón de oídos tímidos, lo que intento decir es que si no se hace como digo, tout le reste est joda. YA. (Mil excusas).

Manuel Flores Mora



(*): Arthur Clarke es el que escribió "2001, Odisea del Espacio".

Orgullo y alegría

Ante la vida de Mario Arregui

Hace ahora siete días, cuando "JAQUE" entraba en la prensa se murió Mario Arregui. Por más de cuarenta años — que empiezan en las mesitas y sillones esterillados del viejo Café Metro — mantuve con él una amistad de hermanos. (Lo consigno para que nadie equivoque el sentido de estos recuerdos que quiero depositar junto a su sombra, y que es preciso hilvanar en un lenguaje sin lágrimas, para que lo mortuorio o lo lloroso no empañen el debido homenaje a la personalidad tan pura como extraña que fue Arregui. Borges observaba que el gran Quevedo no se permitió en su vida una concesión al sentimentalismo. Hablemos así de Mario, entre otras por una causa muy simple: es el único modo como podríamos hablar de él).

Hay una anécdota Marxista-Leninista de Arregui que yo solía contar delante de Arregui y que sirve para empezar por una punta cualquiera su retrato. Durante años aparecía en su conversación la cita de uruguayos, naturalmente comunistas, que él adoraba pero que yo no conocía ni de nombre. Arregui me describía con entusiasmo sus virtudes; "gran amigo, tipo extraordinario, marxista-leninista...". Seis meses, dos años, una década después, hablaba de dos, de tres, de veinte personajes parecidos con descripciones psicológicas encomiásticas siempre terminadas igual: "extraordinario, gran amigo, tipo culto, marxista-leninista".

Un día, empieza a hablarme de alguien con afecto y entusiasmo. Como la referencia política no llegaba, lo interrumpo a mi vez:

— ¿Marxista-leninista?

— Veo todavía los ojos de Mario alzar se con asombro:

— ¿Cómo sabés?

¡Bendito Mario! Muchas veces conté el cuento delante de él a interlocutores que se reían, sin que jamás el semblante impasible de Mario —superficie de un agua muy honda en cuyo barro de fondo se estremecía una humanidad sin resentimientos, perdiease la placidez ni admitiese tampoco, lo que hubiera sido mucho, la veracidad de mi burla.

(En el fondo, el marxismo-leninismo de ese amigo Mario cuyo nombre no recuerdo era para mí fundamental. Había una hebra de temor en mí sobre que no fuese yo, dentro de su corazón, la única debilidad no contaminada por Marx o por Lenin, ni además lavandera, moza de café o peón rural de Flores, en el alma de Mario).

Durante años de campañas políticas, cuando faltaban uno o dos meses para las elecciones, caía yo por las más a aquel Porongos natal de Mario, culo del mundo según decía mi padre donde nació mi raza Flores. A partir de la muerte de Luis Batlle fui a buscar votos para listas improvisadas con amigos de pocos recursos que me apoyaban, según suele pasar, a última hora. El primero que aparecía a mi lado era Mario, impasible: "Che, ese equipo de amplificación de tus amigos, acopla. Es una mierda. Ya te hice instalar el del Partido en la plaza". Se refería claro al Partido Comunista. Al rato estaba yo clamando los verbos de Batlle por equipos comprados para Stalin o Kruschov, mientras de los ojos de mis correligionarios colorados huían juntos preguntas y reproches ante aquel contubernio no explicado. Así como cada elección mi voz estaba más cascada, así el micrófono resultaba cada vez más espléndido. No negué, como Pedro, tres ni una ni ninguna vez mi amistad con Mario Arregui ni nunca sentí por esa amistad ante mis simples y extrañados colorados en alpargatas de Porongos, "respeto humano" por esa, para ellos no muy cristalina, fraternidad bolchebatlista de dos fanáticos, como a los ojos de todos, ambos éramos.

("Respeto humano" llaman los católicos a ese pudor por la fe que uno siente ante aquéllos que no la comparten. Sólo que los católicos se refieren a la fe y la fe, con serlo todo es menos que la amistad: La fe no es retribuible; la amistad, sí).

Vida y vida.

Obviamente yo no estoy escribiendo de la muerte de Mario (¿cómo hacerlo?). Estoy escribiendo de su vida.

Mario era absolutamente el ser humano más cercano de la perfección en algunos órdenes que yo haya conocido. Desde mi punto de vista batllista era un comunista fanático; yo, sin duda, un carcamán para él. Todo eso terminaba sin embargo en la frontera de la política. Después empezaba el reino verdadero de la literatura, donde solo la literatura manda. Mario debió ser el más viejo e intenso admirador de Jorge Luis Borges en el Uruguay. No es inoportuno citar a su propósito aquel "Vida y muerte le han faltado a mi vida" con que Borges confiesa sus vacíos en el prólogo de "Dis-cusión", de 1932.

En la vida de Mario no faltaron ni vida ni muerte, aunque no hablaré ahora aquí del injusto y tristísimo final del menor de sus hijos. Cuando Mario ponderaba a un escritor, o lo negaba, erraba y acertaba como cualquiera. Acertaba más. Erraba por ejemplo con Proust, de quien me dijo un día indignado que era un "acomplejado trepador", "estudioso de mundos para a ellos ingresar". Lo digo para ilustrar su ingenua capacidad de equivocarse pero asimismo su dirigirse directo hacia la humana naturaleza del escritor, fuese quien fuese, que hubiere detrás de los libros y dentro de aquella, la parte que en los libros aparecía.

Su relación con la literatura era así la de más justa y personal autenticidad que en nadie he visto. Pero, como en el resto de su vida la viril autenticidad, estaba esta despojada de toda defensa: directa hasta lo candoroso, expresada hasta la brutalidad y olímpica porque salía de la condición moral más desahogada de egolatría ensuciadora. De Mario cabe decir que solo tuvo, si tuvo, los defectos que no advirtió. Su condición moral era en él la base de todo y lo único, además del amor y del arte, que le otorgaba sentido. Fue el hombre bobo a quien le escuché las cosas más geniales. No era un genio. Pero como decía Vaz Ferreira, "el genio le amagaba". Fue así el genio al que le escuché las mayores ingenuidades. Nacido para despreciar todas las formas de lo adquisitivo, escribía por una sola razón: le gustaba. Podía de este modo escribir, sin plagiar, cosas que le habían gustado al leerlas escritas ya por otros.

Le encantaron los cuentos de caballos de Horacio Quiroga. Los escribió a su vez. Formalmente parecían robados. "Los saqué de Horacio Quiroga" decía. Solo que los caballos eran de Mario. (Eran otros caballos).

Esto era asimismo el secreto: Mario escribía porque había vivido. Sus prositutas son en su obra porque frecuentó de joven "La espuma" de Flores. O cosas que no había vivido pero que eran vida —seres, casos— a los que había asistido. Sus pobres mujeres de orilla, sus chiquilines, sus peones del campo, tenía que escribirlos como otros ante paisajes que los conmueven a sacar fotografías. Solo, me consta, fué cruel a propósito de sus obras y con ellas.

(Daniel Gil me comunica esta anécdota brillante. Mario había escrito "Las cuevas de Nápoles", cuento que corresponde a "La escoba de la bruja". Entusiasmado con el cuento Daniel Gil hizo un estudio para la sección Psicoanálisis Aplicado de la revista "Programa".*)

Mario naturalmente, sensible a todo ello, telefona a Daniel.

Lo que dice escapa a toda previsión:

— Leí tu comentario, che, pero el cuento es malo. Bueno: tu comentario no sé si está bien o está mal. De eso no entiendo. Pero además no me importa.

Escritas para gente que no conoció a Mario estas palabras parecen grosería. Ocurre que no eran dirigidas a Daniel. Eran comentarios en voz alta que Mario hacía para sí mismo, intercalando pausas, poniendo tono dubitativo y

derivándolos enseguida hacia la firmeza de posibles conclusiones. Ultimamente le había dado por decir, que en todo lo que él, Arregui, había escrito, "bueno sólo había tres cuentos". "En realidad, bueno uno solo", otro sobre el que decía no sé qué y un tercero "que arrimaba". (**)

Cuando murió Román, Mario lloró por años. Hijo al que perdió todavía niño, entre las Lamas, me decía: "¿Te des cuenta? Se le negaron los derechos primeros de todo hombre: la noche de bodas, engendrar un hijo, asistir al entierro del propio padre."

Es terriblemente difícil escribir sobre Mario. Al hacerlo uno parece revivirlo dentro de uno; al mismo tiempo, comprende que quien no lo conoció esté imaginando un ser distinto, un hombre diferente a éste que fue decencia pura, severo de la propia vida, tanto o más de lo que fuera de la propia obra literaria. La paz consigo mismo, hecha de su inocencia respecto de culpas que parecen en otros identificadas con la condición humana, está por ejemplo instalada en esa respuesta sobrecogedora que entrega a Martín Arregui, otro de sus hijos. Martín se resistía a que Mario permaneciese semanas en la absoluta soledad del campo, solo entre las paredes de aquella estancia que como todo él, desde los pensamientos a la ropa, estaba hecha de despojada severidad, de rechazo de todo lo superfluo.

— Viejo ¡no podés vivir así, días completamente solo!

— Tengo espejos.

Espejos y vivos fantasmas interiores cuya independencia toleró y cuya verdad humana respetó desde un extremo a otro de la vida.

Tal el caso de Líber Falco, cuyo semblante describió magistralmente diciendo que tenía cara de "gargola buena". Tal el caso de Malraux o Neruda para citar algunos de sus autores favoritos. Tal el de Luis Buñuel cuyas memorias, "Mi último suspiro", fue creo lo último que Mario leyó y que confesó a su otro hijo Alejandro que era el libro que le hubiera gustado escribir, tan bueno lo encontraba.

Colmillos del perro.

En el año 77 lo llevaron las Conjun-tas y durante meses pasó las de Caín. Cayó así: estaban presos todos. Estaban presos por ejemplo Tola, la mujer de Tola, los dos hijos de Tola. Un día Mario sale a la calle, en Flores, en la puerta de Onda, fuerte y para que lo escuche todo el mundo, dice: "Hacen bien en aprovechar estos hijos de... porque les queda poco". Un viejito que estaba cerca le dijo: "No hables así". "Que no voy a hablar si son unos hijos de tal y cual y si además les queda poco" (Les quedaban todavía años. Tanto que Mario ha cerrado los ojos para siempre una semana antes de que se fueran). Tanto que uno desearía para él aquel privilegio con que Buñuel cierra su libro y que traduce la simplicidad pública del póstumo deseo: Permiso para salir cada tanto del sepulcro, comprar los diarios y con ellos al brazo retornar al "refugio tranquilizador de la tumba". Mario merecería leer los diarios de este viernes y los de las próximas semanas, siquiera sea para compensar la historia del colmillazo en el cuartel.

El viejito con quien discutió era un coronel retirado que se mandó mudar. Al rato una patrulla detuvo a Arregui Y otra después en San José a Luis Pedrito. Cuando uno le preguntaba por la experiencia padecida Mario la contaba con la misma naturalidad con que pudiera contar una anécdota de café o el argumento de una película. Como quitándole importancia a todo pero sin alterar jamás, en la dignidad de su hombría, la milésima parte de un detalle.

En uno de los cuarteles donde estuvo había perros. Pedía para ir al baño y lo llevaban encapuchado, un soldado del brazo, otro con la correa, tirante en la mano, a cuyo extremo un perro jadeante abría las dentelladas a un centímetro del muslo.

También había perro en los interrogatorios. Al interrogarlo le largaron los perros. Parece que como en el Tancredo de la corrida de toros, si te quedas absolutamente quieto, la fiereza nada te hace. Luis Pedrito se mantuvo sin movimiento y sólo sintió terror y aliento húmedo ("Después se le reventó el corazón, nos dice Daniel, pero esa es otra historia"). Mario no lo logró. Como prueba le quedó la marca profunda y larga del colmillo del perro en el muslo.

Para contarle Mario no se hacía problemas. Tampoco para probarlo. Con mis ojos he visto como en mitad de una reunión se ponía de pie y delante de amigos y señoras se desprendía los pantalones y los bajaba hasta abajo de la rodilla. Muchos en realidad no llegaban a distinguir la cicatriz del colmillazo, distraídos por una originalidad previa: Mario no usaba calzoncillos. En su lugar un short parecido a un pantalón de fútbol, de una tela basta como lona y un color azul apagado y añoso. ¡Mario!

La tortura solo le arrancó puteadas. El submarino ("una tabla ¿sabés? como un sube y baja que metían una punta y tu cabeza adentro del tacho") tampoco pudo con él. Contaba con algún orgullo el final: Sintió una voz que decía: "Paren con ese viejo de mierda. Se les va a quedar sin que le saquen nada".

Aquel Mario tenía otras cosas de encanto. Al final de esta nota es como si no hubiera empezado a hablar de él. He omitido referir la encantadora amistad, hombre hacia hombre, que cultivó con sus hijos. He omitido la delicadeza con que hablaba, casi como un novio, de su preciosa y única hija Vanina. He omitido decir que en cuarenta y cuatro años de amistad no tuve un solo encuentro con él en el que no cumpliera su deber de ciudadano del mundo: enjaretarme argumentos a favor de Marx o de Lenin. Jamás sin embargo, en cuarenta y cuatro años salió de su boca una sola palabra que pudiera molestarme o romper la delicadeza del respeto sin el cual no concebía la relación del hombre hacia el hombre. Hay gente que cree que ser fino consiste en tener un BMW, en un traje atildado, en un modo construido de hablar y sonreír. Lo contrario de eso, Mario era un viviente espejo de una milenaria hidalguía de raza, de una antigua sangre cantábrica, fundadora de milenios. De joven la aplomada varonilidad de su belleza de su perfil alargado lo hacía parecer un personaje del Greco.

Conservaba orgullosos inocentes. Hacer el amor, por ejemplo, como en ya idos días. Se negaba a que su quebrantada salud con marcapaso le quitara también otros placeres. En su última noche fuera del hospital cenó tres platos de guiso y combinó los 15 cigarros del día con medio o un litro de vino. Más lo que ustedes imaginan. ¡Mario!

A su respecto he estado dos veces heroico. Las veces que lo visité en Impasa no se me movió un músculo. Sólo después de salir de la sala, fuera ya de su vista, lloré sin consuelo.

La segunda vez es esta nota. Mira, lector, la casi liviandad con que está escrita. Después de mi firma, sin embargo, viene mi libertad. Deja que me vaya con mi dolor, con el recuerdo de Mario y con el llanto.



Manuel Flores Mora



(*) PROGRAMA N° 1 Página 29
El estudio de Daniel está dedicado a Mario en recuerdo de Luis Pedro Bonavita Espinola, Luis Pedrito, amigo íntimo de ambos, también mío, primo de Daniel y ex-socio de Mario en cría de ganado lechero.

(**) De esto se conserva prueba. Poco después de decirme en casa, vi que, entre otros comentarios lo había repetido en un tape que ahora hay que salir a buscar y en cuya filmación intervino entre otros Diego de Améaga.

Entre el 17 de febrero de 1950 y el 13 de febrero de 1953, Manuel Flores Mora publicó 64 notas en la página última del Semanario "Marcha". Con el propósito de ofrecer una muestra de sus comienzos como periodista, incluimos en este apéndice seis de esas notas, tomadas prácticamente al azar. Flores Mora tenía en ese entonces 26 años. Es intención de los editores de JAQUE publicar próximamente la colección completa de las mismas, con una selección de artículos aparecidos en otros periódicos.

1920-30: LOS DERECHOS ARTIFICIALES DE LA MUJER

La impresión del sociólogo, cuando estudia la historia humana desde las cavernas y Cromagnon hasta Corea del Norte y Mac Arthur, es que el año 1920 marca la época a partir de la cual el hombre se relajó del todo.

El relajo, si se nos permite el término chabacano e insustituible, había comenzado en realidad un poco antes. En las propias cavernas. Pero nunca, a lo largo de la historia, su triunfo había sido tan completo, su extensión tan rotunda, su aceptación tan clara. El concepto de relajo, como el concepto de libertad individual antes, o el de fidelidad al rey, antes todavía (o el de amor a Dios, antes de antes) será, tendrá que ser estudiado algún día como componente básico, motor último y explicación suprema de muchas cosas que han venido sucediendo bajo nuestros mismos ojos.

Las mujeres.

¿Ni qué hablar, en esto también como en todo, del importantísimo papel de la mujer. El hombre había vivido siempre y desde siempre para algunas grandes pasiones viriles: la política, la guerra, la religión, el arte. Desde 1920 el hombre empieza a vivir para la mujer. Y olvidadas, derrumbadas, prostituidas todas las bases anteriores de la vida, la mujer se hace lo más importante del mundo, la dueña del planeta conocido, la emperatriz de los modos y maneras de ver, de opinar y de sentir.

Cabe afirmar en tal sentido que la causa de todo fue la guerra. Y concretamente la del 14 al 18. Que fue la que desbordó el vaso. Y el vaso (se notó enseguida), estaba lleno de champagne.

Acostumbrado a pelear desde que lo pusieron en el mundo, el hombre (como aquél tango de las muchas minas, pero de la ninguna mujer), había vivido infinitud de guerras pero ninguna post-guerra. Ese espectáculo, ese ambiente de maravilla y borrachera que es una post-guerra (suerte de luna de miel desesperada con el mundo y sus encantos cotidianos) aparece recién, con caracteres definidos, a partir del 18. La humanidad envuelta en su ola de irresponsabilidad, comprendió recién a partir de entonces, que la gran causa de todas las guerras era la necesidad de las post-guerras. Y que no había justificación mejor para un minuto, que el vivirlo (sic), como si fuese el último de la vida.

Varias cosas de importancia señalada realizó la mujer a partir de este 1920 que nos ocupa, y que son algo así como sus primeros actos de Gobierno.

Lo primero que hizo fue desvestirse un poco.

La moda.

Por un milagro de la historia (que también los tiene como se ve), el sol y el aire comenzaron a ver a partir de 1920, después de casi 25 siglos de abstinencia, las piernas femeninas.

Aquella gran revolución universal del corsé suprimido, que ya historiamos en nota anterior, desaparece casi, imperceptible, frente a estas innovaciones radicales. En 1900, en el pretil ya del siglo viejo, la falda femenina había perdido la cola que arrastraba por los pisos. Y la pollera, con su vuelo redondo, se había alzado casi tres centímetros del piso. Dejando ver el zapato. De 1920 en adelante (y sin más excepción que la moda reaccionaria del año pasado, ya

muerta y enterrada en 1950), la pollera no deja de ascender canilla arriba. Claro que ya nos hemos acostumbrado. Claro que ya no es inmoralidad. Claro que ya no tiene interés casi.

Pero estamos hablando de 1920, y para comprender hasta donde ese año y los diez que lo siguieron aparecen revolucionados por esta transformación enloquecedora, no hay sino que ver una revista cualquiera de la época. Absorbidos los ojos del hombre por el espectáculo nuevo (y dueño cada varón de ver a sus anchas las pantorrillas de absolutamente todas las mujeres, conocidas o no, con sólo asomarse a la calle), ni que decir que los ojos se perdieron para todo lo demás. Y de ahí que hasta la propia mujer haya perdido por un momento interés con todo el resto de su cuerpo.

El talle bajo espantoso, los sombreros más feos de la historia (aquellos de fieltro, redondos, como gachos sin ala), y la moda del busto achatado, (¡qué animales!) son otras tantas comprobaciones de esta verdad que comentamos. El varón que durante siglos se había agazapado en las esquinas, y esperando horas para sorprender a la mujer distraída y contemplarle durante una fracción de segundo — ya fuese al subir a una carroza, ya fuese al ascender a un tranvía de caballos — cuatro dedos escasos de pantorrilla, cubiertos además por una media rayada de algodón de un centímetro de ancho, perdió la cabeza y hasta el gusto cuando le mostraron por ahí, y en centenares, piernas enteras de todos los colores y tamaños.

Menospreciado por las historias al uso, este detalle fundamental es la más honda explicación de por qué, las casas, las ropas, los vehículos y la vida en general se hacen tan feos, tan divorciados de todo sentido estético, a partir de entonces. Nadie se ocupaba de mirarlos.

Home sweet home.

Desvestida que estuvo (libre cuando menos de tanto trapo como le había dificultado el movimiento y la respiración durante siglos) y ya en franca marcha hacia el traje de baño de dos piezas y la solera escotada, la meta u objetivo siguiente acometido por la mujer fue la destrucción de ese instrumento de su esclavitud que había sido durante otros tantos siglos el trabajo del hogar.

Lo grande, por supuesto, y el origen secreto de la efectividad atroz obtenida por la mujer en esta rebelión, ha sido su carácter absolutamente inconsciente. La mujer se levantó sin saberlo, mostró las

piernas sin saber por qué lo hacía y dominó al mundo sin cobrar hasta hoy conciencia de ello.

Tiraba al suelo, por ejemplo, una regla moral de 20 siglos, al apretarse el tejido de la pollera sobre la cadera, de manera que revelara ajustadamente la forma de su cuerpo. Y en vez de pensar en el cambio sociológico introducido y en sus infinitas consecuencias, el único comentario que se le ocurría era el "¡Qué mono!"

Este "¡qué mono!", de cuyas resultas hemos vivido los hombres totalitarismos como el de Hitler, y tragedias universales como la última guerra, ha sido el disolvente jamás fallado de una moral tras otra, de una religión tras otra, y de un vida entera. Con el "¡Qué mono!" adelante como una bandera la mujer ha cambiado sin saberlo (sin importarle, en realidad, que es mucho más y mucho menos que el sin saberlo) la faz del planeta, el rostro de la civilización, el puesto de Dios en el cosmos y la velocidad de circulación de la sangre en las venas.

Y esta inconsciencia del "¡Qué mono!", trasmutable en el "¡Qué amoroso!" o en el "¡Qué práctico!", fue la que le permitió, a través del milagro intuitivo mayor, la supresión del régimen hogareño de vida, sobre el que se había basado sempiternamente la civilización occidental. Consistió este milagro en destruir el hogar, el trabajo del hogar, el papel de animal doméstico de la mujer en el mundo, no luchando contra él, como lo hubiera hecho el hombre. Sino por el absurdo: o sea por perfeccionarlo en su grado más alto. Y tan perfecto lo hizo la mujer, que consiguió por último arrancarle ese matiz, que es la flor de todas las perfecciones, y que puede definirse como la deshumanización absoluta.

Obra cíclopea, esta tarea fue consumada en el corto lapso de unos pocos años. Desde la escoba a la aspiradora eléctrica, y desde la fiambreira colgando de las ramas de la higuera en el fondo, hasta la refrigeradora eléctrica modelo, el hogar cambió bajo este viento de fronda femenino.

Hasta que solucionados, así, por eliminación, sus trabajos casa adentro, y limpio y desvitalizado y desodorizado el hogar, tuvo tiempo para volcarse en la calle. E intervenir. La mujer no sabe como se llama esta maniobra genial, claro. Pero lo que resulta imperdonable es que los hombres, y los generales, y los políticos, no hayan advertido que se trataba simplemente de una operación de consolidación de posiciones y reagrupamiento de fuerzas.

A la vuelta de todo esto lo que vino fue una reivindicación de derechos de todo orden. Y así como los derechos naturales del hombre fueron bandera de combate no triunfante todavía, los derechos artificiales de la mujer fueron conquista rápida que nadie que tenga ojos podrá negar. Derechos políticos, derechos sociales, derechos civiles, feminismo, razonamientos coquetones invadiéndolo todo y crisis definitiva de este hermoso mundo viril que nos habían legado los romanos y los bárbaros, y que hemos entregado como cobardes Boabdiles, llorando lo que no supimos defender como hombres. Se acabaron así "los gitanos que iban por el monte solos", y se fue el tiempo de las palizas conyugales y de las mujeres silenciosas y calladas. Ahora todo en el hogar es "cuestión de opine", como en los "off-side". Y en el opine, claro, gana siempre la mujer. Como el cuadro grande.

El movimiento que empezó en Inglaterra con las sufragettes, allá en los tiempos de ñaube, cuando una mujer se tiró en un Derby bajo las patas del caballo del Rey Eduardo VII, para impedir con su vida que ganara, y para manifestar así que tenían que darles el voto (!) es hoy desastrosa realidad que va a terminar todavía con Blanco Acevedo en la Presidencia.

El Ford.

La única reacción que ha tenido el hombre efectiva contra este movimiento ha sido el automóvil. Después de perder el caballo, el automóvil es lo único que ha, tenido el hombre innaccesible para la mujer. El automóvil fue el último reducto de la virilidad, la última herramienta de su dominio sobre el "sexo fortale-

cido. El automóvil fue durante varios años el talón de Aquiles del feminismo, el límite a las expediciones de conquista de derechos. La última cosa que la mujer ha conseguido ocupar en tren de dueña, y la única que todavía no había copado en 1930. Por eso la historia del mundo desde entonces puede definirse como la conquista del automóvil por la mujer y más nada...

En el principio fue el Ford a bigote; esa concepción mecánica que plagiando de lejos a Huxler puede decirse que es el subconsciente del automóvil, la imagen onírica del Fluid Drive.

Desde el veinte o poco antes, el Ford empezó a buscar su forma, como tanteando a ciegas, y toda la década se la pasó con timideces, hasta despampanar al mundo con aquel inolvidable Ford A del 28, 29 y 30. Instrumento en forma de altílo, con un radiador que hierve y cuatro ruedas con alma de loca, sensibles a la pinchadura de un garbanzo pero capaces al mismo tiempo de adaptarse y resistir la huella del camino más delincuente y retorcido, el Ford a bigote funcionó con nafta, con alcohol, con kerosene y hasta con caña, si cuadraba. Pionera de la locomoción moderna, verdadera alpargata del automovilismo (hasta por lo del bigote), mató al caballo sin querer y permaneció inexpugnable al manejo de la mujer. Algún día habrá que levantarle un monumento a este Ford heróico, que prefirió marcharse al campo, a morir con los caballos, antes que tolerar el dominio femenino en la ciudad, y la boga de los "Hidromatic", contruïdos para manejo de mujeres, sin cambios dificultosos y pintados de colores bonitos.

Hay un cuento popular en Estados Unidos sobre un hombre que compra un Ford y se aleja en él de la fábrica. A los 14 kilómetros se le para. Comprueba al bajarse a ver, que el Ford no tiene motor, porque se olvidaron de ponerlo. La fábrica lo resarce, y cuando el hombre se pregunta cómo pudo andar catorce kilómetros sin motor, le contestan:

— Para trechos tan cortos, al Ford le basta con su prestigio!

Y francamente, lo creemos. No es vano es este Ford lo único que resiste todavía a fines de la década la embestida frívola y disolvente del feminismo. Último documento de la virilidad, al fin y al cabo, no es suya la culpa de este dominio del curso de la historia, por esa Julio Arévalo que toda ciudadana lleva en el fondo de su corazón.

Resumen.

Podríamos haber historiado de otro modo estos años. Podríamos haber recordado que empezaron cuando gobernaba Brum y terminaron ya en franca acelerada hacia el golpe de Marzo. Podríamos haber dicho que fue en estos años que Luis Alberto de Herrera presentó la primera de sus seis candidaturas a la Presidencia de la República (1922) y que fue en ellos que tuvo lugar el mentado temporal de julio (1923), del que todavía se habla a veces, cuando la noche es de lluvia, y el viento ruge, y los chiquilines tienen miedo.

Pero por sobre Mussolini, que subió al poder en este entonces; por sobre los primeros campeonatos mundiales de fútbol que ganaron los celestes, y que se inscriben los tres en este decenio (1924, 1928, 1930) culminando con los inolvidables cuatro goles a los argentinos en el recién estrenado estadio; y hasta por sobre Gardel, que llenó con su voz y su estilo inigualado de cantar, el sentimentalismo de estos años, hemos preferido centrar nuestra nota sobre la mujer, su revolución y sus desastres.

Algún día, como decía José Artigas, se levantará el alto tribunal de la historia y hará justicia. Y dirá la verdad.

Lo que se dirá entonces es que al promediar el primer cuarto del vigésimo siglo, la mujer se cansó de ser esclava y se rebeló contra el hombre. Y que para tomar el poder (siguiendo en esto la técnica nunca fallada del auto stop) le bastó con levantarse las polleras. Y mostrar las piernas....

Manuel Flores Mora



1930-40: LA DECADA QUE SE LLEVO A GARDEL

A medida que dejamos caer la vista sobre su superficie chata y cenagosa, se nos viene fatalmente a la cabeza la idea de que esta década 1930-40 será, con el andar del tiempo, reconocida como el borrón en la familia de las restantes décadas del siglo.

Puestos más o menos de acuerdo sobre que entre 1900 y 1910 se miró para atrás y se perteneció en cuerpo y en alma al gran siglo XIX en liquidación laboriosa, hemos convenido también en que la década segunda, hasta el 20, que fue final de velorio para tantas cosas que habían muerto, contuvo después de todo en sus límites el nacimiento de algunas otras que todavía hoy nos distinguen entre las tierras del planeta.

Un poco a la manera de la hermana menor, malcriada y frívola, la década tercera, con sus innovaciones superficiales (que se hicieron hondas porque lo superficializaron todo), conservó aún un poco cuando menos de gracia, de encanto que le hace perdonar sus errores, de despreocupación y carcajada que nos impide el hacerle reproches en serio.

Pero detrás de todas ellas, esta triste década chata que es la década cuarta —sin busto, sin caderas, sin inteligencia en los ojos ni moral en el alma—, es la equivocación mayor de nuestra historia.

Descangallado fantasma surgido en la imaginación fané del autor de algún tango, es con mucho, la más pesada y negra, la más horrible y flaca: el rostro más cubierto de granos y de pelos en toda la galería familiar; la tara esa de que todos tienen vergüenza por turno. Todo tocó fondo en ella, y cuanto más la estudiamos, más y más sinceramente nos parece, como la ociosidad, la gran madre de todos nuestros vicios.

La vida familiar

Sirvieron estos diez años para liquidar —y hasta donde!— el viejo espacio de los hogares. Recuerdo haber oído alguna vez, en boca de alguna vieja romántica la definición despectiva de esa gran innovación que fueron las casas de apartamento: "conventillos de juo"...

Exageración sin duda, porque después de todo la casa de apartamentos sigue pareciéndonos mucho más que un conventillo, el tiempo ha dado vuelta la premisa. El historiador encontrará con el tiempo que el conventillo fue mucho, muchísimo más que la casa de apartamentos. El conventillo dio después de todo, un ejemplar humano, un hombre (el guapo), y dio también, ya que no un arte, cuando menos una nota dulzona y sentida que quiso serlo, y que tal vez lo sea, (el tango). La casa de apartamentos no nos ha dado nada en cambio, como no sea este bipedo implume del Montevideo de hoy, capaz de dejarse convencer por los argumentos de peso contenidos en las canciones y parodias de canciones electorales que aturden en 18.

Pero no es sólo esto, el no dar nada, el gran crimen de la casa de apartamentos. Sino el haber borrado para siempre otras cosas, imprescindibles para nuestra vida nacional. Se acabaron con ellas las piezas altas y vastas, el recoveco de jugar los botijas y el ángulo aquel de la sala (o de la galería) donde uno podía pensar en la novia, en la patria o en Bécquer, mirando a través de un bosque de muebles enfundados y piano con candelabros, el ocaso del otro lado del ventanal con cortinas de terciopelo. La casa de apartamentos liquidó el espacio vital doméstico. Liquidó el mundo que había dado a un Julio Herrera y Reissig, y los rincones que habían aterrizado y dado presión al alma de Delmira Agustini. Liquidó la imaginación particular bajo todas sus formas. Antes todos soñaban paparruchas. Ahora la gente —las mujeres, los adolescentes— o no sueña o sueña el sueño standarizado de un bolero escrito en Cuba por alguien cuyo idioma natal es el inglés y grabado en la Argentina por el hijo de un checoslovaco venido a menos. Cuando el siglo empezó, el sueño (los sueños personales e intransferibles de cada ser humano en la cur-

sería de su corazoncito) se parecían a las nubes: se formaban en el aire y tomaban en cada momento una irreplicable forma distinta.

Eso pasaba porque las casas eran grandes y porque uno soñaba haciendo vagar la mirada por el espacio vacío de las piezas grandes, y de los jardines grandes de las quintas. Con las casas de apartamento el sueño tuvo que renunciar al vagabundeo de la vista, que es libre (porque la vista uno la dirige adonde quiere) y sustituirlo por el oído (que es pasivo y tiene que tolerar lo que le metan dentro). El sueño de origen auditivo, copado por la radio, y por la radio mala, se alimenta de canciones que son como las latas de conserva donde se venden, con gusto adulterado y emparejado, las emociones condensadas e importadas.

Este gran crimen, más hondo que diez guerras con sus matanzas, más radical que cualquier golpe de estado o subversión política; este homicidio de la cursilería y de la terzura, se realizó en los corredores de las casas de apartamentos, en la sordidez de sus cuartos chicos con vistas al mar prostituido de los tragaluces.

Popularizadas a partir del Centenario, las casas de apartamentos son hoy, "mejoradas" con el expediente de la propiedad horizontal, el gran sistema de vivienda popular. La propiedad horizontal es a su vez, la paradójica solución jurídica que permite tener "casa propia" y carecer al mismo tiempo de un metro de tierra propia donde caerse muerto. Este es el risible imposible a que nos ha llevado esta innovación de los conventillos de lujo, cuya responsabilidad total no podemos dejar de atribuir a esta década idiota.

La política

La política mezquina de esta década parece también fraguada dentro del espacio estrecho de un apartamento. Aunque el edificio que la simboliza (porque la protagonista) es en todo caso el Cuartel de Bomberos. De aquí que en un cuartelazo, con sus prolegómenos y sus consecuencias, se agote la historia política de la década. Golpe de marzo se le llama también, y hasta revolución de marzo por algunos optimistas. Lo dio Gabriel Terra, Presidente de la República, el 31 de aquel mes del año 1933. Lo saben hasta las piedras. Aunque el olvidarlo a cada rato haya sido erigido por todos, poco menos que en necesidad y deber nacional. La verdad es que de memorable no tiene nada como no sea la muerte de Baltasar Brum.

Que consumado el golpe (Terra, colorado, como agente, y Herrera, blanco, como soldado tranquilo) y después de esperar sabe Dios qué durante horas en la puerta de su casa, a medio vestir, con un revólver en cada mano y rodeado por la policía, prefirió pegarse un balazo cuando mediaba la tarde. Su entierro, las manifestaciones a que dio sitio, y el con-

seguido propósito popular de llevar su ataúd en vilo, contra viento, policía y marea, hasta la estatua misma de la libertad, fueron a las pocas horas el primer índice de que debajo de toda la trapisonda, había un pueblo encaprichado en ideales distintos a los menegadísimos del golpe.

No habían pasado todavía dos años cuando un intento de revolución a la antigua (enero de 1935) vino a probar una vez más que éstas habían sido jubiladas para siempre después de inventado el avión y otros artefactos. La misma costó sin embargo la vida a algunos pocos cuyos nombres tendrán que volver una y otra vez, como el de Artigas, cada vez que se pretenda hacer la historia verídica de nuestras libertades. Se hicieron matar. Y más que eso no habían hecho por cierto los soldados de Las Piedras, Guayabo o Tacuarembó.

Terra, que detuvo las aguas del Río Negro con una magnífica represa, no pudo sin embargo detener el hilo de aquella sangre que empezó con la de Brum. Cada una de las revoluciones del siglo pasado, hasta la del año 4, dejó su huella en la historia posterior. Y el Uruguay del presente sigue viviendo consecuencias de cada una de ellas, tómesese la que se tome, colorada de 1865 o blanca del 97. La "revolución" de marzo, a apenas 17 años de planeada y consumada, pertenece ya al olvido. Ni quienes la vivieron la recuerdan. Y más que el olvido que se reprocha a veces a sus contrarios, abona una prueba definitiva de su absoluta tontería, el que no sirva hoy de bandera o motivo ni para los mismos que fueron cómplices en ella.

Gardel

Murió Carlos Gardel —que era uruguayo— a mediados de esta década, en un día de junio, y en un lugar exótico de las Indias Occidentales: Medellín, que queda en Colombia. Gardel había empezado a cantar en esta parte del planeta y antes de morir, pasada la cincuentena, había recorrido cantando siempre —como quien "dende el vientre de su madre vino a este mundo a cantar", según Martín Fierro— más países seguramente de los que soñó el mismo que existían, cuando era chico. "El Morocho", "Carlitos" o "El Mago", fue las tres cosas. Cuando murió Gardel murió el tango. Y cuando murió el tango, se acabaron para siempre todas las cosas que se habían ido sosteniendo en sus "letras", sostenidas a su vez únicamente en el milagro del cantor. Gardel había sostenido al mundo (un mundo, por lo menos) en su voz. Y por eso, cuando se murió, el mundo se hizo para todos más chico de pronto. Y más silencioso.

La gente (lo dijo Gómez de la Serna, el genial Gómez de la Serna, a propósito precisamente de esta muerte de Gardel), no olvida nunca a quienes han cantado. Y cualquiera que suela escuchar, aún sin proponérselo, una radio, sabrá que el adjetivo que más comúnmente sigue añadiéndose al apellido de Carlitos, es el de "inolvidable".

Típicamente representativo de un tiempo ya clausurado, Gardel había vivido varias civilizaciones sucesivas. Hablar de él, por eso, que las interpretó todas, es hacer historia aunque no se quiera; y hacerla de la mejor manera: con cursilería, que es amor, y con nostalgia, que es sentimiento del tiempo. Empezó Gardel en la época de los payadores. Cuando el tiempo de Betinotti y de Gabino Ezeiza. Era el tiempo de la melena recortada y de la alpargata con flores, cuando se cantaba de cuerpo entero, a la vista de los que escuchaban, en espacios y ante públicos reducidos. Gardel cantó mejor que nadie el tango tal vez por eso. Porque había nacido en el mismo lugar. Y eran criaturas del mismo ambiente de orilla, con cafetines, compadres, mostradores de estaño, y esas otras mil cosas llevadas por el viento que cuando nosotros nacimos integraban el mundo y que hoy sólo pueden ser encontradas precisamente en las letras de Gardel.

De esa civilización de payadores y reñideros de gallos, con muros blancos, higueras, puñaladas y orquestas con

flauta, pasó Gardel a la civilización siguiente, que fue la del gramófono. Contemporánea de la melena a la garzón en las mujeres y de la raya al medio en los hombres. Epoca de gomina y con el tango ascendido de canción orillera a fenómeno de cabaret, vio a Gardel cantando en los teatros y circulando por el mundo: París, Madrid, México, Estados Unidos. Era la época de las vacas gordas, de que hablamos en la crónica anterior. Las mujeres se habían subido dos cuartas la pollera y la moneda rioplatense permitía el viaje a Europa fácil. Ese tiempo, que en el Río de la Plata fue el tiempo de París, en París fue el tiempo del "sauvage". Florida mocedad de nuestros tíos, les permitió asistir al triunfo futbolístico de Colombes y a otras cosas, que a veces cuentan y a veces no.

Nadie es capaz de establecer con claridad cuándo fue que se pasó de esa civilización del gramófono y del teatro y del cabaret a la otra civilización, tanto más elemental y evolucionada, de la radio y el cine. Pero el hecho, comprobable sí, es que Gardel acompañó al mundo en este tránsito y en el dial. Tenía por esta época caballos de carrera y casas. Cantaba en dúo consigo mismo, porque desde que Razzano, "El Oriental", perdiera la voz, había jurado no cantar con otro. Repartía dinero a manos llenas y no perdonaba ocasión de generosidad o amistad. Y así, de tierra en tierra, y cantando siempre, aquel hombre, bueno como pocos y cantor como ninguno, que había empezado la vida a pie, y recorrido compenetrándose siempre de su más honda esencia el caballo, el coche de caballos y el automóvil, llegó al avión. Y se mató, en Medellín, en un choque de avionés, en que murió carbonizado.

La gente, nuestra gente, escuchó llorando días después, discos suyos ya grabados pero desconocidos todavía del público a la fecha de su muerte, uno de los cuales es el famoso "Tabernero que idiotizas, etc.". Hoy descansa en Buenos Aires, en el cementerio de Chacarita, en una tumba que hemos visitado, y en el cual se yergue, de cuerpo entero siempre, su imagen en bronce. Una estatua en bronce, a ras del suelo, que impresiona por lo macabra. Y en la cual se le ve con el gacho gris, el saco derecho, la corbata de moña y el chaleco cruzado de sus últimos días. Como si se hubiese detenido allí la imagen, la moda, la visión del rioplatense típico del año de su muerte.

Así terminó la historia del tango, que había empezado con un vals. Aquel inmortal, de Betinotti: "Pobre mi madre querida..."

Arte o no, es lo cierto que este cancionero, o romancero, vivido en la voz de Gardel, lega al mundo de los mitos humanos uno que sin ser mejor no es tampoco peor que ningún otro: el del hombre lloroso y abandonado, a quien "amuró" la mina, y que la llora, llora, llora, abrazado, como a un rencor, a una guitarras.

Final

Pero el mundo ya había entrado en otras aventuras de mayor importancia que la vida de quienes tienen por oficio cantar. El fascismo, desde el 23 en Italia y desde el 33 en Alemania, chocó por primera vez contra un pueblo. Madrid, "castillo famoso", lo estuvo deteniendo solo, ante la cobardía de un mundo. Y el Manzanares, "aprendiz de río", valió entonces lo que todas las aguas de la tierra. La historia del Uruguay desaparece, se interrumpe a esta altura, y después de la derrota de Blanco Acevedo por Baldomir, en las elecciones del año 38, se nos van los minutos exclusivamente en leer los noticieros de la conflagración europea.

Han pasado apenas diez años. Si fueran suficientes para ver con claridad, casi juraríamos que lo más importante acontecido en la década es el retorno al Uruguay, acontecido en ella, del Maestro Joaquín Torres García.

Manuel Flores Mora



MISION Y TRASMISION DEL MANDO

Cuando estas líneas vean la luz se habrá esfumado en el espacio y el tiempo ese conjunto esplendoroso de ceremonias, bailes, credenciales, multitudes, embajadas, desfiles, chalecos negros, condecoraciones y finezas, que se llama por mal nombre "trasmisión del mando".

La democracia es tan buena que no necesita para que el mando se transmita, que se muera nadie. Algunos mueren de rabia lo mismo, cuando el Presidente electo levanta la mano trémula sobre la banda que le pasan con los colores de la patria. Pero de eso la democracia no tiene culpa. Tampoco tiene la culpa de la gente que se emborracha ese día. En general, la democracia no tiene la culpa de nada. Y conviene ponerse de acuerdo en ello porque, como diría el pequeño Jardiel, el día de la trasmisión del mando, como el de Maracaná, es uno de esos días en que hay muchos accidentes automovilísticos, mucha gente que llega con copas demás a su casa, muchos desmayados entre la multitud, muchos machucados, muchos brindis, muchos niños que se pierden de sus madres en el desfile. Y nueve meses después de ese día, exactamente, hay también muchos chicos que vienen al mundo...

Una trasmisión del mando es un partido que se juega entre tres personas: el que mandó, el que va a mandar y el que manda. El que mandó se llama presidente saliente, y también Luisito; el que va a mandar se llama Presidente entrante o Presidente electo, o Don Andrés. (1) Pero el que manda en realidad ese día (¿y cómo manda!) es otro señor, que se llama Jefe de Protocolo. Dicho señor, que nunca engañó al pueblo entre otras cosas porque el pueblo ni se enteró nunca de su existencia, es el que en los hechos se mete en el bolsillo a todo el mundo desde el principio al fin de las ceremonias de la trasmisión.

Para él no hay barrida del 26 de noviembre que valga. Para él no hay renacimiento batllista, ni división batllista, ni triunfo batllista, ni, en última instancia, batllismo. Supremo dictador en esa hora suprema de la democracia que es la trasmisión, es él quien maneja a todo el mundo a gritos, como un entrenador desde el túnel en un estadio. "Salude a ese rubio, que es embajador". "Sonría a aquel pelirrojo que es nada más que agregado comercial". "Súbbase al auto...", etc., serán otras tantas impertinencias que los principales del país deberán tolerarle a dicho señor en dicho día.

Prevaletido por esta sumisa obediencia de los poderosos, el Jefe de Protocolo no parará ahí sin embargo. De la mañana a la noche, con la batuta en la mano, y dando órdenes con el costado de la boca, seguirá dejando caer por el colmillo sus advertencias e indicaciones permanentes. "¡Ahora! ¡Vamos! ¡Camíne!" "Deténgase, "Sonría", "Sáquese la banda presidencial", "Pásesela a su "amigo", "Vd., amigo, póngasela", "Ahora sonría...", "Bueno, si va a decir un discurso, dígalo" saldrán minuto a minuto, como ráfagas de ametralladora de su boca. Y después, a medida que caiga la noche y los ánimos se vayan caldeando, el Jefe de Protocolo, si es que es un Jefe de Protocolo de verdad, como se dice, subirá el tono de su momentánea dictadura hasta agudos imposibles. "¡Sáquese la mano del bolsillo!", "¡Salude!", "¡Salude, le digo, que es el embajador inglés!", "¡Estéseme derecho y no mire!", "¡Emocíonese!", "¡Vaya a cambiarse de chaleco!", "¡A ver, Ministro, tire ese escarbadiante!" "Usted, ¿cómo se viene con semejante corbata?", "Bésele la mano... No, al embajador no, a la embajadora... No, la cara no, la mano le digo! ¡No! ¡A esa no! ¡A la mujer le digo! ¡Esa es la hija! Bueno... así. Bueno, hombre, está bien, suéltela!..."

En algunos reinos de la antigüedad y en algunas repúblicas latinoamericanas, lo primero que hacen el rey o presidente entrante al otro día es mandar apuñalar o fusilar al Jefe de Protocolo.

El mando

Lo manda tanta gente a uno en este mundo que, utilizar la expresión "trasmisión del mando" para ese cambio de banda entre dos señores Presidentes de la República, cuyas vidas poco o nada tienen aparentemente que ver con nosotros los redactores o los vendedores de periódicos, puede parecer excesivo. En efecto: queda bien claro que todos los que nos mandaban el mes pasado seguirán mandándonos el cinco de marzo, ya se trate de esposa, varita, jefe de oficina, hermano mayor, patrón, madre de la novia, guarda del 141, padre, maestros, amante, acreedor, etc. La autoridad que esas personas tienen sobre todos y cada uno de nuestros actos proviene de un orden más oscuro y hondo de la vida, y nada pueden hacer respecto a ella ni las elecciones, ni las embajadas especiales ni los Jefes de Protocolo. Nuestros prejuicios, nuestras ilusiones, nuestros camotes, nuestros vicios, con o sin chaleco negro, permanecen. El hombre pasa, el mando se trasmite, ellos permanecen. Con Batlle Berres o con Martínez Trueba el día lunes, el espantoso día lunes seguirá siendo el espantoso día lunes con su desayuno triste. Ninguno de ellos es capaz de hacer que Joan Fontaine o Nicole Courcel se desvíen una hora de su itinerario Paris-Montevideo-Punta del Este, para venir a golpearnos el timbre con una docena de bizcochos para el mate adentro de la cartera. Ingrid será de Rosellini y la flaca de la otra cuadra será del que la levante en Mercury. Los que nacieron para medio no llegarán a real. Desde que el mundo es mundo, y el mando, mando, el juego de piletta ha sido siempre para los que saben tirarse a nadar. La rana nunca criará pelos. La manganeta para desbancar a la ruleta no será descubierta. Lloverá siempre y siempre habrá poesía.

En sus obras de Derecho Constitucional, el francés Duguit dividía a los hombres en "gobernantes" y "gobernados". Gobernados, somos nosotros. Gobernantes, son el hígado, la neurastenia, las ganas de tirar la alpargata, los prejuicios, las novias, los jueces de raya en las carreras, los Presidentes de la República, etc. Conviene saber, pues, que los Presidentes de la República son sólo una parte en la larga nómina de los que mandan.

Por eso, cuando se habla de "trasmisión del mando", lo primero es no olvidar que J.J. Rousseau, Jellinek y Kelsen, exageran.

Historia del mando

El mando que le han entregado a D. Andrés Martínez Trueba, tiene su historia, según todos comprenderán; una historia bastante ajetreada.

El primero que lo tuvo (sin contar caciques, claro está, pues entre los indios

mandaba el que podía y como podía) fue el Rey de España. Tanto lo tenía que los partidarios de él, cuando llegó la hora de ajustar cuentas, eran llamados por la gente de Artigas, los "mandones". El propio patriarca les daba ese nombre, según ilustra con sobrados ejemplos su correspondencia. La gran ventaja que tenía el Rey de España, cuando nos mandaba a todos, era la distancia. Unida a la falta de telegrafía sin hilos. Unida a su propia ignorancia sobre la vastedad de su imperio. Resumidas cuentas, que ni él se enteraba de que nos mandaba, ni nosotros de que éramos mandados por él. Los que se enteraban, sí, eran mala gente conocida por Virreyes, gobernadores, oidores, etc., que llegaron a hacernos la vida imposible desde Buenos Aires. De todos modos, desde el punto de vista del mando, que es el que nos interesa, lo tuvo siempre el Rey. Y no se transmitía, sino que heredaba. Perdido entre otros muchos tesoros, reinos, provincias, privilegios, etc., allá iba, con cada Rey que moría y cada nuevo Rey que se levantaba, el "mando" sobre esta pequeñísima porción del planeta, donde no había más que vacas, caballos y ovejas como riqueza.

El primer hombre nacido en este suelo que consiguió el "mando" de él, fue Artigas. Lo consiguió en 1811 y lo ejerció en nombre popular. "Mi autoridad emana de vosotros y ella cesa con vuestra presencia soberana..." decía ya, en 1813, ante el primer congreso que tuvimos, y donde todos usaban bota de potro. Un pedazo de ese "mando" fue conseguido en 1815 por los porteños, cuando la caída de Montevideo. Pero Rivera se lo quitó en Guayabo. Con la derrota definitiva de los artiguistas en Tacuarembó (1820) pasa el mando a los portugueses, y después a los brasileños. Los treinta y tres vienen a buscarlo y lo consiguen para nosotros entre 1825 y 1828. Ya en 1830 quedará en manos orientales, aunque no se sepa bien en cuáles manos, y comience el período de nuestra historia que bien podría llamarse de las muchas en un plato. La trasmisión del mando en lo que resta del siglo pasado no tiene nombre. Pero si lo hubiera, sería el de la "agarrada del mando". Nadie se lo transmitía en efecto a nadie, y desde este punto de vista, podría hablarse de un retorno al derecho constitucional de los charrúas: el mando para el que podía y como podía.

El juego del mando no tuvo así, durante todo el siglo XIX, más diferencia con el juego de pato, que el de causar un número más elevado de víctimas. A veces la casualidad, a veces el arrojo, a veces la más dura necesidad y otras el verdadero mérito determinaron que lo usasen toda clase surtida de gente, entre los cuales había muchos nombres de calles y avenidas actuales. La inaplicabilidad de las cañas tacuaras para la fabricación de urnas incitaba al uso desmedido de la lanza en ristre. Y no es raro por eso que un "mando" que costaba tanto conseguir fuera después utilizado con tantas ganas por los que conseguían volar la pata y encaramarse en él como sobre un caballo. Latorre y Santos, para no hablar de otros más ilustres, dieron de este modo un ejemplo al mundo sobre las maravillas que puede hacer un ánimo viril y despreocupado cuando logra asirle el mango al "mando". Aquello era mando y no esta miseria de ahora. Permitía meter la mano en la lata de la Tesorería General hasta el codo. Daba para cortar cabezas y fusilar antipáticos. Y no toleraba ni vuelos de moscas en su presencia.

Si el Rey de España fue la infancia del "mando", Artigas fue la juventud y los dictadores militares la edad del apogeo; los treinta años, como quien dice, de ese "mando" que empezó a quedarse pelado con Batlle y Ordóñez y

terminó en esa vejez legalista que vivimos hoy. Vejez verde, y calaverona sólo con D. Gabriel Terra y su golpe nostálgico de pasado enérgico y atropellador. Lo que le transmitieron a D. Andrés el primero de marzo es apenas un residuo, una chochez, recortada por todos lados, con censura parlamentaria, necesidad de ministros que refrenden, Poder Judicial potente, Tribunal de Cuentas, etc. Si a Don Máximo Santos le hubieran venido con un "mandito" de éstos, tipo siglo XX, yo creo, mire, que lo tira por encima del hombro. El "mando", señores, como las conciencias, como las piezas de las casas y como las polleras femeninas, es una de esas cosas que se ha ido reduciendo, reduciendo, con el tiempo. Por eso, el que quiera ser Presidente de la República, que se apure. Porque para dentro de treinta o cuarenta años el cargo sólo va a tener anexa la facultad de utilizar el coche con chapa número uno, y hasta eso, quién sabe. Claro que tampoco hay que exagerar, y la porción que le toca en suerte a D. Andrés hoy por hoy todavía es regularota. Y va a alcanzar para que lo adulen más de cuatro. Amén.

La diplomacia

No es posible terminar estas breves disquisiciones sobre la trasmisión del mando sin una referencia a las misiones oficiales. Están integradas estas por unos señores muy amables que aprovechan el cambio de Presidente para bichar el Uruguay por adentro. Un embajador especial puede ser definido con bastante exactitud, como un señor que el miércoles 28 a las 16 fue a la Casa de Gobierno con jaquet, y a las 22 al Hotel Miramar con smoking. Y que al otro día fue al Palacio Legislativo con frac y chaleco negro y al siguiente se hizo presente por la noche con smoking blanco en Punta del Este, para volver, al otro día, sábado, y comer en el Hotel Carrasco con frac y chaleco blanco. Y que recién el domingo pudo usar en el Hipódromo traje de calle, que se sacó el lunes para irse a su tierra, sin haber visitado nuestra playa en pijama, con rancho de paja y mate como todo el mundo.

El hombre, claro, con Hotel Miramar y Hotel Carrasco, con Maroñas y Punta del Este, con Palacio Legislativo y Casa de Gobierno, podrá formarse idea bastante aproximada de lo que el Uruguay es en el mundo. Bastaría después una breve visita por los rancheríos de Artigas, el Hospital Vilardebó, los albergues del Consejo del Niño y la Academia Nacional de Letras, para que dicha noción fuera del todo completa. Y si he nombrado estas cuatro atrocidades nacionales, no es por crearlas las únicas, sino nada más que las principales.

Si tuvieran tiempo, convendría que trataran estos embajadores, además de gestionar algún expediente en la Caja de Jubilaciones. Pero como ello no es posible, el Jefe de Protocolo dispuso con muy buen tino, llevarlos a ver el Festival de Punta del Este, para sí admirar de cerca alguna de esas artistas internacionales, compuestas de cabeza, busto y extremidades como tantas otras, que sin tanto bombo hacen tortas fritas en el Buceo. Y que no les deben a las extranjeras ni una pulgada de caderas. Pero en fin... ya habrá tiempo de hacer todo eso en alguna otra trasmisión.

(1) Algunos querían decirle Andresito, como quien dice Luisito. Pero no se puede, porque se confundiría con el hijo de Artigas.



COMO VERA EL FUTURO ESTOS HOMENAJES A ARTIGAS

Escrito para aparecer en la edición matutina de MARCHA correspondiente al primer viernes de setiembre del año 2.050, contiene el artículo que adelantamos en este número, algunas inexactitudes lógicas que el lector de buena voluntad podrá seguramente salvar. La impresión que esta crónica — exhumada del porvenir — pueda causar a quien la lea hoy, no será quizá muy distinta de la que produciría a Artigas la lectura de algunas de las cosas que de él se escriben en la actualidad.

Así a tropezones, a zarpazos y con otros ojos se hace la historia de los hombres. Es mentira que el pasado pueda devolver todo lo que traga. A veces, y perdida para siempre la carne, entrega el esqueleto sólo, el fantasma de lo que fué. Dios sabrá por qué. Ahí va:

Cómo conmemoró Montevideo, hace un siglo, el primer centenario de la muerte de Gervasio Artigas.

(Especial para MARCHA)

Destruída completamente la Biblioteca Nacional cuando el incendio de Montevideo por los japoneses (1992), y destruidas también con ella las restantes colecciones oficiales y particulares, no se conservan a la fecha periódicos o documentos gubernativos que nos permitan recomponer en todos sus solemnes detalles las distintas ceremonias con que nuestro pueblo conmemoró, hace un siglo, el primer centenario de la muerte del héroe. Sabemos sí, sin embargo, que el Coronel Gervasio Artigas, tenido ya por entonces, pese a la incultura generalizada de la época, como verdadero fundador de nuestra nacionalidad, fue objeto de un emocionante homenaje donde (cosa rara en el siglo XX), las autoridades y el pueblo aparecieron mancomunados en el mismo propósito.

Escasas son, como afirmábamos líneas arriba, las fuentes documentales que nos han quedado de aquellos años bárbaros y lejanos. Pero algo permiten averiguar. Son estas fuentes fundamentalmente tres:

- 1) Las Memorias inéditas del Dr. Dardo Regules, Presidente de la República (1), que se conservan en el Archivo General de la Nación, luego de haber sido adquiridas en Italia.
- 2) Los periódicos editados en el Brasil durante aquel año. (Los de la Argentina no dicen al respecto ni la hora).
- 3) El informe elevado a Moscú por el jefe del Comunismo uruguayo de la época, llamado Eugenio Gómez. Este informe, descubierto por los japoneses en el Archivo Administrativo de Moscú, Sección Curiosidades y Estupideces, nos fue proporcionado gentilmente, en copia fotostática, por el representante nipón en nuestro país.

Algunas otras informaciones, en fin, han sido recogidas en Memorias de aquella época, como la del Senador Carlos Manini Ríos, de precioso sabor costumbrista.

El Uruguay de 1950

Antes de entrar en materia tal vez sea oportuno recordar algunas características pintorescas de aquel Uruguay de la Segunda Edad Media, con su alumbrado eléctrico, sus periódicos impresos sobre papel y su concepto colonial de la vida.

Reducido territorialmente a su mínima expresión, no se había operado en efecto por entonces todavía, la anexión del Río Grande del Sur, lograda recién en 1978, bajo la tercera presidencia de Batlle Berres. Otro tanto cabría decir del Departamento de Entre Ríos, sólo conseguido de la Argentina en 1983, a cambio de las minas de piracitina de Canelones. El Río que nos da nombre, pues, el río Uruguay — y este es el dato curioso que nuestros lectores ignorarán seguramente — no dividía en 1950 nuestro territorio al medio, como hoy, sino que representaba su límite occidental. De ahí ese pintoresco e inexplicable mote de "orientales" ("Orientales" del Uruguay, claro) que todavía nos siguen

dando algunos porteños viejos.

En absoluta consonancia con este panorama apretado de nuestras fronteras, el espíritu de los montevidecos de hace un siglo, era estrecho hasta un grado increíble. Estrecho, y por supuesto, romántico. El concepto anticientifista de "el mate en común pero las mujeres individuales", que según acertada expresión de nuestro sociólogo Truman Benavidez, parece presidir toda nuestra historia hasta la dominación japonesa de fines del XX, se encontraba en todo su apogeo.

La era del pie

Si el Siglo XVIII es la edad del cuero, en el Uruguay, el Siglo XX es la edad del pie, dice con fina penetración el citado Truman Benavidez. Y añade que si el S. XIX puede considerarse como el de la patria a caballo, el S. XX puede a justos títulos ser tenido como el de la patria a pie. En efecto, y de la misma manera que el uruguayo del S. XIX nos impresiona como esencialmente ecuestre, el pintoresco "oriental" del S. XX sorprende por su carácter predominantemente pedes.re. Todo se hacía a pie por entonces. Desde la ida y vuelta de los empleos hasta las manifestaciones políticas. Los deportes se practicaban a pie en su totalidad; la literatura y la política también. Los domingos la gente se divertía "caminando" por la costa. Y los atardeceres "caminando" por las calles centrales. En los lugares de recreo la gente se entretenía bailando y en el parlamento, las leyes cuando eran muy importantes, se aprobaban también de pie.

Nada tiene pues de particular que los homenajes a Artigas de 1950 hayan consistido principalmente en grandes caminatas, que el lenguaje de la época llamaba "desfiles", cuando eran militares, "procesiones" cuando eran religiosas, y "mitines", cuando eran políticas.

Consiguiendo con el espíritu de aquel periodo pues, los homenajes a Artigas (como los celebrados muchos más tarde en homenaje a Fructuoso Rivera, fundador del Batllismo) empezaron colocándose los restos del Padre de la Patria en un lugar relativamente alejado del centro, como era entonces la intersección de la Avenida Zubiría (antigua 18 de Julio) con el Bulevar que todavía lleva el nombre del héroe. Había allí por entonces un palenque monumental, conocido por obelisco, levantado a la memoria de quienes redactaron la primera de nuestras 16 Constituciones. La gente ni que decir, acompañó a pie los restos del Prócer, que fueron conducidos en un tanque, especie de automóvil blindado para hacer la guerra, puesto de moda durante el conflicto franco-alemán de 1870.

Colocada allí la urna (Zubiría y Bulevar), en la entrada misma del Parque Generalísimo Franco, el pueblo le rindió homenajes por tres días. ¿De qué manera? Pues... caminando continuamente por delante de ella. No debe extrañar esta aseveración, por inverosímil que parezca. Hay que tener en cuenta que la costumbre de conmemorar las grandes fechas con la inauguración de

grandes obras públicas o con cualquier otra clase de actos que impliquen un homenaje efectivo y real, es una noción típica del s. XXI, a la cual estaban absolutamente ajenos nuestros simpáticos abuelos.

Realizése pues, como digo, todo lo anterior durante los días anteriores al 23 de setiembre. Con aquella fecha (que cayó en miércoles) realizése un desfile (caminata militar con uniformes nuevos) en la que intervino la totalidad práctica de nuestro ejército y algunos cuerpos extranjeros, como los del Brasil.

Para quien estudie los hábitos de entonces, esta forma paradójica de honrar a los muertos, no resulta particularmente sorprendente después de todo. Pero existe otro dato que habrá de extrañar hasta los eruditos, y que revela en cierto modo la hondura de los cambios producidos en la mentalidad uruguayo a lo largo del siglo último. Y es éste: la gente no se conformaba con caminar ella. Sino que se divertía a mares, también, viendo caminar a los otros. Así, por ejemplo, bastaba que hubiera un desfile, para que el público se agolpara (!) desde varias horas antes en las veredas (lugares de las calles habitualmente reservados para caminar), tratando de lograr la mejor colocación posible para campañear a los desfiladores o como se llamaban.

Uno comprueba así hasta dónde es cierta la penetrante observación del citado sociólogo, cuando afirma que la cosa que más me parece a vivir en el siglo XX, es pasarse un día jugando al golf. Este deporte maravilloso, claro está, no era mayormente valorado por nuestros abuelos, que se pasaban jugando sin saberlo todo el día, sin palo ni pelota. El deporte preferido por ellos era en cambio el "fútbol", juego colectivo que se practicaba también con las piernas, pero de manera hartó más agresiva.

El fútbol

Proveniente seguramente de España, no obstante su etimología inglesa (fútbol viene de "foot-ball"), este juego fué popularísimo en la época de Artigas y durante los dos siglos posteriores. Nada tenía que ver con las corridas de toros, según muchos equivocadamente creen. Decayó en el Uruguay a partir del 2.012, en que el país, luego de obtener por 22a. vez el Campeonato Mundial, fué declarado "hors concours" en las justas internacionales. Se jugaba enteramente con los pies, nunca con las manos, y ya por el 2.024 era absolutamente desconocido.

Impracticable en la actualidad, este ejercicio (que representaba para nuestros abuelos algo así como la válvula para todas las inquietudes espirituales y políticas), requería para su práctica, la existencia de grandes cuadrados de tierra inexploada y reservada a su uso exclusivo. El terreno que sería necesario desaprovechar en el presente para mantener en funcionamiento una sola "cancha" de este histórico deporte, representaría hoy para la comunidad una pérdida diaria de casi 738.000 dólares, según cálculos realizados en la familia Quijano, cuya autoridad en materia económica es tradicionalmente indiscutible. El lector interesado podrá encontrar más información sobre esta materia en el opúsculo publicado en 2.029 por el Centro de Informaciones de la Facultad de Humanidades y Ciencias de Tacuarembó, a raíz de la cuidadosa reconstrucción de una partida de "fútbol", realizada aquel año, en la pista de aterrizaje, por distinguidos eruditos de aquella casa.

24-IX-1950

Volviendo a nuestro tema, y terminado que fué el desfile del día 23, no acabaron allí sin embargo las caminatas.

Los restos del héroe habían recibido el homenaje caminador de militares y estudiantes. Y el día 24, los civiles todos, en inmensa muchedumbre, acompañaron la urna de retorno a la necroteca central (o "cementerio", según el lenguaje de entonces) cuyo emplazamiento no está bien aclarado, pero que se supone en el lugar de la costa donde hoy se levanta el Palacio de la Cerveza. Llovió aquel día, según el diario de Manini. Pero la multitud, a pie firme, continuó la procesión, en la cual faltaron (lo que resulta verdaderamente inexplicable, dada la psicología imperante) representaciones de la Iglesia Católica.

El trayecto, de reconstrucción imposible hoy en día, se extendió por la Avenida Zubiría (18 de Julio entonces) hasta un poco más allá de donde estuvo aquel espantoso Monumento del Gaucho (que algunos de nuestros lectores recordarán quizás) y que se erguía, lanza en mano y a caballo, en el sitio preciso donde hoy está ubicado el túmulo a Rodríguez Monegal, por Belloni.

Algunas verstas más allá de dicho sitio, torció el cortejo multitudinario hacia la izquierda, tomando por la calle Carlos T. Gamba (antigua del Yaguarón o de los Yaguarones), que conducía directamente desde la casa central del Batllismo hasta la necroteca principal aludida. Verdaderamente impresionante debió resultar el espectáculo, imposible de imaginar para nosotros, de miles y miles de personas a pie, vestidas o ensilladas con los dificultosos ropajes de la época, y aguantando emocionadas la lluvia torrencial con que el cielo quiso poner a prueba su devoción por el héroe. Esta devoción, resulta, claro está, explicable si se considera el escaso tiempo transcurrido desde el fallecimiento de Gervasio Artigas hasta la fecha citada (un siglo apenas). Probablemente muchos de los que se mojaron aquel día eran hijos o sobrinos de soldados del Jefe de los Uruguayos, y no es de extrañar por consiguiente la conmovida fidelidad demostrada.

Conclusión

El lector del 2.050 encontrará bizarras muchas de estos detalles. Deben merecerle no obstante respeto. Aquella gente hacía aquello con el mismo sentido de homenaje con que hoy defendemos a los niños o levantamos una represa atómica. Sólo que el sentimiento de la veneración y de lo sagrado se manifestaba de manera hartó distinto por entonces. Piénsese que la iglesia católica intervenía en política en aquella época y hasta tenía (parece increíble!) 5 ó 6 representantes en el parlamento. Piénsese, en fin, en cómo andaban vestidos aquellos pintorescos orientales, que salían empaquetados de sus casas. Los varones, que no usaban menos de diez prendas encima (zapatos, medias separadas, camisa, calzoncillo, ligas, cinto, corbata, camiseta, chaleco, pantalones y jubón o chaqueta, también llamado frac) no solían vivir ni siquiera ochenta años. Las mujeres, más científicas por instinto conseguían vivir más. Pero usaban, claro, sólo zapatos, vestido y collar, en verano. Y zapatos, viso, guantes y sacos de pieles en invierno. Oh tiempos! Oh costumbres! Quién te hubiera vivido, romántico y bárbaro Montevideo de 1950! Todo parecería separarnos de ti, si no nos uniera todavía, como un hilo delgado, la veneración por el personaje más grande de América: el eterno Artigas!

Manuel Flores Mora



(1) Dardo Regules: Importante hombre público del s. XX que desempeñó cargos de gran responsabilidad en la República. Abogado de nota, representó al Gobierno en importantes reuniones internacionales. Fué legislador durante años y Ministro del Interior durante tres elecciones, como garantía de imparcialidad para la oposición. En la cuarta elección consiguió sin embargo hacerse elegir el mismo como Presidente. Asumió el mando el 2 de marzo de 1962, pero apenas logró mantenerse en él 17 minutos, al cabo de los cuales lo derrocó el movimiento revolucionario históricamente conocido como "Sublección de los Sacristanes".

NUESTRO PADRE ARTIGAS

Es notable. Y además es verdad: No hay un solo libro sobre la persona de Artigas. Existen volúmenes y volúmenes sobre su actuación histórica, sobre su pensamiento político, sobre sus congresos y campañas. Hay alegatos y diatribas, hay bibliografías y hay colecciones de documentos. Pero sobre su persona no hay nada. Nadie hasta ahora se ha hecho el Ludwig con él. Ni el Stefan Zweig. Nadie ha pretendido encontrar eso que se llama "el secreto del alma" ni describirnos (por suerte) con sutilezas psicológicas el "Artigas por adentro", el Artigas ser humano con su corazoncito como cualquiera que hay en la base del héroe nacional.

Piedad filial

Sabido es, y de sobra, que eso que se llama "culto de los héroes" se da entre nosotros, degenerados como somos para estas cosas, bajo la forma del atrevimiento y la ignorancia. Nuestra piedad filial no reconoce fronteras y tratándose de hablar de nuestros padres, cualquier disparate nos sirve. Nadie sabe nada de Lavalleja ni nadie lo ha estudiado a fondo. Pero todos sabemos de buena fuente, y así lo decimos a cada rato, que era "un burro" (!) Otro tanto sucede con Rivera: no existen casi estudios detenidos sobre él: lapsos enteros de su vida permanecen sin que nadie les haya hincado el diente. Pero cualquier abogado, boticario o químico industrial, se cree con derecho a resolverlo así como así, emitiendo su honrada convicción de que el vencedor de las Misiones era "un pillo" (!)

Ah, bendito Uruguay. ¿Cuándo aprenderás a limpiarte la boca antes de nombrar a tus héroes?

Esta manera sensacional de la evocación no se agota ahí, claro. Tiene otros capítulos notables que algún día habrá que estudiar con más calma. En el Archivo Nacional, por ejemplo, la mitad de los documentos que se sabe que estuvieron allí hasta hace algunos lustros, han desaparecido. Y de los que quedan, a un elevado porcentaje les falta la firma. Porque se las han recortado con hojas de afeitar. Para venderlas. O coleccionarlas. O cambiarlas por manises. Y nada digamos del Museo Histórico. En un sumario realizado allí hace algunos años se llegó entre otras interesantes comprobaciones a la de que los mantones de nuestras patricias eran usados en carnaval por las empleadas. Sí, señores. Es histórico también. Está perfectamente comprobado que el mantón que fue de Doña Ana Monterroso de Lavalleja, por ejemplo, ha concurrido, concretamente, a varias "veglioni" del Solís. Lo inexplicable es que nadie fusiló a nadie por semejante atentado. Y lo reconfortante, después de todo, es que Doña Ana estuviese muerta. Que si no, la llevan también.

Y dicho esto, volvamos al tema de quién era Artigas, definido alguna vez por su pueblo como "el único oriental que no perdió en Las Piedras". Y empecemos por tratar de averiguar cómo era físicamente. Que por ahí se empieza.

El rostro

Una de las barbaridades mayores que se cometen con la aquiescencia general, es la relacionada con el rostro del Jefe de los Orientales. Francamente, no quisiéramos que se cumpliese el centenario del sábado de la semana próxima, sin protestar enérgicamente contra el constante desaguisado que con él se comete.

Sabido es que de Artigas no quedó ningún retrato. Quedó sí, lo único, un croquis hecho en el Paraguay por un señor (Demerssay) que a lo mejor dibujaba, pongamos por caso, tan mal como Vd. Ese croquis, que recoge el perfil de un octogenario, ha servido a la posteridad para que todos se tiren el lance de reconstruir el rostro que debió llevar en su juventud o plenitud nuestro Padre.

El problema es sencillísimo. Un anciano decrepito se parece mucho más a otro anciano decrepito que al hombre que fue treinta o cincuenta años antes. Como consecuencia de ello, cada versión o "reconstrucción" del Artigas juvenil extraída del dudoso aludido boceto, nos da un tipo distinto. Y no levemente distinto. Sino distinto como Lorenzo Fernández y Santa Teresa, sin exagerar.

Hemos llegado así a 1950 con dos o tres imágenes que nada se parecen entre ellas, y de las cuales ninguna parece mejor que otra ni puede considerarse para nada relacionada con el original que vivió en los siglos XVIII y XIX. Hay un Artigas, por ejemplo, de Blanes, afeitado rabiosamente, con nariz hinchada, pálido, bilioso. Hay otro (de Zorrilla de San Martín, creo), rubio y buenmozo, que más que un general de la Independencia Sudamericana parece un half del combinado sueco o un joven piloto de la R.A.F. Y así, a lance por escultor y a lance por pintor, hemos ido permitiendo los orientales que los "artistas nacionales" agarrasen uno detrás de otro la cara de nuestro Padre para juguete, sin protesta de nuestra parte. ¡Qué animales somos, Dios mío!

Si el patriarca resucitase mejor sería no llevarlo a la plaza Independencia. Vería el caballo, vería la pelada que le hizo Zanelli, y la nariz infame que le atribuye. Y tragando saliva (porque era un hombre tranquilo según está documentado), lo más probable es que volviendo su augusta mirada sobre el Palacio Salvo, preguntase con ingenua amargura:

— ¿Y esto qué es? ¿La reconstrucción de mi rancho en el Hervidero, por si acaso?

Volviendo al rostro, aclaremos eso sí, que Artigas fue un hombre de pinta. Está probado. Desde Larrañaga a Robertson, pasando por amigos y enemigos, todos coinciden de manera total en sus "facciones regulares y agradables", su "tez blanca", sus "ojos azules", su "nariz aguileña". "Impresionaba por su calma serena". "Y pienso que si todos los negocios del mundo hubieran pesado sobre sus hombros, hubiera procedido de igual manera". Pero de ahí al half sueco...

Lo que debió tener seguramente (lo que tuvo, sí), fue una atracción física y personal irresistible, de la cual sólo son expresiones balbuceantes las descripciones aludidas de personajes de la época. Era el caudillo. A la hermosura de su rostro, y a la serenidad y majestad de su talante debió unir sin duda un prestigio magnético. En todos lados adonde concurrió personalmente, fuese Entre Ríos, fuese Santa Fe, se acababan los problemas. Los orientales lo seguían y lo siguieron hasta la muerte. Se marchó él solo del sitio de Montevideo, en 1814. A partir del día siguiente, cuenta Cáceres, vi pasar por nuestra chacra gauchos y soldados que, en grupos de 10, de 50, de 100, seguían sus pasos. Cuando venía una misión a tratar un pacto con él, se imponía fatalmente, no obstante sus modales suaves y corteses. Su firmeza impresionaba a todos. Y Francia, que no quería aliarse con él, empezó por negarle una entrevista. La que Artigas, ya en el Paraguay, le solicitó cien veces.

El alma

Pero en todo esto, claro, ya aparece enredada el alma, que es la que se refleja en el rostro y que es la que tiñe de una grandeza difícil de emparejar, aunque se recorran uno por uno los demás caudillos y libertadores americanos, todos los actos de la historia de Artigas.

Un viejo proverbio español dice que como a la hora de muerto un hombre se le empieza a ver el alma. Y Artigas rompe con esto, como con tantas otras cosas. En efecto: el alma que se le vio desde la primer hora, cuando mucho antes de la revolución era "el hombre" de los orientales, el socorro de todos, el individuo al que se iba a buscar o cuyo nombramiento se pedía en documentos con docenas de nombres y "siguen las firmas" abajo, para que salvase a la gente de los portugueses, indios, matrones y ladrones; el alma que se le vio desde la primera hora, no se le termina de divisar, en toda su grandeza, hoy mismo, a cien años de su desaparición.

Y si hay algo típico de esa alma, lo primero, lo más grande de ella, diríamos nosotros, es su respeto a la gente. Al hombre, esté donde esté. A la persona, ya habite el cuerpo y el destino de un negro esclavo, como el de un traidor, como el de un enemigo. A veces es cosa de pensar que toda su clara democracia, su federalismo y sus ideales republicanos y de justicia social salen exclusivamente de este concepto "respetuoso" del prójimo, sea quien sea, que preside su vida. Es el respeto a sí mismo en el otro, y del otro en sí mismo. Algún ejemplo tal vez aclare mejor lo que quisiéramos decir con más claridad de la que podemos.

Bastante antes de ser caudillo o revolucionario, y en plena dominación española, cuando su oficio era perseguir maleantes, Artigas sigue la pista a un famoso guapo y asesino, de nombre Chaves. El hombre, temido de todos, era de los acostumbrados a hacer disparar entre gente de uniforme. Artigas consigue por fin cercarlo. Es en un montecito de árboles, y Artigas trae un número considerable de hombres. Pero los usa de manera particular: los distribuye rodeando el monte. Y después entra solo. Me parece que no es la compadrada (que nunca tuvo). Es algo más grande; es como si hubiera pensado que para Chaves, Artigas, y para Artigas, Chaves. Es como si hubiera sentido que entrar todos implicaba insultar a todos. A Chaves, el guapo. Y a los milicos, capaces de agarrarlo o no, pero capaces en todo caso de pelearlo yendo de a uno. Y a sí mismo, en fin. Esta grandeza se repite en la historia de los Artigas. Su abuelo había hecho una vez otro tanto, esperando él solo a otro malevo, y renunciando a toda ayuda. En uno y otro caso el desenlace es idéntico. El malevo clava los ojos en Artigas (abuelo o nieto), y se entrega sin usar armas.

Los pueblos

Historiar este sentimiento no es posible. Habría que contar en detalle toda la vida de Artigas. Transcribir las cartas a su hijo Manuel, cuando ya al final de sus campañas, comprende que será éste quien deba cuidar la familia. Le da consejos y le recomienda que venda vacas si es necesario pero que no deje de darles a los esclavos todo lo que precisen. Para los vicios incluso, agrega. Para tabaco. Artigas cuenta en otro lado cómo vio llorar a un oficial, durante el éxodo, mirando fumar a otro. Artigas sabía y respetaba el vicio del tabaco, y los otros, tan honda, tan humanamente como podemos respetar hoy nosotros, la libertad de imprenta. Cuando fusilaba gente (escasísimas veces) también se ve este respeto. A Perugorria, el traidor, lo hace ejecutar y lo llora. De este llanto hay testimonios documentales diversos. Pero Perugorria se había traicionado a sí mismo. Y había que ejecutarlo; por respeto al propio Perugorria. Y esto es así, y es en serio así. Al otro traidor Artigas le perdona la vida. Se llama Fernández Blanco y tiene similar delito que Perugorria. Pero es sincero a la causa de

buenos Aires. Y Artigas, en una nota extraordinaria dice al cabildo de Corrientes que a esos hombres, —los sinceros— hay que soltarlos para que se vayan con los suyos. Y lo más increíble es que todos entienden. Hasta Perugorria. Que al enfrentarse con el pelotón viva a Artigas. No había drogas tipo Cardenal Midzenky entonces. Pero Perugorria ante la muerte (ante el juicio de Artigas) proclama su culpa y pide a gritos lealtad para Artigas y para la causa artiguista, antes de morir.

Y esto (esto que es único en toda la historia de América, desde los Incas a Perón y desde Hernán Cortés a Batlle Berres) Artigas lo irradia desde sí y lo impone al analfabeto que lo sigue "alucinado". Si algo valemos todavía hoy los uruguayos, a un siglo de su muerte, es porque no hemos conseguido quitarnos de encima, pese a la literatura y a la economía política, pese a las barrabasadas de que hemos jalonado la historia posterior, ese virus maravilloso de "respeto" artiguista. Planteando así las cosas, los ejemplos increíbles se agolpan. Andresito, su lugarteniente indio, a quien manda a Corrientes, la ocupa durante algún tiempo. Se produce un desmán: un soldado de Andresito roba un pañuelo. Andresito lo hace azotar.

Otro lugarteniente, absolutamente oscuro éste (un tal Rodríguez), cae a defender a Santa Fe con un ejército oriental. Artigas lo ha mandado. Es en 1817 ó 1818. Rodríguez se pelea con el gobernador santafecino (Mariano Vera) y lo depone. Llama inmediatamente a elecciones. Los santafecinos eligen por abrumadora mayoría nuevamente a Vera. Entonces el crudo Rodríguez, el salvaje federal artiguista Rodríguez, que tiene toda la fuerza en sus manos, devuelve el mando a Vera y se pone con todo su ejército a sus órdenes. Esto es verdad, y parece mentira. Esto no ha vuelto a pasar desde que Artigas andaba por el mundo, en toda la extensión de la tierra americana.

Yo diría que Artigas es más grande que todos los otros libertadores americanos, desde San Martín a Bolívar (y ni qué hablar que a Washington), sólo por esto. Es inútil recapacitar sobre que el pensamiento milagroso de Artigas es el único ideario revolucionario de 1810-1820 que sigue absolutamente vigente. Esto ya valdría por sí sólo más que cualquier otro argumento. Pero Artigas es más grande que todos, más que por eso, por algo que es el origen de eso. Porque es el que tuvo una fe mayor en "los hombres", a quien él llamaba a veces "los pueblos", a veces "los vecinos" y a veces "los paysanos". Creía en ellos y creía en todos ellos. Tarda meses antes de convencerse que Sarratea miente y años antes de comprender algo que todos le gritan: Pueyrredón nos traiciona.

En la época en que todos, desde San Martín a Bolívar, sueñan regímenes moderados, donde la independencia se atempere con instituciones fuertes (reyes, senados, idioteces), Artigas es liso y llano partidario de darle todo el poder al pueblo para que el pueblo mande. Y esto no sólo lo dice, sino que lo hace. Y no una: cien veces.

Y de cómo el pueblo le respondió hay hechos que atestiguan. Único defensor que hayan tenido los indios en su época, seis años después de su expatriación algunos caudillos intentan tomar a Santa Fe y derrocar su gobierno con los Indios. Los indios aceptan. Pero un día antes del fijado para el ataque a la ciudad, se presentan al Gobierno de ella, en muchedumbre y desarmados. En el medio vienen los oficiales que debían conducirlos, y vienen maniatados. La explicación que dan los indios a esta actitud insólita y que la historia de Santa Fe recoge con puntualidad irrefutable, no puede ser más lacónica:

— Estos fueron los que traicionaron a Artigas. Y Artigas era nuestro padre.

Manuel Flores Mora

REPORTAJE A LA POBRE POLICIA MONTEVIDEANA

Sí. Todos sabemos cómo es la policía en otros lados. Todos sabemos que el policeman londinense, cuando se pasea por la vereda natal revoleando la varita, enseña a cruzar la calle a los niños y saluda con afecto a la vieja vendedora de periódicos del estanco. Lo hemos visto, incluso, entrar a la taberna de Joe, (Joe fue presidiario, pero ahora junta mariposas y vota a los laboristas) y paparse un brandy en compañía de Ferguson, el herrero, a quien pregunta por sus chicos y por Mrs. Ferguson, que es tan simpática y que volvió de casa de su madre en el expreso local de las 17 y 24. También la policía, como las mujeres y los living-rooms, se divide en dos clases: de película y de la otra. Y frente al policeman, claro, la policía que tenemos en casa, el gallito montevidiano, el pobre "cana" criollo, enflaquecido al sol, a la helada y al hambre, en un uniforme ajeno que nunca le viene bien, está frito.

Hermenegildo Duarte

El "cana" a quien entrevistamos para esta crónica, no se llama así, claro. Pero es lo mismo. Lo que importa es que existe. Pertenece a una seccional montevidiana y su vida se parece a la de los demás agentes tan estrictamente como un botón de su casaquilla al otro botón de más arriba. No es negro. Ni tiene bigote.

Estas dos cosas desaparecieron para siempre de la policía montevidiana, a partir de la "administración" Gómez Folle. Aquel prócer de honrosa memoria (no, no está muerto, pero es lo mismo) estirpó para siempre a los oscuros y a los Atilios de nuestras brigadas policiales. Puso límite de estatura y diversas exigencias relativas a la prestancia personal o garbo de cada candidato a agente. Los prefirió altos y buenos mozos y les inventó el uniforme aquel de verano, que ya no se usa casi, porque los que compró Gómez Folle se gastaron y la plata para renovarlos no se consiguió nunca.

Hermenegildo Duarte, pues, por ironías del destino, serviría para el cine argentino, a poco que lo engordaran algo y le infundieran un poco de esa imprescindible fe en la vida, que se le ha ido perdiendo, cuerpo abajo, por el calambre de las piernas y el dolor de los talones. Declara ganar 115 pesos por mes y 10 más de "rancho". No, no duerme en la comisaría porque tiene familia. Se limita a venir a las horas correspondientes. La policía, ustedes saben, está abierta día y noche, como las casas de huéspedes. Porque si la casualidad no tiene hora, el delito tampoco. Resultado que hay tres turnos: de 4 a 12, de 12 a 20 y de 20 a 4. Cada uno de ocho horas corridas, según se ve. Hermenegildo pertenece al primero, y tiene que estar sin falta en la Seccional a las tres de la mañana. Porque a las tres y media hay "formación y revista". Esta ceremonia consiste en formar en dos filas a todos los guardiaciviles que van a salir a la calle. En el lenguaje policial se llama también "minuciosa". El oficial encargado inspecciona si cada uno tiene todo lo que hace falta; el pito, las balas, el revólver, la libreta, etc., etc. Terminada la "minuciosa", el guardiacivil sale para la "facción". A pie, en bicicleta, en ómnibus, como pueda, Hermenegildo se dirige a la esquina marcada en la boleta, donde hay otro Hermenegildo a quien hay que relevar. Y a las cuatro en punto empieza a "picar". Esta operación sencillísima consiste en estar parado con el pie derecho atrás y el izquierdo adelante, por ejemplo. Y cambiar: el derecho para adelante y el izquierdo para atrás. Y viceversa. Y después al revés. Y así... ocho horas! A las doce menos diez o menos cinco, Hermenegildo verá llegar a otro Hermenegildo, también con las mejillas chupadas y las piernas con várices, y los pies con callos, que le entregará la boleta y a quien transmitirá las órdenes o novedades correspondientes. Y de nuevo a la Seccional para informar y de donde lo largarán pasadas las 13. En el interin, y so pena de sanción

grave, Duarte habrá debido apuntar en su libreta todo lo que haya sucedido en el curso de esas ocho horas. El ciudadano-lector que consiga mediante el correspondiente trabajo fino, ojear u hojear, como lo consiguió el suscrito alguna de estas libretas, encontrará invariablemente, junto a la novedad de un choque o de un duelo criollo, anotaciones de este tenor:

"6 y 19 — Salí para el w.c.
6 y 26 — Regresé".

Más laconismo no es posible. Y cualquiera comprende, a la vista de semejante régimen negrero, que no es tarea fácil encontrar los ánimos suplementarios con que enseñar a cruzar la calle a los niños de Mrs. Ferguson.

Arena gruesa

Claro que el caso de Hermenegildo no es todo y, aunque parezca paradójica, en este caso sí que para muestra no basta un "botón". El personal de la policía montevidiana asciende a la fecha a 4.096 hombres, más trescientos que nombró el Ministro Regules, y que casi le cuestan la cartera.

Por nuestra parte, y tomando partido desde ya, diremos que los que hacen falta en realidad, no son 300. Sino 2.149 exactamente. Y el número no es arbitrario, sino que lo hemos sacado nada menos que del último proyecto de presupuesto policial, donde los hombres de San José y Yi volcaron la suma de sus anhelos.

La historia de la policía mientras no le lleguen los refuerzos a que aludo, será indefectiblemente una historia de privaciones y de milagros. Y no parece mucha exageración comparar al Coronel Fajardo con el General Mac Arthur. Al igual que éste, el pobre jefe de policía se ve obligado a enfrentar con un puñado de hombres las amenazas y ataques constantes de un enemigo sobre cuya superación minuto a minuto todo encarecimiento sería ocioso: ese insuperable chorro montevidiano, cuya historia está por escribirse. El último Gobierno de Gómez Folle I, el romántico, dejó dividida a la policía en cuatro direcciones entre las cuales hay que repartir a los 4.096 individuos del personal. Son ellas **Investigaciones, Seguridad, Administración y Asuntos Legales.** La multiplicación de reparticiones dentro de cada una de estas cuatro Direcciones-madre, está más allá de la capacidad de memorización de un estudiante de álgebra superior. Hemos podido averiguar, sin embargo, que la División Seguridad, comprende a grosso modo una División Inspección y tres unidades militarizadas: la Metropolitana (o infantería), la Republicana (o caballería, definida alguna vez como cuerpo compuesto por parejas de animales, uno montado en otro, y de los cuales sólo al de abajo le enseñaron a no lastimar a la gente en las manifestaciones) y el Cuerpo de Bomberos. De la citada División Inspección, dependen a su vez el Plantel de Perros y 24 Seccionales, que son en realidad 29 porque aunque la 2a. se ha trasapelado

y ya no existe, hay en cambio una comisaría de tránsito y cinco subcomisarias que equivalen a otras tantas seccionales. Deducidos los cargos administrativos, todos estos servicios, más los correspondientes a los 4 Departamentos de Investigaciones: Orden Público (prostitución, juego clandestino, menores, etc.), Inteligencia y Enlace (comunistas, embarcadero, etc.) Prevención de delitos e Investigación Criminal (chorros) y Vigilancia y Homicidio (asesinos) — deben ser atendidos por apenas 3.326 hermenegildos, flacos y mal pagos todos. Añádase a todo eso que el Uruguay carece de policía judicial y de policía municipal y de cultura popular. Y piénsese que esos 3.326 tipos sufren la baja permanente que les impone el cumplimiento ilógico de servicios que en ningún lado tienen nada que ver con la función policial (como ser trámites de la Dirección de Impuestos Directos, como ser citaciones de Juzgados, etc.) para hacerse una idea de lo poco que resultan en la práctica. Además, el personal que se necesita en las reparticiones administrativas policiales se llena sacando hermenegildos a esta cifra limitada. Es fatal y es trágico. Pero no tiene remedio. El Departamento de Servicios Técnicos, que da las cédulas de identidad, por ejemplo, ha visto duplicarse su trabajo en pocos años. Contra 23.360 cédulas expedidas en 1940, por ejemplo, tenemos la cifra de 51.745 en 1949. El personal asignado por el último presupuesto (que es de 1933) a esta oficina, asciende a 49 empleados. El resto de los 74 que la atienden en la actualidad, ¿de dónde salen? Pues de los 3.326 hermenegildos. Y así en cada caso. El pueblo de Montevideo hace una colecta para la policía. Se juntan setecientos mil pesos. Y se compran y regalan a la policía, entre otras cosas, 99 vehículos (coches, camiones, ómnibus, camionetas, etc.). Pero como la policía no tiene suficientes choferes, hay que ir a sacarlos de la cifra consabida de los 3.326. Y así.

El resultado de todo esto, salta solo. Y el problema de las seccionales lo comprende cualquiera. Obligadas a abrir día y noche (desde el 1° de enero de 1889, en que se suprimiera el famoso Cuerpo de Serenos), las Seccionales tienen que dividir a su gente en tres turnos. Y el número de guardiaciviles con que se dispone por turno, para todas las Seccionales de la capital, asciende apenas (no asustarse, ni avivarse), a 227 guardiaciviles. No tiene nada de particular, por consiguiente, que haya Comisarias en esta ciudad que deben vigilar 400 y 500 manzanas, y que apenas disponen para todo el conjunto de 5 o 6 hombres por turno.

Consecuencias

Carecemos de las estadísticas correspondientes a 1949 ó 1950. Pero hemos visto las correspondientes a 1944. Y para muestra bastan. En aquel año el porcentaje de delitos contra la propiedad investigados con éxito por la policía, ascendía a apenas un 34,2% de los cometidos. De \$ 829.603.50 hurtados en el correr de aquel año, la Policía sólo consiguió recuperar una cuarta parte: pesos 208.748.55. Estas estadísticas fueron publicadas por el propio Jefe Gómez Folle, quién, como si ignorara el sentido de las mismas, continuaba todavía alegremente por aquella época con sus "ideas nuevas" de superación del instituto policial. Algunos ejemplos de esta inquietud renovadora daban lugar a proyectos conmovedores. Como el que sigue, por ej., copiado textualmente de una publicación de aquella época (1944):

"Creación de un Cuerpo de Intérpretes, seleccionado entre el personal de tropa, (!) que prestará indiscutida utilidad para la orientación de extranjeros desconocedores de nuestro idioma...".

Otra idea del mismo Jefe fué la de dotar con artillería liviana, ametralladoras y tanquitos a la Guardia Metropolitana. ¿Y qué se le iba a hacer?

Gómez Folle desconfiaba del Ministro de Defensa...

Esta sucesión de aciertos y de escaseces es la que ha determinado el triste panorama actual, la desolada vida de Hermenegildo Duarte, el "cana" cualquiero de nuestras veredas, que no descansa los domingos, ni tiene capote de abrigo adecuado, ni ilustración personal de ninguna clase. La policía — como el alumbrado, como los teléfonos, como los transportes colectivos — es una de las tantas prendas que le han quedado chicas de golpe a Montevideo. Montevideo ha crecido y la policía, como los pantalones de hace dos años, le quedan hoy por la mitad de la pierna. Y la cifra de guardiaciviles por habitantes, que un día fué de 1 por 500 (1900), está hoy en 1 por 1.500. Hermenegildo es la víctima de todo esto. Y no es de extrañar que en la policía de Montevideo las várices y las deformaciones en los pies sean otras tantas "enfermedades profesionales". Que se unen a esa especie de "complejo de milico", que padecen muchos de sus integrantes. Complejo mitad de inferioridad, mitad de hastío y temor a la sanción siempre pendiente sobre su cabeza, o al procedimiento que no sabrá por dónde orientar. Y que es lo que le hace cometer de cuando en cuando algunos de esos disparates épicos por los que la prensa protesta luego. El remedio por las demás, es tan claro como la enfermedad, tan femenina, que angustia a nuestra policía de hoy: la falta de hombres. Y no de 300. Sino de 2.149, en cuatro turnos de seis y no de ocho horas. Y con mejores sueldos.

Credenciales

Porque si hay algo que está fuera de toda duda es el coraje heroico que parece patrimonio exclusivo de estos hermenegildos. Guapeza inevitable en quienes tienen por misión guardar el orden dentro de un pueblo donde la tierra anárquica al uniforme viene de raza, y donde Martín Fierro y Juan Moreira, facón en mano y pajonal a la espalda, son ideales que el que más, el que menos, todos llevan en el corazón. La crónica del arrojo de este vilipendiado "cana" criollo está todavía por empardarse. Y sería bastante más larga de lo que muchos creen. No en vano figuran en el lista histórica de sus Jefes el padre de Artigas; la mitad de las calles de Pocitos (Juan B. Blanco, Luis Lamas, Manuel Pagola, etc.) y varios generales y Presidentes (Venancio Flores y Alfredo Baldomir, sin ir más lejos). Hace poco murió un policía montevidiano (Ernesto Díaz), después de luchar un rato a mano limpia (por no querer usar su revólver), contra un maffioso que lo atropelló daga en mano. Hace menos todavía, otro policía sostuvo largo rato un duelo criollo con su varita contra cinco hombres armados con cuchillo. Al hombre lo hicieron sargento. Esto le significó cambiar su trabajo por otro igualmente agobiador, y un aumento de \$ 5.00 por mes (!). Pero lo de los aumentos, claro, es otra tragedia de la que mejor es no hablar. Digamos sólo que entre las siete categorías policiales inferiores (cana, cabo, sargento, suboficial, escribiente de 2a. y de 1a. y oficial inspector) la diferencia de sueldo es de apenas \$ 22. Y que el Hermenegildo que tras jugarse la vida treinta veces realice una nunca vista carrera relámpago, ascendiendo las siete categorías, apenas si cambiará sus 125 mensuales por otros igualmente raquíticos 147. Y no digamos más. Como no sea una excusa: el cronista trata siempre de oír las dos campanas. Y si escribe, p. ej., sobre un conflicto obrero, requiere la opinión del Sindicato y la opinión de la Patronal, para formarse una idea objetiva. En esta crónica el procedimiento no fué posible. La policía habla algo, cuando la trabajan fino. Pero el "Sindicato de Chorros, Boqueteros y Afines", no figura en la guía.

Manuel Flores Mora



Presente de Uruguay, Patria de pecados

Al cierre de esta edición Manuel Flores Mora llevaba ya unas cuantas horas en la mesa de operaciones de un quirófano de esta ciudad sin que la intervención quirúrgica hubiera finalizado. "JAQUE" quiere agradecer en su nombre las muchísimas demostraciones de solidaridad y afecto que él ha recibido en las últimas horas. De las mismas cabe destacar las de los diferentes medios de prensa, así como la de los Dres. Carlos Manini Ríos y Alberto Zumarán que animaron con sus charlas las horas previas a la intervención quirúrgica de Flores Mora. El tratamiento médico preoperatorio impidió que Flores Mora escribiera su contratapa habitual. Nos dió sí para que la usáramos a modo de contratapa una nota que publicara la semana pasada en EL PAIS de Madrid. Es la que publicamos hoy.

La literatura, se sabe, nace de las limitaciones del lenguaje. No habiendo una palabra para cada matiz, menester es combinar las que existen para que digan lo que, abandonadas a sí, no darían siquiera lugar a que se sospechase. Hay, a veces, que aplastar y entremezclar las palabras en la paleta de modo que den el color justo.

"Vagamente viuda de un militar" dice en alguna parte Borges, para comunicarnos el impreciso estado civil de una señora. El gran Quevedo, caudillo de idioma, se había valido mucho antes de aquel impecable "hacia doncella" para ubicar con exactitud la condición de una muchacha. Y plastificado las ínfulas y cuna dudosa de un mengano, definiéndole liquidatoriamente de "hacia hidalgo".

Mi españolisima y montevidiana abuela materna pertenecía a la cultura de la prudencia, que empieza como es sabido por no decir lo que no hay por qué. En su vida formuló de gente alguna ni la sospecha remota de que estuviesen mal casados. Alguna inevitable vez, sin embargo, sirviéndose de un recoveco verbal usado entonces, preguntó si determinada pareja no estaría "casada por lo de Martorell".

(Martorell era el nombre de una chocolatería que quedaba, hace cien años, en la misma manzana que la catedral, sobre la calle que corría detrás. En aquellos años de abanico, guardapelo y novenas a San Francisco Xavier, estar casado por lo de Martorell era, en esta orilla del Plata, estarlo por detrás de la iglesia).

(Para decir estas cosas terribles, mi abuela y mujeres de su tiempo levantaban los ojos en un tenue aspaviento, que ha dejado de circular por completo ahora que las niñas finas putean como sargentos turcos).

Lo que intento decir es que llamar Presidente del Uruguay al militar que ostente el cargo, no pasa de una mera reducción abusiva. Vagamente Gobierno, se le puede definir, a lo más, como hacia mandatario. Presidente de la República, pero por lo de Martorell. (La Constitución, buena, gracias. El actual Presidente fué elegido por un cuerpo electoral de 26 generales, todos con charreteras pero de los cuales no consta que estuviesen vacunados contra más enfermedad que el leninismo).

Patria sin gobierno (en vez de gobierno hay, no más, mando), Uruguay tampoco tiene nombre.

Llamarse un país República Oriental del Uruguay (oriental es una referencia; Uruguay, un río; república, un género) es tanto como si, desvanecida la palabra "España", esa nación pasara a conocerse como Reino Meridional del Pirineo.

En este continente americano donde al afilado restallido de las voces españolas con las arábicas raíces se suma la dulzura de las lenguas de indios (y donde el que no se llama Alcántara se llama Sarandí o Huasipungo), nosotros no nos llamamos nada. País menos que Pérez, en la América de los motines y degüellos, de las dictaduras y matanzas, éramos sin embargo el minúsculo asilo de la dignidad política, de la ley acatada, cultura, libertad y nadie más que nadie.

Ganábamos al fútbol simplemente

para cobertura legal de la auto-estima y, con fingida humildad, simuláramos aceptar aquella crasa estupidez de "la Suiza de América", emboscando nuestro desprecio por esos montañeses vendedores de anonimato financiero, que sienten por el chocolate lo que nosotros por las mujeres.

¿Qué pecado tan grande debe ser el orgullo cuando tan duramente hemos tenido que expiarlo! En pago del envejecimiento, hace ahora tres lustros que estamos tragando lágrimas. Y saliva. Que es peor, porque lágrimas se tragan en la tragedia y la saliva, en la humillación.

De la paremiología española, sin embargo, aprendimos que no hay mal que dure cien años. Ni cuerpo que lo resista. Ha sonado la hora de que los militares se vayan del, digamos, gobierno del Uruguay, derrocados por la anónima resistencia interior, meta ideológica y extrapartidaria, de un pueblo sin caudillos que los repudia, con la mandíbula apretada, en cada calle y cada casa y cada plaza. Con pifanos llegaron y con estruendo de ollas y de

cacerolas se van. Pero se van.

No da aquí para hablar de lo que dejan. Cuando la incapacidad adviene a calibre de atómica y la arrogancia, almidonada de botones dorados, le multiplica los megatones, el paso de los incapaces va dejando hiroshimas como huellas, en esa suerte de descalabro con vetas de holocausto que es como el halo que rodea a los pinochetismos.

Agotado y aislado en un país que ni los teme, el Proceso — como con eufemismo dan en llamar a lo que representan — sólo respira dentro de la pecera autoritaria que habita, porque ha aceptado poner definitiva y cercana fecha a su partida.

Fuera de la pecera, gesticula una deuda externa gigante y llora el salario real, jibarizado a menos de la mitad que hace quince años. Cruje, en fin, todo el aparato social de un país crucificado en el monetarismo del militarismo, mientras derivan hacia el lastimoso deterioro las estructuras educativas, de salud, de seguridad social y de empleo.

Es verdad que antes de la crisis y de la dictadura las costumbres habían cambiado. Muchas gentes primero dejamos de casarnos por la iglesia y, algunas, directamente dejaron de casarse. Nadie recuerda hoy a Martorell. Las propias chocolaterías son una especie que hace décadas no existe en Montevideo. (La última que conocí, hace treinta años, estaba en la calle Andes y era atendida por un mozo pequeñito, nacido en La Coruña. Se llamaba "La Verbena" y tenía una extraña peculiaridad: paredes enteramente cubiertas de baldosas blancas como de cuarto de baño. Eso y unas mesas verdes le otorgaban una atmósfera entre láctea y de enfermería).

Pero si chocolaterías no hay, vitandos discursos militares, en cambio, sigue habiendo. La semana pasada Uruguay tuvo ocasión de escuchar uno: aquél en que, por cadena general de televisión y radios, el Presidente Alvarez nos amonestó y vituperó a los uruguayos pecadores.

Timerman observó, hace meses, que a los salvadores castrenses del Cono Sur, antes que acusarlos, hay que inducirlos simplemente a que hablen, como mejor

manera de que dejen conocer la enajenada visión que los habita.

Así considerado, el alarde o pieza oratoria del Presidente uruguayo, General Alvarez, fué completo. No le faltó ninguno de los esenciales ingredientes. Incluyó energía, error, agravios, afirmación arbitraria de verdad oficial, altanería, execraciones, lapsus, confusión y amenaza. España, madre patria, merece conocer un botón siquiera para muestra de estos modos peculiares de carburación que caracterizan a este tipo de mentalidad.

Todos los partidos políticos del Uruguay asistieron o apoyaron la reunión de la Internacional Socialista que acaba de cumplirse. De ello (y ella), por ejemplo, dijo Alvarez:

"Observamos atónitos cómo líderes de partidos tradicionales buscan inspiración, rinden cuentas y ofrecen explicaciones, sin rubor ni escrúpulos, a la Internacional Socialista en Río de Janeiro. Se integran pues a la organización rectora de la expansión del socialismo en el mundo. Del socialismo internacional y sin patria, al marxismo esclavizante y sin alma, no hay más que un movimiento de ajedrez. Este se da en el momento oportuno y significa el jaque mate a la dignidad, libertad y seguridad de los pueblos. En pocas palabras, se pretende utilizar la actual coyuntura nacional para hacer del país una democracia bastarda..."

(Según se ve, para el espíritu zahorí del hacia Presidente del Uruguay, la diferencia entre Olaf Palme y Laurenti Beria es, apenas, un alfí; por arte de birlibirloque, como diría Bergamín, es posible trasmutar a Felipe Gonzalez por Stalin: sólo una torre los separa, según Alvarez).

No es de extrañar, después de estas visiones, que el Presidente-General haya agregado que "las Fuerzas Conjuntas, ni arrepentidas ni avergonzadas, sienten que han sido usadas". O, en un estilo más mussoliniano, que mientras "las Fuerzas Conjuntas estén de pie, la República no estará de rodillas".

Para terminar con la infaltable amenaza: "Tanto desde el gobierno como desde el llano, seguiremos atentos y vigilantes..."

Advertencia que no sólo es amenaza sino proclamación, con chumbo grueso, de legitimidad mesiánica anti-democrática. Esto es: que cuando deje la casa de Gobierno el General (y quienes aparezcan englobados en esa primera persona del plural de que se vale) pasarán a vivir directamente en lo de Martorell.

Para ellos el delirio consiste en que Martorell es legítimo: la legitimidad, no. En su visión, el altar o el Registro Civil apenas forman concubinatos y bastardos. Martorell, en cambio, uniones sacrosantas, incontaminadas de social-democracias o izquierdismos, esos que, ya se sabe, ajedrez mediante, derivan hacia Moscú.

Para corregir la lisa rotundidad de algunos vocablos, el gran Quevedo no sólo usaba el "hacia". Usaba también el "fondo en". De una tela o tapiz decimos hoy que tiene flores rojas sobre fondo azul. En el siglo inconmensurable de ciase en España que una tela era de flores rojas "fondo en azul". Así, de un personaje de su tiempo o de sus libros, observó Quevedo, usando el giro, que era "fondo en tonto".

Confiemos que nadie podrá meter palos entre los rayos de la rueda de la democracia que renace en Uruguay. Pero los ojos están para ver.

Vagamente libre, el presente oriental del Uruguay es un hacia democracia, ardiente combativa esperanza de pueblo, fondo en 23 de febrero. Así.



Manuel Flores Mora